

Latinoamérica a través del espejo

El ensayo latinoamericano como discurso cultural [de Sarmiento a Martitegui]

Autor:

Scarano, Mónica

Tutor:

Altamirano, Carlos

2008

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título en Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Letras

Posgrado

Tesis
5-7-2

Mónica E. Scarano

FACULTAD de FILOSOFIA y LETRAS	
Nº 843.327	MESA
25 ABR 2008 DE	
Agr.	ENTRADAS

LATINOAMÉRICA A TRAVÉS DEL ESPEJO.

El ensayo latinoamericano como discurso cultural

(de Sarmiento a Mariátegui)

Tesis de doctorado presentada en la
Facultad de Filosofía y Letras de la
Universidad de Buenos Aires

Director: Prof. Carlos W. Altamirano

Prof. Consejero: Dr. Salvio Martín Menéndez

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

Mar del Plata

2008

*A María Ayelén, Lautaro y Ana Malén,
por el regalo cotidiano de su alegría, vitalidad y sencillez;*

*a Daniel,
por su paciencia y comprensión infinitas.*

Sin ellos, estas páginas no podrían haber sido escritas...

Mi gratitud también

a Carlos Altamirano, por sus sabias y perspicaces observaciones y su orientación invalorable;

a Graciela Barbería, por su amistad y sus consejos oportunos;

a Cristina Fernández, por su inagotable entusiasmo y su colaboración incondicional;

a mis padres, por su atávica insistencia;

a Ignacio Zuleta, por su estímulo y dirección en la primera etapa de la investigación, realizada con becas internas del CONICET;

a Liliana Weinberg, Nelson Manrique, Ricardo Melgar Bao, Walter Mignolo, Wilfrido Corral, Saúl Sosnowski, Arcadio Díaz Quiñones, Juan Guillermo Gelpi, Javier Mariátegui e Ibrahim Hidalgo, por las referencias y libros que me facilitaron;

a Núria Vilanova y Tununa Mercado, por sus palabras alentadoras;

a los bibliotecarios y documentalistas que colaboraron en el trabajo de búsqueda bibliográfica y hemerográfica en los archivos de los centros e instituciones consultados (Biblioteca Nacional, Biblioteca del Congreso, Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y del Instituto de Literatura Hispanoamericana de la UBA, en Buenos Aires; Servicio de Información Documental "Liliana Befumo de Boschi" de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Biblioteca Central del Complejo Universitario de la UNMdP, en Mar del Plata; Biblioteca Popular "Bernardino Rivadavia", en Tandil; Biblioteca de la UNAM y del Colegio de México, en México D.F.; Biblioteca del Instituto de Cooperación Iberoamericana y Biblioteca Nacional de Madrid; Biblioteca Nacional "José Martí" y del Centro de Estudios Martianos, en La Habana, entre otros);

a mis tesisistas y becarias, por su apoyo constante.

Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano...

José Martí

ÍNDICE

<i>Nota Preliminar</i>	7
<i>Primera Parte. El ensayo latinoamericano en cuestión</i>	17
1. Ensayo e interdiscursividad	26
Hacia una topología del ensayo	32
El ensayo, un discurso fronterizo	39
Ensayo y literatura	43
Lo ensayístico: actitud, modo, dimensión, espíritu	47
Una definición tentativa ...	49
El ensayo y sus tácticas persuasivas	51
2. Ensayo, cultura y modernidad en Latinoamérica	59
Entornos modernos de una escena conflictiva	61
Ensayo, pensamiento crítico y cultura letrada	68
El ensayo latinoamericano como <i>discurso cultural</i>	78
<i>Segunda Parte. De Sarmiento a Mariátegui: Latinoamérica a través del espejo</i>	93
3. <i>Facundo</i> , un libro americano: fundar en el desierto, escribir (desde) la frontera	105
Violencias textuales: adaptaciones, mutilaciones y restituciones	111
De la protesta en carbón al 'libro extraño': el germen panfletario	123

Destierro, frontera y fundación: una poética de combate	136
4. “Nuestra América”, de José Martí: la escritura de una patria virtual	160
La escena discursiva y sus entornos: los cónclaves interamericanos	171
Tensiones y suturas en la construcción de ‘nuestra América’	184
La construcción de “Nuestra América”: retórica persuasiva y sintaxis cordial	192
5. Entre la escritura alucinada y la cruzada cultural: la utopía integradora de <i>La raza cósmica</i> , de José Vasconcelos	205
De las notas de viaje al ensayo profético	212
Una nueva versión de la utopía hispanoamericana	218
El ensayo utópico y las ideologías continentalistas	227
6. Los <i>7 ensayos...</i> , de Mariátegui: la modernidad heterogénea desde la <i>raíz andina</i>	238
La forja de los <i>7 ensayos...</i> : la escena europea	251
El ensayista como intérprete y traductor	256
Hacia una modernidad heterogénea: nación, marxismo revolucionario y raíz andina	265
<i>Epílogo</i>	280
<i>Bibliografía consultada</i>	287

NOTA PRELIMINAR

La necesidad de fundamentar la pertinencia de un trabajo supone -como se sabe- el despliegue de una urdimbre de razones que legitimen y sostengan el valor de la elección de un problema. Con el fin de darles forma, nos adelantamos a enunciar aquellas cuestiones y preguntas que se nos plantearon hace años, en el inicio de nuestro proyecto de investigación acerca de un objeto tan peculiar como el *ensayo*. Si, por naturaleza, éste se presenta formalmente complejo, inaprehensible y, con frecuencia, disciplinariamente impreciso, estos rasgos se ven intensificados toda vez que se lo sitúa en un campo tan conflictivo y diverso como el de los estudios latinoamericanos (Cornejo Polar), que aún hoy continúa suscitando debates y permanece susceptible a reconfiguraciones que impiden trazar límites fijos y arriesgar afirmaciones definitivas en torno a su comprensión, no sólo en términos de *identidad* sino también, con un énfasis particular, en su condición de *diferencia* heterogénea y plural.

Nuestro trabajo partió del hecho de constatar una asombrosa proliferación de textos encuadrables dentro de la categoría discursiva que denominamos *ensayo* o en las formas emparentadas con éste, y de percibirla como un marco discursivo particularmente distintivo de la organización cognitiva de la producción de significaciones culturales en nuestro subcontinente, y de su dimensión reflexiva metatextual. Lo que habíamos advertido, desde el comienzo, de un modo casi intuitivo, pudo ser corroborado después por medio del rastreo y el relevamiento documental, realizados a fin de delimitar el corpus ensayístico latinoamericano, y por la lectura de un conjunto mucho más vasto de ensayos dedicados a indagar especialmente la cuestión de la *autocomprensión* en términos culturales que, por cierto, excedió el número limitado de los que seleccionamos para analizar en este estudio. Nos referimos tanto al conjunto de textos que prepararon la oficialización del ensayo culturalista, como a las cartas y discursos de Simón Bolívar, los escritos de Simón Rodríguez y Andrés Bello, las lecturas del Salón literario del '37, y a los ensayos propiamente dichos, de distinto valor estético, escritos por Esteban Echeverría, Juan

Bautista Alberdi, José V. Lastarria, Juan Montalvo, Francisco Bilbao, Eugenio María de Hostos, Manuel González Prada, José Ingenieros, José Enrique Rodó, Rubén Darío, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Justo Sierra, Alfonso Reyes, Alcides Arguedas, Pedro Henríquez Ureña, entre otros, además de los cuatro autores de los textos que ocuparon el centro de nuestra lectura: Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, José Vasconcelos y José Carlos Mariátegui.

En esta primera instancia, la decisión de focalizar nuestra mirada crítica en la relación entre el ensayo y un objeto de interpretación específico, la entidad histórica, geográfica y cultural que denominamos *Latinoamérica*, dentro del amplio y variado horizonte de problemáticas y tópicos abordados por este género discursivo, apuntaba ya a trascender la perspectiva tradicional que se había limitado a considerar las diferentes representaciones alojadas en una formación discursiva tan superpoblada como diversa. Por lo contrario, nuestro interés se orientó a examinar los estrechos vínculos que, reiteradamente y con una insistencia curiosa, ligaban y aún siguen ligando, de algún modo, esta *comunidad imaginada* (B.Anderson) -cuerpo vivo atravesado de contradicciones y paradojas, tensiones, matices y ritmos diferentes- con la conformación interna propia del discurso ensayístico latinoamericano y su correspondiente *puesta en escena* enunciativa en situaciones históricas, culturales y sociales diferentes. De este modo, el estudio del ensayo de interpretación cultural del siglo XIX y principios del XX en Latinoamérica, en la medida en que registraba y daba cuerpo a las más variadas conceptualizaciones acerca de la identidad / diferencia latinoamericana, nos permitió indagar sobre los modos de formular interrogaciones en torno a esa cuestión y de darles respuesta.

Pero es necesario también recuperar los fundamentos de nuestro interés por el discurso cultural latinoamericano y su planteo acerca de Latinoamérica en términos de *debate político-cultural*, precisamente en nuestra época, cuando venimos asistiendo, desde la década pasada, a un vaciamiento de la polémica de ideas y a la merma o devaluación de su presencia en los grandes medios de comunicación. Seguramente una inquietud nostálgica y su contrapartida, el anhelo de un compromiso activo que tomara distancia de la aparente distensión ideológica de las discusiones posmodernas, exentas de toda pasión, fueron quizá las motivaciones más profundas que guiaron nuestra

indagación sobre una práctica discursiva especialmente prolífica en Latinoamérica, en épocas pasadas, cuando las ideas -aunque diferentes- se reconocían como significativas y simbólicamente prestigiosas, y existía una fuerte voluntad compartida por buena parte de los distintos estratos sociales involucrados, encaminada a que las ideas tuvieran efectos reconocibles sobre la realidad.

Asimismo, el hecho de concentrar nuestra preocupación crítica en el ensayo dedicado a la difícil tarea de tomar conciencia de una realidad cultural propia, pudo haber parecido, hasta hace muy poco tiempo, extemporáneo en nuestros días, si consideramos la progresiva pérdida de fuerza y de convocatoria que venía padeciendo el latinoamericanismo, en una crisis naturalmente agudizada en nuestro país, debido a diversas circunstancias históricas como, por ejemplo, el peso ejercido por legados y tradiciones histórico-culturales, sobre todo de las metrópolis occidentales, desde hace más de un siglo. En los últimos años, al recuperar cierto protagonismo en las discusiones en torno a las alternativas políticas, económicas y culturales de nuestros países, la cuestión se ha vuelto inusitadamente actual. No obstante, aunque parezca paradójico, el derrotero histórico errático de las políticas de integración de las naciones de nuestro continente, junto con el proceso de paulatina desterritorialización y la inexorable fragmentación que van cobrando mayores visos de realidad a nivel continental, colocan bajo constantes zozobras los sucesivos y reiterados conatos y proyectos de integración supranacional. Justamente esas transformaciones y vicisitudes -hace unos años, tal vez menos visibles- nos incitaron a explorar y ahondar en las *raíces discursivas* de algunas de las lecturas más orgánicas y totalizadoras que abordan la cultura de nuestros países como una totalidad, aun desde posturas notoriamente diferentes frente al argumento de su intrínseca heterogeneidad.

En consecuencia, elegimos limitar el corpus textual a un conjunto reducido de textos pertenecientes a la segunda mitad del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX, teniendo en cuenta que el ensayo, en tanto “forma de pensamiento” (E. Nicol), conoció en esos períodos, con una intensidad comparable a la que retomó posteriormente, recién en las pasadas décadas de los sesenta y setenta, su máxima hegemonía para plantear debates acerca de cuestiones cuya solución o definición no

aparecía definitivamente concluida sino que, por lo contrario, permanece aún abierta y pendiente de refutaciones, polémicas, nuevas propuestas y redefiniciones.

Ya a fines del siglo XIX, lo encontramos inserto en la trama ficcional de la novela de tesis modernista y, a mediados del XX, definitivamente instalado dentro de algunas líneas narrativas de la prosa de ficción latinoamericana, en una clara tendencia generalizada de desplazamiento y fusión de géneros. Y desde el entre siglos XIX y XX en adelante, la creciente especialización de disciplinas y saberes lo confinó al refugio acogedor del discurso periodístico, donde logró una cómoda subsistencia, a costa de alguna que otra concesión, tanto en los tópicos como en los modos compositivos. No obstante, simultánea y azarosamente, el discurso ensayístico sobrevive aún hoy, bajo el soporte del libro, en formas más convencionales, dentro o fuera de los límites de la literatura, inscripto en el territorio de una disciplina (*disciplinariamente centrado*), o desdibujando estratégicamente sus fronteras, en dominios disciplinarios borrosos entre la historia, la filosofía y la literatura, la crítica cultural y el análisis político, sociológico o antropológico, entre los discursos ubicuos de las ciencias sociales que invadieron el campo dominado por la historia, hasta hace unas décadas.

Al margen de las tesis que aquí sostenemos, acompañamos nuestro planteo con una serie de valoraciones que últimamente se han venido proponiendo acerca de ese tipo discursivo y con las que deseamos hacer dialogar nuestra propuesta. Se trata de la reivindicación de las potencialidades significantes y expresivas del ensayo postuladas desde la antropología y la sociología de la cultura por Néstor García Canclini, entre otros, así como la definición de Julio Ramos del ensayo de fines del siglo XIX como *crítica cultural* (T. W. Adorno), de acuerdo con su potencial capacidad enunciativa para canalizar los planteos surgidos en períodos de *crisis cultural*, especialmente a través del periodismo. En esta instancia, juzgamos conveniente ampliar retrospectivamente el horizonte temporal de proyección de la hipótesis de Ramos hasta incluir el ensayo desde mediados del siglo XIX en Latinoamérica. Otras hipótesis más recientes ratifican lo que venimos afirmando, al encontrar en el concepto impreciso de *ensayo nacional latinoamericano* del siglo XIX, un antecedente de los llamados *estudios culturales latinoamericanos* (George Yúdice, John Beverley) o, en términos más generales y acentuando otros rasgos distintivos del ensayo contemporáneo, cuando proponen el

ensayo como una de las formas discursivas más asiduamente frecuentadas por la llamada *crítica cultural latinoamericana* (Nelly Richard). Por cierto nuestras tesis no permanecen ajenas a estos planteos que nos resultan, sin lugar a dudas, sugestivos, aunque, a nuestro entender, reclaman una mirada crítica más profunda y minuciosa y un análisis más riguroso y atento a la especificidad que este campo requiere desde los estudios literarios y la historia cultural latinoamericana.

Precisamente algunas de las premisas y posicionamientos epistemológicos que sostuvieron y acompañaron la elección y la construcción del objeto y del corpus de trabajo, y también la formulación de las hipótesis y la adopción de marcos teóricos y de posturas metodológicas adecuadas, apuntaron a revalorizar la relación entre *literatura y cultura*. Y al hacerlo, propiciaron una entrada en los textos ensayísticos seleccionados, desde su condición de *objetos culturales*, con la intención explícita y conciente de ampliar el campo de la literatura, incorporando otras prácticas discursivas, portadoras de significaciones en el territorio más vasto de la cultura, que no solían incluirse en una definición canónica del término, estrictamente ligada a la cultura letrada, al esteticismo y a los componentes ficcionales. En relación con el recorte concreto de nuestro objeto de estudio, nos importa destacar la llamada *literatura de ideas* o *literatura de combate*, desestimada y poco trabajada en las aproximaciones teóricas de corte formalista.

Por otra parte, la selección de los textos para nuestro análisis se basó, entre otros factores, en el criterio de recorrer en un breve itinerario las *áreas geoculturales* (A.Rama) más significativas del subcontinente, a las que cada uno de ellos remitía como instancias de producción, circulación y recepción o lugares de enunciación, lo suficientemente diversos, de modo que fuera posible percibir algunas de las modulaciones más relevantes de la reflexión que ponían en juego. Conviene puntualizar además que no intentamos postular determinaciones rígidas ni ontologías geoculturales sino tan sólo identificar en distintas historias y tradiciones, las condiciones geográficas y culturales, junto con las configuraciones ideológicas que incidieron de un modo u otro, con mayor o menor fuerza, tanto en el hacer como en el pensar y el decir específicos del subcontinente, en cada caso.

Asimismo reconocimos la dificultad para acordar un itinerario de lectura lo suficientemente amplio y variado que diera cuenta de la *heterogeneidad cultural*

latinoamericana sobre un mapa previo que representaba una diversidad geográfica inevitablemente limitada -y una entre tantas posibles-, en una sucesión temporal que abarcaba desde mediados de siglo XIX hasta la tercera década del XX. Por esta razón, lejos de ofrecer un abordaje exhaustivo de las más variadas posibilidades combinatorias abiertas por el discurso ensayístico en Latinoamérica, que excedería los propósitos de esta investigación, nos propusimos aportar un modelo abierto de lectura que admitiera nuevos materiales ampliatorios del corpus seleccionado, aun cuando sobrepasaran los límites espaciales y temporales que delimitaban nuestro recorte. Concretamente, los cuatro capítulos que integran la segunda parte, la más medular de nuestro trabajo, toman como centro de la reflexión crítica el *Facundo* del argentino Domingo Faustino Sarmiento (Santiago de Chile, 1845), “Nuestra América” del cubano José Martí (Nueva York / México, 1891), *La raza cósmica* del mexicano José Vasconcelos (México, 1925) y *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* del peruano José Carlos Mariátegui (Lima, 1928), e incorporan en forma complementaria referencias y cotejos con otros textos de esos mismos escritores y de otros autores coetáneos, dentro de una secuencia ensayística mayor. De este modo fue posible esbozar la trama de relaciones con otros discursos sociales, con los cuales cada uno interactuaba, y señalar coincidencias, polémicas y distanciamientos en las cuatro instancias textuales elegidas que juzgamos claves en el complejo y cambiante proceso de construcción de identidades y diferencias en Latinoamérica, centro de nuestra indagación.

Por último, buscamos encontrar un esquema organizativo común que nos permitiera realizar una lectura crítica desde coordenadas de análisis coincidentes y, al mismo tiempo, adecuadas a las singularidades de cada texto, privilegiando sus dimensiones cognitivas y pragmáticas y ubicándolos en la dinámica interactiva de la situación de enunciación y especialmente en los debates donde los textos dialogaron, interpelaron, disputaron posiciones y contraargumentaron. Por otra parte, creímos importante incorporar el análisis de aspectos materiales, tales como soportes, formatos, medios y modos de difusión y circulación, tipos y variantes de las ediciones, entre otros, lo que nos permitió abordar los textos en su inscripción cultural y social, no sólo desde su conceptualización sino también desde su materialidad y desde los roles sociales de quienes los produjeron.

Siempre dentro del campo cultural y en el ámbito del discurso político, los textos analizados y, en general, aquellos otros que colateralmente fueron contemplados en nuestras reflexiones, suelen ser ubicados en un territorio discursivo de límites móviles o imprecisos, renuente a clasificaciones y encasillamientos rígidos, cuya tradición no se ha interrumpido nunca del todo, desde entonces, en el sistema literario latinoamericano. De ahí, la necesidad de ir más allá de los alcances de la *inventio* (tópicos y argumentos elegidos) y de las representaciones que se construyeron en esos textos, trascendiendo las zonas discursivas en las que se proponía una reflexión explícita sobre el tema -y donde estimamos que, por lo general, la crítica sobre el ensayo puso un énfasis demasiado excluyente-, para analizar otros tipos de operaciones retóricas, en el orden de la *dispositio* y la *elocutio* del texto, y atravesar críticamente el entramado de campos discursivos, de por sí significativo de una recomposición de los conocimientos y saberes que producían y, al mismo tiempo, condensaban sentidos previos.

Las últimas perspectivas de análisis nacidas de la nueva articulación entre los estudios retóricos más recientes y la teoría de la argumentación (Perelman, Angenot) han abierto el paso a una nueva mirada teórica y crítica acerca del ensayo. Nos interesamos, en particular, en la configuración de *(Latino)América* como un lugar de enunciación (*locus enuntiationis, mode d'enonciation*) diferencial, a partir no solamente de los rasgos atribuidos a la realidad enunciada sobre la cual se discurría y se ejercía la práctica hermenéutica sino, sobre todo, desde las características mismas de la enunciación en cuanto tal, como instancia o lugar discursivo de posicionamiento ideológico y crítico. Esto nos obligó, en definitiva, a subrayar la dimensión política de la práctica discursiva ensayística, en su carácter de *intervención cultural*, sin escamotearla bajo la aparente neutralidad de un discurso pretendidamente científico *acerca de* Latinoamérica (Mignolo), para reparar en los modos de pensar(se), a partir de la apropiación creativa de ideas ajenas para reterritorializarlas "*fora do lugar*" (R. Schwarz).

Dentro de este marco, propiciamos un modo diferente de lectura, *al sesgo*, de los ensayos elegidos como centros de nuestra lectura, que expanden en una variedad de tramas textuales, dentro de redes argumentativas con variantes significativas, las tres tesis propuestas por el presente estudio que enumeramos a continuación:

a. El ensayo latinoamericano como *discurso y texto cultural*, según las múltiples dimensiones que interactúan en estos conceptos, y al mismo tiempo, *metatexto de cultura*, por su capacidad autorreflexiva acerca del proceso mismo de significación desplegado en el espacio textual, se presenta a menudo en los subtipos con los que trabajamos, como *disciplinariamente descentrado*, y se distingue por un deliberado gesto de insubordinación genérica, siguiendo ya la vertiente de la tradición del ensayo de quien inaugurara el género, el francés Michel de Montaigne –más cercana al *modo o espíritu ensayístico* que a un conjunto de pautas genéricas fijas y cerradas-, ya la forma aforística de la tradición ensayística fundada por el inglés Francis Bacon.

b. Dentro de los márgenes trazados por la convergencia de diferentes tipos de saberes y de sus consecuentes marcos cognitivos en un mismo espacio textual, es posible identificar un núcleo rector o zona resistente: la *dimensión estética* que articula, con distintos grados de autonomía, esa pluralidad de discursos y encuadres disciplinarios que traman los ensayos elegidos para desarrollar las hipótesis de nuestro estudio, ratificando la definición provisoria y operativa del ensayo como “literatura *in potentia*” (Beaujour, Fowler, de Obaldía), que exponemos en la primera parte de nuestro estudio.

c. Los textos ensayísticos analizados, por su condición de *puestas en signo* (*enactments*) de esa entidad histórica, geográfica y cultural que comienza a conceptualizarse y representarse como *deficiente o diferente*, según el caso, respecto de otras entidades modelos, configuran diferentes matrices de posiciones de sujetos, dentro de una red situacional compuesta por elementos de ideologías políticas diversas y hasta opuestas, de procedencia social muy variada, que remiten a distintos lugares institucionales (políticos, culturales, académicos o alternativos dentro del incipiente campo intelectual) y sus correspondientes roles sociales, desde la periferia del sistema de la modernidad occidental.

Las tesis expuestas nos permitieron construir un lugar de lectura que abría un diálogo con otras más convencionales y ya canonizadas, y resultaron un modo de entrada suplementario de aquéllas, sin pretender desplazarlas. Coincidimos, pues, en visualizar el ensayo como la forma discursiva más apropiada y permeable para vehicular, en el período señalado, las diversas formas de la crítica y el debate acerca de las cuestiones culturales en Latinoamérica, tales como la autointerpretación de las

propias identidades / diferencias en el orden nacional y supranacional, en sus variantes regionales y continentales, y el diseño imaginativo y racional de perfiles y modelos culturales que implicaban tomas de posición en programas de acción política, social y económica, con un fuerte énfasis en lo pedagógico-educativo, con el propósito de formar y concientizar sujetos capaces de concretarlos.

Desde la perspectiva abierta por la segunda tesis que enunciarnos, fue inevitable la jerarquización de los textos de Sarmiento y Martí desde la idea de *valor estético*, y la función complementaria del análisis de los otros dos ensayos, especialmente en los modos enunciativos y los usos ideológicamente resignificados de nociones comunes que, no obstante, produjeron diferentes matrices textuales, notablemente productivas toda vez que fueron reiteradamente retomadas, bajo distintas formas, en otros ensayos posteriores.

En función de los fines que orientaron nuestra investigación, organizamos el presente trabajo en dos partes. En la primera, abordamos aspectos teórico-críticos generales acerca del ensayo latinoamericano. En el primer capítulo esbozamos un estado de la cuestión teórica del ensayo, con vistas a delimitar conceptual y relacionalmente el subtipo con el que trabajamos, privilegiando su condición discursiva, y en el segundo, trazamos los lineamientos críticos que nos posibilitaron situar el ensayo de interpretación cultural en el marco del sistema cultural y literario latinoamericano, sin dejar de considerar su origen indiscutiblemente moderno y occidental y su complicidad con la cultura letrada. En la segunda parte, desarrollamos en cuatro capítulos un análisis de corte interpretativo, centrado en los cuatro textos ensayísticos significativos ya mencionados, verdaderos puntos nodales de nuestro itinerario de lectura, ni único ni excluyente, inscripto en una secuencia ensayística más amplia. Todos los textos analizados coinciden en fijar en la escritura una mirada *autointerpretativa* de la cultura latinoamericana, desde algunas de las áreas geoculturales de mayor relevancia en el subcontinente, diseñando una cartografía culturalmente heterogénea, en las distintas etapas que se sucedieron desde los avatares de la organización de los estados nacionales en el cono sur del continente americano hasta la introducción del marxismo en los debates político-culturales de los sectores intelectuales de vanguardia en Latinoamérica en la tercera década del siglo XX. Por último, en las reflexiones finales reunimos las

afirmaciones más productivas, con el propósito de delinear posibles prolongaciones del modo de lectura propuesto, en otros ensayos, de acuerdo con el esquema abierto que planteamos.

PRIMERA PARTE

EL ENSAYO LATINOAMERICANO EN CUESTIÓN

*América es ya, en sí, un problema, un ensayo de nuevo mundo, algo que
tenta, provoca, desafía a la inteligencia...*

Germán Arciniégas

*¿Qué método usar para conocer esa cosa que soy yo y que vive
cambiando?*

Michel E. de Montaigne

*...[E]l ensayo (...) una estrategia de escritura. Al mundo
del que se habla, lo aborda al sesgo...*

Jacques Leenhardt

No es el propósito de este trabajo desarrollar una teoría general del discurso ensayístico, previamente al estudio crítico de las muy variadas modulaciones que esta forma discursiva adopta en los diferentes contextos históricos, sociales y culturales, donde esos textos se producen, circulan y se reciben. Sin embargo, si pretendemos aportar otra perspectiva de lectura, más acorde con el tipo de ensayo con el que trabajamos, es necesario revisar el estado actual de su comprensión teórica, y considerar algunas

cuestiones tradicionalmente no tratadas, así como las falacias y tergiversaciones canonizadas en el conjunto de conocimientos acumulados acerca de ese tipo discursivo, y otros aspectos que, por distintas razones, fueron omitidos o desvalorizados como problemas teóricos por la crítica y aún permanecen oscuros o contradictorios, a la espera de una nueva mirada que reconozca su valor y significación en el heterogéneo conjunto cultural latinoamericano.

Se ha convertido en un lugar común de los estudios teóricos, históricos y críticos sobre el ensayo como género discursivo occidental, plantear la ambigüedad del término y la complejidad que presenta para arribar a una definición que resulte adecuada a la enorme diversidad de variantes que comprende. Por esta razón, no nos detendremos en este estudio a historizar en detalle los debates suscitados en busca de una conceptualización satisfactoria. Baste con señalar que la voz *ensayo*, a lo largo de su extensa trayectoria etimológica -desde “*exagium*” en el latín tardío, ligado a su vez a expresiones del griego y del sánscrito, hasta “*essai*” y “*essay*”, en francés e inglés respectivamente, que titularon los escritos así catalogados de los dos padres fundadores que se le reconocen al discurso ensayístico en pleno Renacimiento europeo, el caballero gascón Michel Eyquem de Montaigne (1533-1592) y lord Francis Bacon (1561-1626)-, reunió sentidos provenientes de voces alusivas al pesaje de la naturaleza mineral y al análisis de los metales como el oro y la plata para determinar la ley de las monedas, de donde -por extensión- llegó a designar el intento o experimento de sopesar y medir un objeto o idea, examinándola desde diversos ángulos, nunca exhaustivamente ni de un modo sistemático.

La definición etimológica de la palabra *ensayo* que se incluye en el *Diccionario* de Joan Corominas, ya describe el desplazamiento del sentido hacia el dominio de lo simbólico discursivo, aunque no alcanza a precisar demasiado esa acepción:

ENSAYO. Del lat. tardío *EXAGIUM* ‘acto de pesar (algo)’, del mismo origen que los clásicos *EXIGERE* ‘pesar’ y *EXAMEN* ‘acción de pesar, examen’ (1º doc. Berceo). El significado castellano común a todos los romances (...) debe venir ya de la época latina; el latinismo griego *εφαγιον*, de baja época, tiene ya el significado ‘comprobación’, de donde era fácil el paso a ‘prueba’ e ‘intento’. La acepción

'obra literaria ligera y provisional' aparece a principios del s. XIX y es copia del francés *ESSAI* y del inglés *ESSAY* (...) DERIV. Ensayar (Cid y frecuentemente en textos de todas las épocas) emprender, acometer (...). Ensayista, s. XX. Tomado del inglés *ESSAYIST*, deriv. de *ESSAY* 'ensayo', 'artículo'. Ensayismo.¹

Por otra parte, en las definiciones que encontramos en las ediciones más recientes del *Diccionario de la Real Academia*:

Escrito en el cual un autor desarrolla sus ideas sin necesidad de mostrar el aparato erudito...²

Escrito generalmente breve, constituido por pensamientos del autor sobre un tema, sin el aparato ni la extensión que requiere un tratado completo sobre la misma materia,³

se destaca el carácter asistemático de esta noción y se privilegia su acepción literaria que, según Manuel Alvar, apareció en el léxico español oficial recién en la duodécima edición de 1884.⁴

En el marco de nuestra situación cultural, más de cuatro siglos después, la noción *ensayo* convoca las formas discursivas más variadas, no sólo en cuanto a la función ideológica sino también en el modo de enunciación, la organización interna y la relación que se establece entre la experiencia vivida y las normas que regulan su funcionamiento

¹ Joan Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 1974. Vol. II, 20.

² De esta segunda acepción se deriva la tercera: "Género literario al que pertenece este tipo de escrito." Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*. 22ª edición. Con modificaciones agregadas en la edición digital. Madrid, 2004. 1ª ed.: 2001.

En la versión *on line* de este Diccionario, se registra la siguiente enmienda de esa entrada en el avance de la 23ª edición (en curso): "Escrito en prosa en el cual un autor desarrolla sus ideas sobre un tema determinado con carácter y estilo personales".

³ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*. 21ª edición. Madrid, 1992, 596.

⁴ Manuel Alvar realiza un estudio exhaustivo del uso del término *ensayo* en distintos metalenguajes -entre ellos, el literario-, con el fin de dilucidar el largo proceso de elaboración cultural del mismo, mediante el análisis de las diferencias registradas en las definiciones académicas, desde la primera edición del *Diccionario de Autoridades* de 1726 que tiene en cuenta las acepciones consignadas en el *Tesoro* de Covarrubias de 1611, hasta las ediciones contemporáneas del *Diccionario* de la Real Academia. Cfr. M. Alvar, "Historia de la palabra *ensayo* en español", M. Alvar et al., *Ensayo. Reunión de Málaga de 1977*. Málaga: Servicio de Publicaciones - Diputación Provincial de Málaga, 1977: 11-43, y M. Alvar, "La turbada historia de la palabra *Ensayo*", *Dispositivo*, 22-23 (1983): 145-168.

discursivo. Si revisamos algunas de las imágenes con que se lo describe, como “el camaleón de las formas”⁵, “el centauro de los géneros”⁶, “el cuarto en el recoveco”⁷, advertiremos que todas ellas ilustran lo que venimos sosteniendo y destacan una serie de trazos distintivos comunes y nos permiten perfilarlo como una categoría particularmente problemática que, por presentarse abierta, dúctil y heterogénea, suele ser considerada como amorfa o disforme. No obstante, es indiscutible que la ambigüedad ya está planteada en el término mismo, *ensayo*, que alude a una *tentativa de escritura* no del todo acabada, un *intento* previo o contiguo a otras formas discursivas más definitivas y aceptadas, que a su vez admite varias acepciones, puesto que la palabra se abre a un amplio espectro significacional y su uso está deficientemente delimitado.

En este punto, dado el estado de la cuestión que comenzamos a esbozar y ante la necesidad de acotar el concepto para que resulte operativo a la hora de delimitar el corpus de trabajo, conviene precisar que consideramos las nociones de *género* o *tipo discursivo* como *configuraciones ideológicas* inmersas en prácticas sociales y culturales, en un contexto histórico concreto, y no como formas transhistóricas, consistentes en la mera actualización en cada obra de contenidos políticos, sociales, económicos, culturales y estéticos, desde una pretendida neutralidad ideológica.⁸ De acuerdo con la definición de Marc Angenot, nos interesa circunscribir un perfil discursivo a partir del reconocimiento de marcas de contenido, modalidades de enunciación y procedimientos formales, por cuanto estas tres categorías confluyen en la institución de un género determinado (Angenot, 68). En consecuencia, los rasgos o tendencias que destacaremos como elementos de una ensayística, deberán ser situados y puestos en relación con determinados tópicos que nos interesa focalizar como los vinculados a los diagnósticos, posicionamientos y proyectos culturales *sobre y desde* Latinoamérica, que delimitan y acotan el objeto de nuestro estudio.

⁵ Marcos Victoria, *Teoría del ensayo*. Bs. As.: Emecé, 1975: 111. Juan Marichal utilizó una imagen similar al referirse a la “libertad camaleónica” del ensayo y más recientemente José Miguel Oviedo la retoma al caracterizarlo como un “género camaleónico”. Cfr. J. Marichal, *Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Madrid: Alianza, 1984, 15, y José Miguel Oviedo, *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1991, 11.

⁶ Alfonso Reyes, “Las nuevas artes”, *Los trabajos y los días, Obras completas, t. IX*. México: FCE, 1959, 403.

⁷ Jaime Rest, “Primer ensayo: Sarmiento y la comprensión de la realidad”, *El cuarto en el recoveco*. Bs. As.: CEAL, 1982, 13.

⁸ Cfr. Marc Angenot, *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*. Paris: Payot, 1982, 11.

Según lo observado, dentro de la significativa profusión que este discurso ha tenido en la historia cultural latinoamericana postindependiente, algunas de sus marcas distintivas permanecieron invariables a lo largo de las diferentes inflexiones históricas del ensayo, diseñando un espacio discursivo heterogéneo, maleable y versátil, formado por un juego plural y dinámico de procedimientos de distinto origen que remiten a otros géneros o tipos discursivos, y a otras formas emparentadas con aquel, como el prólogo, el panfleto, el comentario, el artículo crítico, la memoria, la meditación, el aforismo, las máximas, la epístola, el tratado, el discurso, el escrito programático, el encomio, el relato de viajes, el opúsculo, la historia, el sermón, el diálogo, la diatriba, el artículo periodístico, la autobiografía, la biografía y otras, en las que se puede conjeturar que existió en estado latente. Pensamos en textos afines al ensayo como *Inventamos o erramos* de Simón Rodríguez, el *Plan revolucionario de operaciones* de Mariano Moreno, los *Diálogos de diversos muertos sobre la independencia de América* de José Cecilio del Valle, las lecturas del *Salón literario de 1837*, el *Fragmento preliminar al estudio del derecho* y la *Acción de la Europa en América* de J. B. Alberdi, el Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile de Andrés Bello, los *Viajes por Europa, África y América* de D. F. Sarmiento, el Prólogo al “Poema del Niágara” de José Martí, *Los raros* de Rubén Darío, los Discursos en el Palacio de la Exposición, en el Teatro Olimpo y en el Politeama, la Conferencia en el Ateneo de Lima y el discurso “El intelectual y el obrero” de Manuel González Prada, los *Motivos de Proteo* de José Enrique Rodó, la *Visión de Anáhuac* y las *Notas sobre la inteligencia americana* de Alfonso Reyes, la conferencia “La utopía de América” de Pedro Henríquez Ureña, *El Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* de Fernando Ortiz, *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, *Tiempo mexicano* de Carlos Fuentes, e innumerables ejemplos más que forman parte de la constelación ensayística, incluso en sus márgenes, como en el caso de las crónicas de *Fuerte es el silencio* de Elena Poniatowska, las de *Días de guardar* de Carlos Monsiváis, muchos artículos críticos publicados en revistas culturales como *Nexos*, *Punto de vista*, *Revista de crítica cultural*, o el estudio de economía política: *Capitalismo periférico. Crisis y transformación* y *Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo* -ponencia presentada en un seminario del Banco Mundial- de Raúl Prebisch, o *El espejo de la historia* de Tulio Halperín Donghi, entre tantos otros.

A su vez, cualquiera sea su variante, como categoría discursiva en sí, el ensayo admite una temática extremadamente variada –todo puede ser materia del ensayo-, de diferente extensión (medida por el ciclo de atención del lector desde los límites espaciales acotados de un artículo periodístico breve hasta la cantidad muy variable de páginas que componen un volumen), según el caso, y se encuentra atravesado por tendencias y fuerzas disciplinarias opuestas y hasta excluyentes entre sí, que involucran el modo de presentación, la disposición a menudo dispersa, discontinua y poblada de digresiones, y la conformación excéntrica o descentrada del objeto de reflexión, estrechamente ligada a la subjetividad del emisor y su “voluntad de estilo” (Marichal), oscilando entre dos propuestas enunciativas desencontradas, como lo muestran, desde los comienzos de la tradición ensayística, sus dos clásicos cultores: Montaigne y Bacon. Este último rasgo tiene particular importancia dentro del campo literario latinoamericano incluso hasta en nuestros días, donde advertimos que el ensayo ha sido fecundo en la medida en que ha resultado un vehículo singularmente eficaz para configurar nuevas instancias de enunciación y nuevas subjetividades específicas, aunque no del todo aisladas de realidades procedentes de los lugares centrales.

La dificultad para formalizar su estudio y sistematizar los resultados de las aproximaciones semióticas a este tipo de discurso radica, entre otras causas, en la asombrosa variedad de potencialidades formales que ofrece, tal como surge de las taxonomías del ensayo que se han emprendido infructuosamente. Como prueba de los poco convincentes intentos de clasificación de la ensayística, transcribiremos dos propuestas que servirán para ilustrar lo que sostenemos y verificar la pluralidad de criterios, tópicos y modalidades que entran en juego y dificultan una posible sistematización atenta a su conformación heterogénea.

En primer término, la que propone el crítico mexicano José Luis Martínez, tomando en parte la estructura del ensayo como criterio clasificatorio: a) ensayo como género de creación literaria; b) ensayo breve, poemático; c) ensayo de fantasía, ingenio o divagación; d) ensayo-discurso u oración; e) ensayo interpretativo; f) ensayo teórico; g) ensayo de crítica literaria; h) ensayo expositivo; i) ensayo-crónica o ensayo-memoria y j) ensayo breve, periodístico. Como es fácil de advertir, los criterios son disímiles y

discutibles, y oscilan entre aspectos formales externos como la extensión, la tipología discursiva y el énfasis tópico.

En segundo término, la propuesta del peruano Estuardo Núñez complementa la anterior, valiéndose de un criterio estrictamente temático que contiene también ciertos puntos cuestionables como la primera clase de ensayo propuesta que se superpone, a nuestro entender, con algunas de las que le siguen: 1) ensayo ideológico o afín a la filosofía, teoría o interpretación de algún aspecto cultural; 2) ensayo histórico que comprende el fenómeno cultural o histórico-ideológico; 3) ensayo literario que comprende la crítica, la glosa, la estimativa o la apreciación de obras o fenómenos o autores literarios o artísticos; 4) ensayo sociológico; 5) formas mixtas propias de su naturaleza flexible.⁹

Un segundo lugar común consiste en señalar la conflictiva ubicación del ensayo en los dominios de la literatura, con la consecuente actitud, bastante difundida entre los estudiosos de la literatura, de subestimar las competencias requeridas por la escritura ensayística a la que le atribuyen la liviandad de lo fácil y carente de arte o de trabajo formal, hasta el extremo de denostar el ensayo y a los ensayistas con alusiones francamente hostiles, como ocurre con ciertas afirmaciones que encontrábamos en algunos trabajos de críticos españoles y latinoamericanos hace algunos años.¹⁰ A menudo el denuedo servía también de excusa y justificativo para la ausencia de análisis. Theodor W. Adorno atribuyó el desprestigio del género a su ambigüedad y a la falta de una sólida tradición formal en Alemania. Por su parte, Julián Marías -coincidiendo con Adorno- hizo extensiva su observación a la recepción del ensayo en el ámbito hispánico y vio en ese diagnóstico el origen de la “voluntad de malentender” el ensayo y a quienes lo cultivaban en los países de lengua española, como lo ejemplifica la pretensión de

⁹ Cfr. José Luis Martínez, selecc., introd. y notas. *El ensayo mexicano*. México: FCE, 1971. 2ª edic. refundida y aumentada. 1ª edic.: 1958, 13-15, y Estuardo Núñez, “Proceso y teoría del ensayo”, *Revista Hispánica Moderna*, año XXXI, 1-4 (1965): 363- 364.

¹⁰ Nos referimos a expresiones racistas como la de Pío Baroja cuando denomina la práctica de reactualizar géneros antiguos, cosa de “judíos hábiles”, como Emil Ludwig, Stephan Zweig o André Maurois. Cfr. Pío Baroja, “Las biografías y los ensayos”, *Obras completas*, vol. V. Madrid: Biblioteca Nueva, 1948: 1108. Hacia 1958, el venezolano Edgar Gabaldón Márquez se refiere al “ensayismo a la hispanoamericana” como un justificativo de “cierta pereza intelectual, un estado peligroso de nuestra historia cultural”. Cit. en Miguel Gómez, *Poéticas del ensayo venezolano del siglo XX: la forma de lo diverso*. Providence, Rhode Island: Ediciones INTI, 1996, 5-6.

invalidar por “ensayística” la obra de José Ortega y Gasset, difundida por esos mismos años.¹¹

Podemos entender, entonces, que no sea extraño arribar a conclusiones tautológicas que llegan a proponer la indefinición como rasgo constitutivo del ensayo y lo relegan a un puesto marginal como género “menor” o definitivamente le niegan su condición de género literario. Por otra parte, advertimos que todavía existe una tendencia generalizada en la bibliografía sobre el ensayo que marca la escasez de estudios formales o teóricos sobre esta categoría discursiva, especialmente en francés y en español, en tanto que ya desde fines del siglo XIX se registra una tradición de abordar sistemática o reflexivamente problemas de orden general sobre ese discurso, no sólo desde la crítica literaria sino también desde la lingüística, la estética y la filosofía, sobre todo en lengua alemana y más recientemente en inglés.¹²

En relación con los estudios sistemáticos sobre el ensayo hispánico y, en particular, el ensayo latinoamericano, sobre el que reflexionaremos con mayor detalle en el segundo capítulo de nuestro trabajo, adelantaremos aquí que el cuadro que se nos ofrece es aún menos alentador: a pesar de la intención de responder a una mayor preocupación por aspectos teóricos y formales, como se declara en algunos trabajos que se autodefinen como acercamientos proyectados desde la semiótica o la teoría literaria, el análisis concreto que proponen no alcanza a dar cumplimiento a las expectativas creadas. Es el caso de *Teoría del ensayo* (1981 y 1992) de José Luis Gómez-Martínez y *Para una lectura semiótica del ensayo latinoamericano* (1983) de David William Foster, a los cuales debe reconocérseles el mérito de plantear el problema y de intentar cubrir ese vacío teórico¹³. La mayor parte de los trabajos existentes consisten ya en estudios preliminares a antologías de ensayos

¹¹ Cfr. Theodor W. Adorno, “El ensayo como forma”, *Notas de literatura*. Barcelona: Ariel, 1962, 11; Jacques Leenhardt, “La estructura ensayística de la novela latinoamericana,” David Viñas, Ángel Rama y otros, *Más allá del boom: literatura y mercado*. Buenos Aires: Folios, 1984, 134, y Martín Cerda, *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo*. Valparaíso: Ediciones Universitarias, 1982, 18.

¹² Para un estado actualizado de la cuestión teórica del ensayo, en particular en lengua inglesa, alemana y francesa, resulta sumamente útil el excelente estudio comparativo de Claire de Obaldía, *The Essayistic Spirit. Literature, Modern Criticism, and the Essay*. Oxford: Clarendon Press, 1995, especialmente el primer capítulo.

¹³ Cfr. José Luis Gómez-Martínez, *Teoría del ensayo*. Edición revisada y aumentada. México: UNAM, Cuadernos de Cuadernos, 1992. 1º edic.: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1981 (interesa en particular la edición mexicana actualizada, porque en ella se incorporan más ejemplos tomados de las obras de ensayistas iberoamericanos representativos), y David W. Foster, *Para una lectura semiótica del ensayo latinoamericano. Textos representativos*. Madrid: José Porrúa Turanzas – Studia Humanitatis, 1983.

dedicadas al análisis de aspectos temáticos, ya en manuales e historias de la literatura hispánica y latinoamericana en particular, además de una enorme cantidad de trabajos críticos encuadrables en la historia de la filosofía y del pensamiento latinoamericano o en la historia de las ideas, todos los cuales comparten un fuerte énfasis contenidista y una impronta crítica impresionista, tratándose por lo general de *ensayos sobre el ensayo*.

Por esta razón y con el propósito de ir circunscribiendo el concepto hasta arribar a una definición provisoria y operativa, esbozaremos una descripción del discurso ensayístico *en situación*: en primer término, dentro del entramado de discursos sociales y culturales, géneros literarios y campos disciplinarios donde se encuentra inscripto y, en una segunda instancia, en la red contextual histórica y geocultural que rodea la aparición de este subtipo ensayístico tan peculiar.

Ensayo e interdiscursividad

Dentro de las múltiples relaciones establecidas desde una perspectiva teórica que privilegie la cuestión de la *interdiscursividad*¹, el entramado de discursos que da forma al subtipo específico, conocido como *ensayo de interpretación cultural* o *ensayo culturalista* en Latinoamérica, nos permite identificar la convivencia de distintas zonas discursivas que remiten a diferentes campos y disciplinas, tales como la literatura -en sus más variadas manifestaciones-, la filosofía, la historia, la economía, la política y otras ramas de las ciencias sociales, en un cruce particularmente significativo de las modalidades enunciativas más diversas en un espacio discursivo, cuyas líneas demarcatorias se muestran notoriamente borrosas. Tal como se insinúa en el primer epígrafe de esta primera parte, la entidad histórica, geográfica y cultural que denominamos (*Latino*)*América* -con la intención de consignar la ambigüedad y tensión siempre presentes en la elección de un nombre para un determinado concepto-, sobre la que se ejerce la actividad reflexiva y crítica, característica de la escritura ensayística, presupone y, en cierto modo, convoca y activa los rasgos heterogéneos y difusos del gesto tentativo y provisional de esa configuración discursiva.

Como voz cultural, la palabra *ensayo* ingresa en el ámbito hispánico desde fuera, pero, a diferencia de la temprana difusión en la lengua inglesa de la acepción montaigneana de la palabra *essay* (a partir de la aparición de los primeros ensayos, *Essays*, de Francis Bacon en 1597 y de la traducción de los *Essais*, de Montaigne, al

¹ Ubicamos esta noción en el marco del concepto de *red interdiscursiva* trazado por Eliseo Verón y en la teoría de los *géneros discursivos* de Mijail Bajtín, quien señala diversas formas de producción de aquellos mediante la absorción y reelaboración de géneros primarios, especialmente en una comunicación cultural compleja, relativamente más desarrollada y organizada. Cfr. Eliseo Verón, *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Trad. del francés por Emilio Lloveras. Bs. As.: Gedisa, 1987, 30, y Mijail M. Bajtín, "El problema de los géneros discursivos," *Estética de la creación verbal*. 2ª edic. México: Siglo XXI, 1985, 250. 1ª edic. en ruso: 1979.

inglés en 1603), y de lo ocurrido con las voces equivalentes en otras lenguas europeas (*saggio* en italiano, *ensaio* en portugués, *Versuch* en alemán), que se incorporan durante el siglo XVIII en los vocabularios respectivos y se emplean generalmente en la Europa continental desde mediados del siglo XIX, el término *ensayo* fue aceptado tardíamente en los dominios lingüísticos del español.

Curiosamente y por razones que analizaremos más adelante, se difundió y tuvo su apogeo en Latinoamérica con Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, José V. Lastarria, José de la Luz y Caballero, José María Mora, Juan Montalvo, Eugenio María de Hostos, Manuel González Prada, José Martí, José Enrique Rodó y tantos otros, durante el siglo XIX, antes que en España, donde surgió como forma discursiva reconocible-recién a partir del último decenio del siglo pasado, sobre todo alrededor de 1898, año de la primera edición en lengua española de los *Essais* de Montaigne, con Leopoldo Alas (Clarín), Juan Valera, Ganivet, Unamuno, Azorín, entre otros, y proliferó desde entonces a lo largo del siglo XX hasta nuestros días, mostrando una notable y continua vitalidad.² Esto explica que las voces derivadas, *ensayista* y *ensayismo*, se hayan incorporado tardíamente en el *Diccionario Académico* de la lengua española desde 1925 y 1939, respectivamente.

A juzgar por las escasas referencias y la lenta difusión de su obra del otro lado de los Pirineos, Montaigne fue poco conocido en España: en el siglo XVII existió una traducción española de los *Essais* autorizada para ser editada, que no llegó a publicarse - y que aún se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid-, con el título: *Experiencia y varios discursos*, preparada por un tal Diego Cisneros, entre 1624 y 1636.³ Conviene tener presente que los *Essais* se editaron en español recién en 1898, en París y en versión de Constantino Román y Salamero, más de dos siglos después de haber circulado en las lenguas vernáculas de Alemania, Estados Unidos, Japón, Italia, Holanda, Hungría y otros países. De modo que la aparición de los *Essais* de Montaigne,

² Juan Marichal señala que la voz *ensayo* se empleó por primera vez en España, en el siglo XVIII, en la acepción francesa de esa época, con el sentido de “estudio provisional o incompleto, de carácter histórico o científico”. En la acepción literaria aparece en español en 1818, en la antología de A. Anaya, *An essay on Spanish literature*, publicado en Londres. Y a lo largo del siglo XIX comienza a ser empleada en obras como los *Ensayos literarios y críticos* de Alberto Lista (Sevilla, 1844), los *Ensayos religiosos, políticos y literarios* de Quadrado (1853) y *Ensayos y revistas (1888- 1892)* de Leopoldo Alas (Madrid, 1892). Pero ya había sido utilizado el término *essay* desde el siglo XVII en la traducción de obras didácticas españolas, por las características afines que incluían. Cfr. Juan Marichal, *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, 14.

³ Cfr. J. Marichal, “Montaigne en España”, *Teoría e historia del ensayismo hispánico...*, cap. 4, 62-81.

en 1580, acontecimiento que podría ser considerado como un hito fundacional en la historia del ensayismo, tuvo una escasa repercusión en el mundo hispánico, a causa de su tardía traducción al español, lo que incidió, como era de esperar, en el rezago en darle ese nombre a obras encuadrables bajo esa denominación. No obstante, más allá de la terminología utilizada, la tendencia expresiva que Baltasar Gracián llamó “discurrir a lo libre”, cuenta con una historia previa en la prosa en lengua española, bajo las más diversas denominaciones. Siguiendo terminologías más tradicionales, las voces *discurso* (de uso frecuente en el siglo XVII en la acepción de *essai*), *informe*, *memoria*, *carta*, *teatro* o *tratado*, son algunos de los términos sustitutos de la palabra *ensayo*, que recién logrará imponerse mucho más adelante. A modo de ejemplo, recordemos que Francisco de Quevedo, uno de los primeros en hablar de Montaigne en España, a quien se refería como “el señor de la Montaña”, llamó *Discursos* a sus *Essais*. En el siglo siguiente, fray Benito Jerónimo Feijóo escribió nueve volúmenes de contenido claramente ensayístico, donde combinaba saber enciclopédico y misceláneo, ideas novedosas y libertad en los juicios, y los tituló *Teatro crítico universal o discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes* (1727-1740). Y en Latinoamérica encontramos tempranamente, durante la Colonia, el *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe* (1680) del excepcional polígrafo mexicano don Carlos de Sigüenza y Góngora, *Marco Porcio Catón o Memorias para la impugnación del Nuevo Luciano de Quito* (1780) del ecuatoriano Francisco Xavier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, la *Carta dirigida a los españoles americanos por uno de sus compatriotas* (1792) del jesuita peruano expulso Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, y ya en el siglo XIX, la *Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano* (1844) del argentino Juan Bautista Alberdi, los *Siete tratados* (1882) del ecuatoriano Juan Montalvo, entre las innumerables obras que anunciaron o escamotearon la fisonomía del ensayo con otras denominaciones afines o colindantes.

Las primeras obras españolas y latinoamericanas que incorporaron la palabra *ensayo* con la acepción de *categoría discursiva* son tardías y heterogéneas, y siguieron el uso dilatado del término que ya se había impuesto desde el siglo XVIII en Inglaterra y poco después en Francia. Se solía utilizar ese término para titular repertorios bibliográficos como el *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles* de J. A. Pellicer (1778), polémicas literarias y todo tipo de tratados de contenidos muy diversos

(históricos, religiosos, políticos y, más tarde, de crítica literaria), ya entrado el siglo XIX, como lo ilustraron en la América Hispana, el escrito expositivo titulado *Ensayo acerca de los sucesos desastrosos de Chile* (1815) del chileno fray Camilo Henríquez, el *Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización* (1824) de Bernardo de Monteagudo, y los póstumos *Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas de Sud América* de J. B. Alberdi, que reunían estudios y notas escritos desde 1852, entre tantos otros.⁴ Desde mediados del siglo XX, su uso muy generalizado se hizo cada vez más impreciso, al incluir estudios científicos, tratados, monografías y diferentes tipos de estudios críticos sobre todo en el campo de la literatura, la historia, la antropología y la sociología, hasta el punto de dar cabida a aquellos textos difíciles de clasificar en los géneros literarios tradicionales. Es oportuno recordar que, como lo analizaremos más adelante, esta característica notoriamente presente en el ensayo latinoamericano se vincula estrechamente con las peculiaridades que definen nuestra literatura y cultura subcontinental.

Pero podemos remontarnos aún más lejos en el tiempo, si le damos crédito a la difundida sentencia de Bacon de Verulamio: “la palabra es nueva, pero el contenido es antiguo”⁵, y adscribimos al ensayo una larga lista de antecedentes que preparan lentamente el terreno para su advenimiento. Desde la Antigüedad pueden reconocerse signos rudimentarios o anticipos de su presencia, con mayor o menor desarrollo según los autores, sin estar diferenciado como forma en prosa ni contar con una denominación especial como categoría distinta. Se encuentran esbozos ensayísticos en textos antiguos sapienciales de pensadores orientales como Confucio, cuyas sentencias nos llegaron a través de los escritos de su discípulo Mencio, y Lao-tsé, algunos libros del Antiguo Testamento, las obras de los presocráticos, los *Diálogos* de Platón, textos de Herodoto,

⁴ El término *ensayo* en su acepción genérica moderna esencialmente montaigneana ya había sido usado por Santa Cruz y Espejo en su *Ensayo para determinar los caracteres de la sensibilidad*, publicado en *Primicias de la Cultura de Quito*, 2 (29 de enero de 1792), y poco después con el mismo sentido en el *Papel Periódico de Santa Fé de Bogotá*, 244 (13 de mayo de 1796): 144-2; 245 (20 de mayo de 1796: 1443-7. Por otra parte, el panameño Justo Arosemena llamó *ensayo* a una obra de carácter tentativo como sus *Apuntamientos para la introducción a las ciencias morales y políticas* (1840). Cfr. Miguel Gómez, “El género que vino de la modernidad: el ensayo”, *Atenea. Revista de ciencia, arte y literatura* (Univ. de Concepción, Chile), 471 (1º sem. 1995): 200-201.

⁵ “*The word is late, though the thing is ancient*”. Francis Bacon incluyó esta sentencia en el prefacio-dedicatoria al príncipe Enrique, incluido en la segunda edición de sus *Essays* (1612), *Works of Francis Bacon*. New York: Garrett Press, 1968, XI, 340.

Tucidides, Aristóteles, los *Memorabilia* de Jenofonte, los incipientes *ensayos dialogados* de Luciano de Samosata, la literatura antigua de compilación como las *florilegia* y los *exempla*, las cartas de los apóstoles, las epístolas y los diálogos de Cicerón que anticiparon el ensayo filosófico, las *Obras morales* o *Vidas paralelas* de Plutarco, las *Cartas* de Plinio el Joven que, junto con las *Epístolas a Lucilio* de Séneca y otras, anunciaron el ensayo epistolar, el *Ars Amandi* de Ovidio, las *Confesiones* de San Agustín que se proyectaron en la prosa introspectiva de Montaigne, el *Elogio de la locura* de Erasmo, entre otros.⁶

Sin embargo, el ensayo como *género discursivo (genus dicendi)* moderno nació, desenmarcado y aún sin oficializarse, cuando Montaigne vendió su cargo oficial de alcalde de Burdeos y renunció a la vida pública, a los treinta y siete años, en marzo de 1571, para retirarse a escribir los *Essais*, encerrado en su castillo, en los confines de Perigord, hasta editarlos en Burdeos, en 1580.⁷ Recién entonces, propiciado ya el descubrimiento del individuo por la acción de las tendencias humanísticas del Renacimiento, se pudo concebir la manifestación discursiva del subjetivismo y la proyección del escritor-autor en un estilo definido, dos rasgos distintivos del ensayo. Pese a todo lo dicho, no hay que olvidar que Montaigne utilizó poco la palabra y, aunque fue consciente de la peculiaridad de su obra (en sus *Essais* anunciaba: “Éste es el único libro de su clase en el mundo”), no la asoció a una categoría literaria sino más bien a un concepto metodológico: *disputatio, sententia, apotegma, flor, dicta, specimen* (M. Alvar 1974: 41). Es importante reparar en esta salvedad que reside en el punto de vista de la producción del texto, es decir, del autor y su audiencia inmediata, puesto que la literatura en esa época era concebida en términos de imitación y verosimilitud. Su intención declarada cabía en esta sola frase que presentaba su libro: “He aquí un libro

⁶ Medardo Vitier ofrece una larga lista de obras que, a su juicio, conformarían la “prehistoria del género”. Además de los mencionados, incluye los *Caracteres* de Teofrasto, discípulo de Aristóteles, las *Instituciones oratorias* de Quintiliano, *El príncipe* de Maquiavelo, las obras del español fray Antonio de Guevara, entre otros. Cfr. M. Vitier. *Del ensayo americano*. México: FCE, 1945, 48-50. Véanse tb.: José Luis Gómez-Martínez, *Teoría del ensayo*. México: UNAM, Cuadernos de Cuadernos, 1992, 23-27. 1ª edic.: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1981; José Luis Martínez, *El ensayo mexicano moderno...*, 7; Marcos Victoria, *Teoría del ensayo...*, esp. caps. II, III, IV y XIX; Antonio Sacoto, *El indio en el ensayo de la América Española*. Ecuador: Cuenca, 1981, 16-17.

⁷ Montaigne dedicó casi nueve años de su vida a escribir los dos primeros libros de sus ensayos y continuó escribiendo hasta 1592, año de su muerte. En total, sus *Essais* se componen de tres libros divididos en capítulos, cada uno de los cuales consiste en un ensayo dispuesto cronológicamente, donde se tratan temas muy diversos, sin establecer otro nexo entre ellos que la persona misma de su autor, que es la materia de su libro.

de buena fe, lector”⁸, un libro preparado sólo con fines domésticos y privados. No obstante, el hecho de que Montaigne no hubiese escrito sus ensayos con la finalidad de inscribirlos en los dominios de lo literario, no impide ni invalida que en nuestra lectura asociemos el *ensayo* con una noción actualizada de *literatura*.

De este modo, utilizando una forma clásica con un nuevo sentido y una nueva finalidad, se creó un tipo literario más complejo, definido por su fundador como “un decir informe y sin regla, una jerga popular y un proceder sin definición, sin división, sin conclusión” (Montaigne, *OC*, 620), y se introdujo un giro inesperado en la palabra *ensayo* que comenzó a cargarse de distintos matices, irregularidades, bordes difusos, amplitud y desorden, incluyendo –como ya lo señalamos- tratados sobre temas muy diversos y hasta poemas filosóficos, según la variante baconiana que incorporaba ensayos en verso. La lista de sus sistemáticos u ocasionales cultores más destacados sería interminable y siempre incompleta: además de los clásicos ya citados, emergió con fuerza en Inglaterra con Robert Johnson, Dryden, Locke, de Foe, Berkeley, Pope, entre otros. Hacia fines del siglo XVIII, adquirió mayor precisión, bajo la modalidad del artículo periodístico, como un escrito breve, sin aparato erudito, al que se le sumaba la libertad de asunto que le había concedido Montaigne. Puede agregarse a la lista de precursores o ensayistas propiamente dichos en el mundo no hispánico –aunque en algunos casos todavía no se los denominaba como tales, en su época -, a Rabelais, Pascal, Leibniz, Voltaire, J.C.Gottsched, Diderot, los hermanos Schlegel, Goethe, Schiller, Chateaubriand, Mme. Staël, Schelling, K. L. Reinhold, W.von Humboldt, Carlyle, Ruskin, Shelley, Taine, Rousseau, Machado de Assis, M. Barrès, Oscar Wilde, Lukács, Chesterton, Aldous Huxley, Albert Einstein, T.S. Eliot, W. Benjamin, T. W. Adorno, Robert Musil, Franz Fanon, Roland Barthes, y en el dominio lingüístico del español, a Quevedo, Gracián, Mesonero Romanos, Larra, Feijóo, Cadalso, Jovellanos, Donoso Cortés, Giner de los Ríos, Rufino Blanco Fombona, Justo Ingenieros, Ramos Mejía, Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Rojas Sierra, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, José, Manuel Ugarte, Ramiro de Maeztu, Miguel de Unamuno, José Carlos Mariátegui, Silvio Romero, Ezequiel Martínez Estrada, Américo Castro, Raúl Scalabrini Ortiz, José

⁸ “C’est icy un livre de bonne foy, lecteur. Il t’avertit dès l’entrée, que je ne m’y suis proposé aucune fin, que domestique et privée. Je n’y ay en nulle consideration de ton service, ni de ma gloire”. Michel E. de Montaigne, *Oeuvres complètes*. Edit.par Albert Thibaudet et Maurice Rat. Bruges: Bibliothèque de la Pléiade, 1967.

Ortega y Gasset, Eduardo Mallea, Héctor Murena, Benito Canal Feijóo, José Luis Borges, Ernesto Sábato, Pedro Salinas, José Gaos, Juan Larrea, Antonio Pedreira, Germán Arciniégas, Arturo Uslar Pietri, Mariano Picón Salas, Octavio Paz, Julio Cortázar, Alejo Carpentier, Rosario Castellanos, Angel Rama, Severo Sarduy, Carlos Fuentes, Eugenio Trías, Fernando Savater, Eduardo Galeano, Mario Benedetti, José Luis González, Leopoldo Zea, Roberto Fernández Retamar, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Beatriz Sarlo, Juan José Sebreli, Blas Matamoro, Nelly Richard, Rosario Ferré, Antonio Benítez Rojo, Arcadio Díaz-Quiñones, solamente como una muestra de la extrema diversidad temporal, geocultural, estética y de otras variables subjetivas que tornan riesgosa cualquier posible teorización apresurada y en abstracto sobre el ensayo en Latinoamérica.

En resumen: tanto la *protohistoria* como la *historia* del ensayo a las que acabamos de aludir, nos enfrentan nuevamente con un dato que ya se había puesto de manifiesto en el rastreo etimológico del término: la dificultad para su definición y sistematización a partir de la enorme diversidad de tipos y de materias involucradas.⁹ Según lo anunciado, nos ocuparemos de definir el ensayo *en situación*, en el denso y plural entramado simbólico de la sociedad y la cultura latinoamericanas, donde se halla inmerso. Para ello nos concentraremos en dos cuestiones derivadas del cuadro descriptivo que acabamos de bosquejar: en primer término, la localización del ensayo y sus formas afines en la compleja red interdiscursiva, y en segundo lugar, la incidencia de la peculiar configuración interactiva de ese tipo discursivo en su comportamiento persuasivo.

Hacia una topología del ensayo

Dado que, según lo adelantamos, toda afirmación teórica del ensayo en general sólo cobra sentido, si se la refiere a un estudio previo del comportamiento del género, en una época histórica determinada y en un territorio cultural concreto, y puesto en relación

⁹ Para ilustrar lo que sostenemos, resulta útil revisar la selección de fragmentos que proponen diferentes definiciones del ensayo, preparada por José Luis Gómez-Martínez. Entre ellas se advierten, en muchos casos, evidentes diferencias de precisión y perspicacia teórica e insalvables contradicciones que revelan la extrema labilidad del género en cuestión. Véase también la bibliografía comentada sobre la dimensión teórica del ensayo que incluye al final de su libro. Cfr. J. L. Gómez-Martínez 1992, 135-178, 179-221.

con la subjetividad de quien lo enuncia, nos limitaremos a señalar los constituyentes provisorios del discurso ensayístico, sin perder de vista el subtipo seleccionado para nuestra investigación. Por esta razón, antes de formular una definición operativa e instrumental del mismo, delinearemos sus marcos discursivos, con el propósito de examinar su ubicación en la red de interacciones simbólicas, tal como se la concibe actualmente.

Se pueden distinguir una serie de componentes básicos de todo ensayo, aún considerando las distintas variantes que éste admite, no sólo en lo que respecta a la modalidad discursiva elegida sino también en cuanto a los tópicos, las formas elocutivas y la disposición textual, de acuerdo con la libertad formal inherente a un posible y muy lábil *canon ensayístico*, cuya única restricción dependería del imperativo de construir un discurso eficaz. Podemos enumerar los siguientes constituyentes específicos del discurso ensayístico, siguiendo la descripción propuesta por Jaime Alazraki¹⁰: a) *una voz reflexiva*, a través de la cual el ensayista dilucida, instalando una presencia subjetiva mediante marcas formales identificables que neutralizan en algunos casos la aparente objetividad que pretende alcanzar el discurso; b) *un timbre o estilo* que apunta a la claridad o a la inteligibilidad, siempre dentro de una actitud marcadamente conativa de apelación, persuasión o movilización del destinatario-lector, aunque sin dejar de lado, en el mejor de los casos, una fuerte preocupación estilística¹¹; c) *ideas significadas*: los argumentos, juicios o razonamientos del ensayista, que desarrollan un tema planteado en forma de hipótesis donde, si entra en juego la imaginación, lo esencial sigue residiendo en los conceptos que forman un conjunto denso y complejo, oscilante entre la conceptualización pura y la impresión subjetiva, y por último, d) una *sintaxis de sus enunciados* que configura su estructura o modalidad compositiva.

Por otra parte, otro elemento invariable del ensayo es el frecuente recurso a la *digresión*¹² que le proporciona al discurso la discontinuidad propia de la vida y convierte

¹⁰ Cfr. Jaime Alazraki, "Tres formas del ensayo contemporáneo: Borges, Paz, Cortázar," *Revista Iberoamericana*, 118-119 (enero-junio 1982): 10.

¹¹ Nos referimos a lo que Marichal denominó "voluntad de estilo". Cfr. J. Marichal 1984. Las imágenes, metáforas y demás procedimientos elocutivos que incorpora, no interfieren en la comunicación del mensaje, sino todo lo contrario: la acompañan y refuerzan, otorgándole un *plus* de significación. Por otra parte, la preocupación por el estilo no invalida el hecho de que a veces haya una presunción de improvisación, como se verá en el análisis del *Facundo*, en el tercer capítulo del presente estudio.

¹² Entendemos por *digresión*, el efecto de romper el hilo del discurso y de hablar en él de cosas que no tengan conexión o estrecha relación con aquello que se está tratando.

el objeto del ensayo en un conflicto detenido, atravesado por rupturas que, en última instancia, lo sostienen y dan unidad al conjunto.

No obstante, y a pesar de resistirse a caracterizar el ensayo como un género invertebrado, Alazraki coincide con David Lagmanovich en identificar, hasta hace sólo unas décadas, una larga trayectoria de estudios teóricos y críticos “contenidistas” que limitan el análisis del ensayo a ese aspecto, desestimando las cuestiones formales por considerarlo un género de débil estructuración.¹³ Existió, sin embargo, cierta continuidad en una línea de reflexión interesada en la *forma* ensayística, desde las primeras observaciones metatextuales del mismo Montaigne, incluidas en sus ensayos, donde perfilaba una estética y una organización genérica alternativas¹⁴, que fueron retomadas en algunos escritos de autores del primer romanticismo alemán (Friederich Schlegel, Novalis, Jean Paul, entre otros), especialmente en el desarrollo de la teoría del *fragmento* y el proceso de desmembramiento y reconfiguración del sistema discursivo que condujo a un desplazamiento de las fronteras genéricas con una consecuente y notable fecundidad reflexiva, prolongada, ya en el siglo XX, por Georg von Lukács, Walter Benjamin y Theodor W. Adorno, en sus trabajos teóricos y críticos sobre el ensayo, donde coinciden en identificar *lo ensayístico* con la *esencia* del ensayo y en asociar el surgimiento y la proliferación de éste con períodos de crisis y transiciones genéricas, como el Renacimiento y el Romanticismo.

Enumeraremos, a modo ilustrativo, algunas de las ideas de Lukács incluidas en el ensayo epistolar que escribió en Florencia, dirigido a su amigo Leo Popper: “Sobre la esencia y la forma del ensayo: una carta a Leo Popper”, en octubre de 1910, puesto que ya encontramos allí el comienzo de una línea de reflexión y discusión que será profundizada más adelante y derivará en posiciones opuestas acerca de la condición genérica del ensayo y su configuración híbrida o fronteriza. El texto del joven Lukács al

¹³ Cfr. J. Alazraki, “Tres formas del ensayo contemporáneo: Borges, Paz, Cortázar”...: 10, y David Lagmanovich, “Hacia una teoría del ensayo hispanoamericano”, Isaac Jack Levy - Juan Loveluck (eds.), *El ensayo hispánico. Actas del Simposio “The Hispanic Essay”* (29-31.I.1981). Columbia - Carolina del Sur: Univ. of South Carolina - Hispanic Studies Series Nº 3, 1984.

¹⁴ En “De Demócrito y Heráclito”, ensayo 50 del Libro I de sus *Ensayos*, Montaigne explica que, al tratar un tema del que nada entiende, la forma discursiva adoptada -el ensayo- le permite recorrerlo “sondeando el vado desde muy lejos” y, aún cuando reconozca la imposibilidad de atravesarlo, se evidencia la efectividad del juicio. En este mismo ensayo encontramos una interesante descripción del modo de escritura empleado: “Tomo al azar el primer tema que se me presenta. Todos me son igualmente buenos. Y jamás pretendo tratarlos por entero (...) Penetro en él, no con amplitud sino con la mayor profundidad que puedo...”. M. de Montaigne, *Ensayos completos*. Tomo I. Bs.As.: Edics. Orbis-Hyspamérica, 1984, 18.

que hacemos referencia, sirvió de introducción y prólogo a su libro *El alma y las formas* (*Die Seele und die Formen*. Berlin, 1911)¹⁵. En esa misiva, con el estilo y la forma dialógicos, propios de una carta-ensayo sobre el ensayo, se interrogaba a sí mismo acerca de los principios ordenadores y la forma de la escritura ensayística, al tiempo que consultaba e intentaba persuadir con vehemencia a su amigo de la condición de *género literario* o *gesto artístico* que le adjudicaba al ensayo, independiente de las otras formas discursivas ya conocidas. En una exultante apología del ensayo, Lukács lo situaba entre la ciencia y la literatura, aún no independizado del todo como forma de la primitiva unidad indiferenciada entre arte, moral y ciencia, dentro de cuyos límites borrosos compartía algunos rasgos distintivos de otros géneros, y lo definía como una nueva articulación de ideas y escritura que planteaba temas filosóficos sin “la perfección helada y definitiva de la filosofía”, vale decir, un modo de pensar congruente y próximo a la vida, configurado desde un punto de vista que precisamente privilegiaba y revalorizaba la perspectiva (Lukács 1985, 15). Entre los rasgos distintivos, destacaba en primer lugar el proceso de juzgar más que el juicio mismo, su condición de pieza inacabada y la perdurabilidad del pensamiento del ensayista a pesar del paso del tiempo, fundada en su arquitectura artística.

Medio siglo después, también desde los márgenes, en “El ensayo como forma” (1958), Theodor W. Adorno complementó las primeras reflexiones de Lukács y en ciertos puntos las contradujo, especialmente cuando cuestionaba la teoría lukacsiana del ensayo como “forma artística”.¹⁶ En el citado trabajo, Adorno insistía en vincular ensayo y heterodoxia, resaltando su carácter antisistemático, antidogmático, fragmentario o, al menos, renuente a dar cuenta de visiones totalizantes y alejado del espíritu cientificista, por cuanto revisaba y llegaba a liquidar las premisas de las que partía. Con este argumento afectaba incluso gran parte de la obra de la madurez de Lukács, asociada con el dogmatismo staliniano, especialmente los ensayos tardíos del crítico húngaro a los que Adorno adjudicó la falacia de derivarse directamente de la “teoría” (Adorno 1962, 17-27). En este mismo ensayo, nos interesa llamar la atención sobre la redefinición de ese tipo que Adorno proponía enumerando un nuevo conjunto de características peculiares que lo colocaban en un lugar intermedio entre la ciencia y

¹⁵ Cfr. G. v. Lukács, *El alma y las formas. Teoría de la novela. Ensayos*. México: Grijalbo, 1985.

¹⁶ Cfr. Theodor W. Adorno, “El ensayo como forma”...: 11-36.

la filosofía. Como es fácil de advertir, la definición de Adorno se centra en la cuestión formal para presentar el ensayo como manifestación de una dimensión utópica:

Como la mayoría de los términos que sobreviven históricamente, la palabra ‘ensayo’, en la que se unen la utopía del pensamiento –dar en el blanco- con la conciencia de la propia fatalidad y provisionalidad, da una información acerca de la forma en cuestión, que es tanto más de tener en cuenta, cuanto que no lo hace programáticamente sino como caracterización de la intención tanteadora. (Adorno 1962, 27-28)

A continuación, sin dejar de considerar la ambigüedad propia del ensayo en el desarrollo posterior del concepto, Adorno advertía sobre la irreversible separación histórica entre ciencia y arte, como consecuencia de la cosificación del mundo en un creciente proceso de desmitologización. Y en un claro esfuerzo por evitar hipostasiar dicha contraposición, en la que descubría la huella de un orden represivo, desaparecida la conciencia donde intuición y concepto, imagen y signo eran una sola cosa, sólo sería posible –sostenía Adorno- pensar la restitución de esa unidad perdida como la utópica consumación de un proceso de mediación, en el cual el ensayo debía cumplir un rol metodológico. Es así como llegó a concebirlo como la *forma* del deseo de una totalidad eternamente suspendida, nunca cumplida, pero siempre por venir, como un género condenado a un eterno deambular digresivo¹⁷, insistiendo en su proceder “metódicamente ametódico” (23) y en su abstención de reducirlo todo a un principio. En cuanto desentrañaba la irónica modestia de la palabra *essais*, utilizada por Montaigne, Adorno continuaba su descripción en estos términos: “No obedece a la regla del juego de la ciencia y de la teoría organizadas...”, ni “... apunta a una construcción cerrada, deductiva o inductiva”(19), el ensayo se yergue sobre todo contra la doctrina arraigada desde Platón, según la cual lo cambiante y efímero es indigno de la filosofía y refiere a

¹⁷ Cfr. Adorno 1962, 15-19. Claire de Obaldía advierte que esta misma tendencia de pensar el ensayo como totalidad siempre por hacerse o por venir, se encuentra en Georg Lukács y Walter Benjamin, y vincula esta condición de “forma exiliada” con la de *topos* dislocado, buscando incesantemente la reintegración que el ensayo presenta desde el Renacimiento. Cfr. C. de Obaldía, *The Essayistic Spirit. Literature, Modern Criticism and the Essay*, 40. Para un análisis más detenido de los dos textos mencionados, véase especialmente el primer apartado (*The essay as a parergon*) del capítulo 3, titulado “Philosophical Essayism”, C. de Obaldía, 99-125.

la experiencia histórica que incluye la experiencia individual y así suspende al mismo tiempo el concepto tradicional de *método*(15-17). En el ensayo -según Adorno-, “el pensamiento tiene su profundidad en la profundidad con que penetra en la cosa” (21) y la forma debe guardar afinidad con la “abierta experiencia espiritual al precio de la falta de seguridad temida como la muerte por la norma del pensamiento establecido” (24).

Finalmente, la rápida mirada que dirigió el filósofo alemán a las formaciones históricas de los significados convencionales, en sus dimensiones culturales e ideológicas, especialmente en el marco de la cultura europea, pareció tener el propósito de introducir una nueva interpretación personal que rescataría la faceta lúdica y la libertad del espíritu de ese tipo discursivo, concluyendo que: “[E]l ensayo no admite que se le prescriba su competencia” (12), y destacando su actitud provocativa frente a la certeza libre de toda duda y la percepción clara y distinta que proclamaba el método cartesiano, principio de la ciencia occidental (26-27). En este sentido, a pesar de las divergencias manifiestas entre las teorizaciones de Adorno y Lukács, resulta evidente que ambos pensadores recurrieron en cierto modo a la misma metodología, al formular una definición abstracta que resultaba válida hasta para leer sus propios ensayos, sin realizar previamente una revisión más minuciosa y comprensiva de las distintas formas que había asumido el ensayismo a lo largo de la historia en diferentes lugares y culturas.

Desde entonces hasta la actualidad, es posible rastrear varias líneas de continuidad y de constante recuperación de algunos de los intereses y preocupaciones que identificamos en el itinerario teórico trazado por aquellos autores, en reflexiones que tendrán lugar en diferentes instancias posteriores¹⁸, con el fin de reconstruir una secuencia reflexiva que derivará en el planteo de las cuestiones acerca del ensayo hispánico e hispanoamericano debatidas entre los setenta y los ochenta, en dos eventos que tuvieron lugar en el ámbito académico de la América del Norte: el *XIV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, realizado en la Universidad de Toronto (Canadá), donde se reunieron trabajos cuya temática central era el ensayo en nuestro

¹⁸ Merece destacarse la prolífica producción teórica y crítica sobre el ensayo procedente de Alemania, que ha contribuido notablemente a la apertura y expansión de nuevas líneas interpretativas del discurso ensayístico en general. Además de los autores citados, nos referimos a estudios como los que enumeramos a continuación: Max Bense, “Über den Essay und seine Prosa”, *Merkur*, 3 (1947), 414-424; Gerhard Haas, *Studien zur Form des Essays*. Max Niemeyer, 1966 y del mismo autor, *Essay*. Metzler, 1969; Michael Hamburger, “Essay über den Essay”, *Akzente*, 12 (1965), 290-292, y Ludwig Röhner, *Der Deutsche Essay: Materialien zur Geschichte und Ästhetik einer literarischen Gattung*. Luchterhand, 1966, entre otros.

continente: *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*,¹⁹ y el Simposio “*The Hispanic Essay: Theoretical Formulations, Authors, Trends and Issues*”, realizado en la Universidad de Carolina del Sur, en Columbia (EEUU), en 1981.²⁰ En este último, se debatieron cuestiones teóricas alrededor de una serie de interrogantes comunes: ¿es el ensayo un género discursivo?, ¿es un género literario?, ¿cuáles serían las propiedades formales específicas que podrían considerarse sus marcadores genéricos?

Recién en los años ochenta se canonizó en la academia la discusión acerca de la *forma* ensayística.²¹ Sin embargo, con casi dos décadas de anterioridad, el crítico uruguayo Carlos Real de Azúa anticipó en la “Introducción y advertencia” que servía de prólogo a su *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo* (1964), una serie de planteos acerca del ensayo que apuntaban a avanzar por encima de su fisonomía heterogénea y aparentemente ilimitada, hasta trazar sus líneas demarcatorias con cierta precisión, sosteniendo su carácter limitable, a pesar de concederle una mayor dosis de elusividad que desdibujaría notoriamente los contornos de este tipo discursivo y, en general, los de la prosa conceptual en sus diferentes variantes. Tras las huellas de la teoría adorniana sobre el ensayo, Real de Azúa lo caracterizó como una “agencia verbal del espíritu” –apropiándose de la expresión de Alfonso Reyes– que encontraba su especificidad en su “modo peculiar de ataque”,²² y deslizó una afirmación interesante y provocativa:

El ensayo es, *intuitivamente interdisciplinario* (...). Tiende a hacer coexistir distintos planos y distintos órdenes de ideas; con la atención afincada sobre un

¹⁹ Cfr. Kurt L. Levy y Keith Ellis, eds. *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica. Memoria del XIVº Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Toronto, CA: Ed. Univ. de Toronto, 1970.

²⁰ Cfr. Isaac Jack Levy - Juan Loveluck (eds.), *El ensayo hispánico. Actas del Simposio “The Hispanic Essay: Theoretical Formulations, Authors, Trends and Issues”*. (Univ. of South Carolina, 29-31.I.1981). Columbia-South Carolina: Univ. of South Carolina - Hispanic Studies Series Nº 3, 1984.

²¹ Es necesario aclarar al respecto que cuando hablamos de *forma*, no nos referimos a una categoría opuesta al fondo o contenido, sino a la noción bajtiniana que incorpora la ideología a la forma. Bajtin define la *forma* por su carácter social y su función de organizar estéticamente los contenidos axiológicos de la obra literaria. Asimismo, resulta interesante y complementaria con el planteo anterior la propuesta de Hayden White de leer “el contenido de la forma” en sus estudios teóricos sobre el discurso histórico. Cfr. Pável Medvedev (Mijail Bachtin), “La ciencia de las ideologías y sus problemas más inmediatos” (1928), *Il metodo formale nella scienza della letteratura; introduzione alla poetica sociologica*. 1ª parte, Cap. 1. Bari: Dedalo Libri, 1978; M. Bajtin, *Esthétique et théorie du roman*. Paris: Gallimard, 1978, y H. White, “Introducción: la poética de la historia”, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE, 1992, y del mismo autor, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Bs.As.: Paidós, 1992.

²² Carlos Real de Azúa, “Introducción y advertencia”, *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. Tomo I. Montevideo: Universidad de la República – Departamento de Publicaciones- Letras Nacionales 5, 1964, 15.

objeto o un tema (el “estudio” al fin, el informal “poner entre paréntesis” de la fenomenología) convoca diferentes puntos de vista que pueden lograr el impacto iluminador que la metáfora alcanza... (Real de Azúa 1964, 21)

Curiosamente los estudios posteriores sobre el ensayo han ignorado por completo la tesis propuesta por Real de Azúa que destaca la novedad de las conexiones interdisciplinarias como un dato natural y espontáneo, intrínseco al ensayo mismo, en tanto que, según nuestro parecer, ésta eslabona y anuncia algunas de las inflexiones más recientes de la teoría sobre el ensayo, que lo describen como un discurso *fronterizo*, un *híbrido literario*, o un *género mestizo*, *forma mixta*, propicia para comunicar planteos que desbordan los límites estrechos fijados por una disciplina determinada, sin dejar de ubicarlo en los dominios de la literatura.

Ésta es una de las cuestiones centrales que articulan la discusión teórica y crítica del ensayo en nuestra década. Cabe tener en cuenta en este punto que el estado de la cuestión recién trazado parte del tipo particular de ensayo que nos ocupa y sólo eventualmente puede remitirse a otras clases de ensayos. A nuestro juicio, se pueden distinguir tres problemas ligados a su ubicación discursiva y, por ende, a su forma y función, que adquieren especial interés en relación con las tesis que proponemos: en primer lugar, la definición de su posición fronteriza o no respecto de otros discursos sociales y culturales, dentro del vasto entramado semiótico en el que interactúa, delimitando sus marcos discursivos en relación con los campos disciplinarios; en segundo término, la discusión acerca de su inscripción como género en el campo de la literatura o, de lo contrario, una tercera posición, que lo asocia con la superación de los límites genéricos, optando por ligarlo con nociones más amplias como *actitud*, *dimensión*, *modo* o *espíritu ensayístico*.

El ensayo, un discurso fronterizo

Si durante la segunda mitad del siglo XX se trazaron los límites de esta constelación discursiva y se señalaron sus zonas colindantes, en algunos casos, con la consiguiente dificultad para deslindar territorios y discriminar competencias y dominios, hacia el final del siglo prosperó la idea de la heterogeneidad discursiva o de la contextura

compleja, diversa y pluridisciplinar asociada al ensayo, sin afectar la coexistencia de ensayos *disciplinariamente centrados y enmarcados* que comparten algunos rasgos con el tratado científico y otras formas discursivas vecinas más disciplinadas. Una clara muestra de esta tendencia aparece en dos trabajos leídos en el Congreso de LASA (Latin American Studies Association), realizado en Chicago (EEUU), en 1998²³. Una de las ponencias aludidas consiste en una presentación de un posible programa de historia intelectual, en la que Carlos Altamirano sitúa al ensayo en ese “paisaje más proliferante que estructurado” que propone como el *hábitat* de su programa interdisciplinario, donde confluyen la historia política, la historia de las élites culturales y el análisis histórico de la *literatura de ideas*, y resalta la pluralidad y la condición fronteriza -“en el linde de varios intereses y de varias disciplinas”- de los tipos textuales que admite el conglomerado discursivo que Marc Angenot denomina “géneros doxológicos y persuasivos” o que, utilizando un término aún más amplio e impreciso, solemos designar con el rótulo de “pensamiento”, para aludir naturalmente a las facultades reflexivas, argumentativas y polémicas de los textos reunidos bajo ese término. Dentro de ese sector fronterizo encuentra un lugar relevante el ensayo, aunque Altamirano se encarga de cuestionar el monopolio del amplio espacio discursivo que otros críticos parecen empeñados en adjudicarle a ese tipo de discurso, sin aportar una ventaja crítica evidente.²⁴

Por su parte, en la segunda ponencia que mencionamos, Walter Mignolo aborda

²³ Cfr. Carlos Altamirano, “Ideas para un programa de historia intelectual” (Ponencia leída en el Congreso de LASA, en Chicago, set. 1998), *Prismas* (Universidad Nacional de Quilmes, Argentina), 3 (1999), y Walter D. Mignolo, “Coloniality at large: knowledge at the late stage of the modern/colonial world system” (Ponencia leída en el Congreso de LASA, en Chicago, set. 1998), *JILAS (Journal of Iberian and Latin American Studies)* Special issue on “The Subject of Cultural Studies”. The University of Auckland, New Zealand (1999).

²⁴ El crítico uruguayo Alberto Zum Felde es un exponente clásico de esta postura excesivamente amplia y concesiva a la hora de armar un corpus de ensayos latinoamericanos, como lo demuestra en su *Índice crítico de la literatura hispanoamericana: el ensayo y la crítica*. México: Ed. Guaranía, 1954. El mismo criterio de dudosa consistencia teórica sigue vigente aún en nuestros días, en algunos textos sobre el ensayo que incluyen dentro de esa categoría materiales que identificamos mejor como proclamas, discursos, manifiestos políticos y otros tipos de escritos construidos con formas emparentadas. Nos referimos concretamente a algunos de los más recientes esbozos históricos y volúmenes antológicos del ensayo latinoamericano publicados en los últimos años, como el estudio introductorio sobre el desarrollo histórico del ensayo en Latinoamérica: *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos*, de Teodosio Fernández, quien deliberadamente no ingresa en el debate acerca de una definición que fundamente el recorte del objeto *ensayo* con el que trabajará, excepto cuando lo delimita por la negativa (lo que no es narrativa ficcional, ni poesía ni teatro), y como la antología preparada por Susana Rotker, titulada: *Ensayistas de Nuestra América*, en la cual no se problematiza el concepto ni se explicita el criterio utilizado para la heterogénea selección propuesta. Cfr. Teodosio Fernández, *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos*. Madrid: Taurus, 1990; AAVV. *Ensayistas de Nuestra América*. Tomo I: *De Moreno a Sarmiento*. Estudio preliminar, selección y notas sobre los autores de Susana Rotker. Bs.As.: Losada, 1994, y AAVV. *Ensayistas de Nuestra América*. Tomo II: *De Bello a González Prada*. Est.prelim., selección y notas sobre los autores de S. Rotker. Bs.As.: Losada, 1994.

lateralmente la función cumplida por el ensayo como uno de los géneros discursivos más frecuentados en Latinoamérica, hasta hace unas décadas, para la articulación del pensamiento acerca de la historia y la sociedad, cuando reflexiona sobre los efectos de la reconfiguración de conceptos, modelos y fuerzas sociales en la estructura misma de la producción de conocimientos y la consecuente reformulación disciplinaria e interdisciplinaria, operada especialmente en el campo de las ciencias humanas y sociales. Mignolo señala el desplazamiento de esa forma discursiva desde los dominios más anchos del *conocimiento* hacia los de la *literatura*, en las llamadas *ciencias del hombre*, de donde puede inferirse el lugar “natural”, multidisciplinario, que solía ocupar, previamente al auge de la compartimentalización institucional en disciplinas, más proclive a las formas discursivas menos dúctiles y más rígidamente enmarcadas. Por último, destaca la estrecha relación existente entre el discurso ensayístico y una segunda rama de la filosofía en Latinoamérica que se pregunta por la existencia o la posibilidad de una filosofía latinoamericana, en la medida que tanto el ensayo -pensado como manifestación discursiva *paraliteraria* o *paratáctica*-, la modalidad del discurso filosófico antes mencionada y la literatura en general, sobrepasan la distinción binaria sujeto-objeto y la supuesta neutralidad frente al objeto del saber que distingue la epistemología de las ciencias sociales, en el marco de un inminente proceso de transculturación del pensamiento desde sus formas más canónicas y disciplinarias hacia un nivel más radical de *transdisciplinarietà*.²⁵

Pero la condición *fronteriza* y *heterogénea* que proponemos como consustancial al ensayo latinoamericano, no termina, desde nuestra perspectiva, en la determinación de sus relaciones con otras disciplinas y otros campos del saber, como la filosofía, la historia, la política, la ciencia en sus más diversas ramas, la didáctica, la crítica literaria y cultural, entre otras, sobre las cuales preferimos no explayarnos *a priori* en este

²⁵ La voluntad de hacer dialogar una posible teoría del ensayo iberoamericano con la noción de *interdisciplinarietà* y la perspectiva derivada de ella, se hace explícita en la presentación del proyecto *El Ensayo en América Latina en el siglo XX*, dirigido por Horacio Cerutti Guldberg junto con Liliana Weinberg en la UNAM (México), cuyos volúmenes reúnen algunos trabajos que intentan encauzarse dentro de esa misma línea. Asimismo en la presentación del primer volumen, Cerutti Guldberg llega a admitir que la tendencia del ensayo a transgredir fronteras institucionalizadas reclama una consideración transdisciplinaria. Cfr. AAVV, *El ensayo en Nuestra América. Para una reconceptualización. (Actas del Coloquio Internacional sobre el Ensayo en América Latina en el siglo XX: Su fuerza epistémica)*. Coord. por Horacio Cerutti Guldberg. México: UNAM -CCYDEL - Colección El ensayo iberoamericano 1, 1993; AAVV, *El ensayo iberoamericano. Perspectivas. (Actas del II Coloquio Internacional)*. Coord. por H. Cerutti Guldberg. México: UNAM -CCYDEL - Colección El ensayo iberoamericano 4, 1995.

esbozo teórico, para desarrollarlos en los casos concretos que analizaremos en la segunda parte de nuestro estudio. Existe además una tradición persistente que considera el ensayo en Latinoamérica como un género híbrido, que alberga un fenómeno de interpenetración de diferentes discursos y subespecies, aún dentro del mismo territorio de la literatura.²⁶ En las *Meditaciones del Quijote* (1914), José Ortega y Gasset ya presentaba al ensayo como una forma disciplinariamente descentrada, asociada con el discurso profesoral, periodístico y político, y apta para expresar los resultados de una reflexión sobre un dominio indeterminado de objetos. Y hacia mediados de nuestro siglo, Max Bense hablaba de “una forma de filosofar experimental ensayista” y lo definía como un “filosofar de tentativa”²⁷. Y más específicamente, en algunos estudios clásicos sobre el ensayo latinoamericano, encontramos imágenes o anticipos de descripciones que lo definen por sus zonas lindantes con otros discursos o géneros, recurriendo a enunciados sincréticos: “pensamiento espoleado por la imaginación” (J. M. Oviedo, 15), embridado unas veces en un mismo espacio discursivo entre la meditación filosófica y la efusión lírica²⁸, o atravesado otras por la tensión entre lo estético y lo científico, entre la presunta objetividad disciplinaria y los dictados de la fantasía subjetiva y el libre arbitrio de la imaginación: meditación con vuelo lírico, “lugar intermedio donde prosa y poesía se reencuentran” (J. Leenhardt 1984, 134) o según el decir de Real de Azúa:

agencia verbal del espíritu, del pensamiento, del juicio, situada –ambigua, incómodamente- en las zonas fronterizas de la Ciencia, de la Literatura y de la Filosofía (R.de Azúa 1964, 26)

²⁶ Hemos propuesto una caracterización del discurso ensayístico que sigue esta línea teórico-interpretativa en nuestros trabajos: “Entre la historia y la ficción. El ensayo en Hispanoamérica: una discursividad fronteriza”. Cfr. Elisa T. Calabrese (coord.). *Itinerarios entre la ficción y la historia. Transdiscursividad en la literatura hispanoamericana y argentina*. Bs.As.: Grupo Editor Latinoamericano, 1994:11-26, y “El ensayo latinoamericano del siglo XIX: la producción de significaciones culturales”, *Literatura latinoamericana. Otras miradas, otras lecturas (Actas de las IX Jornadas de investigación del Instituto de Literatura hispanoamericana de la UBA)*. Bs..As.: Univ.de Bs. As.-Facultad de Filosofía y Letras - Instituto de Literatura Hispanoamericana, 1994: 163-166.

²⁷ Max Bense, *Hegel y Kierkegaard. Una investigación de principios*. México: UNAM, 1969, 11.

²⁸ También Andrenio (Eduardo Gómez de Baquero), en “La prosa periodística y el ensayo”, *Nacionalismo e hispanismo y otros ensayos* (Madrid: Historia Nueva, 1928), relacionaba la filosofía con el ensayo, al definirlo como una “filosofía popular y literaria, que casa la meditación con el ensueño y la viste de metáforas, como hacen los poetas con sus ficciones. Los mejores ensayistas son poetas de las ideas y de la historia” (216).

Entre la filosofía y la literatura, entre la ciencia y la imaginación poética, esta misma ubicación fronteriza del ensayo paradójicamente, en más de un caso, ha sido esgrimida para excluirlo de ambos márgenes o, al menos, para impedirle participar en cualquiera de esos campos con un lugar propio. Si, por una parte, la imputación de *impureza* marca su exclusión tanto de la ciencia²⁹ como de la literatura, por otra, el monopolio de la función ensayística por parte de algunas disciplinas, llega a poner en duda la legitimidad de la inscripción literaria de este modo discursivo.

Ensayo y literatura

En el contexto de la cultura latinoamericana, la conformación discursiva heterogénea del ensayo asume una función central en su relación con el vasto y diverso paisaje de la literatura subcontinental. Así lo percibió Ezequiel Martínez Estrada, quien ya hacia mediados del siglo XX aludía a la pluralidad formal del ensayo en la descripción incluida en su artículo sobre Montaigne:

Susceptible de tomar cualquier estructura y de alcanzar cualquier dimensión, desde el aforismo hasta la crónica exhaustiva, según lo que contengan los propósitos del autor, caben en su texto con idéntica licitud el escolio, el relato, el panfleto, el panegírico. Su mérito está en la inexpresable flexibilidad con que recibe sin perder su naturaleza cualquier material según cualquier disposición.³⁰

Asimismo José Miguel Oviedo transita por esas mismas sendas, cuando lo describe

²⁹ La descripción que ofrece Horacio Cerutti Guldberg acerca de la marginalidad del ensayo en la academia es lo suficientemente elocuente para ilustrar el desplazamiento bastante generalizado del ensayo a partir del apogeo de las ciencias sociales:

...manifestación cultural condenada, si no a la extinción sí a la marginalidad en un mundo de *papers*, de conocimiento trivializado e irrelevante. Quizá superado y llevado a la obsolescencia por los desarrollos más confiables de las ciencias sociales, el ensayo habría quedado recluso en el desván de la subjetividad (...). Expresión de un tipo de pensamiento oscilante entre el optimismo y el pesimismo, convocación profética y regañona, sin fuerza conceptual y afecto a las pirotecnias verbales, más retórico que argumentativo, ¿quién querría revivir su tendencia proverbial a la asistematicidad, a esa práctica peyorativamente denominada ensayismo? (H. Cerutti Guldberg 1995: IX).

³⁰ E. Martínez Estrada "Montaigne, filósofo impremeditado y fortuito", *Heraldos de la verdad. Montaigne, Balzac, Nietzsche*. Bs.As.: Nova, 1958, 83, cit. en Liliana Weinberg de Magis, *Ezequiel Martínez Estrada y la interpretación del "Martín Fierro"*. México: UNAM – CCYDEL - Nuestra América, 1992: 49.

como “una forma literaria curiosa hecha de ciencia, voluntad didáctica, habilidad crítica, información, poesía, testimonio personal y tratamiento artístico de los más diversos temas” (Oviedo, 17), incluso cuando éstos no sean literarios.

Ahora bien, la dificultad para responder consensuadamente acerca de la pertinencia o no de incluir el ensayo dentro de la literatura, alcanza la decisión todavía mucho más discutible de asignarle con cierto grado de certeza el rótulo de *género literario*. A la primera cuestión podría aducirse la necesidad de un replanteo de la noción de *literatura* que la amplíe e incorpore explícitamente en ella la por mucho tiempo relegada *literatura de ideas*.³¹ Por otra parte, quienes se niegan a revisar la identificación de la literatura con los componentes y procedimientos propios de la ficción –que prevaleció durante las dos últimas centurias-, alegan precisamente la ausencia de un núcleo ficticio en la mayoría de los ensayos y, como contrapartida, la sobreabundancia de elementos conceptuales con un neto predominio de estrategias expositivas y argumentativas que lo alejarían o lo desplazarían hacia los márgenes de la literatura. Otras posturas intermedias lo describen como una “pieza ideológica de cierto sesgo literario” que, analizada desde una perspectiva lingüístico-formal, aparece delimitada entre las dos orillas que la cercan: de un lado, la del lenguaje preponderantemente artístico y del otro, la del lenguaje eminentemente científico.³²

En el extremo opuesto a esta posición, Robert Scholes y Carl Klaus proponen estudiar el ensayo dentro de los dominios de la crítica literaria, apelando a su sorprendente vitalidad probada en numerosos exponentes de reconocido valor, y a la constante referencia a las dimensiones ensayísticas y sus cualidades, aplicables a otras clases literarias de indudable calidad artística.³³ Por otra parte, la presencia de algunas modalidades literarias o estéticas que trasuntan un trabajo creativo del lenguaje, con estilo y una subjetividad que se expresa de un modo personal en ese acto, contribuyen a marcar cierta distancia respecto de la mera propaganda, la polémica, la arenga, el escrito ideológico político, social, religioso, más pragmáticos, inmediatos y combativos, y de los

³¹ En *El deslinde*, Alfonso Reyes asocia el ensayo con un tipo de literatura “ancilar”, constituida por lo que denomina “sistemas dispersos”, aludiendo a su interacción con otras modalidades discursivas de las prácticas letradas. Cfr. A. Reyes, *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. México: FCE, 1963, esp. cap. II de la Primera parte.

³² Pedro Aullón de Haro, *Los géneros ensayísticos en el siglo XX*. Madrid: Taurus, 1987, 100.

³³ Cfr. Robert Scholes y Carl H. Klaus (eds.), *Elements of Literature*. 4th edition. London: Oxford University Press, 1991, 2.

que, sin embargo, no termina de separarse totalmente, a riesgo de ser dejado de lado por mero desinterés.

En suma, en la frontera de lo estético y lo científico, de lo político panfletario, lo filosófico y lo periodístico, conjugando a menudo procedimientos poéticos con estrategias didácticas, operaciones narrativas y recursos dramáticos, elementos autobiográficos y testimoniales con rasgos provenientes de la oratoria, del género epistolar, del discurso forense o del estudio crítico, entre otros, el ensayo de interpretación cultural reemplaza la sistematización científica por una ordenación estética que, en definitiva, es el resultado de una “estilización artística de lo didáctico”³⁴.

En cuanto a su ubicación en un sistema genérico, dentro de los dominios de la literatura, se han presentado distintos tipos de propuestas: desde la consideración de que el ensayo excede la tradicional organización tripartita de los géneros literarios -poesía, narrativa (cuento y novela) y drama- que lo excluye, o la defensa de su *agenericidad* que llega a catalogarlo como un *no-género*, reconocible por sus zonas fronterizas con los géneros mejor delimitados y establecidos³⁵, hasta la que expande el sistema genérico, incorporando el ensayo dentro de un hipotético *cuarto género*³⁶ o categoría literaria, que vinculamos con la noción de *literatura extendida* (“*extended literature*”), desarrollada por Alastair Fowler³⁷, quien presupone lo literario y lo artístico como componentes germinales del género crítico del ensayo y, por ende, la crítica como constituyente intrínseco del arte. Dentro de la última proposición, el ensayo asume, en cierto sentido, la función de *término genérico* del grupo de escritos en prosa no ficcional, con una

³⁴ Eduardo Gómez de Baquero, “El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos”, *El renacimiento de la novela en el siglo XIX*. Madrid: Edit. Mundo Latino, 1924, 140-1, cit. por J.L. Gómez-Martínez 1992, 20-21.

³⁵ Cfr. Lidia N. G. de Amarilla, *El ensayo literario contemporáneo*. La Plata: Fac. de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1951, 8, y también J. Leenhardt, 130. En esta misma línea, se encuadra la afirmación de Juan Marichal al ver el ensayo más que un género, “una ‘operación’ literaria, un ‘cómo’ en vez de un continente expresivo”. J. Marichal 1984, 12.

³⁶ Scholes y Klaus visualizan el ensayo como *cuarto prototipo genérico*, dentro del continuo de posibilidades literarias. Estos autores prevén además que cada una de las categorías admita a su vez cuatro posibilidades como énfasis o estrategias. En el caso del ensayo, la estrategia se identifica con la *persuasión ensayística*. Al comentar esta propuesta, Paul Hernadi critica la elección del ensayo como una de las cuatro categorías centrales, argumentando que así como ciertos ensayos son ejemplos de la comunicación verbal no artística, puramente utilitaria, otros son personales y artísticos, pero pierden su naturaleza estrictamente temática. Entre los teóricos que intentaron volver a la clasificación cuatripartita prerromántica, incorporando alguna versión del *género didáctico*, Hernadi destaca a Herbert Seidler, Wolfgang Victor Ruttkowski y Willi Fleming, Cfr. Scholes y Klaus 1991; Paul Hernadi, *Teoría de los géneros*. Barcelona: Antoni Bosch ed., 1978, 118-9.

³⁷ Alastair Fowler, *Kinds of Literature: Introduction to the Theory of Genres and Modes*. London: Oxford University Press, 1982, 9.

extensión limitada, asociándose para organizar estéticamente su material, con todo tipo de formas potencialmente literarias, algunas de las cuales lo precedieron en su momento, luego facilitaron su surgimiento y aún hoy coexisten con él.

En este punto, quedan en pie algunos interrogantes: ¿podría pensarse que la carencia o la poco común versatilidad de la posible condición genérica del ensayo proviene del hecho de que se trata de una instancia previa, germinal, de la “matriz de todas las posibilidades genéricas”, como lo sugiere el crítico de Barthes, Réda Bensmaïa?³⁸ ¿O podríamos deducir entonces que estamos frente a un producto derivado o suplementario de otro género principal o, por el contrario, que se trata de una forma precedente de todas las demás? Naturalmente la enorme variedad de modalidades fluctuantes que reúne el discurso ensayístico fomenta respuestas múltiples, radicalmente diferentes y hasta contradictorias: *cuarto género, no-género, matriz de todos los géneros, germen o epílogo de otros géneros*, y en verdad no es fácil ni pertinente decidirse *a priori* por una de ellas.

Para sortear las aporías planteadas por la topología del ensayo que acabamos de reseñar, la noción de *literatura en potencia* (“*literature in potentia*”)³⁹ ofrece la ventaja de situar el ensayo en una relación afín a la de los otros géneros -biografía, diálogo, historia, autobiografía, carta, sermón, máximas, aforismos y otros- que Alastair Fowler reúne bajo ese rótulo de reciente factura, que se caracteriza por rodear, a modo de un plasma de formas emparentadas, el núcleo de los géneros centrales. Como es evidente, el estatuto de *literatura en potencia* supone la concurrencia en el discurso ensayístico de varias técnicas literarias, ficcionales o de la novela en particular.

Además de las posibilidades enumeradas, la relación del ensayo con el discurso literario admite otros matices que revelan problemas de interés para el estado de la cuestión que nos proponemos trazar, como las dos aristas de la diferencia entre los términos antes mencionados: si desde un planteo temporal y dinámico puede decirse que el ensayo *aún no es* literatura, pero *puede llegar a serlo*, desde una perspectiva más estática y sincrónica, la diferencia se presenta entre lo literario y lo extraliterario. Finalmente podemos concluir que, en su acepción más amplia e inclusiva, el ensayo

³⁸ Réda Bensmaïa, *The Barthes Effect. The Essay as Reflective Text*. Trans. Pat Fedkiew. Minneapolis: Univ. of Minnesota Press, 1987, 91-2.

³⁹ Cfr. Alastair Fowler 1982, 5. Según consigna Claire de Obaldía, la expresión citada ha sido utilizada anteriormente por Michel Beaujour en “Genus Universum”, *Glyph*, 7 (1980), 27. Cfr. C. de Obaldía 1995, 6.

engloba casi todos los géneros en ambos lados del margen literario, de modo que la divisoria entre lo literario y lo extraliterario opera también incluso dentro de su dominio.

Lo ensayístico: actitud, dimensión, modo, espíritu

Si replanteamos la cuestión de su delimitación y nos preguntamos por las características que lo definen, ya no como *forma genérica* sino como *lo ensayístico* en el sentido de *tendencia, modo* o extensión *modal* de aquélla⁴⁰, se nos presenta una nueva posibilidad de pensar la vinculación del ensayo con la literatura y la discursividad en general, por medio de nociones transversales a las segmentaciones genéricas. Nos referimos a una *dimensión* o *actitud ensayística, modo, estilo* o *espíritu ensayístico*.

En esta misma línea de reflexión, pueden identificarse en la historia del ensayo dos tendencias polarizadas y opuestas, representadas por sus dos fundadores: Montaigne y Bacon. En tanto que Montaigne escribe sus "*leçons morales*", a partir de vivencias personales, de un modo más intenso y artístico, dominado por la intuición poética y postergando el afán docente para dar lugar a la conversación íntima y familiar del sabio autor, por su parte Bacon *ensaya* desde abstracciones, de una forma más ordenada y natural, y con una dosis mayor de individualismo. Sus "*dispersed meditations*" se acercan más a formulaciones conceptuales concisas y hasta aforísticas. Estas dos propuestas que tendrán continuadores a lo largo del devenir histórico del ensayismo, ilustran claramente los dos tipos discursivos que Marc Angenot distingue en el uso moderno del ensayo: el *ensayo-meditación* ("*essai-méditation*") y el *ensayo cognitivo* ("*essai cognitif*") o *ensayo-diagnóstico*, caracterizados por funciones ideológicas, modos de enunciación y disposiciones internas diferentes y opuestas.⁴¹ De acuerdo con la reformulación del esquema de Rohner propuesta por Angenot, hablar de una *dimensión ensayística* implica visualizar otro extremo opuesto que se corresponde con una dimensión más sistemática del discurso reflexivo.

⁴⁰ Para esta cuestión, resulta útil la distinción que propone Fowler entre *género* ("*kind*") y *modo* ("*mode*"), identificándose el primero con el sustantivo y el segundo con el adjetivo. Cfr. A. Fowler 1982, 88.

⁴¹ En su clasificación, Angenot sigue con algunos cambios a Ludwig Rohner, quien en *Der Deutsche Essay* (1966) distinguió "*Essay*"(ensayo) en sentido estricto, más subjetivo, aforístico, estético, asociativo e intuitivo, y "*Abhandlung*"(tratado, disertación), más objetivo, metódico y concreto. El desacuerdo entre ambos reside en que Angenot considera los dos tipos en la categoría *ensayo literario* ("*essai littéraire*"), en tanto que Rohner insistía en el carácter lúdico del *Essay*, y la crítica en general tiende a reservar la cualidad literaria sólo para éste. Cfr. Marc Angenot 1982, 47-68.

En este punto, la noción de *modo* supone una idea genérica más elusiva y reemplaza la de *género*, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XX, cuando éste ya parece obsoleto o pasado de moda y se impone sobre él la hegemonía de la novela. La tensión entre *modo* y *género* y la opción de pensar el *modo* como un precedente del *género*, o como su único remanente, nos sitúan frente a la “dialéctica de centro y margen”, inscripta en el corazón de la lógica del ensayo, desde sus mismos inicios con Montaigne, quien hace un uso modal del vocablo como principio estructural.⁴²

Otros críticos prefieren aludir a un *espíritu ensayístico*⁴³ que focaliza la crisis o disolución genérica, dentro de una aguda reflexión y autoconciencia que suele acompañarse de una crítica a los sistemas y acarrea un interminable proceso de disolución de la identidad en fragmentos de una obra-total y bosquejos de obras en proceso, o a una *actitud* o *estilo ensayístico*⁴⁴, visible aún en obras que no son estrictamente ensayos sino crónicas, cartas, discursos, críticas o relatos, y caracterizado por una tendencia natural a la indagación y el cuestionamiento.

Mediante los conceptos enumerados, se puede contemplar el ensayo desde su condición *paratáctica* y *paratextual*⁴⁵, es decir, desde la posibilidad de inserción en otras formas discursivas y literarias de una serie de elementos que lo hacen reconocible y cuya existencia es independiente y previa a la de aquellas. Según Gérard Genette, dicha condición resulta un “aspecto de la textualidad” y *a fortiori* de la “literaridad” (Genette 1982, 15), que nos lleva a admitir la potencial presencia de rasgos ensayísticos en

⁴² En efecto, la unidad de los *Essais* de Montaigne se constituye como tal, por medio de un continuo descentramiento. Graham Good sostiene que, para Montaigne, la voz “*ensayo*” alude a un concepto esquemático y fragmentario, una especie de medio que liga formas establecidas como la *sentencia* y la *cita*, por un lado, con el *libro*, por otro. Cfr. G. Good, *The Observing Self: Rediscovering the Essay*. London: Routledge, 1988, 28.

⁴³ Claire de Obaldía utiliza la expresión *espíritu ensayístico*, en un sentido que trasciende la posición romántica para vincularse con la perspectiva pre- y post-hegeliana de los teóricos alemanes (Nietzsche, Wittgenstein, entre otros), suscribiendo a la *dialéctica negativa* del esquema hegeliano. Desde este ángulo, el ensayo exhibe su imposibilidad de reducir la otredad a lo mismo, la no-identidad a la propia identidad y de lograr fusionar teoría y práctica, existencia y pensamiento, arte y filosofía. Cfr. de Obaldía, 48.

⁴⁴ Entre otros, Michael Hamburger propuso que el ensayo es un *estilo* más que una forma (“*Essay über den Essay*”, *Akzente*, 12 (1965), 291, cit. en de Obaldía, 23.

⁴⁵ El estado *paratextual* del ensayo opera en el funcionamiento del texto como tal, aunque éste no haya sido publicado literalmente como un paratexto, e incluye formas muy variadas en que el ensayo señala su posición transitoria en los márgenes de una obra en proceso. Gérard Genette distingue dos categorías de paratextos: el *epitexto* (borradores, autobiografías, diarios, cartas, entrevistas y otros autocomentarios, incluyendo otras *performances* orales y públicas), y lo inmediatamente fuera de la periferia de la obra literaria y “dentro” de ella, el *peritexto* (prefacios, notas a pie de página, conclusiones). El ensayo suele operar como un *paratexto preliminar* (borrador o prefacio), pero también como un *paratexto postliminar*, cuando ejerce un rol crítico o metatextual. Cfr. G. Genette, *Palimpsestes: Le Littérature au second degré*. Paris: Seuil, 1982, 10 y 15.

cualquier forma literaria. En efecto, especialmente desde principios del siglo XX, los géneros literarios que incorporan material ensayístico adoptan el adjetivo *ensayístico*: así pueden encontrarse poemas, dramas y principalmente novelas *ensayísticas*, que suelen atravesar en algunos casos la categoría de *Bildungsroman* (novela de formación, educación o iniciación), siempre reduplicando su inherente mixtura o hibridez. Pero a pesar de la sanción teórica de su total diseminación o dispersión como género que podría pensarse como inscrita en su propia lógica, debemos advertir que en la práctica el ensayo subsiste hasta nuestros días, coexistiendo precisamente con los demás géneros que suelen mixturarse con él.

Podemos concluir finalmente que, si bien esta perspectiva ofrece la ventaja de traspasar la rigidez de las fronteras genéricas, no deja de generar otros efectos que, como contrapartida, marginalizan el ensayo en su progresión hacia la literatura y lo convierten en materia prima para ser absorbida y transformada por otros géneros o subespecies literarias.

Una definición tentativa...

Frente a este estado de la cuestión, ensayaremos una definición provisoria y operativa, con el fin de circunscribir conceptualmente el subtipo de ensayo en cuestión y tomar una posición ante las distintas alternativas que sintetizamos en el apartado anterior, sin pretender abarcar la totalidad de las posibilidades combinatorias de esta constelación discursiva. Considerando la arbitrariedad de los criterios que determinan los cánones, optaremos por sostener la fluctuante condición literaria que se le puede atribuir a lo largo de su devenir histórico y así establecer las relaciones que correspondan, retrazando sus inestables fronteras que, en el transcurso de su sinuosa trayectoria, deciden exclusiones e inclusiones desde y hacia adentro del dominio de la literatura, según las diferentes situaciones históricas y condiciones específicas del área geocultural donde se enuncia y circula cada texto, y de acuerdo con las matrices ideológicas y las tonalidades subjetivas que intervienen en su composición.⁴⁶

⁴⁶ En la línea de la reacción antirretórica de los románticos, formulada teóricamente en 1901 en la estética croceana que ya impulsaba la disolución de los géneros tradicionales, y ante la insuficiencia de la división tripartita, nuestra propuesta dialoga con la de R. Bensmaïa, quien define el ensayo como un género "atípico

Pese a su característica hibridez discursiva, podemos considerarlo una manifestación literaria -en mayor o menor grado, según los casos- que tiene a su favor una asombrosa habilidad para sobreimprimirse con diferentes especies del discurso literario. Por su discutida doble condición de *forma de conocimiento y forma artística*, se lo puede situar a ambos lados del límite que separa la literatura creativa o de imaginación del discurso científico, filosófico o del discurso reflexivo, más cercano a la literatura de ideas y de combate. Sin embargo es de notar que, si bien destacamos los aspectos cognitivos del ensayo de interpretación cultural como particularmente relevantes, el ensayo admite por naturaleza una carga importante de subjetividad, aunque rara vez con la intensidad que alcanza en la poesía lírica. A menudo contenida y reticente bajo una apariencia de objetividad discursiva, en los ensayos más cercanos al tratado y al estudio monográfico; en otros casos permite el libre juego de la imaginación que podrá cumplir un rol decisivo. No es desacertado, entonces, atribuir a la *dimensión propiamente ficcional*, la licencia del ensayo para recrear cualquier tema mediante un tratamiento *estético o literario*, emancipándolo de sus restricciones miméticas y contradiciendo las definiciones más convencionales que siguen visualizándolo como un escrito breve, en prosa, de carácter no ficcional.

Para superar la dificultad de encuadrarlo con un grado razonable de rigor, dentro de los lábiles límites del escurridizo concepto de *género* que supeditaban su tratamiento, hasta hace unas décadas, a las tradiciones históricas del ensayo en el contexto occidental o en el mundo hispánico en general, decidimos revisar el canon de los estudios literarios latinoamericanos y repensar las localizaciones culturales desde una epistemología de fronteras. En consecuencia, la consideración más reciente de los géneros como categorías multipolares dentro de una serie de *sistemas* entrelazados y el principio de reflexionar sobre la literatura desde un marco conceptual *policéntrico* (Hernadi, 120), nos incita a considerar el ensayo ya no como un mero espacio de cruce de otras discursividades más homogéneas y fácilmente reconocibles sino como un territorio genérico autónomo. Convencidos del valor histórico y relativo de toda definición y sin pretender homogeneizar *a priori* o en abstracto las diferentes inflexiones posibles del ensayo,

y excéntrico”, sin una forma predeterminada, pero relacionado con otras subespecies afines. R. Bensmaïa-1987, 96.

proponemos definirlo como un *tipo discursivo*⁴⁷ que consiste en una composición discursiva escrita en prosa no ficcional, pero potencialmente literaria -en muchas ocasiones, poética-, de extensión variable, que privilegia estructuras expositivas, argumentativas e interpretativas, sobre las descriptivas, narrativas y aún dialogales.

La iluminadora descripción de Jacques Leenhardt que incluimos como epígrafe de esta primera parte de nuestro trabajo, nos orientó en el desplazamiento de la mirada crítica hacia los *grandes textos* ensayísticos de interpretación cultural en Latinoamérica, por medio del señalamiento de la estrategia de la escritura ensayística como la tentativa de abordar *al sesgo* el mundo del que se habla, sin el compromiso definitivo de agotar el tema, aunque posibilitando el despliegue tentativo de la voluntad experimental del sujeto emisor (Leenhardt, 140). Su estructura posee la particularidad de aceptar métodos y estilos diferentes, por su intrínseca flexibilidad y libertad, que impiden toda ortodoxia o rigidez formal. Y si bien admite una ilimitada variedad temática, su enfoque es por lo general de alcance limitado, apuntando a un tema definido y específico, generalmente asociado al vasto campo de la cultura -según la definición de Alazraki⁴⁸-, pero aceptando una amplia diversidad tipológica.⁴⁹

El ensayo y sus tácticas persuasivas

Como forma particularmente eficaz para la producción y difusión de las ideas y los propósitos de acción más o menos inmediata de los letrados e intelectuales latinoamericanos, sin recurrir por lo general a mediación alguna de narrador o de personajes, el ensayo instituye una relación peculiar entre el autor, la obra y el lector, a

⁴⁷ Elegimos en este caso, la categoría utilizada por W. Mignolo en un trabajo señero para los estudios formales del discurso ensayístico latinoamericano, donde para evitar la ambigüedad del vocablo *género* sugiere la denominación más neutra de *tipo discursivo*, entendida como un “cierto número de rasgos (o procedimientos) distintivos agrupados en una “forma” general de un discurso”. W. Mignolo, “Discurso ensayístico y tipología textual”, *Textos, modelos y metáforas*. Xalapa: Univ. Veracruzana, 1984: 213.

⁴⁸ Jaime Alazraki describió el ensayo como “una disquisición sobre un tema muy bien definido (generalmente de cultura), su atracción es más limitada que una obra (novela, cuento, poema) cuyo campo focal es la condición humana como totalidad”. J. Alazraki, “Tres formas del ensayo contemporáneo: Borges, Paz, Cortázar”: 9.

⁴⁹ La definición que proponemos ha sido planteada y reformulada, con algunas modificaciones, en nuestros trabajos anteriores sobre este tema. Cfr. M. Scarano, “Discurso ensayístico, cultura e ideología en el sistema literario hispanoamericano”, *Revista del Celehis*, I, 1 (1991): 155-166; “Entre la historia y la ficción. El ensayo en Hispanoamérica: una discursividad fronteriza”: 11-25, y “El ensayo latinoamericano del siglo XIX: la producción de significaciones culturales”: 163-166.

quien están especialmente destinadas sus estrategias de seducción. Por ende, cobra especial interés para nuestro estudio, desentrañar las estrategias que deciden la orientación de este tipo de discurso, escrito desde la perspectiva personal de su autor – único protagonista posible-, cuya subjetividad estará siempre presente -explícita en mayor o menor medida- en las marcas de estilo inscriptas en las distintas zonas y componentes del espacio textual. Al favorecer el vínculo con una comunidad lectora real, el ensayo convierte al lector en un sujeto activo que cumplirá la doble función de interlocutor-destinatario de la acción persuasiva del discurso. Por esta razón, en vez de imaginarlo como un sujeto pasivo, a quien se conduce paso a paso, de un modo lógico y ordenado, hacia un terreno propio, poblado de certidumbres y claridades previamente establecidas, el ensayista reclama por distintas vías la participación del lector, tanto en la constante evaluación de las propuestas siempre abiertas y provisorias, como en la tarea de deducir e interpretar los tópicos de su reflexión, en una búsqueda compartida de certezas que el autor no posee de antemano y que irá construyendo junto con sus lectores en el proceso mismo del ensayo-indagación.

Esta inconfundible actitud dialogal o comunicativa que lo anima y lo convierte en una forma característica de *prosa compartida*, por la comunidad de intereses creada por el diálogo interno que en él se establece, se ve fortalecida por la condición de obra *abierta* que acostumbra mostrar el ensayo⁵⁰, de modo que el lector está presente desde el inicio mismo del proceso de producción de la obra, y desde la instancia misma de su escritura, se lo reclama para colaborar en la aventura intelectual de dar cauce a proyectos, ensayar alternativas, imaginar modelos y criticar disuasoria y creativamente las grandes teorías. En este modelo de interacción que nos interesa recuperar para explorar la faceta polémica y exhortativa del ensayo, como vehículo del debate entre las diferentes lecturas y proyectos generados sobre y desde el campo político-cultural latinoamericano, en el recorte temporal que seleccionamos, el lector –ahora empírico y contingente, más que implícito y trascendental- estará tan activamente involucrado en la tarea crítica de cuestionamiento e interpretación así como el sujeto mismo del acto enunciativo, sin que por esto quede eliminada la subjetividad del ensayista ni disminuya el valor de su mensaje.

⁵⁰ En virtud de este carácter dialógico, Jacques Leenhardt relaciona el ensayo con la categoría de "forma discursiva abierta", propuesta y analizada por Mijail Bajtin. Cfr. J. Leenhardt, 135.

Ya desde Montaigne, el ensayo se ofrecía como una forma *original* de pensar y escribir sobre lo ya pensado, leído y escrito, ubicada entre la mera recolección de datos y su interpretación polémica, y aún hasta nuestros días sigue presentándose como el tipo discursivo más adecuado y versátil para analizar o describir un dominio de objetos difícilmente encuadrable en una disciplina, que encarna la presunción asociada a Descartes de que la *verdad* es una cuestión indisociable de la experiencia y conciencia individual, aún cuando ésta invoque una instancia de carácter social o colectivo. En este mismo sentido, precisamente las dos notas distintivas del ensayo latinoamericano -según apunta certeramente José Miguel Oviedo-: “el sesgo interpretativo y el carácter prospectivo de sus hallazgos” (Oviedo,14), junto con la deliberada distancia que establece frente a las verdades evidentes y demostrables, características del discurso científico, colocarán el ensayo cultural en el terreno de lo opinable y razonable, en su imposibilidad de constituir ciencia acerca de realidades inéditas, mediante proposiciones inciertas, improbables, provisoriamente formuladas y perfectibles, aunque muchas veces guardando la aspiración de erigirlas como verdades probables a largo plazo.

Este perfil de indagación tentativa, abierta y discutible que no agota la propuesta acerca de un tema percibido como problemático o, al menos, susceptible de ser desentrañado en sus costados más enigmáticos, justifica el imperativo de elocuencia formal que se le reclama a este tipo de ensayo, despreocupado por disimular su carácter mediador.⁵¹ De modo que la retórica persuasiva que le adjudicaremos, marcada por una fuerte impronta de discurso político e ideológico, se vislumbra como la garantía de su eficacia argumentativa, toda vez que se lo sitúa en el extremo opuesto al de lo didáctico-expositivo, dentro del dominio fronterizo, oscilante entre la estética y la ciencia, que le hemos asignado en este mismo capítulo.

En lo sustancial, no se presentan desacuerdos sobre este punto en los estudios teóricos sobre el ensayo: la estrecha relación que entabla con el lector, según lo señalado, ha sido reconocida como un aspecto particularmente significativo por su enorme potencial

⁵¹ Al distinguir el ensayo, del tratado y la monografía, Santiago Kovadloff lo define como “expresión magistral de un temperamento” que trasluce sus propias dudas, convicciones y emociones al mediar en el tratamiento de un asunto. En relación con el reclamo de elocuencia ensayística, atribuye al “relieve estético del lenguaje” su condición de pieza literaria, independientemente de la idoneidad profesional que se manifiesta en tal o cual materia, o del conocimiento abstracto que se posea de las reglas propias de tal o cual género. Cfr. S. Kovadloff, “El ensayo en el espejo”, Marcelo Percia, compil. *Ensayo y subjetividad*. Bs.As.: Eudeba, 1998: 88-89.

de apelación y de incoación discursiva, y actualmente cuenta con un consenso considerable en la aún incipiente teoría del ensayo latinoamericano.⁵² Ahora bien, si de acuerdo con lo expuesto, el ensayo ingresa en el campo de la estética, desde el siglo XVIII, y entra por esa vía en relación con la literatura, de un modo conflictivo y discontinuo, ya había estado ligado a la retórica y a los llamados *géneros de la persuasión*, por sus formas precedentes, desde mucho tiempo atrás. A pesar de esta prolongada connivencia con la retórica, este aspecto dista mucho de haber sido trabajado cabalmente y en profundidad. En relación con el tipo de ensayo que nos ocupa, no es extraño encontrar interpretaciones que vean en la presencia profusa de procedimientos retóricos -en el sentido más peyorativo del término, asociado a lo meramente ornamental y superfluo, reducido a las figuras de estilo y al aspecto estrictamente elocutivo- una señal de debilidad argumentativa, lo que solía decidir la subestimación del texto en cuestión como *ejercicio declamatorio*, *pura literatura* o *engañoso imaginaria verbal*. Al respecto, nos limitaremos a consignar que, a nuestro juicio, aún resta mucho por hacer para desmontar los mecanismos y procedimientos compositivos que definen ese modo o estrategia de escritura que denominamos *ensayo*, y queda en pie, como una tarea pendiente, la profundización del estudio concreto de las múltiples formas que asume el comportamiento persuasivo del ensayo y su dimensión argumentativa, planteada como un fenómeno discursivo global y complejo, en el contexto de las formaciones sociales y culturales latinoamericanas.

Sin duda, nuevas y promisorias lecturas de este tipo de ensayo podrán surgir, a la luz de los más recientes enfoques que revisan las relaciones entre *retórica* (“arte del bien decir”) y *dialéctica* (“arte del bien razonar”), de acuerdo con la antigua distinción aristotélica, y explican el renacimiento y la rehabilitación de la retórica en el pensamiento contemporáneo, así como los nuevos lazos que ligan la llamada *nueva retórica* con la teoría de la argumentación o la *nueva dialéctica*.⁵³ A este nuevo arte le conciernen los

⁵² Para ilustrar esta cuestión, basta revisar las tesis que reúne José Luis Gómez-Martínez en tres capítulos de su libro *Teoría del ensayo* (caps. 10, 15 y 16), en consonancia con las proposiciones más aceptadas por la mayoría de los teóricos y críticos del ensayo. Cfr. Gómez-Martínez 1992, 59-62 y 83-89.

⁵³ Cfr. Chaïm Perelman, *El imperio retórico. Retórica y argumentación*. Trad. de Adolfo León Gómez Giraldo. Sta. Fe de Bogotá: Edit. Norma, 1997, 10-21. Perelman adjudica a Petrus Ramus (*Dialéctica*, 1555) el error fatal para la retórica de reducirla al “arte del uso elocuente y ornado del lenguaje”, a una retórica de figuras, y despojarla de sus otras dos partes: la invención (*inventio*) y la disposición (*dispositio*). Advierte sobre la necesidad de concebir la lógica como el estudio del razonamiento bajo todas sus formas, y de completar la teoría de la demostración (lógica formal) con una teoría de la

diferentes tipos de discursos dirigidos a distintos auditorios, sobre materias diversas, que animan el campo de la vida pública activa, y especialmente el de la política, con particular interés en los razonamientos dialécticos o juicios de valor; es decir, las argumentaciones del orden de lo preferible, lo aceptable o lo razonable que pretenden ganar la adhesión de los lectores a las tesis que se presentan para su aceptación. Entendida como *arte de persuadir y convencer*, la retórica se constituye así en una lógica de los juicios de valor que contribuirá a recuperar en nuestro horizonte intelectual la técnica del discurso persuasivo, del que forman parte el ensayo y otras formas doxológicas afines del debate ideológico moderno, empeñadas en obrar sobre los otros por medio de la palabra y la razón, no solamente para lograr una adhesión intelectual sino también para incitar o crear una disposición para la acción (Perelman 1997, 32). Dado que en el campo de las disciplinas prácticas como la ética y la política, las decisiones y controversias son tan frecuentes como inevitables, estos *discursos entimemáticos persuasivos*⁵⁴ hacen uso a menudo del razonamiento crítico ante circunstancias de índole muy diversa, aunque sin recurrir necesariamente al cálculo o a la demostración, sino a la argumentación persuasiva o convincente como una estrategia discursiva insustituible en toda deliberación o confrontación de opiniones y posturas divergentes.

Al mismo tiempo, nuevos campos y perspectivas de análisis han ido surgiendo desde la semántica y la pragmática lingüística, el análisis del discurso y los enfoques lingüísticos socio-culturales en general, que coinciden en considerar el lenguaje como portador de propiedades intrínsecamente argumentativas, vale decir, como medio que actúa sobre las representaciones de los individuos, de modo que éstos adhieran a un punto

argumentación. La decadencia de la retórica se precipitó desde fines del siglo XVI, a causa del ascenso del pensamiento burgués que generalizó el papel de la evidencia personal del protestantismo, de la evidencia racional del cartesianismo o de la evidencia sensible del empirismo. El desprecio por la retórica y el olvido de la teoría de la argumentación condujeron a la negación de la práctica y así los problemas de acción se vieron reducidos a problemas de conocimiento, de verdad o probabilidad, o bien fueron considerados irrelevantes para la razón (26-27). Para una exposición más detallada, véase. Ch. Perelman- L. Olbrechts-Tyteca. *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Trad. Julia Sevilla Muñoz. Madrid: Gredos, 1989. 1ª edic.: Bélgica, 1989, esp. 30-43.

⁵⁴ En la tipología de la *literatura de ideas* propuesta por Marc Angenot, se define el discurso *entimemático* como una entidad compleja cuya unidad de base es el *entimema*, vale decir: todo enunciado que propone un juicio sobre un tema cualquiera y que pone en relación este fenómeno con un conjunto conceptual que lo integra o determina, ““un maillon d’une chaîne de pensée” *plus ou moins déployée dans tous ses éléments, (...) organisée selon une stratégie générale d’ordre cognitif*”. Dentro de esta constelación discursiva ubica, frente al discurso narrativo, al conjunto de formas *doxológicas* que pertenecen al orden de lo *probable* y comprenden, por un lado, al *ensayo-meditación* y al *ensayo-diagnóstico* y , por otro, al *discurso agónico*, integrado por el panfleto, la sátira y la polémica. Cfr. M. Angenot 1982, 30-36.

de vista determinado. Este ángulo semántico-pragmático nos ofrece la ventaja de pensar los ensayos como fenómenos abiertos e interdiscursivos, inmersos en *redes argumentativas* que nos permiten prescindir de los moldes rígidos y extremadamente pautados de la retórica tradicional, que resultan en algunos aspectos inadecuados o insuficientes para las modalidades formalmente más heterodoxas de los textos que analizaremos.⁵⁵ En este sentido, la noción de *teatralidad* o *puesta en escena argumentativa*, desarrollada por Georges Vignaux, resulta un aporte interesante y decisivo para nuestra lectura del ensayo cultural latinoamericano, por cuanto pone en evidencia los mecanismos de montaje de su deliberado comportamiento activo y provocador en el entramado discursivo, histórico y social donde nos interesa analizarlo.⁵⁶

También Marc Angenot contribuye oportunamente y con gran perspicacia teórica, a trazar nuevos rumbos en esta segunda vertiente de la *dramatización del pensamiento* que visualizamos en el ensayo, poniendo el énfasis en la inmersión de los textos en el seno de la discursividad social⁵⁷, de cuyo dialogismo –advierte– es inseparable la dimensión argumentativa de aquellos.⁵⁸ Para inscribir el discurso argumentativo en la esfera subjetiva, sin dejar de asumir su compleja heterogeneidad interna y su funcionamiento interactivo como fenómeno histórico y social, Angenot llama la atención sobre aspectos tradicionalmente relegados en los estudios sobre los discursos de debate de ideas –tanto persuasivos como polémicos–, que se imponen como insoslayables para desarrollar una teoría global de los esquemas cognitivos y patéticos en los procesos de interacción característicos de los discursos ideológicos. Nos referimos a los aspectos pragmáticos del posicionamiento del sujeto y, en particular, a las marcas de inscripción de las pasiones, en el orden del *pathos* del discurso, cuya reiterada presencia en estos textos revela la poco

⁵⁵ Cfr. Berta Zamudio et al. “Introducción”, *Elementos de semiología y análisis del discurso. Curso C.B.C.* Bs. As.: Edics. “Cursos Universitarios”, 1990: I-VII.

⁵⁶ Georges Vignaux desarrolla extensamente en el marco de la lógica discursiva la idea del discurso argumentativo como *representación* y llega a sostener que: “[L]a argumentación es teatralidad”. G. Vignaux, *La argumentación. Ensayo de lógica discursiva*. Pról. de Jean Blaise Grize. Bs.As.: Hachette. 1ª edic. franc.: Genève-Paris, Librairie Droz, 1976: 77.

⁵⁷ Entendemos por *discurso social* –siguiendo a Angenot– los dominios discursivos que componen la totalidad de lo que se dice y se escribe en una situación social determinada, así como todo lo que se imprime, lo que se habla públicamente o se representa hoy en día en los medios electrónicos. Esa noción abarca tanto los sistemas genéricos como los repertorios tópicos y las reglas de encadenamiento de los enunciados que organizan lo *decible* –narrable y opinable– en una sociedad dada. Cfr. M. Angenot, “Pour une théorie du discours social: problématique d’une recherche en cours”, *Littérature Médiations du social. Recherches actuelles*, 70 (mai 1988): 83.

⁵⁸ Recordemos que la argumentación junto con la narración son los dos grandes modos de la puesta en discurso. Cfr. Angenot 1988: 83.

explorada complementariedad de la dupla razón / pasión, que interviene tanto en las manipulaciones afectivas como en los razonamientos presupuestos o deductivos que encontramos en ellos.⁵⁹ Y finalmente aboga por la necesidad de conjugar *retórica*, en su sentido más restringido, y *tópica* con la historia del discurso social -y de la semiosis social, agregamos nosotros-, incluyendo su producción, difusión y consumo, sin olvidar la materialidad de los actos simbólicos, buscando configurar de este modo un objeto abordable desde un marco ambiciosamente multidisciplinario (Angenot 1989, 70).

Pero volvamos concretamente al ensayo como *discurso cultural*: por su función predominantemente ideológica, su forma retórica aparece determinada por el *punto de vista*, en virtud del cual el sujeto de la enunciación asume una posición singular ante un tema que presenta como abierto y desde sus aristas más problemáticas y propicias para generar o reavivar una suerte de *disputatio* de posiciones, propuestas e interpretaciones antagónicas que convertirán la cultura en un verdadero campo de batalla o en un escenario fecundo en *duelos intelectuales*⁶⁰. Aquí basamos, entre otras razones, nuestra elección de examinar preferentemente el costado argumentativo de estos ensayos, como fundamento de su retórica esencialmente persuasiva. En una postura aún más extrema, Carl Klaus llega a definir el ensayo como *argumento* en su forma más pura, por cuanto su organización estética y su complejidad formal se subordinan a la finalidad de enunciar ideas directamente dirigidas a un lector.⁶¹ Será tal vez este poder y, al mismo tiempo, esta *vocación conativa* que le son inherentes, los que nos ayuden a comprender la fuerte y prolífica presencia de este tipo de discurso en la historia cultural e intelectual latinoamericana, especialmente a lo largo del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, cuando ocupó un lugar protagónico en las reflexiones críticas, las exposiciones doctrinarias y programáticas y, en general, en las distintas modulaciones del debate social, económico, político y cultural, que acompañaron el surgimiento y la consolidación de los estados nacionales, los diferentes proyectos de configuraciones regionales supranacionales y la formulación de las ideologías continentalistas, frecuentemente

⁵⁹ Cfr. M. Angenot, "Argumentation et Discours", *Discours Social/Social Discourse*, II, 3 (Fall 1983): 69.

⁶⁰ Tomamos esta expresión con el sentido que le dio Carlos Altamirano, al analizar desde una perspectiva discursiva los debates ideológicos en la historia intelectual argentina, en el marco del seminario de posgrado "Pasiones políticas y campo intelectual", dictado en el mes de noviembre de 1998, en el Programa de la Maestría en Letras Hispánicas de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

⁶¹ C. Klaus 1991, 5, 6, XXX.

enmarcadas en planes de mayor alcance, concebidos o concertados por fuerzas que excedían el territorio del subcontinente.

Ensayo, cultura y modernidad en Latinoamérica

La excesiva amplitud y la diversidad son –como lo señalamos– las dos notas más salientes del ensayo, en un cuadro de conjunto que privilegie una perspectiva teórica y general. En esta instancia, acotaremos nuestro punto de mira para examinarlo *en situación*. Para ello nos centraremos, con un enfoque más preciso, en algunas cuestiones que nos permitirán calibrar de qué modo se articuló el ensayo latinoamericano de interpretación cultural con determinadas circunstancias históricas y procesos socioculturales. Revisaremos las condiciones históricas y sociales que acompañaron el surgimiento y el desarrollo de una tradición ensayística de tan fuerte arraigo en el subcontinente.

En primer lugar, conviene tener presentes las transformaciones culturales que prepararon el terreno y estimularon una práctica tan intensa y frecuente en estas latitudes, especialmente desde mediados del siglo XIX, hasta el extremo de anticiparse al auge que alcanzó en la península ibérica, hacia el final de esa centuria. Cabe preguntarse en este punto por la atmósfera de cambios históricos de distinto orden que se registraron en nuestros países. ¿Qué repertorio de ideas y de nuevas sensibilidades propició la profusión de ensayos de interpretación cultural en las naciones latinoamericanas? ¿Por qué razón y en qué sentido el ensayo se convirtió en el vehículo más eficaz para construir nuevas subjetividades políticas y sociales y para expresar las propuestas, inquietudes y aspiraciones nacidas en ese humus histórico, a partir de las diferentes experiencias asimiladas y los materiales ideológicos trasplantados y aclimatados a las condiciones peculiares de ese suelo?

Como se sabe, tanto desde la crítica literaria y cultural como desde la historia de las

ideas, la historia intelectual y la teoría y el análisis de la cultura en Latinoamérica,¹ el ensayo es señalado como la forma discursiva del siglo XIX, con mejor predisposición para tratar la *cuestión cultural*, como problema, deseo o proyecto, en sus más diversas derivaciones. En algunos casos, esta afirmación puede extenderse hasta las tres primeras décadas del siglo XX y aún en lo que resta del siglo, cuando -perdido ya su protagonismo discursivo- aparece entremezclado con otras formas y géneros como la novela, la crónica periodística, el artículo crítico, el comentario de fondo en los medios masivos y otros. No obstante, llaman la atención la variedad y el volumen de las reflexiones y debates que encontraron en el ensayo el cauce comunicativo adecuado para dar una forma provisoria a los tópicos, las preocupaciones y las propuestas que nutrieron el discurso autointerpretativo de las elites culturales en Latinoamérica, sin ofrecer respuestas definitivas pero avanzando en la formulación de un pensamiento propio al respecto.

Esta práctica fue cultivada y difundida con mayor asiduidad durante las etapas postrevolucionarias de formación de los estados nacionales y en las instancias de proyección de alianzas e integraciones de alcance regional o continental. Sin embargo, es preciso recordar que no se trata de un fenómeno exclusivo de estas regiones. Por el contrario, pueden reconocerse semejanzas con la producción ensayística de aquellas naciones y áreas geoculturales periféricas de otras partes del mundo, donde la experiencia de la modernidad socavó y puso en crisis las peculiaridades residuales que, en mayor o menor grado, persistirían como constantes en la construcción de identidades y diferencias colectivas. Nos referimos a las resistencias y reacomodos que ese amplio y cambiante proceso modernizador fue generando, ya sea que las identificaciones fuesen asumidas por los mismos sujetos involucrados, ya que les fuesen atribuidas por otros como tales.

Pero la particularidad que presenta el área cultural latinoamericana no obedece solamente a la indiscutible diversidad que la caracteriza en su conjunto. Por el contrario, esa singular complejidad es, en parte, el efecto del cuadro matizado de tensiones y desencuentros que ganaron espacio en el curso de la progresiva fragmentación del imperio español en América. Por esta razón, sin la pretensión de ser exhaustivos, trazaremos un

¹ Nos referimos a los planteos sobre el ensayo latinoamericano que han sostenido, con diferentes énfasis y matices, Medardo Vitier, Alberto Zum Felde, Angel Rama, José Luis Romero, Carlos Real de Azúa, Arturo Andrés Roig, Peter Earle, Martin S. Stabb, Oscar Terán, David Lagmanovich, Walter Mignolo, José Miguel Oviedo, José Luis Gómez-Martínez, Julio Ramos, Liliana Weinberg, Horacio Cerutti Guldberg, Susana Rotker, entre otros.

rápido esbozo de los cambios más significativos registrados en las preliminares de las revoluciones independentistas, con el fin de contextualizar las instancias discursivas más puntuales que analizaremos con mayor detenimiento en la segunda parte de nuestro estudio.

Entornos modernos de una escena conflictiva

Durante el período que precedió la oficialización del ensayo en Latinoamérica con marcos discursivos reconocibles², hasta mediados del XIX, el escenario subcontinental estuvo marcado por el creciente deterioro de la soberanía imperial hispanolusitana y el resquebrajamiento de las relaciones con la metrópolis que ya se venían insinuando en algunas colonias españolas, desde casi dos siglos atrás. Hacia el final del siglo XVII, la emancipación de varios puntos del subcontinente de su inicial dependencia de España empezó a ser vislumbrada a largo plazo como un proyecto posible. El mejoramiento de su economía de subsistencia y el desarrollo de nuevas fuentes de riqueza por medio de otras actividades económicas -en muchos casos, en forma independiente de la red transatlántica y a través del comercio intercolonial-, fueron creando un estado de “emancipación informal”³ en la América Hispana colonial, más precisamente en el entresiglo hasta las primeras décadas del XVIII. A pesar de ello, el poder imperial continuó ejerciendo su control burocrático sobre estos territorios y la política económica de los Borbones agravó la situación colonial de Hispanoamérica, acentuando el subdesarrollo y la dependencia económica.

A esos signos se sumaron las convulsiones sociales desencadenadas por la insurgencia independentista, a lo largo del siglo XVIII, en un clima general de incesante agitación política y de profunda crisis económica. Indudablemente las innovaciones comerciales y administrativas implementadas desde la metrópoli por la política centralista y reformista de la nueva dinastía reinante de los Borbones, tendientes a afianzar el poder

² Aludimos a la identificación del *ensayo* como un tipo discursivo delimitado por un conjunto de rasgos y procedimientos que permiten diferenciarlo, a modo de *marcadores genéricos*, con un cúmulo de conocimientos asociados a ese concepto y vigentes en un período dado, que organizan la información relevante sobre la producción y la comprensión de los discursos. Cfr. W. Mignolo, “Discurso ensayístico y tipología textual”.

³ Cfr. John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1825*. Barcelona: Editorial Ariel, 12.

real absoluto, siguiendo el modelo político francés, contribuyeron en gran medida a la agudización de un conflicto que ya se había hecho evidente desde mucho tiempo atrás, en otros planos de la realidad histórica de la América colonial.

Si los intereses económicos y las demandas políticas y sociales en América eran de por sí heterogéneos, la política borbónica desencadenó enfrentamientos entre las distintas colonias y en el interior de ellas mismas, y despertó la resistencia de las elites locales, a causa de la presión tributaria y la dificultad de los criollos para acceder a los cargos públicos. Como resultado de la renovación del control imperial, con la supresión del sistema de puerto único en España, a partir de 1765, el peso de la dependencia resultó visiblemente mayor. Ni la autorización del comercio intercolonial y la abolición del monopolio de Cádiz y Sevilla, ni la ampliación española del comercio con España a varios puertos de la América Hispánica, impulsada desde 1778 por el “Reglamento para el Libre Comercio entre España e Indias”, fueron suficientes. Más aún: llegaron demasiado tarde para modificar la escena y descomprimir la tensión. Podría decirse, recurriendo a la imagen que ha trazado John Lynch, que la reforma imperial vino a plantar “la semilla de su propia destrucción” (Lynch, 10).

Habría que tener en cuenta, además, otro factor importante que irrumpió y llegó a ejercer una influencia decisiva en ese mismo escenario: los tempestuosos aires revolucionarios que sacudieron el mundo occidental en las últimas décadas del siglo XVIII e impactaron con fuerza en el mundo hispánico, a partir de la eclosión de la Revolución Francesa y sobre todo desde la revolución liberal de 1808 que marcó el pasaje del antiguo régimen de la monarquía hispánica a las formas políticas modernas de la sociedad burguesa. Al mismo tiempo, en diferentes puntos de la geografía continental, el siglo XVIII fue testigo de una serie de asonadas, motines, levantamientos populares o de ciertos grupos sociales y, más adelante, movimientos revolucionarios que, en algunos casos, alcanzaron el carácter de verdaderas rebeliones políticas.⁴ Por lo general, estuvieron

⁴ Nos referimos, por ejemplo, a la rebelión de los comuneros del Paraguay (1725) que ya invocaba la soberanía popular, la rebelión de Juan Francisco de León contra la Compañía Guipuzcoana de Caracas (1749-1752), la agitación popular secesionista de los barrios de Quito (1765), el amotinamiento de los comuneros de El Socorro en Nueva Granada (1781), las protestas de los comuneros de Mérida (1781), el levantamiento de Minas Geráis (1789) y los movimientos revolucionarios como el “de los Franceses” en Chile (1780), la sublevación de Túpac Amaru en Perú (1780) y los levantamientos de 1795 y 1797 en Caracas, inspirados por Francisco de Miranda.

acompañados por un volumen considerable de materiales impresos que colaboraron en la difusión de las *luces* y en la formación del espíritu público y el *mundo de la opinión*. Abundaron los pasquines y distintos tipos de escritos patrióticos, panfletarios o insurgentes, editados individualmente en sueltos y folletos o reunidos en publicaciones periódicas como el *Mercurio peruano*, tribuna de los precursores de la independencia fundada por la Sociedad Académica de Lima, *Las Primicias de la Cultura de Quito* de la Sociedad de Quito, *El Papel periódico de Santa Fe de Bogotá*, *La Gazeta de Guatemala*, la *Gaceta de Literatura de México*, el *Mercurio volante* y, más adelante, *El Telégrafo mercantil, rural, político-económico e historiográfico del Río de la Plata* y *El Semanario de agricultura, industria y comercio*, de Buenos Aires, entre otros.

Como lo advirtió Silvio Zavala, aquellos episodios eran “[m]ás que antecedentes de la emancipación, (...) síntomas que revela[ba]n las inestabilidades, jerarquías y opresiones, el descontento y el malestar”⁵, efectos -en última instancia- de la dominación homogeneizante que ejercieron las metrópolis imperiales sobre las diferentes realidades sociales, económicas y culturales de ultramar. En ese mismo proceso que fue, para los americanos, la *época revolucionaria* por excelencia, los intereses y las tradiciones locales y regionales, sistemáticamente desplazados, desatendidos y hasta ignorados por los sectores hegemónicos durante los cuatro siglos de dominación colonial, comenzaron a ser rescatados y agenciados, ya desde fines del XVII, por movimientos políticos y sociales de diferente signo ideológico y proyección. Muy pronto, algunos de ellos llegaron a convertirse en verdaderos obstáculos que cuestionaron y retardaron el desarrollo progresivo del impulso modernizador, en tanto que otros se erigieron en instancias precursoras de la emancipación de las futuras repúblicas latinoamericanas.

De ese modo se hacían evidentes los signos de la gran mutación cultural que puso en marcha lo que conocemos como la *Ilustración*, al introducir un conjunto de cambios de extraordinaria complejidad, tanto en el campo de las ideas y de los imaginarios políticos y sociales como en las esferas que involucraban los valores y los comportamientos individuales y colectivos. Así, bajo formas y ritmos diferentes, se comenzaba a tomar

⁵ Silvio Zavala, artículo incluido en *El movimiento emancipador de Hispanoamérica*. Actas de la mesa redonda de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia [1960], 4 vols. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1961, vol. IV: 42. Cit. por Joseph Pérez, *Los movimientos precursores de la emancipación en Hispanoamérica*. Madrid: Editorial Alhambra, 1977, 152.

conciencia en estas tierras de que se estaba inaugurando una era fundacional de un nuevo tipo de hombre individual y de sociedad contractual, nacidos de un nuevo pacto social y de una nueva política, que eran expresión de un nuevo soberano: el *pueblo*, al que se pretendía representar o encarnar. Por otra parte, el triunfo del individuo que pasó a ocupar un lugar central en la escena filosófica, desde Descartes, y en el campo de lo político, a partir de las ideas de Hobbes, Locke y Rousseau, tuvo su correlato en las nuevas formas de sociabilidad que se establecieron en aquellos tiempos. La descripción que ha hecho de ellas François-Xavier Guerra, destaca los aspectos modernos de esas prácticas:

Estas sociabilidades modernas que se caracterizan por la asociación de individuos de orígenes diversos para discutir en común, presentan rasgos muy distintos de los cuerpos y de las asociaciones antiguas. En los “salones”, tertulias, academias, logias masónicas, sociedades económicas, etc. nace la *opinión pública moderna*, producto de la discusión y del consenso de sus miembros. Estas sociedades son igualitarias, ya que se establecen con la finalidad de una simple discusión en la que sólo cuenta la razón. La autoridad sale en ellas de la voluntad de los asociados, lo que lleva consigo prácticas electorales de tipo moderno; por todo ello han podido ser calificadas de “democráticas”.⁶

No cabe duda de que los cambios introducidos por esas nuevas formas de relación y de comunicación social habían creado las condiciones modernas necesarias para el desarrollo de nuevas prácticas discursivas y culturales. Entre ellas, el ensayo, que era en Europa la forma privilegiada de difusión de las ideas de los enciclopedistas y de la Revolución Francesa, también comenzó a ocupar un lugar más protagónico y central en las nuevas sociedades americanas.⁷ En otra etapa de esa misma transformación, hacia el final

⁶ François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Editorial MAPFRE, 1992, 23. La cursiva es nuestra.

⁷ Desde la lingüística, Chaïm Perelman y Olbrechts-Tyteca relacionan el desarrollo de la retórica con los tiempos de crisis, y el del arte de la elocuencia con la forma republicana de gobierno, en especial en los géneros deliberativo y epidíctico. Así, por el modo de interlocución establecida con el lector, la *elocuencia retórica* supone la libertad política, de pensamiento y de expresión, y el sistema político democrático, como condiciones necesarias para darle lugar al otro como subjetividad a persuadir, sin silenciarlo o anularlo, ni borrarlo o reducirlo a mero objeto pasivo. Ambos colocan a quien es criticado en el mismo nivel del que critica, reclamando su derecho a réplica. Cfr. Perelman y Olbrechts-Tyteca 1989, Parte I.

del siglo XIX, esos hábitos se exacerbaron, cuando las muchedumbres ganaron visibilidad y comenzaron a hacer valer sus derechos, como lo testimonia la expresión con que Rubén Darío definió la inesperada novedad de las experiencias finiseculares: “este tiempo, en fin, en que todo el mundo se cree con derecho a tener una opinión”.⁸ Se nos ofrece así una explicación plausible para los innumerables artículos periodísticos breves aparecidos en esa época, entre los que encontramos esbozos ensayísticos y tantos otros escritos de carácter doxológico en las numerosas revistas, semanarios y periódicos que se publicaron, con diferente fortuna e impacto, especialmente en el entresiglo del XIX al XX, en las principales ciudades de Latinoamérica e inclusive en algunos nucleamientos de hispanos en los Estados Unidos, así como en metrópolis europeas, especialmente de España y Francia. Hay que tener presente el rol protagónico que cumplieron estas naciones en ese tiempo, verdaderos centros culturales que desempeñaron una importantísima función de religación y articulación en el incipiente campo intelectual, a una y otra orilla del Atlántico.

En síntesis, el panorama de conjunto es, desde todo punto de vista, complejo y resistente a toda simplificación. Se trata de un proceso mucho más global y abarcador, que no se limitó a una serie de cambios institucionales, sociales y económicos. A la irrupción de un nuevo sistema de referencias políticas y culturales, de un nuevo ideal de hombre y de una nueva sociedad con precedentes en la época ilustrada y en el antiguo régimen monárquico, que ya habían ido surgiendo entre los círculos selectos de las minorías letradas, se le sumó un fenómeno radicalmente nuevo: la creación de una *escena pública*. Se impusieron así nuevas fuentes de legitimidad: la *nación* y el *pueblo soberano*, y entró en escena una clase nueva de actores sociales: los *políticos*. No es de extrañar, entonces, que las grandes transformaciones experimentadas en estas latitudes, durante esa etapa, dejaran abierto un abanico de cuestiones por debatir y resolver, para las cuales se ensayaría adaptar soluciones ya probadas en otros lugares o bien se imaginarían otras nuevas.

Por otra parte, como consecuencia del paulatino avance de la urbanización en las distintas regiones del continente, se fueron configurando los marcos de experiencia propicios para el desenvolvimiento de los procesos socioculturales que podrían ser proyectados, evaluados y repensados desde el espacio discursivo maleable y renuente a

⁸ Angel Rama, *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Ed. Arca, 1985, 132.

formulaciones definitivas que ofrecía el ensayo de interpretación cultural. Interesa destacar, en particular, la difusión de los contenidos jerarquizados en las etapas más avanzadas del proceso de alfabetización y, más adelante, de la llamada *misión civilizadora*, a través de los conocimientos generados, debatidos y distribuidos desde los centros de saber, especialmente las universidades, los colegios y las bibliotecas, ubicados en los núcleos urbanos más importantes de estas regiones de América, y desde otros espacios sociales alternativos a la esfera institucional. Pensamos, por ejemplo, en los clubes, los cafés, las tertulias de estudiantes y clérigos de México, Guadalajara y Chuquisaca, o las de clérigos, oficiales y *patricios* de Valladolid de Michoacán, Dolores y Querétaro, las sociedades patrióticas como las de Lima y Guatemala, y las tertulias patricias de Caracas, Quito y Santiago de Chile, las sociedades económicas, literarias y de pensamiento – réplicas de las *sociétés de pensée* francesas-, las logias masónicas, las academias y otras tantas asociaciones modernas que fueron surgiendo en el mundo de las elites intelectuales hispanoamericanas. Precisamente desde allí y por esos medios, se fueron difundiendo las nuevas formas de sociabilidad y las nuevas referencias culturales entre otros grupos, aunque con un ritmo más lento que el alcanzado en los centros irradiadores de las Luces.

Recordemos al respecto que tanto estas nuevas circunstancias como las transformaciones tecnológicas de la cultura de la letra introducidas por la imprenta, sobre todo en la prensa periódica y en las distintas formas de escritos impresos que circulaban en la época, tuvieron una incidencia directa en la creación de una escena social que favoreció el trasplante, la difusión y el intercambio de ideas en las nacientes repúblicas de ultramar. En ese marco, se desarrollaron y se debatieron numerosas teorías e interpretaciones, desde diferentes lugares de enunciación -españoles, criollos, mestizos, nativos amerindios, funcionarios o súbditos de la corona, miembros del clero residentes en América o en el exilio-, no sólo como actos inscriptos en la lógica hegemónica de los sectores que ocupaban el poder sino también como prácticas críticas que planteaban disidencias y polemizaban con la ideología oficial.

A esta altura, ya es posible vislumbrar la estrecha relación que enlazó desde sus inicios el ensayismo cultural en estas tierras con algunas operaciones características del complejo proceso de cambios, paradojas y contradicciones, de múltiples dimensiones, conocido como la *modernidad*, nacida en los centros metropolitanos de Occidente, con

aspiraciones de difusión a escala global. Pensamos en la infatigable tarea de autocuestionamiento y de construcción de subjetividades en términos sociales o colectivos, que refractó en el ensayo que estudiamos con inusitada visibilidad.

Desde esta perspectiva, se podrían señalar otros puntos de contacto entre la forma y el objeto del discurrir de este tipo de ensayo, en la medida en que esta práctica autorreflexiva y autoconsciente forma parte del conjunto de experiencias que hoy podemos identificar inequívocamente como *modernas*. En este sentido, resulta esclarecedora la caracterización dinámica de la modernidad, crítica y laudatoria del desarrollo a la vez, que propone Marshall Berman:

una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, “todo lo sólido se desvanece en el aire”.⁹

En primer término, nos interesa indicar que la experiencia moderna se ha ido articulando, en las distintas áreas culturales, a través de determinadas visiones universales del mundo que ponían en evidencia la condición *provisoria* y *perfectible* de los basamentos ideológicos de sus proyectos.

En segundo lugar, no hay que olvidar que la identificación de problemas e interrogantes, a menudo acuciantes -¿quiénes somos?, ¿qué queremos?, ¿hacia dónde vamos?, ¿qué heredamos?, ¿con quién nos aliamos?-, pero siempre abiertos y susceptibles de nuevas formulaciones sujetas a su vez a nuevas críticas y refutaciones, demandó de por sí un conjunto de estrategias intelectuales modernas de racionalización y secularización, como la *discusión*, la *autocomprensión* y la *polémica*, de las que se nutrieron el ensayo y

⁹ Marshall Berman percibe con agudeza la dialéctica incesante de ruptura, cambio, superación y novedad que anima, en cada una de sus fases, el proceso de la modernidad, al que define como:

...una forma de experiencia vital -(...) del tiempo y del espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida- que comparten hoy los hombres y mujeres de todo el mundo de hoy. (...) Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y de la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad... (M. Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Bs. As.: Siglo XXI, 1989. 1º ed. en inglés: 1982, 1).

otros discursos doxológicos, formadores de opinión. Es comprensible, entonces, que las nuevas prácticas sociales y culturales echaran mano muy pronto del potencial expresivo y persuasivo del ensayo, y adoptaran su impronta interpretativa y dialogal para reforzar la dimensión apelativa y didáctica de una escritura que buscaba dar forma a una genuina *pedagogía cívica*, con el propósito de difundir las luces y contribuir a concretar el cambio social.¹⁰

En tercer lugar, una última inferencia en relación con las paradojas y contradicciones que atraviesan el proceso moderno y enhebran la intrincada secuencia de posiciones y propuestas que, bajo el formato del ensayo, ofrecían interpretaciones diferentes y muchas veces irreconciliables, sobre las nuevas y cambiantes realidades americanas, confirmándose, corrigiéndose o refutándose entre sí. Por un lado, revelaría las fases sucesivamente contrastantes de nuestra modernidad periférica, desencontrada y desigual, en constante proceso de adaptación y revisión crítica, de autocuestionamiento y reformulación, pero nunca totalmente cumplida, y por otro, la peculiaridad del complejo proceso de apropiación y trasiego de ideas, costumbres, formas, de sensibilidades y valores que echarán raíces “fuera de lugar”.¹¹

Ensayo, pensamiento crítico y cultura letrada

A pesar de la esporádica atribución de una prosapia antigua, en la actualidad, existe un amplio margen de consenso que nos permite sostener que el ensayo nació moderno y despuntó en suelo americano en el siglo XIX, libre del peso de un canon fuertemente arraigado y asociado a las nuevas ideas que llegaban desde los nuevos centros culturales europeos, sobre todo desde Francia e Inglaterra. Sin embargo, aunque todavía no se han estudiado en profundidad las etapas preliminares al apogeo del ensayo en el subcontinente,

¹⁰ La lectura iluminista -en un sentido emancipatorio del término- de la racionalidad moderna que propone Jürgen Habermas, complementa la visión que acabamos de presentar. En este sentido, también remitimos a ella, con el fin de indagar sobre la relación entre ensayo y modernidad que nos interesa plantear. Cfr. J. Habermas, “Modernidad: un proyecto inconcluso”, *El debate modernidad-posmodernidad*. Compilación y prólogo de Nicolás Casullo. 1ª ed.: 1989. Bs.As.: Puntosur, 1991: 131-144. Cfr. tb. J. Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad (Doce lecciones)*. Bs.As.: Taurus, 1989. 1ª ed.alem.: 1985.

¹¹ Nos referimos al proceso que Roberto Schwarz caracterizó en su excelente ensayo, “As idéias fora do lugar”, que da comienzo a su *Ao vencedor as batatas. Forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro*. São Paulo: Libreria Duas Cidades, 2000. 1ª ed.: 1977.

es preciso reconocer que existieron precedentes, formas larvadas que anticiparon algunos rasgos de este tipo de discurso en los últimos siglos de nuestra historia colonial¹². En efecto, hacia fines del XVII y a lo largo de buena parte del siglo XVIII, una constelación de discursos, cartas, sermones, críticas y comentarios, anunció y allanó el camino para la consagración del ensayo como género eminentemente argumentativo¹³, tal vez el más adecuado y dúctil para la formulación y la discusión de ideas. Ya en aquellos textos que hemos llamado *protoensayísticos*, el ensayo aparecía prefigurado y ligado al espíritu de esos tiempos, tan proclives a las prácticas reflexivas de *autoconciencia* y *autocrítica* que irrumpían como gestos y hábitos modernos del nuevo tipo de subjetividad emergente.

Por otra parte, en los inicios de la sociedad virreinal, constituida ya la *ciudad letrada* en el *Nuevo Mundo*, durante la época barroca, la *letra* se convirtió en el instrumento simbólico de mayor fuerza, que paulatinamente fue ganando autonomía para fijar y dar consistencia en el orden de los signos a las frágiles e inestables sociedades, individuos y cosas americanas, desde la imposición del orden colonial. Ángel Rama lo planteó en los siguientes términos: “la palabra escrita viviría en América Latina como la única valedera, en oposición a la palabra hablada que pertenecía al reino de lo inseguro y lo precario”.¹⁴ Por cierto, la situación así definida por Rama no es privativa del funcionamiento de la cultura letrada en las sociedades latinoamericanas, sino que puede hacerse extensiva a su implantación en otras partes del mundo, donde la cultura occidental se había impuesto sobre otras culturas preexistentes, en particular cuando éstas eran predominantemente ágrafas u orales.¹⁵ Hecha esta salvedad, encontramos allí una hipótesis

¹² En uno de los escasos trabajos sobre el tema, Emilio Carilla propuso un itinerario de autores y textos para indagar esa hipótesis poco explorada en los estudios sobre el ensayo latinoamericano, y enumeró como precedentes a Juan de Espinosa Medrano (*El Lunarejo*), Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza y Góngora, Diego y Antonio de León Pinelo, Pedro de Peralta y Barnuevo, Antonio Nariño, Eugenio de Santa Cruz y Espejo, Jorge Juan, Francisco José de Caldas y Félix de Azara, entre otros. Cfr. “El ensayo hispanoamericano en la época colonial”. Conferencia leída en el Coloquio La producción cultural en las Colonias del Nuevo Mundo (San Miguel de Tucumán, 1994), Carmen Perilli, comp. *Las Colonias del Nuevo Mundo. Discursos imperiales*. Tucumán: IIELA - Facultad de Filosofía y Letras - Universidad Nacional de Tucumán, 1999: 131-142.

¹³ María Elena Arenas Cruz desarrolló extensamente la tesis polémica del carácter genérico-argumentativo del ensayo en su libro *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla - La Mancha, 1997. Véase especialmente el segundo apartado del capítulo III, 150-445.

¹⁴ Ángel Rama, *La ciudad letrada*. Prólogo de Hugo Achugar. Montevideo: Arca, 1995, 22.

¹⁵ En los dominios de la cognición, se atribuye a la práctica de la cultura escrita o más precisamente a lo que denominamos alfabetización, una serie de competencias mentales potenciales, tales como el *pensamiento crítico* (aunque éste no se agote en su vertiente letrada), o el situar las emisiones desde lugares imposibles, no

razonable que explicaría la tarea de autocomprensión y discusión crítica, acometida obsesivamente por los hispanoamericanos sobre sí mismos, sobre sus territorios y sus problemas, intentando responder el interrogante acerca de su identidad, en especial con el formato discursivo del ensayo y sus formas afines.

Hay que tener en cuenta, además, que aún en los planteos más tradicionales sobre la cultura escrita y en sus revisiones más recientes, se la identifica como uno de los factores de mayor incidencia en la aparición histórica de nuevas formas discursivas, como la ficción en prosa y la prosa ensayística que suponen un nuevo enfoque del lenguaje, con una nueva mentalidad más subjetiva y reflexiva.¹⁶ Así, como ejercicio de escritura, tentativo y perfectible, nunca definitivo, el ensayo se insinuó, aún sin oficializarse, en la modalidad barroca del *discurrir a lo libre*, y muchas veces se anunció al servicio de ciertas corrientes de pensamiento, en tipos textuales afines como las epístolas, los diálogos, los sermones, las proclamas y otros discursos agonísticos o polémicos.

Recordemos, en este punto, la ya señalada connivencia que mantuvo con el periodismo y, en particular, con el fenómeno que en el siglo XIX se denominó el *diarismo* que dejó su impronta como tendencia en diferentes formas discursivas emparentadas con el ensayismo de la época. De modo que sus procedimientos retóricos y modos compositivos se derivaron de los tópicos, el estilo, el formato y las características materiales específicas de los periódicos de la época, albergando inclusive hasta algunas formas narrativas de ficción por medio del popularizado *folletín*. Cabe aclarar que esta relación no se da en forma exclusiva en el contexto enunciativo del ensayo latinoamericano, ya que es reconocida, tanto en la Europa insular como en la continental, la existencia de una larga tradición de publicaciones, revistas y semanarios, un siglo después de la aparición del ensayo en la historia de la cultura occidental¹⁷. Naturalmente esto contribuyó a acelerar y

necesariamente in presencia, combinando emisiones de base perceptual con emisiones de base perspectiva.

La escritura -sostiene Kittay-, como brecha entre las coordenadas espaciotemporales de su inscripción y las de su lectura, como producción que no es hablada ni está presente en el momento de su recepción, libera al que escribe de los constreñimientos de las múltiples condiciones de la presencia real y los actos verbales, dejando posibles oportunidades de perspectiva listas para ser descubiertas...(232). (Cfr. Jeffrey Kittay, "El pensamiento a través de las culturas escritas", David R. Olson y Nancy Torrance (compils.), *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona: Edit. *South Carolina Gedisa*, 1995: 223-234).

¹⁶ Cfr. David R. Olson, "La cultura escrita como actividad metalingüística", Olson y Torrance 1995: 333.

¹⁷ Remitimos, por ejemplo, a las revistas inglesas *The Tatler* y *The Spectator*, editadas por Richard Steele y Joseph Addison, que se empezaron a publicar desde 1709 y 1711 y contribuyeron a popularizar el género,

extender su difusión, estableciendo una intercomunicación inmediata y fluida del ensayista con el público lector. Puede afirmarse entonces que, en términos generales, el ensayo se incubó en el espacio más acotado y heterogéneo del periódico, en cuyas páginas encontró lugar ese acto de “pensar en el papel”, dejando abierta la posibilidad de incorporar rectificaciones, prolongaciones y expansiones de algunos puntos en los números posteriores y subsiguientes.

Seguramente las características propias de esa actitud discursiva, así como la ausencia inicial de una tradición ensayística aquilatada en nuestro continente que pusiera vallas a la libertad de su comportamiento formal, contribuyeron a otorgar la fisonomía específica que tuvo este tipo de escritura en estas tierras y propiciaron su fuerte arraigo durante las etapas fundacionales y en los momentos más críticos de nuestra historia cultural e intelectual. En consecuencia, no sorprenden la extraordinaria potencialidad incoativa ni la eficacia de su acción persuasiva, en virtud de las cuales este tipo discursivo se arrojó su tan reconocida capacidad para dar cauce expresivo a los procesos autointerpretativos característicos de la modernidad.

Sin embargo, la sola presencia de las cualidades enumeradas no habría bastado para explicar su singular desarrollo en esta macroregión. En verdad, resultó decisiva para su aparición en estas latitudes, la existencia de un campo de cuestiones abiertas y problemáticas que reclamaban la exposición, la interpretación, la indagación, el comentario y el debate, tales como la búsqueda de una identidad política, social y cultural y la identificación de los obstáculos para encontrar soluciones y formular programas de acción concretos, tanto en el ámbito nacional y regional como en el transnacional y continental. Una vez oficializado como tipo discursivo en estas tierras, bien entrado el siglo XIX, el ensayo tuvo un rol fundacional y, en cierto modo, programático en las incipientes sociedades americanas, cuando la mayoría de ellas eran naciones todavía en ciernes. Destacamos especialmente esta condición inherente al ensayo cultural latinoamericano, siempre inscripto en contextos que favorecían y reclamaban la formulación de proyectos y propuestas revolucionarias o reformistas de las más diversas raigambres ideológicas. Por supuesto, no ignoramos las consecuencias que esta descripción proyecta en la práctica

incluyendo artículos breves y todo tipo de ensayos, en consonancia con la gran tradición ensayística de la literatura inglesa, y, unos años después, *El diario de los literatos* de España en 1737, *El caxón de sastré* (1760), *El Correo de Madrid* (1786), *El Censor* (1781), entre tantos otros.

reflexiva sobre el ensayo. En principio, optamos por tomar distancia de las teorizaciones posmodernas sobre el género que lo postulan como mero ejercicio de escritura subjetivo y juego retórico, subestimando o diluyendo su valor argumentativo y pragmático como *discurso portador de ideología*, con un alto poder de intervención en los debates políticos, culturales y sociales.¹⁸

Por otra parte, las posiciones posmodernas acostumbran caracterizarlo como un género privilegiado para trasuntar esa condición relativista e ideológicamente ligera o vaciada, razón por la cual insisten en el carácter disuasorio, incierto y hasta indeterminado de sus proposiciones y argumentaciones. Es así que, en favor de la desarticulación y particularización de los saberes producidos y difundidos con ese formato, ciertamente teñidos de un escepticismo desmovilizador, se diluye desde este ángulo la fuerza programática y persuasiva que contenían las expresiones ensayísticas en el uso eminentemente político con que se las venía cultivando desde las vísperas de la formación de los estados nacionales en Latinoamérica.

Insistimos, por tanto, en que contrariamente al signo rupturista, escéptico y transgresor que suele asociarse a su aparición en la escena europea -en particular, con Montaigne-, el ensayo irrumpió en el discurso de las elites intelectuales hispanoamericanas como un género *inaugural* que anticipaba la modernidad en el horizonte discursivo: “el primer género mayor no recibido a través de la cultura colonial”¹⁹, ya que -como señalamos en el capítulo anterior- España aún no contaba en esa época con manifestaciones ensayísticas, en un sentido estrictamente genérico del término. Y si esto no bastara para trazar la divisoria de aguas respecto de sus fuentes o textos inspiradores, el ensayo de interpretación cultural ha cumplido en Latinoamérica, desde sus comienzos, un papel fuertemente cuestionador de sistemas cerrados y dogmáticos, por cuanto ha dado forma a la revisión y el ajuste, en mayor o menor medida, del proyecto de la modernidad a las más dispares particularidades latinoamericanas, confirmando lo que señalamos acerca

¹⁸ Esta perspectiva está ausente, por ejemplo, en el libro ya citado de Claire de Obaldía, *The Essayistic Spirit...*, donde se limita el tratamiento del ensayo hispánico -o latinoamericano en particular-, al análisis de la ensayística de Jorge Luis Borges. Tampoco se la contempla en el volumen compilado por Marcelo Percia, *Ensayo y subjetividad*, ni en el libro de Eduardo Grüner, *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones* (Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2000), excepto cierta mirada obstinadamente moderna que persiste en algunos trabajos incluidos en este último.

¹⁹ Miguel Gómez, “El género que vino de la modernidad: El ensayo”, *Atenea. Revista de ciencia, arte y literatura*, 471 (1º sem. 1995): 192-3.

de la imbricación del proyecto moderno en toda dilucidación, explicación o debate acerca de la cuestión cultural en estas regiones.²⁰

Fue fundamentalmente en la faz revolucionaria de la modernidad, cuando se introdujeron signos inequívocos de una profunda voluntad de cambio, canalizada por medio de la formación y la orientación de la opinión pública y la instrucción de los ciudadanos. Y, como se sabe, el avance de la alfabetización y la imprenta junto con la incorporación y la circulación de las ideas de *nación, progreso, revolución, cambio, regeneración, civilización*, entre otras, en gran parte difundidas a través del ensayo, dieron lugar muy pronto a la multiplicación de medios de prensa escritos y otros materiales impresos que colaboraron eficazmente para comenzar a hacerlas realidad. En ese mismo medio social, los viajes, las cartas y el intercambio de diferentes escritos (manuscritos inéditos impublicables, libros prohibidos, periódicos, revistas y libros extranjeros, traducciones) alimentaron, sin duda, las discusiones de los nuevos grupos letrados y contribuyeron a la formación de un *público* lector, en la acepción moderna de la palabra.

Cuando sostenemos que el ensayo cultural desempeña un papel *fundacional* en este terreno, lo planteamos en un doble sentido. En primer lugar, porque se arraigó como tipo discursivo sin una tradición aquilatada ni legítimamente reconocida en la lengua y la cultura hispánica, aunque con una tradición consolidada en el Occidente europeo y asimilada a través de ensayos escritos en francés y en inglés que, ya en esos tiempos, fueron ávidamente leídos por algunos letrados americanos²¹, y además porque, como ejercicio de autocomprensión, se convirtió en el espacio discursivo adecuado para la

²⁰ Si nos circunscribimos al siglo XIX, son ilustrativas las diferentes variantes del ensayo romántico, desde los textos de Sarmiento y Francisco Bilbao hasta los de J. V. Lastarria y J. B. Alberdi, especialmente los que abren el debate acerca de lo americano y la cuestión nacional, sin ocultar su voluntad fundacional.

²¹ Destacamos las ideas de los *philosophes* franceses, principales fuentes intelectuales del nuevo *americanismo*, cuya crítica de las instituciones sociales, políticas y religiosas de la época fue conocida y discutida por los americanos, sin llegar a aceptarla acriticamente. Vulneradas las barreras interpuestas por el gobierno español para impedir su difusión, la literatura de la Ilustración y de la Revolución Francesa circuló en Hispanoamérica con relativa libertad. En México, Newton, Locke, Adam Smith, Descartes, Montesquieu, Voltaire, Diderot, Rousseau, Condillac y D'Alembert eran leídos por los miembros de la *ciudad letrada*, pero a partir de 1790, la nueva filosofía comenzó a ser perseguida por la Inquisición mexicana, por su contenido político, sospechado de sedicioso, defensor de "principios generales sobre la igualdad y libertad de todos los hombres" y vehículo de las noticias consideradas peligrosas de la Revolución Francesa. Asimismo la lectura de Paine y los discursos de John Adams, Jefferson y Washington, cuyas obras circularon por el subcontinente, estimularon el deseo de libertad y el espíritu republicano y liberal. Sin embargo, a menudo el móvil de todas esas lecturas nacía simplemente de una penetrante curiosidad intelectual, puesto que -como acota John Lynch- poseer un libro no significaba necesariamente aceptar sus ideas. Cfr. Lynch, 38.

constitución y la disputa de subjetividades sociales y culturales ideológicamente localizadas.

No se puede negar la estrecha relación que el ensayo mantuvo desde sus comienzos con la cultura letrada, por cuanto fue cultivado por los nuevos sujetos sociales pertenecientes a esa elite cultural compuesta en aquel entonces por un reducido concierto de voces mayoritariamente criollas y, en menor grado, mestizas, no demasiado diversas ni étnica ni socialmente.²² En efecto, salvo muy escasas excepciones²³, encontramos pocas voces mestizas, indígenas y de las castas entre los cultores del ensayo y sus formas previas y afines. En definitiva, para los pequeños grupos letrados que habían logrado acceder a los beneficios más sofisticados de la *civilización*, la letra les proporcionaba un poderoso instrumento de ideologización, por su capacidad de *fijar* la realidad analizada, soñada o proyectada. Y mientras tomaban conciencia, polemizaban y reflexionaban críticamente sobre esa realidad inédita que convocaba su interpretación, esos nuevos sujetos se constituían y se autorrepresentaban como tales, simbólicamente, en el acto mismo de la *puesta en escena* ensayística.

Con el tiempo, iría cobrando fuerza una creciente *conciencia de sí*, más profunda y elaborada, de una identidad diferente de la española, anuncio de una toma de conciencia acerca de diversas formas posibles de una presunta nacionalidad, en busca de los objetivos deseados: la *independencia política* y la *emancipación mental*. El reclamo de poder político y orden social se hacía oír cada vez más y con mayor insistencia, por parte de los criollos. El contacto con Europa y los EEUU contribuyó a abrir los espíritus a las ideas contemporáneas que eran recibidas con entusiasmo como instrumentos de reforma, y a los contenidos de la Ilustración que era asimilada por el deseo de conocer lo que pasaba en el mundo. Algunos criollos cultos llegaron a ser verdaderos revolucionarios, como Francisco de Miranda, Antonio Nariño y el joven Simón Bolívar, todos discípulos destacados de esta

²² Recordemos que en la América colonial, a causa del fuerte sentimiento de superioridad dominante entre los blancos –peninsulares y criollos– que se arrogaban el blasón de la *pureza racial*, y de la obsesión por las *gradaciones raciales*, las posiciones sociales y sus posibilidades de acceso a la educación sistemática y a la comunicación escrita estuvieron fuertemente determinadas por las posiciones económicas y raciales. Esta conciencia de raza no escapó, por ejemplo, a la agudeza de Humboldt, quien afirmó con perspicacia que: “En América, la piel, más o menos blanca, decide la clase que ocupa el hombre en la sociedad”. A. von Humboldt, “Ensayo político sobre el reino de la Nueva España”, 4 vols. México, 1941, II, 141.

²³ Pensamos, por ejemplo, en letrados mestizos como el peruano Juan de Espinosa Medrano (*El Lunarejo*) y el ecuatoriano Eugenio Espejo, entre otros.

nueva filosofía, que siguieron los ideales de libertad y felicidad humana. En el Río de la Plata, el contacto con los extranjeros era signo de cierto *espíritu de independencia*: Manuel Belgrano conocía el pensamiento de la Ilustración; Mariano Moreno admiraba a Rousseau y editó el *Contrato social* para instruir a los jóvenes americanos. Los ideólogos precursores de la independencia eran una pequeña elite avanzada respecto de la opinión criolla, a la que la nueva filosofía sirvió, en realidad, de inspiración para los ideales de los ya disidentes y proporcionó una justificación intelectual para la revolución venidera. Los americanos recibieron de la Ilustración más que informaciones o ideas, sobre todo una nueva visión del conocimiento, una nueva preferencia por la razón y la experimentación frente a la autoridad y la tradición. En tanto que los intelectuales criollos en México, Perú y Chile expresaban y nutrían una nueva conciencia de *patria*, con un mayor sentido de exclusivismo, porque, como observaba el *Mercurio Peruano*, “más nos interesa saber lo que pasa en nuestra nación”.

Por su parte, los jesuitas criollos, expulsados de su tierra natal en 1767, se convirtieron durante el exilio en los precursores literarios del nacionalismo americano, y su literatura -mayoritariamente epistolar, pero en muchos casos *protoensayística*- contenía un ingrediente fundamental del nacionalismo, la conciencia del pasado de la patria, a la vez que ensayaba la voz de un nuevo sujeto histórico. Pero la importancia de sus obras reside menos en su influencia directa que en la forma en que reflejaron el pensamiento de otros americanos menos capaces de hablar, por cuanto aquellos eran intérpretes de sentimientos regionalistas, ya arraigados en el espíritu criollo.²⁴

Es obvio que la relativa autosuficiencia que fueron ganado las colonias americanas fue un motivo de preocupación para las autoridades españolas que las impulsó a controlar a los criollos y a reforzar la unión política con un lazo de mayor dependencia respecto de la metrópoli. Esto implicó emprender una “segunda conquista” de América, esta vez burocrática, mediante la creación de nuevos Virreinos, como el del Río de la Plata y el de

²⁴ Es el caso de la literatura nostálgica del jesuita chileno Manuel Lacunza, y del procriollo, indianista, abate Juan de Molina, cuyo propósito era hacer conocer los pueblos americanos y destruir el mito de la inferioridad y degeneración de los hombres, animales y vegetales en el Nuevo Mundo, propagado a mediados del XVIII, por las obras antiamericanas de Cornelio de Pauw, Buffon, Raynal y otros. Un caso singular es el del escritor exiliado criollo, Francisco Javier Clavijero, quien intentó refutar a de Pauw, realizando un estudio exacto de México, especialmente de su prehistoria. Su *Historia antigua de México* (1780-1781) fue escrita con espíritu científico, para “hacerse útil a su patria”. En ella señalaba las diferencias étnicas con España y sostenía que se podría formar una nacionalidad más homogénea por medio de un mestizaje completo.

Nueva Granada, y otras unidades administrativas con nuevos funcionarios –los intendentes- encargados de ejercer el control social, y aplicando nuevos métodos de gobierno. Por tanto, detener esa primera emancipación de la América Hispánica y criticar y cuestionar el régimen absolutista vigente que ya no correspondía con el *air du temps*, fueron los principales objetivos del gobierno de Carlos III y sus ministros ilustrados, entre 1759 y 1788. Las elites modernas americanas, más alejadas que las peninsulares del foco revolucionario francés, encontraron menos obstáculos para su desarrollo, aunque el brillo de las *lucres* fue ciertamente menor. Su americanismo no sufrió mayores inhibiciones y era común encontrar en los periódicos de la época términos como “la nación”, “la patria”, “nuestra nación”, “nuestra América”, “nosotros, los americanos”.²⁵ Aunque se trataba de un nacionalismo más cultural que político y no se buscaba destruir inmediatamente la unidad del mundo hispánico, era evidente que las mentes se estaban preparando para la independencia.

Una serie de circunstancias convergentes -la conquista francesa de España, el colapso de la España de los Borbones, el imperialismo de los liberales españoles- produjo un daño profundo e irreparable en las relaciones entre España y América. Los americanos tuvieron que ocuparse de su propio destino y, una vez tomadas las decisiones en forma autónoma, la independencia cobró impulso y ganó el continente en dos grandes movimientos: la revolución del sur, más rápida, avanzando desde el Río de la Plata a través de los Andes hasta el Pacífico, y la revolución del norte que, seguida más de cerca por España, se desvió desde Venezuela a Nueva Granada y volvió a su lugar de origen. Pero la independencia fue un logro insuficiente, y recién con la concurrencia de nuevos factores se favorecería una idea más acabada de nación. Ya hacia 1810, la noción de *patria* se aplicaba a una nación en particular, más que al mundo hispánico en general. En esa época, las sociedades americanas fueron tomando conciencia gradualmente de su identidad particular y, al tiempo que fueron forjando diferentes identificaciones y atribuciones, comenzaron a dejar testimonio escrito de los avatares de la formación de ese nuevo sujeto. Ese mismo sentimiento de diferenciación y enfrentamiento social fue captado por un viajero privilegiado como Alexander von Humboldt, quien observaba que:

²⁵ Por ejemplo, ya en 1788, *La Gaceta de Literatura* de México utilizó la frase “nuestra Nación Hispano Americana”.

Los criollos prefieren que se les llame americanos; y desde la paz de Versalles, y especialmente desde 1789, se les oye decir muchas veces con orgullo: “Yo no soy español; soy americano”, palabras que descubren los síntomas de un antiguo resentimiento... (A.von Humboldt, II, 118).

En efecto, en el curso del siglo XVIII, los hispanoamericanos empezaron a redescubrir su propia tierra en una original literatura americana, pero su patriotismo era americano, no español, y regional más que continental, porque en cada uno de los países ya se avizoraba una identidad peculiar, observada por sus gentes y exaltada por sus escritores.

La creciente tendencia de los actores sociales a tomar la palabra para justificar su accionar, y de la sociedad culta, en especial, para expresar su angustia y sus temores, sus esperanzas y sus aspiraciones, nos enfrenta a una serie de autoimágenes y representaciones de sí mismos y de los otros, que legitiman sus autoridades y objetivan los valores a los que se refieren y los comportamientos que de ellos se deducen. A su vez, la asistematicidad del conjunto de discursos e imágenes mencionados, obrará en función de sus fines: exhortar, enardecer los ánimos, exaltar el patriotismo, buscar remedios para reformar la monarquía. Por la forma en que se realizó la gran mutación ideológica, la práctica de nuevas formas de sociabilidad favorecieron el ejercicio de la polémica, la crítica y el intercambio y la difusión de las ideas, creando la escena adecuada para el surgimiento y la oficialización del ensayo.

Por último, no hay dudas de que la independencia política de los Estados soberanos fue la culminación de un largo proceso de enajenación que cobró contornos regionales y transnacionales, durante el cual lo que hoy dimensionamos como Latinoamérica fue tomando conciencia de su situación y su diferencia cultural, en busca de configurar una identidad propia, planteando interrogantes, ensayando respuestas y tomando posiciones. Aún si se aceptase la persistencia de los vínculos con España, sin negar la soberanía de la Corona, comenzaban a cuestionarse y ponerse en duda las bases de esa lealtad. Es evidente que el cambio de política de los Borbones alimentó significativamente estos resquemores, incitando a nuevas conceptualizaciones y disputas.

El ensayo latinoamericano como *discurso cultural*

En esta instancia, no es difícil comprender el protagonismo que alcanzó el discurso ensayístico, desde los inicios del siglo XIX, en los avatares de la larga disputa en torno a la definición, resistencia y reformulación de identidades y su contrapartida: la integración, asimilación, aceptación o eliminación de diferencias, que se ha venido planteando en distintos momentos, con diferentes formas e intereses según las regiones, países y áreas geoculturales donde se desarrollen, en el orden nacional, regional o subcontinental. Así, entre marchas y contramarchas, fue tomando forma una complicada urdimbre de ideologías foráneas, particularidades locales, asistencia extranjera y complicidades transnacionales, sobre cuya trama se ensayó anudar, en sucesivos y reiterados intentos, un esbozo de tradiciones reinventadas y un haz de proyectos por cumplir.

Como se ha visto, la formación y el desarrollo de una tradición ensayística en estas tierras estuvieron decisivamente ligados al proceso revolucionario de emancipación que, con ritmos y estilos diferentes en cada caso, precipitó la formación de estados nacionales soberanos en América, y a los avatares y contingencias que experimentó y aún sigue experimentando en los hechos, la deseada democratización de estas sociedades. En particular nos interesa señalar como marco de referencia, la modernidad en su etapa revolucionaria, más que el estado-nación, puesto que ningún país del subcontinente es culturalmente homogéneo, por lo cual es preciso captar y medir geográfica y socialmente la inevitable heterogeneidad cultural del conjunto para poder definir en la pluralidad y diversidad de las regiones americanas, ese *air du temps*, vale decir, la combinación de ideas, imágenes, pasiones y juicios de valor de los múltiples factores que convergen en un momento dado. Según José Luis Romero, existe una relación notable entre el desarrollo de la forma ensayística y el despliegue de las ideas autonomistas e independentistas en América:

El proceso de la Emancipación se desata en tierra americana a partir de situaciones locales y desencadena una dinámica propia que no se puede reducir a la que es

peculiar de los procesos europeos contemporáneos.²⁶

Tal como lo indicó el mismo Romero, en Latinoamérica proliferaron junto con la recepción de las grandes corrientes de ideas con prestigio social, vigentes en los países más influyentes del subcontinente -Ilustración, positivismo liberal, socialismo-,

... otras corrientes de opinión mucho menos precisas y sistemáticas, más confusas y casi inasibles, aunque de arraigo mucho más profundo, puesto que más que ideas podrían ser consideradas creencias o actitudes espontáneas frente a experiencias inmediatas de la realidad social y cultural.²⁷

Es claro que la modernidad revolucionaria de esta gran área cultural actúa de acuerdo con una lógica particular, y habilita la búsqueda de una forma discursiva con un funcionamiento y una disposición análogos para su planteamiento y difusión. El nudo del problema reside, para el mismo historiador, en que las ideologías en Latinoamérica se mueven de distinta manera. Las diversas situaciones sociales y culturales engendran actitudes espontáneas que llegan a tornarse torrentes ideológicos de fuerza incalculable. Junto a ellas se deslizan los sistemas de ideas de origen extraño, nacidos en otros países al compás de otras situaciones, y llegados bajo sus formas más esquemáticas a nuestras naciones, a través de grupos influyentes e ilustrados, aunque reducidos. Aquí reside en gran parte la peculiar complejidad del problema, tanto de su estructura social como de la comunicación entre los grupos. Paradójicamente las corrientes y los textos más representativos son los más difíciles de filiar, circunscribir y exponer. A esto pueden sumarse preconceptos tradicionales y fórmulas retóricas, así como ideologías sistemáticas o espontáneas que contribuyen a oscurecer la fisonomía latinoamericana.

Siempre al decir de Romero, las ideas expresan una interpretación de la realidad, no necesariamente una teoría y sus posibles cambios. Curiosamente estas ideas menos rigurosas y más asistemáticas suelen tener mayor influencia en la vida colectiva (J.L.

²⁶ José Luis Romero, "Prólogo", *Pensamiento político de la Emancipación*. Tomo I. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977: IX.

²⁷ J. L. Romero, *Situaciones e ideología en Latinoamérica*. Compil. por L. A. Romero. Bs.As.: Editorial Sudamericana, 1986, 42.

Romero 1986, 13); son formas de mentalidad que suponen actitudes frente a la realidad y un esquema de formas que se quisiera que la realidad adoptara, engendradas en las mentes de las *elites*. Suelen ser el fruto de un movimiento espontáneo de varios grupos sociales frente a una situación dada, que piensan en ella como en su circunstancia, sin perjuicio de que de las elites surja quien pueda darles una forma más rigurosa, la expresión conceptual y, acaso, la divisa capaz de polarizar a las multitudes y enfrentar a amigos y enemigos, en un juego entre realidad e ideas y entre ideas teóricas preexistentes e ideas que nacen espontáneamente de cierta interpretación de la realidad.

En los países latinoamericanos, tan distintos y difícilmente comprensibles en una unidad más allá de ciertos límites, las interrogaciones estuvieron siempre movidas por cierta militancia política que impregnó la inclinación del estudio histórico, y no por una actitud científica; ni fueron fruto de la pasión por el conocimiento. La vertiente política era mucho más acentuada, pues el movimiento emancipador había creado a principios del siglo XIX un conjunto de países de idéntica raíz, constituidos al calor de situaciones muy semejantes y con un futuro que se insinuaba con problemas muy parecidos. Hallar la peculiaridad de cada uno de ellos era empresa muy difícil y, sin embargo, fundamental, no sólo para afirmar su independencia del poder español, sino también para justificar su segregación de vastas áreas tradicionales como los antiguos virreinos, o de nuevas áreas políticas como la Gran Colombia creada por Bolívar, de la que se desgajaron tres países. Y fue esa misma dificultad la que desencadenó el afanoso análisis del pasado, la exploración cuidadosa de los detalles de cada desarrollo regional y la sobreestimación de un patrimonio legendario y heroico que se trataba de exaltar.

Esbozadas las condiciones históricas -materiales y simbólicas-, los repertorios de ideas y las coyunturas políticas, económicas y sociales concretas que en distintas instancias activaron, con mayor o menor ímpetu, la modalidad de escritura inacabada e interpelativa que nos ocupa, podemos observar su fecundidad tanto en la formulación de planteos frente a preocupaciones apremiantes como en la exposición de respuestas aleatorias -nunca definitivas, rotundas, ni cerradas-, en la indagación sobre la historia, la sociedad y la cultura. Bajo esas mismas condiciones históricas, se despierta la inquietud por localizar y reconocer las primeras señas de una identidad compartida en el ámbito de la región, como dentro de las fronteras del proyectado territorio nacional y aún más allá de ellas, en

los límites del mapa continental.

Los grandes ensayos de interpretación cultural, en su doble vertiente: nacional y continental, surgen en momentos fundacionales y en las diversas coyunturas de cambios y crisis, e irrumpen en nuestro abigarrado paisaje cultural, como *miradas autocontemplativas*, es decir, como modos de autocomprensión para entender la realidad en un doble sentido: como referente objetivo de la indagación y, a la vez, como fenómeno inmanente, por cuanto la nación, la región o el subcontinente son, con diferencias y variantes notables según el caso, el lugar de enunciación de cada uno de esos textos. En este sentido, proponemos considerar el ensayo como *discurso cultural*, en tanto forma parte del proceso de la cultura, tal como la entiende Raymond Williams, como “la respuesta de ciertos individuos, afiliados a ciertos valores, que confrontaron el cambio y sus consecuencias”²⁸. En efecto, forma parte de una respuesta más amplia y compleja de los individuos de los siglos XIX y XX a la Revolución Industrial y sus consecuencias, de un proceso de aprendizaje que, en el siglo XIX, se transformó en “el eje de una respuesta significativa a una sociedad que experimentaba cambios radicales y angustiosos” (Williams 1978, 34).

Nos detendremos en este punto para agregar algunas precisiones al uso operativo que aquí hacemos de la noción de *discurso cultural*, cuando la referimos a los ensayos latinoamericanos que motivan nuestro estudio, especialmente si tomamos en cuenta que, en su acepción más corriente, comprende diferentes tipos de textos no exclusivamente ensayísticos. Por otra parte, el atributo *cultural* remite al concepto complejo y polisémico de *cultura*, lo que reclama y justifica una delimitación conceptual. Últimamente, la utilización frecuente y hasta abusiva del término *cultura* suele tornarlo confuso y excesivamente ambiguo, por el espectro amplio y diverso de las significaciones que convoca, desde intereses y marcos disciplinarios muy distantes.²⁹ Por el contrario, desde

²⁸ Raymond Williams, “The Idea of Culture”, P. Davison, R. Meyerson y E. Shils, eds. *Literary Taste, Culture and Mass Culture*, vol I. Cambridge: Chadwyck-Healey Ltd., 1978, 34.

²⁹ Entre los numerosos trabajos que trazan un panorama histórico del complejo y variado abanico de significaciones que ha reunido ese vocablo, desde diferentes perspectivas disciplinarias, destacamos: Raymond Williams, *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones 62, 1980, 21-31, y Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*. 8ª reimpr. Barcelona: Gedisa, 1997, 214-218. Remitimos también a la interesante reseña de las posiciones más relevantes que contribuyeron a la revisión crítica de esa noción, en el ámbito de las ciencias sociales, en particular en lo que concierne a la disputa entre concepciones

el enfoque histórico, eminentemente dinámico y relacional, que adoptamos, la idea de *cultura* se muestra más abierta a posibles y constantes rectificaciones y refutaciones nacidas de su reformulación en diferentes situaciones históricas, sociales y culturales, y menos rígida y homogénea que la conceptualización dominante, en forma subyacente o explícita, en los estudios más tradicionales sobre el ensayo latinoamericano hasta hace apenas unas décadas.

Es preciso señalar que no intentamos interpelar los textos ensayísticos como portadores de verdades definitivas o conceptos compactos que atesoran el resultado de un arduo proceso de buceo y exploración en un presunto magma cultural original, tan inasequible como inalterable y sustancial, sino que desde una mirada diferente optamos por distanciarnos de esa tradición indagatoria que asumía posiciones esencialistas y apriorísticas frente a la identidad y la cultura, para leerlos e interpretarlos *en situación*, dentro de la red argumentativa donde interactúan.

Tanto las representaciones como las concepciones identitarias y las tomas de decisión que definen inclusiones y exclusiones, comparten por igual el carácter social, ya que no dependen exclusivamente de la pura subjetividad individual de sus actores, sino también de los marcos sociales que condicionan y orientan sus elecciones. En este sentido, resulta adecuada para nuestro planteo la definición sociológica que propone Pierre Bourdieu, quien describe la cultura como un *campo de fuerzas* en permanente lucha, consciente o no, por imponer sus propios sistemas de significaciones que organizan el universo según la lógica de los intereses materiales y simbólicos.³⁰ A partir de esta premisa teórica, podemos considerar el tipo específico de ensayos que seleccionamos, como *textos y discursos de cultura*, en la medida en que comportan diferentes formas de interpelación, acceso e intervención en el espacio público donde se deciden, deconstruyen y replantean las identidades sociales y culturales. Hay además un aspecto peculiar que nos interesa resaltar: cada uno de esos textos pone en signo un análisis crítico, una propuesta programática o el esbozo de una valoración diagnóstica -y a menudo, todos a la vez-, sobreimprimiendo, al mismo tiempo, una instancia autorreflexiva metatextual a la dimensión argumentativa textual.

sociológicas y antropológicas de la cultura, en: Denys Cuche, *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Bs.As.: Nueva Visión, 1999.

³⁰ Cfr. Pierre Bourdieu, *Questions de sociologie*. Paris: Minuit, 1984.

De este modo, en la acepción que proponemos, la categoría de *discurso y texto de cultura* excede lo meramente representado y enunciado para incorporar los aspectos enunciativos, performativos y pragmáticos. Y aunque no ignoramos que todo texto es, en definitiva, un “texto de cultura”³¹ -cualquiera sea el asunto, la materia y la práctica significativa puestos en juego en su composición-, en la modulación que introducimos se reduplica su sentido. Dicho de otro modo: la cultura, en esa expresión, no consistiría solamente en el *paisaje en sí* sino también -y fundamentalmente- en los diferentes *modos de mirarlo*.

Volviendo a la situación concreta, en nuestros países los letrados e intelectuales en complicidad con la ideología de la letra y desde posiciones relativamente cercanas al poder que los seducía o los expulsaba, muy pronto se abocaron a tomar conciencia y pensar ellos mismos su propia cultura, a construir sus propias *fábulas de identidad* y diseñar un futuro posible. Cumplieron una función capital en el orden social y cultural, al transmitir su mensaje persuasivo, en incipientes géneros ensayísticos muy variados, desde diferentes lugares y situaciones, como el púlpito, la cátedra, la administración o el teatro. Desde entonces, esa suerte de formas protoensayísticas sobrevivieron como uno de los innumerables modos que asumió el ejercicio de la letra en el subcontinente, y mantuvieron esa misma función a lo largo del período postindependentista, todavía dentro de los dominios de la ciudad letrada. Los habitantes selectos, las minorías ilustradas de la *ciudad escrituraria*, las *elites culturales* y los *intelectuales* de la *ciudad modernizada* y de la *revolucionada*, se convirtieron en *servidores de poderes* y *dueños de la letra*, conocedores de los mecanismos y vericuetos institucionales y hábiles manipuladores de los discursos, por su destreza en el ejercicio de los lenguajes simbólicos de la cultura. Así se explica que hayan seguido ejerciendo aún hasta nuestros días, con mayor o menor grado de legitimidad

³¹ Hablamos de *texto* en una acepción semiótico-performativa, según la definición que propusimos en M. Scarano, “Reflexiones al margen”, en M. Scarano-M. Marinone-G. Tineo, *La reinención de la memoria. Gestos, textos, imágenes en la cultura latinoamericana*. Rosario: Ed. Beatriz Viterbo, 1997, 16-17 y 33. En este sentido, se supera la dimensión exclusivamente verbal (oral o escrita) que comúnmente refiere esa noción, para aludir a elementos de cualquier sistema semiótico -escrito (alfabético o no), oral, gráfico no verbal (imágenes, íconos) y mixtos- que interaccionan en todo texto entendido como complejo sígnico y coherente que produce significación, inseparable de su dimensión social y cultural. Cfr. Lotman, Uspenskij y Escuela de Tartu, *Semiótica de la cultura*. Introd., selecc. y notas de Jorge Lizaso. Madrid: Cátedra, 1979. La acepción semiótico-performativa ha sido expuesta en detalle en W. Mignolo. *The darker side of the Renaissance. Literacy, territoriality and colonization*. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press, 1995, Part 1, Chapter 2.

y de poder, su virtuosa capacidad para producir significaciones y discursos culturales, generar críticas y consensos, y diseñar modelos alternativos o conservadores, destinados a dar forma a las ideologías públicas.

Una vez fragmentada la *República de las letras* y desarticulada la actividad compartida de la discusión, los intelectuales parecieron llamados a resucitar la tradición de los *hombres del conocimiento* y a materializar la memoria colectiva. Así, mediante el ejercicio de prácticas modernas como la movilización y el autorreclutamiento, despertando inquietudes, convocando lealtades y promoviendo autodefiniciones, lograron poner de manifiesto su compromiso con cuestiones globales como la verdad, el juicio y el gusto de su tiempo. En este contexto ubicamos el subtipo específico de ensayo que seleccionamos por su carácter de *discurso cultural*. Estos ensayos de interpretación nacional o continental ponen en evidencia la historicidad de los moldes culturales y especialmente ideológicos, políticos y estéticos, orientando el diálogo entre los textos y su particular situación de enunciación en las complejas y cambiantes formaciones culturales latinoamericanas, así como en las relaciones de éstas con las culturas centrales.

Resultaría tedioso y de todos modos siempre insuficiente y parcial, enumerar una larguísima lista de textos exclusivamente ensayísticos que, en una gama muy variada de tópicos, modalidades enunciativas, disposiciones, procedimientos de estilo, tonos y estrategias argumentativas y patéticas, integran la categoría que proponemos. Simplemente para ilustrar la variedad y riqueza de la formación discursiva aludida, mencionaremos algunos de ellos, sin la pretensión de invocar representatividades ni visiones más o menos totalizantes. Así, por ejemplo, podemos pensar en un vasto espectro que comprende desde versiones liberales con el formato de panfletos breves como la *Acción de la Europa en América* de Juan Bautista Alberdi, o más extensos y con una retórica romántica grandilocuente como *El evangelio americano* de Francisco Bilbao, sermones laicos con la longitud de un libro y una disposición cercana a la del tratado como el ensayo estético-político *Ariel* de Rodó, ensayos positivistas como *Conflicto y armonías de las razas en América* de D. F. Sarmiento, *El continente enfermo* de César Zumeta o *Nuestra América* de Carlos Octavio Bunge, conferencias magistrales como “La utopía de América” de Pedro Henríquez Ureña, o escritos menos formales como *Calibán. Apuntes sobre la cultura en nuestra América* de Roberto Fernández Retamar, hasta ensayos más cercanos a

la erudición de la crítica literaria académica en versiones moderadas como *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz o *La ciudad letrada* de Angel Rama.

Desde la perspectiva de análisis abierta por la semiótica de la cultura, estos textos pueden ser calificados como *modelos autointerpretativos* de la cultura. El planteo podría formularse brevemente en estos términos. Si, por una parte, la dimensión cultural, imbricada con los demás órdenes de la realidad en el entramado textual, resulta en estos ensayos el objeto y la cuestión sobre los que se ejerce el acto de interpretación, por otra, como textos *de* y *sobre* la cultura, ellos son simultáneamente no sólo algunas de sus manifestaciones concretas sino también verdaderos *metatextos culturales*, por la función metalingüística que los caracteriza³², vale decir, textos autointerpretativos de la cultura que interpretan y representan, y de la que forman parte.

A su vez, la noción de *textualidad* de la cultura, originada en ese marco teórico, resulta una herramienta útil para destacar el carácter dinámico y creativo de esa esfera. Consiste en esa misma condición en virtud de la cual sintetiza unos textos y produce otros.³³ Como es sabido, la cultura no genera los textos *ex nihilo*, sino que éstos son el resultado de innumerables selecciones que, realizadas desde un nivel infraestructural, vienen a confirmar las coincidencias y particularidades de las distintas culturas (Sègre, 16). Desde este ángulo, se perciben con mayor nitidez la densidad y el conflicto que permean constantemente esa intrincada "urdimbre" de significaciones -como la describe Clifford Geertz-³⁴, donde individuos y grupos sociales de distinta clase conviven y se relacionan, y donde se escriben, circulan y son leídos esos textos.

De la trama de relaciones mencionadas, puede inferirse que la capacidad autorreflexiva y crítica de la racionalidad moderna, fuertemente comprometida con los avatares de la existencia histórica de las sociedades latinoamericanas, social y

³² Cfr. J. Lotman y B. Uspenskij. "Sobre el mecanismo semiótico de la cultura," Lotman y Escuela de Tartu, 90. Cuando definen la cultura como un "fenómeno no hereditario de la colectividad expresado en un sistema de determinadas prohibiciones y presupuestos", con trazos distintivos, estos teóricos le atribuyen una capacidad modelizadora que le permite asimilar experiencias y nociones a su dispositivo central codificador (69-73). Así, la cultura -en tanto sistema de lenguaje y significación- es concebida como el *texto de la memoria*, por su relación con una experiencia histórica pasada.

³³ Cesare Sègre coincide con Lotman y Uspenskij en caracterizar la *cultura* como un conjunto de textos que, en un sentido amplio, semiótico y translingüístico, funciona a su vez como un mecanismo creador de textualidades, es decir, de realizaciones de esa misma cultura. Cfr. C.L Sègre, *Semiótica, historia y cultura*. Barcelona: Ariel, 1981, 16.

³⁴ La imagen pertenece a la definición semiótica de *cultura* de Clifford Geertz, incluida en "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura", *La interpretación de las culturas*, 20.

culturalmente heterogéneas, corporizó simbólicamente buena parte de sus interrogantes, proyectos y contrapropuestas en la numerosa producción ensayística a la que nos abocamos. Y es justamente en el cuerpo de esa escritura donde se construyeron subjetividades históricas, en diferentes órdenes y planos. Ya hacia mediados del siglo XX, Medardo Vitier advirtió tempranamente los fuertes vínculos que ligaban el ensayo con cuestiones vitales latinoamericanas, tales como las relacionadas con la esfera de la cultura en su innumerable variedad tópica, los problemas raciales, políticos y económicos, y las vicisitudes históricas que sacudían nuestros países. Aunque desde una perspectiva exclusivamente temática, Vitier señaló que, desde los comienzos del siglo, el ensayo había avivado “las mejores savias del americanismo” en sus diferentes formas, cumpliendo una función hermenéutica en el campo cultural (M. Vitier 1945, 7-8). Es, en definitiva, en el terreno mismo de la *cultura*, ámbito y resultado de confrontaciones y negociaciones en la escena social, donde se ponen a prueba las dotes apelativas, agonísticas y persuasivas del discurso ensayístico, disputando poderes o construyéndolos, legitimando unos y deslegitimando otros³⁵, en el gesto moderno de ensayar en el pensamiento y en el papel.

En esta línea, proponemos leer al ensayo, no como un mero molde expresivo retórico y ornamental sino como una “forma de pensar”³⁶, de cuya “fuerza epistémica” se deriva la función cognitiva que lo caracteriza.³⁷ Como instancia productora de nuevos conocimientos desde la misma *puesta en escena* enunciativa, con diferentes resoluciones en el orden de lo estético, pero sin abandonar el ejercicio dialéctico de la razón ni ceder a los imperativos de la lógica científica de la demostración, el ensayo del siglo pasado tuvo con Andrés Bello, Simón Rodríguez, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, José V. Lastarria, Esteban Echeverría, Francisco Bilbao, entre tantos multifacéticos polígrafos ilustrados y románticos de nuestro continente, la oportunidad de poner a prueba su peculiar versatilidad para cifrar los más variados *intentos* de organizar y proyectar,

³⁵ Los conceptos de *cultura* y *civilización* aparecen aquí en su uso más estrictamente político, como “*mots de combat*”. Cfr. Philippe Bénéton. *Histoire des mots culture et civilisation*. Paris: Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1975, 92, cit. por Z. Bauman, *Legisladores e intérpretes...*, 138.

³⁶ Tomamos la expresión acuñada por Eduardo Nicol en “Ensayo sobre el ensayo”, *El problema de la filosofía hispánica*. Madrid: Tecnos, 1961, 206-214 y 248-263, cit. en: J. L. Gómez-Martínez 1992, 154.

³⁷ El concepto de *ensayo* como “fuerza epistémica” y la dimensión gnoseológica de la producción de novedades son tratados en: H. Cerutti Guldberg, “Hipótesis para una teoría del ensayo (Primera aproximación)”, así como en otros trabajos incluidos en el volumen colectivo, *El ensayo en Nuestra América...*, coordinado por H. Cerutti Guldberg 1993: 13-26.

filosófica y políticamente, el mundo social.

De todos ellos, el venezolano Simón Rodríguez fue, si no el padre negado u olvidado del ensayo en estas tierras -como lo sugieren algunos críticos-,³⁸ al menos el precursor de la actitud ensayística en sus experimentos de escritura, donde inventó una nueva tipografía que reforzaba en el espacio del papel la intensidad y modulación del sentido, alternando experimentalmente versalitas, mayúsculas y minúsculas, desplazando líneas, introduciendo llaves y corchetes, ordenando numéricamente, resumiendo, repitiendo y ampliando, dibujando formas y esquemas en la hoja, con el fin de distribuir en ese espacio la estructura de su pensamiento y encontrar una nueva forma para una nueva manera de pensar. A su vez, Rodríguez introdujo un giro interesante en esta cuestión, al sentenciar que “la forma es un modo de existir”, o al defender el derecho de las nuevas generaciones al ejercicio de la crítica y la provisoriedad de sus acciones:

La JENERACION PRESENTE
debe leer esta obra para CRITICARLA.
La que empieza su carrera
debe hacerse cargo del plan, para
EJECUTARLO en calidad de ENSAYO³⁹

Pensamiento y escritura, letra y gráfico, lo abstracto y conceptual y lo concreto y visual, la tipografía y la disposición convergen y forman parte de un mismo proyecto *moderno*, por su impronta crítica y transformadora.

Advertimos que no se trata de meras elucubraciones conceptuales ni de proposiciones que se ratifican o rectifican sucesivamente sin consecuencias en la esfera de la praxis social; por lo contrario, el aforismo del preceptor de Bolívar añadió al ensayo como *experimento de escritura*, otro sentido complementario de índole pragmática, de *ensayo en situación*, en un momento y un lugar determinados: la América independiente.

³⁸ Ángel Rama se niega a reconocerles el carácter de *ensayos* a los escritos de Simón Rodríguez (“No hay aquí [en los escritos de Rodríguez] nada que se parezca al ensayo, al discurso o a la oración que practicó la prosa americana de la primera mitad del XIX...”), en tanto que Miguel Gómes defiende, frente a la figura paterna indiscutible de Sarmiento, su papel del “otro padre” del ensayo, “oculto hasta mediados del siglo XX, escasamente reeditado y mucho menos leído”. Cfr. A. Rama 1995, 59 y M. Gómes 1995: 194.

³⁹ Simón Rodríguez, *Sociedades americanas en 1828*. Facsímil de la versión de Valparaíso, 1840, 64.

En otra de sus obras, Rodríguez propuso una vez más el dilema que sostenía su discurso y dio título al texto: *Inventamos o erramos* (1842), insinuando que la tarea de *inventar* el continente comenzaba a concretarse en el libro mismo que la anunciaba, recogiendo tipografías inéditas, ideas germinales, inventos lingüísticos y nuevas palabras para una nueva cultura. La originalidad de la América nueva se traducía allí, en una disposición y una elocución nuevas, y se enunciaba como problema verbal por medio de la poderosa fuerza retórica de la escritura ensayística.

Hacia el final del siglo XIX, otro ensayista, el peruano Manuel González Prada, retomó esta línea de reflexión, cuando al referirse una vez más a los lazos que acercaban la forma al pensamiento, en su ensayo “Propaganda y ataque” (1888), sostuvo: “[C]arecemos de buenos estilistas porque no contamos con buenos pensadores, porque el estilo no es más que sangre de las ideas”.⁴⁰

Más próximos al “filosofar experimental ensayista”, al “filosofar de tentativa” - como Max Bense denominó el ensayo -⁴¹, con un estilo concreto, ligado a lo existencial, este tipo de ensayos indagan y azuzan verdades, ejerciendo permanentemente una actitud de búsqueda incesante. En este esquema fuertemente dialogal, el lector se convierte en un interlocutor, a quien se le reclama una intervención activa y creadora.

Desde sus primeras manifestaciones en las primeras décadas del largo proceso de la formación de nuestras nacionalidades, el ensayo se presentó bajo el signo de la *provisoriedad*. Notas, esbozos, ideas, prospectos, bases, panfletos, opúsculos, comentarios remitían, al mismo tiempo, con mayor o menor destreza y ajuste, a la impronta romántica del gesto retórico del *fragmento*, y a la totalidad de un texto perdido o por concluir, actualizando la ya aludida condición de “*parergon*” o *preliminar*, que señalamos en nuestro esbozo teórico inicial. Pocos ejemplos tan apropiados para ilustrar estas dos marcas, como el *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, del joven Alberdi, obra anunciada en los discursos del *Salón Literario* del 1837 y publicada en Buenos Aires, a mediados de ese mismo año. En unos breves enunciados espontáneos que podrían servir de base a una posible teoría local sobre el ensayo, Alberdi expuso las razones que lo indujeron a elegir esa forma que nombraba con esa misma voz, destacando sus dos rasgos más

⁴⁰ Manuel González Prada, “Propaganda y ataque” (1888), *Páginas libres / Horas de lucha*. Prólogo y notas de Luis A. Sánchez. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976: 102.

⁴¹ Max Bense, *Hegel y Kierkegaard*., 11

relevantes: el valor provisional de la “expresión *sumaria* de un *momento* del pensamiento” [el énfasis es nuestro] y el carácter no definitivo, propio de los libros “que se hacen en un momento y se publican sobre la marcha”⁴², tras la huella, en el orden colectivo y social, de la inquietud montaigneana por hallar un método adecuado para expresar la condición incesantemente mudable de su propio ser, evocada en uno de los epígrafes de esta sección.

Al respecto, es oportuna la observación de Arturo Roig sobre la tan mentada provisoriedad del ensayo y su reclamo de réplica:

... supone y a la vez exige una continuidad en la tarea ensayística; el ensayo requiere al ensayo; es tan sólo un escorzo de la realidad en un momento de la misma que implica la exigencia de ver otros “flancos”. (...) Esa misma provisoriedad ofrece sus ventajas frente a los escritos que pretenden ser definitivos respecto de su contenido y que son por eso mismo obras “*sin reparación posible*”; no se trata de enunciar verdades doctorales, sino de expresarlas “*con candor y buena fe*”, convencidos de que podrán ser corregidas, gracias al modo como son enunciadas (...). La provisoriedad supone, además, otro carácter fundamental del ensayo: es un aprendizaje.⁴³

Naturalmente, son los modos mismos de enunciación los que habilitan la posibilidad discursiva de corrección, réplica y cuestionamiento. Tanto éstos como los tópicos y las figuras retóricas y argumentativas que adopta el ensayo de interpretación, en su relación con la actividad deliberadamente autorreflexiva que define la modernidad, entre otros aspectos, son extremadamente variados y revelan la riqueza y densidad semántica de las formaciones discursivas, donde se insertan los ensayos que ofrecen diferentes interpretaciones de lo americano.

Como ya se ha dicho, en el *corpus* elegido, se advierte una oscilación constante entre el tratamiento más ceñido a contornos nacionales o regionales y la dilucidación que

⁴² Juan Bautista Alberdi, “Fragmento preliminar al estudio del Derecho acompañado de una serie numerosa de consideraciones formando una especie de programa de los trabajos futuros de la inteligencia argentina” (1837), *Obras completas*. I. Bs.As.: La Tribuna Nacional, esp. apartado III: “Algunas explicaciones sobre la forma y carácter de este Fragmento”: 130-ss.

⁴³ Arturo A. Roig, “Nacimiento y etapas del ensayo de contenido filosófico-social en Argentina”, *Numen*. Revista de la Editorial José María Cajica. Puebla, México, 8 (nov.-dic. 1969): 41.

aspira a dar cuenta de dimensiones transnacionales o a formular enunciados de alcance continental. Ese heterogéneo entramado textual se nutre de versiones deudoras de un pensamiento libre y heterodoxo, y de otras más cercanas a inflexiones dogmáticas e intolerantes, en un difícil duelo interno de voces y lecturas, cuyas resonancias aún hoy se dejan oír. En este sentido, el ensayo latinoamericano se presenta en el concierto discursivo como el lugar privilegiado para “pensar la identidad críticamente”⁴⁴ o concebirla en términos posicionales, de modo que su construcción se transforma en un *terreno de disputas*, donde importan los procesos sociales mediante los cuales las identidades son construidas y reconstruidas. Al insistir en su carácter activo y social, le devuelven al ensayo su fisonomía teatral de *estrategia de acción*, que asume la función de intervenir en los juicios y las acciones del destinatario-lector, y constituye en sí misma un modo de situarse en el juego de fuerzas donde se disputan posiciones de poder.

Ahora bien, si como forma específica de pensamiento, de naturaleza interpretativa, y como modo de indagación, el ensayo ha probado ser mucho más que un mero instrumento de exposición -como tradicionalmente se lo concebía, confundiéndolo generalmente con el tratado-, es en virtud de su función metatextual que se presenta como el campo textual donde se debate sobre la cultura y la ideología, en un acto doblemente mediador. En esta misma línea, Theodor Adorno lo describió, en un sentido amplio, como la “forma crítica por excelencia”, caracterizada por liquidar teorías por opiniones. “Precisamente” –sostenía Adorno, prolongando la definición de Max Bense- “como crítica inmanente de las formaciones espirituales, como confrontación de lo que son con su concepto, el ensayo es `crítica de la ideología’”.⁴⁵ Y esto es así, en la medida en que no sólo estos campos resultan los referentes indispensables de la interpelación crítica y del discurrir reflexivo, desplegados en esta constelación de ensayos *de y sobre* cuestiones de orden cultural, sino que ellos mismos se construyen simbólicamente en el acto de su investidura discursiva.

También asume en este sentido un rol importante la *aptitud exploratoria y hermenéutica* de este tipo discursivo en el terreno social y cultural del subcontinente,

⁴⁴ Julio Ortega, “Identidad y posmodernidad en América Latina”, *ESTUDIOS. Revista de investigaciones literarias*, 3, 6 (jul.-dic.1995): 15.

⁴⁵ T.W.Adorno 1962, 30. En este mismo sentido, Pedro Aullón de Haro lo define como: “crítica no científica de las formaciones culturales, [que] (...) naturalmente es parte constitutiva de las mismas”. A. de Haro 1987, 101.

especialmente en el tratamiento de una de las agendas más problemáticas que fue ganando creciente importancia, desde sus planteos iniciales durante la etapa colonial hasta la actualidad: la búsqueda de la identidad nacional o supranacional (latinoamericana) y la determinación de las peculiaridades diferenciales de la conciencia subcontinental, un núcleo central y decisivo en la literatura y el pensamiento crítico latinoamericano que llegó a convertirse –al decir de Antonio Cornejo Polar - en una “obsesión primordial”.⁴⁶

Por lo general, este tipo de ensayo oscila entre la claridad expositiva y didáctica del tratado -más propenso a comunicar conocimientos con pretensiones de evidencia y cierto grado de certeza, y por ello, más cercano a los requerimientos discursivos del ensayo positivista, por ejemplo- y la retórica pasional y el ímpetu verbal del escrito polémico, el panfleto y otros modos enunciativos cultivados por el ensayo romántico, modernista y anticientificista. Por esta razón, es común ver conjugadas al mismo tiempo en estos textos las dos actitudes antagónicas que Martínez Estrada distinguió en la historia de este género: el “saber del aula” y el “saber del ágora”.⁴⁷

No obstante, de un modo u otro, tanto en el segmento temporal que nos atañe como en las etapas posteriores hasta el presente, en toda interpretación sobre la sociedad, la política y la cultura, resulta difícil sustraerse de la franca provocación propia de la disputa política o, al menos, del gesto interpelador que en ambos casos resitúa el análisis o la especulación teórica en el terreno de la polémica, de la lucha política, social o cultural, dentro de un escenario ya de por sí convulsionado y, por definición, cambiante y plural, donde el ensayo entra en juego, retomando su función agónica y sus habilidades netamente agónicas.

Finalmente, la reflexión y el debate, planteados ya en términos latinoamericanos, suscitan un encadenamiento y una red intertextual que implicará diálogos y enfrentamientos discursivos, indagaciones retomadas y profundizadas, adhesiones y refutaciones, posiciones -en muchos casos, inconciliables- que polemizan, disputando lugares de poder para concretarse en acciones en el dominio de lo público y colectivo.⁴⁸

⁴⁶ A. Cornejo Polar, *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Edit. Horizonte, 1994, 12.

⁴⁷ E. Martínez Estrada, “Cultura de aula y cultura de ágora”, *Análisis funcional de la cultura*. Bs. As, 1967.

⁴⁸ Cfr. Carlos Real de Azúa, “Los males sociales latinoamericanos y su clave. Etapas de una reflexión”, *Punto de vista*, IV, 18 (agosto 1983): 17-27, donde se examinan los ‘males’, ‘lastres’, ‘rémoras’ y ‘culpas’ acumuladas en el ensayismo latinoamericano, desde la formación de nuestras nacionalidades a

El debate suele plantearse entre propuestas programáticamente homogeneizadoras, con pretensiones hegemónicas y un marcado sentido de futuro, del discurso monológico de la mayoría de los proyectos⁴⁹, cuyas etapas culminantes coinciden con las instancias temporales en que se producen estos textos, y las alternativas de pontificar su especificidad respecto de lo *otro* europeo o norteamericano y sus respectivas réplicas en las sociedades metropolitanas. Por esta última vía puede llegarse incluso a la hipóstasis y la fetichización de la diferencia, o bien a localizar la alteridad en su misma naturaleza heterogénea, como marca constitutiva de su identidad, siempre sujeta a reinterpretaciones y revisiones críticas que, sin embargo, dejan intacta su intrínseca permeabilidad.⁵⁰

mediados del siglo XIX y sus resonancias hasta nuestros días; M. S. Stabb, *América Latina en busca de una identidad. Modelos del Ensayo Ideológico Hispanoamericano (1890- 1960)*. Caracas: Monte Ávila Edits., 1967, donde se enumeran los tópicos de la “enfermedad” del subcontinente, el “espíritu alado” anticientificista y antimaterialista de cuño arielista, el *mundonovismo*, hasta nociones abstractas que buscan capturar la tan mentada “identidad” continental o la “esencia” de lo nacional; J. M. Oviedo 1991, y S. Rotker 1994, ofrecen las versiones más actualizadas, con el mérito de ampliar el canon ensayístico incorporando a figuras relegadas como Simón Rodríguez. Por su parte, el libro de A. Zum Felde, *Índice crítico...* (1954) sigue siendo, pese al tiempo transcurrido, una de las hojas de ruta más seguras para conocer la intrincada y farragosa diversidad del ensayo latinoamericano hasta mediados del XX.

⁴⁹ Repararnos en la orientación introducida por Benedict Anderson en la idea de *inventar* la nación, distinguiendo el *estilo* con que se pone en funcionamiento la *imaginación* o la *creación*, sin atribuirle -como sugiere Gellner- una connotación de *falsedad* o *fabricación*. Cfr. B. Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. 1ª ed. ingl.: 1983. México: FCE, 1993, 23-4.

⁵⁰ Para una puesta al día de la cuestión teórica de la construcción de identidades y diferencias en Latinoamérica, cfr.: Daniel Mato, coord. *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*. Caracas: UNESCO-Edit. Nueva Sociedad, 1994 y, aunque -a nuestro juicio- desde una postura excesivamente posmoderna: A. Chanady, “Latin American Imagined Communities and the Postmodern Challenge”, “Introduction”, A. Chanady, ed. *Latin American identity and the constructions of difference*. Minneapolis-Londres: Univ. of Minnesota Press, 1994: IX- XLVI, y Julio Ortega, 1995: 9-22.

SEGUNDA PARTE

DE SARMIENTO A MARIÁTEGUI: LATINOAMÉRICA A TRAVÉS DEL ESPEJO

...escribe ensayísticamente el que compone experimentando, el que vuelve y revuelve, interroga, palpa, examina, atraviesa su objeto con la reflexión, el que parte hacia él desde diversas vertientes y reúne en su mirada espiritual todo lo que ve y da palabra a todo lo que el objeto permite ver bajo las condiciones aceptadas y puestas al escribir.

Max Bense

*La experiencia espiritual por su propio sentido, aspira a una tal objetivación.
Esta antinomia se refleja en el espejo del ensayo.*

Theodor W. Adorno

*Por isso, quem quiser ver em profundidade,
em de aceitar o contraditório.*

Antonio Cândido

Según lo anticipado, en la segunda parte de nuestro trabajo reunimos las lecturas de cuatro grandes textos ensayísticos que, a modo de casos de estudio, seleccionamos como textos representativos de distintas formas de *ensayar* interrogaciones y respuestas sobre la realidad latinoamericana, nacional y transnacional, en cuatro instancias claramente diferenciadas. Desde posiciones sociales e institucionales muy diversas, todos ellos se relacionan con áreas culturales contrastantes

del mapa subcontinental -Cono Sur, Caribe insular (región antillana), Mesoamérica y zona andina-, y remiten a diferentes períodos históricos-culturales de nuestra vida colectiva. Lejos de invocar un criterio excluyente de representatividad y sin la aspiración de agotar con ellos las innumerables variantes que nos ofrece esa modalidad específica del género en estas regiones, pensamos que los textos elegidos resultan, por distintas razones, lo suficientemente significativos y valiosos como para justificar el recorte realizado.

No obstante, sin ser los únicos relevantes en los períodos considerados (entre mediados del XIX y fines de la tercera década del XX), proponemos leerlos como verdaderos *textos-signos* insoslayables para el estudio histórico de nuestra cultura, cuya travesía *sesgada* y en profundidad por el entramado de las significaciones que albergan, nos enfrentará con un conjunto de interpelaciones de escritores-ideólogos-intelectuales, y nos permitirá reconstruir las polémicas culturales planteadas en esos tiempos en torno a la cuestión de la identidad cultural latinoamericana. Cada uno de ellos emblematiza, a modo de nudo condensador de sentido, una instancia diferente de los debates culturales cuyas resonancias de adhesiones y contrargumentaciones todavía nos alcanzan en nuestros días.

Considerando entonces la imposibilidad de abarcar, en una mirada que se quiere analítica, la inasible diversidad de la constelación ensayística en el universo discursivo subcontinental, proponemos en esta segunda parte de nuestro estudio la lectura de cuatro casos que, a pesar de la limitación cuantitativa, nos permitirán poner a prueba la hipótesis lukácsiana del ensayo como “escritura en perspectiva” o “transversal”.¹ Enfocaremos el comportamiento formal de esos ensayos dentro de la red intertextual y de la situación argumentativa donde cada uno de ellos se inscribe, atendiendo a su propósito deliberado de establecer y mantener un punto de vista y de estilizar la perspectiva.²

Por tanto nos interesa analizar algunos de los modos con que se fueron configurando distintas imágenes y signos de la identidad / diferencia latinoamericana,

¹ Cfr. Georg Lukács, “El alma y las formas”, en *El alma y las formas. Teorías de la novela*. México, Grijalbo, 1985.

² Cfr. Gregorio Kaminsky, “El alma y las formas del ensayo”, en Marcelo Percia: 82-83.

en forma sucesiva y hasta simultánea, en un proceso al que aludimos con el sugerente tropo de la *travesía por el espesor de un espejo*. Recurrimos a esta metáfora utilizada en varios estudios célebres del análisis de nuestra cultura³, para referirnos a las imágenes especulares, no en un sentido directamente mimético y de reflejo sino más bien como travesías en las que no importa sólo el *qué* del objeto representado, centro de la reflexión, sino también y sobre todo el *cómo* y el *desde dónde* y *hacia dónde* del proceso indagatorio. De modo que nos centraremos en el producto y, con mayor énfasis, en el proceso en sus distintas etapas y componentes, vale decir, la intersección entre el sujeto que discurre e interpreta y el objeto de la interpretación. Importa, en suma, el modo en que el lenguaje atraviesa ese proceso de pensamiento acicateado por la imaginación, debatiéndose entre el esfuerzo cognitivo y el acto estético.

En definitiva, examinar además del inicio y el final del proceso, esa zona intermedia de cruce, ese sitio de intervenciones, ese lugar de encuentro donde se fraguan las representaciones inseparables de posicionamientos y subjetividades en ciernes, será el propósito de nuestra lectura a lo largo de los cuatro capítulos que integran esta sección. Evitaremos deliberadamente la mirada directa, deudora de la teoría del reflejo, para anclar la interrogación en el entramado discursivo y especialmente en las imágenes, atravesando los textos *al sesgo* y, según el *dictum* adorniano, aventurándonos por “la vía difícil de lo indirecto”, atendiendo tanto al contenido inmanente, es decir, la argumentación interior, el modo de razonamiento, como a la ubicación situacional y cultural de la obra y su relación con el contexto sociopolítico en el que surge y al que refiere.⁴ En cada caso procuraremos más allá de la racionalidad que le es propia y del horizonte restringido estrictamente a la inmanencia textual, considerando la trama ideológica y el intertexto social en que cada texto se inserta y polemiza, así como la intencionalidad que lo inspiró en su momento, combinando sincronía y diacronía y explorando la relación entre la producción de conocimientos y la crítica o el debate de ideas.

³ Nos referimos, por ejemplo, a: Richard Morse, *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*. México: Siglo XXI, 1982, y Felipe Arocena y Eduardo de León, eds. *El complejo de Próspero. Ensayos sobre cultura, modernidad y modernización en América Latina*. Montevideo; Vintén Editor, 1993, entre otros.

⁴ Cfr. T. W. Adorno, "El ensayo como forma", 13.

Leerlos *al sesgo* es una manera -entre tantas posibles- de leer que, según el planteo de Leenhardt acerca de la escritura ensayística que comentamos en el primer capítulo, supone apuntar no sólo hacia el producto (imagen, representación, configuración) final del proceso de autodescripción, sino hacia el *locus* de enunciación *donde y desde donde* se reflexiona, las mediaciones, los modelos y los filtros interpuestos, y el *cómo* (los aspectos retóricos) de la representación, su forma material de circulación, y el *para qué y para quién* (aspectos pragmáticos) del texto.

Finalmente, por la índole de los textos elegidos, la imagen del *espejo* asumirá aquí un doble significado: si en cita que incluimos como segundo epígrafe de esta parte, Adorno situaba en el centro del ensayo la antinomia entre subjetivación y objetivación, de la que éste era espejo, la siguiente afirmación de Pierre Macherey, referida a la condición especular de la literatura, nos permite extender el tropo hacia los aspectos estrictamente literarios que particularizan los textos que analizamos:

...la literatura puede ser llamada espejo: al desplazar las cosas, ella conserva su reflejo. Proyecta su delgada superficie sobre el mundo y sobre la historia. Los atraviesa, los hiende. En pos de ella, en su estela, se levantan las imágenes.⁵

En definitiva, desde este punto de vista, enfocar el ensayo como forma de escritura que responde en lo esencial a ciertas coyunturas históricas y, sobre todo, a un modo de mirar, asumir y valorar el mundo⁶, nos permitirá mostrar el proceso racional e imaginativo de composición del significado.⁷ Pero en tanto forma discursiva epocal, característica del siglo XIX, como *discurso ideológico* y modo específico de expresar ideas, resulta significativo indagar la vinculación entre forma y contenido, ya que si hay contenidos que reclaman determinadas formas discursivas y retóricas, el ensayo de interpretación cultural resulta un caso particularmente ilustrativo en este sentido.

⁵ Pierre Macherey, *Para una teoría de la producción literaria*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1974, 136.

⁶ Cfr. Martín Cerda, *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo*, 9.

⁷ Cfr. Angel Rama, "Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica", Fernando Alegría y otros, *Literatura y praxis en América Latina*. Caracas: Monte Avila, 1974: 19.

Por otra parte, dada la funcionalidad central que tuvo este tipo textual en nuestro continente y considerando que la independencia intelectual no acompañó ni sucedió inmediatamente el logro de la independencia política de estas naciones, es evidente que la búsqueda o la experimentación vehiculizada a través de la conceptualización y puesta en signo en el ensayo, fronterizo y disciplinariamente descentrado, apuntó a producir significaciones culturales e intervenir en los debates en torno de nociones claves para llegar a la meta inalcanzada. En este proceso, la noción de *modernidad* aparece como un concepto clave en la construcción de la identidad cultural e histórica de estas regiones, ajustado a los nuevos tiempos y las nuevas formas políticas que éstos agencian, especialmente por las migraciones de ideas y los préstamos culturales que propicia.

La misma condición anfibia y conflictiva del sujeto moderno, que dio lugar a las más diversas manifestaciones, se vio intensamente exacerbada en el contexto de los países latinoamericanos, donde la modernidad adoptó paradójicamente la fisonomía de un “modernismo sin modernización”⁸. Se trata, en todos sus aspectos, de una modernización que fue y continúa siendo un fenómeno muy desigual, donde coexisten en realidad varias formas de modernidad, a veces contradictorias, en las que se articulan con dificultad y de un modo extremadamente heterogéneo el modelo liberal racionalista con diferentes tradiciones ancestrales aborígenes, elementos residuales del hispanismo colonial católico y otros precedentes de los distintos desarrollos históricos y socioculturales propios de cada país o de cada área geocultural.⁹ Es así como va cobrando forma una realidad diversa y multitemporal que llega hasta la actualidad, “donde las tradiciones aún no se han ido y la modernización no acaba de llegar”¹⁰.

Asimismo, la noción de *cultura (latino)americana*¹¹ que utilizamos, resultaría

⁸ Tomamos esta fórmula de Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 1989: 65-73.

⁹ Aunque centrada en el siglo XIX casi exclusivamente, la tesis de Julio Ramos sobre la literatura y la política en la modernidad latinoamericana dialoga y se complementa con la que expone García Canclini sobre el arte y la cultura modernos latinoamericanos hasta la década de los ochenta del siglo XX; ambas ilustran lo que sostenemos. Cfr. J. Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina...* México: FCE, 1989, 12.

¹⁰ N. García Canclini 1989, 13.

¹¹ Cuando optamos por la voz *Latinoamérica* para nombrar la entidad histórica, geográfica y cultural subcontinental que se extiende desde el sur del río Grande o Bravo hasta el Cabo de Hornos, somos

impensable en el ámbito de la nación y la región, sin la impronta ineludible de la modernidad que le confiere una existencia histórica concreta. Sabemos que la América moderna es el resultado de la experiencia histórica de la conquista -en mayor o menor grado, traumática según el área geocultural que consideremos-, producto de la expansión ultramarina de Occidente en busca de nuevos mercados. Iniciada en el período moderno temprano, condujo al encuentro de la nueva “*frontera ibérica del Atlántico*”¹², de alcances inusitados.

Como lo sugiere la cita de Max Bense en el primer epígrafe, en general, desde Montaigne podría decirse que el ensayista no ha hecho más que recomenzar un libro imposible donde lo esencial es siempre la pregunta, el gesto interrogante, la forma y el atrevimiento de la búsqueda, “la brazada del naufrago”-en la imagen de Martín Cerda-; “[e]s un hombre a la intemperie, expuesto a los embates del campo de fuerzas que no logra dominar con la mirada, el pensamiento y la imaginación. Fue la razón o el espíritu crítico el que, en última instancia, señaló una salida razonable”.¹³

En esta línea, dos citas nos sirvieron de punto de partida disparador para esta parte de nuestro trabajo, y ambas provienen de los dos autores que abren y cierran los capítulos de esta sección. La primera encierra un interrogante que retoma una cuestión reiteradamente planteada y debatida en los grandes textos hispanoamericanos.¹⁴ Se trata de una pregunta formulada tardíamente por D.F.Sarmiento, con alcances transnacionales o continentales, en su “*Facundo* de la

conscientes del anacronismo que supone esa denominación cuyo uso recién comenzó a generalizarse hacia el final del siglo XIX. Asimismo, advertimos las limitaciones conceptuales implícitas en ella.. Sin embargo, la usamos con un sentido más amplio que incluye realidades tan diversas como las del Caribe insular. Últimamente hay una tendencia a incorporar en ese concepto el alto porcentaje de población hispana y latina, especialmente chicana y caribeña, residente en los Estados Unidos.

¹² Cfr. Mario Hernández Sánchez-Barba, *Historia y literatura en Hispanoamérica (1492-1820) (La versión intelectual de una experiencia)*. Valencia: Fundación Juan March / Edit.Castalia, 1978, cap. I.

¹³ M. Cerda, 133.

¹⁴ Baste, como ejemplo, el siguiente fragmento del “Discurso de Angostura” (15 de febrero de 1819), de Simón Bolívar:

... no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores [españoles], así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. (S. Bolívar, *Doctrina del Libertador*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979: 104)

vejez", *Conflicto y armonías de las razas en América*, pero insinuada veladamente en algunos pasajes del libro que lo consagró como escritor en 1845:

... quiénes éramos cuando nos llamaron americanos, y quiénes somos cuando argentinos nos llamamos.

¿Somos europeos? ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten!

¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta.

¿Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados.

¿Somos Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento?

¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello...¹⁵

La segunda cita, extraída de la "Advertencia" que abre los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), de José Carlos Mariátegui, entabla un diálogo provocativo con el libro capital de Sarmiento, un clásico de la cultura argentina, y llama la atención elogiosamente sobre su condición típicamente argentina, cifrada en su mirada anclada en lo europeo. Escribió el *Amauta*:

He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino.¹⁶

Las dos citas nos sitúan en el cruce de dos preocupaciones que se conectan de algún modo, dan cuenta de un diálogo intertextual que trasciende las posibilidades de

¹⁵ D. F. Sarmiento, "Prolegómenos. ¿Qué es la América?", *Conflicto y armonías de las razas en América. Primera parte, Obras*, tomo XXXVII. Bs. As.: Editorial Luz del Día, 1953, 23.

¹⁶ J. C. Mariátegui, "Advertencia", *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Empresa Editora Amauta, 1987, 12.

su concreción histórica efectiva, y arrojan luz sobre las capas textuales menos evidentes de la práctica reflexiva puesta en escritura en los ensayos que estudiamos. La contundencia de la economía verbal con que fue formulada la declaración del ideólogo peruano acerca de su par americano y argentino, no deja lugar a dudas sobre una valoración paradójica que no oculta la admiración del joven Amauta hacia el autor del *Facundo*. Sin embargo, las afinidades confesadas no bastan para atenuar las diferencias entre ambos ensayistas, evidentes no sólo en sus andamiajes ideológicos sino en la forma del discurso y en el lugar de enunciación que cada uno de ellos elige y asume. Si mirar *hacia* y sobre todo *desde* Europa, definía la 'argentinidad' emblemática por el sanjuanino, la declaración de principios que encabeza la afirmación de Mariátegui señala los matices de su peruana peculiaridad, transfiriendo ideas, lecturas y experiencias vividas intensamente en Europa y reencontrando las raíces andinas en su afán de afincar la modernidad occidental en el Perú.

Por su parte, la pregunta de Sarmiento transita a lo largo del siglo XIX y continúa vigente en nuestros días, reformulada en función de sus transformaciones históricas, sociales y económicas, válida para plantear interrogantes y desafíos acerca de la ciudadanía cultural, en términos nacionales, regionales y continentales. Entre las dos instancias mencionadas: el *Facundo* y los *Siete ensayos...*, seleccionamos otras dos temporalmente intermedias: "Nuestra América" (1891), de José Martí, y "La raza cósmica" (1925), de José Vasconcelos, dos ensayos que prolongan el intercambio iniciado y lo reanudan, ya sea para refutar algún planteo, ya para profundizarlo y enriquecerlo. Pese a la constante oscilación de las reflexiones hacia uno u otro extremo, es notoria la dificultad o la relativa reticencia a analizar satisfactoriamente el ensayo latinoamericano en general, fuera de los marcos de lo nacional, sin caer en rápidos esquematismos ni excesivas generalizaciones.¹⁷

En Latinoamérica existió, desde los albores de la gestación de las nacionalidades y aún mucho antes, una conciencia de identidad americana o

¹⁷ Mencionamos algunas excepciones, a pesar de que no se trata de estudios que aborden los aspectos formales de los ensayos que analizan: Martín S. Stabb, *América Latina en busca de una identidad...* 7, y Richard Morse, *El espejo de Próspero...*

latinoamericana en constante formulación, revisión y discusión, a la que contribuyó una historia compartida durante los tres siglos de dominación española, las guerras de la independencia en que los criollos de varios países pelearon juntos, además de una misma lengua y una misma religión en gran parte del territorio subcontinental, entre otros factores culturales y socioeconómicos comunes”¹⁸ Con inusitada insistencia, el tópico de la identidad étnica, política, social o cultural de un determinado grupo, de una comunidad nacional o de un conjunto de estados y colonias reunidas en una entidad proyectada como supranacional, fue retomado en el devenir histórico continental, con diversos matices de *búsqueda, construcción o invención* y diferentes motivaciones, hasta el punto de configurar una zona emblemática tan insondable como difusa y problemática.

En diferentes períodos críticos de nuestra historia continental fue ganando importancia la pregunta acerca de la identidad. Los primeros cuestionamientos se produjeron con los conquistadores y los nativos durante los años críticos de la conquista y la colonización de estos territorios durante el siglo XVI, como lo testimonian las crónicas de Indias escritas por clérigos, militares y algunos mestizos o indios, con diferentes criterios y posturas. Un segundo momento de crisis surgió durante las luchas por la independencia y se prolongó hasta las vacilaciones que acompañaron la organización de los estados nacionales, en una endémica alternancia de anarquía y despotismo. El tercer período tuvo lugar entre las dos guerras, en el contexto de la Primera Guerra Mundial y de la gran depresión del sistema capitalista mundial, a fines de los años veinte, cuando comenzó a deteriorarse la dominación oligárquica de los terratenientes latinoamericanos y las clases medias y obreras, recientemente movilizadas, comenzaron a desafiar el orden establecido. Por último, un cuarto período de importancia se instaló alrededor de los años setenta: el fracaso de los regímenes populistas, el progresivo estancamiento industrial y la creciente radicalización de las clases populares fueron seguidos por una serie de golpes militares en varios países del subcontinente, especialmente del cono sur.

Los textos elegidos se ubican en la segunda y la tercera fase, entre la crisis

¹⁸ Cfr. Jorge Larraín Ibáñez, *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1996.

posterior a la independencia política de algunas de las naciones que primero se emanciparon, y las “máscaras democráticas” (A. Rama), los reiterados fracasos liberales, las desviaciones autoritarias de las aspiraciones positivistas de orden y progreso, hasta la discusión y la amenaza concreta en el plano político, tanto territorial como económico y cultural, de diferentes ideologías continentalistas, y de los proyectos de diverso alcance, especialmente desde fines del XIX y las primeras décadas del XX.

Tanto en el orden lingüístico-formal como en su proyección en el campo del debate ideológico político y social, es evidente que el ensayo y sus formas afines ocuparon en este programa un lugar central en la incesante *búsqueda de una expresión* propia que, desde entonces, intentaría dar respuestas a cuestiones que van más allá de la necesidad de encontrar una fórmula de identificación identitaria apropiada, de inventar una tradición y construir un proyecto hasta el intento de resolver el dilema de *cómo enunciarlos*, teniendo en cuenta las condiciones de enunciación, el territorio desde el cual se piensa y se enuncia el concepto de *cultura* y las consecuentes representaciones siempre mediadas por intereses -nunca neutras ni totalmente inocentes-, así como el lugar que ocupan los intelectuales en la competencia discursiva instaurada por la modernización.

El *corpus* propuesto nos permitirá recorrer algunos estadios de la historia de los intentos de construir en Latinoamérica un *discurso propio* -aceptando la ambigüedad, los límites y el conflicto implícitos en este término, que los mismos textos ponen de manifiesto. El criterio utilizado ha privilegiado el ensayo más alejado de las regulaciones disciplinarias que operan frecuentemente sobre el tratado, el manual o las obras con pretensiones de enunciar verdades científicas,¹⁹ aunque algunos elementos de esta perspectiva estarán presentes, con otros fines, por ejemplo, en el ensayo de Vasconcelos. Partiremos del ensayo romántico, molde estético inaugural del género en nuestros países, y nos detendremos en un ensayo modernista, por ser este movimiento

¹⁹ Queda fuera de nuestro horizonte de análisis, el ensayo típicamente positivista que mantiene su característica prosa expositivo-argumentativa y continúa lo establecido y codificado, aproximándose más a la estructura y al estilo del tratado didáctico. Desde el punto de vista de la formulación del enunciado, allí el sujeto del saber es científico y busca comunicar una verdad científica disciplinadamente, con claridad expositiva y orden metódico, atendiendo a la necesidad de resultar inteligible para un lector medianamente iniciado en el tema.

el que permite que el marco discursivo del ensayo se ensanche hasta convertir las obras en *tentativas*, con el ingreso de otras formas más breves y fugaces, como el ensayo-crónica: el ensayista toma la condición de *maestro del saber*, o de *guía* para encontrar el ideal, en tanto que la verdad reclama ser sentida, más que entendida. En la instancia final de nuestra selección, incluimos un ensayo regionalista-vanguardista que introduce un sistema de ideas más rígido y pautado -el marxismo- al análisis de la realidad andina -peruana, en particular-, sin abandonar una filiación discursiva decadentista que conecta, en cierto modo, con la línea que veníamos señalando.

Dentro de la secuencia ensayística que trazamos, de la sucesión de *puestas en escena enunciativas (enactments)* desplegadas dispuestas en el campo de batalla y de debate ideológico de la cultura, resaltamos la posicionalidad de cada texto en la cadena discursiva y el *modus operandi* ensayístico en la escena agónica donde interactúa, su inequívoca condición dialogal que lo impele a integrarse, en tanto fragmento, al todo de la discursividad social, ya suscitando adhesiones y buscando profundizar y prolongar la propuesta inicial, ya estimulando y alimentando el debate de ideas, sometiéndolas al juicio crítico de los lectores, aún a riesgo de su posible refutación y descalificación.

Para finalizar, anticiparemos un rasgo común en los textos elegidos, que potencia el valor expresivo de su resolución formal, lo que facilita naturalmente el tipo de lectura que nos proponemos realizar. Aludimos a esa condición de *littérature de combat* que adoptó la *literatura de ideas* en Francia, a mediados de siglo XIX, y que se retomó en América Latina hasta conformar una tradición con un estilo recurrente, que se condice con la situación en que fue producida, tal como lo advirtió Héctor Murena, con singular elocuencia:

Hay en América Latina una gran tradición literaria que, paradójicamente, es no literaria. Es la tradición de subordinar el arte de escribir al arte de la política. Considérese que de los ciento cincuenta años que tienen de vida estas repúblicas, cien corresponden a esa tradición, y se apreciará plenamente su importancia. América está durante esos cien años tan fascinada por la Gorgona de la política que carece de sentido preguntarle por otras formas de cultura,

música, pintura, etc., que duermen con decoro en el limbo. Y en el orden de las letras, estos países son como potros salvajes sobre los que hay que practicar una equitación de vida o muerte, que no deja tiempo para ocuparse del estilo. Potros, naturalmente, descomponen a sus jinetes, les arrancan aullidos.²⁰

²⁰ Héctor Murena, "Ser y no ser de la cultura latinoamericana", *Ensayos sobre subversión*. Bs. As.: Sur, 1962, 56-57.

***Facundo*, un libro americano:
fundar en el desierto, escribir (desde) la frontera**

*No vaya el escalpelo del historiador que busca la verdad gráfica, a
herir en las carnes de Facundo, que está vivo; no lo toquéis...*

D. F. Sarmiento¹

Nuestro itinerario de lectura comienza con el *Facundo*, del argentino Domingo Faustino Sarmiento, un texto clásico y excepcional a la vez, aparecido en su primera versión por entregas, en la sección “Folletín” del diario *El Progreso. Diario comercial, político i literario*, de Santiago de Chile, desde el 2 de mayo hasta el 21 de junio de 1845,² y publicado en forma de libro, en el mes de julio de ese mismo año, con pie de imprenta de *El Progreso*. El título de esa primera edición como volumen, *Civilización i barbarie - Vida de Juan Facundo Quiroga i aspecto físico, costumbres y ábitos de la República Arjentina* [sic], anticipaba ya su doble condición argumentativo-explicativa (ensayo de interpretación cultural) y narrativo-descriptiva (biografía de un personaje histórico, de ejemplaridad negativa *-exemplum in contrarium-* y relato pedagógico de los aspectos más distintivos de nuestra incipiente nación). Si bien la crítica privilegió, por lo general, su papel de libro

¹ D. F. Sarmiento, “*Facundo. Civiltá o barbarie*. Versione al’ italiano de F. Fontana” (*El Nacional*, 22.IX.1881) [Prólogo a la traducción italiana de *Facundo*], *Páginas literarias, Obras*, XLVI, 303. Excepto el *Facundo* y cuando no se indique lo contrario, los demás textos de Sarmiento se citan o mencionan por la edición de sus *Obras*. 53 vols. Ed. Luis Montt - Augusto Belín Sarmiento. Chile - Argentina, 1885-1903. Reimpreso en Bs. As.: Editorial Luz del Día, 1948-1956.

² Aunque en el “Anuncio...” publicado por Sarmiento, el día anterior a la primera entrega en *El Progreso*, el libro aparece nombrado *Vida de Quiroga*, en el folletín se lo titula *Facundo*.

fundador de la cultura y la literatura nacional, nos interesa aquí releerlo desde otra perspectiva, como un libro *americano*, y buscar las razones que lo convirtieron en uno de los grandes textos de la cultura latinoamericana en su vertiente rioplatense. Partiremos de la premisa de considerarlo un *discurso cultural*, vale decir, un acontecimiento discursivo altamente significativo en la historia de la cultura y la escritura latinoamericanas y, en particular, el *texto fundador* del ensayo en Latinoamérica.

Quizá siguiendo cierto impulso compulsivo a la escritura y sin tener pleno conocimiento de la retórica persuasiva y los modos enunciativos propios de ese nuevo tipo discursivo, Sarmiento abrió con el *Facundo* la historia de la ensayística latinoamericana, con un gesto marcadamente provocativo, y la inauguró como una categoría inquietante y problemática. Su libro provocó tantas apologías como rechazos, cuando irrumpió en la conflictiva escena política y cultural del extremo sur del continente, agitada en esos tiempos por las turbulencias políticas y sociales emanadas del poder despótico que ejercía don Juan Manuel de Rosas en la Argentina. Generó críticas y polémicas que excedieron el nivel exclusivamente ideológico de la interpretación, para atravesar el montaje mismo de la enunciación, la desconcertante falta de encuadre, los modos elocutivos y las formas argumentativas utilizadas. Como era de prever, la inscripción discursiva –si lo planteamos en términos más amplios– del *Facundo* en una zona ambigua, indefinida y heterogénea, despertó entre sus contemporáneos no pocas reacciones e incomodidades que desataron un largo y, en cierto sentido, fútil debate en los numerosos estudios dedicados a dirimir su identidad genérica, por lo atípico de la modalidad que inauguraba, muy diferente de otros escritos coetáneos que ya se presentaban como *ensayos* o compartían alguno de sus rasgos.³

Un breve recorrido por las reveladoras observaciones metatextuales del autor sobre la escritura del *Facundo*, bastará para constatar el grado de conciencia que tuvo Sarmiento de la ruptura iniciada por su libro: “Ensayo i revelacion [*sic*] para mí mismo de mis ideas”,

³ Una exposición detallada de este debate excedería los propósitos del presente estudio. Para ampliar, puede verse: A. Pálcos, *El Facundo: Rasgos de Sarmiento*. 2ª edic. corregida y aumentada. Bs.As.: Elevación, 1945; Noé Jitrik, *Muerte y resurrección de Facundo*. Bs.As.: CEAL, 1968; Luis Sáinz de Medrano, “El arte de contar en Sarmiento,” *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, 1, 1(1978); Donald Shaw, “Concerning the structure of *Facundo*,” *IberoAmerikanisches Archiv*, n.f., 6 (1980): 239-250.

obra “informe”, de “fisonomía primitiva” y “mal disciplinada concepción”⁴. En estos términos, el escritor sanjuanino se refería a su libro, haciéndose cargo explícitamente de su peculiar heterogeneidad formal. Años más tarde, en ocasión de la cuarta edición publicada en París, en 1874, seguía describiéndolo como un discurso híbrido: “una especie de poema, panfleto, historia”⁵, y en el prólogo a su traducción al italiano, lo presentó como un libro inclasificable, “sin pies ni cabeza, informe”⁶, que rompía cánones y esquemas rígidos.

Justamente esa dificultad para encuadrarlo dentro de los moldes discursivos tradicionales nos mueve a postular en él, la superación de los modelos genéricos vigentes en su época, a partir de la irrupción de un nuevo tipo discursivo en la aún naciente literatura sudamericana. De ahí que se lo pueda leer como un “ensayo disciplinariamente descentrado”⁷, cuyas implicaciones formales merecen ser desentrañadas. Algunas señales nos inducen a pensar que existía en Sarmiento cierta deliberación, no del todo programática, para salirse de los cauces discursivos de su época, aunque sin someterse sumisamente a la imitación de modelos prestigiosos de los países centrales.⁸ Ya en el “Anuncio de la *Vida de Quiroga*” (*El Progreso*, 1.V.1845), cuando solicitaba la publicación de sus manuscritos en las columnas del folletín de ese

⁴ Tomamos estas expresiones de la carta de Sarmiento a Valentín Alsina, incluida en la segunda edición (1851). Cfr. D.F.Sarmiento, *Facundo*. Edición crítica y documentada. Prólogo y edición de A. Palcos. La Plata, UNLP, 1938, 23-24. En adelante, las citas y menciones a pasajes del *Facundo* remitirán a esta edición. Se indicará solamente el número de página entre paréntesis, y se conservará la ortografía original.

⁵ D.F.Sarmiento, “Carta a Augusto Belín Sarmiento” (París), en ocasión de la cuarta edición de *Civilización y barbarie* (marzo de 1874), *Papeles del Presidente 1868-1874 (Parte 2ª)*, *Obras*, LI, 387.

⁶ D.F.Sarmiento, *Páginas literarias*, *Obras*, XLVI, 303. En un discurso pronunciado en 1876, al comentar su libro *Civilización y barbarie*, lo definió con una expresión semejante: “panfleto, romance o libro”. D.F.Sarmiento, “Inauguración del ferrocarril a Tucumán” (2.X.1876), *Discursos populares. 2º vol.*, *Obras*, XXII, 27.

⁷ Reenviamos a la noción descriptiva de una de las variantes del discurso ensayístico utilizada por W. Mignolo, que comentamos en el primer capítulo de nuestro estudio, donde trazamos un estado de la teoría sobre ese discurso en el contexto de la heterogeneidad latinoamericana. Cfr. Mignolo 1984: 209-232.

⁸ Sarmiento había dado muestras de su programa de escritura, basado en la espontaneidad, en una de las polémicas que entabló con el venezolano Andrés Bello, quien residía en Chile en esos años. Especialmente en la primera polémica sobre la lengua, en el invierno de 1842, sostuvo una postura antiacadémica que representaba una ruptura con el grupo hegemónico en la sociedad chilena, en particular con el sector ilustrado tradicional que defendía el estilo claro, racional y formal de la literatura neoclásica del siglo XVIII y de la Ilustración. La posición de Sarmiento significaba para ese grupo una tendencia al cambio, afincada en la concepción historicista de la evolución dinámica y permanente de la lengua. Esta misma postura perduró y la reencontramos años más tarde, en una de sus polémicas con Juan Bautista Alberdi, quien en su *Segunda Carta Quillotana* marcó los rasgos que distinguían su escritura crítica “impersonal” y “desapasionada”, apartada del campo de lo personal y lo instintivo, de la concreta y apasionada del “montonero de la literatura”, que veía aún en los últimos textos de Sarmiento. En ésta como en las dos cartas siguientes, Alberdi se dedicó a refutar y condenar la emergencia, a su juicio, excesiva del sujeto enunciativo en el discurso del sanjuanino, poblado de exageraciones y contradicciones.

semanario, Sarmiento adelantó que había “creído necesario hacinar sobre el papel mis ideas tales como se me presentan, sacrificando toda pretension literaria a la necesidad de atajar un mal que puede ser trascendental para nosotros”(1), en velada alusión al propósito de Rosas de ganarse el favor del país trasandino. Y en la “Advertencia del autor”, incluida en la primera edición en volumen (1845), introdujo una serie de tópicos referidos a marcas y condiciones de producción específicas que hoy asociamos a ese tipo discursivo, reforzadas en el texto por abundantes digresiones y el aspecto, a primera vista, caótico del libro: escritura improvisada, provisional, hecha “de prisa, lejos del teatro de los acontecimientos”(5), sin documentos o pruebas exhaustivas, y con la promesa nunca cumplida de escribir más adelante, con mayor detenimiento y tranquilidad, una versión más acabada y extensa de esta obra, más cercana al discurso histórico, cuando, “desembarazado de las preocupaciones que han precipitado la redacción de esta obra”, la refunda en un plan nuevo, “desnudándola de toda digresión accidental, i apoyándola en numerosos documentos oficiales, a que solo hago ahora una lijera referencia” (5). En la carta a Alsina (1851), retomó las condiciones y características de su escritura, al reconocer algunos “lunares” señalados por su amigo, y justificar los “defectos” de su obra por ser “fruto de la inspiración del momento, sin el auxilio de documentos a la mano, i ejecutada no bien era concebida, lejos del teatro de los sucesos y sin propósitos de acción inmediata i militante.”(23)

El énfasis en el posicionamiento enunciativo y la organización discursiva tan peculiares del *Facundo* se justifican, además, por ciertos actos significativos como la reiterada decisión de no completar los blancos ni hacer rectificaciones sustanciales ni incinerar las páginas escritas precipitadamente, dejando incumplida la promesa expresa de escribir más adelante la historia de su patria, sin la premura y la urgencia de las dos primeras versiones en folletín y en formato de libro. Asimismo, la deliberación de la fisonomía anómala del libro se verifica en la reincidencia del autor en reeditar los errores históricos -pese a que le fueron señalados por Alsina en sus “Notas” (1850)- como también las citas mal atribuidas, sin incorporar nuevas fuentes ni utilizar instrumentos más apropiados que, a la hora de escribir el *Facundo*, había lamentado no poseer, pero que en los últimos decenios del XIX ya fueron adoptados por los incipientes científicos sociales autóctonos.

Sin desestimar los estudios dedicados a leerlo preferentemente como un relato o fábula de la identidad nacional, como una manifestación discursiva de la construcción de la nación argentina, optamos por interrogar al *Facundo* en su carácter de puesta en enunciación *americana* y representación configuradora de una subjetividad colectiva en formación que empezaba a percibirse a sí misma como tal, desde una posición personal y discutible, aún contradiciendo su voluntad más evidente.⁹ Desde este punto de vista, se torna significativo el sintagma al que Sarmiento recurrió para definirse a sí mismo, en la carta a Valentín Alsina: “este pobre narrador americano” (25). Forjada tras su viaje a Europa, África y América, que le había sido encomendado por el gobierno para estudiar la organización escolar en Europa y Estados Unidos, esa imagen registra el distanciamiento desde el cual el autor se percibía por primera vez a sí mismo como un *otro* y, bajo el tópico estratégico de la falsa modestia, lograba autorretratarse como un sujeto marginal, estigmatizado con la marca de la *carencia* que a menudo se torna retórica, ocultando una ambición de grandeza y de gloria que la desbordan.¹⁰

Puede inferirse entonces que el autor había tomado conciencia de su peculiar lugar de enunciación y había construido desde el discurso ciertas señas de identidad particulares de un saber o de un pensar *americano*, en aquel estadio *desértico* inicial, tal como se evidencia, por ejemplo, en la imagen con la que describe la situación cultural preparada por la “misión civilizadora” (N. Elías): la *pampa* presentada como el desierto o –según se verá– como el *analogon* del mar, con una mirada mediada por los relatos de viajeros extranjeros.¹¹ No obstante, cabe aclarar que, como veremos más adelante, la utilización

⁹ Esta perspectiva ha sido la menos transitada, incluso entre los trabajos publicados desde 1988, el año del centenario de la muerte del autor, en que proliferaron nuevos enfoques críticos acerca de su obra.

¹⁰ En la “Introducción” de la primera edición del *Facundo* (1845), declaraba esa *falta* como condición americana: “A la América del Sud en general, i a la Republica Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que premunido del conocimiento de las teorías sociales (...), viniera a penetrar el interior de nuestra vida política...” (11). Sin embargo, en esa misma carta confesaba tener una “ambicion literaria” (24), y señalaba que “[H]ai una justicia ejemplar que hacer i una gloria que adquirir como escritor argentino –fustigar al mundo, i humillar la soberbia de los grandes de la tierra...” (26-27)

¹¹ El símil que encontramos en *La cautiva*, de Esteban Echeverría, y en el *Fausto*, de Estanislao del Campo, aparece en el *Facundo* en pasajes como el que sigue: “...al fin al sud triunfa la Pampa, i ostenta su lisa i velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable: es la imájen del mar en la tierra, la tierra como en el mapa...” (31) En 1845, Sarmiento aún no había visto la pampa. La imagen, por tanto, está construida a partir de las figuraciones de otras miradas que sí la conocieron y recorrieron: las de los viajeros europeos y norteamericanos; un ejemplo más de la carencia americana de un repertorio simbólico de imágenes propias que urgía acuñar, y de la consiguiente apropiación y traducción de figuras ajenas. Véase al respecto: Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. 1820-1850*. Bs.As.: Sudamericana, 1996.

del término 'americano' asume en Sarmiento un sentido muy personal, diferente de la acepción que se le asignara en el discurso rosista y federal. Desde este ángulo, es posible reconocer en *Facundo* un proyecto que trasciende tanto las fronteras territoriales como las disciplinarias, en términos geopolíticos, discursivos y semiótico-culturales, a contrapelo del programa explícitamente *antiamericanista* de su autor. Así registramos en su entramado heterogéneo, algunos núcleos y zonas de cruce que generan ese *otro* sentido condensado en el libro de un modo tan singular y violento como fascinante y productivo, hasta el punto de convertirlo en un texto discursivamente denso que pone en signo, con un valor estético innegable -como pocos textos de su época lo lograron-, las tensiones del complejo sistema cultural del que forma parte.

Esta impronta americana presente en el texto en forma subrepticia, por una serie de razones que discutiremos más adelante, subsistió negada o desplazada en las lecturas -aún cuando ya se había insinuado en otros libros de este autor- hasta hacerse explícita en sus últimos textos, como en los prolegómenos del primer volumen de *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), donde Sarmiento se preguntaba por el enigma y los alcances de nuestra identidad.¹² Encontramos también en este volumen una nueva semejanza con otras obras de su etapa chilena: la matriz mestiza o híbrida de su composición textual que persistió en sus textos más conocidos, como *Viajes* (1849), *Recuerdos de provincia* (1850), *Campaña en el Ejército Grande...* (1852). En definitiva, la elección reiterada y consecuente de la forma ensayística para configurar en el *Facundo* una entidad histórica, geográfica y cultural, América, como el lugar de enunciación diferenciado desde donde se escribe, presentándola en sus aristas más problemáticas como una cuestión abierta, nos permite postular un gesto singular en el proceso de producción de sentido. Por ende, podría conjeturarse cierta motivación en la relación planteada entre forma y objeto representado, entre modalidad enunciativa y referente de la reflexión.

Por otra parte, es de notar que, al escribir el *Facundo*, Sarmiento confesó de antemano que carecía de la ciencia y de los instrumentos necesarios para hacerlo con el rigor y la precisión que requería esa empresa,¹³ pero a pesar de ello *ensayó*

¹² Aludimos a la cita de Sarmiento que comentamos en la introducción de la segunda parte de este trabajo.

¹³ Transcribimos a continuación el fragmento textual completo que leemos en la "Introducción":

A la América del Sud en jeneral, i a la República Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de

espontáneamente y con los únicos medios asequibles, un trazado discursivo de territorios en el campo de la sociedad y la cultura americanas, y una toma de posición en la batalla simbólica que acompañaba el conflicto material y visible en el terreno de los enfrentamientos armados, donde tempranamente se vio involucrado ya en su tierra natal. Por consiguiente, uno de los propósitos de nuestro análisis consistirá en dilucidar ese trazado y ese posicionamiento. Para ello dejaremos de lado algunas afirmaciones aquilatadas por la crítica sarmientina más clásica, buscando avanzar en una lectura del texto 'en filigrana', a través de sus fisuras, intersticios e incongruencias, allí donde el sujeto y el espacio-tiempo representado estallan, en un trabajo del lenguaje que escapa a la actitud voluntarista y egocéntrica de control que "don Yo" –como solían apodarlo sus detractores y como él mismo se autodefinió desde una banca del Senado nacional, en 1879- intentó sostener empecinadamente a lo largo del *Facundo*.

En suma, este texto aparece como un libro inaugural de un nuevo modo de reflexionar e interpelar narrativamente, o de narrar argumentando y discurrendo, y -anticipando la tesis que desarrollaremos en los próximos apartados- podemos aventurar que el *Facundo* introduce, con un estilo extremadamente personal, una modalidad radicalmente diferente, señalada -aún con contradicciones y más allá de las pretensiones del programa esbozado por su autor- como una alternativa de la forma de escritura y de organización de los saberes europeos, tomados como modelos deliberadamente al sesgo.

Violencias textuales: adaptaciones, mutilaciones y restituciones

La imagen de Murena que aludía a la existencia en Latinoamérica de una paradójica tradición literaria "no literaria", la de subordinar el arte de la escritura a las urgencias y fascinaciones de la "Gorgona de la política"¹⁴, encontró seguramente en el *Facundo* una de sus más conspicuas fuentes de inspiración. Esa práctica de "una

barómetros, octantes i brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo i aun no explorado ni descrito por la ciencia, i revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de fases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de ser que no tiene antecedentes marcados i conocidos (...) Este estudio (...), hecho por observadores competentes, habria revelado a los ojos atónitos de la Europa un mundo nuevo en política, una lucha injénua, franca i primitiva entre los últimos progresos del espíritu humano i los rudimentos de la vida salvaje, entre las ciudades populosas i los bosques sombríos... (11-12).

¹⁴ Remitimos a la cita de Héctor Murena que cierra la introducción de la segunda parte de nuestro estudio.

equitación de vida o muerte” que no dejaba tiempo para ocuparse del estilo –de acuerdo a la idea muy particular que Murena tenía acerca de éste- y le arrancaba aullidos a su jinete, puede reconocerse inequívocamente en las sucesivas y reiteradas *violencias* que el autor sanjuanino ejerció sobre su libro, en cada una de sus reparaciones. Estas profundas transformaciones -mutilaciones, autocensuras y restituciones- que sufrió el texto a lo largo de la historia de sus reediciones, a la vez que ponen de manifiesto su contextura dinámica que llevó al extremo la versatilidad discursiva propia del ensayo, revelan el vínculo que unía esas mutaciones con las diferentes escenas enunciativas en que habían salido a la luz. En efecto, el *Facundo* reapareció una y otra vez, con notorias variaciones, en las cuatro ediciones publicadas en vida de su autor, exhibiendo su insólita *espectacularidad*, al metamorfosearse reiteradamente con la pretensión de adaptarse a las condiciones fluctuantes de cada nueva *puesta en escena*. Pocos libros en la historia cultural de Latinoamérica presentan la complejidad y riqueza de alteraciones y reacomodos que entretejieron el intrincado historial de las ediciones de *Civilización y barbarie...* Entre esos cambios tuvieron lugar mutilaciones premeditadas por el propio autor, supresiones sugeridas por lectores calificados, leves rectificaciones en respuesta a esas observaciones, nuevas reposiciones de partes suprimidas y restituciones definitivas.

Una mirada atenta al aspecto filológico del texto nos permitirá examinar y valorar cabalmente la optimización que hizo Sarmiento de la maleabilidad y la heterogeneidad formal admitidas por el ensayo, y del fragmentarismo que lo identifica como un modelo a armar, por cuanto en cada montaje y desmontaje proponía nuevos pactos de lectura, con efectos muy variados en el también cambiante público lector. Sin duda, estos rasgos tipológicos contribuyeron a crear una fluida interacción del discurso con las diferentes coyunturas históricas de cada nueva instancia enunciativa, en la segunda mitad del siglo.

En cuanto a la circunstancia inicial de la escritura, sabemos que el examen casi inédito del fenómeno del caudillismo en el sector más austral de Hispanoamérica, y de los efectos de la instalación con Rosas de una siniestra inflexión regional del despotismo en la Argentina,¹⁵ fijada en la letra impresa por el *Facundo* y difundida a través de la prensa, no

¹⁵ Para describir la atmósfera política de su tiempo, Sarmiento apeló a una metáfora tomada de la geografía regional: “vorágine (...) en que remolinean elementos tan contrarios”, “lavas ardientes que se revuelcan, se agitan, se chocan bramando en este gran foco de lucha intestina”, “volcán subalterno” (11)-, cara a la retórica iluminista que abundaba en los escritos de nuestros pensadores ilustrados, donde se denostaba el

hubiera podido hacerse público dentro de los límites de la patria natal de su autor. De modo que ese proyecto recién pudo concretarse, cuando Sarmiento se encontró finalmente a buen resguardo, “del otro lado de los Andes”, fuera del territorio donde la *république des lettres* había sido interdicta y desterrados, sus más eximios ciudadanos letrados. Durante su segundo exilio chileno, iniciado a fines de 1840, Sarmiento pudo hallar en el refugio de la nación trasandina las condiciones más favorables para concretar una tarea de gran envergadura, en los dominios fronterizos y agitados de la prensa chilena. Dos años antes, se había iniciado en la actividad periodística de agitación en San Juan, donde dirigió la única imprenta oficial de su provincia y fue el principal responsable del periódico hebdomadario que había fundado en 1839, *El Zonda*, del que salieron sólo seis números.¹⁶ Ya por esos años, tanto en la práctica periodística como en el magisterio, canalizó la vocación y el compromiso por la educación y la política que lo acompañaron hasta el final de su vida.

A los efectos de nuestra lectura, revisaremos las diferentes situaciones de enunciación/argumentación, donde el *Facundo* irrumpió en las ediciones aparecidas entre

despotismo y la anarquía dominantes en el panorama convulsivo de la época, como en la siguiente aseercción del sabio hondureño, José Cecilio del Valle: “La América es en lo político lo mismo que en lo físico: la tierra de los temblores...” (Carta de J. C. del Valle a Álvaro Flores Estrada (1833), cit. en S. Rotker 1994, 1: 130). En su extenso trabajo “La cuestión del Plata” (*El Mercurio*, 8.X.1842), Sarmiento se propuso estudiar “como verdadero americano” la tiranía en el Río de la Plata, que entonces había llegado a sus extremos, y en la que tomaban parte las otras repúblicas americanas. Allí mismo consignó la necesidad de escribir un volumen para demostrar que se trataba de una cuestión singular y sin ejemplo en América, y mal comprendida en nuestros países. Al referirse a Rosas no ahorró epítetos ni morigeró sus invectivas: lo retrató como “poseído del demonio de la guerra...”, con “aparentes oscuridades” y un “alma tenebrosa”. D. F. Sarmiento, *Obras*, VI: *Política argentina 1841-1851*, 70-ss.

¹⁶ Poco después de instalarse en Santiago, Sarmiento escribió otras obras de combate, como el libelo autobiográfico, *Mi defensa* (1843), y un par de biografías de caudillos de su patria, como los *Apuntes biográficos (Vida de Aldao)* (1845), publicados por entregas en la “Sección Correspondencia” de *El Progreso*. Al iniciarse como publicista en Chile, atrajo la atención de los letrados más destacados de esa nación. Su amigo, José V. Lastarria, lo evocó en sus *Recuerdos literarios*, en esos primeros años, como un “embrión de grande hombre que tenía el talento de embellecer con su palabra sus formas casi de gaucho.” (J.V.Lastarria, *Recuerdos literarios*. Sgo.de Chile, 1878). El mismo Lastarria, entusiasmado por la lectura de su artículo sobre la batalla de Chacabuco, se lo envió al propietario del diario *Mercurio* de Valparaíso, Manuel Rivadeneyra, por considerarlo digno de ser publicado. Ese artículo salió a la luz con el título: “12 de febrero de 1817” y con la acertada estrategia del anonimato bajo un seudónimo oportuno: “Un teniente de artillería en Chacabuco” (*Mercurio*, 11.II.1841, en *Obras*, I, 1-7). La revelación de la verdadera identidad de su autor generó una gran confusión incluso entre quienes serían sus futuros adversarios en numerosas polémicas. Desde ese escrito, Sarmiento protagonizó los debates de cuestiones políticas y culturales del periodismo chileno; sus artículos fueron elogiados por Andrés Bello, entre otros, y su estilo cautivó al público lector de Santiago y Valparaíso. En una de las más famosas polémicas con Bello, Sarmiento pudo difundir su programa de escritura, opuesto al del docto venezolano, y basado en la libertad y la primacía del contenido y las ideas sobre la forma. La mayoría de sus textos polémicos se encuentran en los dos primeros tomos de la sus *Obras*, publicadas en la Editorial Luz del Día.

1845 y 1874, tomando distancia, una vez más, de la tendencia más generalizada en la crítica sarmientina que privilegió la dimensión fictiva en este libro, para centrarnos en su estructura fuertemente argumentativa que incorpora la ficcionalización como estrategia retórica al servicio de la seducción y el encantamiento del lector. Algunas de las variaciones más importantes durante las tres décadas en que se publicaron las primeras cuatro ediciones, se relacionan directamente con marcas y operaciones textuales que, en las sucesivas mutaciones formales, experimentaron cambios sustanciales, especialmente en la disposición textual. En cada nueva edición, el *Facundo* activó estrategias de captación y de persuasión, orientadas hacia distintos tipos de destinatarios, con propósitos también muy variados. En cada caso, la fuerte vinculación entre el marco de enunciación y la situación de recepción, aparece como una constante textual, en virtud de la indiscutible naturaleza mudable del libro.

En la primera edición de 1845, tres circunstancias actuaron en forma decisiva en las dos modalidades editoriales iniciales (en folletín y en libro). En primer lugar, cuando Sarmiento escribió el *Facundo* por sugerencia de su amigo chileno, el ministro Manuel Montt, la revolución de la independencia en la República Argentina ya estaba terminada y sólo estorbaba el tirano que ella había engendrado, ya que, a pesar de haber obtenido logros envidiables para otros pueblos americanos, la carrera hacia el progreso y la civilización quedaba interrumpida. En el presente de la enunciación del relato-argumento de la dramática lucha entre civilización y barbarie, el *bárbaro* Rosas ocupaba el centro de la escena y del poder, en tanto que los pocos letrados *civilizados* habían sido dominados y limitados en su libertad de pensamiento y de acción, o expulsados de la *polis* hacia Uruguay y Chile, donde encontraron patrias alternativas para dar forma a sus nuevos proyectos y perfilar estrategias mediatas de rebelión. Hacia 1845, Sarmiento había desarrollado una intensa actividad en la prensa chilena con una excelente acogida y era ya un hombre público. En la portada del volumen aparecido en 1845, se lo presentaba como catedrático de la Universidad de Chile y Director de la Escuela Normal. Conocido por algunos libros y sobre todo por los artículos periodísticos publicados desde 1841 en medios de prensa de Valparaíso y Santiago, participó activamente en numerosas polémicas periodísticas (sobre la lengua, el romanticismo, las *belles lettres* y la cultura), donde se vio enfrentado con personalidades de la talla de Bello, Lastarria, Rafael Minvielle, Francisco

Bilbao y los demás redactores de *El Semanario*, entre tantos, además de otras polémicas pedagógicas y parlamentarias. También desde Chile, Sarmiento vaticinó para sí y para los demás miembros de su grupo -en su mayoría, jóvenes letrados exiliados-, una posición elevada y central, desde donde él mismo se propuso escribir.¹⁷

En segundo lugar, el movimiento de expansión de la figura de Rosas en Chile, impulsado por la llegada de su enviado, Baldomero García, potenció la motivación inicial de Sarmiento, originada en su condición de exiliado. Bajo el pretexto de preservar las relaciones entre ambos países, García había llegado a Chile para desacreditar a los emigrados argentinos y exigir al gobierno chileno que contuviera la acción de los proscriptos. Frente a esto, el *Facundo* constituye en sí mismo un acto de posicionamiento decisivo ante la amenaza concreta que suponía la inminente presencia del enviado de Rosas en Chile: los representantes de los intereses del tirano de inmediato esparcieron ecos rosistas en el país trasandino, con el rumor de su propósito de comprar prensas y ganar escritores para contrarrestar las campañas de oposición impulsadas por los proscriptos argentinos que veían a Rosas como el espíritu de la contrarrevolución y el reivindicador de las tradiciones coloniales.¹⁸

Y en tercera instancia, el peligro latente de la pretensión de Rosas de ganar simpatías en Europa para la causa americana aceleraba la iniciativa de emprender una campaña decidida para modificar o frustrar ese intento y desarticular el plan. En este contexto, la estrategia de escritura del *Facundo* creaba, a la vez, un efecto de prevención e incoación, en un plan pergeñado como táctica agonística para ingresar en un campo de confrontación cuasi bélica. Un día antes de la publicación de la primera entrega del folletín, en el "Anuncio ..." que apareció en la tercera página de *El Progreso*, Sarmiento promocionó su "obrita", tratando de captar el interés del momento y alentando la

¹⁷ Entre los numerosos artículos antirrosistas de Sarmiento escritos en Chile por esos años y recogidos en sus *Obras*, VI (*Política Argentina 1841-1851*), destacamos "Política exterior de Rosas" (*El Progreso*, 2, 5 y 8.X.1844, en *Obras*, VI, 131-132), y "Lo que es Rosas" (*El Progreso*, 11.IV.1845).

¹⁸ Esta interpretación clásica, insinuada en el *Facundo*, apareció también en los escritos polémicos de los proscriptos que combatieron a Rosas, así como en un discurso de Esteban Echeverría pronunciado en Montevideo en 1844, en *Agresiones de Rosas* de Andrés Lamas y en los póstumos *Estudios Económicos* de Alberdi, donde sentenció que en Caseros "el antiguo régimen colonial caía con Rosas por segunda vez" (J.B. Alberdi, *Escritos Póstumos*, I. Bs.As.: Imprenta Europea, 1895: 6, 131-136). Años más tarde, esa tesis fue retomada por José Ingenieros en "La Restauración" (J. Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, Libro II, en *Obras completas*, IV. Bs.As.: Mar Océano, 1961, 285-374). Cfr. Arturo Ardao, "Interpretaciones de Rosas," *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*. Caracas: Monte Avila Editores, 1978, 71-88.

curiosidad de los lectores con “la rareza de ciertos detalles” (5). Resulta extraño comprobar que en las ediciones subsiguientes, posteriores a Caseros, cuando Rosas ya había sido arrojado definitivamente fuera de la escena política sudamericana, aún permanecían las marcas de esa escritura signada por los tópicos de la carencia y la urgencia del momento: curiosamente el cuadro persistía inacabado, con la premura del primer trazado, en el que se había sacrificado “toda pretension literaria a la necesidad de atajar un mal que puede ser trascendental para nosotros”(1).

Si en la primera escenificación de 1845 se hizo visible la condición *reactiva* del texto que actuó como un instrumento desafiante de intervención y oposición, un arma contra el monstruo y sus enviados, en la campaña antirrosista sostenida por los emigrados argentinos,¹⁹ volvemos a encontrar allí mismo un rasgo que distingue el *Facundo* del resto de los escritos publicados bajo la forma del folletín periódico, lo que pudo incidir -como veremos más adelante- en el relativo desinterés del pasaje del folletín al volumen que se observa, con algunas excepciones, en la mayoría de los trabajos críticos sobre el *Facundo*, a pesar de la fuerte impronta de esa materialidad inicial en la fisonomía y la estructura que mantuvo el libro en sus diferentes ediciones posteriores.²⁰ El pasaje casi inmediato del folletín al libro estuvo marcado por el apuro por sacar el volumen a la luz pública. Por otra parte, la prisa estuvo precedida por un cambio de formato en el diario que no dejaba lugar para el *Facundo* en la nueva edición del periódico, ya que debería haber ocupado más de un pliego con las consiguientes incomodidades para los lectores (*El Progreso*, 6.VI.1845).²¹ Por esta razón se lo ofreció en un suplemento del mismo tamaño de los números anteriores y probablemente haya terminado con la entrega 25ª (*El Progreso*, nº 799, 21.VI.1845).²²

¹⁹ Otros artículos publicados por Sarmiento en esos años acompañaron al *Facundo* en el embate antirrosista. Entre ellos destacamos el artículo que abrió la edición del 8 de mayo: “Verdaderos intereses del agente que Rosas puso entre nosotros” y, días más tarde, en la primera página del diario: “La cinta colorada”.

²⁰ Con la excepción de algunos trabajos de Guillermo Ara, Noël Salomon, Paul Verdevoye y Elizabeth Garrels, la generalizada desconsideración que señalamos puede ser entendida, como lo sugiere Miriam Gárate, a la luz de la supuesta atipicidad del *Facundo* respecto del subgénero del folletín, lo que contribuyó a considerarlo como un hecho incidental de consecuencias irrelevantes. Cfr. Miriam V. Gárate, *Olhares cruzados: entre Sarmiento e Euclides da Cunha*. Tese de doutorado. Campinas: Instituto de Estudos da Linguagem, Universidade Estadual de Campinas, 1995 (mimeo).

²¹ Cfr. Guillermo Ara, “Las ediciones del *Facundo*,” *Revista Iberoamericana*, XXIII, 46 (1958): 376.

²² Aunque no hemos podido verificarla hasta la fecha, creemos oportuno consignar con mayor detalle la hipótesis planteada por Elizabeth Garrels, cuya confirmación nos obligaría a replantear algunas de nuestras

De no confirmarse la hipótesis sugerida por Elizabeth Garrels, podemos afirmar que entre ambas versiones no hubo mayores cambios estructurales, excepto en el comienzo del libro donde se interpoló la “Advertencia del autor”, seguida por la sentencia en francés “*On ne tue point les idées*” y su correspondiente traducción. El plan textual de la edición de 1845 comprendía además una introducción que en el folletín daba inicio al texto, y tres partes que, a su vez, se dividían en un total de quince capítulos. La primera parte se titulaba “Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra” (capítulos I al IV); la segunda, “Vida de Juan Facundo Quiroga” (capítulos V al XIII), y la tercera, “Gobierno unitario y presente y porvenir” (capítulos XIV y XV).²³

En 1851, se publicó la segunda edición de *Facundo* en la imprenta de Julio Belin y Cía., de Santiago de Chile, después del viaje de su autor a Europa, África y los Estados Unidos, en la inminencia de la caída de Rosas en la batalla de Caseros, corolario de la campaña del Ejército Grande Aliado de Sudamérica, y un año después de la publicación de *Recuerdos de provincia y Argirópolis*. Ya por esos años, Sarmiento reconocía el *Facundo* como su “escrito más peculiar” (“Carta a Matías Calandrelli”, 1851). En esta edición, el libro estaba dirigido a Francia, Inglaterra y otros países que defendían a Rosas, y dedicado expresamente a Valentín Alsina, destinatario de la carta-prólogo que se incluye en algunas ediciones. Los principales cambios con respecto a la primera edición se introdujeron por la oportuna y explícita decisión de su autor, en su

afirmaciones sobre el pasaje del folletín al libro. Garrels contabilizó veinticinco entregas del *Facundo* en *El Progreso* de Santiago, en mayo y junio de 1845 (todas como folletín, excepto la última que apareció como suplemento del diario), con la sospecha de “que la publicación del *Facundo* como folletín haya terminado con el capítulo “Barranca Yaco!!!” (capítulo XIII) y que, por lo tanto, no haya tenido el mismo largo que la primera edición” en forma de libro. Su hipótesis se basaba en el hecho de que, al cabo de un minucioso examen de las colecciones de *El Progreso* para estudiar el *Facundo* como folletín, tanto en la colección de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos como en la de la Biblioteca Nacional de Chile, la última entrega que registró fue la correspondiente al número 813, del 21 de junio, fecha del primero y quizás el único suplemento en que apareció el *Facundo*, y que contenía un capítulo y medio. Entre otras razones, contribuye a abonar su hipótesis el hecho de que esa entrega no finalizaba con el consabido “Continuará”. No obstante, Garrels no descarta la posibilidad de que se hayan extraviado los últimos suplementos del folletín con los capítulos restantes. Cfr. Elizabeth Garrels, “El *Facundo* como folletín”, *Revista Iberoamericana*, 143 (abril-junio 1989): 421. Por su parte, en su artículo, Guillermo Ara corrigió parcialmente el error de Palcos sobre la similitud entre la edición príncipe y el folletín. Cfr. Guillermo Ara, “Las ediciones del *Facundo*”, *Revista Iberoamericana*, XXIII, 46 (1958): 376.

²³ Cabe señalar que, apenas salido el libro, en la reseña que Carlos Tejedor publicó en *El Progreso* (28.VII.1845), mencionaba el “comienzo” de la publicación de “la interesante obrita” en el folletín de ese mismo diario, con notable éxito en el público. Luego, también apareció publicado en el folletín de *El Nacional* de Montevideo (3.X.1845 - 6.II.1846), donde se aclaraba que se lo reproducía de aquel diario chileno, y no del libro que ya circulaba en la capital uruguaya. Curiosamente no se incluían allí los dos últimos capítulos que cerraban el volumen aparecido en julio de 1845.

mayoría, en atención a las observaciones y enmiendas de lectores calificados como su amigo Valentín Alsina, quien desde su exilio montevideano le envió cincuenta y una notas a la primera edición, en respuesta al pedido que le hiciera el mismo Sarmiento.²⁴ Además de la exclusión de la “Advertencia...” y del epígrafe y su traducción -sólo permaneció el episodio del joven Sarmiento desterrado, atravesando la frontera argentino-chilena, que se introdujo en esta edición con el título de “Prólogo” y en una versión más precisa-, con las supresiones estructurales de la “Introducción” y los dos últimos capítulos (indudablemente atribuibles a razones políticas, no estéticas), el libro fue -al decir de Alberto Palcos- “cruelmente cercenado por el propio autor”, quien no obstante expuso sucintamente las razones que motivaron dichas “mutilaciones”, centrándose en las “Notas” de Alsina.²⁵ Alegando la inutilidad de la introducción y el carácter “ocioso” de los dos capítulos finales que coronaban la edición de 1845, Sarmiento respondía así la indicación de su amigo, quien ya en 1846 le había sugerido que el libro estaba terminado con la muerte de Quiroga (Palcos: XVIII).

Aunque en la edición príncipe el autor había expresado que su libro quedaría trunco e incompleto si terminaba allí,²⁶ curiosamente esas partes fueron suprimidas en la

²⁴ En 1846, tras la lectura del libro y del folletín, Alsina comenzó a redactar sus observaciones críticas desde Montevideo, donde sobrevino una revolución, pero se las entregó recién en 1850 y permanecieron inéditas hasta 1901. Alsina todavía no había concluido su trabajo, cuando se presentó una ocasión propicia y resolvió enviárselas, omitiendo algunos detalles. En la carta que el autor le dirigió a Alsina, desde Yungay, el 7 de abril de 1851, incluida a modo de prólogo en la segunda edición del libro, le agradeció las notas a su amigo y respondió algunas de sus observaciones. En la última nota, Alsina le pidió disculpas a Sarmiento por la prolijidad -indispensable para rectificar ideas- y la rigidez en el señalamiento de lo que reputaba como errores, arguyendo insistentemente lo que suponía que Sarmiento había querido o proyectado hacer. Daba por cierto lo que no era sino una impresión personal o un propósito incumplido e inconfesadamente dejado de lado por el autor: que Sarmiento se había propuesto escribir una historia, no un romance. Así justificaba sus observaciones: para escribir históricamente, para reformar el libro como su autor había pensado hacerlo, era inevitable todo eso. Por la boca de Alsina, la Historia le exigía a Sarmiento “exactitud”, “procedimientos analíticos” y “recto examen”. Cfr. “Notas de Valentín Alsina al libro “Civilización y barbarie”, “Documentos relacionados con el *Facundo*”, en D. F. Sarmiento, *Facundo*. Ed.crit. de A.Palcos: 364-426. Un interesante estudio crítico de estas notas puede encontrarse en el segundo capítulo del libro de Diana Sorensen, *El Facundo y la construcción de la cultura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1998.

²⁵ Alberto Palcos, “Prólogo” a D. F. Sarmiento, *Facundo*. Ed.por A. Palcos. La Plata: UNLP, 1938: XVII.

²⁶ Siguiendo esa aseveración de 1845, en la edición de 1851 incluyó una nota al final del capítulo VII, en la página 137 (nota 52 de la edición crítica del *Facundo* de Palcos, p. 139), donde reconocía los defectos de su libro -al que se refería como “primer ensayo histórico”-, mientras anunciaba la imposibilidad de suprimirlos, sin que las ideas perdieran ilación y quedaran sin sostén: “se llevarían consigo el libro entero”-confesó. En esa misma nota, se justificaba por las exageraciones señaladas por Alsina, aduciendo el “calor de los primeros años, la imposibilidad de verificar los hechos desde el destierro, i las preocupaciones de partido” que habían dejado “trazas indelebles” en el libro. A razones similares apeló en la carta a Alsina, donde pedía disculpas por los errores, escudándose en la prisa y la distancia, y volvía a renegar, con displicencia, del “sacrificio” invocado en 1845, ahora con una ambición literaria que se sumaba a la del historiador (19-27).

segunda edición. Como sugirió Palcos, existieron motivos más fuertes y de índole política, además de las meras indicaciones de Alsina, que explicaban aquellas supresiones por la necesidad de adecuar el texto al cambio del panorama político de la República. Sin duda, el inminente derrumbe de la tiranía de Rosas fue uno de ellos. Sarmiento ya había escrito *Argirópolis* con esa misma convicción. Y efectivamente la supresión de aquellos elementos irritativos -derivados del carácter polémico de la introducción, del intertexto del libro y del sesgo anticipatorio y programático-político de la tercera parte- colaboró para acercar y reconciliar a los argentinos en un proyecto de unidad nacional, más allá de las diferencias que los separaban, y contribuyó a que el autor pudiese ganarse las simpatías tanto de los viejos unitarios como de los federales.

Desde el punto de vista estilístico y compositivo, esos cambios le otorgaron mayor sugerencia y moderación al texto y lo alejaron del tono panfletario, político y programático que primaba en la edición de 1845. Asimismo, en la segunda edición se suprimió la división en partes, dejando sólo la disposición en capítulos con numeración corrida, y se hicieron diferentes retoques a la redacción de la edición anterior, tales como el reemplazo de galicismos, los cambios en la sintaxis para mejorar el texto, el agregado y la exclusión de párrafos, vocablos y notas, la corrección de errores tipográficos, la supresión de sarcasmos excesivos, críticas innecesarias y datos inoportunos o incorrectos, la actualización de expresiones y referencias temporales anacrónicas -pasados ya seis años desde la edición anterior-, ajustes léxicos y el añadido del párrafo final, entre otros.

A partir de esta segunda edición, la biografía de Facundo Quiroga pasó a ser el 'corazón' del *Facundo*, el núcleo donde el valor estético resistía y establecía su dominio, y la ficción ganaba protagonismo, mientras otras partes más lábiles se adaptaban, se quitaban o se reponían. Por esta razón se comprende que en la portada de esa edición se imprimiera el siguiente título: *Vida de Facundo Quiroga i aspecto físico costumbres i hábitos de la República Argentina*. El relato de la vida del caudillo riojano fue la única parte que permaneció inamovible en todas las ediciones, con algunas ligeras rectificaciones en la edición de 1852, en respuesta parcial a las notas solicitadas a su amigo.

La tercera edición del libro en español se publicó en la casa Appleton de Nueva York, con el siguiente título: *Facundo; Civilización i barbarie en las pampas*

argentinas. Salió a la luz en 1868, al mismo tiempo que la traducción al inglés, hecha por Mary Mann, y estuvo prologada también por ella misma.²⁷ Se mantuvieron allí las modificaciones estructurales de la segunda, salvo la exclusión del episodio inicial (Sarmiento marchando hacia el exilio trasandino, tras escribir la sentencia en francés en clave civilizatoria y con carbón, a modo de *graffiti* revolucionario), algunos cambios en los títulos de los capítulos y apartados, y la omisión de las transcripciones y referencias a las observaciones de Alsina. Se incorporaron además las correcciones formales indicadas por el gramático cubano Mantilla, quien revisó las pruebas a pedido del autor e introdujo cambios tendientes a mejorar la sintaxis y clarificar el sentido de la expresión. Aunque las mutilaciones se conservaban sin explicaciones, en cierto modo, eran predecibles: Sarmiento lanzó la edición en Nueva York, siendo ministro plenipotenciario de la República Argentina en los Estados Unidos, donde residía desde 1865, y en esa instancia, nuevos y diferentes motivos políticos lo obligaron a mantenerlas. Recordemos que 1868 fue el año de las elecciones presidenciales en la Argentina, en las que Sarmiento era candidato por el partido autonomista. El líder de este partido, Adolfo Alsina, se oponía a la federalización de Bs.As., propuesta en el *Facundo*, y a ello obedeció seguramente la supresión de los dos últimos capítulos que sostenían la tesis de la configuración unitaria de la república y postulaban a Buenos Aires como la única capital posible del país. Por otro lado, es indudable que la publicación del libro apuntaba también a prestigiar la candidatura de su autor, quien ya contaba con una trayectoria prestigiosa, puesto que había ocupado varios cargos oficiales en la Argentina y se había ganado un merecido reconocimiento como periodista y escritor. De hecho, la traducción y publicación de su libro por Hurd y Houghton, además de hacerlo conocer por lectores ingleses y norteamericanos, culminó sus denodados esfuerzos por colocarse en el centro de la vida cultural norteamericana.

²⁷ La relación de Sarmiento con los Mann fue decisiva, entre otras cosas, en la migración cultural del *Facundo* a los Estados Unidos. Durante su breve visita a Londres, Sarmiento conoció a Horace Mann, educador radicado cerca de Boston, Massachusetts, a partir de la lectura de su "Informe de un viaje educacional en Alemania, Francia, Holanda y Gran Bretaña". Desde entonces, tuvo el firme propósito de visitarlo y ver personalmente los logros de la educación pública en los Estados Unidos. En 1847, pudo dialogar con el pedagogo Mann en Boston, ayudado por las traducciones de la mujer de aquél, Mary Peabody Mann, quien luego llegaría a ser su amiga y la traductora de sus obras al inglés. Cfr. William Ktra, "Sarmiento en los Estados Unidos", *Todo es Historia*, a. XXII, 255 (sept. 1988): 8, 10; D. Sorensen 1998, cap. 4.

En la cuarta edición, publicada en la editorial Hachette de París, en 1874, con el título: *Facundo ó Civilización i Barbarie en las pampas argentinas*, se restituyó finalmente el texto íntegro, excepto la “Advertencia del autor”. Fue la última edición publicada en vida del autor y constituye, según Palcos, la edición “definitiva” sobre la cual preparó su edición crítica. Sarmiento le encargó la supervisión a su nieto, Augusto Belín Sarmiento, quien restituyó las partes eliminadas durante veintitrés años y el episodio inicial del destierro con la versión de 1845. Asimismo se agregaron algunos cambios leves junto con unos pocos errores tipográficos. También en esa ocasión existieron razones políticas que autorizaron la reposición: en ese tiempo, Sarmiento era uno de los “padres de la patria” (J.Ludmer), ya no un *outlaw* ni un disidente marginado, y había llegado a ocupar la cúspide del poder; su obra presidencial acababa de concluir ese mismo año y ya se había ratificado y cumplido en parte el proyecto de progreso soñado y rubricado desde el exilio en el capítulo final del libro. De modo que la restitución era esperable, entonces, en la medida en que el *Facundo* había perdido su compromiso inmediato y su capacidad interpelativa más virulenta, en tanto que había ganado relieve como obra literaria, con un estilo reconocible y cierta autonomía estética. A la vez, la cuestión capital estaba muy próxima a ser resuelta y era conveniente restituir las partes censuradas, porque así el público podría comparar el programa de gobierno esbozado en el último capítulo con el que el autor llevó a cabo desde el poder, y así podría evaluar su consecuencia con los principios proclamados desde el exilio.

Finalmente, en 1889, el año siguiente a la muerte de Sarmiento, apareció el *Facundo* en el tomo séptimo de la edición de las *Obras* del autor sanjuanino, publicada por la Editorial Luz del Día. Allí se restituyó además la “Advertencia al lector” y se retornó a la *partitio* inicial en capítulos, obviando la división en partes para restablecer lo más fielmente posible el texto de la primera edición y apoyándose en el carácter intempestivo e improvisado de la escritura sarmientina que pasaba directamente de la hoja manuscrita a la máquina. Sin embargo, se olvidaba al editor Luis Montt, hijo del amigo y protector chileno del autor, que cuando Sarmiento reeditaba, introducía muchas variantes formales en sus textos, preocupado por preservar su fama literaria. En consecuencia, la edición de 1889 significó un retroceso considerable en el proceso editorial de esta obra, debido a que el editor ignoró las correcciones posteriores, no

advirtió muchas erratas de imprenta y suprimió párrafos sin motivo aparente. Palcos sostuvo que en esta quinta edición –la primera, póstuma- se cometieron varios errores: se dejaron de lado las modificaciones impresas mantenidas en las otras dos ediciones publicadas en vida del autor, al desconocer las diferencias entre ellas por no haberlas cotejado previamente y, por esa misma razón, se reintrodujeron frases ya eliminadas que empeoraron notablemente el texto. Muchos de estos yerros fueron repetidos en las ediciones posteriores que continuaron desmejorando y desfigurando el texto, por ejemplo: se volvieron a incluir expresiones eliminadas por erróneas o anacrónicas y se introdujeron otros leves cambios.

En síntesis, por la trayectoria mudable de su historia editorial que deviene un rasgo sustancial, en sintonía con los cambios en la escena política y cultural de la que es imposible sustraerlo, advertimos que aún hoy el *Facundo* sorprende y desconcierta, incluso a un lector crítico actual, lo que nos lleva a preguntarnos: ¿qué texto es, en definitiva, el que tenemos en nuestras manos?, ¿cuál de las diferentes versiones que se fueron sumando en las sucesivas *entradas a escena*, es la que leemos hoy en día? y ¿desde qué red de relaciones nos interpela? Visto desde este ángulo, se nos presenta extremadamente lábil y versátil, como un texto que se desarma y se rearma, se contrae y se expande como un organismo vivo, se mutila y autocensura para luego restituirse y recomponerse nuevamente. Con una lógica guiada por la oportunidad y la adecuación a los contextos de producción, circulación y recepción,²⁸ en función de los cuales el sujeto de la enunciación ejerció un control obsesivo sobre su plan textual y sus efectos de lectura, el *Facundo* exhibe el fuerte impacto de la marca de la modernidad, a través de la inscripción de su temporalidad cambiante en el cuerpo textual y en sus constantes mutaciones. Hay aquí otro elemento que merece ser considerado: la preocupación por la función *conativa*²⁹ del texto, decisiva en el ensayo y ligada a su retórica envolvente de seducción que no anula -pero excede- el propósito de convencer al lector.

²⁸ Como ejemplos de la movilidad discursiva del ensayo en relación con sus contextos de recepción se pueden citar los cambios registrados en los títulos de las traducciones a otros idiomas. La segunda edición parcial en francés (1852) llevó por título: *Le Socialisme dans l'Amérique du Sud*, lo que marcaba un desplazamiento del relato biográfico en favor de la dimensión ensayística del texto, y la traducción al inglés por Mary Mann se tituló: *Life in the Argentine Republic in the days of the Tyrants: or Civilization and Barbarism* (1868), privilegiando la descripción de la vida cotidiana de una nación sometida a los designios de un tirano y sin subordinar el componente ensayístico al relato ficcional.

²⁹ Cfr. Roman Jakobson, *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Ariel, 1984. 1ª ed.: 1974.

El horizonte complejo que hemos trazado justifica que, para considerar los aspectos más diversos del libro, hayamos optado por trabajar con la edición crítica establecida por Alberto Palcos, donde se incorpora la totalidad de las partes trashumantes del texto, incluso aquellas secciones paratextuales como el “Anuncio...”, la “Advertencia del autor”, los epígrafes, la escena inicial y las cartas, entre otros. Esos reacomodos textuales han sido posibles por la permeabilidad de los límites borrosos que delimitan el ensayo. Por otra parte, el texto se metamorfosea de acuerdo con los cambios registrados en el contexto político y las diferentes elecciones del ensayista (estilísticas, de énfasis, de adecuación a la ‘verdad histórica’ o a la época, etc.), con lo que se pone de relieve el poderoso vínculo referencial de ida y vuelta entre éste y sus contextos, a lo largo de su historia editorial.

Una vez establecida la estrecha ligazón entre los cambios formales y las situaciones históricas correspondientes, trasladaremos la indagación hacia otras relaciones establecidas con espacios y géneros discursivos, registros y modos de producción, circulación y recepción ligados al ejercicio de la práctica periodística y a una zona discursiva organizada desde diferentes premisas como la literatura de ideas y el discurso político.

De la protesta en carbón al ‘libro extraño’: el germen panfletario

Al revisar las sucesivas transformaciones que expandieron o redujeron el *Facundo* en sus sucesivas ediciones, se hace evidente la fuerte impronta de su singular formato inicial. Para nuestro estudio, importará considerar el condicionamiento y la imbricación de la textura con su hábitat primitivo de inserción, y examinar los aspectos materiales del texto como objeto cultural. Por ello nos detendremos en su inscripción formal como folletín del semanario santiaguino *El Progreso*. Esa primera versión que lo asocia al periodismo constituye de por sí una instancia genotextual insoslayable, por la poderosa incidencia del soporte material en la forma y la estructura del texto. La materialidad, el ritmo y los estilos de la página periódica -aspectos con los que Sarmiento estaba muy familiarizado- dejaron rastros en la escritura literaria que explican sus características y fórmulas compositivas más notables. Así encontramos en el *Facundo*, signos inequívocos

de su sintonía con el medio de publicación originario, tales como la urgencia como tópico y condición del proceso de escritura, el carácter panfletario del texto, la actualidad y variedad de los temas, la peculiar mixtura discursiva, entre otros.

La inserción del ensayo en el periódico nos reenvía a la histórica relación *ensayo - periodismo*, a la que nos hemos referido en la primera parte de nuestro estudio. Como se sabe, el periódico surgió bajo el signo de lo efímero, para satisfacer intereses que variaban diariamente. Producto de las nuevas demandas sociales y de las posibilidades técnicas que habilitaron la transformación de su formato y sus fórmulas más frecuentes, su materialidad estuvo siempre vinculada a un contexto modelado por libros y volúmenes producidos bajo otras circunstancias. Los cambios tecnológicos aceleraron los tiempos de utilidad, producción, circulación y consumo de los escritos e introdujeron diferentes criterios de durabilidad, valor y conservación entre el periódico y el libro, además de variantes en la calidad de la impresión, del papel y de la organización de su superficie. Es sabido también que en el siglo XIX el periódico era reconocido socialmente como un discurso portador y propagador de ideas en el horizonte de la tradición letrada moderna, un espacio propicio para incitar polémicas y debates, y promover el análisis de los hechos, esgrimiendo verdades y razones construidas con argumentos y estrategias propias de una retórica empeñada en convencer.

Por otra parte, la página del periódico no reproducía divisiones demasiado marcadas, sino que representaba fronteras móviles entre pasado y presente, datos y valoraciones, información y formación. Y aunque ese código en gestación no contaba todavía a mediados del XIX con un lenguaje periodístico solidificado, ya tenía un rol protagónico en la prensa del período. Ofrecía una discursividad híbrida que albergaba columnas sociales, crítica de arte y literatura, ensayos literarios, biografías y artículos de costumbres, reseñas bibliográficas, y en la que convergían distintas operaciones indiferenciadas: informar, formar, divulgar, discutir, opinar. No es extraño entonces que un tono ensayístico-disertativo impregnara los diarios de la época, encargados de aleccionar a los lectores en cuestiones de doctrina, de carácter histórico y cultural, y modelados por un nuevo perfil de sujeto productor, cristalizado en la figura del periodista-redactor polifacético (polígrafo, crítico de arte y de teatro, ensayista, cronista local) que oficiaba también de traductor-compilador-divulgador de lo que leía en

periódicos y revistas extranjeras, dada la dificultad de establecer contacto directo y obtener información de primera mano.³⁰ Por esta razón, como señala Julio Ramos, la hibridez y la polivalencia del *Facundo* no son anómalas sino congruentes con su situación de enunciación.³¹ En esta perspectiva, entonces, la ubicuidad genérica del *Facundo* puede ser vista como una marca discursiva de su inscripción en la modernidad, en diálogo con la prensa de la época que inicialmente le sirvió de marco y en correspondencia con la indeterminación general del discurso periodístico, incluidos el folletín y la página impresa en general.³²

Desde sus inicios como periodista, Sarmiento reflexionó insistentemente sobre el *diarismo*, un fenómeno de su tiempo que le interesó en particular: “Por el *diarismo* el genio tiene por patria el mundo, y por testigos la humanidad civilizada (...). Por el *diarismo* los pueblos mandan, la opinión se forma y los gobiernos la siguen mal de su grado”³³. Veía en el diario una tribuna cuya finalidad era persuadir, un “arma de civilización i progreso” que contribuía a desarrollar la cultura, las artes y el comercio (59-60), y valoraba la posibilidad que ofrecía para recriminar, reprobar, amenazar. Para Sarmiento, el diario era un producto inseparable de la ciudad, en esos tiempos de publicidad y pujante vida periodística, impensable fuera de la modernidad y del espacio urbano y estrechamente conectado con el progreso material de un pueblo y las posibilidades abiertas por la civilización y la libertad. Formalmente, un periódico era un *collage* de retazos diversos, de bagatelas de momento, una obra sin capítulos, sin prólogos. En suma, concluía:

Un periódico es, pues, todo, el gobierno, la administración, el pueblo, el comercio, la junta, el bloqueo, la Patria, la ciencia, la Europa, el Asia, el mundo entero, todo.
Un periódico es el hombre, el ciudadano, la civilización, el cielo, la tierra, lo

³⁰ Cfr. Frédéric Barbier y Catherine Bertho Lavenier, *Historia de los medios: de Diderot a Internet*. Bs. As.: Colihue, 1999; A.C. Ambroise-Rendu, “Du dessin de presse à la photographie (1878-1914): histoire d’une mutation technique et culturelle”, *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, 39 (1992).

³¹ Cfr. Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: FCE, 1989, 23-24.

³² Cfr. Susana Rotker, *La invención de la crónica*. Buenos Aires: Ediciones Letra Buena, 1992, y Aníbal González, *La crónica modernista hispanoamericana*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1982, 96.

³³ D.F. Sarmiento, “El diarismo” (*El Nacional*, 15 y 29.V.1841), *Obras*, I, 58. En otros artículos, Sarmiento señalaba la precariedad y exigüidad del público suscriptor, denunciaba las fallas y faltas del sistema y lamentaba la vida efímera de los diarios de su época. Cfr. “Sobre la lectura de periódicos” (*Mercurio*, 4.VII y 7.VIII.1841), *Obras*, I, 77-86. I, 206.

pasado, el presente, las crónicas, las grandes acciones, la buena o la mala administración, las necesidades del individuo, la misión del gobierno, la historia contemporánea, la historia de todos los tiempos, el siglo presente, la humanidad en general, *la medida de la civilización de un pueblo*.³⁴

Sin embargo, aunque la heterogeneidad del *Facundo* sea una marca heredada de su formato original y el libro parezca carecer de un plan armado previamente, una mirada atenta reconoce en él una clara organización formal (introducción, epígrafes, partes, capítulos, conclusiones, disposición cronológica y sucesiva de la biografía del caudillo, crítica del presente y programa para el futuro), con algunos elementos que ya estaban presentes en el folletín, vinculados con las posibilidades técnicas habilitadas por ese formato inicial.

El Progreso era un periódico de Santiago, fundado por Sarmiento en 1842 y dirigido por él hasta octubre de 1845, cuando dejó de ser su redactor para partir a Europa. Era de formato pequeño -el más común en esa época- y de magras dimensiones (cuatro páginas de cuatro columnas cada una), lo que facilitaba su encuadernación para coleccionarlo. Era tribuna y escuela a la vez: reflejaba el presente, compendia el pasado y tramaba el futuro. Desde su aparición, introdujo una serie de cambios novedosos en la prensa chilena: incorporó la sección del *folletín diario*, un elemento de la modernización capitalista, particularmente eficaz para estimular las ventas y con un fuerte poder ideológico, que respondió a una necesidad del momento y llegó a ser una de las secciones de mayor influencia.³⁵ Ofrecía un repertorio lo suficientemente diverso que ampliaba los tópicos tradicionalmente tratados en un periódico.³⁶

³⁴ D.F.Sarmiento, "Periódicos" (*El Zonda*, 10.VIII.1839), *Obras. Escritos diversos* (último tomo), LII, 14-15. El énfasis es nuestro.

³⁵ En sus *Viajes* (1849), definió el folletín como "... la filosofía de la época aplicada a la vida, el tirano de las conciencias, el regulador de las aspiraciones humanas..." (D.F.Sarmiento, *Viajes por Europa, África y América (1845-1847)* (1849), en *Obras*, V, 116). Pueden encontrarse otras definiciones del género en: "Nuestro folletín" (*El Progreso*, 10. XI.1842), *Obras*, II, 3, donde Sarmiento formuló un programa para ese espacio discursivo; "Nuestro pecado de los folletines" (*El Progreso*, 30.VIII.1845), *Obras*, II, 314-317, donde comentó que le reprochaban haber inoculado en la prensa chilena el virus del "folletín"; "Un folletín para *El Progreso* por Carlos Bello" (*El Progreso*, n° 150, 15.IV.1843), entre otros.

³⁶ En el primer número de *El Progreso* (10.XI.1842), se anunció, además del material heterogéneo que se incluiría en la sección "Folletín", la eventual reproducción de páginas publicadas previamente en diarios europeos -especialmente franceses y españoles- y americanos. Esta última opción terminó casi monopolizando el folletín ("Nuestro folletín", *Obras*, II: 3). Entre los 180 títulos publicados en esa sección

A través del folletín, el diario retornaba al libro y así ambos mundos quedaban religados no sin conflictos. Tanto en la composición textual cuanto en la gráfica, por la duplicidad de sus usos, el folletín se ubicó en una zona híbrida entre la fugacidad y la permanencia, el suelto y el volumen, el fragmento y la totalidad. En lo que respecta específicamente al folletín de ese período, la disposición, la diversidad y el *tempus*³⁷ eran diferentes de los que distinguieron al folletín del siglo XX. Cada entrega consistía en una unidad mínima que debía ser renovada pero, a diferencia de la página impresa diariamente, debía ofrecer algo nuevo y de interés. Esto hizo lugar para la no ficción en el folletín y paradójicamente para la ficción en el cuerpo del diario, lo que favoreció el cultivo del folletín de tema histórico, que terminó imponiéndose.³⁸ Por lo común, esta modalidad estuvo asociada a lo meramente circunstancial, por su carácter de instrumento de acción inmediata y directa. Asimismo, el folletín se caracterizó por estar escrito día a día, a medida que la publicación iba avanzando, de acuerdo con la azarosa acogida del público.³⁹

Es evidente que la inserción atípica y *menor* del panfleto *-Facundo-* como novela de folletín en el espacio discursivo de las dos o tres páginas que le ofrecía el periódico, precipitada por las circunstancias ya mencionadas, resultó la más oportuna y conveniente, aunque tal vez en otro momento la publicación se hubiera dilatado. No hay dudas de que el periódico fue un medio de difusión sumamente eficaz y acorde con las necesidades de la época. Al día siguiente del “Anuncio...”, empezaron a sucederse las entregas, con algunas interrupciones y algún cambio ligero de formato hasta la última

del diario, mientras Sarmiento fue su redactor, la mayor parte de los materiales serializados que se incorporaron allí fueron ficciones tomadas de diarios extranjeros (lo que supuso -según Garrels (1988: 425-426)- un público lector pasivo que no podía influir en el curso de lo narrado) y reseñas teatrales (generalmente de melodramas representados en salas santiaguinas), de las cuales sólo unas pocas fueron escritas por autores locales, expresamente para *El Progreso*.

³⁷ Susana Rotker lo describió como un caso de presente ampliado, es decir, un alargamiento del presente en el que los acontecimientos duraban más por limitaciones técnicas en la transmisión de las noticias. Las fórmulas expresivas resultaron un tanto extrañas en un principio: rumores, conjeturas, relatos referidos por terceros, elocuencia impersonal, extraña a principios de brevedad, economía verbal y concisión que, más adelante, definieron la lengua informativa de la imprenta. Cfr. S. Rotker 1992, y S. Jongue, “Les premier pas du feuilleton: chronique historique, nouvelle, roman”, *Europe. Revue Littéraire Mensuelle*, 542 (1974).

³⁸ Además del *roman-feuilleton* como *Los misterios de París*, de Eugenio Sue, aparecieron en los folletines de *El Progreso* novelas históricas como *Rienzi*, del inglés Edward Bulwer-Lytton -texto interrumpido para dejar lugar al *Facundo-*, y otras como *Le Père Goriot*, de Honoré de Balzac, publicada en la *Revue de Paris* (1834), etc.

³⁹ Jean-Louis Bory, “Premiers éléments pour une esthétique du roman-feuilleton”, *Musique II: Tout Feu Tout Flamme*. Paris: Julliard, 1966, 17.

publicación. En consecuencia, el apuro fue responsable y a la vez complementario del carácter exaltado y combativo del texto, concebido como el arma contra el “monstruo” y su enviado. Sin embargo, el soporte material y la estructura del que fuera el primer vehículo del *Facundo* eran permeables y congruentes con esa modalidad compositiva de la obra.

Así las consecuencias de la tecnología del folletín se pusieron de manifiesto en esta primera transformación textual (del diario al libro atípico), con escasos retoques. El cambio de estatuto trasladó al libro rasgos estilísticos y estructurales propios del formato inicial y del medio originario de difusión,⁴⁰ y marcó definitivamente la interacción y la correspondencia con la prensa de su tiempo, lo que nos permite reformular la atipicidad del *texto migrante*, en el tránsito ni demasiado brusco ni demasiado traumático del diario al libro. Dan muestra de ello, por ejemplo, la naturaleza episódica, truculenta y melodramática de los materiales incluidos, la mezcla de registros y medios de distintas formas de la literatura popular (además del melodrama, el artículo de costumbres y la tragedia heroica, concebidos desde la óptica del drama romántico), el encadenamiento sucesivo de la secuencia narrada, el modo de plantear los cortes, dosificar la intriga y mantener el suspenso para convocar la atención del lector al final de cada entrega y despertarle el deseo de seguir leyendo. También podrían atribuirse a ese pasado folletinesco las constantes mudanzas textuales y las transformaciones abruptas que enumeramos en el apartado anterior, ya que cortar y recomponer libremente los textos utilizados en los folletines solía ser una práctica habitual entre sus redactores. Por otra parte, en la medida en que cada capítulo o segmento delimitaba los contornos de un volumen virtual, vale decir, que el libro acentuaba su condición ensayística de *parergon* (de Obaldía), de obra en proceso, adelantando su próxima fase editorial, el periódico se convertía en un objeto independiente y coleccionable.

No obstante, el *Facundo* no podía ser confundido con otros materiales que circulaban con ese mismo formato en las páginas del periódico, tales como el *roman-feuilleton*, el serial que salía diariamente con una modalidad cuyo ejemplo más clásico es el texto *Los misterios de París*, de Eugenio Sue, publicado en el *Journal des Débats*, entre

⁴⁰ Son frecuentes en el libro las expresiones que revelan los rastros de la naturaleza episódica de la publicación inicial como folletín, como la que aparece al comienzo de la segunda entrega, disimulada por la sucesividad del volumen: “El que haya leído las páginas que preceden, creará qe es mi ánimo...” (18).

junio y octubre de 1843 (Bory, 13-41). En primer lugar, las diferencias aparecen porque sus condiciones y su modo de producción fueron otros: ni el acuerdo productivo con el público lector a medida que leía las entregas, ni la escritura improvisada día a día están estrictamente presentes en el libro que nos ocupa. Como advirtió Ana María Barrenechea, en su perspicaz trabajo sobre la configuración del *Facundo*, Sarmiento tenía previamente a su redacción la clara intuición de un plan coherente para su libro, que sólo por motivos circunstanciales fue publicado como folletín. Sabía que corría el riesgo de que el lector, por lo general distraído y perezoso, no siguiera paso a paso la explicación planeada en el libro,

[P]or eso parecería que se apodera de él desde los primeros capítulos y no lo suelta. Por una parte, excita su interés con un diálogo constante que no le deja desviar la atención, con preguntas, respuestas, exclamaciones, recursos que subrayan las opiniones, sacudimientos y virajes súbitos, respiros y sorpresas, pausas y nuevas arremetidas. Por otra parte, temiendo que se extravíe entre tantas digresiones y no mantenga el hilo de su razonamiento, le recuerda a cada paso el plan que lo guía para que al final quede claro el camino recorrido.⁴¹

Sin embargo, muchos de estos rasgos que aseguraron la coherencia interna del libro coincidían con los trazos distintivos de la estética del *roman-feuilleton* -centrífugo, discontinuo, ligado a una visión voluntariamente incoherente y fragmentaria del mundo- (Bory, 16-17), que Sarmiento aprovechó para atraer al lector. Esa *dispersión controlada*, efecto del esfuerzo por captar y mantener el interés del lector, formaba parte de la estética del *Facundo* pero, a diferencia del *roman*, allí lo que primaba era la unidad.⁴² El mismo origen folletinesco tenían los ingredientes truculentos (desgracias y peligros, muerte y violencia: puñaladas, descuartizamientos y degüellos, azotes y balazos, ejecuciones y fusilamientos), cuyo alto potencial melodramático buscaba saciar la sed de violencia que

⁴¹ Ana María Barrenechea, "La configuración del *Facundo*", *Textos Hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy*. Caracas: Monte Ávila, 1978: 39.

⁴² Carlos Tejedor, uno de sus primeros críticos, reconoció mucho antes esta virtud característica del *Facundo*, cuando elogiaba "la trama de los acontecimientos que existían desorganizados en nuestra cabeza, y que él a tenido la habilidad de no olvidar un momento, a pesar de los ímpetus fogosos de su imaginación, de los episodios sin fin a que a tenido que dar entrada en su obra para volverla amena y completa". (Carlos Tejedor, "Facundo", *El Progreso*, 28.VII.1845. Cit. por E. Garrels 1988: 424).

caracterizaba el gusto del lector medio del folletín, además de los cuadros costumbristas como los cuatro tipos retratados en los primeros capítulos, el mayor Navarro y el general La Madrid, entre otros. Indudablemente, la inclusión de estos elementos tan apropiados para la sección donde se publicaba el *Facundo*, cumplió el propósito de no decepcionar a los lectores habituales y de justificar su inserción en esa parte del diario, indispensable para estimular las ventas.

Finalmente, la relación que el *Facundo* construyó con los lectores se inscribe en esta misma línea. En un artículo publicado unos años después de la segunda edición del libro, Sarmiento destacaba la peculiaridad de este texto que rompía con el “divorcio entre lector y libro”, dominante en América: “El lector se hace a su turno autor también, pudiendo corregir un hecho mal narrado, o un efecto atribuido a causa diferente de la verdadera...”⁴³ Desde este ángulo, son visibles los vínculos entre *ensayo y novela* convocados en el libro. Pero, si bien encontramos allí elementos netamente novelísticos - caracteres, cierta conciencia de mundo, acción e intriga que habilitan un espacio para el suspenso y la tensión dramática, apertura y agenericidad, aptitud para combinar modos literarios heterogéneos, conjunción de lo histórico con lo filosófico-, la parcial fusión entre ensayista y autor no llega a ser reemplazada, como sucede en la novela, por la distancia estética propia de un narrador plenamente maduro, excepto en las ediciones donde sólo prevalece el relato biográfico. Por otro lado, si consideramos la relación *ensayo-novela* como una progresión, lo netamente ensayístico pasaría a ser en la segunda y tercera edición un suplemento descartable o secundario –sin despojarse del valor estético-, cumplida la meta inmediata que lo hacía imprescindible para dejar lugar al despliegue ficcional en la narración de la vida y la muerte del caudillo riojano.⁴⁴

Asimismo, aunque los propósitos que animaron la redacción del *Facundo* excedieron el mero entretenimiento del lector, la finalidad de escribir un texto con eficacia política y con cierto valor científico-social, le planteó a Sarmiento la necesidad de utilizar recursos artísticos y melodramáticos de la novela popular y del teatro, que le

⁴³ D.F.Sarmiento, “La dictadura de O’Higgins. Carta a su autor don Miguel Luis Amunátegui” (*La Crónica*, 26.XII.1853), *Obras*, II, 371.

⁴⁴ Cfr. C.de Obaldía, 19. Graham Good relaciona el ensayo periodístico con el surgimiento de la novela inglesa y con el auge del individualismo burgués, en el contexto de la vasta transformación de la civilización occidental que tuvo lugar a partir del Renacimiento. Cfr. Graham Good, *The Observing Self: Rediscovering the Essay*. Routledge, 1988, 14.

permitirían divertir y al mismo tiempo persuadir al mayor número de lectores.⁴⁵ A su vez, el carácter episódico, perecedero y efímero de la entrega del folletín, de corto plazo pero urgente, concordaba con la impronta contestataria e insurgente de la cita en francés y su traducción autóctona en lenguaje gaucho, que se colocó debajo del nombre y apellido del autor en el frontispicio de la primera edición y que reapareció -convertida en *graffiti* inscripto “en carbón” por el joven Sarmiento, en el camino trasandino hacia el destierro- en el episodio que ofició de prólogo del libro en la segunda edición. Ambos anunciarían estructuralmente también el corte panfletario de la introducción y de algunos párrafos de los capítulos iniciales.

Cabe aclarar que, de acuerdo con la sistematización de los discursos doxológicos y persuasivos que propone Marc Angenot dentro de la topología del campo ideológico, el *Facundo* se perfila como un texto más cercano al *ensayo-meditación* (“*essai-méditation*”) a lo Montaigne -pero con un marcado sesgo programático y propositivo-, que a la otra modalidad del ensayo, representada por la vertiente baconiana. Se reconocen en él los rasgos más salientes de ese tipo ensayístico, como la fuerte presencia de la subjetividad de quien lleva adelante la reflexión -un *yo* omnipresente como conciencia y medida de su valor-, que deja ver los rastros de un pensamiento que se arma sobre la marcha, como una “deliberación interior”, interrogativa, de estructura zigzagueante y no preformada, con un desarrollo discontinuo y aparentemente desordenado, tramado con proposiciones a menudo unidas por junturas accesorias, aleatorias, donde la imagen intuitiva suele tener más fuerza persuasiva que el puro silogismo, y la demostración aparece cargada de un poderoso potencial afectivo y pasional.⁴⁶

Sin embargo, no se puede dejar de reconocer en este libro la fuerte presencia de la impronta del *panfleto*, como era corriente identificarlo en su época. Dentro del discurso entimemático⁴⁷, Angenot le asigna al panfleto un lugar entre las formas

⁴⁵ Avanzado el capítulo XI, leemos: “Si el lector se fastidia con estos razonamientos, contárele crímenes espantosos” (202). Pero la historia de Severa Villafañe, relatada en el capítulo X, es la que concentra el material más típicamente melodramático del libro y concluye con un remate irónico que desmonta el uso estratégico de esa anécdota, conscientemente elegido por el narrador/autor.

⁴⁶ Tomamos algunos de los trazos distintivos del “*essai-méditation*”. Véase Angenot 1982, 53, 56-58.

⁴⁷ Angenot denomina “discurso entimemático” (*discours enthymématique*) (1982, 30) al conjunto semiótico complejo, compuesto por un número finito de unidades funcionales y reglas combinatorias, que incluye discursos del saber (tratados científicos y filosóficos) y discursos doxológicos y persuasivos

doxológicas del discurso persuasivo, cuando lo define como una forma histórica del discurso agonístico que supone un contradiscurso implicado en la trama del discurso social coetáneo, y reúne modos axiomáticos y entimemáticos, en una doble estrategia de demostración de una tesis y de refutación para descalificar la tesis adversa (Angenot, 12), buscando generar un efecto perturbador en el marco de un combate ideológico.⁴⁸ Como lo señalamos, con el *Facundo* Sarmiento respondió con premura a una situación que vivenció como un escándalo: la presencia concreta del representante del tirano en Chile, que había sido enviado allí para ganar el favor de la prensa y la sociedad chilena hacia su persona y su gobierno, y para desprestigiar a sus enemigos que superpoblaron la prensa de ese país. De ahí, el carácter polémico y personal que nació del anhelo ferviente de revertir la situación: anunciar su caída y derrota final, y ocupar su lugar o tal vez desplazarse del margen hacia el centro para acceder a un lugar de poder. En este sentido, el libro le sirvió a su autor -como, años más tarde, lo hizo *Recuerdos de provincia*- de plataforma de lanzamiento y carta de presentación en Europa.⁴⁹

(ensayos, sátiras, homilias, polémicas, arengas, editoriales, panfletos, etc.). Por “entimema” (*enthymème*) entiende todo enunciado que comporta un juicio sobre un tema cualquiera, es decir, todo lugar (*lieu*) o tópico (*topos*) que pone en relación ese fenómeno con un conjunto conceptual que lo integra o lo determina, en tanto principio regulador más general, presupuesto dentro de su enunciado: un eslabón de una cadena de pensamiento organizada de forma no aleatoria ni reversible, de acuerdo con una estrategia general de orden cognitivo. Esos enunciados omitidos vinculan lo universal con lo particular en el discurso entimemático y suponen una coherencia relacional en el universo del discurso. Son discursos teleológicos, orientados en función de un fin cognitivo. Cfr. Angenot 1982, 30-33.

⁴⁸ Angenot describe, además, el panfleto como una forma del discurso agónico, históricamente circunscripta, perteneciente a una sociedad determinada y portadora de síntomas ideológicos definidos, que consiste en una configuración ideológica nacida con la escritura y cuya táctica consiste en atacar defendiéndose. Aparece como discurso-síntoma de una erosión ideológica en el campo social, acompañada por rupturas bruscas entre un conjunto de valores y las prácticas concretas. Se trata de un modo discursivo entimemático, persuasivo, doxológico y agónico. Por último, siendo a la vez artificio y acto, técnica y espontaneidad, por sus funciones ideológicas, el panfleto se vale de ciertas coartadas (lo verdadero, lo Real, el Yo, la Sinceridad, el mandato del Fuego interior o la trascendencia de los valores). Por naturaleza, mantiene juntas dos ilusiones propias de la ideología del texto: afirmar la capacidad del discurso para decir la Verdad e identificar la escritura con la expresión de un sujeto pleno, concibiendo en definitiva la significación como relación diferencial y como adecuación a lo Real. Cfr. Angenot 1992, 12-13, 37-45.

⁴⁹ Es elocuente la imagen con que Allison Bunkley describe a Sarmiento, recién llegado a París, con un libro bajo el brazo, parado frente a la *Revue de Deux Mondes*, lo que descubre el juego del que forma parte el texto: le urgía a su autor presentarse en Europa con un libro que le sirviera de contrapartida para refutar lo que Europa pensaba de América y de Rosas, y para develar los móviles verdaderos del tirano y su *modus operandi*, esperando convencer al lector europeo de la falsedad de la imagen construida hacia fuera, por Rosas y sus colaboradores. En sus *Viajes*, Sarmiento relata en detalle los entretelones del episodio que lo consagra en Europa: la publicación de la reseña en francés del *Facundo* que escribió Charles Mazade en la *Revue de Deux Mondes* (París, 1846). Allí confiesa a su amigo Manuel Montt sus expectativas respecto de las posibilidades que le facilitaría su libro: “...la llave de dos puertas llevo para

Ahora bien, entre aquellos elementos paratextuales antes mencionados -la sentencia y el episodio contiguo-, antepuestos a la entrada del libro, se perfilan ciertos ingredientes que nos permiten identificar desde el inicio embrionario del texto, el germen panfletario que adelanta el franco dominio de esa forma discursiva especialmente en la “Introducción” y los capítulos finales, las partes menos estables que fueron suprimidas cuando el autor las juzgó inoportunas. Desde el “Anuncio...” y, ya en el libro, la escena posterior al epígrafe, se revela toda una táctica de combate: prudencia en el lanzamiento, reserva en la gradación, cautela en la embestida, en tanto que las páginas introductorias y en los capítulos que le sirven de epílogo se lanza a fondo y abiertamente contra Rosas, poniendo en escena todos los recursos del gran juego patético.⁵⁰ De este modo, el discurso oscila entre la intensificación performativa controlada por el yo y la atenuación de las aserciones por vía de la ironía.

Además, otros trazos discursivos descubren la dimensión panfletaria que se anuncia sobre todo en el cuadro de la huida y el cruce. Ellos son, entre otros, la estructura entimemática del texto, el grado asertivo de sus argumentos, los síntomas ideológicos.⁵¹ Simultáneamente aquellos paratextos actúan como filtros textuales, mediadores, que orientan y organizan la lectura de los segmentos posteriores, mientras que el aforismo en francés y su traducción en léxico regional funcionan como contraseñas para el lector “civilizado” o “ilustrado”, a quien se le asigna el rol de

penetrar en París, la recomendación oficial del gobierno de Chile i el Facundo; tengo fe en este libro...” Véase: “Documentos relacionados con el *Facundo*”, en Palcos: 328.

⁵⁰ Transcribimos algunos de los ejemplos que ilustran la retórica violenta y pasional, puesta en acción en esas secciones: adjetivos e imágenes fuertes arrostradas con valor de improprio para presentar a su adversario en la “Introducción” (Rosas, quien ocupaba la cúspide del poder, era descrito en estos términos: “falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión (...). Tirano sin rival hoy en la tierra (...), mónstruo (...), Esfinge [*sic*] Argentino, mitad mujer por lo cobarde, mitad tigre por lo sanguinario...”(10). Comparaciones denostatorias, improprios, alevosas invectivas, retorsiones al contrincante, preguntas retóricas encendidas incluso bajo la forma intempestiva de la exclamación en una secuencia dialogal -“¡Dios mío! ¡Para qué lo combatís!” (11); “...adios tirano! adiós tiranía!” (16) pretenden dar respuesta contundente a la práctica violenta que sufrió en carne propia y revelan su firme convicción -fiel al *ethos* panfletista- de que la impostura sería desenmascarada y la verdad se impondría. Con temeraria claridad se describe la imposición del terror en Buenos Aires en el capítulo XIV -“El terror estaba ya en la atmósfera...”(253); “...En la República Argentina (...), el que se ha apoderado así de la autoridad suprema, es un hombre i un hombre bien indigno” (255).

⁵¹ Más adelante nos detendremos en el enfrentamiento de los actores involucrados en el episodio, y la decidida carga combativa antirrosista anticipada allí y confirmada en la anécdota de la sospecha de un insulto oculto en el axioma cifrado, por parte de quienes no pudieron descifrar el mensaje.

“prodestinatario” o “paradestinario” del mensaje.⁵² La escena inicial del letrado marchando hacia el destierro es, en suma, funcional a la operatoria del panfleto: instituir, de acuerdo con la lógica del género, una imagen del enunciador y resaltar la figura central de quien embate sobreexpuesto en el convulsionado campo ideológico-político de la región, en un período muy particular, y al mismo tiempo las imágenes de sus adversarios y sus destinatarios, inmersos todos en un campo imaginario de antagonismos sociales.

De un modo análogo había operado esa misma frase con los destinatarios reales. Recordemos que el episodio autobiográfico aparecía a continuación de la sentencia que se repetía para ser explicada y situada en el contexto de la persecución ideológico-política y la violencia física y simbólica ejercidas durante la tiranía rosista. En el apartado que sigue abordaremos este mismo pasaje desde otras aristas.⁵³

Nos interesa advertir aquí que el *graffiti* de por sí comportaba una “protesta” (6) —como la llama Sarmiento—, fundada en la férrea y temeraria adscripción a la Verdad y ejercida en soledad —tal como se lo presentaba en ese episodio—, que expresaba elípticamente para unos, críticamente para otros, en una cita mal atribuida a Fortoul,⁵⁴

⁵² Según la clasificación de los destinatarios del discurso político propuesta por Eliseo Verón, el “destinatario positivo” es quien comparte las ideas, los valores y objetivos del enunciador, y el “paradestinario” es quien aparentemente queda “fuera del juego” y de quien se presupone o suspende su creencia. Cfr. E. Verón, “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, E. Verón, L. Arfuch y otros, *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Bs.As.: Hachette, 1987: 16-18.

⁵³ En uno de los pocos estudios dedicados exclusivamente al análisis de este fragmento del *Facundo*, Jaime Concha lo describe como un montaje de experiencias sintéticas y perturbadoras a la vez, que demanda un estudio casi microscópico de sus contenidos. Cfr. J. Concha, “On the threshold of *Facundo*”, Tulio Halperin Donghi, I. Jaksic, G. Kirkpatrick, F. Masiello (eds.), *Sarmiento. Author of a nation*. Berkeley-Los Angeles-London: University of California Press, 1994: 146.

Por otra parte, el contrapunto entablado a partir de las interpretaciones divergentes de Ricardo Piglia y David Viñas acerca del uso libre y salvaje de las citas en el *Facundo* —ya evidente en este pasaje—, ilustra claramente la densidad cultural encerrada en este libro fundamental. En tanto que Piglia adjudica los ‘deslices’ de Sarmiento a la hora de citar fuentes de la ‘alta cultura’ occidental a una falla o falta constitutiva de la cultura americana, al “funcionamiento de una cultura ostentatoria y de segunda mano” Viñas acuerda con lo de “ostentatoria”, pero discrepa con lo de “segunda mano”, argumentando que “la conversión posible de un *collage* en *bricollage*” es precisamente una de sus marcas distintivas. Cfr. Ricardo Piglia, “Notas sobre *Facundo*,” *Punto de vista*, a. III, 8 (marzo-junio 1980): 15-18 y “*Facundo*: el comienzo,” *Un escritor llamado Sarmiento*, *Página 12. Culturas*, 11.IX.1988: 2-3, y David Viñas, “Piglia y Sarmiento,” *Página 12*, 28.IX.1988.

⁵⁴ Paul Verdevoye señaló el muy frecuente error de atribuir al conde de Volney la autoría de la frase que Sarmiento adjudicó inicialmente a Fortoul y sostuvo, en cambio, refutando a Paul Groussac, que Diderot era el verdadero autor de ese pasaje. La hipótesis se basa en que, poco tiempo antes de la publicación del *Facundo*, había aparecido una frase muy semejante de Diderot —“*On ne tire pas de coups de fusil aux idées*”—, como epígrafe de un artículo de Charles Didier en la *Revue Encyclopédique*, de la que el Maestro sanjuanino era asiduo lector. Cfr. Verdevoye 1988, 80.

la invulnerabilidad de las ideas, un tópico que en el volumen se desarrolla *in extenso*, al mismo tiempo que adelantaba y concentraba -insistimos- la dimensión panfletaria de la “Introducción” y del libro en general, hasta el punto de intensificarla en la edición donde sería suprimida. Es de notar que la referencia a la violencia incluida en ese episodio conecta, en una misma operación de “glosa” de esta anécdota en la totalidad del texto -tal como la describe Diana Sorensen-, las marcas infligidas en el cuerpo del joven letrado, como resultado de los ataques con saña de los que había sido víctima el propio autor poco antes de su huida, según se relata en esas líneas iniciales (“...estropeado, lleno de cardenales, puntazos y golpes...”), con la descripción más detallada e insistente de las prácticas bárbaras que ocupa gran parte del libro. A su vez, la violencia ejercida en el cuerpo paterno del autor refracta en las sucesivas violencias practicadas en el cuerpo textual del hijo de papel, siguiendo la dinámica de amputación salvaje que acompaña su sinuosa trayectoria editorial, no ajena a los bruscos y repentinos cambios políticos y sociales donde reaparece sucesivamente.

Definido por una pluralidad de registros, marcas genéricas y planos articulatorios semánticamente correlativos, y atravesado por diferentes exigencias, en el deseo de incorporarlo todo, el *Facundo* está animado por una concepción de la escritura donde predomina la tendencia romántica a la *mezcla*, aún cuando ésta le reste eficacia persuasiva. Precisamente esta persistencia en la mezcla distingue su potencial literario: diferentes códigos entrelazados y continuos, con articulaciones que generan breves cortes de distinto tipo (de lo filosófico a lo costumbrista, de lo científico a lo periodístico, de lo político a lo gramatical, de lo histórico general a lo anecdótico individual), superposición de recursos y modalidades enunciativas muy diversas: pequeños relatos o apólogos, escenificaciones y explicaciones pseudocientíficas, imágenes y modos elocutivos poéticos intercalados, tomados de textos europeos con distintos fines y por diferentes motivos, cuadros de costumbres (*tableaux vivants*), testimonios orales, rumores, leyendas, anécdotas, recuerdos, etc. Biografía negativa, discurso sociológico-político, incipiente novela histórica, arenga política, discurso pseudorreligioso (paródico, herético), ensayo de explicación sociológico y filosófico-político y, al mismo tiempo, ilustración y prueba verificadora de lo enunciado, el *Facundo* reúne historiografía, literatura, sociología *avant la lettre* y política, y las entrelaza en la escritura, en una *dispositio* indisciplinada y

desprolija, con una sintaxis argumentativa propensa a las inconsistencias y al “vértigo argumentativo”⁵⁵, y un análisis carente de exhaustividad y de rigor en muchas páginas, pero provisto de una agudísima visión prospectiva. Ese mismo modo compositivo ya había sido anunciado en la “Advertencia”. El eclecticismo, aún cuando no era privativo del *Facundo*, apareció en él con toda su complejidad, como resultado de reacomodos y de mezclas, de entrecruzamientos de elementos objetivos y subjetivos que aparecían en una misma frase como evidencia del acopio de innumerables y variadas lecturas tempranas y del deseo de emular la fama de reconocidos escritores de la estirpe de Walter Scott, Mariano José de Larra y James Fenimore Cooper.

En suma, detenernos en ese detalle de la puesta en discurso inaugurada por el *Facundo* y en los rasgos formales más salientes de su composición, nos permite leer metafóricamente los trazos más reconocibles de esa fundación.

Destierro, frontera y fundación: una poética de combate

Considerado en su materialidad más inmediata, este libro se distingue por la movilidad de sus márgenes, el nomadismo de sus partes y la inestabilidad de su comienzo y su final.⁵⁶ Cabría preguntarse, entonces, dónde comienza el *Facundo*. La *partitio* de la cuarta edición (epígrafe y escena-prólogo, introducción y quince capítulos), a la que Palcos le antepuso en su edición crítica la advertencia del autor, estableció finalmente en forma definitiva el *incipit* del libro, con la restitución de los componentes textuales preliminares.

⁵⁵ Carlos Pereda, *Vértigos argumentativos. Una ética de la disputa*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Anthropos. Ediciones del Hombre, 1994, 9-16, 322-324. El filósofo mexicano denomina así los “vicios epistémicos”, los “procesos de violencia interna” de la maquinaria argumentativa, en los que se incurre “cuando quien argumenta constantemente prolonga, confirma e inmuniza el punto de vista ya adoptado en la discusión, sin preocuparse de las posibles opciones a ese punto de vista (...) y todo ello de manera, en general, no intencional”(9). Bajo la tentación de la certeza y el poder, estas argumentaciones radicalmente parciales responden a la “razón enfática”, valiéndose a menudo de la “retórica de la violencia” (improperios, invectivas, retorsiones al contrincante en respuesta a la práctica efectiva de la violencia que desde el poder se ejercía sobre los cuerpos de los disidentes).

⁵⁶ Entre sus detractores más célebres, J.B. Alberdi y Paul Groussac criticaron la informidad del *Facundo* y la adjudicaron a las lagunas culturales de Sarmiento y a la distorsión de concebir grandes empresas y no redondearlas, un rasgo evidente del oportunismo político que le atribuían a su autor. En *Facundo* y su biógrafo, Alberdi fustigó la mezcla estilística del libro y lo describió rotundamente y sin ofrecer ninguna prueba, como “un museo de estilos, de opiniones y de doctrinas políticas”. Cfr. J.B. Alberdi, *Escritos Póstumos*, V. Bs.As.: Impr. Monkes, 1897, 275. Es interesante confrontar estas apreciaciones con la de Raúl Orgaz, quien atribuye a Sarmiento las características que Alexis de Tocqueville señalaba en los escritores de los siglos de las democracias: descuido formal, rapidez de la ejecución antes que perfección en los detalles y cierta agilidad verbal, hija de la vehemencia de los afectos.

De modo que el axioma en francés, la traducción libre del propio autor –“A los ombres [sic] se degüella: a las ideas no”(6)-, y el breve episodio autobiográfico (con el sucinto relato de la golpiza que le propinó la Mazorca al autor y la escena del cruce de los Andes hacia el exilio) que los enmarca, se convirtieron desde entonces en la instancia textual liminar. El dato no es menor, puesto que la escenificación exhibe su propia *ratio*, la que sostiene la transformación del graffiti en el libro “intratable” (A.Candido), raro, heterogéneo. Esa emblemática escena inicial que condiciona y orienta su lectura, forma un pliegue textual significativo donde se concentran y ocultan los actores principales, las nociones y los dilemas básicos que protagonizarán la dramática lucha entre la civilización y la barbarie representada en la totalidad del volumen.⁵⁷ A lo largo de éste se prolongan y expanden ciertos signos presentes en aquella escena del destierro y la protesta en francés, tales como el valor y la fuerza de las ideas, la denuncia de la violencia y el despotismo por la exhibición de su *modus operandi* y sus efectos, y los pares oposicionales que articulan su planteo. Civilización y barbarie, orden y caos, progreso y atraso, libertad y esclavitud, paz y guerra, luces y oscuridad, don de lenguas y saber letrado vs. incomunicación e ignorancia bárbaras, son algunos de los núcleos significativos desarrollados y ampliados en las otras partes del libro.

Por consiguiente, leer el *Facundo* con ese comienzo, allí donde lo fija la edición de Palcos, supone reconocer desde la entrada misma del texto un fuerte posicionamiento enunciativo frente a un problema anunciado y denunciado en ese mismo segmento preliminar. Así, el libro se ancla como *reacción personal* de su autor ante el ataque a su propia persona por parte del gobierno de Rosas, “en una de esas bacanales sangrientas de soldadesca i mazorqueros” (6), y como respuesta en forma de *protesta iluminadora* a los “cardenales” recibidos, oscuros signos escritos sobre su cuerpo por el otro/los otros -los enviados del tirano- a quien/es se identificará en el curso de la lectura con la barbarie, el segundo término del sintagma anticipado en el título del volumen, donde se cifra la clave ideológica del texto.

De este modo, al situarse egocéntricamente y sin eufemismos en el centro de la escena, instala en ese mismo lugar su propia subjetividad como enunciator/autor y se

⁵⁷ Es iluminadora la explicación de Marc Angenot (1982, 71) sobre la significación del *incipit* en el discurso panfletario, especialmente por la potencialidad de convertir lo expositivo en performativo, que se despliega en esa parte del texto, lo que justifica la atención que le dedicamos a ese pasaje del *Facundo*.

introduce como actor de un personaje presentado con dos notas románticas inconfundibles: la condición de *desterrado* (exiliado de la *polis*) y de *víctima expoliada* de los abusos de quien ejerce el poder en su patria, dos rasgos definitorios que aparecen en la escena enunciativa, en un tono contenido pero confesional. Podría decirse que el episodio inicial del cruce opera a modo de margen u orilla textual y da inicio a una presencia que será continua durante todo el texto y que aparecerá bajo diferentes morfemas gramaticales de persona (pronombres personales y adjetivos posesivos, verbos conjugados en primera persona del singular), todas ellas, marcas netamente románticas y expresiones de “Don Yo”. El recurso literario, ostensiblemente presente, se distancia de lo conceptual, aunque lo contiene concentrado en la oposición entre *ensayo meditativo* y *panfleto político*, cuyos rasgos y componentes –como hemos visto- están simultáneamente presentes en este texto.

La escena del destierro resulta, entonces, emblemática de la semiosis dinámica y singular del texto sarmientino y sus errancias, por cuanto se vincula con la totalidad del volumen que precede y anticipa. Las fechas y precisiones geográficas presentan la situación del destierro como una experiencia efectivamente vivida por el joven Sarmiento, quien en un gesto pulsional, casi instintivo, inscribió de puño y letra su protesta “en carbón”, debajo del escudo de armas de la patria, sobre la pared de una choza en los baños de Zonda,⁵⁸ y la escribió cautelosamente en clave (en francés, la lengua de la civilización y de las nuevas ideas, cuyo solo dominio confería prestigio cultural a quien lo poseía), a modo de salvoconducto para desconcertar y ocultar (cifrar, contrabandear) su mensaje ante el enemigo no ilustrado y para alertar a quienes pudieran comprenderlo (descifrarlo, traducirlo).

Por otra parte, el espacio geográfico donde tiene lugar la escena, la frontera argentino-chilena en los Andes, nos reenvía simbólicamente a otras franjas intersticiales de delimitación que se trazan en el texto.⁵⁹ En primer lugar, las que están convocadas ya desde la misma contextura discursiva del ensayo que –como se expuso en la primera parte

⁵⁸ Cierta versión legendaria que sobrevive todavía en el imaginario escolar argentino localizó esa escena de escritura sobre una roca de la cordillera de los Andes.

⁵⁹ La observación de José Joaquín Brunner en relación con las “identidades colectivas”, entretejidas por la fina red de las palabras que las nombran y sostenidas por discursos e interpretaciones, en la medida en que “son tributarias de las distintas *maneras en que las escenificamos*” discursivamente, nos permitió advertir que la geografía asume un lugar importante en la “escena de identidad” construida en el *Facundo*. J.J. Brunner, *Cartografías de la modernidad*. Sgo. de Chile: Dolmen Ediciones, 1994, 191, 195.

de este estudio- reúne saberes, disciplinas, géneros y modalidades diferentes. A su vez, la imagen liminar evoca las condiciones de enunciación contrastantes y opuestas, en un lado y otro de los Andes, que hacían posible o no la escritura y la publicación del *Facundo*. Recordemos que el autor confesó en ese mismo pasaje, entre otros, que sólo en “el otro lado de los Andes” -en Chile- había podido hallar el ambiente propicio para ejercer la prensa libre y expresarse sin trabas que lo silenciaran.

Ese mismo fragmento nos permite además extraer otras inferencias. Al pasar por los baños del Zonda, el desterrado maltrecho y herido, con las marcas violentas de la barbarie inscriptas en su propio cuerpo, deja también su marca bajo las Armas de la Patria que en días más alegres había pintado en una sala, en un gesto que confirma su clandestinidad. Y -como apunta Ricardo Piglia- en su marca “impone su diferencia y su distancia: escribe para no ser entendido”(Piglia 1980: 15). Así establece, desde ese lugar estratégico, su perspectiva para dar cuenta de los hechos y adelantar su programa. Y en ese mismo acto traza la línea demarcatoria de los dos campos semánticos que se adelantan en el título: *civilización* y *barbarie*, cristalizados en el enfrentamiento entre quienes efectivamente podrían o no leer y decodificar esa frase escrita en otro idioma. Sarmiento como *letrado* posee el código para comprenderla e interpretarla y, como tal, exhibe esa competencia que, en la instancia del cruce, asume el papel de ardid, de escaramuza o reaseguro de la exclusión del otro, en complicidad con el conjunto de los letrados perseguidos o expulsados de la patria. Por consiguiente, los que, por ignorancia y por carecer del “don de lenguas”⁶⁰, sólo pueden preguntarse por el sentido de esas palabras, las malinterpretan o conjeturan con desconfianza, desde la violencia verbal que el hombre civilizado dejaba explícita con su huida, aparecen representados en su malogrado intento interpretativo, en la versión más extensa de esa anécdota anticipada en una carta dirigida por Sarmiento a su amigo Manuel Quiroga Rosas, dueño de la biblioteca donde tomó contacto con las *nuevas ideas* en su ciudad natal:

⁶⁰ En su momento, Sarmiento le recriminó a Rosas haberse visto compelido a “robar el don de lenguas” (18) para predicar el mal: hizo traducir y publicar en Europa, artículos en su defensa, en varios idiomas. Este ejemplo ilustra a las claras los alcances de la expresión utilizada por Sarmiento, quien poseía ese don y lo ejercitaba como pocos en su época.

Una ocurrencia original. ¿Se acuerda de mi cuarto en los baños de Zonda, tan pintado con las armas de la patria en un frente con banderas y trofeos? Pues bien, el día que me degollaron, lancearon, etc..., en San Juan, al pasar a mi destierro, entré en el cuarto y bajo el trofeo nacional escribí estas célebres palabras: '*On ne tue pas les idées*' y seguí mi camino. Como nadie lo entendiese, la ignorancia, madre de la desconfianza, sospechó que podría decir: 'Hijos de una gran puta, montoneros, un día me la pagarán'. Y esta traducción corrió de boca en boca; pero cuando llegó el Gobierno era no sólo aquello sino los insultos más groseros, con un plan de conspiración, y de llapa, que la Teléfora (éste era el nombre de la esposa del Gobernador) era una ballena en aceite..."⁶¹

A continuación del relato del envío por parte del Gobierno de una "COMISIÓN DE SABIOS para que descifrasen el enigma" -en rigor, "el jeroglífico, que se decía contener desahogos innobles, insultos y amenazas" (6) era jeroglífico para el otro, que no podía comprenderlo-, en la anécdota se agrega el dato del presunto resultado del informe sobre "los horrores que estaban contenidos en aquellas siniestras palabras" (cfr. Verdevoye, 75). Además es curioso que en la escena de la protesta, Sarmiento no se limite solamente a registrar el desconcierto de sus interlocutores enemigos -"...Oida la traducción, "¡bien!", dijeron, "¿qué significa esto?..." (6-7)-, sino que, una vez restituido el sentido de la sentencia, interponga tipográficamente una suerte de barrera formada por una sucesión de puntos suspensivos que abarcan varias líneas, representando e incorporando en el cuerpo mismo del texto, el silencio o las suposiciones maliciosas de los otros y la distancia respecto de su propio saber y el de quienes podían leer aquella cita. Inmediatamente repone su interpretación personal de la frase: "Significaba, simplemente, que venía a Chile, donde la libertad brillaba aun, i me proponía hacer proyectar los rayos de las luces de su prensa hasta el otro lado de los Andes..." (7)

De modo que el cruce y las acciones antes realizadas instalan definitivamente la noción de *frontera*, *pasaje*, *punte* que comunica o separa dos territorios diferentes y que, a la vez, hace posible imaginar un desplazamiento, un cambio, una reterritorialización, una

⁶¹ Citado por P. Verdevoye, 75.

transposición que, en este caso, estará representada por el deseo de trasplantar/transportar y arraigar el proyecto de la modernidad deseada en estas latitudes.⁶² La noción actualizada por la imagen del cruce de los Andes hacia el destierro chileno anticipa también otras travesías que se realizarán en otros órdenes del texto: cruces lingüísticos, discursivos, de registros y tonos, de campos de saber, como lo ejemplifican la introducción de citas textuales colocadas como epígrafes, la inscripción en la letra escrita de la palabra oral - rumor, palabra hablada o cantada, anécdotas, dichos, leyendas-, y otras. El *Facundo* se transmuta en una zona limítrofe de tensiones, cruces y negociaciones entre dos espacios culturales -europeo y latino(/hispano/indo)americano-, ambos pensados o deseados como occidentales. La frontera instalada imaginariamente en la escena inicial opera en la totalidad del cuerpo textual como un lugar de fundación de identidades, donde elementos heterogéneos cohabitan o coexisten conflictivamente. Ese mismo gesto es el que alienta las remisiones intertextuales que marcan idas y vueltas, instalando mediadores textuales. Y es ese mismo procedimiento el que anima las traducciones, comparaciones y confrontaciones, las antítesis, las oposiciones binarias y las interpretaciones por analogía o por contraste de una realidad a la luz de la otra que son frecuentes en este libro.⁶³

Por último, la escena de comunicación que antepone aquel episodio en la entrada del libro asume rápidamente el carácter de una contienda verbal, donde el diálogo se imposibilita por la violencia física que lo precede. De este modo, el *incipit* del *Facundo* anticipa una primera pareja de antagonistas en el campo de batalla en el que transcurre la

⁶² Julio Ramos describe ese proyecto en estos términos:

Tras la victoria sobre el antiguo régimen se intensificaba el caos, en la medida en que las rígidas instituciones coloniales -y el consenso antiespañol- perdían vigencia. Escribir, a partir de los 1820, respondía a la necesidad de superar la catástrofe, el vacío de discursos, la anulación de estructuras que las guerras habían causado. Escribir, en ese mundo, era dar forma al sueño modernizador; era "civilizar": ordenar el sinsentido de la "barbarie" americana. (...) El intelectual en Sarmiento se legitima volviendo 'los ojos a todas partes buscando con qué llenar el vacío'. *Llenar vacíos*: poblar desiertos, construir ciudades, navegar los ríos... (J. Ramos 1989, 19).

⁶³ Prueba de ellos son, por ejemplo, las fuentes citadas en los epígrafes -algunas, notoriamente de segunda mano, como el fragmento de Shakespeare citado en francés en los capítulos X y XI, y otras, adjudicadas a autores equivocados. Los epígrafes de los capítulos fueron extraídos de obras de figuras europeas prominentes, como escritores (Victor Hugo, Lamartine, Chateaubriand, Shakespeare), historiadores y filósofos (Villemain, Alix, Cousin), científicos y viajeros (Humboldt, Malte-Brun, Head). Asimismo ilustran nuestra afirmación, las comparaciones desvalorizantes de la España americana con el África bárbara y con la España rezagada y oscurantista (*F*, 12), y los cotejos con modelos procedentes de las naciones más civilizadas de Europa o de la tradición universal, que exhiben sus carencias y atrasos.

trama narrativa del texto: *yo* (el letrado desterrado, el joven Sarmiento) y el/los *otro/s* (el gobierno rosista, “esfinge” compleja pero escrutable, y misterio que cederá en manos de las facultades exegeticas del *yo*). Aparecen también nombrados allí los actores principales de la contienda: Sarmiento y Rosas, y en el comienzo de la “Introducción”, un tercero que oficiará de mediador: Facundo, invocado para terciar en lo que puede ser visto como un acto de autoinvocación, desde la perspectiva introducida por la lectura alberdiana que descubre en Sarmiento un “segundo Facundo”.

Por otra parte, los términos en los que se plantea la oposición no dejan dudas sobre la división del campo de batalla ideológico: *civilizados* y *bárbaros*, enfrentados en una relación asimétrica en los órdenes del saber y del poder, ya que la superioridad cognitiva y hermenéutica del *yo* resulta insuficiente frente al otro que ostenta el ejercicio de un poder exorbitado. En este esquema, tras la constancia de la censura y la opción de la autocensura, la violencia verbal desplegada junto con la inequívoca impronta panfletaria del libro será el sucedáneo verbal compensatorio para la posición de franca desventaja frente a la violencia física ejercida desde el poder. A esa diferencia inicial de fuerzas y de espacios, se sumará el creciente deseo del autor de ocupar el territorio que, cuando escribió esa “obrita”, pertenecía a su adversario, en su empecinada obsesión por reunir en su misma persona fuerzas dispersas y territorios escindidos. Estos proyectos implicaban realizar cambios sustanciales en la estructura y el estatuto del poder de ese momento, cuando Rosas representaba la fuerza sin límites y el poder absoluto en la ilegitimidad y la palabra oral, en tanto que el *yo*, por el contrario, la promesa de una autoridad de otro orden, con una legalidad objetivada en reglas escritas.

En resumen, se configura aquí la posición fronteriza de ese sujeto expatriado, herido y maltratado en su patria, y recibido con admiración y afecto en la tierra chilena que lo cobija, desde donde se enuncia, se organiza y se dispone el texto y desde donde se arroja como llamado de alerta e instrumento de ataque que vale, para su autor, lo que “un escuadrón de coraceros”, o un “verdadero fragmento de peñasco que se lanzan a la cabeza los titanes”⁶⁴. A ese *locus* de enunciación desterritorializado y atravesado de

⁶⁴ Las citas completas donde se incluyen la imágenes del autor sobre su libro, que acabamos de citar, son las siguientes: “La circulación de este librejo (Facundo) vale para mí tanto como un escuadrón de coraceros mandado por un jefe arrojado.” D.F.Sarmiento, “Carta a Anselmo Rojo”, cit. por William Ktra, “El *Facundo*: contexto histórico y estética derivada”, *Cuadernos Americanos*, XL, 3 (1981): 163.

tensiones, se añaden otras oposiciones como la de los materiales, los lugares, los signos y los valores de la escritura y las incisiones: sangre o carbón y tinta; sobre el cuerpo, la pared o el papel; palabras bajas o palabras cultas (en lengua elevada y de prestigio); jeroglíficos ilegibles para unos o enigmas descifrables para otros. Este conjunto de diferencias establecen una primera asimetría entre los sujetos del relato, que consagra la supremacía interpretativa del yo. Sin embargo, la paradoja que desata el conflicto radica en que ese yo investido de saber que se construye y se exhibe como tal, está despojado de poder y muy lejos de dirigir los negocios de la República, que permanece en manos del poder omnímodo de don Juan Manuel de Rosas, quien reúne en su persona las mezquindades y caprichos que guiaban a los caudillos provincianos. Desde esta óptica, se insinúa también el conflicto de intereses entre Buenos Aires y el interior, las ciudades y las campañas pastoras.

La voz fronteriza 'polígrafo' que designaba en esa época el rol social que le correspondía a Sarmiento como sujeto enunciador, en virtud de las prácticas culturales y escriturarias que desempeñaba, perfila otra frontera que se resiste a disociar *ciencia* y *arte*, entreviendo en esa intersección el futuro de las letras contemporáneas, resultante de la tensión entre los muy diversos dominios epistémicos, genéricos, retóricos y lexicográficos involucrados. Al superponerse la entrada del texto con el inicio de un cruce definitivo y cargado de múltiples sentidos (no el primero en la biografía del protagonista, pero sí el que dará comienzo a su actividad periodística y de escritor, académico, político y educador en Chile), se establece allí el horizonte de expectativas del proyecto perseguido con la travesía que había emprendido hacia su exilio como letrado opositor -contracara de las posibilidades que le ofrece la realidad de la que decide alejarse:-

En otro símil bélico le adjudica el mérito de "haber servido de piedra para arrojarla ante el carro triunfal de un tirano (...), libro extraño, sin pies ni cabeza, informe, verdadero fragmento de peñasco que se lanzan a la cabeza los titanes". D.F.Sarmiento, "Prólogo del autor a la traducción italiana de Facundo" (1881), *Obras*, XLVI: *Páginas literarias*, 323.

Pero mucho antes, en *Campaña en Ejército Grande Aliado del Sur*, se autodefine en términos equivalentes al de un panfletista (cfr. Angenot 1982, 24): "Soldado con la pluma o la espada, combate para poder escribir, que escribir es pensar; escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento." D.F.Sarmiento, *Obras*, XIV: *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sudamérica*, 67-68. En la "Primera Carta Quillotana", Alberdi reconoció esta impronta en la escritura de Sarmiento, cuando lo identificaba con una tendencia de la prensa argentina: "Por diez años Ud. ha sido un soldado de la prensa, un escritor de guerra, de combate. En sus manos la pluma fue una espada, no una antorcha. Las doctrinas eran armas, instrumentos, medios de combate, no fines." J. B. Alberdi, *Obras*, IV, 13-14.

prensa libre, producción iluminista y liberal, programa civilizador, utópico, revolucionario.

En ese mismo pasaje se cifra la posibilidad de cambio y de ingreso a la civilización, al trazarse los dos polos contrapuestos del espacio cultural representado: orden-caos, luces-oscuridad, saber-ignorancia, libertad-represión. Siendo en el siglo XIX las ideas el núcleo rector y teniéndolas como tales, Sarmiento asume su papel de narrador y como un gran manipulador, convierte con el poder fáctico de las palabras, la nada en un instrumento todopoderoso: “Nada! escepto ideas, escepto consuelos, escepto estímulos...” (17), mientras proclama las ventajas de la prensa libre, como única arma para *resistir atacando* que ofrece a los combatientes y los hombres libres en Chile. Así, a mediados de ese siglo, exclama en la “Introducción”: “La prensa! La prensa! Hé aquí, tirano, el enemigo que sofocaste entre nosotros; hé aquí el bellocino de oro que tratamos de conquistar...” (18).

En ese contexto, la imagen de la frontera adelanta en el orden semiótico del texto una función de mixtura o fusión, cuando borra la división entre lo literario y lo filosófico-sociológico, órdenes que coexisten conflictiva pero productivamente en ese libro. Así se nos presenta el *Facundo* como un texto *disruptivo* que pone de manifiesto la imposibilidad de hacer literatura por separado de la política, en la Argentina del siglo XIX,⁶⁵ y la necesidad de concebirla como una práctica ni tan específica ni tan particular, en su momento, y mucho menos, autónoma, como querrán verla los finiseculares. Efectivamente, la noción amplia y vigente de *belles lettres* era más comprensiva que lo que hoy entendemos por *literatura*, en su sentido más restringido. En síntesis, si consideramos la frontera -parafraseando a Heidegger- no tanto como el lugar donde algo termina o se detiene sino, por lo contrario, como el lugar a partir del cual algo nuevo comienza a manifestarse,⁶⁶ encontraremos en esa zona altamente productiva, nuevos signos de identidad dentro del mensaje cifrado en el *Facundo*, que redefinen lindes y territorios, categorías y condensaciones, imágenes y consignas. La figura liminar que abre el texto anticipa, de este modo, un trazado que se desplegará -como dijimos- en otros niveles que entretejen la semiosis textual, a través de categorías que se revelan en su desarrollo discursivo a lo largo del espacio textual, como no unívocas ni homogéneas, tal como

⁶⁵ Cfr. R. Piglia, “Sarmiento the Writer”, en T. Halperín Donghi et al. 1994: 127-128.

⁶⁶ Martin Heidegger reelabora la idea de límite, ya pensada en estos términos por los griegos, en “Building, dwelling, thinking”, *Poetry, Language, Thought*. Nueva York,: Harper & Row, 1971, 152-153.

ocurre con los términos de la oposición básica que postula el texto: *civilización – barbarie*,⁶⁷ y también en relación con el escenario más amplio donde se inscribe esa dupla en el marco del aún sangriento drama nacional que ocupará el centro de la reflexión: *cultura (letrada)(occidental), América, americanismo*, entre otros.

El primer capítulo del libro sitúa, con un tono inconfundiblemente magisterial, la República Argentina (Confederación Argentina o, antes, las Provincias Unidas del Río de la Plata) dentro del mapa continental. La elección no parece azarosa y da cuenta de una preocupación que trasciende los límites del estado-nación y que estará presente lateralmente a lo largo del volumen, sin que el autor se desentienda de ella totalmente, aunque nunca llegue a formularla explícitamente ni alcance el primer plano del discurrir ensayístico. Esta estrategia facilita el cotejo entre diferentes zonas y países, y sostiene la localización de dos alternativas en América del Sur, frente a la dupla que articula el tópico central y su profuso despliegue entimemático en el texto. Hay así una América bárbara, rosista (identificada por la tiranía, la violencia, la falta de libertad, muy cercana al exótico despotismo oriental) y una América civilizada o civilizable (caracterizada por la libertad, la justicia, la paz, asociada a la forma de gobierno republicana y a la tolerancia). A esta duplicidad estará naturalmente ligada la oscilación en el uso de la doble acepción del lexema “americano” en el *Facundo*. Si la acepción negativa prima a causa de la apropiación del término por el discurso rosista, equiparado en su propuesta política y cultural a *bárbaro, reaccionario, atrasado, atávico*, el otro uso del mismo asume un sentido positivo, por ejemplo, cuando el mismo autor se define a sí mismo como un escritor “americano”.

Sin embargo, podemos afirmar con certeza que no existe en Sarmiento un desentendimiento total frente a esta cuestión americana. En el *Facundo*, como en otros textos del autor, la representación y la reflexión sobre lo americano se restringen al estudio o explicación –*desentrañamiento*– de la realidad de su patria-nación (“la República Argentina”), pero contemplada como una de las fases de la realidad americana, mientras que Chile encarna “el otro lado de los Andes”⁶⁸, su contracara, la América civilizable y

⁶⁷ Para ampliar sobre el origen y los significados de estos términos, véase la nota 35 del capítulo II del presente estudio.

⁶⁸ El sintagma “en el otro lado de los Andes” es una expresión frecuentemente utilizada en el discurso letrado europeo, sobre todo en escritores del romanticismo francés interesados en cuestiones americanas,

civilizada, como potencialidad realizada. No hay que olvidar que Sarmiento escribe desde el exilio, a la distancia, desterrado de la *polis*, en condiciones que permiten la prensa libre (punto insistentemente declamado en la polémica “Introducción”) y desde donde es posible imaginar y concretar –merced a las ‘luces’ de la prensa- la regeneración y reorganización de su patria. El interés exclusivamente circunscrito a la cuestión nacional es sólo aparente. Las circunstancias que rodearon la escritura del *Facundo* revelan que su autor no se desentendió, desde la primera aparición del libro, del debate sobre el sentido y alcance de la *cuestión americana* y del *americanismo* como ideología continentalista. Por lo contrario, esas preocupaciones estuvieron siempre presentes como telón de fondo del texto. Desde las primeras ediciones del *Facundo*, contamos con suficientes elementos para reinterpretar el posicionamiento crítico de Sarmiento ante la cuestión, como escritor y letrado patricio, lo que permite reevaluar la importancia del tópico en el horizonte ideológico del autor y reconsiderar la aparente indiferencia que se le adjudica ante la causa subcontinental.⁶⁹

Por otro lado, un segundo dato que suele dejarse de lado en las reconstrucciones históricas de la situación enunciativa de este libro es la posición francamente explícita de Sarmiento en contra de las expectativas surgidas de la convocatoria a un Congreso Americano, que se difundió en varios periódicos sudamericanos, un año antes de la publicación del *Facundo*. En 1844, el Ministro del Interior de Chile propuso realizar un

que visualizan dos Américas, a uno y otro lado de la cordillera de los Andes. Por ejemplo, en una carta de Lamennais a Francisco Bilbao, escrita en 1853, que el chileno cita en una nota de su ensayo *El evangelio americano* (1866), se lo refiere a Chile en estos términos: “*on commence à penser avec force de l'autre côté des Cordillères*”. Cit.en Francisco Bilbao, *El evangelio americano, Obras completas*. Edic.de Manuel Bilbao. 2 tomos. Bs.As.: Imprenta de Bs.As., 1866, II, 403.

⁶⁹ Existía un gran movimiento en Montevideo que escandalizaba a la América y le dio a Rosas una poderosa arma moral para fortalecer su gobierno y su principio *americano*. Rosas les echó en cara a sus enemigos unitarios la alianza con los franceses que bloqueaban el puerto de Bs.As. Sarmiento terció en el conflicto aclarando que los verdaderos unitarios que figuraron hasta 1829, no fueron los responsables de esa alianza y cometieron delito de leso *americanismo*, y que quienes en realidad se echaron en brazos de la Francia para salvar la civilización europea fueron los jóvenes de su generación. Lo que en verdad lo inquietaba era la aceptación de Rosas en los estados americanos, aún entre liberales y hombres civilizados. Aunque encontramos reflexiones dispersas sobre distintas naciones americanas en escritos anteriores a 1845, su mayor interés se concentró en Argentina, Chile y Uruguay. Sin embargo, como precisa Paul Verdevoye, es probable que el exilio haya infundido en él una noción de patria de fronteras más amplias que las de su país, y lo haya llevado a pensar más en el continente que en un territorio determinado. Cfr. D.F.Sarmiento (*El Mercurio*, 10.VIII.), *Obras*, IX, 5; P.Verdevoye 1988, 350-357. Desde Francia, Charles Mazade concedió un considerable espacio a esta perspectiva de lectura del libro en la famosa y extensísima reseña que publicó en la *Revue de Deux Mondes*. Cabe recordar por otra parte que, como lo confiesa en sus *Viajes*, en París. Sarmiento se presenta a sí mismo como “el americano”. Cfr. “Documentos relacionados con el *Facundo*”, en Sarmiento, *Facundo*. Ed.crit. de A.Palcos: 364-426.

congreso de repúblicas sudamericanas, para concretar la incumplida utopía bolivariana y, pese a ser partidario del gobierno del general Bulnes y amigo del Ministro Manuel Montt, Sarmiento combatió duramente esa idea en dos artículos, arguyendo que por el estado político rudimentario de las naciones sudamericanas –la mayoría, en plena anarquía o despotismo-, la participación de las que tenían gobiernos regulares en ese congreso implicaría la legitimación de gobiernos como el de Rosas, lo que obstaculizaría la ilustración de la opinión, por las exigencias que impondrían tales tiranos a los países donde se refugiaban sus adversarios.⁷⁰ Al mismo tiempo, a lo largo de su obra y ya previamente a la escritura del *Facundo*, se había instalado en este autor la inquietud acerca de la literatura continental o, al menos, de la América del Sur.⁷¹

Ahora bien, en lo que respecta al rol fundador que se le asigna a este libro, hay que considerar que, desechada la idea de un surgimiento natural de las entidades político-culturales, cuando las elites letradas de la Argentina naciente emprendieron la tarea de “construir una identidad nacional”, se enfrentaron con un legado particularmente

⁷⁰ D.F.Sarmiento, “Un Congreso Americano en 1844” (*El Progreso*, 10 y 11. X.1844), *Cuestiones americanas, Obras*, XXXIV: 7-14. Esos artículos provocaron la respuesta de Alberdi, quien terció en el debate con la “Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano” (1844). Esa tesis presentada en la Universidad de Chile, donde demostraba la utilidad de esa reunión, desató una polémica en la prensa chilena, a la que se sumaron el periódico *El araucano*, redactado por Andrés Bello, y el periódico oficial, *El Siglo*, con el que Sarmiento ya había polemizado anteriormente. Aún cuando el congreso se concretase, Sarmiento sospechaba que no sería más que una utopía, ya que esas reuniones eran una práctica diplomática europea, de difícil y dudosa efectividad en las relaciones internacionales. Desde una óptica realista, su duda se centraba en la ingerencia que podría ejercer un congreso americano en la ética de las relaciones entre los estados americanos y los poderes europeos, sobre todo, en el terreno político y económico. Con lucidez, Sarmiento advertía sobre el efecto contrario que podría provocar la exhibición de las debilidades de América, lo que tentaría las aspiraciones colonizadoras de las potencias europeas en estado de guerra para ocupar territorios vacíos del continente, como las islas Malvinas, Pará, Mosquitos, etc. Lo expuesto testimonia claramente la preocupación de Sarmiento por la situación de América, que parecía obliterada en el *Facundo*.

Es sabido que en sus últimas obras extiende el análisis desarrollado en el *Facundo* hacia toda la América Española. Véase: D.F.Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*. Vol. I, OC, XXXVII. Editorial Luz del Día, 1953, 10-19. En 1883, el “Prólogo” de ese libro enuncia el siguiente diagnóstico: “Para nuestro común atraso sudamericano avanzamos ciertamente; pero para el mundo civilizado, que marcha, nos quedamos atrás” (11). Allí después de pasar revista al estado de las naciones hispanoamericanas y aventurar sus causas, declara sin ambigüedades y muy a todo con el clima ideológico de esos años, su posición frente a la cuestión americana: “...*Tantas analogías y tan grandes disparidades*, pues por todo hemos pasado nosotros y de todo lo que allá pasa también estamos amenazados, me han hecho de tiempo atrás sospechar que hay otra cosa que meros errores de los gobernantes, y ambiciones desenfrenadas, sino como *una tendencia general de los hechos a tomar una misma dirección en la española América*, a causa de la conciencia política de los habitantes, como a causa de una inclinación sudeste del vasto territorio que forma la Pampa, corren todos los ríos argentinos en esa dirección...”(18-19). La cursiva es nuestra.

⁷¹ Hemos realizado un relevamiento más minucioso del tema en M. Scarano, “Sarmiento y la literatura americana”, *Anales de literatura hispanoamericana* (Ed. Univ. Complutense, Madrid), 18 (1989): 29-38.

problemático la verdadera “paradoja del romanticismo en el Plata”, como la define Oscar Terán: en las naciones hispanoamericanas, la necesidad de imaginar una nación se cimentó sobre un vacío de nacionalidad. Y puesto que, siguiendo este esquema, una nación debía derivarse de una cultura autóctona, los jóvenes discípulos de Víctor Hugo y de Lamartine partieron en su búsqueda para encontrarse con que aquello que remitía a un legado nativo era o bien inexistente (el caso de Esteban Echeverría, persiguiendo canciones populares sin hallarlas), o bien despreciable (y es el caso de Alberdi, sosteniendo que “en América todo lo que no es europeo es bárbaro”).⁷² Pero una vez alcanzada la independencia, la flamante generación argentina necesitó urgentemente diferenciarse al mismo tiempo de la colonia española y del pasado anterior del mundo indígena, de modo que “ni indios ni españoles, apelaron entonces a la más amplia identidad de los europeos” (Terán, 279). Se plantea entonces el problema de cómo imaginar ese vacío de tradiciones, cómo representar la carencia, la orfandad de huellas culturales y de lugares comunes y de dónde aferrarse para proyectar y forjar una identidad.

Buscando una respuesta para estas cuestiones, se nos presentan dos imágenes del *Facundo* tan sugestivas como potentes, y con la eficacia simbólica suficiente para ordenar el caos e instaurar un sentido posible, en un texto que muy pronto habría de ser leído como un verdadero hito fundacional. Nos referimos a las imágenes de la *frontera* y el *desierto*. Si, como se dijo, la imagen de la *frontera* prefigura una estética transida de pasajes, traducciones, desciframientos y desplazamientos, y perfila un espacio entretejido de ambigüedades y contrastes, tensiones y dualidades, siempre presentes en la superficie textual, más adelante, al comienzo del primer capítulo, irrumpe la imagen del *desierto* que tendrá en la historia patria una perdurabilidad semejante, pero cargada de mayor tragicidad, y tiene en la literatura argentina una tradición que el mismo Sarmiento se encarga de reconocer y registrar. Había aparecido en el *Fausto* de Estanislao del Campo y en el largo poema de Esteban Echeverría, *La Cautiva*, titulado en forma homónima el primer canto:

...

⁷² Oscar Terán, “Acerca de la idea nacional”, en Carlos Altamirano (ed.). *La Argentina en el siglo XX*. Introducción de C. Altamirano. Bs.As.: Ariel / Universidad Nacional de Quilmes, 1999: 279.

Era la tarde, y la hora
 en que el sol la cresta dora
 de los Andes. El Desierto
 inconmensurable, abierto,
 y misterioso a sus pies
 se extiende, triste el semblante,
 solitario y taciturno
 como el mar...

El reconocimiento de Sarmiento a Echeverría⁷³ le sirvió también para señalar un precedente local y legitimar la nueva estética que introdujo en la prosa americana, donde el sentimiento de lo sublime se abría a la percepción de la naturaleza autóctona, según los dictados del discurso romántico francés. Su hallazgo le permitió presentar un nuevo objeto de inspiración cercana y local, donde se descubrían notables semejanzas con las notas que distinguían los espacios exóticos, tan lejanos, que aparecían insistentemente en las obras más representativas de las corrientes imaginativas de moda, en esa época, como *Las ruinas de Palmira* del conde de Volney, *Los Orientales* de Víctor Hugo y *Atala* de Chateaubriand, entre otras. Pero pudo también –como lo declaraba el propio autor en ese mismo pasaje– extraer de él un valor agregado exportable, que sumaba algo diferente al caudal de capital simbólico importado.

Además, en ambos, la categoría del *desierto* aludía, en última instancia, a la ausencia total de textualidad, en el sentido restringido de registros escritos que dieran cuenta de ese hábitat, lo que guarda directa relación con la inexistencia de inscripciones o huellas perdurables en esa dimensión espacial. En una de las primeras menciones sobre esta cuestión en el *Facundo*, se alude al único registro de índole oral de los

⁷³ En el *Facundo*, Sarmiento elogia el acierto imaginativo de Echeverría, a quien llamó el “Cooper argentino” –aludiendo al novelista norteamericano, Fenimore Cooper, de reconocida fama en Europa por sus novelas *La pradera* y *El último de los mohicanos*:

...Este bardo arjentino dejó a un lado a Dido i Argea, que sus predecesores los Varela trataron con maestría clásica i estro poético, pero sin suceso i sin consecuencia, porque nada agregaban al caudal de nociones europeas, i volvió sus miradas al Desierto, i allá en la inmensidad sin límites, en las soledades en que vaga el salvaje, en la lejana zona de fuego que el viajero ve acercarse cuando los campos se incendian, halló las inspiraciones que proporciona a la imaginación, el espectáculo de una naturaleza solemne, grandiosa, inconmensurable, callada; i entónces, el eco de sus versos pudo hacerse oír con aprobacion, aun por la península española... (48).

acontecimientos que *serían* la materia central del libro y que curiosamente se recogieron en ese ámbito de desarraigo, nomadismo y dispersión:

Diez años aún después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos *en el desierto*, decían: “¡No, no ha muerto! ¡Vive aún! ¡Él vendrá!” (55) (El énfasis es nuestro).

Era el inasible espacio de la oralidad, del decir de las tradiciones populares, los rumores y las consejas, de los cuentos “de fogón”; una construcción que devolvía una originalidad previa al lenguaje del letrado. Y es ese espacio, ignorado o desconocido para el saber europeo o para sus difusores locales, el que resultaba imperioso representar y fijar para poderlo dominar. De ahí que se pueda describir al *Facundo*, como lo hace Julio Ramos, como “un depósito de voces, relatos orales, anécdotas, cuentos de otros que Sarmiento ‘transcribe’ y acomoda en su representación de la barbarie” (J. Ramos 1989, 29), como si la escritura de la voz resolviera en la misma superficie de su forma la contradicción generada por el caos. Sin embargo -como también sugiere Ramos-, habría que reparar sobre todo en el modo de la representación y en los cambios que se introducen en la transcripción. No hay dudas de que la visión de Sarmiento desborda en contradicciones y es justamente en este punto donde nos interesa ahondar.

Volviendo al plano de lo espacial, se podría trasladar esa misma inquietud al modo de composición de la imagen del desierto y de otras afines, casi homólogas, que se presentan en el *Facundo*, como la *pampa*, la *llanura*, la *planicie*, donde hallamos también una zona de tensiones y fuerzas contrarias semejante a la que configura el eje escritura-oralidad. Paradójicamente, la tarea inédita emprendida esos jóvenes escritores americanos, escribir el desierto, fue la condición necesaria para conquistarlo y también para modernizarlo. Y si, por cierto, la tarea consistía en “llenar el vacío”⁷⁴, era imperioso conceptualizar, nombrar, ‘escribir el vacío’ (“desierto”) y así fijarlo, ordenarlo, delimitarlo, para poder recién entonces ‘poblarlo de signos’ y otorgarle un sentido, cultivarlo, civilizarlo. La función y el encuadre ideológicos de esa empresa son

⁷⁴ Recuérdese la expresión del mismo Sarmiento, en *Recuerdos de provincia*: “Nosotros, al día siguiente de la revolución, debíamos volver los ojos a todas partes buscando con qué llenar el vacío...” D.F. Sarmiento, *Obras*, III. Bs. As., Editorial Luz del Día, 1948, 117. El énfasis es nuestro.

por demás evidentes: la denostación del despotismo, el caudillismo y la barbarie, principales obstáculos para la misión civilizadora y la concreción del proyecto modernizador soñado, por un lado, y por otro, la legitimación del expansionismo europeo como empresa de civilización, en la que Sarmiento se empeña en inscribirse, pese a no ser europeo, dentro de las líneas que definen la ideología neocolonial.

Puede inferirse que la cartografía simbólica trazada sobre la nación proyectada asume el sentido deleuziano de 'deslinde demarcatorio' de territorios físicos, espacio-temporales y culturales, en una doble articulación: como programa ideológico y como política concreta de escritura.⁷⁵ Y, en este sentido, cabe llamar la atención sobre el papel rector de la geografía en el montaje de esa "escena de identidad" (J.J.Brunner 1994, 195). La doble-motivación que señalamos -ideológica y estética- rige la composición del paisaje en el *Facundo* y obedece a un doble movimiento. Si se apela al "archivo orientalista" para establecer analogías y comparaciones, y al prestigio del color local y la lejanía para barbarizar poéticamente los escenarios y los personajes locales, acudiendo a un saber universal siguiendo un modelo bastante más general⁷⁶, esos mismos procedimientos son utilizados para enmarcar y situar de un modo inequívoco el despotismo y a su agente, el déspota Rosas.

En efecto, la figuración estética del desierto en el *Facundo* no escapa a las convenciones del modelo romántico de la época y comparte casi todas las marcas que distinguen la construcción estereotipada de los espacios bárbaros: inmensidad, soledad, extensión llana e inmensurable, aridez, lejanía, ciudades decadentes o en ruinas y presencia furtiva de "beduinos americanos" que surcaban esos lugares "inhabitados", pero no deja de vincularse con el otro móvil, por cuanto permite presentar el mal político del poder absoluto mediante la imagería orientalista, de acuerdo con la tesis

⁷⁵ Cfr. Graciela Montaldo, "El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento", B.González S.-Javier Lasarte- G.Montaldo-Ma.Julia Daroqui (compils.). *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana-Equinoccio-Edics. de la Universidad Simón Bolívar: 103-123.

⁷⁶ Carlos Altamirano señala con acierto que el uso general de símiles y paralelos era un procedimiento extendido en las ciencias humanas, muy corriente en la literatura de viajes y entre la elite ilustrada, asimilado mediante la lectura, aún sin mediar la experiencia del viaje, y pone en duda que el mecanismo analógico baste para conferirle singularidad a Sarmiento o al *Facundo*, en velado contrapunto con la sugestiva interpretación de Ricardo Piglia sobre las analogías en ese libro. Cfr.C.Altamirano, "El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio G. Ravignani"*, 3ª serie, 9 (1º sem. 1994): 8-9, y R. Piglia, 1980.

del despotismo que Montesquieu desarrolla en *El espíritu de las leyes*, donde presenta el Asia como el medio natural de esa forma de gobierno.

La primera descripción del desierto aparece en el libro en un elocuente y extenso pasaje que sirve para ilustrar la importancia de la composición del paisaje americano en la organización de la obra.⁷⁷ En ella se destaca la descripción del *desierto* que acecha en los bordes y se insinúa también en las entrañas del país, confundiendo con otras zonas geográficas que no responden estrictamente a la fisonomía de aquél. En especial, llamaremos la atención sobre el modo que asume en ese espacio la composición de los ‘salvajes’, precisamente uno de los componentes que sospechamos más conspicuos pero que ha sido menos analizado por la crítica. El calificativo se repite en tres ocasiones en este pasaje, para hacer alusión a lo temido (“los bultos siniestros de la horda salvaje”), refiriéndose a las tribus de indígenas que atraviesan y deambulan por ese espacio, sin llegar a habitarlo ni poblarlo, de acuerdo con la condición animal que se les atribuye y a juzgar por los epítetos que acompañan sus escasas menciones o por las otras alimañas con las que se los equipara. En ambos casos, se recurre a una estrategia que pondrá en evidencia el carácter ficticio o artificioso de esa construcción política y cultural,

⁷⁷ La inmensa estension de pais que está en sus extremos, es enteramente despoblada, i rios navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Arjentina es la estension: el desierto la rodea por todas partes i se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitacion humana, son, por lo jeneral, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí, la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los rios, el horizonte siempre incierto, siempre confundiendo con la tierra, entre celajes y vapores tenues, que no dejan, en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba i principia el cielo. Al sud i al norte, acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambres de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y sobre las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las Pampas, i que se detiene a reposar por momentos, la tripulación, reunida en torno del escaso fuego vuelve maquinalmente la vista hácia el sud, al más lijero susurro del viento que ajita las yerbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede, de un momento a otro, sorprenderla desapercibida. Si el oido no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo oscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de algun caballo que está inmediato al fogon, para observar si están inmóviles y negligentemente inclinadas hácia atras. Entónces continúa la conversacion interrumpida, o lleva a la boca el tasajo de carne medio sollamado de que se alimenta. Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una vívora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual i permanente en las campañas imprime, a mi parecer, en el carácter arjentino, cierta resignacion estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra; y puede quizá explicar en parte la indiferencia con que dan i reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven impresiones profundas i duraderas. (30-31)

ideológicamente fundada.

Desde esta perspectiva, el *desierto* se configura a partir de la tensión entre una serie de elementos aludidos, ostentosamente unas veces y de un modo compulsivo otras, sin reparar en errores ni reiteraciones -las estepas, el llano, la llanura y la pampa como “el mar en la tierra”, los beduinos, la caravana-, y otros moderada y suspicazmente eludidos. Ciertamente, si los textos y las formas de percepción y de imaginación de algunos viajeros extranjeros que visitaron estas y otras tierras de la América Meridional, como Francis Bond Head, Alexander von Humboldt, Joseph Andrews, Félix de Azara, Charles Darwin, entre otros, refractaron al ser invocados y exhibidos de un modo ostensible y sin pudor alguno, en el *Facundo*,⁷⁸ para configurar imaginativamente un espacio que el autor, en rigor, no alcanzó a conocer sino muchos años después, cuando acompañó a Urquiza como bofetinero en el Ejército Grande del Sur, cabría preguntarse cómo entender o explicar la reticencia sostenida en la figuración de un elemento que podría ofrecer la oportunidad de desplegar la artillería retórica del exotismo y de la barbarie y, en consecuencia, a qué podría obedecer la compulsiva ostentación de esas ‘señas de civilización’. Y por último, qué relación e implicancias se podrían establecer entre estas dos actitudes: la de nombrar profusamente lo escasamente conocido por fuentes de segunda o tercera mano, y la de mencionar con mesura o simulando ignorar lo bien conocido, cercano y tan temido.

No se pueden ignorar las profusas alusiones de citas, lecturas, vocablos, miradas e imágenes prestigiosas, procedentes de los centros culturales europeos y portadoras de los lustres de la civilización; de las luces de la razón y de las tentadoras promesas del progreso que invaden desde los epígrafes hasta las estrategias de autorización de los enunciados, las notas ampliatorias y las comparaciones, los pasajes y fragmentos traducidos, las analogías y las imágenes que remiten a referencias culturales exóticas y lejanas, pero ideológicamente motivadas. Es evidente que el saber universal que se ostenta, buscando formular un programa que se proyecta inscripto en la cultura occidental, requiere la exhibición de un repertorio bien nutrido de referentes culturales amplio y variado, así como de estrategias de presentación que lo hagan asimilable a una

⁷⁸ Prieto señala la contradicción que supone en el *Facundo* introducir las efusiones y valoraciones estéticas sobre el escenario natural extraídas de los textos de Humboldt y los viajeros ingleses, cuando se postulan los efectos negativos determinantes de esa naturaleza en caracteres, hábitos e ideas. Cfr. A. Prieto 1996: 164-5.

audiencia europea y civilizada. Como señalamos, ese saber aparecerá las más de las veces mediatizado por la retórica, los códigos culturales y la perspectiva de los viajeros, en muchos casos, haciendo un “uso salvaje de la cultura” que aquellas lecturas le pudieron proveer.⁷⁹

Hay, además, en el texto elusiones de diferentes tipos como la que colectiviza al ‘otro’ indígena (el malón, las hordas) que atraviesa el desierto exterior o lo coloca en un segundo plano, bestializándolo, sin llegar al retrato panfletario, ni caer en descripciones tan enfáticas que descubren un innegable trasfondo racista, como lo hiciera en textos muy cercanos temporalmente donde no ahorraba improperios descalificadores – utilizados como epítetos- para establecer su denostación. Por ejemplo, caracterizaciones de una crudeza inusitada como las que Sarmiento publicó en un periódico chileno, menos de un año antes de la aparición del *Facundo* en folletín, en una reseña crítica a un texto de José V. Lastarria donde se ponía en tela de juicio el sistema colonial de los españoles. Así escribió en una clara toma de posición sobre el exterminio indígena, con una argumentación tan temible como falaz:

Si este procedimiento terrible de la civilización es bárbaro y cruel a los ojos de la justicia y de la razón, es, como la guerra misma, como la conquista, uno de los medios de que la providencia ha armado a las diversas razas humanas y entre éstas a las más poderosas y adelantadas, para sustituirse en lugar de aquellas que por su debilidad orgánica o su atraso en la carrera de la civilización, no pueden alcanzar los grandes destinos del hombre en la tierra. Puede ser muy injusto exterminar salvajes, sofocar civilizaciones nacientes, conquistar pueblos que estén en posesión de un terreno privilegiado; pero gracias a esta injusticia, la América, en lugar de permanecer abandonada a los salvajes, incapaces de progreso, está ocupada por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más bella y la más progresiva de las que pueblan la tierra...⁸⁰

⁷⁹ Uno de los ejemplos más elocuentes lo encontramos en el registro de la cita erróneamente atribuida a otro autor (Fortoul por Volney o quizás Diderot), que Sarmiento escribe con carbón, a modo de *graffiti*, antes de atravesar la cordillera de los Andes para exiliarse en Chile.

⁸⁰ D. F. Sarmiento, “Investigaciones. Sobre el sistema colonial de los españoles. J.V.Lastarria”, *El Progreso*, 27. IX. 1844, *Obras*, II. Bs.As., Editorial Luz del Día, 1948: 218.

Y en ese mismo texto –el único donde Sarmiento ofrece un juicio favorable acerca de la empresa de la conquista española y de sus gestores-, deslizaba más adelante una posible explicación a la elusión que señalamos:

... Creemos, pues, que no debieran ya nuestros escritores insistir sobre la crueldad de los españoles para con los salvajes de América, ahora como entonces, nuestros enemigos de raza, de color, de tendencias, de civilización; ni principiar la historia de nuestra existencia por la historia de los indígenas, que nada tienen de común con nosotros (...). No hay amalgama posible entre un pueblo salvaje y uno civilizado. Donde éste ponga su pie, deliberada o indeliberadamente, el otro tiene que abandonar el terreno y la existencia; porque tarde o temprano ha de desaparecer de la superficie de la tierra, y si algo arguye a favor de los españoles es el que los salvajes, cuyos descendientes forman hoy nuestra plebe de color, hayan sido tolerados y protegidos. Decimos otro tanto con respecto a la violación de los principios del derecho de gentes para con los salvajes. Este derecho supone gentes, naciones que pactan entre sí, que se respetan, que reconocen derechos o los reclaman, y esto no puede tener lugar en las luchas que sostienen las naciones civilizadas con los salvajes (...)

[P]ero no podemos menos que reconocer en los países civilizados cierto odio y desprecio por los salvajes, que los hace crueles sin escrúpulo; y ese odio y ese desprecio eran tan patentes en los españoles contra los indios y los infieles, que se discutió largo tiempo entre teólogos y sabios si los indios eran hombres. Sobre todo, quisiéramos apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia, y para nosotros, Colocolo, Lautaro y Caupolicán, no obstante los ropajes civilizados y nobles de que los revistiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar y mandaríamos colgar ahora, si reapareciesen en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla... (218-219, 220)⁸¹

⁸¹ Según la investigación histórica de Lastarria en la Memoria que presentó a la Universidad de Chile, la conquista española había influido decisivamente sobre la sociedad chilena. En ella celebraba con

Se probaría así que la deliberación de 'construir un paisaje', donde se conjuguen esos dos designios rectores del *Facundo* -el político y el estético- conlleva el riesgo ineludible de la contradicción que el mismo autor admitirá hacia el final de su vida.⁸² ¿Cómo entender, sin ceder ante la tentación de desplegar un mayor potencial literario, la elección de privilegiar la representación de la llanura pampeana central y oriental como una Arcadia de rasgos orientales, surcada por carretas viajeras, arrieros y gauchos indómitos y solitarios, bajo la amenaza constante de los malones, un espacio vasto y desierto donde relevará unas catorce ciudades, cuando la descripción de aquella otra llanura "degradada de matorrales enfermizos y espinosos" de la precordillera riojana, que había sido el terruño de Quiroga, más ajustada a la tesis del determinismo mesológico, o del desierto externo, le hubiera permitido presentar con mayor dramatismo la lucha entre la civilización y la barbarie.

En suma, la elusión del 'otro' indígena pone en duda y acaba descartando la posibilidad de civilizarlo, quedando así restringida la condición de 'otro' civilizable solamente a los gauchos, esos "beduinos americanos" que deambulaban por la pampa sin afincarse definitivamente en ningún sitio. No obstante, esta resolución no está exenta de ambigüedades e inconsistencias, ya que la intención de desconocer en los "indios" los

entusiasmo la heroica resistencia de los araucanos y condenaba los malos tratos de los españoles para sus enemigos. Sarmiento le replicó, contrargumentando así:

El autor no ha podido en estos conceptos emanciparse de las ideas que puso en boga la revolución de la independencia para azuzar los ánimos contra la dominación española, mintiendo una pretendida fraternidad con los indios, a fin de ponernos en hostilidad con nuestros padres, a quienes queríamos arrojar de América; así, pues, nos envenenaríamos de 'la cordura de Colocolo, de la prudencia y fortaleza de Caupolicán, de la pericia y denuedo de Lautaro, de la ligereza y osadía de Painenancu', como si estos hombres salvajes pertenecieran a nuestra historia americana, y como si Arauco, después de la revolución, como durante el coloniaje, no fuese un país fronterizo y una nación extraña a Chile y su capital e implacable enemigo, a quien Chile ha de absorber, destruir, esclavizar, ni mas ni menos que lo habían hecho los españoles. Cuando nos preguntamos, pues, cuál es la sociedad sobre la que la conquista ha venido a influir, nosotros no sabemos qué contestarnos, a no ser que se suponga una solidaridad que nunca existió entre los antiguos pueblos indígenas; y los españoles y sus descendientes (217).

⁸² Sobre el *Facundo*, escribió su autor:

No vaya el escarpelo del historiador que busca la verdad gráfica, a herir en las carnes del *Facundo*, que está vivo; ¡no lo toquéis! Así como así, con todos sus defectos, con todas sus imperfecciones, lo amaron sus contemporáneos, lo agasajaron todas las literaturas extranjeras, desveló a todos los que lo leían por primera vez, y la Pampa Argentina es tan poética hoy en la tierra, como las montañas de la Escocia diseñadas por Walter Scott, para solaz de las inteligencias. D. F. Sarmiento, "Facundo. Civilitá o Barbarie- versione al' italiano de F. Fontana" (*El Nacional*, 22.IX.1881), *Páginas literarias, Obras*, XLVI. Ed. por Augusto Belín Sarmiento Bs.As., Luz del Día, 1953, 303-304. Respetamos la ortografía del original.

rasgos que definen a la especie humana,⁸³ lo que los dejaría fuera de la dicotomía civilización-barbarie que estructura la obra, convive con la mención de la ‘barbarie indígena’ que reaparece esporádicamente en el texto. Se podrían ensayar otras razones posibles para esa sospechosa elusión. Quizás una figuración más detallada de la feracidad de las temerarias tribus salvajes que atravesaban en hordas el desierto, habría colaborado para equiparar de algún modo al ilustrado Sarmiento con su bárbaro adversario, el Restaurador de las Leyes, quien tuvo una destacada actuación militar en el trazado de la frontera austral, en la línea de los fortines, luchando contra los malones que dominaban la Patagonia, lo que –de no mediar el fracaso en esa empresa- lo hubiera colocado a Rosas entre los gestores de la ‘misión civilizadora’.

Pero, aún admitiendo esta tensión entre la negación o el ocultamiento de aquellos signos que desea excluir del proyecto literario, cultural y político de la nación, y la fuerte voluntad de inscripción, donde advertimos una sistemática “sobreescritura nativa de lo exótico” (Sommer, 60) por medio de sus lecturas y su ávida capacidad para apropiarse de conocimientos heterogéneos por diferentes medios, el *Facundo* no deja de presentarse como una épica fundacional, un discurso cultural que funda una nueva forma política y retórica americana, habiéndose ganado como tal un lugar privilegiado en la literatura nacional.

Aquí encontramos la fórmula para comprender la verdadera finalidad que encierra esa tarea política y cultural: una labor de ‘poblamiento’ que el autor no sólo desplegó en el orden político material, como efectivamente lo cumpliría unos años después, en su programa de colonización de las campañas bonaerenses, formulado en su famoso discurso de Chivilcoy, sino también en el orden simbólico, instalando el *desierto* en el naciente imaginario nacional como problema y despejando ese territorio de todo posible indicio de asentamiento ‘humano’ estable y de signos de *cultura* que pudieran haber arraigado desde tiempos inmemoriales en esa región. De modo que recién en un segundo movimiento sería factible nombrar, demarcar y fundar un nuevo orden, domesticando el vacío, la barbarie y el caos para sembrar la civilización.

⁸³ Doris Sommer identifica esta operación con el “ninguneo” que, con mayor o menor culpa o nostalgia, Sarmiento practica al “hacer de Alguien Nadie”, tal como define esa expresión Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*. Cfr. Doris Sommer, *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley - Los Angeles / London: University of California Press, 1991, 67.

Si la cultura es menos el paisaje contemplado que la mirada con que se lo mira o, dicho de otro modo, el modo de construirlo y contemplarlo, podemos concluir entonces que la escritura en conflicto que media en el *Facundo* entre la civilización y la barbarie, por momentos tensando y en otros, entrecruzando estas oposiciones, fragua una literatura que, desde la letra y la composición de un paisaje nacional, rubrica una voluntad de poder. Una vez más, el gesto tan argentino de construir una identidad nacional en un sutil y complejo mecanismo de reapropiaciones y negaciones, corrobora la hipótesis de Mitchell acerca de la relación entre paisaje, cultura y poder:

... El paisaje no sólo significa o simboliza relaciones de poder; es un instrumento de poder cultural, tal vez incluso un agente de ese poder que es (o que muchas veces es representado como si fuera) libre de las intenciones humanas. El paisaje como medio cultural tiene, pues, un papel doble con respecto a nociones como la de ideología: naturaliza una construcción cultural y social, representando a un mundo artificial como si éste estuviera dado e inevitable, y vuelve operativa esta representación interpelando a su portador desde su supuesto carácter de evidencia visual y espacial...⁸⁴

Retomando el epígrafe de este capítulo, por varios motivos, se puede sostener que el *Facundo* resulta —como lo advirtió el propio autor en su vejez— un *texto vivo*, y como tal convivió con él a lo largo de toda su vida. Las palabras con que se refiere a su libro en una carta dirigida a su nieto editor, nos invitan a imaginar una semejanza con la relación de continuidad vital entre obra y autor que Montaigne señalaba a propósito de sus *Essais*:

... El libro este, es una especie de poema, panfleto, historia, que habiendo pasado el objeto con que se escribió, *queda vivo* no obstante y pasa a otras lenguas con veinte años de retardo, por el interés y novedad de sus ideas.⁸⁵

⁸⁴ W.J.T. Mitchell, "Introduction", id. (ed.) *Landscape and Power*. Chicago, Chicago U.P., 1994: 1-2

⁸⁵ D.F.Sarmiento, "Carta a su nieto Augusto Belín Sarmiento, ante la cuarta edición de *Civilización y barbarie*" (París, marzo de 1874), *Obras*, LI: 387. El énfasis es nuestro.

Por cierto, si Facundo vivía en las tradiciones populares, el 'texto *Facundo*' siguió vivo también, a lo largo del siglo y medio transcurrido desde su publicación, activando todo tipo de mecanismos y marcas de constantes culturales que aún podemos localizar, al menos, en algunas regiones de nuestro país y del subcontinente, y que dan cuenta de la dificultad bastante generalizada en un grupo lector medianamente familiarizado con ese libro, para hablar del *Facundo* en forma desapasionada –como ocurre también con otros escritos sarmientinos- o simplemente para entablar un diálogo actualizado con el texto, sin caer en esquematismos o simplificaciones, o en reacciones epidérmicas de exaltación ingenua o rotundo rechazo. En suma, aún hoy el *Facundo*, texto complejo de nuestra historia cultural, portador de significaciones que modelan nuestra identidad individual y social, sigue problematizando y estimulando polémicas y debates. Así, al concebirlo como un organismo vivo, Sarmiento revela algunas claves de su escritura en términos programáticos y descubre bajo una formulación deóntica no sólo la relación de paternidad que lo religa con el libro sino hasta qué punto reconoce en aquel una proyección de sí mismo:

Escribir es pensar ha dicho alguno; pero yo creo que *mejor habría dicho*, escribir es sentir, es querer, es obrar; y nunca producirán nuestras plumas contemporáneas cosa que interese, si el corazón y simpatías no van guiando a la inteligencia en las narraciones históricas. El autor de un libro *ha de* dejarse apercibir más que en el título de la obra, en el *perfume de las ideas*. Un libro *debe* saber a algo y ser el hijo y la imagen de su padre.⁸⁶

⁸⁶ D.F.Sarmiento, "La dictadura de O'Higgins..."(*Crónica*, 26.XII.1853), *Obras*, II:376. El énfasis es nuestro.

"Nuestra América", de José Martí: la escritura de una patria virtual

Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme...

José Martí¹

América Latina existe como un campo de lucha (...); lucha de retóricas y discursos -a veces seguidas de luchas armadas- que se disputan la hegemonía sobre el sentido de 'nuestra' identidad. Es decir, tras cada postulación de lo latinoamericano hay una voluntad de poder, ejercida desde distintos lugares en el mapa de las contradicciones sociales...

Julio Ramos²

El segundo texto en nuestra travesía es "Nuestra América" (1891)³, un escrito

¹ José Martí, "Carta a Bartolomé Mitre y Vedia" (Nueva York, 19 de diciembre de 1882)", *Escenas norteamericanas* (1881-1883), J. Martí, *Obras completas*, t. IX: *En los Estados Unidos*. La Habana: Editora Nacional de Cuba, 1963-1965, 16. La cursiva es nuestra.

² Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina...*, 230.

³ Las alusiones y citas textuales remiten a la siguiente edición: J. Martí, *Nuestra América*. Prólogo de Juan Marinello. Selección y notas de Hugo Achugar. Cronología de Cintio Vitier. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977. Hemos cotejado esta edición con la versión incluida en el tomo VI de las *Obras completas* (La Habana: Edit. Nac. de Cuba, 1963) y con la edición de "Nuestra América" anotada por C. Vitier, incluida en: C. Vitier, "Nuestra América, texto cenital de José Martí", AAVV. *José Martí a cien años de Nuestra América*. Coordinada por J. Serna Moreno y Ma. Teresa Bosque Lastra. México: UNAM-CCYDEL...,

emblemático que se ha convertido ya en un clásico del latinoamericanismo, nacido de la pluma del cubano José Martí, cuando aún residía en Nueva York. Este *ensayo-programa* coincide con el *Facundo* en su inscripción en las páginas de un diario y comparte con aquel la función social y algo de la retórica propia del discurso periodístico. En ese primer contexto discursivo, dotado de la peculiaridad material que lo caracteriza y que condiciona lo que allí se publica, la materia prima más accesible para el ensayista es la realidad inmediata. Por esta razón, el proceso mental transferido a la escritura se hace cargo, en primer lugar, de la descripción de hechos reales como, en este caso, los avances y planes inmediatos de la política expansionista de los Estados Unidos hacia las repúblicas del resto del continente y las amenazas que esto supone, realidades de las que Martí tuvo evidencias directas al participar en la Primera Conferencia Internacional Americana de Washington (1889-1890), aunque las referencias aparecen formuladas veladamente en su ensayo. Y recién en segundo lugar, da paso a la meditación y formula conclusiones o teoriza sobre esos hechos. Este punto reviste particular importancia, si consideramos que la reflexión en Martí aparece siempre como una dimensión nunca abstracta, sino situada y marcadamente encarnada con la realidad histórica, social y hasta individual y cotidiana, pese a la aparente volatilidad derivada de un uso altamente estilizado del lenguaje, aún para asuntos de inmediatas y dramáticas consecuencias prácticas.⁴

Además de la brevedad en su extensión, la clara impronta del ensayo *cognitivo*, concentrado y de diagnóstico (Angenot 1982), lo distancia de la morosidad en el discurrir que encontrábamos en un ensayo más meditativo y expansivo como el *Facundo*. Estas dos marcas instalan una diferencia definitiva con ese otro ensayo. Sin embargo, como Sarmiento, en este texto Martí sobrepasa el marco de conocimientos acumulados por una disciplina determinada, lo que da lugar a un tipo particular de ensayo que señalamos como “desenmarcado” o “descentrado” (Mignolo 1984). Discurso político y poético a la vez, que reúne el estudio táctico del terreno y la visión profética con argumentos que combinan razón y pasión, reaparece nuevamente aquí la mixtura de

1993: 143-162. De *El Gallo Ilustrado* 1496, suplemento cultural de *El Día* (México, 24. II.1991). Publicada también como anexo en C. Vitier, *Vida y obra del Apóstol José Martí*. La Habana: CEM, 2004: 339-347.

⁴ David Lagmanovich, “Los Estados Unidos vistos con los ojos de nuestra América”, en J. Martí, *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*. Edic. crítica coord. por Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez. Madrid-Barcelona-La Habana...: Colección Archivos - Casa de las Américas, 2003: 1850.

literatura (estética) y política, tan cara a los románticos y al espíritu del siglo XIX latinoamericano. El andamiaje argumentativo toma en “Nuestra América” la forma de un despliegue estratégico y, en este sentido, es inseparable de su naturaleza claramente agonística, la que autoriza su inclusión –como veremos más adelante– en la llamada *literatura de combate*. Esta inscripción del ensayo en el campo de lo bélico no debe llamar la atención, si reconocemos que la cultura es en Latinoamérica, especialmente en esos tiempos, siempre “un campo de batalla”, ya como resonancia de las luchas armadas, ya como el lugar donde éstas se fraguan y reavivan.⁵

Por otra parte, la figura de José Martí, investida –como pocas– de un carácter sacralizado como ‘héroe cultural’ y ‘patriota revolucionario’ –cuyos méritos ciertamente no desestimamos–, sumado a los innumerables apelativos consagratorios con que se lo nombraba ya desde su época –Darío lo llamó “Maestro”; Ezequiel Martínez Estrada, “un Héroe” y “un Santo, un Sabio y un Mártir”–, explica a las claras esta impronta proyectada en su escritura y su propuesta estética y, al mismo tiempo, el relativo desinterés sobre un aspecto que permaneció desatendido por la crítica martiana para dar paso a lecturas que enfocaban su filiación modernista o su militancia política revolucionaria y antiimperialista *avant la lettre*, con el consecuente repertorio ideológico que la fundamentaba. Precisamente el aspecto que destacamos, el del Martí *periodista-cronista-ensayista* –que no invalida ni desconoce los otros enfoques sino que los integra desde otra perspectiva–, ha venido recibiendo una atención preferencial por parte de la crítica en las últimas décadas.⁶

Es fácil advertir cómo esas facetas están presentes en “Nuestra América”, en el proceder provisional y tentativo de la retícula martiana que imprime una determinada

⁵ Susana Rotker, “Estudio preliminar” a *Ensayistas de nuestra América*, tomo I, ... 7. Remitimos también a la idea de *cultura* de Pierre Bourdieu que desarrollamos en el capítulo 2 de este estudio. Cfr. P. Bourdieu 1984.

⁶ No podemos dejar de señalar el protagonismo de Ángel Rama en este decisivo viraje en los estudios martianos, quien instaló definitivamente el estudio de la producción literaria y periodística martiana en relación con la *dialéctica modernidad/modernización* en América Latina. Véase: Ángel Rama, “La dialéctica de la modernidad en José Martí”, *Estudios martianos. Seminario Martí*. Río Piedras-Pto. Rico: Universidad de Puerto Rico, 1971: 129-197). Son de destacar, también en esta línea, los estudios señeros de Julio Ramos (1989) y de Susana Rotker (1991 y 1992) y, además, los trabajos reunidos por Pedro Pablo Rodríguez en: *El periodismo como misión* (Compilación y prólogo de Pedro Pablo Rodríguez. La Habana: Pablo de la Torriente Editorial, 2002), y los estudios recogidos en la edición de las crónicas de Martí escritas en y sobre los Estados Unidos: J. Martí, *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892* (Edición crítica coordinada por R. Fernández Retamar y P. P. Rodríguez. Madrid-Barcelona-La Habana-Lisboa-París-México-Bs.As.-San Pablo-Lima-Guatemala-San José: Colección Archivos - Casa de las Américas, 2003).

‘forma de mirada’ al observar lo que irrumpe solapadamente y conlleva una amenaza, para luego detenerse en los contrastes y finalmente arriesgar una generalización que asume el peso de una verdad por la contundencia de su forma aforística, pero sin anular la posibilidad de repensarla, ya sea para ratificarla o reformularla, mediante un uso del lenguaje más persuasivo y exhortativo que imperativo y coercitivo.⁷

La biografía del Apóstol cubano no ahorra experiencias que lo singularizan como Mártir y Padre fundador en una tarea patriótica de emancipación que él asume conscientemente siendo apenas un adolescente. Por el contrario, ese itinerario llamativamente precoz de confrontación y búsqueda de coherencia ideológica, acompaña y refuerza el cariz fuertemente militante, ético e integrador de facetas diferentes y contrastantes que se proyecta en su escritura, en su propuesta ética y estética a la vez, y en su vida misma, en consonancia con su visión integral y orgánica del mundo.⁸

Recordemos en breves trazos un episodio biográfico temprano, por demás elocuente de los ribetes prematuramente dramáticos de esa vida tan particular y de la precoz conciencia política que desde entonces tenía el autor. Formado por su maestro, el poeta y patriota cubano, don Rafael María de Mendive -su “segundo padre”, en quien vio el modelo del letrado criollo que, por resistir y oponerse a la tiranía colonial, debió sufrir la cárcel y el destierro-, también Martí fue preso político y desterrado de su Isla, antes de los dieciocho años.⁹ En las primeras tareas públicas que desempeñó se

⁷ Baste para ilustrar lo que afirmamos, el cotejo de las tesis y argumentaciones de “Nuestra América” (1891) con las de un discurso anterior, de temática similar, conocido como “Madre América” (1889).

⁸ Reconocemos nuestra deuda en la perspectiva desde donde interpretamos este ensayo nodal de la obra martiana, a la lectura del ineludible estudio de Fina García Marruz, *El amor como energía revolucionaria en José Martí*. La Habana: Centro de Estudios Martianos - Ediciones Pontón Caribe, 2003. Lejos de pretender imponer dogmáticamente la visión integral del mundo de Martí, García Marruz propone simplemente no ignorarla y tomar lo provechoso que se encuentre en esa obra, estudiar el pensamiento martiano como un todo y analizar la función de su ideario político-social, pedagógico y estético, sin dejar de percibir “los hilos”, ‘la juntura’ que los engarza”, porque ese “...principio de relación, en su caso, constituye el centro de que esos radios parten...”, y “la interrelación de esos órdenes forma parte constitutiva de cada orden en sí mismo...”.

⁹ Encarcelado y deportado Mendive (1821-1886) y clausurado el colegio “San Pablo” de su Maestro, Martí fue también encarcelado junto con su amigo Fermín Valdés Domínguez, ambos acusados de escribir una carta sediciosa. Martí reclamó la paternidad de esa carta y el derecho de Cuba a la independencia, y fue condenado a seis años de prisión en 1870 y obligado a realizar trabajos forzados en canteras. Por gestiones de su padre, pronto le conmutaron la pena por deportación a Isla de Pinos y luego a España,

reconocen las huellas de su mentor. Al estallar la guerra cubana contra España en el poblado de Yara, en Oriente (Cuba), en 1868, adhirió “a la causa de Yara”. Publicó sonetos clandestinamente y al año siguiente editó la revista *El diablo cojuelo*, y poco después el “semanario democrático cosmopolita”, *La Patria Libre*, publicaciones que no pasaron del primer número. En este último, con tan sólo dieciséis años, publicó su poema dramático “Abdala”, un escrito patriótico que prefiguró proféticamente algunos episodios de su vida, donde el joven patriota negro homónimo, empeñado en defender su patria, Nubia (en clara alusión a Cuba), ante el opresor, le explicaba con estos versos a su madre, Espirta, cuando ésta intentaba detenerlo, antes de su partida:

...

El amor, madre, a la patria
 No es el amor ridículo a la tierra,
 Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
 Es el odio invencible a quien la oprime,
 Es el rencor eterno a quien la ataca;—
 Y tal amor despierta en nuestro pecho
 El mundo de recuerdos que nos llama
 A la vida otra vez, cuando la sangre,
 Herida brota con angustia el alma.—
 ¡La imagen del amor que nos consuela
 Y las memorias plácidas que guarda!¹⁰

En esta primera escena biográfica, advertimos cómo el patriotismo se conjuga con el sufrimiento, la persecución y la carencia, lo que tendrá recurrentemente otras tantas equivalencias a lo largo de su breve itinerario vital signado por la errancia y la imposibilidad de anclar en un lugar seguro que le garantizara la libertad necesaria para

hacia donde partió en 1871. En alta mar redactó su primer escrito político, un alegato entre realista y simbólico, con resabios bíblicos, *El presidio político en Cuba*. Cfr. C.Vitier 2004; Ibrahim Hidalgo Paz, *José Martí 1853-1895. Cronología*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2003. 2ª edic.rev.; Salvador Morales Pérez, *José Martí: vida, tiempo, ideas*. México: Soc.Cult. M.Hidalgo, CEM,... 2003.

vivir de su pluma y desarrollar su vocación. Reiteradas acusaciones de conspiración, persecuciones y espionaje, nuevos exilios forzados, un formativo peregrinaje por varias naciones del subcontinente (México, Guatemala, Venezuela, viajes por Centroamérica) donde no puede afincarse definitivamente en ninguna de ellas, por negarse a ser cooptado por quienes ocupaban el poder en ese momento -algunos de ellos, dictadores que trataron de ganar su pluma a su favor (Porfirio Díaz en México, Guzmán Blanco en Venezuela, Justo Rufino Barrios en Guatemala)... Nueva deportación a España, definitiva radicación en los Estados Unidos durante los quince últimos años de su vida (allí encuentra la tranquilidad y la estabilidad necesarias para vivir de lo que escribe, alternando la tarea periodística y la creación poética con su labor de maestro y traductor, entre otras), censuras y reconvenciones en los grandes medios que albergaban sus textos en sus páginas, todo lo cual colabora para alimentar en él la nostalgia por la patria y su sentimiento de desarraigo y desamparo, nuevas persecuciones y hasta un intento de envenenamiento son algunos de los hechos aciagos que jalonaron su biografía. Por estas mismas circunstancias y pese a no haber publicado casi ningún libro en vida, sorprende que nos haya legado miles de páginas escritas en la mejor lengua española, diseminadas en incontables publicaciones periódicas de nuestro continente y de ultramar, que ocupan la mayor parte de su obra, superando incluso su abundante labor epistolar y oratoria.¹¹

¹⁰ José Martí, Escena V de *Abdala* (Escrito expresamente para *La Patria*) [*La Patria Libre*, La Habana, 23 de octubre de 1869], J. Martí, *Obras completas*, tomo XVIII: *Teatro/Novela* "La Edad de Oro". La Habana: Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, 1975, 19.

¹¹ Gonzalo de Quesada y Miranda registró en el apéndice de su libro *Martí periodista* (La Habana: Rambla y Bouza, 1929), veintiocho periódicos y revistas para los cuales Martí escribió, sin contar los que reprodujeron sus artículos en Hispanoamérica. La mayor parte de la enorme producción periodística martiana se ubica entre 1881 y 1892. Sin la presunción de exhaustividad, nombramos algunos de los medios donde circularon sus textos en el curso de su vida: en Cuba (*El Diablo Cojuelo*, *Patria Libre*, *El Siboney*, *El Almendares*, la revista *La Niñez*), en España (*La cuestión cubana*, de Sevilla, *La Soberanía Nacional*, de Cádiz, *El Jurado Federal*, de Madrid entre otros), en Hispanoamérica (*La Nación* y *El Sud Americano*, de Argentina; *La Pluma*, de Bogotá; *El Progreso*, *El Porvenir* y *Revista Guatemalteca*, de Guatemala; *La República*, de Honduras; *La Opinión Pública*, del Uruguay; *La Opinión Nacional* de Caracas y la *Revista Universal*, *El Partido Liberal* y *El Socialista* (del Gran Círculo Obrero), la *Revista Azul*, *El Federalista*, de México; *La Época*, *La Libertad Electoral* y *El Ferrocarril*, de Santiago de Chile; *El Mercurio*, de Valparaíso y *El Sur*, de Concepción), y de los EEUU (*El Porvenir*, *La Revista Ilustrada*, y la revista *La Ofrenda de oro* de Nueva York, el diario *The Hour*, *The Sun*, el periódico mensual *La América*, *El Economista Americano*, *El Latino-Americano*, *La República*, *El Avisador Cubano*, *El Avisador Hispano-Americano*, todos de Nueva York.). Incidentalmente se publicaron artículos de Martí en *The Evening Post*, y *Export and Finance*, de Nueva York, *La Habana Elegante*, *La Estrella de Panamá*, entre otros. Además de las publicaciones que creó en sus primeros años en La Habana, años después fundó *La Revista Venezolana* (1881), *La Edad de Oro* (1889), publicación infantil para niños mayores, y en 1892, el semanario *Patria*, órgano oficial del Partido Revolucionario Cubano.

Además, tanto en su producción escrita en general –unas 12.500 páginas agrupadas en 27 volúmenes en la edición digital de sus *Obras completas*¹²- como en el texto que nos ocupa en particular, comprobamos una vez más la fuerte conexión existente entre *ensayismo* y *periodismo*, una ligazón que se nos revela ya como una constante epocal, en la realidad cultural de algunas naciones americanas en el siglo XIX. Y aunque no nos extenderemos en este punto, conviene señalar que el desplazamiento del *ensayo-libro* al *ensayo periodístico o aforístico* no debe ser entendido fuera del contexto de los cambios que tienen lugar en el último cuarto del siglo XIX, ya que forman parte de lo que Julio Ramos describe como la “fragmentación de la República de las letras” (Ramos 1989, 62-81), con la consecuente pérdida del papel protector con que el estado las preservaba y dotaba de prestigio, una de cuyas consecuencias sería la pérdida del mecanismo de consagración de los hombres de letras que suponía el mecenazgo o el amparo y respaldo ofrecido por el Estado o, dicho de otro modo, su función estatal.¹³ En las dos últimas décadas del siglo, la relación entre éstas y la vida pública se volvió problemática a causa de la separación de la esfera pública, específicamente *política*, del saber ‘indiferenciado’ de la *república de las letras*. Las letras ya no *eran* la política, como lo habían sido antes (recordemos la imposibilidad de separar esas dos esferas en el *Facundo*), y se hicieron cada vez más perceptibles los efectos de la división del trabajo en la vida intelectual que reorganiza el campo intelectual, como lo señaló Pedro Henríquez Ureña.¹⁴

Para entender cabalmente el proceso de *emergencia* de una *autoridad* y un *lugar de enunciación* literarios en nuestras sociedades –sostiene Ramos-, es necesario atender

¹² Aludimos a la edición publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, cuyo carácter incompleto ha sido puesto en evidencia por la reciente *Edición crítica de las Obras completas*, publicada por el Centro de Estudios Martianos, actualmente en curso.

¹³ Así se entiende, por ejemplo, que *Versos sencillos* fuera publicado en una edición artesanal, costeadada con dificultad por el mismo autor. Este fue uno de los pocos libros –si no el único- que se editó en vida de su autor y que amerita ser catalogado como tal, pues el material restante de sus publicaciones editadas antes de su muerte está formado, en su mayoría, por prospectos, folletos, hojas impresas, discursos publicados posteriormente, libelos y traducciones –muchos de ellos, escritos por encargo. Algo semejante ocurrió con la versión en español de la novela de Helen Hunt Jackson que Martí tradujo y publicó en 1888, por su cuenta, con el título *Ramona. Novela americana*, al no haber conseguido el financiamiento para montar su propia empresa editorial, consciente de los beneficios que le hubiera aportado ese proyecto.

¹⁴ P. Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: FCE, 1974, 164.

a la incorporación de los escritores al mercado, llevada a cabo en un primer momento por medio del periodismo. Hacia el fin de siglo, este ingreso al mercado de los bienes culturales se hizo sistemático; sin embargo ya existían, desde los inicios de esa centuria, algunas zonas atravesadas por las leyes del intercambio económico. La tensión instalada entre la nueva literatura relativamente “pura” y autónoma¹⁵ y la anterior función estatal de las letras transformó la relación entre los enunciados, las formas literarias y los campos semióticos presupuestos por la autoridad literaria, diferenciada de la política, más aún desde el exilio –como es el caso de Martí- y viniendo de una patria que era aún una colonia.

Lo cierto es que el periodismo fue el principal vehículo del pensamiento martiano, convertido en él en análisis, advertencia, poesía, visión, y funcional tanto a su vocación de ‘testigo’ del devenir moderno como a su condición de ‘veedor’ de sus conquistas y peligros. En síntesis, Martí fue uno de los protagonistas del proceso de creación de un periodismo moderno en Hispanoamérica, un verdadero renacimiento del diarismo que tuvo lugar en el último tercio del siglo XIX, con la marca visible del gran periodismo europeo, especialmente el francés, tanto en los criterios editoriales como en los aspectos materiales de sus maquinarias.¹⁶ Esto contribuyó a consolidar un nuevo orden de vida en nuestros países (la ‘organización nacional’ en Argentina, la ‘Reforma en México, el paulatino acercamiento a la superación de la monarquía esclavista en el Brasil). En este contexto escribió Martí, especialmente en sus años de residencia en Nueva York, durante los últimos quince años de su vida, con un profundo ímpetu renovador en la prosa, en diferentes géneros discursivos y en el orden de las ideas, y una asombrosa capacidad proteica (así entendemos la prosa periodística -como sugiere Cintio Vitier- “tan pronto ensayística como pictórica o poemática”¹⁷) para producir textos con un elevado valor estético.

¹⁵ Coincidimos con Julio Ramos en el cuestionamiento de la pertinencia de pensar en un funcionamiento pleno de la autonomía literaria, dada la modernización desigual de América Latina. Cfr. Ramos 1989, 66-70, 82-84.

¹⁶ Pedro Henríquez Ureña resalta el rol que cumplieron en este proceso dos periódicos argentinos, *La Prensa* (fundado por José C. Paz en 1869) y *La Nación* (fundado por Bartolomé Mitre en enero de 1870). Cfr. P. Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América Hispana*. México-Buenos Aires. FCE, 1947, 111. A éstos se suman en una visión de conjunto, los avances en la modernización de periódicos como *El Comercio*, de Lima (fundado en 1839), *El Mercurio*, de Valparaíso, y *El Progreso*, de Santiago de Chile, entre otros.

¹⁷ J. Ramos 1989, 62-81.

No obstante, para Martí, el trabajo periodístico resultó conflictivo, a diferencia de los letrados iluministas e incluso Sarmiento mismo, pero a la vez representaba el modo más eficaz de subsistencia mediante la escritura y el modo de vida más cercano a sus instrumentos de trabajo: la lengua y la pluma. En una crónica dirigida a *La Nación*, Martí reveló cómo entendía la labor del periódico bajo una forma exclamativa que connota la fascinación que ese medio ejercía sobre los nuevos escritores de su época y la heterogeneidad de los asuntos que trataba:

¡Oh, el periódico! ¡lente inmensa, que en este siglo levanta y refleja con certidumbre beneficiosa e implacable las sinuosidades lóbregas, las miserias desnudas, las grandezas humildes, las cumbres resplandecientes de la vida!¹⁸

Sintéticamente definió así el 'deber ser' del periodismo: "El periodista ha de saber desde la nube hasta el microbio"¹⁹ y con mayor detenimiento detalló en otro pasaje el programa ambicioso que entrevió en ese oficio:

Que no haya una manifestación de la vida, cuyos diarios accidentes no sorprenda el diarista: eso es hacer un buen diario. Decir lo que a todos conviene. Y no dejar de decir nada que a alguien pueda convenir. Que todos encuentren en el diario lo que pueden necesitar saber. Y decirlo con un lenguaje especial para cada especie: escribiendo en todos los géneros, menos en el fastidioso de Bibeau, desdeñando lo inútil y atendiendo siempre lo útil elegantemente. Que un periódico sea literario o no, no depende de que se vierta en él mucha literatura, sino que se escriba literariamente todo. El periódico ha de estar siempre como los correos antiguos, con el caballo enjaezado, la fusta en la mano, y la espuela en el tacón. Al menor accidente, debe saltar sobre la silla, sacudir la fusta, y echar a escape el caballo para salir pronto y para que nadie llegue antes que él. Debe, extractando en libros, facilitar su lectura a los pobres de tiempo. O de voluntad o de dinero. Hacer asistir a los teatros (...). Debe desobedecer los

¹⁸ J. Martí, *OC*, t. XXXI. La Habana: Editorial Trópico, 1936-1949, 412.

¹⁹ J. Martí, *Obras completas*, t. X, 235.

apetitos del bien personal, y atender imparcialmente al bien público. Debe ser coqueta para seducir, catedrático para explicar, filósofo para mejorar, pilluelo para penetrar, guerrero para combatir. Deber ser útil, sano, elegante, oportuno, saliente. En cada artículo debe verse la mano enguantada que lo escribe, y los labios sin mancha que lo dictan. No hay cetro mejor que un buen periódico...²⁰

Radicado en Nueva York, en el corazón de la metrópolis moderna, el periodismo se convirtió para él en su “actividad diurna”, en tanto que la poesía era su “oficio nocturno”. En el poema “Hierro”, incluido en el poemario *Versos libres*, había confesado:

Ganado tengo el pan: hágase el verso,
Y en su comercio dulce se ejercite
La mano, que cual prófugo perdido
Entre oscuras malezas, o quien lleva
A rastra enorme peso andaba ha poco
Sumas hilando y revolviendo cifras.²¹

Y sin desconocer lo poco que tenían que ver las condiciones en las que se practicaba la escritura periodística con las más libres y apremiantes que acompañaban la poesía, vio en el poeta, sin embargo, el hombre en quien las ideas encarnaban para ponerse del lado de la acción.

Así, el periodismo difícilmente está presente en su obra como una zona o un tipo de discurso que se pueda deslindar con facilidad de las otras dimensiones o esferas de su escritura. La producción martiana que podría catalogarse como propiamente periodística o ligada a este oficio, atraviesa toda su vida (desde su adolescencia con “El diablo cojuelo” y “Patria Libre” hasta la última etapa de la formación del Partido Revolucionario Cubano, con la fundación del periódico “Patria” como su órgano revolucionario) y abarca todos los aspectos o planos de su obra. En la *Revista*

²⁰ J. Martí, Apunte dado a conocer por Gonzalo de Quesada y Miranda en su libro *Martí periodista... 1929*, 167, cit. en C. Vitier 2004, 210.

²¹ J. Martí, “Hierro”, *Versos libres, Obras Completas*, XVI. *Poesía I...*, 141.

Venezolana, por ejemplo, comienza a desarrollar su concepción de un arte y una escritura propiamente latinoamericanos, y esa práctica, entre otras, le permitirá completar su misión de insurrecto. En cierto modo, el periodismo fue un medio para alcanzar otros fines, más allá de los que le imponía o demandaba la circunstancia concreta que originaba cada texto publicado en un periódico o en una revista. Y hasta podría decirse que “escribiendo diarios ensayaré (o se entrenará para) escribir proclamas”.²² En Martí, el poeta, el educador, el ensayista, el político estratega, el orador, el narrador y el dramaturgo se reúnen, de un modo u otro, en su labor periodística.

Ahora bien, como ya señalamos –y esto también es un rasgo común con la obra de Sarmiento, aunque en Martí aparece de un modo mucho más marcado por el escaso número de volúmenes publicados en vida del autor-, la mayor parte de la prosa martiana fue escrita para ser publicada originariamente en diarios y revistas de Latinoamérica, los Estados Unidos y España, y tuvo en el periodismo su lugar de enunciación preferencial, pero a diferencia del *Facundo*, la modalidad enunciativa es aquí diferente: por su extensión se acerca al artículo periodístico que se lee de una sentada y está lejos del ensayo-libro, aunque ambiciona el largo aliento y la hondura del volumen. Por lo general, los textos martianos varían en tamaño, dependiendo del prestigio reconocido al autor y del papel que se le asigna en el diario, además del interés que despierta la temática abordada en sus colaboraciones. Seguramente, una de las razones del cambio en la longitud de los textos en los escritores-periodistas que proliferaron hacia el fin de siglo y comienzos del XX, reside en el espacio limitado que ofrece un periódico para la publicación de ese tipo de escritos, lo que demanda concisión y brevedad. Se pasa así del ensayo con el formato del volumen al ensayo-artículo periodístico que ocupa varias columnas en la página de un diario. Este formato breve que acompaña el ensayo modernista que se vuelve “tentativa de escritura”, “meditación alada”, propia de los nuevos tiempos que Martí describe en el “Prólogo al ‘Poema del Niágara’” como “de reenquiciamiento y remolde...” que demandan moldes adecuados a las nuevas formas sociales y a la nueva temporalidad vertiginosa, instantánea, por eso hablará de

²² Dardo Cúneo, “Crónica argentina de Martí” (Prólogo), J. Martí, *Argentina y la Primera Conferencia Panamericana*. Ord.y pról.de D. Cúneo. Bs. As.: Edics.Transición, 1955: 11.

“pequeñas obras fúlgidas”,²³ donde predomina “lo aforístico” sobre “lo metódico” (Angenot 1982, 46-47) y gana terreno el sincretismo poético.

Si, como advierte con admirable sutileza crítica Fina García Marruz a propósito de las crónicas martianas, “[L]a humilde ‘crónica’ se convirtió en sus manos en un extraordinario vehículo artístico”,²⁴ por la hasta entonces nunca vista incorporación de lo cotidiano en ese género y el trabajo lingüístico e imaginativo que sobreimprimía a sus percepciones, lo mismo podemos sostener acerca del ensayo que, multiforme y de apariencia formalmente endeble, alcanza en este “gran texto” (LaCapra) y en otros discursos doxológicos martianos, una solidez constructiva comparable a la arquitectura poética, dotada de la mejor retórica –entendida ésta en un sentido que no se agota en lo meramente ornamental (Perelman 1997)-, que nos persuade de que ninguna otra forma discursiva netamente política (arenga, programa, panfleto, alegato, proclama, diatriba, prospecto, etc.) podría haber provocado el efecto incoativo ni el poder de convicción que suscita esta “criatura verbal” (García Marruz).

La escena discursiva y sus entornos: los cónclaves interamericanos

Nos concentraremos ahora en las condiciones enunciativas que rodearon la escritura y posterior publicación del ensayo “Nuestra América” (1891), vale decir: en su contexto de producción, histórico y discursivo.²⁵ Nuevamente el escenario donde el texto hace aparición como *acontecimiento* se vuelve por demás significativo. No obstante, no intentamos promover determinismos fácticos simplistas, de dudoso rigor y utilidad. Por lo contrario, pretendemos sobre todo señalar la directa relación de este ensayo con el ‘intertexto’ histórico y social que lo precede y sucede, una relación que

²³ J. Martí, “Prólogo” al *Poema del Niágara* de José Antonio Pérez Bonalde (Nueva York, 1882) [*Revista de Cuba*, tomo XIV, 1883], *Nuestra América*. Prólogo de Juan Marinello. Selección y notas de Hugo Achugar. Cronología de Cintio Vitier. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977, 304.

²⁴ Fina García Marruz, “La prosa poética en José Martí”, Cintio Vitier – Fina García Marruz, *Temas martianos*. Pto. Rico: Ediciones Huracán, 1981.

²⁵ “Nuestra América” se publicó inicialmente en la *Revista Ilustrada* de Nueva York, el 1° de enero de 1891, y luego, sin modificaciones, en *El Partido Liberal* de México, el 30 de enero de ese mismo año. Es de notar que a menudo los críticos suelen indicar el 10 de enero como primera fecha de aparición, en la publicación neoyorquina. Al respecto, hemos optado por respetar la fecha indicada en la última edición revisada de la cronología martiana preparada por Ibrahim Hidalgo Paz (2003) y en una de las más recientes biografías de José Martí, escrita por Cintio Vitier (2004).

percibimos como particularmente provocativa para nuestra interpretación textual, por su decisiva incidencia en el orden político-cultural. Concretamente, nos referimos a un dato con frecuencia omitido o desestimado en los estudios sobre “Nuestra América”: la ubicación de este escrito martiano entre dos acontecimientos de la historia de la política internacional americana, especialmente importantes en relación con las ideologías continentalistas: la Conferencia Internacional Americana de Washington (1889-1890)²⁶ y la Conferencia Monetaria Internacional Americana (1891), realizada también en esa capital.²⁷ Martí participó en ambos eventos con diferentes roles, y dejó testimonio de sus deliberaciones y sobre todo de los entretelones, intrigas, alianzas y realineamientos de ese magno acontecimiento, como cronista en el diario *La Nación* de Buenos Aires, donde escribió como corresponsal entre 1882 y 1891,²⁸ y en la reconocida *Revista*

²⁶ La Conferencia Internacional Americana se inauguró en Washington el 2 de octubre de 1889 con la participación de dieciocho países americanos, incluidos los EEUU (sólo Sto. Domingo no acudió al convite realizado por el país del Norte) y se clausuró el 19 de abril de 1890. Se inició con una gira de los delegados por el país anfitrión, en lo que Martí llamó “el tren-palacio de los delegados”. La concurrencia de su amigo personal de Martí, Gonzalo de Quesada, como secretario del delegado argentino, le permitió incluir detalles y comentarios críticos e irónicos sobre ese “viaje-excursión” en sus crónicas para *La Nación*. Las sesiones de la Conferencia se reanudaron el 18 de noviembre, y un mes después, la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York organizó una velada artística para los delegados, donde Martí pronunció su célebre discurso “Madre América”. Martí llegó a Washington el 15 de marzo de 1890, donde permaneció dos días y se entrevistó con los representantes.

²⁷ La Comisión Monetaria Internacional Americana fue inaugurada en Washington el 7 de enero de 1891 y tras ocho sesiones fue clausurada el 4 de abril de ese mismo año. Martí concurrió como representante del Uruguay, con voz y voto, y el 4 de febrero participó en la segunda reunión de la Comisión. En la tercera sesión integró la Comisión de Credenciales, con delegados de Brasil y Colombia, y en la cuarta fue designado para participar con los delegados de Chile, Brasil, Argentina y Colombia en una comisión que debía estudiar y emitir un dictamen sobre las propuestas de la delegación de los EEUU. Contra la idea que había inspirado la convocatoria, la comisión consideró imposible la creación de una moneda común y abogó por el bimetalismo, con una relación fija entre el oro y la plata, y solicitó convocar una conferencia mundial para discutir esos asuntos. En ese marco, el 30 de marzo, Martí leyó ese dictamen en español y en inglés. Durante las dos reuniones siguientes, se discutió acerca de la conveniencia de una nueva reunión. El 1º de abril fue nombrado miembro de una comisión integrada también por México, Argentina, Nicaragua y Colombia, para evaluar si se levantarían las sesiones para convocar a una conferencia universal. Dos días después, se sometió a plenario el proyecto de resolución que no juzgaba factible adoptar una relación fija entre el oro y la plata y auspiciaba la invitación a una reunión internacional para acordar un sistema monetario uniforme entre las naciones americanas, lo que fue aprobado por unanimidad. Al día siguiente, partió hacia Nueva York, sin poder participar de la última sesión. En el mes de mayo, publicó su artículo “La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América” en el número cinco de la *Revista Ilustrada* de Nueva York, donde denunciaba los objetivos ocultos del convite y alertaba acerca del peligro del vínculo que trataban de imponer los EEUU: “ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América (...) La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra...” (J. Martí, COMISIÓN MONETARIA INTERNACIONAL AMERICANA, OC, VI, 157-167).

²⁸ Las crónicas sobre la Conferencia interamericana o el Congreso de Washington, como también se lo llamó, fueron escritas bajo la forma de cartas dirigidas al Director de *La Nación*, desde unos días antes del inicio de las sesiones, el 28 de setiembre de 1889, hasta el 3 de mayo de 1890, unos días después de la

Ilustrada de Nueva York, donde publicó su artículo sobre la Conferencia Monetaria Interamericana.

Es sabido que la relación entre *escritura* y *política* admite diversos clivajes. Como lo señalamos en el capítulo anterior, en la historia de la literatura y la cultura subcontinental, este vínculo alcanzó especial relevancia y ocupó un lugar central en la escena de las prácticas simbólico-discursivas a lo largo de la etapa de la emancipación política, bajo la influencia de la filosofía de las Luces, y aún durante la etapa de organización nacional de los nuevos estados. Sin embargo, se pueden distinguir diferentes *políticas de la escritura* en todas las épocas, ejecutadas con mayor o menor conciencia y deliberación. Pero en este caso nos interesa centrarnos en la *escritura de la política*, justamente lo que, a nuestro juicio, está en juego en la imbricación de “Nuestra América” con los dos eventos interamericanos o ‘panamericanos’ -como preferían llamarlos sus organizadores, al decir de Martí. La obra de Martí es, por muchas razones, un caso paradigmático para indagar *cómo se escribe la política*, en especial cuando se franquean los límites de lo decible desde una perspectiva pragmático-discursiva. La totalidad de su obra ofrece innumerables ejemplos que ilustran distintas fases de una misma obsesión, o bien los hiatos, las carencias y las ausencias que dejaron huellas en el curso de ese proceso, desde los primeros textos políticos escritos en su más temprana adolescencia, hasta los *Diarios de campaña* al final de su vida. En diferentes momentos, por exceso o por defecto, la connivencia entre esas dos dimensiones persiste en su obra, a menudo como su eje vertebral.

La Conferencia Internacional Americana dio lugar a un valioso conjunto de textos muy diversos (un discurso, trece crónicas epistolares, un ensayo, informes, etc.), en los cuales ese cruce se torna muy visible. Ellos son el resultado del seguimiento, el examen detenido y las opiniones vertidas a propósito de las vicisitudes de ese magno acontecimiento, cuyas repercusiones el cronista se encargó cautelosamente de sopesar. Este corpus es el que antecede discursivamente “Nuestra América”, en forma más inmediata y directa que otros textos con los que también se relaciona por diferentes razones, como los *Versos sencillos* y algunas crónicas o *escenas norteamericanas*.

clausura, y fueron publicadas en ese periódico respectivamente, un mes y medio después. Cfr. J. Martí, CONFERENCIA INTERNACIONAL AMERICANA, *OC*, VI, 33-116.

Destacamos en aquel conjunto textual uno de los discursos más reconocidos por la crítica dentro de la producción doxológica del Maestro: el discurso “Madre América” (1889), junto con las crónicas propiamente dichas del evento, publicadas en el diario *La Nación* de Buenos Aires y reproducidas desde éste en otros diarios sudamericanos.

Precisamente en este contexto discursivo, el ensayo-programa político-cultural, “Nuestra América”, sobresale como un escrito clave y central, ligado por infinitos vasos comunicantes con los mejores textos en prosa o en verso del autor, que lo colocan en el ‘corazón’ mismo de la obra martiana, en la cual asume el valor de un *fragmento*, consagrado unánimemente como uno de los grandes textos de la historia intelectual latinoamericana y continental, por su densidad ideológica y discursiva. Junto con “Madre América”, su antecedente más directo, exhibe un altísimo grado de estilización y figuración poética. Ambos textos funcionan en el conjunto, a modo de contrapunto, marcando dos instancias discursivas diferentes frente al referido evento, que muestran la intensidad de la percepción martiana del dilema acerca de la definición de la identidad americana en esa coyuntura, así como el sentido, en cierto modo, relativo y situacional de su respuesta y de su toma de posición frente a esa disyuntiva.

En este caso, también el cotejo resulta iluminador. Brevemente, si en “Madre América” el sujeto de la enunciación (el poeta, escritor-periodista José Martí, quien pronuncia el discurso de recepción de los delegados hispanoamericanos, en un agasajo ofrecido por la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York) se presenta bajo la imagen objetivada del “hijo preso, que vuelve a ver a su madre [América] por entre las rejas de su prisión”,²⁹ desplegando la plurivocidad simbólica de imágenes típicamente martianas como la casa, el hospedaje, la madre ausente, en clara referencia a circunstancias biográficas (exilio, nostalgia por la patria, recepción de los huéspedes en la casa de América), en “Nuestra América” –publicado simultáneamente y con diferencia de unas semanas en el mismo mes de enero de 1891, en una revista neoyorquina y en un periódico de México, casi coincidiendo con el nombramiento para participar en la Conferencia Monetaria Interamericana-, el sujeto ha borrado toda marca identificatoria (no hay referencias a una primera persona del singular, ni a la situación

²⁹ J. Martí, “Discurso de la Sociedad Literaria Hispanoamericana” (“Madre América”), *Nuestra América...* Biblioteca Ayacucho, 1977, 19.

desde la cual escribe el sujeto, excepto la inclusión en un “nosotros” que se presenta como un ‘locus de enunciación’ diferenciado y heterogéneo -“Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz...”³⁰; “[C]on los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones...” (29); “[É]ramos una visión con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño...” (30)-, y la fuerte presencia de una subjetividad que valora, adjetiva, intensifica o devalúa con emociones, razonamientos internalizados y un profundo sentido ético, los hechos y situaciones que describe.

Vistos desde otro ángulo, la distancia que media entre la utopía de una América maternal, por un lado, que acoge por igual a sus hijos del Norte y del Sur del continente, alentada en el inicio de la Conferencia (en “Madre América”, el *explicit* cierra el discurso con el reencuentro con la imagen maternal que los equipara a unos y a otros en una misma relación filial), y por otro, la representación de una entidad diferenciada y contrastante de la “América nuestra” -“nuestras repúblicas dolorosas de América” (27)-, que es llamada a resistir para evitar ser invadida y vencida por los Estados Unidos “potentes”, en un epílogo que anuncia la gestación de “la América nueva” por las naciones románticas del continente y las islas dolorosas del mar, descubre cierta provisionalidad y versatilidad en esas construcciones que, no obstante, se presentan con la engañosa consistencia de verdades sustanciales, tal como indagaremos en el próximo apartado. También se omite toda referencia precisa acerca del adversario (no se mencionan nombres de personas vinculadas con el poder en la “otra América”), en tanto que en las crónicas del Congreso estos datos están sobreponderados (pensamos en el lugar que se le concede a la presentación de la figura del flamante Secretario de Estado de los Estados Unidos, James G. Blaine, por ejemplo). En “Nuestra América”, por lo contrario, no se invocan nombres propios en relación con la situación presente, excepto los relativos a los segmentos históricos recuperados en ese ensayo.

En los textos publicados en las páginas de *La Nación*, se anticipan discursivamente procedimientos, imágenes y emblemas que formarán parte de la

³⁰ J. Martí, “Nuestra América”, *Nuestra América...*, 26. En adelante, cuando se hagan citas o menciones de esta edición, se consignará solamente el número de página entre paréntesis, en el cuerpo del texto.

estrategia discursiva de “Nuestra América”, lo que facilita la comprensión de los desplazamientos operados entre aquella serie textual y nuestro ensayo. Enumeraremos sólo algunos de los rasgos compositivos que caracterizan esos artículos. En primer lugar, la forma de validar los dichos mediante citas y comentarios de distintos medios de la prensa escrita (“Se lee”, “[S]e habla”, “dicen...”³¹) muestra la instalación del sujeto en ese espacio urbano, donde la *variedad* de la prensa es especialmente apreciada, y comporta a la vez una forma de *poder decir* más allá de lo permitido, puesto que no lo dice él, lo dicen los diarios, la gente (lo escucha en las conversaciones o lo traen los telégrafos, etc.), y así se hace eco del impacto que causan esos sucesos en la opinión pública y da cuenta de los hechos y sus diferentes y muy variadas interpretaciones y versiones. De este modo, toma cuerpo un relato que guardará continuidad en las sucesivas entregas, a partir de un comienzo que coincide con la llegada de los delegados: “Estos días han sido de recepciones y visitas para los hispanoamericanos (...). Unos venían de Europa...”³² y anuncia ausencias y adelanta conflictos y temores que los justifican, para terminar dejando entrever un cambio de conciencia supranacional o subcontinental:

Ya se van, aleccionados y silenciosos, los delegados que vinieron de los pueblos de América a tratar, por el convite de Washington, sobre las cosas americanas. Ya vuelven a Centro América los de los cinco países, más centroamericanos de lo que vinieron, porque al venir se veían de soslayo unos a otros, y ahora, se van juntos como si comprendieran que este modo de andar les va mejor...³³

En segundo lugar, el despliegue de la “retórica del paseo” (Ramos 1989, 126),

³¹ Veamos, por ejemplo, el comienzo de una de esas crónicas:

Se abre el *Mail and Express*, el diario vespertino de los republicanos de Nueva York y se lee: “los huéspedes que vienen a seguir nuestra guía; la alianza que hemos solicitado y que vienen a ajustar nuestros huéspedes”.

Se abre el *Herald* y se lee: “es un tanto curiosa la idea de echar a andar en ferrocarril para que vean cómo machacamos el hierro y hacemos zapatos, a veintisiete diplomáticos y hombres de marca, de países donde no se acaba de nacer”. Se abre el *Post*, y se lee: “el discurso de Blaine”, lleno de evasivas sonoras...

(J. Martí, “El Congreso de Washington” (N.Y., 4.X.1889) [*La Nación* (Bs. As., 14. XI.1889), *Ntra. América*, 43].

³² J. Martí, “El Congreso de Washington” (N.Y., 28.IX.1889) [*La Nación*, 8.XI.1889], *Nuestra América*, 35.

³³ J. Martí, “El Congreso de Washington” (N.Y., 3.V.1890) [*La Nación*, 15.VI.1890], *Nuestra América*, 95.

como dispositivo organizativo del plan textual, introduce una forma amena y aparentemente ligera, distractora, para describir el “viaje-excursión en el tren-palacio de los delegados” por los Estados Unidos (itinerarios, participantes, iniciativas, propuestas), mientras permite intercalar sutiles observaciones críticas sobre las intenciones ocultas que siembran la duda y conducen al lector al punto de sospechar acerca del fin posible del congreso y las expectativas, intrigas y componendas de los otros representantes, desplegando, a la par, una “retórica” complementaria “del peligro y la sospecha” que incorpora el tópico de la urgencia, de la necesidad de estar listos - “[U]rge...”, “[D]e raíz hay que ver a los pueblos, que llevan sus raíces donde ya no se las ve” (49)-, una retórica que volveremos a ver expandida en “Nuestra América”.

Por otra parte, la presentación de la escena y de los personajes retratados apunta a la construcción de un antagonista. Como se adelantó, quien encarna más cabalmente el desmedido deseo expansionista imperial de los Estados Unidos, su costado más oscuro aunque no el único, es James Gillespie Blaine (1830-1893), político y diplomático republicano, varias veces Secretario de Estado y figura central de la política panamericanista norteamericana.³⁴ Pero hacia el final de la crónica, se introduce otro retrato, el del representante argentino, Manuel Quintana, que produjo un cambio inesperado a último momento que desbarató la política de alianzas esperada, al votar a favor de la eliminación del derecho de conquista, fortaleciendo así la unión hispanoamericana.³⁵

Interesa llamar la atención, en esta reconstrucción de la situación de enunciación de “Nuestra América”, sobre el hecho de que cuando Martí escribió las crónicas de estos eventos para *La Nación*, tradujo en ellas una fuerte sensación de angustia que declaró abiertamente en el prólogo de sus *Versos sencillos*, en un contexto intimista que admitía una confesión de esa naturaleza (escritos en 1889 y publicados en 1891). En ese prólogo describió ese tiempo como

³⁴ Martí se refirió a Blaine, en varias ocasiones, en las *Escenas norteamericanas* y en sus “Norteamericanos”. En 1881, aquel concibió la idea de citar a un Congreso Interamericano para reafirmar la Doctrina Monroe. En 1882, medió junto con Trescott en un conflicto en Chile, Perú, y Bolivia, y fracasó, desautorizado por su sucesor, Frelinghuysen. Como precandidato presidencial por el partido republicano, fue derrotado dos veces, por Hayes y Garfield, y por el demócrata Cleveland en 1884, ligado a los intereses de empresas ferroviarias.

³⁵ J. Martí, “El Congreso de Washington” (N.Y.3.V.1890) [*La Nación*, 15.VI.1890], *Nuestra América*, 98-99.

...aquel *invierno de angustia*, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y la vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana...³⁶

Y ya desde mucho antes, pero con más intensidad en los años en que se reunieron esos cónclaves, vivía con temor sobre el futuro político de su patria y la posible ingerencia de los Estados Unidos en la región y el subcontinente, para concretar planes que adivinaba siniestros.³⁷ Con la pesada intuición sobre ese aciago futuro, le confesó su preocupación a un amigo uruguayo, en 1887, cuando le comentaba su negativa a aceptar la invitación a instalarse en la redacción de *La Nación*, en Buenos Aires, donde se revela la conciencia y el estado con que asumió el compromiso con su patria y el tamaño de su entrega:

...*La Nación* me manda a buscar de Buenos Aires (...) Me siento desnudo y escurrido como un monte deshelado, o como un árbol sin hojas (...). Claro está que no puedo ir con mi tierra sufriendo a la puerta, que algún día tal vez pueda necesitarme (...). ¿Cómo ir a Buenos Aires distante, con mi tierra gimiendo a la

³⁶ José Martí, "Prólogo" a *Versos sencillos* (1891), *OC*, XVI, *Poesía*, I, 61. La cursiva es nuestra. Sus *Versos sencillos* fueron escritos en el prescripto aislamiento en la Naturaleza en las montañas de Catskill (EEUU), hacia donde lo "echó el médico al monte" (61), cuando enfermó de ansiedad. Así escribió ese poemario que finalmente publicó en una sencilla edición de autor, un balance vital escrito en un metro popular -octosílabos sencillos y complejos a la vez-, en vísperas de lanzarse a una campaña revolucionaria independentista que habría de insumirle sus últimas energías.

³⁷ Prueba de ello es el comentario sobre el congreso que le envió en una carta del 14 de diciembre de 1889, a su discípulo cubano, Gonzalo de Quesada, entonces secretario del delegado argentino Roque Sáenz Peña y luego secretario del Partido Revolucionario Cubano: "Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos, y es el inicio de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella...". J. Martí, *OC*, VI, 128.

puerta? Luego, mejor que a *zurcir letras, violentas y postizas* como los colorines de los moros, adonde hubiera querido ir era a un retiro campesino, a reparar, en comunión con la naturaleza, las fuerzas perdidas en vivir contra ella...³⁸

Hacia el final de esa década, sus temores acerca de los designios norteamericanos sobre la otra América se fueron confirmando hasta hacerse visibles, en 1888, con la convocatoria del gobierno norteamericano a la Primera Conferencia de Naciones Americanas en Washington. Martí siguió esas noticias con ansiedad, una vez difundida la convocatoria de “un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos,”³⁹ que pretendía “ensayar en pueblos libres su sistema de colonización” (57), al que luego se identificaría como “neocolonialismo”. Cabe agregar que las ambiciones opuestas entre Inglaterra y los Estados Unidos y la ubicación de Argentina -en ese momento- dentro de la órbita de influencia británica, favorecieron que Martí tuviera la posibilidad de combatir esa reunión desde las páginas del diario *La Nación* de Buenos Aires.⁴⁰ Veamos algunos ejemplos de sus embates. Apenas iniciada la conferencia, escribió en las páginas del periódico de los Mitre una crónica donde advertía tempranamente sobre el desequilibrio de fuerzas puestas en juego en ese evento:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que

³⁸ J. Martí, “Carta a un amigo uruguayo” (1887). La cursiva es nuestra.

³⁹ J. Martí, “El congreso de Washington”, *OC*, VI, 129.

⁴⁰ Conviene tomar en cuenta que, en 1888, cuando se convoca la conferencia, una tercera parte del monto total del comercio argentino le correspondía a Inglaterra; a Francia, más de un quinto, y a Alemania un décimo, en tanto que los Estados Unidos tenía sólo la doceava parte. El dato es revelador respecto de las observaciones incluidas en las instrucciones del presidente de la Argentina a los delegados M. Quintana y Roque Sáenz Peña:

La formación de una liga aduanera americana envuelve a primera vista el propósito de excluir a Europa de las ventajas acordadas a su comercio (...). Tal pensamiento no puede ser simpático al gobierno argentino (...) que (...) bajo ningún concepto querría ver debilitarse sus relaciones comerciales con aquella parte del mundo, adonde enviamos nuestros productos y de donde recibimos capitales y brazos (...). La convocatoria actual tiene por objeto la implantación del *Zollverein* americano, pero estando la legislación aduanera de los Estados Unidos basada en principios opuestos a nuestras leyes en esa materia, no sería posible aceptar ninguna proposición tendiente a la ampliación en América del sistema proteccionista de los Estados Unidos o que importara restricciones a nuestro comercio con Europa...

(R. Sáenz Peña, *Escritos y discursos*, t. III. Ed. por R. Olivera. Bs.As., 1934, 369). Cfr. R. Fernández Retamar, “Prólogo”, J. Martí, *Política de Nuestra América*. México, S.XXI: 1977, 17.

el convite de los Estados Unidos *potentes*, repletos de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas *de menos poder*, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos contra el resto del mundo...⁴¹

Y a continuación formuló la urgencia de la tan mentada consigna emancipatoria que retomaba y profundizaba un tópico de nuestros escritores románticos y de los fundadores de nuestras naciones: “De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que *ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia*”.⁴²

Al respecto, nos interesa destacar que estos cautivantes artículos escritos para ese periódico, que ya en esa época era uno de los más importantes y modernos de la América del Sur, lejos de agotarse en el mero valor documental y testimonial de los hechos que comentaba y los planes que denunciaba y desmoronaba, fueron verdaderas piezas literarias, dotadas de un sutil espíritu crítico y una fuerte dosis de invectiva, en virtud de los cuales llegaron a ser los dardos más duros que se lanzaron contra la conferencia.⁴³ En este sentido, pensamos que es pertinente leerlos en diálogo con “Nuestra América”, lo que ayuda a advertir las diferentes estrategias vehiculizadas por la escritura en cada caso y nos conduce a la conclusión de que en realidad ambos funcionaron en forma complementaria, de modo que lo enunciado explícitamente en las crónicas iluminaba y completaba, o cargaba de sentido lo eludido o cifrado, que estaba implícito en aquel texto bifronte.⁴⁴

⁴¹ J. Martí, “El Congreso de Washington”, *OC*, VI. La cursiva es nuestra.

⁴² J. Martí, “El Congreso de Washington”, *Nuestra América*, 48. La cursiva es nuestra.

⁴³ Cfr. Thomas F. Mc Gann, *Argentina, EEUU y el sistema interamericano 1880-1914*. Bs. As., 1960, 207.

⁴⁴ Sólo un ejemplo, tomado de la crónica ya citada sobre la última sesión, escrita el 3 de mayo de 1890:

La batalla del día fue de veras muy recia. El Zollverein había sido el campo de combate en lo económico, y la Argentina lo ganó, de cara al sol. El proyecto de conquista, suma y término natural del arbitraje, era el campo de combate en lo político; ¿lo ganaría la Argentina también, cuando tenía al sol en contra? Porque, entre los de habla castellana el entusiasmo con que se acogió el proyecto de honradez y humanidad que a todos la asegura y garantiza, y no se puede rechazar sin confesarse reo voluntario y descarado contra la humanidad y la honradez, fue tan loable como la moderación extranjera con que en la casa, refrenó los impulsos a que lo pudo llevar el interés amenazado o la ira, el único pueblo de nuestra América que por sus pecados de guerra, pudo creer que le iba al pecho el proyecto levantado en masa por todas las repúblicas del continente, como un coro de

Por otra parte, el ensayo que estudiamos interactúa con otros textos martianos ampliamente leídos y difundidos, especialmente en periódicos hispanoamericanos, en la medida en que esas crónicas político-económicas formaban parte de un conjunto textual mucho más amplio, publicado en ese diario porteño, entre otros, y compuesto por artículos -agudos informes, minuciosos y escritos con un estilo deslumbrante, cargado de ironías y alusiones- que Martí enviaba regularmente como corresponsal de *La Nación*, desde los Estados Unidos. Esos textos conocidos como “cartas de Nueva York” o “escenas norteamericanas” eran, al mismo tiempo -como señala Jorge Mañach sobre esas correspondencias-, “blanco constante de alusiones y un foco de influencias literarias” en las tertulias modernistas de Buenos Aires, donde Rubén Darío -y antes Sarmiento- solía leer en voz alta muchas de aquellas “espesas inundaciones de tinta”, como solía llamarlas el nicaragüense.⁴⁵

Más adelante, volveremos sobre este vínculo con las crónicas, a propósito de la construcción discursiva de “nuestra América”. Nos limitaremos aquí a indicar solamente que cuando Martí publicó su ensayo político, era ya uno de los escritores de lengua española más leídos y admirados en el continente,⁴⁶ y su fama continuó creciendo a medida que se conocían sus escritos y sus acciones.⁴⁷ Esto nos autoriza a sostener que

hermanos. Quien vio aquel espectáculo, jamás lo olvidará... (96)

⁴⁵ Los textos martianos ocuparon hasta cuatro columnas de ese periódico, repletas con densos signos tipográficos y extendidas en los noventa centímetros de longitud de la larga página (la “sábana”, como la llamaba Darío) del periódico mitrista. Desde allí miles de lectores argentinos que se informaban diariamente de las últimas novedades neoyorquinas, conocieron Nueva York a través de los ojos de José Martí. Cfr. Jorge Mañach, *Martí, el apóstol*. Bs.As.: Espasa-Calpe, 1952, 176.

⁴⁶ A modo de ejemplo, citamos las palabras de Sarmiento a Paul Groussac, cuando le recomienda traducir al francés la crónica de Martí sobre la Estatua de la Libertad (1887): “En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal”. D.F.Sarmiento, “La libertad iluminando al mundo” [*La Nación*, Bs.As., 4.I.1887], *Obras*, XLVI, 173-176.

⁴⁷ Anotaremos sólo algunos datos de la biografía martiana que preludian y suceden la publicación de “Nuestra América. Hacia el final de los ochenta, Martí ocupó cargos diplomáticos e importantes lugares en instituciones ligadas a la cultura y la tarea intelectual (desde 1887 era cónsul de Uruguay en Nueva York; desde 1888, representante en los Estados Unidos y Canadá de la Asociación de Prensa de Buenos Aires, y desde 1890, presidente electo de la Sociedad Literaria Hispano-americana de Nueva York y presidente honorario de La Liga, una sociedad de negros en la que era maestro). A mediados de 1890, fue nombrado cónsul de Argentina y Paraguay. Entre julio y octubre de 1889 había emprendido la tarea de escribir una revista para niños, *La edad de oro* -de la que salieron sólo cuatro números-, de alto contenido moral, espíritu moderno y sobrado valor estético por las ilustraciones y los textos que incluía. En ella les enseñaba “con ojos descolonizados” a los niños -en quienes veía a los futuros *hombres nuevos*-, la historia del presente, el amor a

también era indudablemente reconocible por su estilo, el que –cabe recordarlo– para los escritores modernistas era algo semejante a una “marca de fábrica”, el lenguaje específico de la literatura, un sello personal que se forjaba en las redacciones de los periódicos (Ramos 1989, 90).

En este mismo sentido, el periodismo –según Rubén Darío– “constituye una gimnasia de estilo” y la crónica, un “laboratorio de ensayo del ‘estilo’ modernista” (Rotker 1992, 96), de donde se podría pensar –insistimos– en que ese mismo estilo opera como una matriz compartida en los textos que nos interesa acercar, en la medida en que sus asuntos y lugares de enunciación son también comunes.

Por último, podemos preguntarnos por la función que asumen estas contextualizaciones en la lectura que proponemos. En primer lugar, el cotejo que sugerimos apunta a enfocar *lo no explícito* y desentrañar *lo cifrado* en un texto que nos adelantamos a caracterizar como portador de un alto nivel de estilización y de trabajo estético, construido con imágenes y tropos de sólo aparente sencillez y transparencia, cargados de múltiples significaciones por su denso valor simbólico. En segundo lugar, como se sabe, estas operaciones de “sobreescritura”⁴⁸ que agregaban un *plus* de sentido y filtraban lo que estaba más allá de lo meramente informativo o de lo efectivamente permitido, nos obligan a proceder con cautela, leer entrelíneas y ‘sobreleer’ materiales semánticamente sobresaturados como los que se trabajan en el ensayo que estudiamos. En tercer lugar, de lo expuesto hasta aquí es posible inferir que la participación como cronista y testigo en el Congreso Internacional de Washington y como juez y parte en la

la patria hispanoamericana, a los héroes y a los humildes, y, al mismo tiempo, los grandes valores universales: la verdad, la justicia, la belleza. En esa época fracasó definitivamente su matrimonio con Carmen Zayas Bazán, mientras profundizaba su labor organizativa y de creación de una conciencia independentista y antianexionista. En 1891 participó activamente como delegado de Uruguay en la Conferencia Monetaria Internacional Americana, donde tuvo un papel central. Poco después, renunció a sus cargos consulares y puso fin a su colaboración con periódicos latinoamericanos para dedicarse de lleno a la tarea revolucionaria (en mayo de 1891, publicó su última correspondencia en *La Nación*). Desde entonces sólo conservó unas clases nocturnas de español para vivir. Cfr. R. Fernández Retamar, 1977, 16-19; I. Hidalgo Paz 2003; C. Vitier 2004; S. Morales Pérez 2003.

⁴⁸ Por *sobreescritura*, entendemos la operación discursiva que Julio Ramos describe de este modo:

Para poder hablar en el periódico, el literato se ajusta a la exigencia del mismo, informa, e incluso asume la información como un objeto privilegiado de su reflexión. Pero al “informar” sobre-escibe: escribe sobre el periódico, que continuamente lee, en un acto de palimpsesto, digamos, que a la vez proyecta un trabajo verbal sumamente enfático, que la noticia –el objeto leído– no tenía...(J. Ramos 1989, 110).

Conferencia Monetaria, le ofreció la posibilidad única de palpar, desde las “[e]ntrañas del congreso [que] están como todas las entrañas, donde no se las ve...”⁴⁹ -desde el interior mismo del lugar de discusión-, cómo y dónde se forjaban y debatían las políticas internacionales continentales, se anudaban alianzas estratégicas y se elegían los planes y las acciones para ejecutarlas.

De ahí la cautela, el esfuerzo cuidadoso y el esmero puestos en “estetizar la política” (Rotker) en “Nuestra América”, no para maquillarla o decorarla sino para poder advertir y precaver, desarticular y refutar, programar y armar. A su vez, la lectura de esos textos que anticipan y complementan las tesis y los argumentos, los tópicos, las figuras y los tropos retomados en “Nuestra América” se nos propone como un ejercicio provocador y particularmente productivo para el lector contemporáneo, en la medida en que ilumina significados estilizados estratégicamente en ese texto, que el lector de época podía fácilmente reponer y activar.

En suma, la consideración de esta relación poco trabajada como contexto histórico y discursivo resulta, a nuestro entender, una operación ineludible para el estudio y la cabal comprensión de este ensayo que merece ser revisada a la luz del nutrido entramado de hebras de sentido que ligan estos acontecimientos político-culturales con el acontecimiento discursivo que nos ocupa. Desde este punto de vista, las afirmaciones de Julio Ramos, al comienzo del último capítulo de *Desencuentros...*, dedicado a “Nuestra América”, parecen estar sesgadas en exceso por teorías posmodernas que colocan exclusivamente en el discurso, el poder configurador de la realidad, perdiendo de vista el protagonismo -como en el caso que estudiamos- de lo que se repone solamente en la inserción del texto en la situación comunicativa en que fue gestado como intervención, dentro en un momento histórico especialmente denso y significativo.

Ramos adelanta que el objetivo de su lectura de ese ensayo martiano es la configuración de un discurso latinoamericanista, y no la idea o el concepto de América Latina como el núcleo generador que -tal como la percibe, casi siempre, irreflexivamente cierta historiografía de la cultura- presupone “la presencia de América Latina como un

⁴⁹ J. Martí, “El Congreso de Washington” (N.Y., 29.IX, 1889) [*La Nación*, 8.XI.1889], *Nuestra América*,...38.

campo desde siempre organizado en el exterior de los 'conceptos', referible por la "transparencia de las ideas, y luego historiable" (Ramos 1989, 229). Y más adelante explicita su perspectiva: "América Latina no es un campo de identidad organizado, demarcado, antes de la intervención de la mirada que busca representarlo", para luego enunciar la hipótesis que le sirve de punto de partida: "... 'lo latinoamericano' es un campo producido, ordenado, en la misma disposición -políticamente sobredeterminada- del discurso que nombra y al nombrar genera el campo de esa realidad." (229)

Sin embargo, pese a que el crítico se encarga un tanto elípticamente de tomar distancia de engañosas mistificaciones autorreferencialistas y de empirismos ingenuos, y admite que América Latina no es una pura ficción que se agota en las palabras que la designan, sino que sobrepasa las representaciones intelectuales sobre esa experiencia contradictoria y existe como problemática densa e ineluctable, nos resulta curioso que no sólo omita considerar aquella relación que mencionamos, sino que ni siquiera haga una sola mención de aquellos acontecimientos políticos (las dos Conferencias que enmarcaron aquel ensayo) de directa y mutua implicación.

En consecuencia, sin desestimar el acierto del señalamiento de Ramos acerca del papel protagónico del aspecto marcadamente *constructivo* de este texto, programáticamente armonioso y equilibrado, pensamos que es necesario no desatender las circunstancias que rodearon su escritura, los entornos que la motivaron, el entramado sociopolítico y económico de la escena discursiva en la que este texto se enmarca e interviene, instalándose de un modo plenamente consciente para su autor.

Tensiones y suturas en la construcción de 'nuestra América'

En este apartado abordaremos la configuración discursiva de la entidad que se construye en este ensayo. Para ello conviene tener en cuenta otro dato extremadamente significativo para el estudio de su estructura formal, que la crítica ha incorporado recientemente pero sin que aún haya sido suficientemente aprovechado en los estudios dedicados a este texto.

En efecto, hasta hace sólo unas décadas se pensaba que el ensayo "Nuestra América" había sido publicado originariamente en "El Partido Liberal" de México, el 30 de enero de 1891, pero cuando Iván Schulman y Vernon Chamberlin localizaron la

mayoría de los números de una publicación que había permanecido casi ignorada durante más de medio siglo, *La Revista Ilustrada* de Nueva York, descubrieron que el 1º de enero de 1891 el mismo ensayo había sido publicado en los Estados Unidos, en esa revista. A pesar de que no se encontraron diferencias en la versión textual, las consecuencias de ese hallazgo no fueron irrelevantes, puesto que la noticia de la doble publicación en circunstancias y contextos nacionales, tan distintos y temporalmente no demasiado lejanos, suponía un doble marco de inscripción que podría haber incidido –y que efectivamente incidió– en la configuración discursiva del texto. A las tensiones inherentes al contexto de confrontación ideológico-política donde salió a escena, se agrega la orientación hacia dos espacios, una doble situación de recepción, es decir: dos contextos de lectura que trazan desde el inicio una bipolaridad que reduplica aquella tensión original pero también introducen un doble horizonte de destinatarios (*pro-* y *paradestinatarios* para reunir adhesiones y *contradestinatario* para contraargumentar) (E. Verón).

Esta doble estrategia textual hace de “Nuestra América”, por este solo hecho, un texto atípico en la historia del latinoamericanismo y también en la de la cultura latinoamericana, con por lo menos dos tipos de lectores implícitos, dos bandos textuales considerados e incluidos en los dispositivos mismos de enunciación, y dos contextos de recepción, circulación y difusión previstos anticipadamente en el texto. En principio, nos referimos a la relación desigual que mantuvo Martí periodista o corresponsal, con estas dos publicaciones –*La Revista Ilustrada* de Nueva York y *El Partido Liberal* de México– y los directores, temáticas, tipo de lectores y proyectos de cada una, aunque es probable que tal vez el ensayo haya sido publicado en otros periódicos o revistas del continente, en fecha no muy lejana, lo que explicaría la rápida difusión de su propuesta de acción. Esos dos lugares documentados de edición representan los extremos de una curva de recepción implícita: exiliados hispanos de Nueva York y políticos norteamericanos interesados en el tema que encarnaban los intereses estadounidenses hasta los letrados e intelectuales del resto de América.

Observemos algunos rasgos de las publicaciones que albergan este ensayo: en principio, *La Revista Ilustrada de Nueva York* (1885-1898?) fue una prestigiosa publicación decimonónica, de pensamiento y de letras –hasta hace unas décadas muy poco conocida y escasamente estudiada–, cuyo editor propietario fue un distinguido panameño,

don Elías de Losada (1848-1896). *La Revista Ilustrada* sobresalió por su alto valor literario y su impresión de cierto lujo entre los mejores *magazines* editados en lengua española, en los Estados Unidos, por esos años, y fue uno de los periódicos familiares más destacados entre los más de doscientos publicados, en el siglo XIX, en las principales ciudades norteamericanas. Su director literario fue Nicanor Bolet Peraza, poeta en prosa, quien garantizó que el “esmero artístico” (“la pluma de colores”, como lo llamó Martí) fuese cultivado por todos sus colaboradores. En sus columnas escribieron autores de renombre como Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Ricardo Palma, Juan Montalvo, Juan Valera y Emilia Pardo Bazán, entre otros.

En *La Revista* -como solía llamarla Martí-, se publicaron al parecer sólo dos trabajos más, aparte de “Nuestra América”: “La conferencia monetaria de las repúblicas de América” y “Las crónicas potosinas de Vicente G. Quesada”, este último sin su firma. Se distribuyó por toda la América Hispana y tuvo un sesgo netamente americano en su propósito de dar a conocer nuestros pueblos, como lo prueban los numerosos artículos elogiosos, procedentes de publicaciones extranjeras, que se reproducen en sus columnas.⁵⁰

La defensa martiana de los valores culturales americanos coincidía con la postura americanista de *La Revista*, de modo que allí encontró una tribuna adecuada para definir su posición autónoma respecto de América, posición que caracterizaba -por otra parte- a esa publicación que defendía además del principio educativo de la fuerza intelectual como vía y garantía del progreso, las “armas del juicio...”, “trincheras de ideas...” (26), vale decir, el valor del conocimiento para solucionar problemas. Por otra parte, la breve pero muy valiosa colaboración de Martí en esa rara publicación neoyorquina se respaldó en una serie de constantes compartidas por *La Revista* y el ideario martiano, como la apuesta por un magisterio social, un americanismo integral, una concepción idealista romántica combinada con un sentido pragmático, un pensamiento universal y el deseo de fortalecer y elevar el espíritu de América.

Conviene recordar, con vistas a perfilar el lector de este artículo, que contemporáneamente a su publicación existían en Nueva York asociaciones de

⁵⁰ En una carta a Elías de Losada, José Martí le expresó con estas palabras su personal estima sobre *La Revista*: “Me pareció el periódico, cosa mía, por la tolerancia y pensamiento americano, del bueno, que Ud. pone en él: y tuve un gusto vivo y personal...” (J.Martí, “Carta 2ª”, “Apéndice” de Iván A. Schulman, “José Martí y la *Revista Ilustrada de Nueva York*”, *Cuadernos Americanos*, XXVII, 4 (1968): 141-153.

hispanoamericanos o prohispanoamericanos que, individualmente o en forma colectiva, fomentaron la ubicación central de la lucha por la liberación de la isla en ese lugar. Por ejemplo: el Club "Los independientes" -la organización revolucionaria que más perduró-, "La sociedad literaria hispano-americana" que llegó a presidir el mismo Martí y, en el otro extremo, "La liga", una sociedad de trabajadores cubanos de color, fundada en Nueva York, en 1890, bajo la inspiración de Martí .

Entre 1886 y 1892, Martí colaboró desde los Estados Unidos, en *El Partido Liberal*, de México, el periódico oficial de Porfirio Díaz, gracias a la mediación de su amigo Manuel Mercado, simultáneamente a sus colaboraciones en *La Nación*, que en muchos casos trataban los mismos temas, aunque éstas se publicaban más tardíamente. Según Félix Lizaso, Martí había sido invitado a colaborar en ese diario, recién en marzo de 1889, pero al parecer la historia de sus colaboraciones en *El Partido Liberal* fue durante largo tiempo mal contada.⁵¹ En las *Cartas a Manuel A. Mercado* que el propio Martí escribió a su amigo mexicano, se puede leer que desde el 22 de marzo de 1886, el Maestro cubano deseaba conseguir el cargo de corresponsal en algún periódico mexicano como *El Partido Liberal* o *El Nacional*, y que cuando Martí escribió su primera correspondencia el 14 de mayo de 1886 (publicada en *El Partido...*, el 29 de mayo de ese año), todavía no sabía el nombre del periódico que la publicaría, aunque imaginaba que sería *El Partido Liberal*.⁵²

En México, pudo entrar en contacto con otro lector hispanoamericano característico de esa época: el burgués ilustrado. Siempre preocupado por el país que accedía a la lectura del periódico especializado, Martí solía decir que le costaba tomar el tono al diario y al público nuevo, que al principio lo asustaba el compromiso de escribir cuatro cartas al mes por "miedo a parecer intruso" (hoy diríamos, `descontextualizado`). Por lo general, se trazaba un programa mínimo, de manera que en casi todas se trataba sólo un asunto (y en esto, como en sus cartas desde Nueva York, rompía con la tradición que había impuesto *Le Figaro* sobre la variedad de materias y temas tratados en una

⁵¹ Cfr. Félix Lizaso, *Martí, místico del deber*. Bs.As.: Losada, 1952, 263.

⁵² J. Martí, *Cartas a Manuel A. Mercado*. México: Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1946, 105. Véase también: Ernesto Mejía Sánchez, "Introducción: José Martí en *El Partido Liberal (1886-1892)*", José Martí, *Nuevas cartas de Nueva York*. Investigación, introducción e índice de E. Mejía Sánchez. México: Siglo XXI – Colección América Nuestra, 1980: 11-17.

misma crónica), a menos que no fuese muy culminante y absorbente (cfr. Rotker 1992, 107). En otras ocasiones, dudaba sobre la oportunidad de la publicación de un artículo y sin embargo lo enviaba igual, pero dejaba la decisión de “darlo a la prensa” o no, en las manos de Manuel Mercado y sus amigos, aunque confesaba haberlo “escrito en virtud de mucho pensamiento y con una previsión en cada palabra”.

Como es el caso de “Nuestra América”, por lo general, la marca gramatical de la primera persona del plural del posesivo (“nuestro”/a) incluida en los artículos publicados en ese diario, englobaba la figura del lector ideal, presupuesto en la composición del texto, e indicaba al mismo tiempo la pertenencia del emisor y del receptor al mismo espacio, en tanto entidad construida legitimadora que autorizaba la escritura. Presuponía así una cierta simetría que el sujeto de la enunciación esgrimía como estrategia. La identidad de ese “nosotros” en representación del cual hablaba el emisor, podía referirse a los hombres de la América Española, no sólo los que leen, sino los otros, los indios, los negros, los campesinos -“la vincha y la toga”-, también los americanos del sur interesados en el destino de la patria común, pero no aquellos “aldeanos” que sólo se miraban el ombligo y veían con desconfianza a su vecino.

En cuanto a la circulación de lo publicado en esas páginas del periódico mexicano, excedía ampliamente las fronteras de esa nación: llegaba por intercambio directo a varias capitales latinoamericanas, circulaba casi de boca en boca o por correo postal o a través de viajeros (gente de las clases adineradas, las únicas que tenían el hábito de viajar regularmente). Aparte de la directa relación de Martí con otros diarios del continente, el periodismo le ofrecía un poderoso mecanismo encargado de diseminar las “novedades” entre los centros culturales y de poder, mientras permitía el instantaneísmo, la casi simultaneidad de un texto con el acontecimiento que lo había generado y una estrecha relación entre hechos y palabras.⁵³

⁵³ En la segunda mitad del siglo XIX, comenzó a difundirse el paulatino desplazamiento del periodismo doctrinario, de opinión, al periodismo de cuño informativo, y de la prensa de divulgación y debate de ideas al registro de acontecimientos, a partir de la aparición de la noticia. Esa transferencia de énfasis tiene como correlato la preocupación creciente por acceder a la información *in situ* (novedad introducida en Francia, por el semanario *L'illustration*, fundado en 1843). En consecuencia, se comenzó a ponderar la relación de contacto directo con la veracidad, la confiabilidad o el carácter fidedigno de la información recogida. Por otra parte, la tendencia a acelerar el tiempo de transmisión, circulación y consumo de los datos se hizo posible por la intermediación de dispositivos técnicos, como el telégrafo después de 1850. El campo de la información de prensa acompaña la extensión de redes de telégrafo y la aparición del *reporter*, como nuevo tipo social profesional del fin del siglo XIX. Cfr. E. Verón, S. Rotker, J. Ramos, P. P. Rodríguez, entre otros.

Volvamos ahora al ensayo que nos ocupa, debemos aclarar que aunque el asunto tratado estaba lejos de encuadrarse en la esfera de lo efímero del diario de ayer e iba más allá de la mera crónica, por cuanto refería y reflexionaba sobre un conflicto que, aún confirmada la sospecha y realizado lo anunciado en ese texto, conservó su vigencia hasta nuestros días, desde cualquier perspectiva que se lo enfoque, trasponiendo en su relación de circulación-consumo los límites de lo instantáneo y perecedero hasta instalarse por su tematización prolongada en la *long durée* de la historia.

“Nuestra América” construye así una entidad cultural, desde un doble lugar de inscripción discursiva que traspasa no solamente las fronteras nacionales del lugar físico desde donde el autor lo escribió, sino las de la “comunidad imaginada” (B. Anderson) transnacional o supranacional que el mismo texto se encarga de diseñar, y derriba así los límites impuestos por el mismo mecanismo constructivo que lo articula, a través de una cadena de oposiciones que lo tensan: “nuestra América” - “la América del Norte”, “nosotros” - “ellos”, “hombres naturales” - “letrados artificiales”, “mestizo autóctono” - “criollo exótico”, “tigre de adentro” - “tigre de afuera”. En una escena atravesada por la amenaza de una avanzada imperialista que extrema toda posibilidad de reflexionar sobre la identidad fuera de ese contexto y mucho menos en el ámbito de un periódico, Martí construye así una entidad que se desplaza incluso más allá de la frontera geográfica trazada, hasta llegar a incorporar al sujeto mismo de la enunciación que encuentra aquí, al parecer, en la escritura, a la vez su único lugar de arraigo y amparo. La operación constructiva -insistimos- atravesada de tensiones profusamente representadas en el discurso -como veremos en un apartado siguiente- apenas remeda una sutura que pretende reparar la herida, el desarraigo, la carencia.

Sin embargo, ni la experiencia de la tensión que atraviesa la construcción identitaria, intensificada en la circunstancia particular que rodea la escritura y reduplicada en este texto por las condiciones materiales de su inscripción discursiva, ni la expresión “nuestra América” y la conceptualización que la acompaña, son nuevas ni en Martí ni en la historia intelectual de nuestros países, sino que reconocen una larga prosapia y cuentan con una superpoblada genealogía de pensadores que la anticiparon: Francisco de Miranda (1783 y 1806), y, aún antes, el poeta neogranadino, Hernando Domínguez Camargo (1676) y el mexicano Juan José Eguiara y Eguren (1748), entre

otros. Y sin atenernos estrictamente a aquella expresión sino a la idea de bloque subcontinental o de grandes uniones regionales que la integran, entronca con una larga y sostenida tradición: desde los precursores de la Independencia y los letrados patricios como Juan Pablo Viscardo y Guzmán, Simón Bolívar, Bernardo de Monteagudo, San Martín, O'Higgins, Sucre, Fray Servando Teresa de Mier, Mariano Moreno, José Cecilio del Valle y, ya bien entrado el siglo XIX, los románticos José Victoriano Lastarria y el olvidado Francisco Bilbao (de quien se reconocen en "Nuestra América" algunos pasajes, tópicos y expresiones de su libro *El evangelio americano* (186), pero sin la retórica excesivamente declamatoria y grandilocuente del chileno), Juan Bautista Alberdi, el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, José Enrique Rodó (en cuyo *Ariel* se hará cargo de la divisa creadora de Martí), Justo Sierra, Juan Montalvo, Manuel Ugarte, Pedro Henríquez Ureña, y tantos otros.⁵⁴ Cabe consignar que el mismo James Blaine utilizó la expresión "Nuestra América", pero extendiéndola a todo el continente como sinónimo de Panamérica.

En cuanto a su trayectoria en la obra martiana, si -como afirma Fernández Retamar- la dramática coyuntura de la Conferencia de Washington "cataliza la visión martiana de nuestra América, esa visión ha venido forjándose desde mucho antes en él" (R. Fernández Retamar 1977, 25). Las fisuras y confrontaciones ya habían sido señaladas desde mucho antes tanto en sus trabajos publicados en la "Revista Universal", durante su temprana estadía en México, como en los escritos en Guatemala y en Venezuela, los que confirman que en esos años la concepción martiana de la naturaleza y el destino de estos países estaba ya plenamente formada.⁵⁵ Indudablemente, las experiencias mexicana y

⁵⁴ Remitimos a los siguientes estudios detallados de estas fuentes del nacionalismo latinoamericano y de los antecedentes de la idea de "nuestra América": Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*. México: Siglo XXI, 1980 y Ernesto Mejía Sánchez, "Estudio preliminar" a Carlos María de Bustamante, *No conviene a la libertad de la nación mexicana...* México: Colección Bibliófilos Oaxaqueños, 2ª serie, 1974.

⁵⁵ Hay una progresión en la toma de conciencia política de Martí sobre este punto, desde su inicial preocupación por la nación en lo inmediato ("O Yara o Madrid") y por los efectos de la dominación colonial más allá de las fronteras de la Isla, en *El Presidio...*, aunque sin percibir las todavía como una totalidad orgánica, ni con un nombre unificador, pero sí como diferentes de España. Luego, en España advirtió la diferencia con los EEUU ("Cuadernos de apuntes. I", OC, XXI, 15-16), y en México, con la "América europea" (26). El primer germen de la idea martiana de "nuestra América", preparada y anticipada en México, con el decisivo aporte de las culturas aborígenes, se hizo realidad en Guatemala, hacia 1877, donde trazó un balance de su saber continental, con nociones que lo acompañaron durante el resto de su vida ("Los códigos nuevos", OC, VII, 98). En ese mismo año, acuñó la expresión "madre América", esbozada en sus artículos mexicanos. Ambas reaparecieron en su madurez. En Venezuela se

guatemalteca echaron las bases del americanismo martiano, pero -al decir de Cintio Vitier-

... fue desde las estribaciones del Monte Ávila [en Venezuela] y desde el tumultuoso mirador neoyorquino que Martí continentalizó, por decirlo así, su prosa periodística, dotada ya en los años ochenta de una espacialidad, de un *pathos* de lo simultáneo y de una adhesión al torrente vital que únicamente encontramos en la poesía de Walt Whitman... (Vitier 2004, 206).

Así es que en un grupo importante de los textos neoyorquinos, especialmente en las crónicas económico-políticas y en las crónicas urbanas, verdaderos mosaicos de escenas de “la otra América”, es donde con mayor acuidad desarrolla la oposición entre “nuestra América” y la otra América. En un texto de incomparable calidad literaria y de admirable estructuración artística como “Coney Island”, una crónica de balneario aparentemente menor, encontramos representada en forma tan contundente como sublime la contradicción entre las dos Américas, sopesando y alternando táctica o estratégicamente temores y esperanzas, angustias y entusiasmos. Para ilustrarlo, citamos sólo un fragmento donde tácitamente se describe en forma contrastiva el país del Norte y luego se condensa en una frase brevísima, casi aforística, la antítesis que resume el planteo identitario central:

En los fastos humanos, nada iguala a la prosperidad maravillosa de los Estados Unidos del Norte. Si hay o no en ellos falta de raíces profundas; si son más duraderos en los pueblos los lazos que ata el sacrificio y el dolor común que los que ata el común interés; si esa nación colosal, lleva o no en sus entrañas elementos feroces y tremendos; si la ausencia del espíritu femenino, origen del sentido artístico y complemento del ser nacional, endurece y corrompe el

crystalizaron sus ideas sobre el carácter específico y diferente de nuestra América, pero recién en 1881, en los EEUU, nació una nueva imagen de nuestra América en contrapunto con la “América europea”. En esos años ya había salido a la luz la dicotomía entre textos públicos donde hablaba de “nuestra América fabulosa”, y privados donde la llamaba “nuestra América enferma”(OC, XX, 67) y declaraba que “no habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica” (OC, XXI, 164). Cfr. R. Fernández Retamar 1977, 23-29. Para ampliar, puede verse: P.P.Rodríguez, *De las dos Américas. (Aproximaciones al pensamiento martiano)*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2002.

corazón de ese pueblo pasmoso, eso lo dirán los tiempos.

(...)

Aquellas gentes comen cantidad; nosotros clase...⁵⁶

Esta última frase, claro exponente de la “prosa poética” más elaborada, da cuenta de la distancia impuesta por el demostrativo y alude a la muchedumbre que disfruta del ocio, como a un sujeto masificado, disperso y despersonalizado, que precisamente contrasta con el “nosotros” (los pueblos hispanoamericanos), donde el sujeto enunciador se construye nostálgicamente su lugar, aunque justamente ese *otro* (ustedes) que el hablante (*yo, nosotros*) incluye en el campo de identidad que busca representar, *nuestras tierras*, no deja de ser como el *ellos*, en cierto modo, una unidad producida, todo lo cual colabora a agudizar aún más la oposición.

Se reconocen aquí algunos trazos similares a los que componen la representación oposicional entre la América nuestra (concepto que aparece, a esta altura, bien definido) y la América del Norte, y por su condición bicultural, se hace evidente la capacidad especial del Apóstol cubano para captar las características diferenciales de la civilización ajena, las que más sorprenden, con la mirada de un ‘descubridor’ que lo coloca en una posición privilegiada, porque -como sostiene Georg Simmel- “quien viene de afuera, quien mira la vida (...) como un extranjero, percibe más el hacerse (...), calibra la convención de lo que pasa por natural, con más agudeza que quien es vecino de siempre...”⁵⁷ Será entonces esa observación de lo diferente, su formulación como tal, la que habilita el establecimiento de contrastes y tensiones, pero al mismo tiempo, la consideración de lo diverso y heterogéneo, simultáneamente, conduce a reiterados intentos de síntesis y suturas.

La construcción de *Nuestra América*: retórica persuasiva y sintaxis cordial

“Artículo programático” (Fernández Retamar 1977, 24), ensayo-visión, “prosa poética” (García Marruz), visión profética, “ensayo revolucionario” (Morales Pérez),

⁵⁶ J. Martí, “Coney Island” [*La Pluma* (Bogotá), 3.XII.1881], *OC*, t. IX, 123,127.

⁵⁷ Georg Simmel, “La metrópoli y la vida intelectual”, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Península, Barcelona, 1986.

advertencia y proclama, manifiesto de la libertad del subcontinente, discurso político de oposición a la expansión imperialista de los Estados Unidos y de liderazgo hacia los países hispanoamericanos, “Nuestra América” admite que se lo ubique en todas estas categorías y que se le atribuyan tal vez muchos rótulos más, pero con una condición peculiar que se agrega a su versatilidad intrínseca: la de albergar componentes de diferentes modalidades discursivas: rastros provenientes del cuento infantil, intensidades y tonalidades oratorias, prosa y poesía fusionadas (lo que Fina García Marruz describió como “prosa poemática”⁵⁸), modulaciones teatrales y dramáticas, dispositivos compartidos por los textos periodísticos (noticia, crónica, semblanza), arenga, parábola, aforismo, programa, entre tantos otros.

Sin embargo, el texto obedece en su conjunto a una serie de factores muy puntuales que nos autorizan a reconocer en él la presencia de una serie de elementos que responden por lo menos a dos dispositivos, uno de los cuales anticipamos en el inicio de nuestro trabajo: la *retórica de la guerra* y su sucedáneo, *de la alerta y el peligro*, y la que hace de este texto, en el fondo, pese a todas las formas de las que se recubre, un ensayo: la *retórica de la persuasión*.⁵⁹

En relación con la primera, señalaremos que a la puesta a prueba de una nueva exégesis textual: la *estetización de la política* sobre un recorte novedoso del objeto, se suma este *uso bélico de la lengua* (de la escritura y de la palabra), proyectado tanto en el

⁵⁸ Con esa expresión, Fina García Marruz designa en Martí “la extensión de los límites de ‘lo poético’, como cualidad adjetiva, a la poesía, como sustancia de la realidad toda, aún la sufriente o carente de belleza”, y agrega que “...y es ese abrazar también a las realidades mal llamadas ‘prosaicas’ la que lo llevó a su excepcional *periodismo poemático*, en el que están las fuentes de su verso libre, de aquel llevar al verso ‘la llaneza y construcción directa de la prosa’, como ya había llevado a la prosa el aliento de lo lírico.” Fina García Marruz, “La prosa poemática en Martí”, C. Vitier – F. García Marruz, *Temas martianos*. Pto. Rico: Ediciones Huracán, 1984, 213. El énfasis en nuestro.

⁵⁹ Conviene aclarar el sentido con que utilizamos la expresión ‘retórica persuasiva’. Siguiendo la taxonomía de la audiencia del discurso político, propuesta por Eliseo Verón, entendemos por esa expresión el dispositivo utilizado en el tipo de discurso político orientado a un destinatario incorporado en contextos democráticos o republicanos. Sostenemos, entonces, que si todo discurso político cumple funciones diferentes frente a los dos destinatarios antagónicos que presupone: de *polémica* (lectura destructiva) respecto del contradestinatario (Otro negativo, con inversión de creencia) y de *refuerzo* respecto del prodestinatario (Otro positivo, con presuposición de creencia) –ambas funciones, básicamente desarrolladas por la *retórica bélica*–, “al paradesinatario [fuera de juego, con suspensión de creencia] va dirigido todo lo que en el discurso político es del orden de la persuasión” (Verón 1987, 17). En este sentido, advertimos que este ensayo cumple una función estrictamente formativa o educadora, con un marcado interés ético-político. En ninguno de los casos, la retórica se reduce a lo someramente ornamental (Perelman), sino que se la piensa sobre todo con un valor fundante.

terreno simbólico-discursivo como en el de las estrategias político-diplomáticas. A diferencia de otros *incipit* exclamativos e intempestivos de algunas de sus mejores crónicas, el texto comienza sorpresivamente con una reflexión *in media res*, con un tono medio, equilibrado, pensado (sin que haya lugar tampoco para la presentación previa ni para el anticipo de asuntos ni exordios), que parte de una creencia atribuida al hombre común e inmediatamente denuncia y critica el regionalismo o el localismo ingenuos. No sólo se ordena en campos semánticos opuestos -como ya lo anunciamos-: “nosotros”-“ellos”, “nuestra América”-“la América del Norte”, “cultura”-“naturaleza”, lo local-lo universal, sino en antagonismos internos como los referidos a la figura de la traición que aparecerán más adelante bajo el simbolismo del tigre: “el tigre de adentro” que reduplica “el tigre de afuera” y aumenta la amenaza, además de las elecciones léxicas vinculadas con el orden de lo bélico y con frecuencia cruzadas con el campo semántico de las ideas, recreando el antiguo *topos* de las armas y las letras, tal como aparecen en el primer párrafo del ensayo: “armas del juicio”, “trincheras de ideas”/ “trincheras de piedra”, “proa”, “un escuadrón de acorazados”, “puños”, “sangre”, “sable” (25).

Recordemos que cuando Martí dio a conocer este texto, en 1891, había sido consumada desde hacía medio siglo la anexión de los estados mexicanos de Texas, California y Nuevo México los Estados Unidos, y Martí ya tenía la certeza de la política panamericanista que pretendían imponer el país del Norte, que fue el verdadero motor de la sensación de peligro y amenaza inminente de la que urgía alertar a “nuestras repúblicas dolorosas de América” (27), de modo que la puesta en marcha de este mecanismo discursivo le permitió representar lo que en efecto se estaba configurando en el terreno de la realidad fáctica como un escenario previo de la guerra, y al mismo tiempo desplegar una estrategia “antiimperialista” *avant la lettre*. Así, las imágenes y metáforas bélicas, los personajes históricos mencionados, los verbos y las expresiones que indican contraste, enfrentamiento, lucha, violencia, uso prepotente de la fuerza, invaden todos los órdenes representados: “poner la bota encima”, “pelea de los cometas en el cielo”, “se enseñan los puños”, “cercenaron, con el sable tinto...” (26). Y en lo sucesivo, la configuración de lo bélico atraviesa todo el discurso y sus distintos órdenes siempre tensos.

Detengámonos en el primer párrafo, por ejemplo: dos imágenes asocian el peligro no atendido con el imaginario infantil (y la interpretación alegórica de los cuentos), por un

lado, y el orden cósmico (quizás por oposición al microcosmos donde ubica la ingenuidad, más terrenal), por el otro. La imagen muy arraigada en el imaginario infantil de “los gigantes que llevan siete leguas en las botas”, tomada del personaje fabuloso del famoso cuento para niños *Pulgarcito*, de Charles Perrault, cuya sola mención enfatiza el desarrollo vertiginoso (“botas de siete leguas”) de los países más poderosos y la desproporción de su relación con los países más débiles y pequeños,⁶⁰ y la metáfora más extraña y compleja de “la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos” (26), ligada directamente con un pasaje de la crónica “El Congreso Internacional de Washington” (*La Nación*, 19 y 20.XII.1889)⁶¹ –lo que abona la propuesta de lectura en cotejo que planteamos en el primer apartado de este capítulo- y con cierta creencia indígena de “cometas orgullosos que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas”, de los macusíes de la región del Orinoco, de la que Martí tuvo noticia a través de su amigo venezolano Arístides Rojas.⁶²

Pero este poderoso dispositivo configurador no se agota en la asombrosa profusión de recursos estratégicamente seleccionados sino que articula el orden mismo de la *partitio* del texto en el encadenamiento de secuencias narrativas (en total, cinco secciones separadas por un espacio en blanco) que marcan un avance, si no en el terreno de la realidad fáctica, sí en el orden de la creencia: de la *doxa* inicial impugnada al comienzo del texto, pasando por verdades sentenciadas, falacias denunciadas y falsas creencias desacreditadas, e intercalando visiones retrospectivas, balances certeros y anuncios proféticos, se asistirá en el final a la revelación exaltada no sólo en el orden de lo visual sino también en el de lo sonoro (“¡Porque ya suena el himno unánime...!”) de un mito amerindio que actualiza la llegada de la América nueva, y se nos impone con el valor de una verdad: “¡...del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar,

⁶⁰ Es de notar la vinculación que se establece aquí entre este ensayo y el proyecto pedagógico martiano que llevó adelante *La Edad de Oro*. En esa revista publicó, en julio de 1889, el cuento de Laboulaye, “Meñique”, donde les enseñaba a los niños de nuestra América que “el saber vale más que la fuerza” (J. Martí, *OC*, t. XVIII, 310-324).

⁶¹ El pasaje es el siguiente: “¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?” (J. Martí, *OC*, t.6, 57).

⁶² Cfr. C.Vitier, Notas a “Nuestra América. Edición crítica”, Anexo a *Vida y obra del Apóstol José Martí*, 348.

la semilla de la América nueva!”⁶³

En la apertura del texto, la apelación a la *doxa* del hombre común, desinteresado de lo que no sea inmediato y local (“el aldeano vanidoso”⁶⁴ que cree que el mundo es su aldea), no deja lugar a dudas sobre la posición que asume el sujeto emisor que intenta despertarlo y alertarlo del peligro inminente, y anticipa un primer par antagónico en la cadena de oposiciones que se articulan a lo largo de todo el ensayo: la cuestión del regionalismo y el localismo vs universalismo, lo local-lo global, lo propio-lo ajeno, nativismo, nacionalismo-cosmopolitismo, internacionalismo, entre otros.⁶⁵ A continuación sacudirá su indiferencia o su despreocupación ingenua, con imperativos, exhortaciones y enunciados deónticos (“han de...”), intercalando sentencias taxativas, siempre hacia el final del párrafo o de la secuencia: “[E]s la hora del recuento, y de la marcha unida”(26), interrogaciones retóricas con un propósito claramente apelativo, y repeticiones anafóricas que, de un modo letánico, insisten en marcar que no hay dilación posible, que ya no es posible prolongar ese estado de cosas (“ya no...”, “No hay...”).⁶⁶

⁶³ Contra la atribución más corriente de la última imagen mítica del Gran Semí que cierra el ensayo, a la mitología taína como representación de las fuerzas de la Naturaleza y al uso simbólico de la figura de Yucahuguamá, Cintio Vitier la rastrea en otros textos martianos y sostiene que se trata de la figuración mítica del padre Amalivaca, de los indios tamanacos, sobre los cuales Martí habría obtenido información también en este caso de manos de Aristides Rojas. Cfr. C.Vitier 2004, “Anexo”, 355. Para la interpretación anterior, véase la nota final de “Nuestra América” de la edición de la Biblioteca Ayacucho, anotada por Hugo Achugar (33).

⁶⁴ El adjetivo “vanidoso” es el único indicio de la falacia que entrañaba esa proposición.

⁶⁵ Otros pasajes y desplazamientos que se verifican a lo largo del texto van de lo inmaterial a lo material, de lo abstracto a lo concreto, de lo desconocido a lo conocido, de la referencia fáctica a su interpretación e intelección. Por otra parte, tras una apariencia de objetividad se pondera el orden simbólico, y se evidencia una creciente valoración de enunciados subjetivos que van emergiendo por medio de la adjetivación, las modalizaciones e intensificativos, y de la vasta gama de procedimientos compositivos utilizados.

⁶⁶ Las cinco secuencias enunciativas asociadas con lo bélico pueden reconstruirse en la *dispositio* del texto de este modo: en I (tres primeros párrafos) se alerta y se llama a tomar conciencia del peligro, se insiste en la necesidad de conocerse y unirse para arraigarse, y de tener valor, fe y orgullo para defenderse en una batalla desigual entre nuestra América (“que va de menos a más”) y la América del Norte (“que va de más a menos”), y por último se introduce la figura del traidor; en las próximas tres secuencias se concentran las argumentaciones: en II (cuarto, quinto y sexto párrafos) por primera vez se menciona la “patria” y se argumenta su existencia con el relato de su origen y la adecuación a la realidad concreta, y finalmente se enumeran las pautas para un buen gobierno; en III (séptimo y octavo), se evoca a los héroes de la emancipación americana y se formula el problema de la independencia en términos de cambio de espíritu, y al final se reitera la amenaza, esta vez con el símbolo del tigre; en IV (noveno y décimo párrafos) se introduce la confianza en salvación de estos países, fundada en el nacimiento del hombre real, cifrada en la juventud y en la autenticidad; y por último, en V (undécimo y duodécimo párrafos), encontramos una suerte de epílogo, donde se insiste en la confianza en la salvación de nuestra América de todos sus peligros, y se denuncia nuevamente, en forma más explícita, la posible avanzada imperialista por parte de los EEUU, que no la conocen y la desdeñan. Por último, se introduce una visión utópica -“no hay odio de

A lo largo del ensayo, cada sección reúne un conjunto denso de componentes léxicos, gramaticales y temáticos que reaparecen en uno y otro pasaje, entramando el discurso por un criterio de proximidad e interrelación mutua. Unidades mínimas destacadas como párrafos, microrrelatos, escenas e imágenes instantáneas y fugaces como pinceladas impresionistas, son algunos de los enunciados que abren, rematan, retoman y cierran el discurso, marcando intensidades, énfasis, tonalidades, a través de repeticiones léxicas incorporadas deliberadamente, y de modos y tiempos verbales que marcan ritmos en un trabajo paralelo desde lo fónico y tonal.

Podría decirse que el acierto de la estrategia de este texto reside en el estilo tan altamente logrado que alcanza el nivel de *lo sublime* y se impone como *estética*, una dimensión inseparable en Martí de la ética y la política, y en la cual, aunque parezca paradójico, reside el mayor poder argumentativo de “Nuestra América”. No encontramos aquí, sin embargo, lo que suele denominarse un discurso ‘tropicalista’, por lo común en forma peyorativa, por la retórica florida, voluptuosa y vaciada de sentido que la acompaña. Por lo contrario, el discurso se presenta cargado de formas poéticas que ponen en acto el deseo, el anhelo, activando la imaginación para generar el efecto de realidad y dar por hecho lo que no es sino sólo un proyecto.

En el segundo momento de la primera secuencia del ensayo, defendido el orden más poderoso de las ideas -“...las armas del juicio, que vencen a las otras...”-, y cerrado el primer párrafo -como es habitual en Martí-, a modo de sentencia: “[T]rincheras de ideas valen más que trincheras de piedra”-, se incita al hombre común representado por ese “aldeano” a pensar y a tomar conciencia, a no quedarse en el nivel de la creencia ingenua -“No hay proa que taje una nube de ideas”, se argumenta-, y se lo invita a aceptar la ‘verdad’ que se le ofrecerá, más avanzado el discurso, bajo la forma de una visión, desbordante de optimismo o, quizá, de ‘fe’ en la construcción de la “América nueva”, en tanto que se condena la traición, la cobardía, la falta de valor y de fe -“esos insectos dañinos que le roen el hueso a la patria que los nutre”; “¡[E]stos hijos de carpinteros, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero!”, “¡[E]stos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio de la madre que los crió...!”; “¡[E]stos

razas, porque no hay razas” (32); “...la generación actual lleva a cuestras (...) la América trabajadora” (33)-, y el texto se cierra con la imagen mítica del Gran Semí sobre un cóndor, sembrando la América nueva (33), que representa el anuncio hecho realidad.

delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres!” (27).

Junto a las imágenes y símbolos relacionados con el ámbito de la guerra – “¡los árboles se han de poner en fila (...)! Es la hora del recuento, y de la marcha unida (...), en cuadro apretado...”-, se apela en esta instancia a la dimensión cognoscitiva -“Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse...”(26), “Conocerlos basta, sin vendas ni ambages...”, “Conocer es resolver...”(28)-, que se retomará y profundizará, más avanzado el texto, con un uso abundante de verbos y sustantivos relacionados con esa esfera de lo real -“sabe”, “enseñe”, “[C]onocer”, “ideas”, “libro”, “universidad”, “erudición”, “periódico”, “cátedra”, “academia”, “conocimiento”, entre otros tantos-, que contribuirán a ir instalando en la mente del lector la imagen mental, ‘intelectual’, de una verdad consistente que se ofrece no sólo para ser aprehendida conceptualmente sino para convertirla en una realidad histórica concreta. Se cruzan así, como vimos, dos campos semánticos de dos esferas diferentes -el pensamiento y la guerra-, reunidas en la praxis vital de Martí escritor: la palabra y la revolución (esta última, por debajo de lo militar y lo guerrero).

Precisamente, a partir de la estrategia persuasiva, desplegada con intensidad en este texto agonístico como recurso argumentativo, *nuestra América* es presentada y aludida en forma tan contundente que no se deja lugar a dudas de su estatuto de realidad, aunque al mismo tiempo se escamotea el verdadero carácter constructivo que la originó.⁶⁷ En la

⁶⁷ Los aportes de la teoría del discurso social a la *literatura de ideas*, sobre el rol sociocultural de la acción discursiva y la lengua como lugar de debate y confrontación de subjetividades, así como el diálogo abierto entre la *nueva retórica* y la *teoría de la argumentación*, y el reencuentro de la retórica con la dialéctica, nos permiten trazar un nuevo punto de partida eficaz para reevaluar este gran texto martiano, impregnado de un “espíritu ensayístico” (C. de Obaldía), justamente donde parecen agotarse los instrumentos interpretativos. En particular, nos preguntamos cómo se puede hablar de *ensayos martianos* o de una *dimensión ensayística* en la escritura de Martí, cuando se reconoce en su obra una clara vocación magisterial de comunicar una verdad, de iluminar racionalmente con ansia universal y con una voluntad inquebrantable de pergeñar un programa de acción inmediata, de alertar peligros y solucionar enigmas. Por otra parte, ¿es posible calificar esa *actitud ensayística* como una “estrategia de escritura”(J. Leenhardt) que pretenda abordar “al sesgo” el mundo del que habla, o –dicho de otro modo- como una *táctica de persuasión* directamente orientada a abrir el diálogo o la discusión con el público lector para alertarlo, sacudirlo, conmoverlo, para ganar su adhesión y contar con su participación activa. En este caso puntual, cabe recordar la reflexión de Georges Vignaux respecto de los “argumentos retóricos” que por su carácter dialéctico no producen jamás una convicción perfecta. Recuerda Vignaux la condena aristotélica de esa “retórica pasional”, pero visualiza a la par otros medios de persuasión que derivan del carácter del orador y apelan a las disposiciones del oyente. Creemos que en “Nuestra América” están operando estas vías alternativas procedentes del personalísimo y muy elaborado estilo martiano y su poco común capacidad de fundir prosa y poesía en la poderosa construcción de verdades convincentes, asimiladas como realidades, en torno a una entidad geopolítica como “nuestra América”, cuyas fronteras estaban lejos de referirse a una entidad política administrativa existente.

segunda sección del texto, aparece por primera vez la palabra “patria”, en el marco del “discurso del nosotros”(A. Roig, 1981) que comienza a hacerse explícito en estas líneas, dando lugar a lo “enunciativo americano” (F. García Marruz): “Ni ¿en qué *patria* puede tener un hombre más orgullo que en *nuestras* repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles?” (27) (El énfasis es nuestro).

De este modo, por medio de una conjunción de recursos que trazan desplazamientos, enlaces y contraposiciones (analogías, anáforas, oposiciones binarias, gradaciones y expansiones), a medida que avanza el texto se confirma y se da por hecho el pasaje de un *ser* deficiente, marcado por la carencia, la debilidad y la negación -“madre enferma”, “los que no tienen fe en su tierra...”, “les falta valor” (27), “factores tan descompuestos” (28), “elementos discordantes y hostiles”, “continente descoyuntado durante tres siglos” (29)-, a un *deber ser* pleno, rotundo y con un sentido armónico - “naciones tan adelantadas y compactas”, “pueblos originales, de composición singular y violenta” (27), “el gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país” (28)-, y de la situación presente a la futura ideal, pese a que en apariencia aquella se presenta equiparada con el futuro.

Pero donde mejor se evidencia y se concreta este sentido fuertemente constructivo y su vocación de equilibrio y armonía, poniendo al descubierto la condición *virtual* de la entidad referida, es sobre todo en aquellos pasajes donde la operación de “poetización de lo real” produce ‘núcleos de condensación poética’, en una concentrada síntesis, haciendo uso de recursos ficcionales, analogías y simbolismos, en una combinación “de representación referencial y creación de un orden que sólo existe en el espacio del texto” (Rotker 1992, 155). Veamos algunos ejemplos donde la yuxtaposición de pequeñas imágenes, a modo de pinceladas de un cuadro impresionista, compone un cuadro general de ‘nuestra identidad’ que, bajo la metáfora corporal nacida de un *collage* de sinécdoques, remedan el trabajo de *patchwork*, de acuerdo con una estética del retazo de la que Martí abomina como nos lo recuerda el primer epígrafe:

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo,
vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la virgen

salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España... (29)

... Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado... (30)

Nos interesa hacer notar en estos dos pasajes la estrategia de dar por pasado lo que todavía sigue en pie. Se da paso de este modo a la idea de una identidad ‘compacta’, ‘cristalizada’, donde la conflictividad de la heterogeneidad cultural que nos constituye parece haber sido armoniosamente contenida en un proyecto identitario superador:

El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo (...), se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos y se saludan: “¿Cómo somos? se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son (...). Las

levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América (...). Crear es la palabra de pase de esta generación... (30-31)

En la sintaxis flexible y aparentemente espontánea de los enunciados, la alternancia de estos pasajes, de poderosa condensación de sentidos y alto valor estético, que concentran una enorme variedad de recursos superpuestos y engarzados en una representación compleja y simbólicamente densa (sinécdoques, metonimias, metáforas, todo tipo de imágenes sensoriales y de procedimientos elocutivos), con otros pasajes menos intensos y predominantemente explicativos y expansivos, suele estar interceptada y seguida por enunciados sintéticos que, a modo de aforismos o sentencias con el aspecto de fórmulas, incorporan definiciones y traducen equivalencias entre verbos o sustantivos conectados a su vez mediante un verbo copulativo –“[E]strategia es política...” (31), “[P]ensar es servir...”(32)-, o que vinculan estructuras semánticamente opuestas y sintácticamente paralelas –“[E]l tigre de adentro se entra por la hendija, y el tigre de afuera...”; “[L]een para aplicar, pero no para copiar...” (31) (citamos solamente las más breves).

Por otra parte, la alternancia de *razón* y *pasión* en el encadenamiento del discurso, intercalando argumentos racionales seguidos por otros fragmentos cargados de emotividad (por lo general ubicados en el comienzo y en el final de los párrafos y en las zonas de mayor intensidad poética), así como el uso frecuente de una mixtura de exclamaciones e interrogaciones retóricas, períodos breves y extensos, enunciados referenciales y estéticos, concretos y abstractos, a modo de *sístoles* y *diástoles*, remedan una *sintaxis cordial*, con proyecciones y retracciones, intensidades y expansiones, entimemas y consignas deductivas, acciones prescriptas y pequeñas fábulas didácticas, conceptualizaciones e impresiones subjetivas. Esta sintaxis aparece siempre en Martí, junto con una estructura rítmica⁶⁸ que la acompaña (anáforas y repeticiones de algunos lexemas entretejen un entramado rítmico en el interior del discurso), hasta el punto de acercar el ensayo al poema en prosa, donde los párrafos se trasmutan en estrofas. El mismo Martí había

⁶⁸ “Siempre conserva la prosa estructuras del verso...”, pero “[E]n la prosa de Martí (...)” -al decir de Fina García Marruz-, “la distinción prosa-verso pierde un poco su sentido ante esa fuerza de la palabra viva, rítmica, adoptando todas las formas, para la cual la prosa había de resultar, en mucha mayor medida que el verso, el órgano de todos los registros”. Cfr. F. García Marruz, 213.

manifestado su predilección por aquellas “odas en prosa” que sintetizaban ideas madres en párrafos cortos, sólidos y brillantes, en lugar de diluirlas en artículos extensos (cfr. García Marruz, 213). En esta línea, la concisión, en tanto marca estilística que caracteriza ciertos textos martianos y algunos pasajes alternantes en otros, ocupa un lugar central y es alcanzada a partir de rigurosos procedimientos de desvío, en un modo oblicuo de enunciar, indirecto y elíptico, que conjuga síntesis, brevedad y condensación, extrayendo de las palabras su máxima densidad y potenciando su polivalencia y polisemia.⁶⁹

De acuerdo con la reconocida impronta del *ensayo cognitivo*⁷⁰ que ya señalamos, el estilo martiano apunta a naturalizar los planteos mediante tropos tomados del orden de lo natural (mineral, animal, vegetal): “...como la plata en las raíces de los Andes...” (26), “...el tigre espera, detrás de cada árbol...” (30), y de lo familiar y cotidiano⁷¹: “...como hermanos celosos...” (26), aligerando la erudición y recurriendo a un léxico sencillo, pero pleno de significación. Esa sintaxis de las imágenes que se iluminan unas a otras convive paradójicamente con la argumentación en términos bélicos, que hace del texto simultáneamente un arma de combate ideológico. Tal vez obedezca a esta estrategia el hecho de que, a diferencia de otros ensayos, no haya aquí un emisor que adelante o declare propósitos ni confiese intenciones ni se disculpe de sus incompetencias, y que tampoco haya citas que sostengan los enunciados y los autoricen. Sin embargo, forma e idea al parecer se concilian entre sí y alcanzan la contundencia de la verdad ‘naturalizada’ que se impone por sí sola, sin necesidad de apoyos.

Para finalizar, cabría plantear una última cuestión. Aunque resulta evidente que el sujeto de la *enunciación* posee una inconfundible actitud crítica y que no se limita en ningún momento a ser un mero descriptor u observador, sino que se presenta en su distancia táctica como un intérprete preocupado por comprender y hacer comprender

⁶⁹ Este arte de la concisión asume en Martí el carácter de máxima, sobre todo en sus artículos periodísticos, y adquiere al final de su búsqueda en los orígenes de nuestra lengua un virtuosismo inconfundiblemente barroco: “El arte de escribir ¿no es reducir? La verba mata sin duda la elocuencia. Hay tanto que decir, que ha de decirse en el menor número de palabras posible: eso sí, que cada palabra lleve *ala y color*...” J. Martí, *OC*, XIII, 196. La cursiva es nuestra.

⁷⁰ Utilizamos la categoría empleada por Marc Angenot (1982), para designar el tipo de ensayo donde las virtualidades literarias devienen estrategias persuasivas, conciliando el trabajo intenso -y hasta sofisticado- del lenguaje con la voluntad militante de la escritura, en tanto estrategia para la acción certera. Estos textos hacen prevalecer un valor, una regla, buscando adhesiones para la tesis que sostienen (11-12).

⁷¹ Cfr. George Lakoff y Mark Johnson, *Metáforas de la vida cotidiana*. Introducción de José Antonio Millán y Susana Narotzky. 4ª edic. Madrid: Cátedra-Teorema, 1998. 1ª ed. en inglés: 1980.

aquello que está enunciando, surge de lo expuesto hasta aquí una única pregunta: ¿desde dónde se enuncia o se escribe “Nuestra América”? Es útil retomar para este caso, una vez más, la noción de *lugar de enunciación* (E. Benveniste) que permite deslindar el lugar *en donde* se enuncia/escribe de aquel *desde donde* se lo hace.

Como sabemos, en 1891, Martí residía en Nueva York y formaba parte de la diáspora cubana dispersa en esos años por América y Europa. Su lugar de enunciación es, sin duda, *el exilio*, y al enunciar, no puede sino hacerlo sobre ese *horizonte polémico*. Escribe desde lo alto -el *locus* tradicional desde donde los letrados y patriotas independentistas (pensamos en Viscardo, Bello, del Valle, Bolívar) contemplaron o imaginaron el panorama de la patria, “desde las nubes”-, asumiendo la posición de un ‘veedor’, desde el lugar del letrado virtuoso, ilustrado, pero ubicándose *en y desde* “nuestras repúblicas”⁷². Solamente desde allí, tras la aparente impersonalidad desde donde habla (sin que irrumpa nunca el ‘yo’, ni haya marcas de primera persona del singular, excepto sólo algunos posesivos de primera del plural), puede enunciar con vocación magisterial y naturalizar sus representaciones de la experiencia latinoamericana. Solamente desde allí le es posible descifrar los sentidos trascendentes del orden de lo espiritual y de lo histórico, tomando la distancia indispensable para imaginar y fundar la nación, con la mirada lúcida del poeta-profeta, heredero de Emerson, que por momentos llega a investir su ensayo con el tono de un sermón.

Ahora bien, si la fundación de una ‘patria común’, acometida en el ensayo martiano, comparte con el ensayo de Sarmiento –pese a lo que suele sostenerse en relación con la relectura martiana de la dupla *civilización-barbarie*- su nueva incursión en el *topos* de las armas y las letras⁷³ y la fe renovada en el poder de las ideas, el lugar de

⁷² Arcadio Díaz Quiñones, “Martí: La guerra desde las nubes”, “Dossier”, José Martí, *En los Estados Unidos*. Coord.por R. Fernández Retamar y P. P. Rodríguez...: 2129-2148

⁷³ No queremos dejar de recuperar, en relación con esta cuestión, la cita martiana donde replantea los términos de la conocida oposición y los valores asignados a éstos:

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. *No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza...* (28) La cursiva es nuestra.

Sobre esta reformulación, coincidimos con la perspectiva de lectura que adopta Susana Zanetti al estudiar la relación entre los dos autores, cuando sostiene que en realidad en ese fragmento:

Martí no discute con Sarmiento, pues [éste] ya pertenece al pasado. (...) Martí rechaza y combate en sus escritos, sobre todo la concepción positivista que, apoyada en prejuicios y discriminaciones, pretende imponer una visión de los hombres de América como incapaces de alcanzar todos juntos,

enunciación no se ubica en la arena donde los románticos debatían cuerpo a cuerpo las alternativas políticas de la nación en ciernes. Pero es desde ese lugar de autoridad social y espiritual donde se ubica, que erige a “Nuestra América” en texto cenital - como el *Facundo*, en fundador-, que anuda antecedentes y prolongaciones: recoge inspiraciones de quienes lo precedieron (Sarmiento, Alberdi, Bilbao), impacta definitivamente en el ensayo caribeño (Hostos, en algunas ideas, Antonio Pedreira, Antonio Benítez Rojo, Arcadio Díaz Quiñones) y se prolonga ya en sus contemporáneos como es el caso de José Enrique Rodó quien en la lección del espíritu americano de su *Ariel* se hace eco del legado martiano, actualizando su mandato creador en quienes lo sucedieron, como Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Octavio Paz, entre tantos otros, en cuya obra ensayística reconocemos la huella del Apóstol.

Por último, en relación con la definición incluida en el segundo epígrafe de este capítulo, reconocemos en “Nuestra América” esa construcción que reúne la armonía y la unidad ‘deseadas’ de esa entidad, como una instancia de identificación, y reproduce en el papel y en la página, con la pluma y los caracteres tipográficos, y en la letra, el desequilibrio de fuerzas y las tensiones de la realidad que provoca la reflexión. En este sentido, debemos admitir que, más allá de su canonización académica, este texto todavía nos interpela y nos identifica, en virtud de una operación persuasiva, que es funcional a su conversión como arma de combate en el terreno de lo simbólico, y que hace de su virtualidad potencial un modo de comprometer en su concreción.

el dominio y explotación de sus recursos naturales mediante el trabajo, y la organización de repúblicas democráticas. (...) Sus interlocutores en esta lucha interdiscursiva, son quienes, fundados en el positivismo, desprecian las posibilidades de un desarrollo moderno en América Latina sin acudir a gobiernos autoritarios, confundidos tanto frente a los “ultramontanos besapiés” (XXIII, 43) como ante la “sotana científica” (XXIII, 44), que disfraza su racismo en la fatalidad y convierte en dogma pretendidas leyes universales, así como coinciden en atribuir los problemas al desquicio continuo del “díscolo espíritu latino”, sin atender al conocimiento concreto de la realidad americana; y sobre todo sin buscar un desarrollo armonioso de todas las capacidades humanas, especialmente en lo que hace a los valores espirituales...

(S. Zanetti, “Sarmiento y Martí”, M. Scarano (coord. y pról.), *Resonancias y disonancias de Sarmiento en las Américas*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2007).

**Entre la escritura alucinada y la cruzada cultural:
la utopía integradora de *La raza cósmica*, de José Vasconcelos**

¿Qué desmedido afán es éste de entregarse a las profecías? ¿Acaso hemos perdido la brújula científica? ¿Acaso, aun antes de que la civilización desaparezca, considerando que ella nos traiciona y no dudando en sacrificarla, hemos resuelto retrogradar étnicamente a la era prelógica de los primitivos, al tiempo en que las tribus se gobernaban por hechicerías caprichosas, refugiándonos, como decía Ignacio Ramírez, “en aquella frontera hospitalaria para todos los desterrados, adonde nos entregaríamos todas las noches a la danza frenética, inspiradora de las cabelleras”? No: la profecía no satisface a la ciencia, pero sí al anhelo de existencia y en este sentido contiene también una verdad. Si la Dialéctica entiende en lo que es, la antistrofa de la Dialéctica, la Retórica, entiende en lo que deseamos que sea. Hoy por hoy los americanos tenemos el derecho, acaso tenemos el deber, de ser algo profetas, por lo mismo que, ante los desastres del mundo y las agonías de la especie, pretendemos aún perdurar.

Alfonso Reyes¹

El tercer texto que nos ocupa, *La Raza Cósmica*² (1925), del escritor, ideólogo

¹ Alfonso Reyes, “Posición de América” (Conferencia para ser leída en el III Congreso del Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana, Nueva Orleans, 21-24.XII.1941), *Posición de América*. CEESTEM/Editorial Nueva Imagen – Colección Cuadernos Americanos, 49-50.

² Las citas y remisiones textuales refieren a la siguiente edición: José Vasconcelos, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Argentina y Brasil*. Bs.As.: Espasa Calpe, 1948. En adelante, se utilizará la sigla LRC y sólo se anotará entre paréntesis el número de páginas. Nos concentraremos aquí en el ensayo introductorio de *La raza cósmica*, que puede ser leído como un texto autónomo de las notas del viaje sudamericano, aún desde su estructura, o como un “complemento” de aquellas.

y filósofo mexicano, José Vasconcelos, presenta rasgos extremadamente peculiares que reclaman situarlo -como lo declara su contemporáneo, el humanista mexicano Alfonso Reyes, en el epígrafe de este capítulo- en una época en que el fervor profético y el entusiasmo patriótico continental exacerbado eran las notas comunes que definían el clima espiritual de esos años marcados por una irrenunciable voluntad de futuro. Este punto de partida nos permite sortear los escollos que suelen interponerse en el ingreso a ese texto ‘excéntrico’, ‘desaforado’, y despojarnos del frecuente prejuicio que suele mediar la lectura de un texto que se nos ofrece como el resultado de una fe ‘alucinada’ en un destino por demás improbable pero que, no obstante, contiene expresiones que aparecen inscriptas programáticamente como *graffitis* urbanos en la ciudad de México, un dato que nos ayuda a dimensionar la profundidad del impacto de su obra y su proyecto modernizador en la historia de la nación mexicana.

En la variada producción textual de Vasconcelos, ocupa un lugar importante el conjunto de ensayos, discursos y conferencias que recogen sus reflexiones acerca de la cultura hispanoamericana o iberoamericana –estos dos gentilicios son los más utilizados por el autor. Esos textos testimonian una preocupación muy presente en la ensayística mexicana de esos años y compartida por quienes desarrollaron su actividad intelectual en torno del *Ateneo de la Juventud* (1909-1914), dentro del clima ideológico que sirvió de fondo a los avatares de la Revolución Mexicana. También se advierte en esos textos una modulación original en la secuencia discursiva que, inscripta en el marco del sistema ensayístico latinoamericano, se abocó deliberada y programáticamente a ‘pensar’ la identidad cultural de la ‘América mestiza’. En este esbozo preliminar de la obra del pensador mexicano no podemos dejar de notar que la escritura de José Vasconcelos comparte el carácter complejo y polémico de la personalidad de su autor.³

³ Es ilustrativa la presentación que ofrece José Joaquín Blanco en la introducción de su libro: Al evocar a José Vasconcelos se confunden su acción histórica y su concepción alegórica, su obra y su biografía, los hechos y los mitos en una figura compleja y dinámica: un personaje que escapa a la definición y se instala en el espacio de la contradicción y la polémica. *Una acción histórica*: un intelectual de la clase media porfiriana, especialmente vigoroso y audaz, participa en la Revolución Mexicana, funda la política cultural y educativa del Estado posrevolucionario, se enemista ruidosamente con los caudillos y trata de vencerlos en la lucha democrática: al fracasar se convierte en un crítico del gobierno mexicano con tal furia que pronto ya lo es también del país, de

Como lo adelantamos, por su carácter americanista, sus escritos representan el estilo cultural vigente entre los círculos intelectuales mexicanos, en las primeras décadas del siglo XX: *postpositivista*, por su marcado rechazo de la ideología que había dominado en el régimen porfiriano, y *postarielista*, por su avance con respecto a la lectura modernista de la cultura, encarnada en el *Ariel* (1900), de José Enrique Rodó, a la que se agrega una mayor proximidad a la circunstancia histórica. Su posición frente a lo que ya era en esa época un tópico de la ensayística hispanoamericana: el porvenir de los pueblos hispanoamericanos, debe ser considerada en el contexto de las discusiones que tuvieron lugar en el *Ateneo de la Juventud*. Allí se congregó la nueva generación de “caudillos culturales” -como los describe Enrique Krauze- que, en las postrimerías del régimen de Porfirio Díaz, intentó construir un nuevo espacio cultural, enfrentándose con la generación de sus padres y maestros, con la expectativa de diseñar un orden nuevo, y reclamando intensamente el poder compensatorio de la cultura y la consolidación de la autoridad cultural y literaria, y desarticulando las redes institucionales de los “científicos” porfiristas.⁴ Entre ellos

su historia e incluso llega a abanderar las peores causas (como el nazismo) a través de treinta años de textos y actitudes excepcionalmente diestros en la imprecación y el insulto. *Una concepción alegórica*: formado y conformado en el siglo XIX, en la tradición liberal humanista, Vasconcelos establece una identidad nacional con mitos e impulsos diversos –la lucha de Quetzalcóatl y Huichilobos, la estética bárbara, la raza cósmica, el mesianismo nacionalista, la redención misionera, la felicidad del Espíritu- con los que no sólo debía lograrse una nueva nación, sino una nueva humanidad; esta alegoría constituyó la palanca cultural básica del México moderno...

(J.J. Blanco, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*. México: FCE, 1977, 9).

⁴ Enrique Krauze llama “caudillos culturales” a los hombres que, como José Vasconcelos, en una actitud que sería modelo para la generación de 1915 en México, “quisieron embridar culturalmente a la revolución”, pretendiendo “instaurar en México el *buen poder*, la obra de beneficio colectivo, imponiendo a la realidad cruda y bronca de la Revolución la sublime y ordenada de la ética absoluta y la técnica...” Cfr. E. Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México: Siglo XXI, 1985, 15.

Por su parte, Leopoldo Zea ubica a Vasconcelos en la “generación del Ateneo o del Centenario”. En efecto, en el mes de octubre de 1909, fundó el “Ateneo de la Juventud”, con Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña (único miembro no mexicano del grupo), Jesús T. Acevedo, Ricardo Gómez Robelo, Julio Torri, Alfonso Reyes, y otros. En ocasión del Centenario de México (1910), dictaron conferencias y Vasconcelos leyó entonces su famoso discurso “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, que se distinguió por su originalidad. En 1912, asumió la presidencia del Ateneo: desde entonces lo convirtió en el “Ateneo de México”, otorgándole el carácter de *cruzada cultural* y convirtiendo lo que antes era un “cenáculo elitista” en un verdadero movimiento nacional, con la ayuda de su injerencia en el gobierno maderista. El Ateneo se disolvió, poco después, durante la fase armada de la Revolución. Cfr. Leopoldo Zea, *Apogeo y decadencia del positivismo*. México: El Colegio de México, F.C.E., 1977, 30 y 42-46.

Asimismo, Martín S. Stabb destaca lo que distinguió a ese grupo respecto del programa arielista: si

surge nuevamente la preocupación metafísica y se consolida una nueva filosofía *anti-intelectualista* y *anticientificista*. La ‘nueva sensibilidad’ compartida por este grupo basó sus puntos de vista en las lecturas de Schopenhauer, Nietzsche, Stirner, Boutroux y Bergson, entre otros, y elaboró una nueva concepción acerca de la tradición cultural mexicana y de los problemas espirituales y culturales hispanoamericanos, que sintetizaremos en dos de sus tópicos más salientes: el *nacionalismo cultural* y la *revalorización del mestizaje*.

Cabe señalar además que la generación del Ateneo inició una revolución ideológica que acompañó el proceso político y social de la Revolución Mexicana, destruyendo las bases ideológicas en que se había apoyado la burguesía mexicana en la etapa porfirista.⁵ Y aunque la crítica del positivismo era ya un tópico frecuente que distinguía el campo literario desde los 80, y el concepto de ‘cultura’ que manejaron Vasconcelos, Reyes y Henríquez Ureña había comenzado a formularse en las últimas décadas del siglo XIX hasta cristalizarse en el arielismo, la disputa por el control del espacio universitario que acompañó la posición de los ateneístas frente a la cultura - como lo señala Julio Ramos- no podría haber sido prevista por Martí ni por sus contemporáneos (Ramos 1989, 223). El mismo Vasconcelos reconoció, años más tarde, en la primera parte de su tetralogía autobiográfica: *Ulises criollo* (1935), el rol que cumplió el Ateneo -“su” Ateneo, como lo llamaba- como precursor intelectual de la Revolución Mexicana, al haber reiniciado la rehabilitación del pensamiento de la raza.⁶ Observemos en este punto que fue justamente el ensayo, el género discursivo

el grupo mejicano compartió la crítica arielista al cientificismo, su ánimo humanista y su tono generalmente idealista, parecieron ajenos a las ideas de los ateneístas la insistencia en el papel de la aristocracia y la estructura social jerárquica, así como cierta actitud *snob* y la pose esteticista. Cfr. Martín S. Stabb, *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890-1960*. Caracas: Monte Ávila, 1967, 74.

⁵ Leopoldo Zea agrega que, admitiendo el papel activo del Ateneo en la Revolución Mexicana, éste actuó más en el campo teórico de lo político y no tanto en el de lo social. Cfr. L. Zea 1977, 261.

⁶ Cfr. J. Vasconcelos, *Ulises criollo*, Antonio Castro Leal, (selecc. y pról.), *La novela de la Revolución Mexicana*. México: Aguilar, 1970, 677-678.

Vasconcelos tuvo distintos grados de compromiso y participación en la Revolución Mexicana: en 1904 integró el primer Partido Antirreeleccionista, en oposición al gobierno de Porfirio Díaz. En 1910 participó en la Gran Convención de ese partido; al año siguiente fue Secretario de la Agencia Confidencial de la Revolución en Washington D.C., y al poco tiempo quedó al frente de dicho organismo. Durante el gobierno de Francisco I. Madero, fue director de la Escuela Nacional Preparatoria; tras la Decena trágica y de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, huyó de la ciudad de

elegido y el más utilizado por los ateneístas para difundir sus ideas acerca de la cultura como una *meta-especialidad* (Ramos 1989, 223). Adalbert Dessau atribuyó esta preferencia al complicado carácter social del grupo, así como al hecho de que la mayoría de sus miembros, como intelectuales, no tomaron parte directa en los procesos económicos, de modo que encontraron en el ensayo, por su forma asistemática, el mejor instrumento para la propagación de su pensamiento.⁷

La prédica y la defensa de la unidad cultural iberoamericana, así como el tratamiento de las “trilladas cuestiones” -de este modo se refería a ellas el autor en la introducción a su *Indología*- relativas a los problemas políticos, sociales y raciales de nuestro subcontinente, recorren numerosos folletos, conferencias, discursos, notas de viajes del autor, pero encuentran su forma más acabada en dos de sus libros más conocidos y comentados: *La raza cósmica* (1925) y las conferencias que integran el volumen ya mencionado, *Indología. Una interpretación de la cultura iberoamericana*

México para incorporarse a las fuerzas revolucionarias. Desde La Habana y Nueva York, tomó contacto con los dirigentes de la Revolución; fue nombrado agente confidencial en Inglaterra, y de regreso de Europa, en 1914, participó en la Convención de Aguas Calientes, donde fue nombrado presidente provisional el general Eulalio Gutiérrez. Vasconcelos ocupó el cargo de Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes hasta 1915, y por oponerse al triunfo de Venustiano Carranza sobre los caudillos revolucionarios, se desterró voluntariamente en Nueva York y luego en Lima. Regresó a México, próximo el fin del gobierno de Carranza, y caído éste, fue rector de la Universidad de México, durante el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta, desde 1920. Durante el gobierno del general Álvaro Obregón, que marcó el comienzo de la estabilización y la reconstrucción en la historia política mexicana, desde 1921 hasta 1924, ocupó el cargo de Secretario de Educación Pública, suprimido en la Constitución de 1917, y en este período fue enviado como embajador en misiones especiales a diversos países de América del Sur. Distanciado luego con Obregón y Calles, renunció a la Secretaría y se exilió voluntariamente en Europa, desde 1925. Cfr. J. J. Blanco, *Se llamaba Vasconcelos...*; E. Krauze, *Caudillos culturales...*

Como bien señala Annick Lemperière, durante su desempeño en la función pública, Vasconcelos se rodeó de colaboradores emanados de la nueva elite de hombres de menos de cuarenta años y de sus discípulos, muchos de los cuales tenían menos de veinticinco. En 1921, designó a Antonio Caso para sucederlo en el Rectorado, y a Pedro Henríquez Ureña, como director de la Universidad de Verano. Otro ateneísta, Julio Torri, fue nombrado director del Departamento de Publicaciones de la SEP. Entre los “Siete sabios”, Lombardo Toledano llegó a ser director de la Escuela Preparatoria en 1922. Antonio Caso y, un poco más jóvenes, Daniel Cossío Villegas, Jesús Silva Herzog y Eduardo Villaseñor y Samuel Ramos trabajaron en el Departamento de Publicaciones de la SEP. Cabe destacar -como lo apunta Lemperière- que, para la “generación de 1915”, el pasaje por la SEP constituye una iniciación a las tareas de la administración, ennoblecida por el ideal vasconceliano del intelectual al servicio del pueblo. Cfr. A. Lemperière, *Intellectuels, Etat et société au Mexique XXe. siècle. LES CLERCS DE LA NATION*. Paris: L' Harmattan. Recherches & documents. Ameriques Latines, 1992, 44.

⁷ Cfr. Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución Mexicana*. México: F.C.E., 1972, 105.

(1926)⁸ -ambos, escritos durante su voluntario exilio europeo, tras distanciarse con quienes estaban al frente del gobierno de su país, lo que motivó su renuncia como Secretario de Educación Pública, en julio de 1924.⁹

Si reconocemos en la mayoría de los intelectuales hispanoamericanos de los primeros decenios del siglo XX el ejercicio de una función marcadamente ideologizante que los lleva a asumir la conducción espiritual de la sociedad mediante la implementación de una “superpolítica educativa”¹⁰, podemos ver en los textos autointerpretativos de la cultura hispanoamericana de José Vasconcelos el intento de diseñar desde el orden de los signos un modelo cultural que trascienda el proyecto nacional y alcance una dimensión supranacional. Como “ideólogo de la cultura”, el *Maestro de la Juventud* -como fue proclamado varias veces en esos años¹¹ - desempeñó

⁸ J. Vasconcelos, *Indología. Una interpretación de la cultura iberoamericana*. París: Agencia Mundial de Librería, s/f (en adelante, *I*). Ese volumen está compuesto por siete conferencias que Vasconcelos preparó desde París para dictar en Puerto Rico, Santo Domingo y Chicago, en 1926, por invitación de la Universidad Puertorriqueña. Consiste en una ampliación de *LRC* -según lo acotado por el mismo autor-, que fue escrita como aquella desde el exilio en Europa.

⁹ El corpus, cuyo objeto de reflexión es el proyecto cultural iberoamericano, puede ampliarse con otro volumen menos difundido de este autor: *Bolivarismo y monroísmo. Temas iberoamericanos* (1934), que incluye las conferencias leídas el año anterior, tituladas “La cultura en Hispanoamérica” e “Hispanoamérica frente a los nacionalismos agresivos de Europa y Norteamérica”. Cfr. J. Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo. Temas iberoamericanos*. Sgo.de Chile: Ercilla, 1934 (en adelante, *BYM*); *Hispanoamérica frente a los nacionalismos agresivos de Europa y Norteamérica*. Conferencias pronunciadas en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. La Plata, 1934 (en adelante, *H*). Cabe acotar que los espacios discursivos elegidos para formular su propuesta ideológica comparten la libertad de emergencia del sujeto de la enunciación y facilitan la comunicación con el lector, mediante su versatilidad formal y su apertura incoativa. Estos textos ofrecen una exposición reflexiva del proceso cultural del subcontinente, desde la perspectiva de los mismos protagonistas que intentan pensar la identidad nacional o supranacional, desde adentro, en oposición a las visiones foráneas, prestigiadas paradójicamente por algunos representantes de nuestras élites intelectuales.

¹⁰ A. Rama, *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984, 110. Sobre la “función ideologizante” que asume el intelectual en la “ciudad modernizada”, véase: A.Rama 1984, cap. V.

¹¹ Por una iniciativa que nació con Germán Arciniégas, en 1923, la Cuarta Asamblea Nacional de Estudiantes de Colombia homenajeó a Vasconcelos, proclamando su nombre como “Maestro de la Juventud” de ese país, e hizo un llamamiento a las federaciones estudiantiles de América para que siguieran su ejemplo. Y así lo hicieron en ese mismo año, inicialmente los estudiantes de la pequeña Universidad de Trujillo del Perú, en un contexto grave de agitación obrera y estudiantil, y luego los de las universidades de Lima, Arequipa y Cuzco, y asimismo la Asociación de Estudiantes de Panamá, y los estudiantes e intelectuales de Costa Rica, entre otros, con la oposición de la prensa conservadora, algunos grupos estudiantiles y los medios universitarios más tradicionalistas de esos países. Se le reconoce así su adhesión a las orientaciones sociales del movimiento estudiantil en el continente, el éxito del Congreso Internacional de Estudiantes de México de 1921 y el desarrollo de la política educativa implantada en México por la Secretaría de Educación Pública, a su cargo. Sumadas a éstos,

un doble rol de intelectual y escritor y, al mismo tiempo, de político y educador, de acuerdo con el modelo decimonónico del letrado que siguió tiempo después aún vigente, desmintiendo la validez general de la tesis de la ‘despolitización’ del intelectual hispanoamericano del siglo XX, cooptado o seducido por el mercado.¹² Esta misma función lo condujo a experimentar la conflictiva conciliación entre el orden del saber y el orden del poder, ya que –como ya lo puntualizó Enrique Krauze– el proyecto nacional que pretendía llevar a la práctica no siempre coincidía con los fines del caudillo revolucionario, a quien asistía como “consejero intelectual”, de manera que el choque generaba una “tensión moral” que finalmente lo llevó a optar por el exilio, frente a una realidad que parecía regirse ineludiblemente con las armas, y no con las ideas (E. Krauze, 15).¹³

Finalmente, insistimos, tanto desde la escritura como desde su tarea política en la función pública, el propósito vasconceliano de construir un nuevo orden cultural en esta primera etapa de su biografía -la que lo convierte en objeto de reverencia y lo encumbra a la cima de su éxito y fama internacional, y sobre todo continental, mucho más luminosa que la que sobreviene a partir de 1929, connotada por oscuridades y

las controversias a veces violentas entre el gobierno de los Estados Unidos y el de México respecto del reconocimiento del gobierno de Obregón contribuyeron a difundir en los medios universitarios y estudiantiles de Hispanoamérica la imagen de un ministro demócrata consagrado a una vasta campaña de educación popular.

Como lo destacó Arciniégas, la importante obra educativa de vocación popular emprendida por el ministro de Obregón, y su política favorable a las artes y los artistas contribuyeron a consolidar el ‘idealismo de la raza’, con el fin de oponer una barrera infranqueable a la codicia norteamericana. Según Arciniégas, Vasconcelos recogió el legado de figuras como Rodó, que abrieron ‘horizontes espiritualistas’ a la juventud del subcontinente: “

... Vasconcelos ha hecho del mapa hispanoamericano el escudo de la Universidad de México; él promovió la Liga de Intelectuales Latinoamericanos; él ha estudiado como propios los problemas de Brasil y de la Argentina; él ha ido hombro a hombro en las manifestaciones de los universitarios chilenos; él ha llevado a Gabriela Mistral a México; él ha iniciado las protestas contra la tiranía de Juan Vicente Gómez...

(G. Arciniégas, “Vasconcelos, Maestro de la Juventud”, *La República* (Bogotá), 14.VI. 1923, cit. por Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*. México: UNAM, 1989, 571).

¹² Henríquez Ureña defiende la tesis de la apoliticidad del intelectual hispanoamericano del siglo XX, como prolongación del modelo de artempurismo que ubica en el modernismo. Cfr. P. Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispana*. México: FCE, 1949, 165.

¹³ En el prólogo a su *Indología*, Vasconcelos se autodefine como un “filósofo metido a caudillo” (XLII).

rasgos muy distantes y hasta opuestos a los de sus años de esplendor¹⁴- implicó romper con pretensiones nacionales y trazar el perfil de un ideal colectivo hispanoamericano.¹⁵

De las notas de viaje al ensayo profético

A diferencia de los ensayos de Sarmiento y Martí, a los que dedicamos los dos capítulos anteriores, no hay aquí una instancia periodística previa directa sino, en todo caso, en forma tangencial, si consideramos como *parergon* las notas que recogieron sus impresiones de la experiencia estimulante del viaje que realizó Vasconcelos por algunos países de la América del Sur, las que excedían el papel de borradores de trabajo -de hecho fueron incorporadas en el mismo libro, a continuación del ensayo-prólogo titulado como el volumen homónimo que los reúne, *La raza cósmica*-, y que fueron completadas con materiales tomados de algunos artículos periodísticos publicados en medios de prensa sudamericanos. Efectivamente, tras su partida de la Secretaría de Educación Pública,¹⁶ a mediados de 1924, Vasconcelos comenzó a

¹⁴ En la semblanza trazada por Noé Jitrik, a propósito de la edición del Fondo de Cultura Económica de las *Memorias* de José Vasconcelos, el crítico argentino alude a:

...la idea corriente acerca de que hay dos Vasconcelos, uno anterior y otro posterior a 1929, año de la gran defraudación. El primero reúne los siguientes rasgos: maderismo, audacia y arrojo, progresismo, casi socialismo, en ciertos aspectos (el sistema educativo) muy cerca del bolcheviquismo (Lunatcharsky), sensibilidad, intensa capacidad para comprometerse, política y eróticamente, sentir y gozar, imaginación, coherencia, fuerza filosófica, revolución, proyectos sociales, políticos y artísticos. En cuanto al segundo, la imagen es de un sujeto minado por el resentimiento, autoritario, juzgador, tradicionalista, antisemita, fascista, antirrevolucionario, obsesivo, contradictorio, egoísta, reiterativo...

Sin embargo, Jitrik señala con agudeza que “esa operación separatoria, que existe ciertamente, no es convincente, al menos para quienes quieran entender, a su través, un orden de problemas más amplio que su propio, brillante y dramático caso.” Y sugiere que “[H]abría que intentar una explicación o un pasaje de una figura a otra...” Cfr. N. Jitrik, “Lectura de Vasconcelos”, *El balcón barroco*. México: UNAM, 1988, 240-241.

¹⁵ Cfr. J. Vasconcelos, *Indología*, 205.

¹⁶ A los efectos de evaluar más acertadamente los alcances del proyecto vasconceliano, importa considerar con mayor detenimiento la circunstancia del último año de su actuación en la SEP y de su renuncia a la misma. Con razón, José Joaquín Blanco sostiene que “Vasconcelos vio en Obregón una versión local del déspota ilustrado” que brindaba, a diferencia de otros caudillos de la Revolución, un espacio de “ilustración o “civilización”, no sólo en la esfera cultural y educativa, sino también en la política de reconciliación de facciones y en la apertura diplomática a Latinoamérica, en un proyecto que aquel caudillo llamó la “revolución constructiva”. Obregón prometía –según Blanco- “cambiar de tácticas y de retórica: liquidar el militarismo y asegurar libertades”, con respecto a los zapatistas, villistas y carranclanes que representaban “su indeseable pasado violento” (130). Es evidente que la

revisar las notas que fue acumulando durante su viaje sudamericano por Brasil, Uruguay, Argentina y Chile,¹⁷ las organizó y las completó con los artículos publicados en la prensa de los países visitados entre septiembre y diciembre de 1922, la mayoría de los cuales había sido reproducida en los *Boletines de la SEP*.¹⁸ Ese ‘diario de viaje’, una vez ordenado y con el agregado de una introducción-ensayo sobre la “raza cósmica”, el ‘programa espiritual’ que creía destinado a consolidar definitivamente la cohesión del continente iberoamericano y convertirlo en la cuna de la humanidad nueva y que se conocería poco después con el título *LRC*.

Según el decir de Claude Fell, ese prefacio oscila “entre el manifiesto y el conjuro”, “vehemente y lírico, premonitorio e inspirado”, en la misma línea de los escritos estéticos anteriores a los años veinte,¹⁹ y aparece como una ‘tentativa’ contradictoria y hasta, por momentos, incoherente de ofrecer una síntesis ‘intuitiva’ de

alianza promovida por Obregón con los generales sobrevivientes, otorgó una enorme libertad en el campo educativo que Vasconcelos supo aprovechar. Pero al surgir fuerzas políticas más poderosas que los meros caudillos, como la Confederación Obrera (la CROM), que sustituyeron a los viejos generales hasta conformar el PNR, origen del PRI, desde 1923, el feudo de la SEP fue invadido. Esas fuerzas llegaron a organizar una huelga universitaria, y en 1924 propusieron mediante Lombardo Toledano un programa educativo propio y opuesto al de Vasconcelos, de modo que, en el último año, Vasconcelos nada nuevo pudo hacer, pues estaba rodeado de opositores y su acción individualista desde la SEP se vio afectada por los compromisos de Obregón con la CROM. Por otra parte, el arreglo de Obregón con los EEUU restó importancia a esa Secretaría como prestigio internacional y la estructuración del estado en organizaciones políticas ofreció a las masas, aunque manipuladas, una injerencia en la retórica oficial y en la cultura nacionalista. Así, acota Blanco:

... [E]l culto demagógico al indigenismo, al obrerismo, la actitud anti-intelectualista a base de ser “popular”, la vinculación estrecha de la cultura con la oratoria oficial, etcétera, desplazaron los cultos (...) que había impuesto Vasconcelos. En sus términos de referencia, del despotismo ilustrado se había pasado al despotismo bárbaro...

(Blanco; 131-132).

¹⁷ Antes de 1920, de Hispanoamérica sólo conocía Cuba y Perú, de modo que el viaje oficial hacia el sur del continente que Vasconcelos emprendió, desde agosto hasta setiembre de 1922, le proporcionó un conocimiento directo de las realidades continentales que renovó su fuerte convicción iberoamericanista. Además, a la inicial inspiración en los escritos de Rodó, Henríquez Ureña, Díaz Rodríguez y el brasileño José Pereira de Graça Aranha, posteriormente se agregaron las reflexiones de Manuel Ugarte, José Ingenieros, Alfredo Palacios, Gabriela Mistral, Ricardo Rojas, entre otros.

¹⁸ A partir de 1922, el *Boletín de la Secretaría de Educación Pública* en cierto modo reemplazó al recientemente desaparecido *Boletín de la Universidad Nacional de México*, cuya publicación se había reanudado cuando Vasconcelos era rector de la UNAM. La organización de los *Boletines de la SEP* reproducía la de la Secretaría y se le otorgaba gran espacio a las informaciones publicadas en la Sección Iberoamericana. Entre 1922 y 1924, aparecieron cinco números, uno de los cuales fue doble. Cfr. C. Fell 1989, 498.

¹⁹ Nos referimos a los libros que testimonian su poco común eclecticismo estético: José Vasconcelos: *Pitágoras, una teoría del ritmo* (La Habana, 1912; edición completa: México, 1917), *El monismo estético* (México, 1918); *Estudios indostánicos* (México, 1920), entre otros.

la nueva ideología que se anunciaba movilizadora (C. Fell, 639). En las breves páginas que prologan *LRC* en su conjunto, Vasconcelos remite al ‘intertexto’ que rodea y condiciona sus reflexiones, y menciona la legitimación del mestizaje propiciada por la política dominante a partir de la Revolución Mexicana, así como la vigencia de un código en desgaste en la época en que publicó su ensayo: la teoría darwiniana de la supervivencia del más apto, aplicada a lo social por Gobineau, quien en el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855) había desarrollado la tesis del ario puro que sirvió de sustento ideológico al imperialismo británico y fue llevado a extremos aberrantes por el nazismo (*LRC*, 9). En el mismo prólogo, advierte sobre la existencia de ciertas fisuras en aquellas doctrinas científicas con las que pretende romper²⁰, y señala la emergencia de nuevas teorías superadoras de las limitaciones de las ideologías y códigos anteriormente dominantes, que introducen una nueva interpretación del concepto de *evolución*, eliminando toda discriminación racial y reclamando la necesidad de educar a todos los hombres en igualdad.

Sin embargo, pese a esta profusión de doctrinas nuevas y opuestas a los códigos oficiales hasta hacía unos años atrás, se encuentran todavía residuos de doctrinas positivistas a lo largo del principal ensayo de Vasconcelos, *La raza cósmica*, especialmente por la frecuente recurrencia a claves y nociones raciales para referirse a la cuestión de la cultura hispanoamericana. El acento está puesto indudablemente en la incidencia del factor étnico, aunque se consideran además otros factores como el medio físico y geográfico y el espiritual, en la segunda y tercera parte del ensayo respectivamente. No-obstante, existe también en este texto una voluntad explícitamente formulada de alcanzar una visión sintética que concilie la realidad espiritual, humana e intuitiva, con la precisión y claridad de los datos proporcionados por la historia y la ciencia²¹:

²⁰ Desde la conferencia que pronunció en el Ateneo de la Juventud, en 1910, titulada "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas", expresó su descontento con el orden positivista que llevaba medio siglo en vigencia, y afirmó su posición crítica frente a esa ideología, junto con los miembros de ese cenáculo. Así describió el clima intelectual reinante: "Se sentía la necesidad de una doctrina que fuese capaz de poner en marcha al interés humano. A las ideas de Comte, Stuart Mill y Spencer se opusieron las de Schopenhauer, Nietzsche, Boutroux, Bergson y Rodó." Cit. por Leopoldo Zea, *Apogeo y decadencia del positivismo*. México: El Colegio de México-FCE, 1977, 263 y 268.

²¹ Pensamos, por ejemplo, en las extrapolaciones de las leyes de Mendel combinadas con un breve

... Sólo un salto del espíritu, nutrido de datos podrá darnos una visión que nos levante por encima de la microideología del especialista. Sondeemos entonces en el conjunto de los sucesos para descubrir en ellos una dirección, un ritmo y un propósito. Y justamente allí donde nada descubre el analista, el sintetizador y el creador se iluminan.

Ensayemos, pues, explicaciones, no con fantasía de novelista, pero sí con una intuición que se apoya en los datos de la historia y la ciencia (*LRC*, 15-16).²²

El centro del planteo de este ensayo reside en la noción algo confusa de ‘raza’ que en Vasconcelos se asemeja a una ‘amalgama’ de conceptos afines, tales como ‘cultura’, ‘civilización’, ‘pueblo’, ‘costumbres’, ‘lengua’. Priman aquí, sin embargo, la crítica a la especialización y la fragmentación de los saberes y las esferas de la realidad, puntos claves en el debate ateneísta contra el positivismo que funciona en *LRC* como el principal núcleo provocador de las principales tesis que sostiene este ensayo. En este sentido, el ensayo en su forma ‘total’, como lo visualiza Ramos, materializa la “supervisión de la cultura” de Vasconcelos que pasa a representar “el atributo distintivo de la raza “cósmica”, “latina”, tras alcanzar un estadio superior del progreso humano que le permitiría -como lo veremos más adelante- superar las limitaciones del estadio inferior del “sajonismo”, dominado aún por la mirada fragmentaria, propia de la ciencia y la tecnología (Ramos 1989, 224).

A su vez, la yuxtaposición de alusiones explícitas o no a discursos de diversa índole y ajenos al campo de las humanidades, la utilización de diferentes criterios, métodos y teorías para la exposición y el análisis del problema americano se traducen en la doble conformación lingüística que asume el discurso. Es notable cómo se desliza

análisis sociológico de la evolución histórica de las relaciones entre el norte y el sur de nuestro continente.

²² La voluntad de síntesis de las nociones de *raza* y *espíritu* se hace patente en la divisa que Vasconcelos propuso como lema para el escudo de la Universidad de México: “Por mi raza hablará el espíritu”, en el que efectivamente se incluyó esa sentencia.

desde la aparente neutralidad asociada con el lenguaje científico, cuando se aportan diferentes argumentaciones dentro de ese ámbito (etnológicas, geológicas, antropológicas, biológicas, sociológicas) (*LRC*, 31, 33, 48), hacia formas más libres y poéticas, que delatan un discurso literario, estético, dentro de las posibilidades retóricas del ensayo. Es de notar que estas formas irrumpen en los pasajes de mayor carga espiritualista, donde se exponen ideas vinculadas con una filosofía de la vida, dinámica, que habilita un pensamiento utópico, despojado de connotaciones negativas y que puede ser concretado en algún sentido (*LRC*, 32).

Al mismo tiempo, la posibilidad de una construcción de este tipo en *LRC* se encuentra estimulada por la acción mediadora de la *ilusión* y la textura flexible del ensayo, permeable a elementos ficcionales manejados por el libre juego de la fantasía y la imaginación. Por otra parte, la naturaleza ficticia es un rasgo común, al menos en la estructura formal, a todas las configuraciones utópicas, lo que no implica concederle una libertad de acción ilimitada al componente imaginativo, también sometido a la exigencia insoslayable de hacer referencia a la realidad concreta que pretende mejorar y superar.²³ Vasconcelos sentencia: “La realidad será como la fantasía...” (*LRC*, 35); y en varias ocasiones recurre a la leyenda, como cuando alude a “una civilización nacida de nuestros bosques” y al “misterio de los hombres rojos” (*LRC*, 14).

En este mismo sentido, la recurrente utilización de criterios irracionalistas y antiintelectualistas que apelan a la vía de la intuición como un medio seguro de alcanzar el ideal soñado -“...si descubrimos, si creamos, triunfaremos...”; “...Vagamente sentimos que...” (*LRC*, 27)-, expresa un deseo casi intuitivo y nada científico, que no se concilia -y esto es lo que resulta disonante y resta solidez a la construcción- con el recurso a argumentaciones pretendidamente científicas -“opinan geólogos autorizados...” (*LRC*, 9); “[O]bservaciones recientes habían demostrado que...” (*LRC*, 10). En contraste con lo que desde el discurso se declara buscar, se

²³ Cfr. Max Nettlau, 11. Nettlau propone no despreciar la imaginación y el sueño en el proceso de construcción de la utopía. Por otra parte, Glenn Negley y J. Max Patrick definen la utopía como necesariamente *ficticia* en su forma, lo que no permite una licencia absoluta de la imaginación, por su necesaria referencia con la realidad y alguna semejanza con la sociedad en que vive el utopista. Cfr. Negley y Patrick, “La búsqueda de utopía”, I. L. Horowitz, 124.

subraya así la inconsistencia de la argumentación por la difícil convivencia de elementos irracionalistas y científicistas, ya que, como sabemos, la fantasía no suele admitir justificaciones científicas y viceversa. Ese desajuste se agrava con afirmaciones insustanciales como las siguientes:

... El inglés siguió cruzándose sólo con el blanco, y exterminó al indígena; lo sigue exterminando en la sorda lucha económica, más eficaz que la conquista armada. Esto prueba su limitación y es el indicio de su decadencia (...). Contradice el fin ulterior de la Historia, que es lograr la fusión de los pueblos y las culturas... (*LRC*, 27)

... Si el Amazonas lo dominan los ingleses de las islas o del continente, que son ambos campeones del blanco puro, la aparición de la quinta raza quedará vencida. Pero tal desenlace resultaría absurdo; la Historia no tuerce sus caminos; los mismos ingleses, en el nuevo clima, se tornarían maleables, se volverían mestizos...(*LRC*, 35).

A esto se agregan, además, el planteo de hipótesis sin demostrar, las apelaciones al ‘mandato de la Historia’, la afirmación rotunda de hechos presentados como ‘indefectibles’, y el recurso a fundamentaciones científicas para sostener cuestiones abiertas que la ciencia de entonces no había logrado resolver, como es el caso de la ubicación de la Atlántida. En suma, generada a partir de las reflexiones de los ateneístas, bajo el impacto de la Revolución Mexicana, con elementos de la ideología burguesa, liberal, dominante, la utopía de *LRC* inaugura un mundo del *como si*, que guarda alguna relación con lo real, pero idealizado. El discurso alterna entre una actitud crítica frente al presente (*LRC*, 18) y la idealización de un futuro que, desde una perspectiva progresista y esperanzada, se intuye como patria de una estirpe mejor y de un tipo superior (*LRC*, 30).

Visión alucinada, profecía anticientificista, presagio delirante anticipado en el diario de viaje y prolongado en sus afirmaciones principales en las conferencias

culturalistas, lo que abona la teoría de ‘texto separado’ del que el diario fue sólo una instancia de inspiración. En el ensayo de Vasconcelos, el enunciador se aproxima en la lógica de su discurrir al profeta o al visionario, en una actitud al parecer deliberada o conciente, por cuanto en el Prólogo definió el contenido de su ensayo como un "presagio" (*LRC*, 9, 50), una “premonición” (y así subtitula sus *Notas de viaje por América del Sur*).

Una nueva versión de la utopía hispanoamericana

Es sabido que el pensamiento social y cultural de América Latina ha recibido una fuerte impronta de diferentes tradiciones utópicas que, desde los umbrales de la modernidad y los tiempos del ‘descubrimiento’ y la conquista, acompañaron la historia de nuestros territorios, y aún desde mucho antes, si tomamos en consideración algunos relatos amerindios donde pueden encontrarse marcas reconocibles de representaciones utópicas. Así, para argumentar acerca de la supuesta especificidad del mundo latinoamericano, frecuentemente se ha recurrido a numerosas teorías sociales y proyectos culturales que colaboraron en la construcción de grandes imaginarios utópicos. Obviamente esta proliferación de textos, discursos y programas evidencia una particular vocación por lo utópico en este campo o, dicho de otro modo, un alto grado de ‘creatividad utópica’ sostenida por una singular afinidad con las estructuras mentales y las ideas dominantes en ciertos momentos históricos. Mencionaremos sólo algunas de las primeras variantes que conformaron el ‘archivo utópico’ subcontinental, desde las primeras representaciones de nuestros territorios como la Tierra Prometida anhelada por los conquistadores europeos, las alucinadas e hiperbólicas imágenes recreadas a partir de las tradiciones y leyendas nativas que impulsaron incesantes búsquedas y exploraciones, multiplicando la toponimia utópica a lo largo y a lo ancho de nuestro continente (Paitití, el Dorado, las tierras del Rey Blanco, la Fuente de la Eterna Juventud, y muchas otras) y el llamado ‘Nuevo Mundo’ convertido en el sueño milenario de la sociedad occidental. Este apretado recuento ilustra lo que concluye Horacio Cerutti acerca del papel que

cumplió la *utopía para América*: “América Latina fue condenada a constituirse en el *topos* de utopías ajenas, a ser reducida al objeto de un telurismo.”²⁴

A grandes trazos, la lista continúa con otras articulaciones de la invención utópica, como las *utopías misioneras* -proyectos simbióticos del comunitarismo indígena y la comunidad ideal cristiana-, la utopía que acompañó el levantamiento indígena de Tupac Amaru y, ya en los albores de la constitución de nuestras naciones, la *utopía bolivariana* que marcó las luchas independentistas del siglo XIX, anticipada y retomada por otras figuraciones de la emancipación americana (pensamos nuevamente en los escritos de Viscardo, Miranda, Monteagudo, Mariano Moreno, Simón Bolívar, José Cecilio del Valle, Andrés Bello, entre otros), hasta llegar a identificarse con las *utopías de la unidad latinoamericana* (“Nuestra América” de Martí, *El porvenir de la América Latina* y *El destino de un continente*, de Manuel Ugarte, entre otros) y las *utopías de la liberación latinoamericana* del siglo XX, encarnadas por los grandes movimientos revolucionarios como la Revolución Mexicana, el movimiento campesino de Sandino en Nicaragua, la Revolución Cubana, que componen junto con otros tantos fenómenos político-sociales un mosaico de aspiraciones utópicas donde la contingencia histórica de la praxis de transformación no permite evaluarlas como meras quimeras absurdas o curiosas ni como proyectos fracasados o, al menos, totalmente olvidados.

Recordemos, además, que estas expresiones diversas de la utopía de América integran un proceso de toma de conciencia de sí y para sí, que implica la producción -desde el continente mismo- de un pensamiento identitario que define un perfil posible para las sociedades latinoamericanas, vale decir, que estos proyectos utópicos coinciden en *pensarnos* en dimensión de futuro. Este rasgo característico del contenido de lo utópico en el pensamiento social del subcontinente, aparece reavivado de un modo muy significativo en la época en que fue escrito el texto que nos ocupa. En efecto, Vasconcelos recurre a la utopía como un *molde discursivo eficaz* para expresar sus ideas en el marco maleable del discurso ensayístico y captar el interés del público lector, sin ignorar su larga y arraigada tradición en la literatura mexicana y

²⁴ Cfr. Horacio Cerutti, “Utopía y América Latina”, *La utopía en América*. México: CCy DEL, UNAM, 1991.

latinoamericana. No pretendemos en estas páginas revisar la tradición utópica en México, a principios del siglo XX, sin embargo nos interesa destacar, en particular, el papel relevante que tuvieron en América las utopías europeas más conocidas. Cabe recordar al respecto el gran éxito que desde fines del siglo pasado suscitó este género en toda Europa, especialmente en Francia, y la buena acogida que tuvo entre los miembros del Ateneo de la Juventud.

Un ejemplo que merece nuestra atención y en el que nos detendremos brevemente es el texto de Pedro Henríquez Ureña, titulado “La utopía de América”, de 1925, el mismo año en que se publicó *LRC*. Estos dos grandes textos *doxológicos* -el término que propone Marc Angenot (1982) aporta en este caso una categoría amplia que incluye y excede la del ‘ensayo de interpretación’-, ciertamente dialogan en un mismo tono pero difieren notablemente en su forma y disposición discursiva. Una lectura cotejada de ambos es útil, puesto que la consideración atenta del texto de Henríquez Ureña iluminará algunos aspectos de *LRC*. En este punto, no ignoramos la dificultad señalada por Bronislaw Baczko en su esbozo de una historia del concepto ‘utopía’²⁵, cuando plantea la notoria ambigüedad de esa palabra, cuya polisemia ha dado lugar a numerosas conceptualizaciones, lo que demanda una especial cautela metodológica, toda vez que se intente trabajar con esta noción en textos inscriptos dentro del ‘paradigma utópico’, en un sentido extremadamente extensivo del término. En consecuencia, estableceremos un primer deslinde para localizar el concepto dentro de los marcos que cada texto reclama o vincularlo con las fuentes a las que explícita o implícitamente cada texto remite.

Pedro Henríquez Ureña, uno de los grandes maestros de la América ‘nuestra’, formuló la idea de una *utopía americana*, en forma concisa pero contundente y apasionada, en dos ensayos publicados en 1925: “La Utopía de América” y “Patria de la justicia”²⁶. El primero fue inicialmente una breve conferencia que el autor

²⁵ Cfr. Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Bs.As.: Nueva Visión, 1991, 70-80.

²⁶ Ambos textos fueron publicados autor en el siguiente volumen: Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*. La Plata: Ed. Estudiantina, 1925, y fueron recogidos en *Plenitud de América*, Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

pronunció durante su paso por la Argentina, en la Universidad de La Plata, en 1922, mientras integraba una delegación de la recién fundada Secretaría de Educación Pública de México, presidida por José Vasconcelos. Allí, el Maestro dominicano (en adelante, HU) expuso con fundamentos su filosofía de la utopía, siguiendo el esbozo de este concepto, perfilado por Ernst Bloch en su *Geist der Utopie*, en 1918, aunque sin emular el arduo trabajo teórico ni el lenguaje entusiasta de este último. En HU, como en Bloch, la utopía se presenta desprovista de su carácter quimérico, como una categoría antropológica e histórica. Tras aludir a México, “un país de cultura autóctona”, para adelantar la tesis central de su exposición, y relevadas las fuerzas opuestas de civilización y barbarie, de espíritu y violencia, HU insta a los americanos, con un tono fuertemente exhortativo y prescriptivo, a encaminarse hacia ‘su’ utopía, la que les es propia y común, a “afirmar la fe en su destino” y en “el porvenir de la civilización” (5):

... Ensanchemos el campo espiritual, demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera: avancemos, en fin, hacia nuestra utopía...(6)

La propuesta está formulada, pero no obstante la sitúa y rastrea su progenie, reclamando la necesidad de volver a la idea clásica de utopía: “La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo” (6), y de devolverle su carácter de gran creación intelectual del pueblo griego, al que adjudica otros logros como la inquietud del perfeccionamiento humano constante, la discusión, la crítica, la historia. Presenta con notable elocuencia y deliberado didactismo la utopía no sólo como un programa general concreto para el futuro inmediato y, aún para el presente, cuyas metas son la libertad verdadera, la reforma social y la justicia económica, universalidad, armonioso equilibrio, sino como la esencia histórica de Occidente, el motor y el sostén de su historia, la

propiedad humana descubierta por los griegos. En este sentido, se evidencia la adhesión de HU a la conceptualización blochiana de la utopía como una suerte de *constante cultural*, un fenómeno proteico y omnipresente en la cultura, un permanente llamado al futuro que mantiene el presente en constante apertura hacia la actividad creadora de la Esperanza (Baczko, 76). Así la dimensión utópica funciona en HU como la base que sustenta su programa historiográfico y literario. Sin embargo en su propuesta, el modelo histórico concreto del pasado es trascendido al ser alimentado por el dinamismo propio del hombre racional y crítico.

En suma, la utopía aparece en HU como una constante humana universal que determina histórica y antropológicamente al hombre y la sociedad, que presenta en términos de ‘esperanza’ a nuestra América el desafío de conservar y perfeccionar su carácter ‘original’, al tiempo que se aproxima a la creación del hombre universal, sintetizando y uniendo el ‘doble tesoro’ de la tradición española y la tradición indígena, en una unidad y universalidad imaginadas no como uniformidad ni descastamiento, sino como “matices diversos de la unidad humana”, “armonía de las multánimes voces de los pueblos” (8). Si la función utópica puede desvanecerse en determinadas etapas de la historia de la humanidad, nunca muere definitivamente sino que surge en momentos de crisis y desorientación. En palabras de HU:

... Hoy en medio del formidable desconcierto en que se agita la humanidad, sólo una luz unifica a todos los espíritus, la luz de una utopía, reducida es verdad (...), pero utopía al fin, donde se vislumbra la única esperanza de paz entre el infierno social que atravesamos todos... (7)

De este modo, con una modulación pausada y dialogal, propia de una meditación compartida o en voz alta, afín con la ‘actitud ensayística’, un encadenamiento de interrogaciones retóricas articula el texto buscando involucrar al público/lector y guiarlo en el curso de su razonamiento, con un fin eminentemente persuasivo y didáctico: “¿Hacia la utopía?...” (6), “¿Cuál sería, pues, nuestro papel en estas

cosas?...”, “¿Y cómo se concilia esta utopía (...)?” (7).

Por último, en virtud de la actitud enunciativa elegida, se advierte que en este texto el sujeto del discursar se ubica en un lugar de autoridad cultural y espiritual y adopta una postura magisterial, en coincidencia con la impronta dominante de los factores culturales privilegiados en las argumentaciones y los recuentos que lo configuran como una *utopía cultural* y de acuerdo con la cualidad atribuida a los hombres, en quienes se deposita la esperanza de un porvenir mejor para nuestra América, tal como se lo hace explícito hacia el final de esa conferencia: “hombres magistrales, héroes verdaderos de nuestra vida moderna, verbo de nuestro espíritu y creadores de vida espiritual”(8).

Mucho más extenso, declamatorio y con flancos débiles,²⁷ frente a la claridad y mesura expositiva y la consistencia argumentativa del texto de HU, el ensayo de Vasconcelos situado entre la crítica de la ciencia y el anhelo libre del espíritu, se asienta sobre una construcción con rasgos y formas que delatan la andadura ficticia del relato utópico: parte de una rebelión contra una realidad presente inaceptable, con la esperanza eufórica de acercarse a un porvenir mejor, cuyas posibilidades imagina e idealiza. Ya Max Nettlau en su señera definición del fenómeno utópico destacaba esta doble tensión:

... La utopía es un fenómeno social de todas las épocas y es una de las primeras formas y más antiguas del progreso y de la rebelión: porque el deseo de elevarse por encima de un presente que no parece aceptable más que para el usurpador y el disfrutador, y la esperanza de que se triunfará un día, los medios para llegar, todo eso se transforma en reflexión sobre el porvenir, en visión de

²⁷ Gran parte de las críticas y objeciones que recibió *LRC* insisten en su falta de rigor y su inconsistencia declamatoria, dos rasgos que la convierten en pura oratoria, así como en las frecuentes digresiones y reiteraciones que acrecientan la insustancialidad del discurso, ya fundado en bases antropológicas poco firmes y en falsas argumentaciones. Al parecer resulta evidente que la existencia de una construcción utópica en *LRC*, salva en parte la crítica negativa que la condena al rango de “floripondio sociológico-retórico, hinchado de falso profetismo”. Cfr. Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana: el ensayo y la crítica*. Tomo I. México: Ed. Guaranía, 1954, 426. Subsisten, sin embargo, las grietas, las tensiones por la recurrente utilización de diferentes discursos, los vestigios de otras ideologías remanentes, el desajuste entre el anhelo y el proyecto sin sustento científico.

lo que podría hacerse alternando en el organismo sano con el impulso a obrar *hic et nunc*, con la acción y el trabajo y la investigación o el experimento presentes...²⁸

En *La raza cósmica*, no se desarrolla una narración detallada ni una descripción rígida ni exhaustiva sino que se delinear los rasgos esenciales de la "nueva humanidad futura", y se insiste reiteradamente en la función crítica del presente y del pasado para proclamar la necesaria concreción de alternativas positivas que superen el egoísmo materialista del blanco y pongan en duda su pretendida superioridad. No sólo como "presagio" o "premonición", más aún como *visión* alucinada que describe como hechos los que son sólo fruto de una intuición o de una idea obsesivamente convertida en imagen, la escritura de Vasconcelos en este texto en particular está impulsada por una actitud decididamente *mesiánica* y *redentorista* que induce al lector a la acción, para poner en práctica el programa místico de instaurar una nueva sociedad en un tiempo y un espacio perfectos, pues "estamos llamados" a consumir "una misión divina" (*LRC*, 28). Se trata, entonces, de una utopía mesiánica y *escatológica*. Si consideramos la afirmación de Raymond Ruyer, quien sostiene que "[L]as utopías tienen valor de síntomas de las ideas e ilusiones de la época en que son escritas (...) Reflejan las ideas más que la realidad del momento en que escriben..."²⁹, identificaremos el exorbitado mesianismo de Vasconcelos como un rasgo propio de su época y del ambiente intelectual frecuentado por los ateneístas. Es recurrente asimismo la idea de *cambio*, que sugiere una movilidad, opuesta a toda sumisión, donde todo apunta al futuro, a superar el pasado: "...somos nosotros de mañana..." (*LRC*, 30). Abundan los verbos en futuro, las construcciones hipotéticas en modo potencial, los adverbios que indican posibilidad (*LRC*, 39), junto con argumentaciones que defienden la tesis de la probabilidad de la misión futura de la raza iberoamericana de formar, mediante la unión de todos los pueblos, la "quinta raza cósmica" (*LRC*, 31).

²⁸ Max Nettlau, *Esbozo de historia de las utopías*. Bs.As.: Imán, 1934, 7.

²⁹ Raymond Ruyer, "Caracteres generales de las utopías sociales", Irving Louis Horowitz (selecc.), *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, tomo II: Contenido y contexto de las ideas

Volviendo a la construcción utópica en sí, más allá de los desajustes e incongruencias de los criterios que la sostienen, es lícito calificar la *LRC* como una *utopía racial*, por su insistencia en el análisis del factor *raza*, por encima del político o el social. Aquí reside quizás la singularidad de esta construcción en *LRC*: utopía, pero racial, pero además irracional. Lo que en la mayoría de las utopías se plantea como enfrentamiento de clases, se presenta aquí como ‘lucha de razas’, o más bien, *fusión*, *asimilación*, *integración* de las distintas razas, ya no enfrentadas, en un nuevo tipo étnico de *síntesis*. La tesis central de este ensayo consiste en la hibridación racial que apunta a un ideal de “fusión étnica y espiritual” (*LRC*, 29), a la formación de una “raza definitiva, de síntesis, integral” (*LRC*, 31), una “patria libre, en la que encuentre hogar y refugio” (*LRC*, 36) la creación de una “nueva cultura”.³⁰ En un proyecto de regeneración social y racial que se anuncia idealista, emocional, espiritualista, imagina la creación en tierra iberoamericana de una “quinta raza”, síntesis de todas las razas existentes en el planeta, “la raza cósmica”³¹, un advenimiento que supondría la gestación de una nueva cultura a partir de la raza mestiza, instalada en el continente iberoamericano, mediante un complejo período de asimilación y síntesis,³² que Vasconcelos insiste en avizorar con clara conciencia de la misión histórica que se le asigna a los pueblos iberoamericanos.³³ Básicamente se funda en la revalorización de un fenómeno típicamente iberoamericano que constituye su más original idiosincracia: el proceso de mestizaje que Vasconcelos potencia como condición propicia para la fusión interracial y la constitución de una nueva cultura de síntesis, universal y definitiva.³⁴ El espacio donde Vasconcelos ubica su utopía es

sociales. Bs.As.: Eudeba, 1964, 120.

³⁰ Medio siglo antes, Justo Sierra, en su estudio sobre el pueblo mexicano enunció y reivindicó el cruce de razas que –según él– caracterizaba al mestizo indohispánico, euroamericano, como tipo virtual del continente americano. Cfr. Alberto Zum Felde, *Índice crítico...*, 426.

³¹ Cfr. *LRC*, 10, 27-29: etapa del Mundo Uno, raza nueva, raza de síntesis, quinta raza, 29: raza definitiva, raza integral, 30,34; *I*, 79.

³² Cfr. *I*, 84: sincretismo de culturas; *LRC*, 10: fusión e hibridación de todas las razas, 25: mestizaje racial; *I*, 75, 206: fusión racial y cultural.

³³ Cfr. *H*, 20: llamado étnico; *LRC*, 26: nuestra misión étnica; *LRC*, 27: mandato de la Historia; *LRC*, 26: misionerismo étnico; *LRC*, 27: misión sin precedentes de América Latina en la Historia.

³⁴ La tesis central de *LRC* consiste en la fusión interracial (*LRC*, 9). Cfr. *LRC*, 45: revalorización del mestizaje; *LRC*, 29: idiosincracia iberoamericana; *I*, 92: mestizaje o tutelaje; *LRC*, 25: Hispanoamérica como puente de fusión y mezcla de todos los pueblos; *LRC*, 16, 30: destino de la raza blanca y los

el trópico americano, la zona inexplorada de tierras disponibles ubicadas en la región más cálida del planeta que comprende Brasil, Colombia, Venezuela, Ecuador, parte del Perú, parte de Bolivia y la región superior de la Argentina (*LRC*, 33-35). El autor analiza las ventajas y los obstáculos que ofrece este lugar, pero en ningún momento justifica con cierto fundamento esa elección.

Esa intermisión racial ya iniciada en Hispanoamérica daría lugar en la utopía vasconceliana a otro mestizaje aún más complejo: el cultural, verdadera palingenesia para los desalentados espíritus latinos, frente al poderoso movimiento expansivo anglosajón (*LRC*, 27, 50). Vasconcelos se empeña en mostrar *cómo* sería posible alcanzar tal estado ideal, redundando en la utilización de componentes pragmáticos prescriptivos y exhortativos (expresiones del tipo de “...es menester que...”, formas desiderativas, verbos en imperativo, subjuntivo y en futuro conjugados casi siempre en la primera persona del plural, uso frecuente de adverbios temporales). A partir del análisis de las condiciones presentes que, en términos generales, parecen favorables a la concreción de la fusión interracial, enumera los fundamentos de tal factibilidad: la legitimidad del mestizaje y sus ventajas para el aumento de la cultura, la justificación de su valor por la comparación con períodos históricos de homogeneidad racial y de hibridez, la creencia en el factor hereditario, según una ley de cruzamientos regidos por una ‘simpatía verdadera’ (“ley del gusto estético” o “eugenesia”) (*LRC*, 33-34, 42), la conveniencia de reforzar el hispanismo: “...nosotros no seremos grandes mientras el español de América no se sienta tan español como los hijos de España...”. (*LRC*, 19), la necesidad de elevar el nivel económico de los hombres (*LRC*, 10), la urgencia de la educación popular como medio de ingreso a la sabiduría y garantía del libre ascenso hacia los valores superiores (*LRC*, 36-37), la supresión universal de las barreras geográficas por la acción ejercida por las comunicaciones modernas, la aplicación de medios técnicos y progresos científicos para conquistar el trópico y solucionar los inconvenientes que plantea la instalación de una civilización en ese medio (*LRC*, 35).

Vasconcelos especifica también los *valores* sobre los que se fundaría esa

pueblos latinos en Iberoamérica: servir de puente; *LRC*, 16, 33: trópico como el medio ideal; *I*, 45, 65.

“nueva civilización”. Si, por un lado, destaca la fantasía como la “facultad primordial”, por otro privilegia los valores estéticos: la belleza, el buen gusto, junto con el amor, el ritmo, la emoción, la pasión y la alegría, que establecen las leyes y los criterios que habrán de regir en el futuro (*LRC*, 36-37, 48). Merece resaltarse el anhelo de universalidad que acompaña este proyecto visionario, en su intento de trascender toda limitación racial, política, social, geográfica, desplazando intereses locales, provinciales, regionales y hasta nacionales, en nombre de una aspiración ‘cósmica’, internacionalista, de un “mundo Uno” (*LRC*, 27), cifrada en el nombre del lugar donde se asentaría: *Universópolis* (*LRC*, 36). Paralelamente, el autor imagina también el fracaso de su propuesta y la alternativa que se impondría de no lograrse la fusión interracial deseada y supuesta la hipótesis de un nuevo triunfo sajón: el nombre sería, entonces, *Anglotown*.

Por último, si retomamos el cotejo de los dos textos utópicos y americanistas que, a grandes rasgos, acabamos de trazar, podemos concluir que tanto en sus aciertos como en sus limitaciones, ambos ofrecen dos versiones contemporáneas del ensayismo tan característico a principios del siglo XX, dentro del estilo cultural dominante entre las elites intelectuales mexicanas, pero con modulaciones muy diferentes de la inflexión utópica -la *utopía cultural y social* en el texto de HU y la *utopía racial y mesiánica*, como veremos más adelante, en *LRC*-, pese a que existen contenidos y figuras compartidos por ambas modalidades.

El ensayo utópico y las ideologías continentalistas

La superposición de discursos, códigos, teorías y doctrinas con que se trama la construcción utópica en *LRC*, reclama reparar en la forma en que se registra el pasaje desde una configuración ideológica a otra, es decir, desde un sistema ideológico positivista, científicista, a otro opuesto, postpositivista, que habilita el ingreso a la constelación utópica. De modo provisorio denominaremos a este último *contraideología*. Vasconcelos confiesa abiertamente en *LRC* su intención de *desenmascarar* por medio del discurso, las doctrinas y filosofías que sirven de

justificativo para las ambiciones y manejos imperialistas de la raza dominante, a sabiendas de que “[T]odo imperialismo necesita de una filosofía que lo justifique...” (LRC, 46).

Desde el comienzo del ensayo, Vasconcelos se asume como *ideólogo* que busca elaborar una propuesta ideológica superadora de la “microideología del especialista” (LRC, 15), trazando un cuadro bien planeado en función y al servicio de sus ideales. En la tercera parte del texto retoma esa reflexión:

...pero ahora que se inicia una nueva fase de la Historia, se hace necesario reconstituir nuestra ideología y organizar conforme a una nueva doctrina étnica toda nuestra vida continental...(47).

Se hace referencia aquí a la ‘nueva ideología’ de la nueva generación, que potencia los valores espirituales del desinterés y la libertad (L. Zea 1977, 276). De este modo, la utopía asume el valor de una *ideología*, rebasando el criterio limitado de considerarla como una consecuencia del uso exagerado de la imaginación. Al respecto, Roucek contribuye a conciliar *ideología* y *utopía*, cuando explica que: “...la ideología (...), con su supuesto carácter “científico” utiliza de manera consciente o inconsciente ilusiones e incluso errores (...). La ideología da por sentado sus ilusiones, declina ponerlas en duda...”³⁵

Por otra parte, si aceptamos con Horowitz que las ideologías son “...conjuntos de actitudes que pueden servir a diferentes estructuras políticas en diferentes periodos de la historia...”³⁶, podemos sostener que una doctrina puede identificarse como *ideología* y como *contraideología*, de acuerdo con cuáles sean los determinantes concretos de carácter histórico y empírico, y según qué se defienda o ataque, se alabe o

³⁵ Joseph S. Roucek, "La ideología como medio de control social", I.L.Horowitz, 40.

³⁶ Cfr. Irving Louis Horowitz, "Formalización de la teoría general de la ideología y la utopía", Horowitz, 92, donde redefine los conceptos de *utopía*, *contra-utopía*, *ideología* y *contra-ideología*. Desmiente en la ideología y la contra-utopía el mero uso exagerado de la imaginación, y subraya en la *contraideología* la función de ‘desenmascaramiento’ de las ideologías establecidas.

Por otra parte, Talcott Parsons define la “*contraideología*” como “una ruptura abierta con el sistema de valores e ideología de una sociedad más amplia”, compartida por un grupo divergente. Cfr. Talcott Parsons, “La institucionalización de las ideologías”, I.L. Horowitz, 105.

critique, en un momento dado de la evolución social.

En consecuencia, es posible identificar el mecanismo estratégico que permite dilucidar el doble estatuto de *LRC*: de *construcción utópica contraideológica* y de *instrumento ideológico* revestido de una *forma utópica*. Por una parte, el texto hace uso de argumentos cientificistas para poner en funcionamiento la estrategia de *contrarrestar* la eficacia y los alcances de la tesis darwiniana de la selección natural que sostiene la superioridad étnica del blanco sajón, para capitalizarla a su favor y defender su teoría de la integración racial y cultural en una quinta raza de síntesis, que sería fruto de una sabia selección regida por la ley eugenésica del buen gusto (*LRC*, 44). Vasconcelos busca captar y retener la atención del lector, para moverlo hacia el 'deber ser' del ideal de una 'nueva humanidad'. Para ello echa mano a una velada operación persuasiva que se despliega toda vez que comparte con el lector los interrogantes y las dudas que surgen en el curso de su reflexión: así es que presenta las cuestiones sin resolver, para compartir en un paso posterior la búsqueda de sus posibles salidas. Y con el fin de lograr su cometido, 'sondea' con los mismos métodos de la ideología que pretende desarticular, pero sin alcanzar el objetivo deseado, por lo que ya señalamos como un desajuste entre el discurso utópico y la argumentación científica que en Vasconcelos no supera la retórica, sumado a la falta de solidez y de coherencia lógica³⁷. Llega incluso al extremo de *invertir* la ley de los tres estados de Comte para exponer su visión de la historia, como un proceso gradual y progresista compuesto por tres etapas: 1) material o guerrera; 2) intelectual o política, y 3) espiritual o estética (*LRC*, 38). Asimismo, en la convicción de que no hay retornos en la Historia y que todo es novedad en ella, sostiene que cada raza tiene un período único de poderío y una misión particular que cumplir, en un momento histórico determinado.

En segundo lugar, es posible leer en *LRC* una propuesta ideológica nueva, que representa un sistema de creencias y doctrinas compartido por los miembros de la nueva generación mexicana. Desde esta perspectiva, el ensayo se afirma como un proyecto más coherente, aún admitiendo las fisuras por las que asoman en el discurso

³⁷ Intención y efecto semejantes encontramos en la ampliación de la ley hereditaria de Mendel al plano del espíritu: "mendelismo astuto", "mendelismo espiritual" (*LRC*, 43-44, 50).

espiritualista, elementos remanentes del código oficializado e institucionalizado como norma, en la época en que Vasconcelos se formó, durante el porfiriato, pese a haber sostenido desde entonces una visión crítica sobre ese sistema. Así podrían explicarse las concesiones a la ideología positivista, tales como la alusión a "razas superiores e inferiores" (*LRC*, 30, 44), que contradice la tesis central desarrollada en *LRC*, así como la frecuente utilización del criterio de utilidad (*LRC*, 31) y la aceptación final de la doctrina darwinista para las especies inferiores, sin llegar a aplicarla en su reflexión sobre la especie humana (*LRC*, 44).³⁸

La forma utópica que asume la propuesta ideológica formulada en torno a la 'América mestiza' pone de manifiesto la *revelación* del nuevo papel que le corresponde a Hispanoamérica, como sede de la nueva raza y puente (*LRC*, 30) para concretar la fusión interracial universal, desplazándola desde un rol subordinado, dependiente y periférico en el juego de fuerzas raciales y políticas a nivel mundial, hacia una posición central y protagónica:

... El objeto del continente nuevo y antiguo es mucho más importante. Su predestinación obedece al designio de constituir la cuna de una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la Historia. En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las estirpes... (*LRC*, 28).

Vasconcelos propone la necesidad de "reconstituir nuestra ideología" (*LRC*, 47) y organizar la vida continental sobre la base de "una doctrina étnica propia" (*LRC*, 47). Y tratando de formular una "ideología iberoamericana" (*I*, LVI) que sienta las bases de un nuevo ciclo en la cultura del Nuevo Mundo, caracteriza la existencia colectiva iberoamericana, los rasgos distintivos de ese organismo en formación" (*I*, 1) y las

³⁸ Vasconcelos se opone a la aplicación del darwinismo como biología social. Su posición se perfila como contrapartida del "Estudio de las relaciones entre la sociología y la biología", de Manuel Ramos, discípulo de Gabino Barreda y miembro de la Asociación Metodófila. Cfr. L. Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México: F.C.E., 1968, 172.

normas que permitan construir el ideal hispanoamericano en el futuro (*I*, 105), a partir de una filosofía y un pensamiento propios (*I*, 96; *LRC*, 47).³⁹

De lo expuesto, concluimos que el discurso alterna entre una actitud *crítica frente al presente* (*LRC*, 18) y la *idealización de un futuro*. Desde una perspectiva progresista y esperanzada, el futuro es visualizado como patria de una estirpe mejor y de un tipo superior (*LRC*, 30). No obstante, el presente es visto como la transición hacia la tercera edad, estética (41), reconociéndose en él las condiciones propicias para su advenimiento (*LRC*, 51). En este punto confirmamos también la afirmación de Melvin Lasky acerca de las utopías:

... Las utopías se escriben a partir de la esperanza y de la desesperación. Son modelos de estabilidad concebidos con ánimo de contradecir. Son acciones (...) en nombre de valores ideales (...). Son interpretaciones del orden existente y, muchas veces, programas de cambio. La implicación exhortadora de la utopía, en forma de un requerimiento secreto, está siempre presente, pues todos los ideales políticos son implícitamente revolucionarios; sus elementos críticos llevan a disentir; sus perfectas proyecciones, a un anhelo por construir de nuevo. El sueño utópico del futuro, con sus fuentes en la fantasía y en la alienación, implica la pesadilla del presente...⁴⁰.

Pasado, presente y futuro recorren *LRC* en un constante juego contrapuntístico, donde triunfa la persistente confianza en las potencialidades de Hispanoamérica, para cumplir con su destino histórico (*LRC*, 53). Frente al pasado, se asume una doble postura: de *ruptura* con la ideología que sustenta la ambición sajona y de *continuidad* con el pasado hispánico (panhispanismo) y prolongación de la utopía retrospectiva de la civilización atlántida. Tanto en *LRC* como en la expansión de sus tesis en *I*, Vasconcelos se propone describir y afirmar los rasgos que definen a la “raza iberoamericana” que habita nuestro continente y presenta América Latina como “un

³⁹ Vasconcelos amplía su concepción del pensamiento iberoamericano, en el cuarto capítulo de *Indología*, titulado “El pensamiento iberoamericano”.

grupo étnico homogéneo”, planteando una continuidad con la tradición cultural española, con la que se había roto desde nuestra emancipación (*I*, 15-16), con la intención de construir una conciencia de nuestra identidad cultural y racial (*I*, 17). Un rasgo común en la forma del discurso autointerpretativo de la cultura iberoamericana en la escritura vasconceliana es la definición por negación u oposición. Así lo expresa explícitamente el autor en *Indología*:

...tratemos de definirnos a nosotros mismos y marquemos, sin ningún ánimo de discordia, las diferencias.

Pobre procedimiento es comenzar a definir una cosa por lo que no es; pero al fin y al cabo no puede dejar de emplearse cuando se trata de asuntos todavía informes, cambiantes, inmensos; en tales casos, ningún elemento de determinación es inútil... (12),

y así describe, también por la negativa, su posición sobre el perfil cultural que diseña para el continente: ni sajón ni nacionalista ni regionalista ni localista, ni provincialista en un sentido extremo o reductivo, ni “patrioterista”, ni panamericanista ni proclive al intervencionismo del imperialismo norteamericano o de cualquier otro origen, ni colonialista ni indigenista.⁴¹ En cada caso, la negación supone su contrario, por lo pronto, una rectificación o ampliación del concepto negado.

Otra forma corriente de definir el proceso cultural hispanoamericano en los escritos vasconcelianos consiste en plantear la opción por uno de los dos términos de una alternativa: latinos-sajones, imperialismo-antiimperialismo, hispanismo-

⁴⁰ Melvin Lasky, *Utopía y revolución*. México: F.C.E., 1985, 26.

⁴¹ Cfr. sobre antisajonismo: *LRC*, 23, 29; sobre oposición al nacionalismo reductivo: *I*, 20; antilocalismo: *I*, 212; antiprovincialismo: *LRC*, 24; rechazo del patrioterismo del populismo y del patriotismo de los caudillos: *I*, 21, antipanamericanismo y antimonroísmo: *LRC*, 30, donde identifica el imperialismo norteamericano, como el imperio final que pronto sucumbiría. También en *BYM*, 13 se expresa en contra del “inglesamiento” de Hispanoamérica, como ya lo había escrito en *LRC*, 23. Pero en *I*, XXIII se resiste a identificar a los Estados Unidos con la figura de Calibán y reconoce las ventajas de algunas virtudes, patrimonio de la civilización sajona, precisando que justamente el peligro reside en que suelen superarnos también en el espíritu. Véase tb. *LRC*, 15, 26, 46-47; *I*, 111-112. Oposición al indigenismo y a un renacimiento de las culturas indígenas: *LRC*, 25; *I*, 73, 144; *BYM*, 55. En *I*, 77, identifica “lo autóctono” con el concepto de “nueva raza mestiza”. Para ampliar

indigenismo, europeísmo-latinoamericanismo, entre otras.⁴² Nos interesa destacar que, en muchos casos, las posturas sostenidas discursivamente en sus textos encuentran su correlato en acciones de política cultural emprendidas por Vasconcelos en su ejercicio de la función pública, tanto en el rectorado de la Universidad de México como en su cargo en la Secretaría. Así lo ilustra el comentario que introduce en la última parte de

sobre la aspiración de Vasconcelos a una "patria ideal", cfr. J. J. Blanco, 76.

⁴² A partir de estas oposiciones dilemáticas podemos perfilar su encuadre ideológico continentalista:

- *prolatinista*: respecto del debate entre lo latino y lo sajón, iniciado en Europa en los últimos decenios del siglo XIX, reconoce una mayor afinidad con lo latino y adopta esa perspectiva (*LRC*, 23, 45). Define a los iberoamericanos como latinos y percibe la latinización como una etapa indefectible hacia la futura fusión de razas (*LRC*, 26, 30), coincidiendo con la idea de un renacimiento latino -que por esos tiempos ya circulaba en Europa-, y reavivando el sueño del poderío latino ahogado por la emancipación hispanoamericana (*LRC*, 24) hasta esbozar un programa panlatinista (*LRC*, 18, 25). Según Vasconcelos, la oposición entre esas dos civilizaciones y sistemas debería ser resuelta en la integración de ambos con otras razas, lo que daría lugar a una nueva cultura de síntesis definitiva y universal (*LRC*, 32; *I*, 17, 84). Al respecto, Lily Litvak estudia el impacto en Hispanoamérica del libro de Desmolinis sobre esta polémica (82), de la idea de Taine sobre la proximidad de la decadencia anglosajona (54) y de la esperanza en el renacimiento de los pueblos latinos. Cfr. L. Litvak, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*. Barcelona: Puvill Editor, 1980.

- *universalista*: el ideal de cultura y civilización intuido por Vasconcelos consiste en una síntesis superadora que recogería todos los valores que puedan aportar al progreso y felicidad de todos los hombres. En *Indología* denomina esa nueva cultura: "totinismo", y el ideal del hombre futuro: "Totinem", es decir, "hombre todo", "hombre síntesis" (*I*, 93). Esa "verdadera civilización" -"civilización planetaria" (*I*, 63, 79; *LRC*, 33, 47), "civilización índica" (*I*, 94)- supone una regeneración económica, social y moral, cuyo ámbito de acción no tendría fronteras. En este sentido, Vasconcelos defiende un "nacionalismo continental" o un regionalismo con "alma universal" (*LRC*, 20; *I*, 20; *H*, 37-38). Se entienden así los reparos del autor a posiciones reductivas -nacionalistas, regionalistas o localistas- que ahondan en las diferencias entre las naciones hispanoamericanas y los pueblos de origen latino, favoreciendo así el triunfo sajón (*LRC*, 9, 18; *H*, 37-38).

- *hispanista*: Vasconcelos propone el retorno a lo hispánico para hacer frente al "inglesamiento" vigente y recuperar el sentido histórico perdido en la emancipación, que favorezca el auto-reconocimiento como "americanos españoles" (*LRC*, 23; *BYM*, 13, *I*, cap. IV). El rescate y revalorización de la tradición hispánica se advierte en las conferencias posteriores a *LRC*, en el elogio a la conquista española y a la labor de los misioneros católicos y en la construcción 'heroica' de Hernán Cortés (*I*, 76, 141; *H*, 15; *BYM*, 32).

- *hispanoamericanista*: frente a la amenaza sajona y el avance expansionista del imperialismo norteamericano, proclama la urgencia de reforzar la unión hispanoamericana como estrategia defensiva (*LRC*, 20, 29; *I*, 18; *BYM*, 37), retomando la ideología bolivariana y reivindicando el rol antipanamericanista de Lucas Alamán en la historia mexicana (*ByM*, 15), a quien enfrenta con Benito Juárez, identificándolo con el monroísmo. Más adelante analizó con mayor detalle esta postura representada por Bolívar, Sucre, Petión el negro, Martí y otros emancipadores, sin dejar de puntualizar las zonas más cuestionables o confusas del programa bolivarista (*BYM*). El ideal iberoamericanista de Vasconcelos, al que denominó "monroísmo iberoamericano", no se agota en la unión espiritual de la raza hispana en América, sino que incluye la aspiración de alcanzar la autonomía económica y política, con el lema: "Hispanoamérica para los hispanoamericanos" (*I*, 9, 84; *BYM*, 204, 207-208). En lo político, propone una federación o liga defensiva de los pueblos iberoamericanos para formar la futura República Iberoamericana, inspirada en el proyecto de la Federación Ibérica de Ramón Valle Inclán (*LRC*, 29; *I*, VI).

su ensayo, donde relata hasta qué punto las ideas expresadas allí habían sido ‘puestas en signo’ *monumentalmente* en el Palacio de la Secretaría de Educación Pública, en las alegorías murales y estatuas de piedra que adornaban el recinto, anticipando su ideal de sincretismo universalista (*LRC*, 53). Del mismo modo operaron acciones como el asilo y el empleo en México de intelectuales latinoamericanos perseguidos, o la invitación de grandes figuras latinoamericanas (Gabriela Mistral, José Ingenieros, Manuel Ugarte, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Eustasio Rivera, entre otros) a visitar su país para participar en la gran *cruzada educativa y cultural* promovida desde la Secretaría, dos acciones con las que dio clara muestra de su posición hispanoamericanista.

Utopía con elementos científicistas y, a la vez, ideología con ropaje utópico; ensayo alucinado y delirante, basado en argumentaciones improbables e inconsistentes, pero, al mismo tiempo, documento verbal de un proyecto que cuenta con otras manifestaciones convergentes en el terreno artístico y arquitectónico -evidencias de cierta coherencia estética, exorbitada pero consistente- y con correlatos en su programa educativo ambicioso y extravagante pero efectivamente concretado en muchos aspectos,⁴³ en *LRC* la ambivalencia parece ser un componente central.

Este rasgo es compatible con la pluralidad que caracteriza la reflexión vasconceliana sobre Hispanoamérica, frecuentemente representada con la imagen de una ‘sinfonía’, en consonancia con la flexibilidad del modelo y con su presentación de la formación iberoamericana como una “síntesis de todos los valores” (*LRC*, 32; *I*, 6, 204, 226). Descreído de la validez de imponer modelos culturales a pueblos en formación (*I*, 78-79), Vasconcelos define su *Indología* como una “sinfonía inconclusa”, no definitiva, pero valiosa como apunte inicial para la formulación colectiva de una ideología continental hispanoamericana (*I*, 205).

⁴³ Durante su función como Secretario de Educación Pública, Vasconcelos propició una importantísima difusión popular de la cultura y la educación, mediante campañas de alfabetización, ediciones populares de obras clásicas distribuidas entre la población semianalfabeta -en su mayoría, indígena-, fomentó la pintura mural en México (los frescos del Palacio de la Secretaría de Educación Pública, pintados por Diego Rivera y José Clemente Orozco son un buen ejemplo de ello El discurso de inauguración del "palacio" para la Secretaría contiene pasajes muy semejantes al párrafo que cierra *LRC* (9.VII.1922).

La perspectiva desde la que Vasconcelos construye su modelo es deliberadamente la de un “sistematizador antiespecialista” (*I*, 2), un “sintetizador” que elabora una “macroideología”, desde la intuición, y que, adoptando una perspectiva, más que magisterial, asimilable a la de un vidente o un profeta, señala a la distancia o como en una visión, tendencias, ritmos, direcciones, y esboza ideales colectivos (*LRC*, 47-49; *I*, XVIII, 205).⁴⁴ En *Indología* admite haberse basado en teorías científicas aún no comprobadas definitivamente, y se justifica en la poca solidez que poseían hasta ese momento las ciencias sociales (*I*, 204). El mismo autor dio el nombre de “indología” a su personal propuesta ideológica subcontinental o, al menos, al esbozo de ésta que traza en sus escritos:

Llamaremos Indología a todo el conjunto de reflexiones que me propongo presentar a propósito de la vida contemporánea, los orígenes y el porvenir de esta gran rama de la especie racional que se conoce con el nombre de raza iberoamericana... (*I*, 7)

Indología es, en principio, una aspiración, un anhelo, una propuesta:

... Esto se soñó que fuésemos, nada de esto somos aún; pero a fin de procurar que lo seamos dediquémonos a formular una ciencia, un credo, unas bases constitutivas, una forma de voluntad, un conjunto de impulsos superiores que nos permitan ascender a la realización del ideal contenido en nuestro signo... (*I*, 10).

En la periodización de las formas de gobierno que esboza en esas conferencias, Vasconcelos coloca como estado ideal a aquel que encomienda la dirección de los asuntos humanos a los filósofos y educadores (*I*, 216): “el gobierno de los pensadores,

⁴⁴ Cfr. *LRC*, 15, donde cuestiona los alcances de la historia científica o empírica, a la que describe como “enferma de miopía”, pues sólo da detalles, sin responder a los interrogantes que se plantean, huye de las conclusiones generales o de las hipótesis trascendentes, limitándose a describir particularidades, pormenores, exterioridades sin importancia, sin llegar a enunciar una teoría integral y

de los intelectuales”, un ideal en el que concilia los lazos que vinculan los dos órdenes –del saber y del poder-, concediéndoles a aquellos un doble papel de “ideólogos y estrategas” a la vez. Así lo sostiene el autor en un pasaje que ilustra, con una retórica declamatoria muy propia de la época, la función que se le asigna al intelectual en el discurso cultural vasconceliano:

... Iluminar a las gentes para que todos los males vayan siendo corregidos y vencidos; tal es la misión de todo patriota y de todo el que algo sabe en favor del que no sabe.

Trabajemos, pues, sin descanso todos los que nos empeñamos en la redención económica y moral de nuestra América. Trabajemos unidos para resolver el problema complicado de una explicación justa y eficaz de nuestros cuantiosos recursos, una explotación que beneficie al mayor número, para que pueda ser base de una verdadera civilización.... (I, 63).

Pese a estar alejado de su país y de la tarea política, Vasconcelos acrecienta desde el exilio su entusiasmo por contribuir a la formación de un pensamiento iberoamericano ‘propio y original’, dirigiéndose no solamente a los jóvenes del continente sino a toda la población letrada hispanoamericana. Para la construcción del nuevo orden cultural, el instrumento encargado de iluminar y persuadir a las masas será la educación, visualizada como factor fundamental en el pensamiento y proyecto vasconcelianos (I, 92, 196) y destinada a consumir una obra revolucionaria de la que es prueba la tarea desempeñada por Vasconcelos en su país, desde la Secretaría de Educación Pública.(I, cap. V). En *Indología*, el mito de Quetzalcoatl es el que encarna el ideal de educador como constructor (I, 139), y junto a éste presenta como modelos tanto a conquistadores y evangelizadores españoles como a poetas amerindios, tales como Cortés, Vasco de Quiroga, Motolinía, Pedro de Gante y Netzahualcoyotl, entre otros.

En síntesis, más allá de las objeciones de las que se han hecho acreedores sus

comprehensiva.

textos,⁴⁵ no se puede discutir que Vasconcelos se ganó justa fama y reconocimiento como un ‘profeta americanista’, cuya voz se hizo oír a lo largo y a lo ancho de Hispanoamérica, en particular en la primera etapa de su biografía. Observamos que Vasconcelos retoma, en este mismo sentido, la propuesta martiana e incluso utiliza a menudo la expresión “Nuestra América” en sus obras, al afirmar su creencia en el destino histórico trascendente de los pueblos iberoamericanos (*LRC*, 2, 19), pero confirmando su aspiración a una patria “ideal” y “verdadera” -una “patria continental” (*LRC*, 19, 20; *I*, 84, 93)- arraigada tanto en lo indígena como en lo hispánico.

Es justo admitir que, a semejante éxito, no ha sido ajena la eficacia de su discurso ni el hecho de que haya sido el pueblo mexicano y latinoamericano de las clases medias, su destinatario privilegiado. Dominada por la vehemencia de la pasión y el sentimiento, su escritura tiende a ser incoativa como instrumento ideológico y aspira a ejercer cierta violencia mental en su afán didáctico y pedagógico. Y probablemente sea en virtud de la modalidad enunciativa elegida y su retórica persuasiva, y la libertad formal y temática que conlleva el ensayo, que se legitima el carácter utópico de su escritura, sumándose a la numerosa lista de autores y obras que, desde Sarmiento a Martínez Estrada, desde Lucas Alamán a Justo Sierra, desde Darío a Neruda, desde Montalvo a Mariátegui, imaginan profecías de paraísos inminentes, empeñados en anunciar un horizonte futuro mejor, a contrapelo de lo que hoy indica, casi un siglo después, con escaso margen para miradas eufóricas o entusiastamente augurales, la realidad actual de nuestros países.

⁴⁵ Es oportuno citar aquí algunos juicios de Alberto Zum Felde quien, con mayor acritud crítica, se refirió a los libros americanistas de Vasconcelos en estos términos: “lo que hay de bueno en ellos no es nuevo y lo que hay de nuevo no es bueno”, “divagación literaria”, “verbalismo filosofante”, “tropicalismo filosófico”, “mística verbalista”, “iberoamericanismo divagatorio y retórico”, “americanismo retórico, charlatanesco”. Cfr. A. Zum Felde, 426-427.

6

**Los 7 ensayos..., de Mariátegui:
la modernidad heterogénea desde la raíz andina**

Tal vez hay en cada uno de estos ensayos el esquema, la intención de un libro autónomo. Ninguno de estos ensayos está acabado: no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado...

José Carlos Mariátegui¹

Por los caminos universales, ecuménicos, que tanto se nos reprochan, nos vamos acercando cada vez más a nosotros mismos...

José Carlos Mariátegui²

...[E]l que Mariátegui no definiera la identidad nacional como algo ya hecho, y ni siquiera como una imagen unívoca del futuro, sino más bien como el resultado de un proceso histórico que él lo imagina en camino -pero camino propio, nacional- al socialismo (...), no concibe el tema de la identidad sino a través de la historia, lo que implica, de una parte, que la identidad no es tanto un ser como un hacerse (...), que su consistencia es fluctuante y mudable, y (...) que su definición hacia el futuro, enmarcada. Queda abierta a varias alternativas...

Antonio Cornejo Polar³

¹ J. C. Mariátegui, *Obras completas*, tomo 2: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Ed. Amauta, 1988, 350. En adelante, en citas y remisiones de este libro, se indicará *7e* y el número de página.

² J. C. Mariátegui, *7e*, 12.

³ A. Cornejo Polar, *Escribir en el aire...* 1994, 191.

La cita del primer epígrafe de este capítulo, tomada de la “Advertencia” que precede el último texto de nuestro recorrido interpretativo, / *ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), de José Carlos Mariátegui (en adelante, JCM), plantea una reflexión del propio autor acerca de la *forma* del libro o, indirectamente, del tipo discursivo elegido para desplegar su interpretación acerca de la realidad del Perú en los primeros decenios del siglo XX, una cuestión particularmente productiva en la obra del Amauta. Al elegir ese fragmento pretendemos llamar la atención sobre la dimensión *deliberadamente* ensayística que asume ese libro, el segundo editado durante la breve vida del escritor, crítico e ideólogo peruano (se publicó dos años antes de su muerte temprana). Nuestro propósito consiste en situarlo y cotejarlo -como lo hicimos con los ensayos anteriores, analizados en los capítulos precedentes de nuestro estudio- en el marco más amplio de la secuencia discursiva del ensayo de interpretación cultural latinoamericano que, desde mediados el siglo XIX, viene ofreciendo diferentes respuestas al interrogante planteado una y otra vez, con creciente complejidad, en torno de la identidad cultural de los países del subcontinente. Recordemos que esa búsqueda obsesiva donde lo enmarcamos impactó en nuestros países, sobre todo desde principios del siglo XIX, con mayor o menor fuerza según los períodos y las regiones involucrados, se hizo más intensa durante buena parte del siglo XX y aún se mantiene vigente bajo otras formas, en nuestros días.⁴

⁴ Importa enmarcar la lectura de este ensayo en la confluencia de tres cuestiones que Antonio Cornejo Polar señaló como las agendas problemáticas que, entrecruzadas con otros conflictos sociales e históricos seguramente mucho más acuciantes, dominaron el campo de la literatura y el pensamiento crítico latinoamericanos en los últimos decenios del siglo XX. La tarea de reivindicar la “heteróclita pluralidad” que definiría nuestras sociedades y nuestra cultura, aislando regiones y estratos, profundizando las “abisales diferencias que separan y contraponen, hasta con beligerancia”, los variados universos socio-culturales y los muchos ritmos históricos coexistentes y solapados dentro de los espacios nacionales (A. Cornejo Polar, *Escribir en el aire...*, 12), se relaciona estrechamente con las otras dos demandas -el cambio por la vía revolucionaria que marcó la década de los sesenta, y la búsqueda obsesiva de la identidad nacional o latinoamericana que comenzó a insinuarse desde las postrimerías de la colonia.

Es de notar que la inevitable percepción de disparidades y contradicciones entre las diferentes imágenes y representaciones de América Latina y las realidades identificadas con esa noción, ha contribuido a presentarla como una configuración plurívoca y conflictiva. Por otra parte, la valoración positiva de esa urdimbre de desencuentros, quiebras y discontinuidades, bajo la cual se anudan soterrados lazos comunicantes con la consiguiente aceptación de esa construcción híbrida y plural, ha permitido enhebrar muy laxamente redes sociales de pertenencia y legitimidad en respuesta a la pregunta incesante por nuestra identidad.

Por otra parte, nos interesa destacar la presencia continua de formas del discurso doxológico y persuasivo (Angenot 1982), especialmente del *ensayo*⁵, en la producción mariateguiana, en el formato más breve acorde con la circulación inicial que tuvo la mayor parte de su obra en periódicos, folletos y revistas. Cabe recordar, por ejemplo, la decisión expresa del autor de conservar el tono improvisado y provisorio de las “impresiones” que reúne en su primer libro, *La escena contemporánea* (1925), y el carácter ensayístico que la crítica reconoció en los trabajos incluidos en algunos volúmenes de la colección de sus *Obras completas*⁶ -la mayoría de ellos, antológicos y publicados póstumamente-, como *Defensa del marxismo*, *Peruanicemos el Perú*, *Temas de Nuestra América*, *Signos y obras* y *La novela y la vida*, que incluye una sección titulada “Ensayos sintéticos”, donde expone opiniones, apunta aclaraciones y discute hipótesis con peculiar sinceridad y personal tono afirmativo y polémico, haciendo usos de los contenidos, procedimientos y motivaciones que le competen al ensayo, combinados con datos informativos sobre el tema y una profunda reflexión que sopesa sus implicancias.⁷

⁵ Reenviamos a la definición operativa de *ensayo* incluida en el primer capítulo de este estudio (ver el apartado “Una definición tentativa...”), anticipada en Scarano 1994, y a la noción de *género* planteada en ese mismo capítulo. También nos resultaron útiles las nociones expuestas en Angenot 1982, 11, y las reflexiones sobre la relación entre *texto, contexto e ideología* desarrolladas por Hayden White en el capítulo “El contexto del texto: método e ideología en la historia intelectual”, incluido en su *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Bs.As.: Paidós, 1992.

⁶ Para los textos de JCM, utilizamos la edición popular de sus obras: J. C. Mariátegui. *Obras completas*, 20 vols. Editada y dirigida por Sandro, Siegfried, José Carlos y Javier Mariátegui. Lima: Biblioteca Amauta. De los veinte volúmenes, dieciséis reúnen los escritos de JCM a partir de las *Cartas de Italia* (1920-1922) hasta su muerte. La producción anterior a 1920, que JCM llamó su “edad de piedra”, no fue incluida en esta edición.

⁷ Fiel a la versatilidad, agudeza y sugestión polémica que admite el género, aporta un punto de vista, un testimonio, observaciones y juicios con cierta originalidad, que no alcanzan nunca el valor de conclusiones rotundas. En la opinión de Alberto Tauro, “la hondura filosófica, la exaltación lírica, la ironía demoledora, o el gozoso escarceo del ingenio” del ensayo mariateguiano son compatibles aquí con la creación literaria, la disertación ideológica y el periodismo. Según Tauro,

... aun temas circunstanciales, y a veces frívolos, proporcionan a José Carlos Mariátegui suficiente materia para aplicar o comprobar teorías sobre la sociedad y la cultura, o sobre la acción de las fuerzas que impulsan la marcha histórica. Y en esa accesible profundidad, en esa ágil concatenación de apariencias y realidades, en esa facilidad para despejar la problemática de la mente actual, se halla la esencia del ensayo...

(A. Tauro, Presentación a J. C. Mariátegui, “Ensayos sintéticos”, *O.C.*, tomo 4: *La novela y la vida. Siegfried y el profesor Canella. Ensayos sintéticos. Reportajes y encuestas*. Lima: Empresa Editora Amauta, 1987. 16ª edición: 89-90).

En los “Ensayos sintéticos”, JCM hurga en los antecedentes y proyecciones, semejanzas y presupuestos de los hechos abordados, y los presenta como pruebas eficientes de su concepción del mundo, desarrollando su perspectiva en el tono apropiado, transmutando la seriedad de una teorización en una nota humorística o una burla sutil, y apuntando a dar cuenta del estilo de una época mediante las formas de la cultura popular que definen la vida colectiva.

Sin embargo, volviendo a *7e*, el tipo discursivo, las funciones lingüísticas, las dimensiones expresivas y las modalidades enunciativas convocadas para desarrollar su reflexión, desde diferentes ángulos, en cierto modo se salen de los cauces esperados, si tenemos en cuenta el modelo teórico marxista utilizado y su correspondiente instrumental metodológico, que haría esperar un texto más cercano a los requerimientos del discurso disciplinar que podría regular cada uno de los siete ensayos, con menos apertura y margen para reescrituras y reformulaciones. Hay aquí un filón productivo sobre el que conviene indagar. Como sabemos, de acuerdo con las conceptualizaciones de Hayden White, la operación selectiva en el orden de lo estrictamente formal conlleva opciones que remiten al plano de lo ideológico.⁸ Al respecto, la precisa y acertada valoración analítica de la escritura mariáteguiana que aporta José Sazbón, puede ser referida puntualmente a *7e* : “[C]uriosa combinación de rigor reflexivo, expresividad poética, convicción política y análisis subjetivo”.⁹ En su perspicaz descripción, Sazbón recorta de una manera sutil -cautelosamente connotada en el calificativo “curiosa”- el mismo aspecto que señalamos como particularmente conflictivo, en la medida en que contribuye a poner de relieve su argumento acerca de las diferencias de los textos de Mariátegui respecto de los paradigmas reconocidos del discurso marxista y la perspectiva socialista, las que reclamarían seguramente -repetimos- un mayor disciplinamiento respecto de sus matrices más reconocibles -discurso ‘leninista’, ‘socialdemócrata’, ‘historicista’, ‘cientificista’, ‘dialéctica’, ‘determinista’, entre otros.¹⁰

Encontramos aquí algunas cuestiones que iluminan esa zona especialmente atractiva del ensayo mariáteguiano, por la riqueza de opciones formales que concentran

⁸ Cfr. H. White, “El contexto del texto: método e ideología en la historia intelectual”, *El contenido de la forma...* 1992.

⁹ José Sazbón, “Filosofía y revolución en los escritos de Mariátegui”. Ponencia leída en el *Coloquio internacional “Mariátegui y la revolución latinoamericana”* (Tema 2: “El marxismo de Mariátegui”). Culiacán – México: Universidad Autónoma de Sinaloa, 14 al 18 de abril de 1980. Mimeo, 2.

¹⁰ En una versión posterior de su trabajo, José Sazbón plantea la cuestión en términos de ... la congruencia entre, por un lado, la práctica política de su autor y, por otro, la articulación de posiciones filosófico-sociales; entre las resonancias del texto y el carácter del combate, o si se quiere, entre dos formas distintas de inscripción ideológica (aunque esta inscripción sea, en esa primera aproximación, conjetural). La intervención revolucionaria, la praxis socialista de Mariátegui, ¿no aparecen ambiguamente refractadas en ese discurso que recupera con desenvoltura la mayoría de los encuadres idealistas (vitalismo, irracionalismo, espiritualismo, intuicionismo, voluntarismo, misticismo, agnosticismo) que las filosofías de su tiempo –la académica y la marginal- pusieron en circulación (...)?... (J. Sazbón, “Filosofía y revolución en los escritos de Mariátegui”, *Cuestiones políticas* (Universidad de Zulia, Venezuela), 1 (1985): 14).

múltiples significaciones imbricadas con los componentes de los niveles más explícitos del discurso. Desde el título mismo, se nos anuncia como una particularidad de 7e el hecho de que la interpretación de la realidad peruana estará estructurada bajo la forma de “7 ensayos”, que suponen siete entradas desde perspectivas diferentes, según el campo disciplinario desde el que se ejerce la mirada crítica -la economía, la sociología, la crítica literaria y cultural, etc.- o la problemática que se recorta -la cuestión agraria, el problema del indio, el conflicto entre el regionalismo y el centralismo, el problema de la educación, el factor religioso, el proceso de la literatura, entre otros.¹¹

En sintonía con la descripción de Sazbón, José Aricó, al referirse a JCM en forma sesgada, a partir de una caracterización del intelectual tomada de Antonio Gramsci, subraya algunos trazos que esbozan su retrato y guardan directa relación con la caracterización que acto seguido hará de la escritura del Amauta. Nos referimos al siguiente pasaje de las consideraciones preliminares de su libro *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* (1988):

... En *Cuestiones de método*, Gramsci dice: “Esta serie de observaciones vale en mayor medida cuando el autor es impetuoso, de carácter polémico y carente de espíritu de sistema, cuando se trata de una personalidad en la cual la actividad teórica y la práctica están indisolublemente vinculadas, de un intelecto en continua creación y en perpetuo movimiento, que siente vigorosamente la autocrítica del modo más despiadado y consecuente” (*El materialismo histórico y la filosofía de*

¹¹ Robert Paris ha señalado una de las principales claves de los *Siete ensayos...* y la prefiguración de su estructuración en siete partes, en la obra de Francisco García Calderón, *El Perú contemporáneo*, publicada en 1907 bajo los auspicios de la Sociedad de Sociología de París:

... Es necesario anotar, además, aunque sea como una curiosidad, que esta obra, con la excepción de una “Introducción geográfica e histórica”, se divide en siete capítulos, en los que podríamos encontrar sin dificultad una prefiguración de los *7 ensayos...* La mayoría de los problemas abordados en ese libro son, en efecto, aquello que Mariátegui va a encontrar unos veinte años más tarde. Para comenzar: la distinción geográfica tradicional de las tres grandes zonas que dividen el país: costa, sierra y montaña, y el viejo tema “del regionalismo y del centralismo”, con esta capital (...) “demasiado vasta para un inmenso país sin habitantes”. Encontramos también el problema del ‘ayllu’ y del socialismo incaico, “el más despótico y paternal de los socialismos”. Y el diagnóstico, que Mariátegui retomará: la conquista ha sido “demasiado fácil”. Se trata, en fin, de una periodización de la historia del Perú y de un enfoque de los problemas y dificultades que anuncian indudablemente los *7 ensayos...*

(R. Paris, “Para una lectura de los *7 ensayos...*”, José Aricó (sel. y pról.) *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. 2º edic. correg. y aumentada. México: Siglo XXI, 1980: 311-312).

Benedetto Croce, México, Juan Pablos, 1975, p. 82). ¿A quién si no al propio Gramsci -se pregunta Aricó- le cabe esta definición? Y sin embargo nosotros, americanos, ¿no evocamos de inmediato la figura de Mariátegui al leer este texto? Un mismo estilo que une la reflexión ideológica y política a una intensidad afectiva, un idéntico hombre que en su propia escritura, no interesa cuán complejo y variado sea el razonamiento, nos hace saber de múltiples maneras que quien escribe no es un hombre de letras, ni tampoco un científico, sino un hombre político en el más cabal sentido de la palabra...¹²

E inmediatamente se desplaza hacia la escritura de estos dos grandes intelectuales a quienes Aricó vincula, preocupándose de dejar constancia de la imposibilidad de establecer una relación de filiación directa entre ambos (Aricó aduce que las referencias a Gramsci son “escasas y genéricas” en los escritos de JCM y no permiten hablar de un conocimiento directo y un contacto personal entre ellos; Gramsci era casi un desconocido para los italianos en los años de residencia de Mariátegui en Europa, entre 1920 y 1923). Por lo contrario, dicha relación se basa en la posibilidad de establecer un “cierto parentesco, y hasta coincidencias sugestivas, entre los discursos de ambos...” (Aricó 1988, 122-123), entre cuyas motivaciones no se descartan las que provienen de su biografía personal y de su itinerario intelectual, y le da pie a Aricó para caracterizar el estilo de ambos, trazando semejanzas que nos permiten entrever su relación de afinidad con el ensayo, que es lo que nos interesa resaltar en sus observaciones:

... Pero si pudo decirse del estilo de Mariátegui que estaba dirigido a un público básicamente americano, ¿por qué no pensar que es también el estilo de Gramsci el que le permitió alcanzar tamaña recepción y constancia? Tanto en uno como en otro nos sigue deslumbrando el carácter inacabado, abierto, problematizador de su escritura. Descubrimos en ella una pluralidad de sentidos que nos obliga a desandar el camino, a retornar a razonamientos que con cada nueva lectura, provocadas siempre por la irrupción violenta de una realidad mutante, aparecen

¹² José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Bs. As.: Puntosur, 1988, 29-30.

siempre con una tonalidad distinta. (...) Nada más significativo que la utilización permanente del potencial, todos esos “habría que retornar” con los que Gramsci se dice a sí mismo y advierte a sus desconocidos lectores sobre la provisoriedad del discurso frente a la complejidad de lo real... (Aricó 1988, 30)

En esta misma línea y volviendo al plan textual que sostiene la *dispositio* de 7e, cabe señalar que ese diseño pone de manifiesto una posibilidad formal potenciada por la flexibilidad inherente al discurso ensayístico, así como por su no linealidad y su ductilidad para aceptar interpolaciones, digresiones o interferencias, rasgos que han sido destacados en las últimas décadas por algunos antropólogos que cultivan asiduamente esa forma discursiva. Es el caso de Clifford Geertz, quien reivindica el ensayo como el tipo más apto para la exposición del conocimiento social y el análisis cultural, en la medida en que permite explorar en distintas direcciones y facilita la argumentación con estudios y teorías de otros que reclaman la recurrente referencia a ‘discursos ajenos’, tan común en los ensayos que aspiran, al menos, a acercarse a un discurso científico.¹³ Sobre este punto, creemos oportuno precisar que no consideramos inadecuado atribuir estas afirmaciones retrospectivamente a los 7e de JCM; por lo contrario, justificar el anacronismo de esa relación constituye una de las aspiraciones de nuestro trabajo.

Asimismo, la diversidad de campos involucrados y la disposición contigua y sucesiva de cada uno de los ensayos podría sugerir un estadio epistemológico de transición que insinúa la incipiente y progresiva compartimentación de los saberes, a cuyas últimas

¹³ Escribe Clifford Geertz, teorizando sobre la disciplina de su competencia:

... En lugar de seguir una curva ascendente de comprobaciones acumulativas, el análisis cultural se desarrolla según una secuencia discontinua pero coherente de despegues cada vez más audaces. Los estudios se realizan sobre otros estudios, pero no en el sentido de que reanudan una cuestión en el punto en el que otros la dejaron, sino en el sentido de que, con mejor información y conceptualización, los nuevos estudios se sumergen más profundamente en las mismas cuestiones. Todo análisis cultural serio parte de un nuevo comienzo y termina en el punto al que logra llegar antes de que se le agote su impulso intelectual. Se movilizan hechos anteriormente descubiertos, se usan conceptos anteriormente desarrollados, se someten a prueba hipótesis anteriormente formuladas (...) El nuevo estudio no se apoya masivamente sobre los anteriores a los que desafía, sino que se mueve paralelamente a ellos. Es esta razón, entre otras, la que hace del ensayo, ya de treinta páginas ya de trescientas páginas, el género natural para presentar interpretaciones culturales y las teorías en que ellas se apoyan....

(C. Geertz, “Descripción densa: una teoría interpretativa de la cultura”, *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa, 1990: 36. Tb.su *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona - Bs.As.: Paidós, 1994).

consecuencias asistimos en nuestros días. Sin embargo, como veremos más adelante, esta hipótesis debe ser compatibilizada con otra marca identificatoria de ese libro: la voluntad de establecer equivalencias, enlaces y analogías entre fenómenos y procesos que se registran en los distintos aspectos de la realidad peruana abordados en los sucesivos estudios que componen los *7e*, imbricados entre sí, a modo de un sistema de vasos comunicantes, desde la mirada unitiva del emisor. Así se entienden tanto la inclusión como epígrafe de un fragmento de Nietzsche, donde se reivindica la posibilidad de plasmar en forma de libro, sin una intención constructiva previa, deliberada y manifiesta, la libertad y espontaneidad del pensamiento, como las afirmaciones que leemos en la “Advertencia” que abre el libro: “... no es éste, pues, un libro orgánico”, “[M]i trabajo se desenvuelve según el querer de Nietzsche (...) espontánea e inadvertidamente...”, “Y si algún mérito espero y reclamo que me sea reconocido es el de -también conforme un principio de Nietzsche- meter toda mi sangre en mis ideas” (*7e*, 11).

Ahora bien, si retenemos la imagen espacial elegida por JCM para finalizar este prefacio: “...la entrada de mi libro...” (12), y parafraseando la disposición itinerante subrayada en el subtítulo del ensayo de Néstor García Canclini, *Culturas híbridas...*, podemos sostener que en los *7e* ‘se entra y se sale estratégicamente’ de la realidad peruana interpretada por JCM, por diferentes accesos, recorriendo distintos caminos, que conducen a zonas o núcleos raigales intercomunicados, hasta tal punto de que es imposible aislar uno de ellos, sin afectar los restantes, lo que nos autoriza a considerar el texto como un objeto armónicamente concebido y unitariamente pensado, con un estilo personal reconocible, pese a su génesis aparentemente inorgánica.¹⁴

Pero basta sólo una rápida mirada a lo que se expone en cada uno de los ensayos, para llegar a plantearnos cuál es el margen de espontaneidad que se reserva ese sujeto abocado a sintetizar y explicar, en un número limitado de páginas, procesos tan complejos

¹⁴ Es reveladora sobre este punto la respuesta de JCM a “¿Cómo escribe usted?”, una encuesta del semanario *Variedades*, de Lima, aparecida en la edición del 9 de enero de 1926, cuando JCM se encontraba aún convaleciente de la intervención quirúrgica en la que le amputaron una pierna:

... escribo siempre a última hora, cuando debo mandar mis cuartillas a la imprenta. Este hábito es sin duda *un residuo del diarismo*. (...)

Tengo tendencia al método. Me preocupa mucho el orden en la exposición. Me preocupa más todavía la expresión de las ideas y las cosas en fórmulas concisas y precisas. Detesto la ampulosidad... (“Reportajes y encuestas”, J. C. Mariátegui, *OC*, tomo 4: *La novela y la vida...* Lima: Amauta, 1987. 12ª ed., 144). La cursiva es nuestra.

como la evolución económica y social del Perú desde el Imperio incaico y la Colonia hasta la República, la cuestión agraria en relación con la organización preincaica de las comunidades indígenas andinas, las formas de religiosidad, el proceso de la instrucción pública y de la literatura peruana desde la colonia hasta las primeras décadas del XX, además de los consecuentes conflictos originados por el enquistamiento del colonialismo y de la ley del gamonal que dominaron los distintos modos de organización política y administrativa del Perú independiente.

A su vez, si convenimos en que el ensayo asume la individualidad del hablante en un estilo singular, portador de un punto de vida personal y de un proyecto discursivo y una visión del mundo que le son propios, notaremos la emergencia de la subjetividad del emisor -en los *7e* emerge esporádicamente y con diferentes funciones, pero siempre legitimando las aserciones, juicios y proposiciones en su carácter de “sujeto ideológico” (Mignolo 1984, 215) y, por tanto, portavoz de la peruanidad que aspira a consolidar como programa de la ‘nueva generación’ peruana que JCM propicia, bajo la consigna “peruanicemos el Perú”, traída de México por el periodista peruano, Gastón Roger (Ezequiel Balarezo Pinillos).¹⁵

Como en el *Facundo*, aquí también la reflexión sobre la realidad continental y regional se perfila a partir del mapa de una nación en ciernes, todavía por construirse – “la unidad peruana está por hacer” (*7e*, 206)-, y en esto puede trazarse una línea de continuidad con el ensayo de Sarmiento, con el que *7e* entra en diálogo en forma explícita, como lo apuntamos en la introducción de esta segunda parte de nuestro estudio. En rigor, corresponde hablar en este caso de un ‘pseudodiálogo’ textual entre ambos autores, ya que la relación se origina en la directa y explícita declaración unilateral de Mariátegui sobre Sarmiento en la “Advertencia” de *7e* y sería imposible encontrar una valoración precedente del argentino, dado que no fueron coetáneos. Retomemos nuevamente esa alusión:

... Toda esta labor no es sino una contribución a la crítica socialista de los problemas y la historia del Perú. No faltan quienes me suponen un europeizante,

¹⁵ Esa misma consigna daba el título a la sección que tenía a cargo JCM en la revista peruana *Mundial*.

ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme, contra esta barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento, que es uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino... (7e, 12)

La importancia y densidad de este fragmento no se agota en la mera remisión intertextual sobre la que ya hemos llamado la atención. Nos interesa hacer notar que se plantea aquí, bajo una forma paradójica, tal vez uno de los nudos más significativos de las formaciones culturales latinoamericanas, frecuentemente formulado en términos dilemáticos y propuesto por JCM inicialmente como un reto o una provocación, considerando el desplazamiento desde la región rioplatense o del Cono sur hacia la realidad muy diferente de la región andina, concretamente la del Perú como nación en formación. Sin menoscabo de ello, la cita nos introduce en otras cuestiones a las que nos abocaremos a continuación.

Hay que señalar que la función tutelar que se le asigna a Sarmiento en esa referencia, ya se anticipa en un primer indicio que aparece en el epígrafe del libro, tomado de la obra de Nietzsche, *Der Wanderer und sein Schatten* (*El caminante y su sombra*), donde se introduce sugestivamente una reflexión del filósofo acerca de la condición que deben cumplir los 'modelos' que Nietzsche evoca bajo la figura de la sombra en el contexto más amplio de la fuente citada: el pasaje que antecede la "Advertencia..." nos induce a pensar que no fue casual ni aleatorio que Mariátegui hubiera invocado a la figura fantasmal de Sarmiento en las páginas iniciales de 7e. En un gesto doble, revela a la vez su admiración por el ilustre argentino, a quien le otorga un lugar privilegiado en el panteón de héroes modernos, y su entusiasmo por la Argentina liberal, al mostrarse indudablemente encandilado por la fama de ese país y los logros de su proceso de desarrollo, sin advertir quizás por ello sus profundas contradicciones. Por tanto es de notar como una señal significativa, desde la entrada misma del libro, la declaración de cierta afinidad entre dos temperamentos y dos modos

diferentes de plantear una política y una estética de la escritura.¹⁶

Inscritos de algún modo en la tradición indagatoria inaugurada por las crónicas de Indias y deudores de la fuerte impronta ensayística que asumió la escritura latinoamericana en el contexto de la vida independiente de nuestras naciones, los dos textos nos permiten poner en suspenso provisoriamente los horizontes ideológicos en los que se inscriben, para ahondar en las crispaciones del diálogo de las tradiciones contrastantes que en ellos se ponen en juego. Por encima de las diferencias ideológicas y formales que separan y enfrentan sus respectivos programas y sus prácticas escriturarias, culturales y políticas, y aún admitiendo notorias diferencias entre los contextos históricos, geográficos y culturales en los que cada uno intervino, sus autores -cada cual a su modo- irrigaron fecundamente el paisaje intelectual latinoamericano de la segunda mitad del siglo XIX y de las primeras décadas del XX hasta nuestros días, retomando y renovando tradiciones intelectuales ya consolidadas o por consolidarse. Si Sarmiento apeló al horizonte ideológico de la ilustración y del liberalismo europeo y americano decimonónico para sentar las bases de la nación argentina y delinear un territorio en términos no sólo políticos sino culturales, por su parte el Amauta recurrió explícitamente al utillaje mental del materialismo histórico para ensayar siete interpretaciones en clave marxista de diferentes aspectos de la nación peruana en formación, no sin recurrir a conceptos liberales no exentos de cierto racismo, como señalaremos más adelante.¹⁷

Por cierto, no ignoramos la dificultad planteada por la equiparación o el apareo de estos dos “héroes culturales” que componen lo que Elizabeth Garrels describió como

¹⁶ El fragmento que sirve de epígrafe a los 7e, citado por Mariátegui en alemán, es el siguiente: “*Ich will keinen Autor mehr lesen, dem man anmerkt, er wollte ein Buch machen; sondern nur jene, deren, Gedanken unversehens ein Buch werden.*” (7e, 9) (“Ya no quiero leer a ningún autor en el que se advierta su intención de hacer un libro, sino sólo a aquellos cuyos pensamientos se conviertan espontáneamente en un libro.”) La traducción es nuestra.

¹⁷ Al respecto, es interesante el estudio de Elizabeth Garrels, que reclama la necesidad de un análisis dialéctico e histórico sobre JCM y se dedica a deslindar su doble herencia: la primera parte está dedicada a definir una zona en la que utiliza criterios liberales y racistas, ajenos al marxismo y ligados a su sistema eurocéntrico de valores, y la segunda se ocupa de restituirlo al propio contexto histórico en el que surge, proponiendo algunas hipótesis sobre “la circunstancia de conocimiento” que caracterizó su medio intelectual. Garrels denomina a este fenómeno bipolar: “un caso de lentes ajenos” y elabora así una nueva y provocadora lectura de JCM. Cfr. E. Garrels, *Mariátegui y la Argentina: un caso de lentes ajenos*. Gaithersburg: Ediciones Hispamérica, 1982.

un mito, un “matrimonio de conveniencia” (Garrels 1982, 46), lo que equivale a descalificarlo como un binomio imposible. Tampoco soslayamos la inevitable estilización y cristalización de sus figuras, como resultado de la consabida atribución de rasgos que estas operaciones activan con la idealización de sus biografías y la sacralización de su legado. En cuanto a sus diferencias, nadie discute que los enfrenta, sobre todo, la postura que cada uno sostuvo frente a la cuestión del “indio” o (dejando el léxico utilizado tanto por Sarmiento como por Mariátegui, para evitar la connotación desvalorizante que aún hoy conserva aquel término) el problema del *nativo autóctono* de estas tierras, cuyos ancestros ya las habían habitado desde tiempos inmemoriales, mucho antes de la conquista y de la imposición del poder colonial. El antiindigenismo de Sarmiento, confesado y nunca disimulado ni negado por el propio autor, y su acérrimo racismo renovado en sus últimos años en las afirmaciones más xenófobas de su “Facundo de la vejez”, *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), difícilmente concilian con la tenaz voluntad del peruano de incluir al “indio” en su proyecto modernizador. Como lo señala Françoise Pérus, Sarmiento fue en esta cuestión lo que Mariátegui caracterizó como un “zootécnico” (7e, 343), por su ostensivo desprecio programático hacia el indio, su fe ciega en la superioridad de la raza blanca y su férrea convicción acerca de la existencia de razas inferiores.¹⁸

Lo que en realidad debería sorprender no es precisamente ese ideario ampliamente compartido, sobre todo en la porción más austral del continente, durante la época en la que vivió Sarmiento, sino la total ausencia de referencias al racismo del argentino que se advierte en toda la obra de Mariátegui,¹⁹ aunque conviene tener en cuenta que, a comienzos del XX, incluso en Latinoamérica, el racismo todavía formaba parte del *air du temps*, por cuanto pervivían rastros del darwinismo social en la escena intelectual dominada por el positivismo y en ese entonces disputada por vitalistas, pragmáticos e inclusive por el marxismo llamado a socavar los cimientos del racionalismo burgués. Sin

¹⁸ Françoise Pérus, “Heterogeneidad cultural e historia en los *Siete ensayos* de José Carlos Mariátegui (de Sarmiento a Mariátegui)”, Liliana Irene Weinberg y Ricardo Melgar Bao (eds.), *Mariátegui entre la memoria y el futuro de América Latina*. México: UNAM - Cuadernos de Cuadernos 10, 2000: 17-30.

¹⁹ Es preciso aclarar que cuando JCM menciona a Sarmiento se refiere, al parecer, al ‘primer Sarmiento’, todavía más europeísta que admirador de los Estados Unidos.

embargo, es difícil imaginar que Mariátegui pudiera haber ignorado el antiindigenismo de Sarmiento, dado que los más conocidos textos de este autor se difundieron por todo el continente americano desde fines del XIX y, además, los escritores de la época a menudo citaban pasajes de las obras sarmientinas (tal es el caso del positivista peruano Javier Prado y Ugarteche, a quien Mariátegui leía). Es más probable tal vez que el Amauta disculpara el racismo de quien se había ganado su respeto y admiración por otras tantas buenas razones. Por otra parte, como lo ha estudiado en profundidad Nelson Manrique,²⁰ especialmente en el escrito de Mariátegui titulado “El problema de las razas en América” (1929), la perspectiva mariateguiana respecto de esta cuestión adoleció de serias inconsistencias, como lo ilustran la tendencia a adoptar un léxico positivista –la “sangre tropical y caliente” del negro peruano (7e, 334), por ejemplo-, la estimación de los incas y aztecas por su capacidad superior a la de los otros grupos étnicos aborígenes, la marcada indefinición en sus enunciados sobre cuestiones raciales, la creencia en la inferioridad no de algunas razas sino de la cultura, entre otros.

Resumiendo, en textualidades densas de significados (LaCapra 1982) y con los matices y salvedades ya señalados que apuntan a evitar los riesgos y las arbitrariedades de ligeros esquematismos, estos dos autores inauguran y representan dos corrientes –en muchos puntos-opuestas, de larga y reconocida trayectoria en nuestra historia cultural: antiindigenismo vs. indigenismo, colonialismo vs. anticolonialismo, homogeneización cultural vs. respeto y reivindicación de las diferencias, denuesto y defensa del mestizaje, entre otras (249).

No obstante, en ambos casos, como lo hemos visto, los dos libros fueron en su momento la resultante de un proceso de escritura que no se anunciaba definitivo ni acabado, sino que, por el contrario, se había sido concretado “espontánea e inadvertidamente”, bajo las órdenes de un “imperioso mandato vital” (7e, 11), o –en el del *Facundo*- “a prisa, lejos del teatro de los acontecimientos”, “fruto de la inspiración del momento” (F, 23) y de la necesidad de “hacinar sobre el papel” sus ideas, obedeciendo a un “interés del momento, premioso y urgente” que lo obligó a “trazar

²⁰ N. Manrique, “Mariátegui y el problema de las razas”, L. Weinberg y R. Melgar Bao (eds.) 2000: 281-303.

rápidamente un cuadro que había creído poder presentar algún día” en forma más acabada” (F, 5). En 7e también reconocemos la misma promesa de retomar más adelante el curso de su investigación para convertir cada ensayo en “un libro autónomo” (7e, 12), la misma idea de lo provisorio e incompleto -meros ensayos, bocetos o esquemas nunca definitivos ni cerrados y siempre sujetos a adiciones y modificaciones- que debe ser expandido o repensado con un instrumental teórico apropiado, en una instancia superadora posterior. Sin embargo, diferentes motivos en cada caso impidieron alcanzar la tan anunciada concreción: si la muerte lo sorprendió dos años después a Mariátegui, a los treinta y seis años, en la etapa de madurez de su producción, en Sarmiento una atávica obstinación, quizá no del todo deliberada, obturó la posibilidad de otorgarle mayor sistematización y contextura científica a su *Facundo*.

La forja de los 7e: la escena europea

Si para Sarmiento la experiencia del hostigamiento al que se vio sometido por el aparato represivo rosista y su consecuente exilio chileno condicionaron la escritura del *Facundo*, y para Martí la participación en el Congreso Internacional Panamericano de Washington y su residencia en los Estados Unidos actuaron como instancias decisivas a la hora de imaginar y pensar “Nuestra América”, para JCM el viaje que realizó a Europa con César Falcón, entre 1919 y 1923, enviado por el gobierno de Leguía en una “deportación disimulada, alejamiento necesario para el régimen en que se iniciaba”, cumplió el mismo propósito en relación con el volumen que nos ocupa.²¹ Allí recorrió

²¹ María Wiese, “José Carlos Mariátegui. Etapas de su vida”, J. C. Mariátegui, *Ediciones populares de las OC*, tomo 10. Lima: Amauta 1986. 11ª edic, 24. Explica la biógrafa que el nuevo presidente del Perú, Augusto B. Leguía, para perpetuarse en el poder, como en efecto lo hizo durante once años, procedía cautelosamente sacando de la escena política peruana a quienes consideraba peligrosos para su gobierno. Para ello utilizó el método de la deportación, ofreciendo al deportado una pensión para subsistir en el destierro. Es probable que en JCM, Leguía entrevistara una fuerza que habría de oponérsele y un posible renovador del Perú por sus doctrinas e ideas; seguramente por ello le ofreció costearle un viaje a Europa (que JCM no hubiera podido afrontar económicamente), tras suspender la publicación del diario *La Razón*, donde militaba junto a Falcón. El periódico, de orientación izquierdista, publicado desde 1919 por ambos y Humberto del Águila, había comenzado a alarmar el ambiente con su campaña de reforma de la Universidad de San Marcos y sus artículos en apoyo a obreros y estudiantes que la impulsaban. Mariátegui aceptó la

varios países, sobre todo Francia, Italia, Alemania, y se compenetró enteramente en el drama europeo y en él descubrió el de su propio país y el del continente.

La experiencia europea de JCM subrayó su conciencia de americanidad y de peruanidad. Sobre esa instancia decisiva en la biografía del Amauta, acierta Richard Morse cuando sostiene, en coincidencia con otros autores, que

... [E]l secreto de la penetración intelectual de Mariátegui está en sus tres años y medio de residencia en Europa, específicamente en Italia (...). Al llegar a Europa la teoría marxista era para él algo “confusa, pesada y fría”; sólo en Italia, según confesó, había llegado a “ver su verdadera luz y tener la revelación”. Ahora

oferta de Leguía y, en octubre de 1919, se embarcó hacia Europa.

Lejos de representar una claudicación de sus ideas, como muchos pensaron cuando lo criticaban con dureza, JCM necesitaba ir a Europa -según Wiesse- “a reafirmar su cultura, a conocer el movimiento socialista del Viejo Continente, a beber en las fuentes de las antiguas civilizaciones el agua pura del arte...” (23). En Europa vivió cuatro años fecundos, estudiando, observando y acercándose a los más interesantes personajes y aspectos de la posguerra. Llegado a París, permaneció unas semanas en la capital francesa, antes de salir a comienzos del año siguiente para Italia. En la capital francesa vivió en el barrio de las artistas, se contactó con Henri Barbusse, asistió a las sesiones de la cámara de los Diputados, visitó museos y concurrió a conciertos y teatros. Residió en Italia durante dos años y medio hasta junio de 1922. Allí desposó “una mujer y algunas ideas” -como él mismo le escribió en una carta a Samuel Glusberg-, asistió a conferencias donde se discutían las grandes cuestiones mundiales y recorrió luego Alemania, donde se cantaba la “Internacional” en teatros y cafés y los retratos de Marx y Engels estaban en clubs y centros obreros. Luego pasó por Austria, Hungría, Checoslovaquia, Bélgica y, por segunda vez, permaneció algún tiempo en Francia, antes de su regreso definitivo al Perú en marzo de 1923. Hay consenso entre los mariáteguistas en considerar esa estadía en el viejo continente como el punto de partida de su formación política e ideológica, aunque -como afirma él mismo en la misma carta a Glusberg- su compromiso socialista es ligeramente anterior:

... Desde 1918, nauseado de política criolla, -como diarista y durante algún tiempo redactor político y parlamentario conocí por dentro los partidos y vi en zapatillas a los estadistas- me orienté resueltamente hacia el socialismo, rompiendo con mis primeros tanteos de literato inficionado de decadentismos y bizantinismos finiseculares, en pleno apogeo todavía...

Cfr. J. C. Mariátegui, “Carta a Samuel Glusberg” (10 de enero de 1928), *Correspondencia (1915-1930)*, tomo II. Lima: Editorial Amauta, 1984, 331.

En 1929, en un comentario a un libro de su amigo César Falcón, su compañero en el viaje europeo, confesó que esa experiencia les había abierto los ojos, haciéndoles ver con una luz nueva su propia realidad:

...Habíamos pasado juntos algunos densos y estremecidos días de historia europea: los de la ocupación del Ruhr. La cita para esta última jornada común nos había reunido en Colonia. La atracción del drama renano, esa atracción del drama, de la aventura a la que ni él ni yo hemos sabido nunca resistir, nos llevó a Essen, donde la huelga ferroviaria nos tuvo bloqueados algunos días. Nos habíamos entregado sin reservas, hasta la última célula, con un ansia subconsciente de evasión, a Europa, a su existencia, a su tragedia. Y descubríamos, al final, sobre todo, nuestra propia tragedia, la del Perú, la de Hispanoamérica. El itinerario de Europa había sido para nosotros el del mejor, y más tremendo, descubrimiento de América...

(J. C. Mariátegui, “‘El pueblo sin Dios’ por César Falcón” (*Mundial*, Lima, 8.II.1929), *OC*, tomo 11: *Peruanicemos al Perú*. Lima: Empresa Editora Amauta, 1985. 9ª edición, 201-202).

estaba estratégicamente ubicado para interpretar los cataclismos sociales de la Europa de posguerra, oriental y occidental, para obtener información de primera mano sobre el gran experimento ruso y para observar la forja y la prueba de ideologías en el crisol de la acción...²²

De vuelta al Perú en 1923 y hasta el final de su vida, en 1930, JCM publicó en varias revistas numerosos artículos, varios de los cuales fueron recogidos en libros como *La escena contemporánea* y *7e*, donde dio forma a lo que él mismo denominó, en un editorial de la revista *Amauta* de 1928, “el socialismo indo-americano”. En general, si observamos los nuevos objetos de la reflexión mariateguiana que van cobrando volumen en los años posteriores a su estadía europea -la reinención del subcontinente como Indoamérica, un nuevo proyecto político del socialismo indoamericano, el nuevo regionalismo, el nuevo Perú, verdadero, esencial, raigal, como nacionalidad en formación, la cuestión indígena planteada como problema de la tierra, para nombrar sólo algunos-, identificamos en su tratamiento en los *7e*, la acción de ciertos elementos interpretantes y criterios de codificación del proceso creativo de reterritorialización al que ellos son sometidos, instrumentos que median en el sondeo mariateguiano de la realidad peruana. Nos referimos en particular a la concepción soreliana del mito de la revolución, el contacto con grupos socialistas y marxistas en Francia e Italia y la reformulación del marxismo en términos peruanos, el encuentro con un movimiento obrero organizado fuerte en Italia, la visión del *Risorgimento* italiano del turinés Piero Gobetti, entre otras vivencias y teorías recogidas durante su estancia en Europa.

Efectivamente, JCM nunca perdió de vista que sin el descubrimiento del socialismo y del marxismo europeos jamás hubiera podido proveerse de ese utillaje conceptual y metodológico apropiado para interpretar la realidad peruana y, por extensión, indo-americana. Por esta razón, incluso contrariamente a algunos indigenistas radicales peruanos, militantes acérrimos de la causa indígena, como Luis E. Valcárcel, por ejemplo, nunca se sumó al rechazo de la civilización occidental sino, al revés, tendió siempre a determinar y valorar los aportes reales de ésta a América Latina:

²² Richard M. Morse, *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*. México: Siglo XXI, 1987, 136-137.

... Hago a mi modo la defensa de Occidente: denunciando el empeño conservador de identificar la civilización occidental con el capitalismo y reducir la revolución rusa, engendrada por el marxismo, esto es el pensamiento y la experiencia de Europa, a un fenómeno de barbarie oriental... (“Carta a Samuel Glusberg”, 331)

Y cuando JCM se refirió a Occidente como “una civilización en decadencia” donde afloraba “un sentimiento desencantado de la vida”,²³ como aclara Roland Forgues,

... es menos por lo visto, de una degeneración de los fundamentos y valores de dicha civilización, al estilo de Bizancio o de la antigua Roma por ejemplo, de la cual quiere hablar que del surgimiento de ciertas formas perversas de evolución constituidas por el capitalismo y su estadio supremo que es el imperialismo...²⁴

Retomando la génesis del libro que -tal como lo declaraba el autor en la “Advertencia”- reunía algunos ensayos armados a partir de materiales ya publicados previamente en las revistas peruanas *Mundial*, *Variedades* y en la que él mismo fundó en setiembre de 1926, *Amauta* -escritos todos durante su estadía europea, con la promesa de volver sobre ellos, cuando se lo demandara el curso de su investigación y su polémica (7e, 12)²⁵-, la historia editorial del volumen confirma la conciencia de la

²³ Extraído de un artículo cuyo título reproduce la fórmula de José Vasconcelos que, para JCM, no solamente definía “el sentimiento de la nueva generación ibero-americana frente a la crisis contemporánea”, sino que también correspondía absolutamente “a la mentalidad y a la sensibilidad de una época en la cual (...) millones de hombres trabajan con un ardimiento místico y una pasión religiosa, por crear un mundo nuevo.” J. C. Mariátegui, “Pesimismo de la realidad y optimismo del ideal” (agosto de 1925), *OC*, tomo 3: *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*. Lima: Amauta, 1985. 9ª edición, 34-36.

²⁴ Roland Forgues, “Mariátegui, lazo de unión entre América y Europa”, R. Forgues (compil.), *Encuentro Internacional “José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento”*. Lima: Amauta, 1993: 75.

²⁵ Solamente en el último ensayo de 7e, “El proceso de la literatura”, después del filtro de una selección previa, se ‘ensamblaron’ (es el término utilizado por JCM) treinta y un artículos sobre la literatura del Perú, publicados por entregas, en la revista *Mundial*, de Lima, entre el 9 de diciembre de 1924 y el 14 de setiembre de 1928. Cfr. Mirla Alcibíades, “Una ‘tabla de valores’: Pedro Henríquez Ureña en “El proceso de la literatura” de José Carlos Mariátegui”, Javier Lasarte V. (coord.), *Territorios intelectuales. Pensamiento y Cultura en América Latina*. Caracas: Editorial La Nave Va, 2001: 305.

apertura de cada uno de los ensayos, a la que alude la cita del primer epígrafe, y acentúa la condición provisional de *work in progress* de *7e* desde instancias textuales que, oficiando de ‘borradores’ (*drafts*), surgen del *humus* inspirador de la escena europea.²⁶ En efecto, el libro apareció en los primeros días de octubre de 1928, después de haberse publicado su anuncio en el número 17 de *Amauta* (septiembre de 1928), y se vinculó estrechamente con el propósito confesado por JCM en 1925, de llevar adelante no sólo la conquista del poder sino “la conquista del pensamiento”, en el convencimiento de que “[L]a idea revolucionaria tiene que desalojar a la idea conservadora no sólo de las instituciones sino también de la mentalidad y del espíritu de la humanidad”.²⁷

Por otro lado, si nos detenemos en el *incipit* de *7e*, encontramos otro rasgo compartido con el *Facundo*: ambos textos se sitúan desde sus respectivos comienzos en el linde de tensiones, cruces y negociaciones entre dos espacios culturales -europeo y latino(/hispano/indo)americano-, pensados o deseados como occidentales. En virtud de un constante deslizamiento de perspectiva en sus respectivos lugares de enunciación, en los dos textos se traza una frontera que opera como lugar de fundación de identidades, donde elementos heterogéneos cohabitan a menudo conflictivamente. El mismo gesto, con modulaciones y énfasis diferentes en cada texto y desde programas políticos divergentes, alienta las remisiones intertextuales que marcan idas y vueltas e instalan mediaciones y filtros textuales. Precisamente ese *modus operandi* es el que anima las traducciones, comparaciones y confrontaciones en ambos textos, así como las antítesis, los binarismos y las interpretaciones -por analogía o por contraste- de una realidad a la luz de la otra, que reconocemos en ellos.

²⁶ A menudo el ensayo se origina en notas en los márgenes de otros textos, por lo cual el género se convierte en lo que es mediante la adición y el suplemento, expandiéndose sobre sus márgenes, de modo que el estatuto completo que adquiere depende de una creciente ‘marginalidad’ y de un descentramiento tipográficamente visible. Si tomamos los artículos previos como “borradores”, vale decir, ‘residuos’ en tanto diferentes versiones del texto fuera de la racionalidad cronológica del antes y del después, de la causa y del efecto. En tanto fragmentos cada ensayos operan a la vez como totalidades autónomas, microcosmos y *analogon* (cfr. C. de Obaldía, 27). En relación con este aspecto del género, Graham Good sostiene que el ensayo es una suerte de medio que liga formas establecidas de la sentencia y la cita por un lado, con el “libro” por otro, entre el intento trivial y la anticipación de su uso genérico. Cfr. G. Good, *The Observing Self*.. 1988, 28.

²⁷ J.C. Mariátegui, *La escena contemporánea, Obras completas*, tomo 1. 14^o edic. popular. Lima: Empresa Editora Amauta, 1987, 156.

El ensayista como intérprete y traductor

Al mismo tiempo, la experiencia europea le dio a JCM la oportunidad de elevarse por encima de la 'falsa disyuntiva' entre soluciones importadas y autóctonas para los problemas de "Indoamérica" -como él mismo rebautizó el subcontinente-, para afirmar que, a pesar de todos los componentes y configuraciones peculiares de su historia, su única salvación estaba en el pensamiento y en la ciencia europeos. En palabras de Estuardo Núñez, sólo en Europa llegó a sentirse *americano*.²⁸ Ese mismo sentir se corrobora en una confesión del autor incluida en *El alma matinal*:

... Por los caminos de Europa, encontré el país de América que yo había dejado y en el que había vivido casi extraño y ausente. Europa me reveló hasta qué punto pertenecía yo a un mundo primitivo y caótico; y al mismo tiempo me impulsó, me esclareció el deber de una tarea americana...²⁹

Desde esta premisa, debe evaluarse la "interpretación"³⁰ que intenta ofrecer JCM en *7e*, y las operaciones involucradas en ese proceso. Así, por ejemplo, la noción de "socialismo indo-americano" se tradujo en un nuevo acercamiento a la realidad peruana a la luz de herramientas conceptuales y metodológicas del socialismo marxista, reelaboradas en función de los imperativos que implicaba el estudio de una sociedad radicalmente distinta, una sociedad en la cual, pese a la dolorosa prueba de la conquista y de la colonización hispánicas, prolongada durante la política criolla republicana, persistían -como supo reconocerlo el Amauta- elementos de un *socialismo práctico*, provenientes de las costumbres comunitarias andinas del antiguo *ayllu*.

Entre las operaciones comprometidas en *7e*, advertimos un mecanismo sucesivo de traducción ejercido por el sujeto del discurrir ensayístico que equipara e interconecta los distintos órdenes analizados en los siete "estudios", en torno a una misma idea y un mismo esquema histórico: la continuidad del coloniaje y sus secuelas -la feudalidad y el

²⁸Estuardo Núñez, *La experiencia europea de José Carlos Mariátegui y otros ensayos*. Lima: Amauta, 1978.

²⁹J. C. Mariátegui, *El alma matinal...*, 192.

³⁰ En parte, puede entenderse "interpretación" en *7e*, en el sentido de 'traductor' de una tradición cultural, que le da Zygmunt Bauman en *Legisladores e intérpretes...*, 14, 203-204.

gamonalismo- durante la República, que es señalada en las diferentes esferas de la vida social y cultural -económica, administrativa, educativa, religiosa, literaria y artística, así como en la cuestión agraria y en el problema del “indio”.³¹ Además, los espacios en los que se concentra la reflexión -la costa y la sierra- se encuentran inmersos en temporalidades históricas diferenciadas y superpuestas -la de la *aldea* prehispánica y la del *feudo* colonial-, en realidades que perviven y aparecen igualmente implicadas a la hora de configurar un espacio nacional o regional, tales como las “de ‘comunidad’ y latifundio” (7e, 65).³² Esos tiempos se articulan, a su vez, a partir de comparaciones con otros períodos históricos (Medioevo, etapa prerrevolucionaria, comienzos de la modernidad y época revolucionaria, etc.) y con otros espacios, incluso de latitudes muy distintas. Por otra parte, las teorías sociales subyacentes en esos planteos introducen relaciones que desbordan los límites territoriales e históricos del Perú y establecen cotejos con el Oriente -India y China, en particular-, con Rusia y los países antibolcheviques de la Europa Central y Oriental, además de las naciones de la Europa Occidental, llegando incluso a marcar contrastes y comparaciones -las más de las veces desvalorizantes- entre el Perú y otras zonas de nuestro subcontinente (7e, 66).

También aquí reencontramos la misma operatoria de los otros ensayos analizados, que vincula el saber letrado, racional, con el saber emanado de la experiencia vital, de la política y del presente histórico. En 7e la idea reiteradamente desarrollada del “comunismo andino”, “comunismo inkaico” (7e, 54), entabla vínculos entre el comunismo occidental y el “comunismo agrario del *ayllu*” (7e, 63), entre el indio del altiplano peruano y el *mujik* de las estepas rusas, entre la literatura indigenista y la literatura ‘mujikista’ del período pre-revolucionario ruso (7e, 48).

Es evidente que la subjetividad, cuando irrumpe en forma manifiesta -bajo la marca de la primera persona gramatical en singular o en plural, o en cláusulas parentéticas

³¹ Transcribimos algunas citas que ilustran la insistente recurrencia a ese argumento en diferentes órdenes de la realidad: “La supervivencia de la feudalidad en la Costa, se traduce en la languidez y pobreza de su vida urbana” (7e, 30); la cuestión indígena no podrá ser resuelta, “mientras subsista la feudalidad de los ‘gamonales’” (7e, 35); “[E]n la historia de nuestra literatura, la Colonia termina ahora (...). El ‘indigenismo’ (...) está extirpando, poco a poco, desde sus raíces, al ‘colonialismo’” (7e, 350).

³² Leemos en 7e: “Bajo el régimen de economía feudal nacido de la Conquista subsisten en la sierra algunos residuos vivos todavía de la economía comunista indígena. En la costa, sobre un suelo feudal, crece una economía burguesa que (...) da la impresión de una economía retardada” (7e, 28).

como "a mi juicio" (7e, 23), "me parece" (7e, 28), se muestra contenida en su afán por sostener un despliegue argumentativo sólido e irrefutable. Precisamente éste es uno de los tantos aportes que se le reconocen a JCM: el de haber contribuido a crear una prosa científica latinoamericana³³. En 7e, la interpretación se somete a un manejo controlado de los resultados de investigaciones empíricas que aportan datos, fechas, cifras y porcentajes extraídos de informes estadísticos, censos y bibliografía especializada en cada uno de los aspectos estudiados. Con un lenguaje conciso, escueto, medido, donde se impone la idea, en un claro afán de huir del retoricismo verbalista de la prosa tropicalista, el discurso mariáteguiano oscila y se polariza, por momentos, entre dos límites extremos, si no contradictorios: desde la evidencia del dato tomado de la realidad o de la cita del especialista, hacia la impresión, el juicio valorativo, la visión de realidades ocultas y profundas, el mito en un sentido positivo heredado de Georges Sorel.

Nos interesa observar cómo se desplaza el enunciador desde un lugar donde asume la óptica de un observador especialista al hacer sus revisiones sumarias, transitando de una perspectiva a otra (7e, 21), hasta aparecer como el mediador que regula y dirige la pluralidad de 'voces ajenas' ('discursos-otros') que pueblan el texto y arbitra la intervención de los diferentes saberes y discursos a los que se apela para argumentar, autorizar y sostener las aseveraciones. JCM se preocupa más de una vez en los 7e de deslindar competencias y tomar distancia del rol de especialista que le es ajeno. Así lo declara en el cuarto ensayo:

... En el discurso de este estudio no me he propuesto esclarecer sino los fundamentales lineamientos ideológicos y políticos del proceso de la instrucción pública en el Perú. He prescindido de su aspecto técnico que, además de no ser de mi competencia, se encuentra subordinado a principios teóricos y a necesidades políticas y económicas... (7e, 159)

Y escribió en el "Balance provisorio" al final de la última parte del libro:

³³ Cfr. David William Foster, "Procesos metadiscursivos en "El proceso de la literatura" de Mariátegui (*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*)", *Para una lectura semiótica del ensayo latinoamericano*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1983.

... No he tenido en esta sumarisima revisión de valores-signos el propósito de hacer historia ni crónica. No he tenido siquiera el propósito de hacer crítica, dentro del concepto que limita la crítica al campo de la técnica literaria. Me he propuesto esbozar los lineamientos o los rasgos esenciales de nuestra literatura. He realizado un ensayo de interpretación de su espíritu... (7e, 348)

Las fuentes de información y argumentación utilizadas a lo largo de todo el texto remiten a los campos disciplinarios más diversos, tal como surge de la perspectiva móvil de la mirada y admite materiales tan disímiles como ideas y creencias del hombre común que conforman los imaginarios sociales, conversaciones recogidas en su experiencia cotidiana e información tomada de la lectura del periódico y, al mismo tiempo, una cantidad enorme de citas, referencias y menciones de una lista de autores que nos es imposible sintetizar y resulta por demás sorprendente, si tenemos en cuenta la época y el lugar de enunciación. Esto nos lleva a pensar en la condición singular de JCM, a quien Antonio Melis ha calificado, con justicia, como “el primer marxista de América” y “tal vez el mayor intelectual latinoamericano de nuestro siglo...”³⁴

Podemos advertir también en este punto una diferencia muy notoria en el tratamiento de los aspectos que no son del dominio específico de JCM: en los seis primeros ensayos, abundan las citas, referencias, glosas o menciones de otros autores y fuentes de autorización del discurso, en tanto que en el último enjuicia la literatura peruana hasta el período contemporáneo del autor, con un fuerte predominio de modalidades valorativas, que revelan el gusto, las inclinaciones y la subjetividad del emisor, donde se amengua la cita de autoridad, aunque se incorporan breves fragmentos de textos de autores que se pretende difundir y popularizar, y por otra parte, se insiste en la contrargumentación por la vía del contraste contrapuntístico de juicios y opiniones opuestas.

Si retomamos la imagen del sujeto de la enunciación como ‘traductor’, podremos

³⁴ A.Melis, “Mariátegui, el primer marxista de América”, J. Aricó (sel.y pról.), *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México: Cuadernos de Pasado y Presente 60, 1980. 2ª edición corregida y aumentada: 201.

reparar en cómo lleva a cabo la mediación en el proceso de producción de sentido que observamos en *7e*, desde su condición de sujeto de la ‘peruanidad’, en una época coyuntural y de transición de la historia de ese país. El sujeto enunciador actúa – insistimos- a modo de regulador de la interacción semiótica, enlazando diferentes esferas de lo real: descubriendo secretas analogías, desentrañando una enmarañada red de vinculaciones ocultas a simple vista, tratando de ‘develar’ y ‘esclarecer’ la realidad que, desde otros estudios y análisis, aparecía ‘escamoteada’ o ‘deformada’. Las reiteraciones o *ideas-fuerza* que se ofrecen, como *leit-motiv*, desde una mirada totalizadora, marcan en forma enfática fenómenos que se registran ineludiblemente en los distintos aspectos de la realidad analizada en los siete ensayos que componen el libro: la coincidente división en períodos, la presencia del dualismo y el conflicto en el Perú -la costa y la sierra-, la necesidad de un nuevo *elan vital*, la denuncia del colonialismo y las rémoras feudales subsistentes durante la República, la preeminencia del factor económico-social como fundamento de todos los otros órdenes, la propuesta socialista como solución portadora de un nuevo planteo que recorta nuevos objetos como el comunismo indígena, el nuevo regionalismo, el indigenismo, el hombre nuevo, el Perú auténtico, el mito de la revolución socialista.

Pero cabe preguntarse cómo es posible autorizar en forma consistente y persuasiva enunciados y razonamientos que provienen de saberes y disciplinas tan diversos, como la economía, la incipiente antropología, la pedagogía, la historia, la sociología, la política, la filosofía, la literatura y la crítica literaria, entre otros. Estos conocimientos y aserciones aparecen mediatizados por alusiones, citas textuales o menciones de especialistas, a quienes se remite para legitimar lo específico de cada planteo. Distintos tipos de procedimientos revelan esa oculta simbiosis entre lo general y lo específico, y articulan discursivamente esos enlaces: por un lado, las fórmulas esquemáticas que recorren el texto planteando equivalencias entre las diferentes esferas -nos referimos a enunciados tales como: “la solución del problema del indio tiene que ser una solución social” (*7e*, 49), la declarada solidaridad entre el “problema del indio” y el “problema de la tierra” (*7e*, 50), “el problema de la enseñanza (...) considerado como un problema económico y (...) social”, “el mestizaje (...) analizado (...) como cuestión sociológica” (*7e*, 343), por otra parte, el insistente señalamiento de algunos fenómenos que se perciben y registran como

ineludibles en los distintos aspectos de la realidad analizada, la necesidad de un nuevo espíritu y de una savia nueva, de un Perú auténtico, entre otros. La misma función es cumplida por los campos evocados en el sistema metafórico que muy esporádicamente activa el texto -se recurre a metáforas geológicas, industriales, médicas, letradas, económicas, ópticas, físicas, jurídicas, etc. para aludir a objetos o fenómenos de otros órdenes de la realidad.³⁵

Si nos detenemos a analizar el sistema argumentativo que rige el texto, llama la atención la gran variedad de criterios que intervienen en la selección de los estudiosos y especialistas convocados -ya sea por simple glosa o mención o por transcripción textual. Nos interesa señalar aquí ciertos usos estratégicos tales como la inclusión simultánea de autores como Mussolini -en una obra que se presenta explícitamente como “una contribución a la crítica socialista de los problemas y la historia del Perú...” (7e, 12)-, en la misma página donde se cita a Marx, Engels y G. Papini, en una actitud de difícil equilibrio ideológico. Es éste un dato de época interesante para analizar, pero que excede las limitaciones de este trabajo. Es posible que la heterogeneidad señalada obedezca tanto a la voluntad integradora de JCM, y además esté pensada en función de la búsqueda de una amplia franja de lectores, no sólo considerados como prodestinatarios, sino también como

³⁵ Aunque las imágenes poéticas no abundan en los 7 ensayos... y afloran en casos muy puntuales, como cuando se refiere a la relación del indígena con la tierra. Como hemos señalado, el sistema metafórico refuerza los nexos o enlaces señalados entre los distintos aspectos de la realidad que se consideran en el libro desde una visión unitiva y totalizadora. Encontramos por ejemplo: - *metáforas letradas* con las cuales lee, en el primer ensayo, la evolución económica del Perú como si se tratara del capítulo inicial de un libro (7e, 20, 22), “El último capítulo de la evolución de la economía peruana es el de nuestra posguerra” (7e, 24); - *metáforas industriales* como “un golpe de conquista destruyó esta máquina de producción”, aplicada a la destrucción del sistema económico del Inkario, “las costumbres contrarias a la doctrina católica (...) tendían a convertir la comunidad en una rueda de su maquinaria administrativa y fiscal” (7e, 63), “íntimo engranaje”(…) entre la economía y la enseñanza”, “Los grandes caciques naturalmente vieron en estos parlamentos una máquina muy embrollada” (7e, 211); - *metáforas médicas*, de cuño positivista y características del discurso de su predecesor, Manuel González Prada, que aluden a la enfermedad del cuerpo social y a la nación como un organismo: “anemia”, “nación desangrada, mutilada”, “nuestra economía convaleciente de la crisis post-bélica” (7e, 25); - *metáforas geológicas* como expresiones de este tipo: “en la costa, sobre un suelo feudal...” (7e, 28), “En el sur, la ‘región’ reposa sólidamente en la piedra histórica” (7e, 208); - *metáforas teatrales*, de acuerdo con una concepción romántica de la historia: “no quiero señalar más que un testimonio reciente de la igualdad con que interpretan el mensaje de la época los agonistas iluminados y los espectadores inteligentes de nuestro drama histórico” (7e, 201); - *metáforas jurídicas* como la del “proceso judicial”, aplicada a la crítica literaria según se lo explicita en el planteo inicial del último ensayo (7e, 229-233); - *metáforas económicas* como el subtítulo que cierra el último ensayo del libro, “Balance provisorio”, o en el cuarto ensayo: “El balance de la primera centuria de la República se cierra, en orden a la educación pública, con un enorme pasivo. El problema del analfabetismo indígena está casi intacto” (7e, 160).

paradestinatarios, cuya adhesión se pretende captar desde el gesto apelativo del discurso.³⁶ Por otra parte, debe destacarse la utilización de ciertos autores para contraargumentar tesis adversas a las que ellos sostienen, en un juego argumentativo propio de la polémica política, en el que las afirmaciones del otro se esgrimen para desarticular sus razonamientos.³⁷

Es curioso notar cómo un volumen tan considerable de datos, opiniones, constataciones e hipótesis de la más diversa índole conforman un sistema semiótico complejo que, no obstante, está muy lejos de componer un mero *collage* de discursos ajenos. Podría decirse mejor, como sugiere Oscar Terán, que se trata de un operación relacionada con esos “saberes latinoamericanos que parecían limitarse a practicar modestos *bricollages* sobre la base de materiales importados” (bajo el nombre de Mariátegui -según Terán- se encontraba una “heterogeneidad de registros superpuestos, a veces sin fusión”).³⁸ Nuevamente cobra relevancia aquí la participación de la subjetividad del emisor en su rol de regulador de las apropiaciones, las analogías y confrontaciones que se establecen en el texto, donde es notable la diversidad del espectro universal al que remiten los distintos términos comparativos, no sólo de los países centrales de Europa, sino de América Latina y, en particular, de México y Argentina, y con frecuencia, de Rusia y los países de Oriente.³⁹

Advertimos en esta línea de lectura que *7e* operan como un espacio textual de reemplazamiento de sentidos -JCM utiliza en reiteradas oportunidades la palabra “traducción” para referir un proceso que excede las transacciones lingüísticas y comprende

³⁶ Utilizamos las categorías propuestas por Eliseo Verón en su tipología de los destinatarios del discurso político. Cfr. E. Verón, “La palabra adversativa...”, E. Verón y otros, *El discurso político...*: 17.

³⁷ Es el caso del escritor español, Ramiro de Maeztu, de quien se cita un fragmento de un artículo, a continuación de un párrafo de *El capital* de Marx, con la siguiente cláusula introductoria:

... Y no sólo los dialécticos del materialismo histórico constatan esta consanguinidad de los dos grandes fenómenos [el protestantismo y el capitalismo]. Hoy mismo, en una época de reacción, así intelectual como política, un escritor español, Ramiro de Maeztu descubre la flaqueza de su pueblo en su falta de sentido económico... (*7e*, 179-180)

³⁸ O. Terán, *Discutir Mariátegui*. Puebla: Editorial Universidad Autónoma de Puebla - ICUAP, 1985: 9.

³⁹ No podemos dejar de recordar comparaciones verdaderamente curiosas como las que asocian el *mir* ruso con el ayllu andino (*7e*, 65), el yanaconazgo con el sistema de *otrabotki* ruso (*7e*, 93), la literatura indigenista con la literatura mujikista prerrevolucionaria (*7e*, 328), o la religión del Tawantisuyo con la religión china (169), entre tantas otras. Llama la atención también la imagen “orientalismo indígena”

desplazamientos y apropiaciones de significaciones de distinto orden (7e, 199, 242, 328, 346). Presentándose como portavoz de una nueva generación, el autor manifiesta reiteradamente su pretensión de sentar en ese libro las bases de un discurso inaugural, fundacional, con una acentuada “voluntad (...) afirmativa” y “temperamento (...) de constructor” (229), que se concreta en los nuevos planteos, que trasuntan una nueva actitud generacional de crítica y ruptura con los resabios coloniales y feudales del pasado, todavía latentes. El libro se convierte -visto desde este ángulo- en un texto complejo donde dialogan voces diversas, cuya combinatoria es regulada y articulada por el ensayista que las mediatiza, buscando trascender la epidermis de una mirada enciclopédica para avanzar hacia niveles más profundos de lo real -y por ende más densos y oscuros-, donde se encontrarán y develarán las claves de intelección de la realidad por desentrañar. Así se entiende el proceso creativo de reterritorialización al que serán sometidos estos elementos interpretantes que median en el sondeo mariateguiano de la realidad peruana. Este aspecto ha sido lúcidamente estudiado por Robert Paris y José Aricó, entre otros, en relación con la versión singular del marxismo mariateguiano.⁴⁰ Alberto Flores Galindo lo plantea en estos términos: “A través de sus escritos el Perú ingresa en la geografía del marxismo con una tonalidad propia” y vincula la creatividad propia de JCM con su ubicación en una verdadera encrucijada histórica: “un país atrasado, con una antigua tradición cultural, en el que se inicia (...), un rápido cambio que conduce de una sociedad con rasgos estamentales hacia una sociedad estructurada en clases...”⁴¹

En consecuencia, podemos perfilar ya desde esta instancia uno de los rasgos -a nuestro entender- identificatorios del ensayo en JCM, considerado éste desde el peculiar lugar de enunciación que él mismo se construye, situado precisamente en una instancia de frontera entre distintos sistemas culturales. Desde una actitud de *porosidad cultural* extrema -en términos lotmanianos-, JCM piensa y escribe, operando procesos complejos en una dinámica de mutación constante, donde se localizan cuestiones largamente

(302).

⁴⁰ Cfr. J. Aricó, “Introducción”, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. Seleccionado y prólogo de J. Aricó. 1980: XI-LVI. Robert Paris reconstruye la disímil red de referencias que definen un “campo cultural extremadamente marginal” respecto al marxismo de Marx, Lenin o la III Internacional y explican ese signo común que identifica la obra mariateguiana: la ambigüedad. R. Paris, “El marxismo de Mariátegui”, *Aportes, Revista trimestral de ciencias sociales*, 17 (julio de 1970), París: Instituto latinoamericano de relaciones internacionales: 18.

debatidas como el 'europeísmo' como el 'nacionalismo-popular' con los que se lo denuesta desde diferentes posturas ideológicas, la reciclada concepción soreliana del mito revolucionario y socialista, y el cosmopolitismo. Recordemos las palabras del epígrafe de este capítulo, cargadas de una esperanza cercana a la exaltación alucinada de Vasconcelos pero no exenta de una conciencia real de los obstáculos que se interponen, con que se cierran los 7e, apelando a "caminos universales" en una búsqueda de la propia identidad y apostando a obtener un saldo altamente positivo de ese intercambio. Queda clara en ese fragmento la presencia de la función originaria del discurso ensayístico que, desde Montaigne, había nacido como relato indagatorio del yo, entendido aquí en términos colectivos.

Pero no es solamente en el terreno de los intercambios semióticos, donde se advierte la hibridez y contaminación del ensayo mariateguiano, también sostiene una marcada reticencia frente al discurso académico, por lo que prefiere siempre localizar la enunciación en una zona fronteriza entre constataciones científicas e impresiones o intuiciones personales, privilegiando la variante espontánea y testimonial de la subjetividad que se manifiesta mediante juicios, ideales, pensamientos, pasiones y aserciones. Declara desde la "Advertencia": "...no soy un crítico imparcial ni objetivo" (7e, 12), "Estoy lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario" (7e, 12). Así el sujeto se legitima desde un saber también heterogéneo, propio del intelectual latinoamericano, vinculado con el campo de la política, que media entre la especialidad científica más regulada y el orden de lo experiencial-cotidiano, lo mítico-espiritual, siendo ésta quizás la única actitud posible desde esa perspectiva -ciertamente ambigua- ante una realidad como la del Perú de los años veinte acerca de la cual existían pocos datos ciertos y comprobables. De ahí que se pueda situar los 7e en un estadio disciplinario de transición entre el ensayo unitario y el más reciente, cercano al informe técnico. No obstante, de acuerdo con los modos enunciativos que predominan en el texto, se impone el carácter de la prosa expositivo-argumentativa de una investigación documentada, según lo ya establecido y codificado, pero más próxima a la estructura y el estilo del tratado didáctico, por cuanto busca comunicar una verdad científica disciplinadamente, con claridad y orden metódico, atendiendo a la necesidad de resultar

⁴¹ A. Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui*. 3ª edición. Lima: Instituto de Apoyo Agrario, 1989, 9-10

inteligible para un lector medianamente iniciado en el tema.

Hacia una modernidad heterogénea: nación, marxismo y raíces andinas

Es constante en *7e* la referencia metatextual a los juegos discursivos que particularizan el ensayo. En especial, se advierte en el libro una marcada oscilación entre la convicción de precariedad y la falta de exhaustividad del ensayo bajo la forma del esquema sumario -“definición esquemática”, “sumarísimos apuntes”(28), “rápido esquema de interpretación”- que, ante la necesidad de mayor documentación, no permiten un examen más detenido, y en el otro extremo, el ensayo como *exagium*, “tentativa de esclarecimiento” (217), resultado de un estudio o sondeo profundo -“trabajo de investigación de la realidad nacional, conforme al método marxista”-, llegando al nivel de una concepción estética integral y unitiva.⁴² No obstante, JCM se declara de antemano distante del discurso académico y profesoral: “Estoy lo más lejos posible de la técnica profesional y del espíritu universitario” (*7e*, 12), por lo menos del que emana de la concepción tradicional del conocimiento impartido en la universidad, al que se ha referido en numerosos artículos críticos con la intención deliberada de postular un nuevo modelo vinculado con la reforma universitaria y la universidad popular. La aclaración parece apuntar a no involucrarse con afirmaciones rotundas y definitivas, verificables, ni con aspiraciones sistemáticas, sino por el contrario legitimar la adopción de un punto de vista, de una perspectiva personal que involucra no solamente lo racional sino que introduce también la dinámica de sus pasiones: “... repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano...” (*7e*, 12).

⁴² En el último ensayo del libro escribe:

... El espíritu del hombre es indivisible; y yo no me duelo de esta fatalidad, sino por el contrario, la reconozco como una necesidad de plenitud y coherencia (...) Mi concepción estética se unimisma, en la intimidad de mi conciencia, con mis concepciones morales, políticas y religiosas, y que sin dejar de ser concepción estrictamente estética no puede operar independientemente o diversamente... (*7e*, 230-231).

Ahora bien, como lo vio Eduardo Nicol, el ensayo en tanto “forma de pensar”⁴³ nos lleva a preguntarnos por las implicancias de la elección del discurso ensayístico en la producción mariateguiana, en particular, en el libro que analizamos. En la cita del primer epígrafe de este capítulo a la que ya hemos aludido, se enuncia una característica que se torna relevante en el curso de la lectura: el ensayo se presenta como una escritura abierta, inacabada, perfectible, que se revela además como una estrategia de escritura “sesgada” – tal como la describió Jacques Leenhardt⁴⁴ y reclama una mirada ‘transversal’, oblicua, sucesiva e intensiva a la vez, capaz de reconstruir los vasos comunicantes que producen el sentido profundo del texto, recorriendo sus límites borrosos. Se insinúa así, desde el inicio del texto mariateguiano, una incipiente teoría de la escritura.

Al mismo tiempo, al indagar la relación que establece este tipo de discurso con la índole del objeto de la interpretación, encontramos lo que tal vez sea una clave de sentido de *7e*: existe una peculiar analogía entre la forma abierta y fronteriza de la escritura ensayística y la realidad interpretada. En su afán por desentrañar los rasgos sustantivos de la realidad peruana (20), desde la actitud de un ‘hermeneuta de la cultura’, JCM advierte que el Perú es una realidad “por hacer”, indefinida y conflictiva (204) -rasgos que precisamente serán remedados en el despliegue discursivo con que se los sondea. Consciente de la excepcionalidad negativa del Perú en el contexto de América Latina -distinto por la geografía y su composición demográfica de otras regiones del subcontinente, y por eso mismo más distante de Europa y más cercano al Oriente-, JCM proyecta su programa de un Perú nuevo y entero, desde un lugar doblemente periférico, donde su presencia es, sin duda, singular.

En *7e*, las superposiciones y traslados temporales referidos instalan ritmos dispares que trastocan profundamente la formación histórica y congelan el devenir temporal o lo disuelven. Así lo atestiguan la persistencia del feudalismo más allá de la República, la postergación del corte definitivo con la Colonia y la declaración de la conocida consigna, más programática que asertiva, en el último ensayo: “En la historia de nuestra literatura, la Colonia termina ahora (...). Hoy la ruptura es sustancial” (*7e*, 350).

⁴³ Citado en José Luis Gómez-Martínez, *Teoría del ensayo*. Salamanca: Edics.de la Univ.de Salamanca, 1981, 54.

⁴⁴ Cfr. J. Leenhardt, “La estructura ensayística de la novela latinoamericana”, 1984: 140.

En este sentido, la organización del espacio natural y social en el tiempo configura la idea de *cultura*, como resultado de una compleja dinámica de movimientos internos y externos que producen tensiones, rupturas y discontinuidades en los distintos planos. Por esta razón, al no estar sólidamente sedimentados ni cohesionados los componentes de la cultura para conformar la nación, se debe recurrir a diferentes modos muy particulares de configurar la imagen del otro y la del sujeto mismo de la enunciación.

Como se señaló, JCM presenta en *7e* aquella misma condición del espacio-tiempo peruano como problema o conflicto que urge resolver para construir la nación, definido por la dualidad de raza, de lengua, de sentimiento religioso, por el conflicto entre el Perú costeño y español y el Perú serrano e indígena (*7e*, 207)⁴⁵ y, en términos más amplios, por la coexistencia en América de dos sociedades diferentes y antagónicas: la feudal y la capitalista (*7e*, 34). El dilema del ‘nuevo regionalismo’ que propone JCM es tajante; ya no es civilización o barbarie, sino “optar por el gamonal o por el indio. No existe un tercer camino” (*7e*, 215). También, como sabemos, tienen lugar otros cruces de elementos antagónicos: ciertas rémoras teñidas de un reconocible racismo heredado y de criterios liberales que persisten en su pensamiento no sin conflicto, al ser ambos cristales interpretativos ajenos al marxismo.

Una vez más se percibe aquí, como en los ensayos vistos en los capítulos anteriores, el trazado de una cartografía de la nación como comunidad proyectada e imaginada, en su doble articulación de programa y escritura. Marcados por la impronta modernizadora y europeísta, los proyectos que vehiculizan estos textos comparten la modernización como una meta deseada y algunas de las vías y modelos para alcanzarla, aunque de inmediato surgen matices y diferencias que los distancian tanto en sus repertorios ideológicos y sus planteos, como en las condiciones mismas de los contextos donde cada uno de ellos interviene. Por cierto, la impugnación al componente indígena y el asimilacionismo selectivo de Sarmiento, o las diferentes versiones de los proyectos integracionistas y unificadores de Martí y Vasconcelos, con distintos énfasis, componentes

⁴⁵ En varios pasajes de *7e*, se insiste en que el problema del Perú es “más hondo” y demanda resolver desigualdades y conflictos enquistados desde la conquista y arraigados aún más durante la República. Se formula un programa para el Perú futuro (*7e*, 215), “un Perú integral, (...) nuevo” (*7e*, 242), planteándolo como un desafío para la “nueva generación”: un “nuevo regionalismo” que identifica con la “conciencia peruana” y la construcción de la unidad de ese país (*7e*, 214-216).

ideológicos y estilos, no siempre son compatibles con el pensamiento mariáteguiano, tributario de la utopía andina y cercano al relativismo cultural todavía incipiente, ni con la apreciación milenarista de su propuesta socialista⁴⁶.

La prédica anticolonialista de Mariátegui, vale decir, la impugnación de los lastres coloniales durante la etapa de la República y la propuesta descolonizadora que él inaugura, constituye un punto clave que distingue su propuesta y la acerca a la martiana, aunque con alcances mucho más limitados. En este aspecto, si -como él mismo lo declara- es imposible pensar América sin Europa, también admitirá, por otra parte, la imposibilidad de pensarla sin las raíces, retomando la imagen martiana del árbol abierto en sus ramas al mundo, pero con tronco y raíces de nuestros países.⁴⁷ En los siete ensayos que componen el libro, la idea de la ‘colonia’ funciona como una bisagra en el planteo de la evolución y el proceso tan peculiares como complejos, examinados en cada uno de ellos: la evolución económica y social del Perú desde el Imperio incaico y la Colonia hacia la República, la cuestión agraria en relación con las comunidades indígenas, la religiosidad, el proceso de la instrucción pública y la literatura, y los conflictos originados por el enquistamiento del colonialismo y la ley del gamonal, que dominan los distintos modos de organización política y administrativa del Perú independiente. En cada caso, la colonia se interpone entre una etapa -actual o por venir- percibida como ineludible, de incorporación a la modernidad occidental, y la sociedad indígena, base sustancial donde JCM encuentra las raíces desde las cuales propone pensar y construir creativamente un nuevo proyecto

⁴⁶ Cfr. Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*. 4º ed. Lima: Horizonte, 1994., 271-274.

⁴⁷ JCM manifiesta una postura coincidente con lo expresado en la “Advertencia” de *7e*, en el fragmento citado en la página 255 de este capítulo, extraído de unas notas dedicadas a Waldo Frank, escritas entre 1925 y 1929 y recogidas en *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, donde confiesa que, como el escritor norteamericano -con quien se reconoce semejante en trayectoria y experiencia-, no se siente americano sino en Europa. Allí agrega: “Pero de esto, algún tiempo después de mi regreso, yo tenía una conciencia clara, una noción nítida. Sabía que Europa me había restituido, cuando parecía haberme conquistado enteramente, al Perú y a América; mas no me había detenido a analizar el proceso de esta reintegración” (J. C. Mariátegui, *OC*, 3, 192). Sin duda, la lectura de la explicación que Waldo Frank dio en *Europe*, en agosto de 1926, sobre la función de su experiencia europea en su propio descubrimiento del Nuevo Mundo fue decisivo para la meditación del mismo proceso en el Amauta. Escribe más adelante en las mismas notas que JCM describe como “impresiones” (*OC*, 3, 195):

... Europa, para el americano, -como para el asiático- no es sólo un peligro de desnacionalización y de desarraigamiento; es también la mejor posibilidad de recuperación y descubrimiento del propio mundo y del propio destino (...). Por mucho tiempo, el redescubrimiento del mundo nuevo es un viaje para el cual habrá que partir de un puerto del viejo continente... (*OC*, 3, 194).

integrador.⁴⁸ Las operaciones culturales a las que apela para llevarlo a cabo son, básicamente, dos: ‘asimilación’ e ‘incorporación’ (7e, 344), pero ambas suponen la ‘reivindicación’ de lo indígena autóctono (7e, 332) y su salvación, como paso previo y capital para lograr la renovación o reconstrucción del Perú verdadero (7e, 215).

Con las limitaciones propias de su tiempo, JCM inicia un movimiento de ‘descolonización’, en un sentido amplio del término, con el afán de no segregar ningún elemento foráneo, excepto aquellos que impidan llevar adelante el proyecto de revolución y el sondeo de la ‘savia natural’, indispensables para la nueva peruanidad “por crear” (7e, 254).⁴⁹ No obstante esto, son de notar la voluntad y la lucidez puestas al servicio de la difícil tarea de imbricar sistemas culturales tan dispares. El efecto de convocatoria buscado por el proyecto mariáteguiano se confirma en la constante apelación al lector y mantiene su vigencia hasta nuestros días, sobre todo por su interpelación ante el recrudescimiento de las luchas étnicas y el avance amenazante de la sociedad global sólo aparentemente integradora bajo la condición de una homogeneización que tiende a borrar y negar las

⁴⁸ Imágenes tales como “formidable máquina de producción” (7e, 13) y “comunismo inkaico” (7e, 54, 63, 78, 83, 338-9), con las que JCM describe la sociedad incaica, ilustran la condensación expresiva del proceso que venimos planteando.

⁴⁹ Nelson Manrique propone devolver dimensión humana e identidad primaria a JCM en su condición de “héroe cultural” y rastrea las ambivalencias terminológicas con que el Amauta aborda el problema de las razas, que adjudica a prejuicios básicamente inconscientes. Como lo adelantamos, el análisis de la valoración negativa que desarrolla JCM, del mestizaje con negros y chinos, lleva a Manrique a sostener que: “[E]n la elaboración de sus juicios sobre la mezcla de razas, Mariátegui se mueve permanentemente al filo de interpretaciones que, reclamándose sólidamente sociológicas, no dejan de estar profundamente marcadas por los prejuicios -racistas- de la época...”. N. Manrique, “Mariátegui y el problema de las razas”, L. Weinberg - R. Melgar Bao (eds.) 2000: 288.

Por su parte, Anibal Quijano analiza en JCM la misma ambigüedad en la utilización de categorías como “raza” y “etnia”. Cfr. A. Quijano, “‘Raza’, ‘etnia’ y ‘nación’ en Mariátegui: cuestiones abiertas”, *Encuentro Internacional José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del Descubrimiento*. Lima: Amauta, 1993: 181-187. Desde la premisa de considerar a JCM esencialmente un “antieurocéntrico” -premisia ciertamente discutible y efectivamente discutida, por ejemplo, por José Aricó, entre otros, en la “Introducción” de su compilación *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, al situarlo en el contexto del marxismo y en las polémicas derivadas de su posición peculiar-, Quijano destaca, sin embargo, la influencia europea en el uso *diferencial* de los conceptos de “feudalismo”, “comunismo” y “capitalismo”. Cfr. A. Quijano 1993: 188, y J. Aricó, “Introducción”, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. Selecc. y pról. de J. Aricó. 1980: XI-LVI.

Encontramos además otro tipo de limitaciones en los 7e. Por un lado, los nuevos descubrimientos realizados sobre la organización social del *ayllu* y la sociedad incaica, en general, desactualizaron la información que JCM maneja al respecto, para sustentar los planteos contenidos en los primeros ensayos; por otra parte, el Amauta muestra una marcada preferencia por la producción escrita y la cultura letrada -en estrecha relación con el estado de las investigaciones acerca de la civilización incaica y las sociedades andinas en general. Se hace presente en este punto la fuerte vinculación vigente en su época de la concepción de la ‘literatura’ con la noción de ‘letra’.

diferencias o a expulsarlas.

Representante conspicuo del pensamiento moderno en la región andina, JCM es el pensador que plantea con mayor perspicacia el problema de cómo y hasta dónde articular el culto a la vieja tradición indígena con las demandas de la modernidad, tal como él la entendía. Otros ensayistas andinos de filiaciones muy diversas y hasta opuestas como Alcides Arguedas, Franz Tamayo o Luis E. Valcárcel, entre otros, coinciden con él en el señalamiento de las insondables desarticulaciones que dividen Bolivia, Ecuador y Perú, y explican las inconsistencias de sus estatutos nacionales. Con énfasis distintos, estos autores parten de la descripción de una geografía diversa, con regiones internas que no tienen entre sí nada en común y que producen formas de organización social y sistemas culturales decididamente diferentes y hasta antagonicos.⁵⁰ Para el Perú, JCM expone un esquema de tres regiones internas (la costa, la sierra y la montaña): “Llegamos a uno de los problemas sustantivos del regionalismo: la definición de las regiones...” (7e, 203); “[L]a región tiene generalmente raíces más antiguas que la nación misma...” (7e, 204); “[E]l Perú actual es una formación costeña. La actual peruanidad se ha sedimentado en la tierra baja...” (7e, 205).

...[P]uede decirse que la montaña, o mejor dicho la floresta, es un dominio colonial del Estado Peruano. Pero la costa y la sierra, en tanto, son efectivamente las dos regiones en que se distingue y separa como el territorio, la población [lo que genera así] [L]a dualidad de la historia y el alma peruanas”, [que] “se precisa como un conflicto entre la forma histórica que se elabora en la costa y el sentimiento indígena que sobrevive en la sierra hondamente enraizado en la naturaleza... (7e, 204-205)

Por lo general, prima en los países andinos el aislamiento y la más drástica incomunicación debido a su malformación histórica, y proliferan las visiones dicotómicas que describen esas naciones en términos casi siempre inconciliables: ciudad-campo, sierra-costa, provincia-capital, nacionalismo-cosmopolitismo, tradición-modernidad, entre otros,

⁵⁰ Esta creencia común en el poder configurador de la geografía denota una inconfundible filiación positivista, aunque a veces funcione —como apunta Cornejo Polar— sólo como base de un pensamiento que —en

pero por encima de todos esos dilemas se impone la dicotomía que enfrentaba a indios y 'blancos', con eventuales alusiones sobre los 'negros', pero casi nunca sobre los mestizos. Esto obedece a que -como se vio en el capítulo anterior- la ideología del mestizaje que dominaba por ese entonces y pervive aún hoy, tuvo frecuentemente un tono conciliador y hasta salvífico (cfr. Cornejo Polar 1994, 179-180).

A lo largo de todo el libro, el centro del debate y la atención se plantea en torno de la 'cuestión indígena', concretamente por la situación de los nativos que son a la vez mayoritarios, y marginales y discriminados, pero además porque se admite explícita o implícitamente que las raíces nacionales no pueden ser pensadas al margen de la tradición histórica de ese pueblo mayoritario. Por esta razón, se lo incluye a JCM en el movimiento indigenista. Lejos de caer en el extremo del positivismo más reaccionario, el Amauta corre el riesgo de incurrir en algunas contradicciones internas y, sin negar la modernidad como progreso, la cruza con la utopía andina, recurriendo a entonaciones claramente apodícticas. Cornejo Polar denomina esta variante "modernidad de raíz andina" (Cornejo Polar, 187-194). En el prólogo al libro de Valcárcel, *Tempestad en los Andes*, que aparece citado en una extensa nota al pie al comienzo del segundo ensayo del libro, JCM expone sus reparos sobre la perspectiva arcaizante que anima esa obra del indigenista peruano. El indigenismo en JCM se enmarca en la propuesta vanguardista:

... no es una especulación literaria ni un pasatiempo romántico. No es un indigenismo que (...) se resuelve y agota en una inocua apología del Imperio de los Incas y de sus faustos. Los indigenistas revolucionarios, en lugar de un amor platónico al pasado incaico, manifiestan una activa y concreta solidaridad con el indio de hoy...⁵¹

Cabe aclarar, sin embargo, que dentro de la constelación cultural peruana a la que pertenece JCM, polemiza y acusa influencia de pensadores indigenistas (Luis Alberto Sánchez, Víctor Raúl Haya de la Torre, Jorge Basadre), entre ellos, de aquel autor y del

otros campos- exploraba distintas tendencias filosóficas, desde el vitalismo espiritualista hasta el marxismo.

⁵¹ J. C. Mariátegui, "Nacionalismo y vanguardismo" (1925), *Peruanicemos al Perú*, OC, 11, 100.

grupo cuzqueño, en general (además de Valcárcel, Uriel García, entre otros.⁵² La tarea intelectual de este último grupo busca conciliar la experiencia histórica peruana con el pensamiento político europeo contemporáneo, introducir el tema económico en el trabajo historiográfico y adecuar el estudio del pasado a la necesidad de explicar y resolver los problemas sociales del Perú de las primeras décadas del veinte. No sería justo olvidar al peruano Manuel González Prada, entre los precursores que también dejan su huella en la obra del Amauta. Particularmente su ensayo “Nuestros indios” (1904) ha sido, sin duda, señero en el planteo de esta cuestión.

Un punto clave y problemático en el programa indigenista de JCM es la articulación entre indigenismo y socialismo, que se proyecta a su vez sobre otras cuestiones conexas, tales como las relaciones entre universalismo, vanguardismo y nacionalismo, y entre tradición y modernidad. Desde su perspectiva, el problema nacional reside esencialmente en la persistencia de un orden social que desemboca en la servidumbre indígena, por eso defiende con insistencia y firmeza la necesidad de acabar con esa situación de injusticia y desigualdad. La interpretación y el análisis mariateguianos se sustentan en un marxismo excepcionalmente abierto, proponiendo una lectura de la historia que asume a la vez los requerimientos de la tradición y de la modernidad.

A este respecto, la propuesta de JCM puede sintetizarse a grandes trazos en los siguientes puntos, atendiendo a los principios básicos expuestos por Antonio Cornejo Polar (1994, 187-190): a) la reivindicación de la tradición -para JCM, fundamentalmente la incaica- como historia viva se funda en una posición revolucionaria (“El pasado incaico

⁵² En la puesta en discurso de *7e*, JCM toma distancia del proyecto de “meter toda mi sangre en mis ideas” (*7e*, 11) y suele utilizar un estilo más cercano a la monografía o al estudio académico, más acorde con su criterio economicista y su perspectiva crítica socialista revolucionaria de “marxista convicto y confeso”. Hay, sin embargo, algunas excepciones donde se dejan oír acentos y tonos poéticos y expresivos de una sensibilidad literaria y artística, como por ejemplo en aquellos pasajes con clara evidencia del influjo del indigenista Luis Valcárcel, que encontramos en el estudio sobre el problema del indio, en cuya intensidad poética resuenan los ecos de *Tempestad en los Andes*:

... La servidumbre del indio, en suma, no ha disminuido bajo la República. Todas las revueltas, todas las tempestades del indio, han sido ahogadas en sangre. A las reivindicaciones desesperadas del indio les ha sido dada siempre una respuesta marcial. El silencio de la puna ha guardado luego el trágico secreto de estas respuestas... (*7e*, 47)

Asimismo, ese estilo notoriamente más literario vuelve a aflorar con cierto dejo irónico, en algunos pasajes del último ensayo:

Los pocos literatos vitales, en esta palúdica y clorótica teoría de cansinos y chafados retores, son los que de algún modo tradujeron al pueblo. La literatura peruana es una pesada e indigesta rapsodia de la literatura española, en todas las obras en que ignora al Perú viviente y verdadero. El ay indígena, la

ha entrado en nuestra historia reivindicado no por los tradicionalistas sino por los revolucionarios (...) La revolución ha reivindicado nuestra más antigua tradición”⁵³); b) el rescate de la tradición prehispánica tiene un sesgo no sólo histórico, sino también político: en el incanato funcionó un sistema “comunista”, “bajo un régimen autocrático” (7e, 54), abonando la perspectiva marxista clásica sobre una etapa de ‘comunismo primitivo’ en el proceso de desarrollo humano (cfr. Cornejo Polar 1994, 188); c) se advierte en las ‘comunidades’ la pervivencia de signos de la antigua organización social indígena, pese a su destrucción durante la conquista y, aunque este tema no abunda en los escritos mariateguistas, la sola constatación de la “supervivencia de la comunidad y de los elementos de socialismo práctico en la agricultura y en la vida indígenas” (7e, 52) -vale decir, de la existencia de un “comunismo incaico” y su supervivencia contemporánea- es clave para articular el proyecto socialista moderno con la tradición nacional originaria y lo que sobrevive de ella, y para ‘nacionalizar el socialismo’ y arraigarlo en la historia propia, soluciones avizoradas por JCM para superar el atraso, la fragmentación y la injusticia enquistados en la sociedad peruana; d) la feudalidad consolidada durante la Colonia sustituye el orden social incaico y se mantiene vigente aún después de la Independencia, inclusive en plena República; de ahí que, para JCM, la debilidad y la torpeza de la burguesía peruana y sus compromisos con el “gamonalismo” que domina el régimen feudal, impiden una auténtica revolución burguesa y un régimen capitalista moderno, incluso en las áreas más desarrolladas del Perú. Obstaculizado el proceso modernizador por acción del imperialismo, sin que la burguesía nacional pudiese liderarlo (7e, 13-34), JCM postula que el socialismo peruano debe ordenar y definir las reivindicaciones de las masas trabajadoras que en el Perú es, por entonces, en sus cuatro quintas partes indígenas y campesinas (7e, 48); e) en consecuencia, al socialismo le corresponde ‘modernizar la nación’, realizando algo de lo que la burguesía no quiso o no pudo realizar, pero retomando un proceso iniciado en el pasado prehispánico más remoto, que tiene sus raíces

pirueta zamba, son las notas más animadas y veraces de esta literatura sin alas y sin vértebras... (7e, 244).

⁵³ J. C. Mariátegui, “La tradición nacional” (1927), *Peruanicemos al Perú, OC*, 11 ...: 168. En “Heterodoxia de la tradición” (1927), defiende esta mirada nueva y proyectiva hacia la tradición, argumentando a favor de un uso productivo del pasado en función de la construcción del futuro, planteo que sustenta la propuesta central de 7e: “Quien no puede imaginar el futuro, tampoco puede, por lo general, imaginar el pasado”. J. C. Mariátegui, *Peruanicemos al Perú, OC*, 11 ..., 164.

en la tradición nacional y se mantiene aún vivo, de algún modo, en el mundo andino contemporáneo.

De modo que la insistencia de JCM en agenciar la alianza entre socialismo e indigenismo en el Perú apunta, en última instancia, a formar la nación, en el convencimiento de que ni el feudalismo ni la burguesía la podrían consolidar. Munido de los conocimientos de su época, JCM logra resolver por esa vía muchas de las aporías de su tiempo. Por una parte, la “confluencia y aleación” del comunismo con el indigenismo destruye la oposición entre el internacionalismo de aquél y el nativismo de éste, abriendo un cauce único donde ambos discurren más o menos armoniosamente, superando la polémica entre ‘nativistas’ y ‘cosmopolitas’ y otorgando un carácter nacional y moderno a su proyecto político. En definitiva, la modernidad encarnada para muchos de sus coetáneos en el socialismo emergente, sienta sus bases en tradiciones nacionales originarias; de esta manera, JCM sorteja las inciertas predicciones voluntaristas del indigenismo más duro que visualiza el futuro como un desarrollo de lo indígena, refractario a las contaminaciones foráneas, y ofrece un proyecto más convincente en que lo nuevo -cualquiera fuera su procedencia- se inserta en la tradición nacional y la reaviva.

Pese a resultar inviable en algunos puntos,⁵⁴ la propuesta de JCM ostenta cierta ‘originalidad’ y coherencia, y se funda sobre una construcción teórica, amplia y enriquecida por innumerables aportes diversos. Válida para lo que aún hoy sigue siendo un problema trascendente: la apuesta a favor de una modernidad que no sea copia de la alcanzada por los países centrales, incluso de los países socialistas nacientes en esa coyuntura, sino un desarrollo peculiar de distintas circunstancias, “[L]a tesis mariateguiana propone una alternativa antidogmática: no hay una sino muchas modernidades, y varias maneras de llegar a ese punto” (Cornejo Polar 1994, 190). JCM imagina y se compromete en la realización de una modernidad de raíz y temple andinos; se trata, en suma, de una modernidad heterogénea, alternativa. Cabe añadir sobre este punto que su visión nacional -andina- del socialismo como la forma de la modernidad que corresponde a ese contexto, fue objeto de malentendidos y rechazos por la ortodoxia marxista de esa época.⁵⁵

⁵⁴ Como ha acotado Antonio Cornejo Polar, entre otros, hoy todo indica que la socialización de las comunidades indígenas proviene de otra matriz diferente de la que indicaba JCM. Cfr. Cornejo Polar 1994, 189.

En otro orden de cosas, en cuanto a la aspiración modernizadora en el lenguaje, Antonio Cornejo Polar ha sostenido que JCM compartió con César Vallejo la misma preocupación por la representación y la autenticidad, ante la sospecha de que la experimentación de la vanguardia andina, tensa y crispada, derivara en una falsificación del lenguaje sólo en apariencia nuevo, como respuesta al reclamo de modernización (Cornejo Polar 1994, 165). Justamente esa desconfianza ante la pura 'novedad' formal alentó en ellos la creación una literatura *esencial y globalmente nueva*, y la decisión de *desliteraturizar el lenguaje*, saliéndose de los cauces del canon modernista dariano y abrevando, en todo caso, de la vertiente martiana para generar una renovación artística, libre y auténtica, más allá de cualquier signo externo que podría ser engañoso: "El modernismo [en un sentido amplio que incluye la vanguardia que JCM consideraba decadente] no es sólo una cuestión de formas, sino sobre todo, de esencia..."; "... hay que ser moderno espiritualmente."⁵⁶ La sospecha provenía, en el fondo, de la percepción del abismo existente entre el atraso social de las naciones andinas (pese a los recientes procesos parciales de modernización a partir de la parcial inserción de la región en la órbita del capitalismo internacional, sobre todo norteamericano) y las diferentes expresiones del arte moderno. Dicho de otro modo, el modernismo como forma cultural no se asentaba sobre una *auténtica* modernidad social, y esto producía tensiones y contradicciones de muy diversa índole. A pesar de su fe en el futuro, la modernidad - concebida por JCM como *modernidad socialista*- era percibida por ambos como una meta lejana y difícil de alcanzar en el mundo andino, un espacio extremadamente conflictivo en el que se avistaban dos opciones igualmente inaceptables: la estetización del atraso y del arcaísmo o la configuración de un arte moderno pero socialmente inconsistente. Al instalar su propia obra en la historia, ambos asumieron sus energías transformadoras y confiaron en el carácter renovador -o revolucionario- de los discursos culturales. Por esa vía contribuían a demoler el viejo orden y a construir un orden nuevo, a la vez que, inmersos en la modernidad social que anunciaban, la ponían en la escena enunciativa en sus discursos ensayísticos o poéticos, según el caso, con la esperanza de darles cauce y sentido al arte y la ideología, ya integrados dinámica y productivamente en el proceso social.

⁵⁵ En *La agonía de Mariátegui*, Alberto Flores Galindo ha explorado estas contradicciones del Amauta con la ortodoxia marxista de su tiempo. Cfr. A. Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui...* 1989.

Ambos vivieron, a la par de una intensa experiencia europea, algunos momentos fragmentarios de modernización en su propio país. En el caso de JCM, era la Lima de Leguía que en esos años había sido espectacularmente renovada.

Advertimos, a su vez, como se lee en el último epígrafe de este capítulo, que JCM se abstiene de identificar la identidad como algo ya hecho o como una identidad nacional; por lo contrario, la describe como el resultado de un proceso histórico que imagina en marcha, en un camino propio -nacional- hacia el socialismo. De este modo se perfila como un pensador - uno de los pocos- que piensa la identidad en la historia, no en términos de un ser sino de un hacerse, abierto a varias alternativas en el futuro. Por consiguiente, desde esta perspectiva, el socialismo en América no sería calco ni copia sino “creación heroica” (*Amauta* III, 17 de setiembre de 1928) (cfr. Cornejo Polar, 191). JCM privilegia la creatividad por sobre los modelos previos. La nación misma irá definiéndose a sí misma a través de su historia, y el intelectual será tan sólo un mediador. Todos estos planteos aparecen en el último de los *7e*, donde propone una periodización estrictamente literaria, no social ni marxista (*7e*, 239), que comprende tres etapas: colonial, cosmopolita, nacional. Las dos primeras, sin límites precisos, y la última, un proceso en plena formación, sin realizarse aún del todo y abierto a varias opciones posibles.

Por otra parte, da cuenta de la densidad de cada período, donde coexisten diversas corrientes en conflicto, como se advierte cuando sitúa a Melgar, que cronológicamente pertenece a la Colonia, dentro del período nacional, y a escritores contemporáneos como continuadores del primer tramo de la literatura. JCM observa la historia como un proceso de conflictos imbricados en un devenir en el que en cada momento ciertas alternativas se imponen y, por debajo de ellas, surgen opciones subordinadas que emergen y llegan a dominar en un período posterior, donde lo previamente hegemónico puede subsistir en forma residual durante un tiempo más o menos extenso.

La correlación de estos planteos con el entimema general del libro se evidencia en algunos puntos decisivos: por ejemplo, cuando JCM califica de ‘contradicción antagónica’ a la oposición entre lo colonial y lo nacional, similar a la que se da entre el feudalismo y el socialismo, cuando el capitalismo todavía no se ha terminado de realizar, pero encuentra que lo cosmopolita resiste y prepara, a la vez, el surgimiento de lo nacional. Tal vez se

⁵⁶ J. C. Mariátegui, “Poetas nuevos y poesía vieja” (1924), *Peruanicemos al Perú*, OC, 11, 26.

pueda entender el cosmopolitismo como una etapa que todavía no se realizó en lo social, es decir, la revolución modernizadora burguesa que habría propiciado el surgimiento de una dinámica social que conduciría al socialismo por la propia fuerza de sus contradicciones. De hecho, el cosmopolitismo es el equivalente literario a la acumulación de capital simbólico-tecnológico, con connotaciones de internacionalización, de la que surgirá la literatura nacional como reencauzamiento y transformación de esas energías y de las nuevas que irá suscitando, en camino hacia metas inéditas y distintas. De ahí se entiende que la oposición entre los dos últimos períodos no sea antagónica, puesto que el segundo supera pero se alimenta del primero, y que JCM aceptara sin reparos la existencia de un “indigenismo vanguardista” que de varias maneras alentó y estimuló y que sería, en cierto modo, la manifestación literaria de la tesis central sobre la convergencia entre indigenismo y socialismo.

Se evidencia aquí un problema mayor, que reside en que si la imagen y el proyecto de la nación peruana tiene en Mariátegui una filiación indígena, su interpretación de la literatura peruana –contradictoriamente- se limita a la literatura escrita en español. En este campo el origen está fijado en la conquista, y no en el Comunismo incaico. Esta contradicción deriva de la concepción de la lengua que regía la construcción de las grandes historias nacionales europeas, pero en los propios textos de JCM hay elementos suficientes para invalidar lo expuesto al comienzo de “El proceso de la literatura”, el último ensayo de *7e*. Sin encerrarse en dogmatismos herméticos: se abre a la discusión y hasta invita al debate que suele realizarse explícitamente en sus mismas reflexiones, sobre las siguientes cuestiones: en primer lugar, la dualidad quechua/español no está resuelta (*7e*, 205, 206, 236); en segundo lugar, la literatura peruana no es “orgánicamente nacional” (*7e*, 204-205), por su dispersión y porque el país íntegro es todavía una “nacionalidad en formación”; y tercero, la definición de lo nacional en literatura con un contenido originariamente indígena. La propuesta mariáteguiana contiene gérmenes que permiten traspasar esa frontera de la escritura en español y produce una interpretación más abierta que la que parece surgir de una lectura ligera del último ensayo.

En consonancia con lo que sostiene en otros planos, la literatura nacional es para JCM, al mismo tiempo moderna y hunde sus raíces y ancla su sentido último en la reivindicación de lo indígena y en la expresión de los sentimientos propios del “alma

indígena”, aunque algunos críticos reconocen que cierto manejo algo abstracto en este último punto, con rastros de una retórica del indigenismo que el Amauta había contribuido a superar. Resulta obvio, sin embargo, que su programa nacional en su vertiente literaria articula las dos categorías básicas de sus tesis centrales: la modernidad, en su versión socialista, y lo indígena, intuyendo que por la vía del “indigenismo vanguardista” se cumplirán las metas sociales y culturales de su proyecto. Así, por ejemplo, en el ensayo “Nacionalismo y vanguardia” (1927), sostiene que: “[L]a vanguardia propugna la reconstrucción peruana sobre la base del indio (...) busca para su obra materiales más genuinamente peruanos [que los de la Colonia], más remotamente antiguos”.⁵⁷ Sin embargo, para JCM, el indigenismo no era la única alternativa posible (7e, 334).

Para finalizar, como en los capítulos anteriores de esta segunda parte de nuestro estudio, dejaremos pendiente para un trabajo posterior el tratamiento exhaustivo de los aspectos argumentativos más cercanos al aparato conceptual de 7e, de difícil esclarecimiento político e ideológico, y el complejo entramado de relaciones donde textos e ideas luchan entre sí mostrando la dinámica interna de un discurso en constante proceso de construcción, aspectos merecedores de un desarrollo más detenido que excedería los límites razonables de nuestra investigación. Retomaremos, entonces, la elección deliberada del ensayo como el tipo discursivo más adecuado para enunciar las tesis y disquisiciones que se reúnen en 7e, con el propósito de esbozar algunas reflexiones finales sobre la dimensión que adquiere el ensayo en la escritura mariateguiana.

En primer lugar, el breve y doloroso itinerario vital de este “cuerpo sufriente” explica en parte que, a lo largo de sus treinta y cinco años de vida, fecundos y cargados de experiencias e ideas, anhelos y realizaciones, el Amauta haya escrito casi exclusivamente ensayos y textos doxológicos afines. Su corta vida, signada por la precariedad, la enfermedad y la pobreza, y curiosamente animada por la inquietud intelectual, no le dejó tiempo para proyectos de más largo aliento tales como escribir una novela, sino tan sólo para esa escritura de la espontaneidad cruzada por la reflexión y el análisis científico. Así el ensayo se comporta, en el contexto de la producción mariateguiana, como una poética de la urgencia y de la prisa de quien presiente que el tiempo se consume y la tarea que

⁵⁷ J. C. Mariátegui, “Nacionalismo y vanguardismo”, *Peruanicemos al Perú*, OC, 11, 74.

queda por delante es aún inmensa.⁵⁸ En segundo lugar, el sustrato genotextual sobre el que se construye *7e* -artículos aparecidos en publicaciones y revistas culturales peruanas- provee un formato lábil que acepta intercalaciones ulteriores y responde también a la exigencia de lo perentorio y a la necesidad de esbozar e improvisar rápidamente y con insistencia ideas previas que toman forma en el encadenamiento de sucesivas reescrituras.⁵⁹ Por último, destacamos que el modo ensayístico de JCM, tal como lo construye discursivamente, busca calar hondo y dejar huellas, invitando incoativamente a sus lectores a repensar sus aserciones y sumarse a sus planteos.

De este modo se crea un nuevo lugar de enunciación que elude y avanza sobre las posturas colonialistas. En este sentido, JCM inició también una ‘descolonización de la escritura’ en una acepción amplia del término, reinvirtiendo la función tradicional que había cumplido la letra como instrumento de colonización y potenciando el rol inverso de herramienta emancipatoria que había desempeñado en el proceso de formación de los estados nacionales. Tal vez sea precisamente esa marca de escritura abierta la que se impone como estrategia de una obra que no concluye, cuya interpelación permanece aún vigente, estimulando la búsqueda de nuevas alternativas, en tanto que en nuestra América permanezcan sus planteos y desafíos incumplidos.

⁵⁸ En las palabras finales del libro, cargadas de esperanza, el autor apuesta a que pueda obtenerse un saldo positivo de ese intercambio: “...un nuevo sentimiento, una nueva revelación se anuncian...” (*7e*, 350).

⁵⁹ En *La Escena Contemporánea*, JCM asocia su programa de escritura a dos géneros de la modernidad como el periodismo y el cine: “... el mejor método para explicar y traducir nuestro tiempo es un poco periodístico y un poco cinematográfico” (J.C. Mariátegui, *OC*, 1, 11).

EPÍLOGO

A modo de reflexión final, volveremos sobre algunas de las afirmaciones que sostuvimos a lo largo de nuestro estudio, con el fin de descubrir énfasis e insistencias y deslindar las distintas perspectivas adoptadas en cada caso. Como lo advertimos desde el comienzo, la selección de los textos no aspira a ser exhaustiva sino que procura trazar un itinerario entre tantos, que podría ser ampliado, sumando textos y lecturas, y por otra parte, sugiere otras líneas posibles de continuidad. Así, en el curso de la lectura, desde una mirada transversal se atraviesan al sesgo las cuestiones relevadas en la primera parte de nuestro estudio y, a partir de una serie de lineamientos teóricos, se demarca un tipo especial de un género por demás vasto e inclusivo: el *ensayo de interpretación cultural*. En la segunda parte del trabajo, se retoman esas líneas en las lecturas de los cuatro ensayos culturales que se presentan como puntos de llegada en el itinerario de indagación crítica recorrido.

Del cuadro inicial que esbozamos en lo que concierne al marco teórico-crítico sobre el ensayo y, en particular, sobre el ensayo latinoamericano, podemos recuperar las interrogaciones y preocupaciones que hilvanan los sucesivos tramos de nuestra investigación: ¿cuál es el lugar del tipo de ensayo que recortamos en la interacción de los juegos discursivos?, ¿cómo se reconoce la 'actitud' o el 'espíritu' ensayístico?, ¿qué estrategias argumentativas acompañan el comportamiento persuasivo que define la relación particular entre el sujeto enunciador y el destinatario-lector en esta clase de ensayo? y, por último, ¿cómo se inserta esta forma discursiva en las diferentes variantes que asume el proyecto moderno en las distintas regiones del subcontinente?

Consagrados a la tarea insondable de reflexionar acerca de la realidad (latino/hispano/indo)americana, de sedimentar una identidad colectiva posible y construir versiones de la nación en áreas muy diversas de Latinoamérica, los cuatro textos elegidos -miradas autocontemplativas de nuestra fisonomía cultural y objetos representativos de la *colección latinoamericana*- nos permiten dar comienzo a una

indagación sobre las diferentes maneras de representar la trama compleja y heterogénea de nuestra cultura, y relacionarlas con la *forma del ensayo*, las posibilidades que habilita y las nuevas capas de sentido que aporta a la configuración de las significaciones. Tangencialmente se apuntan reflexiones sobre las políticas culturales promovidas en cada caso frente a la cuestión de la alteridad (el otro / lo otro / los otros) y la propia identidad cultural, así como sobre el lugar desde donde estos letrados / intelectuales discurren y escriben.

En esta línea de trabajo, se ha juzgado más conveniente atravesar las urdimbres textuales, privilegiando sus pliegues menos evidentes y explorados (la génesis textual y sus huellas, la inserción en el intertexto histórico y socio-cultural a partir de algunos hechos y fenómenos puntuales, la función del sujeto enunciador como *intérprete cultural* -traductor, hermeneuta-, la relación de la propuesta agenciada en cada ensayo con las ideologías continentalistas en auge en esa época, entre otros), por sobre sus capas más obvias y visibles como las franjas temáticas compartidas y los repertorios ideológicos retomados en cada uno de ellos. Cabe señalar que estos nuevos flancos de ingreso que contribuyen a releerlos y reinterpretarlos con otras claves y perspectivas interpretativas, a menudo operan a contrapelo del programa que cada texto formula explícitamente y nos permiten leerlos en la complejidad y el espesor de sentido que los caracteriza.

Por otra parte, en la lectura crítica se ha optado por respetar la *dispositio* de cada texto, considerando que en el ensayo la sucesividad y el encadenamiento de cada una de las partes aportan significaciones que no siempre son atendidas. Nos ha importado sobre todo dejar discurrir libremente distintas posturas sobre la *cuestión cultural* que, por lo común, dan lugar a polémicas, debates, posiciones críticas formalizadas en reseñas y comentarios, incorporando en algunos casos remisiones a otros discursos contrarios, constantemente aludidos y eludidos. Asimismo, las diferentes modulaciones del discurso cultural latinoamericano representadas en los cuatro textos que ponemos en diálogo, se hacen visibles al encontrar las matrices más significativas de cada uno de los modos de decir y saber puestos en signo con el formato ensayístico. Así, en el *Facundo*, de Sarmiento, descubrimos el *ensayo-*

meditación, resultante de la expansión de un *graffiti* provocador, y en “Nuestra América”, de José Martí, un caso más cercano al *ensayo cognitivo*, un texto bélico portador de un alto grado de *estetización de lo político*, pese a estar inmerso en una densa trama política internacional; *La raza cósmica*, de José Vasconcelos, por su parte, es leído como un *ensayo utópico* que a su vez prologa el relato de su viaje por América del Sur y, finalmente, los 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de Mariátegui, reúne un conjunto de lecturas enfocadas desde distintas perspectivas disciplinares que conforman un *ensayo de interpretación cultural* propiamente dicho.

En suma, la travesía crítica por esas cuatro instancias discursivas nos ha enfrentado a cuatro modos enunciativos diferentes de trazar un cuadro descriptivo, reflexivo y polémico de cada *situación cultural* visualizada desde posiciones espacio-temporales e ideológicas muy diversas, que pueden ser analizadas en relación con otros textos. Los ensayos elegidos son ejemplos muy notorios que ocupan un lugar importante en la gran secuencia discursiva ensayística en la que dialogan, se refutan, rectifican o confrontan entre sí en una compleja interacción de saberes, a través de una *disputatio* abierta, desplegada o retomada en todos ellos.

Otra nota común en estos ensayos consiste en exponer los límites y alcances de cuatro posiciones distintas ante la cuestión del americanismo y, en particular, la curva pronunciada por algunos y su vigencia, cuando encuentran continuadores. Y si bien la meta de lograr la autonomía y la independencia intelectual en nuestros países aún avista un horizonte incierto, el planteo que se comunica en estos ensayos pone en evidencia que buena parte de los debates vigentes en la actualidad hunden sus raíces en el siglo XIX. De ahí el interés de estudiar los proyectos que contienen, donde la independencia cultural emerge como un programa presente en casi todos ellos, que excede lo estrictamente literario pero emerge como *paradoja* y *utopía*, oscilando entre dos polos: el nacionalismo que reivindica la tradición hispánica y criolla y, en algunos casos, mestiza, y la influencia universalizante de corrientes ideológicas y estéticas, sobre todo europeas, no necesariamente hispánicas.

Además es curioso advertir que, excepto el primer texto escrito por un argentino desde el exilio trasandino, los tres restantes mantienen alguna relación con

nuestro país que ocupa el lugar de una referencia idealizada y funciona como modelo o paradigma al que se aspira emular. Como corresponsal del diario *La Nación*, Martí menciona la Argentina como paradigma; por su parte, Vasconcelos escribe *La raza cósmica* como ensayo-prólogo de las impresiones de un viaje por América del Sur, en el curso del cual conoce la Argentina, entre otros países sudamericanos, y selecciona el modelo de “crisol de razas”, y JCM se relaciona con la vanguardia literaria, cultural y política y por esta vía entra en contacto con los principales referentes argentinos en esas esferas, muchos de los cuales aparecen citados o mencionados en sus escritos (José Ingenieros, Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, Leopoldo Lugones, y figuras salientes de la política -sobre todo socialistas y comunistas- y vinculados con la reforma universitaria, entre otros).

Precisamente en el proceder aparentemente ametódico del ensayo encontraron estos autores el molde ideal para configurar desplazamientos, desvíos y yuxtaposiciones ideológicas, trasplantes, mezclas y apropiaciones culturales (R. Schwarz), y sus propias posiciones de sujeto y sus fábulas de identidad/diferencia. De este modo, el aspecto dialógico del discurso ensayístico se revela central para el estudio de la dimensión incoativa, polémica y panfletaria del ensayo cultural latinoamericano, y evaluar su eficacia discursiva, que no se agota en la tensión apelativa hacia el lector y en el llamado a su colaboración, sino que se nutre de la ‘teatralidad’ propia del discurso, tal como la concibe desde la lógica discursiva Georges Vignaux, quien se detiene en la *puesta en escena* argumentativa, buscando construir una gramática de la argumentación.

Hoja de ruta parcial y focalizada de un recorrido y, sobre todo, de un modo de transitar la historia cultural, desde uno de sus costados letrados, el de las élites culturales o la historia intelectual latinoamericana, excluyendo la versión de los sectores no letrados, el ensayo como forma discursiva se convierte en una clave para leer transversalmente la constitución de un sujeto histórico, político, social, cultural, en el proceso mismo de su escritura, con sus grietas, aperturas y suturas. Así deviene la experiencia de una prosa que socava certidumbres y plantea más problemas que soluciones. En consecuencia, la invitación al lector a interpretar es una invitación a

participar en una experiencia profundamente perturbadora (de Obaldía, 34), una experiencia excéntrica que sugiere la lógica de la contradicción. En efecto, los cuatro ensayos se relacionan con un momento histórico particular del subcontinente, marcado por la emergencia de nuevas integraciones y la constitución de bloques y reconfiguraciones de fronteras en América Latina.

Como se sabe, la construcción de identidades y diferencias, o la *cuestión cultural* en Latinoamérica es un tema tan complejo y vasto que se ha llegado a negarlo o considerarlo un pseudoproblema, intentando evitar sus efectos paralizantes o la imposición de una visión monolítica. Por ende, indagar en las zonas contradictorias, en lo insondable –diría Antonio Candido-, “[S]ondear el vado” -retomando la imagen acuñada por Montaigne-, esa deriva de posiciones, tiene un costado político que nos interesa destacar. No se trata solamente de ofrecer una alternativa más, un camino alternativo posible sino de presentarlo como plausible, de manera convincente, y de recurrir a todas las estrategias; y es ahí, entonces donde cobra sentido el ingreso de la literatura. En tanto automiradas que calan hasta lo más hondo, cartografías culturales, mapas cuya lectura da cuenta de una de las tantas imágenes y representaciones que componen el complejo *collage* de matices, colores, sonidos, ideologías, tradiciones y proyectos contrapuestos del continente heterogéneo, atravesado de tensiones y de armonías invisibles.

Resumiendo, el estatuto precursor y provisorio del ensayo es la marca de una forma problemática o, mejor, es la respuesta a un mundo que se ha tornado problemático (de Obaldía, 39). En la negatividad de los tiempos modernos, el ensayo funciona como mediador entre las distintas oposiciones que los caracterizan: el yo y el mundo, el sujeto y el objeto, lo particular y lo universal, el arte y la filosofía. Las ventajas ofrecidas por la condición abierta que lo singulariza, y su permeabilidad para introducir replanteos y modificaciones, son comprensibles sobre todo si tenemos en cuenta que las sociedades de Latinoamérica nacieron en la diferencia (A. Chanady, XX), como naciones que lucharon por la independencia contra un centro imperial, y que en gran medida conforman sus identidades plurales, integrando y adaptando diferentes paradigmas. En otras palabras, la diferencia es constitutiva de nuestros

países, como en sus comienzos poscolombinos. Aunque admitamos que ninguna sociedad es una totalidad homogénea, pese a las estrategias homogeneizadoras de construcción de la nación, no se puede discutir que la diferencia en el 'Nuevo Mundo' ha sido extensamente simbolizada, constantemente tematizada y esgrimida como una de las fundaciones de una 'auténtica' identidad latinoamericana. Considerada generalmente en el marco de la constitución 'moderna' de "comunidades imaginadas" (B. Anderson), América también suele ser vista en términos de heterogeneidad o pluralidad posmoderna, cuya estructuración constantemente renovada de la nacionalidad (o de otras formas de identidad colectiva), desde la sociedad poscolonial, desafía la construcción de comunidades imaginadas monolíticas.

Repensar, pues, el concepto mismo de *modernidad* para Latinoamérica, desde la integración de formas heterogéneas, supone la búsqueda de certezas por construir, el rechazo de formas estéticas canónicas tradicionales, el énfasis de la literatura como producción de un principio de incertidumbre (Heinsenberg). Aunque deliberadamente no ingresamos en esta discusión, nos interesa señalar simplemente la posibilidad de ver la cuestión desde ese otro ángulo, que llevaría a revisar la relación entre la modernidad latinoamericana y el eurocentrismo, entre otros puntos. Desde donde miramos/pensamos la *cuestión cultural* como problema en el plano literario y político, la noción dinámica de *cultura*- inherente a la reflexión de las ciencias sociales que, a su vez, resultan indispensables para pensarla- asume tensiones y contradicciones en la secuencia de los textos elegidos, y se convierte -en la perspectiva de Marc Augé- en un dato antropológico (D. Cuche, 7) que alimenta la relación inestable que nutre el pensamiento crítico, las letras y la filosofía en Latinoamérica.

Anclado en el análisis textual, el punto de vista que guió nuestra reflexión buscó eludir el enfoque posmoderno que hace de aquel un 'fetiche' metodológico que absolutiza el enfoque reductor de los 'hechos'. En este sentido, el interés por la dimensión histórica de la cultura en las cuatro instancias estudiadas, a la vez que reconoce esa dimensión como ineludible, permite vincular los fenómenos y procesos culturales con las manifestaciones de la vida social. De este modo, el análisis textual se integra a la comprensión global de los discursos, en el marco del proceso cultural

donde los textos se articulan y pasan a ser *enunciados de una enunciación* cuyo sujeto es un emisor social imbricado en un proceso histórico de conjunto, en diálogo implícito con otros textos o discursos y con la realidad misma.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

A) Fuentes primarias

Textos latinoamericanos.

AAVV. *Ideas en torno de Latinoamérica*. 2 vols. Presentación de Leopoldo Zea. México: Coordinación de Humanidades – UNAM / UDUAL, 1986.

Alberdi, Juan Bautista. *Escritos póstumos*. Bs. As.: Imprenta Monkes, 1897-1899. [Tomo II: *El crimen de la guerra* [1870], V: *Facundo y su biógrafo* (Tb. *Grandes y pequeños hombres del Plata*. París: Garnier Hnos., s.f., 281-394), tomos VII y VIII: *América*, tomos VI, IX, X, XI y XII: *Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas de Sud América*].

----- . *Escritos póstumos*. Ed. Francisco Cruz. Bs.As.: Imprenta Alberdi, 1897 y 1901. [Tomos XV y XVI: "Memorias y documentos"].

----- . *La barbarie histórica en Sarmiento*. Bs.As.: Edics. Pampa y Cielo, 1964.

----- . *Obras completas*. Bs. As.: La Tribuna Nacional, 1886. [Tomo III: *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*; tomo IV: *Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina, Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina*].

Alsina, Valentín. "Notas al libro *Civilización y barbarie*" [*Revista de derecho, historia y letras*, t.X y XI, 1909], A. Palcos, ed. *Facundo* de D. F. Sarmiento. Edición crítica y documentada de A. Palcos. Bs.As.: Edics. Culturales Argentinas, 61, XIII- XXIV. 1ª ed.: La Plata: Univ. Nac. de La Plata, vol. I, 1938: 364-426

Arguedas, Alcides. *Pueblo enfermo*. Santiago de Chile; Ediciones Ercilla, 1937. 1ª ed.: 1909.

Bello, Andrés. "La Universidad" (Del discurso pronunciado al instalar la Universidad

- de Chile el 17 de septiembre de 1843), *El pensamiento vivo de Andrés Bello*.
Presentado por Germán Arciniégas. Bs. As.: Losada.
- Bilbao, Francisco. *El evangelio americano*. Selección, prólogo y bibliografía por
Alejandro Witker. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1988.
- . *Obras completas*. Edición de Manuel Bilbao. 2 tomos. Bs. As.: Imprenta de
Bs. As., 1866.
- Blanco Fombona, Rufino. *Ensayos históricos*. Caracas: Bibl. Ayacucho, 1981.
- Bolívar, Simón. *Doctrina del libertador*. Prólogo de Augusto Mijares. Compilación,
notas y cronología de Manuel Pérez Vila. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
2º edición.
- Bunge, Carlos Octavio. *Nuestra América. ensayo de Psicología Social*. 6º edic. Texto
definitivo, muy corregido con introd. de José Ingenieros. Bs.As.: Vaccaro,
1918. 1º edic: 1903.
- Chiaromonte, José Carlos (compil. y pról.). *Pensamiento de la ilustración. Economía y
sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Darío, Rubén. *Prosas políticas*. Introducción de Julio Valle-Castillo. Selección y notas
de Jorge Eduardo Arellano. Managua: Ministerio de Cultura - Nicaragua libre -
Colección popular dariana, 1982.
- . *Tantos vigores dispersos (Ideas sociales y políticas)*. Selección y notas de
Jorge Eduardo Arellano. Managua: Consejo Nacional de Cultura
- Fernández Retamar, Roberto. *Caliban. Apuntes sobre la cultura de Nuestra América*.
Buenos Aires: Editorial La Pleyáde, 1984.
- . *Todo Caliban*. Concepción - Chile: Cuadernos Atenea, 1998.
- García Calderón, Francisco. *Las democracias latinas de América. La creación de un
continente*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- González Prada, Manuel. *Páginas libres. Horas de lucha*. Prólogo y notas por Luis
Alberto Sánchez. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976.
- Hostos, Eugenio María de. *La cuna de América, Obras completas*, X. La Habana:
Editora Cultural, 1939.
- . *Mi viaje al sur, Obras completas*, VI. Edición conmemorativa del gobierno
de Puerto Rico 1839-1939. La Habana: Editora Cultural, 1939.

- . *Temas sudamericanos, Obras completas*, VII. La Habana: Editora Cultural, 1939.
- Ingenieros, José. *Evolución de las ideas argentinas, Obras completas*, IV. Edición de Aníbal Ponce. Bs.As.: Mar Océano, 1961.
- Lastarria, José V. "Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile. Memoria presentada a la Universidad de Chile" (22.IX.1844), *Obras*, VII. Sgo. de Chile, 1909: 17-143.
- . *Recuerdos literarios*. Sgo.de Chile, 1878.
- Mariátegui, José Carlos. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, Obras completas*, 2. 15° edic. Lima: Empresa Editora Amauta, 1988. 1° edic.: Lima: Empresa Editora Amauta, 1928.
- . *Correspondencia* , 2 tomos. Lima: Empresa Editora Amauta.
- . *Defensa del marxismo. Polémica revolucionaria, Obras completas*, 5. 13° ed. Lima: Amauta, 1987. 1° ed.: Lima: Amauta, 1959.
- . *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*. 9ª edic. Lima: Amauta, 1985.
- . *El artista y la época, Obras completas*, 6. 12° ed. Lima: Amauta, 1987. 1° ed.: Lima: Amauta, 1959.
- . *Historia de la crisis mundial*. Conferencias pronunciadas en 1923 y 1924, *Obras completas*, 8. 11° ed. Lima: Amauta, 1986. 1° ed.: Lima: Amauta, 1959.
- . *Ideología y política, Obras completas*, 13. 18° ed. Lima: Amauta, 1987. 1° ed.: Lima: Amauta, 1969.
- . *La escena contemporánea, Obras completas*, 1. 14° edic. Lima: Amauta, 1987. 1° edic.: Lima: Minerva, 1925.
- . *La novela y la vida. Siegfried y el profesor Canella. Ensayos sintéticos. Reportajes y encuestas, Obras completas*, 4. 13° ed. Lima: Perú, 1988. 1° edic.: 1955.
- . *Obras completas*. Edición popular. Editada y dirigida por Sandro, Siegfried, José Carlos y Javier Mariátegui Chiappe. 20 vols. Lima: Empresa Editora Amauta, 1957-1970.
- . *Peruanicemos el Perú, Obras completas*, 11. 11° ed. Lima: Perú, 1988. 1°

- edic.: 1970.
- . *Temas de Nuestra América, Obras completas*, 12. 9º edic. Lima: Amauta, 1986. 1º edic.: Lima, 1959.
- Martí, José. *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*. Edición crítica coordinada por Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez. Madrid; Barcelona; La Habana; Lisboa; París; México; Bs.As.; São Paulo; Lima; Guatemala; San José: ALLCA XX, 2003.
- . *Escritos de un patriota*. Selección y reseña de la historia cultural de Cuba por Raimundo Lazo. Bs. As.: Jackson, 1946.
- . *Nuestra América*. Prólogo de Juan Marinello. Selección y notas de Hugo Achugar. Cronología de Cintio Vitier. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- . “*Nuestra América*, texto cenital de José Martí” (Edición de “*Nuestra América*”, de José Martí, anotada por Cintio Vitier), AAVV. *José Martí a cien años de Nuestra América*. Coord. por Jesús Serna Moreno y Ma. Teresa Bosque Lastra. México: UNAM-CCYDEL–Coordinación de Humanidades-Panoramas de Nuestra América, 1993: 143-162. Tomado de *El Gallo Ilustrado* 1496, suplemento cultural de *El Día*, México D.F., domingo 24 de febrero de 1991.
- . *Cartas a Manuel A. Mercado*. México: Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1946.
- . *Obras completas*. 28 tomos. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 tomos. [El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro]
- . *Obras completas*. 27 volúmenes. Edición digital fidedigna de la 2º edición (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, 1975). La Habana: Centro de Estudios Martianos - Karisma Digital, 2001 (CD ROM).
- . *Obras Completas*. 74 tomos. La Habana: Ed. Trópico, 1936-1949.
- . *Poesía completa*. Edición Crítica. Vols. 1 y 2. Cuba: Editorial Letras cubanas, 1985.
- Pagliari, Lucila (selecc. e introd.). *La literatura de ideas en América Latina. Antología*. Bs.As.: Ediciones Colihue, 1987.

- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México: FCE., 1957. 1ª ed.: 1950.
- Prieto, Adolfo, selecc. *El ensayo romántico*. Textos de E. Echeverría, J. Ma. Gutiérrez y J.B. Alberdi. Bs.As.: CEAL, 1967.
- Rama, Carlos. *Utopismo socialista (1830-1893)*. Prólogo, selección, notas y cronología por Carlos M. Rama. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Reyes, Alfonso. *Posición de América*. México: CEESTEM - Editorial Nueva Imagen- Colección Cuadernos Americanos, 2, 1982.
- Rodó, José Enrique. *Ariel, Obras completas*. Edic. y prólogo de Emir Rodríguez Monegal. Madrid: Aguilar, 1967.
- Rodríguez, Simón. *Sociedades americanas*. Pról.de Juan David García Bacca. Edición de Oscar Rodríguez Ortiz. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990.
- . *Sociedades americanas en 1828*. Facsímil de la versión de Valparaíso, 1840.
- Rojas, Ricardo. *Blasón de plata, Obras*, tomo I. 3º ed. Bs.As.: La Facultad, 1922.
- . *Eurindia, ensayo de estética sobre las culturas americanas, Obras*, tomo V Bs.As.; La Facultad, 1925.
- . *La argentinidad. Ensayo histórico sobre nuestra conciencia nacional en la gesta de la emancipación 1810-1816, Obras*, tomo III. 2º ed. Bs.As.: La Facultad, 1922.
- . *La restauración nacionalista. Informe sobre educación*. Buenos Aires, 1909.
- Romero, José Luis y Luis Alberto Romero (selecc.). *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*. 2 tomos. Prólogo de J.L.Romero. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Rotker, Susana, estudio preliminar y selección. *Ensayistas de Nuestra América*. Tomo I. *De Moreno a Sarmiento*. Bs.As.: Editorial Losada, 1994.
- , estudio preliminar y selección. *Ensayistas de Nuestra América*. Tomo II. *De Bello a González Prada*. Bs. As.: Editorial Losada, 1994.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Antonino Aberastain. Vida de Dominguito. Necrologías, Obras*, XLV. Bs. As.: Editorial Luz del Día, 1953.
- . *Artículos críticos y literarios (1841-1842), Obras*, I. Bs. As.: Editorial Luz del Día, 1948.

- . *Artículos críticos y literarios (1842-1843), Obras, II.* Bs. As.: Editorial Luz del Día, 1948.
- . *Comentarios de la Constitución, Obras, VIII.* Bs.As.: Editorial Luz del Día, 1948.
- . *Conflicto y armonías de las razas en América, Obras, XXXVII.* Bs.As.: Editorial Luz del Día, 1953.
- . *Conflicto y armonías de las razas en América. 2ª parte póstuma, Obras, XXXVIII.* Bs.As.: Editorial Luz del Día, 1953.
- . *Cuestiones americanas, Obras, XXXIV.* Bs. As.: Edit. Luz del Día, 1952.
- . *Cuestiones americanas (Límites con Chile), Obras, XXXV.* Bs. As.: Edit. Luz del Día, 1952.
- . *Discursos populares, 1º volumen, Obras, XXI.* Bs. As.: Editorial Luz del Día, 1951.
- . *Discursos populares, 2º volumen, Obras, XXII.* Bs. As.: Editorial Luz del Día, 1951.
- . *El camino del Lacio, Obras, XXVI.* Bs. As.: Editorial Luz del Día, 1951.
- . *Escritos diversos (último tomo), Obras, LII.* Bs. As.: Luz del Día, 1956.
- . *Facundo.* Edic. crít. y documentada por A. Palcos. Bs. As.: Ediciones Culturales Argentinas, 1967. 1ª edic.: La Plata: Univ. Nac.de La Plata, 1938.
- . *Francisco J. Muñiz. Horacio Mann, Obras, XLIII.* Bs.As.: Edit. Luz del Día, 1953.
- . *Inmigración y colonización, Obras, XXII.* Bs.As.: Edit. Luz del Día, 1951.
- . *Las escuelas, base de la prosperidad y de la República en los EEUU, Obras, XXX.* Bs.As.: Edit. Luz del Día, 1952.
- . *Mi defensa. Recuerdos de provincia. Necrologías y biografías, Obras, III.* Bs. As.: Editorial Luz del Día, 1948.
- . *Obras completas.* 53 vols. Ed. Luis Montt- Augusto Belín Sarmiento. Bs.As.: 1895-1903. Reimpr. en Bs.As.: Edit. Luz del Día, 1948-1956.
- . *Memorias, Obras, XLIX.* Bs.As.: Edit. Luz del Día, 1954.
- . *Páginas literarias, Obras, XLVI.* Bs.As.: Edit. Luz del Día, 1953.
- . *Papeles del Presidente. 1868-1874. (Segunda Parte), Obras, LI.* Bs.As.:

Edit. Luz del Día, 1956.

------. *Política argentina 1841-1851, Obras, VI.* Bs.As.: Editorial Luz del Día, 1949.

------. *Progresos generales. Vistas económicas, Obras, XLI.* Bs.As.: Editorial Luz del Día, 1954.

------. *Quiroga, Aldao, El Chacho (1845-1863), Obras, VII.* Bs. As.: Editorial Luz del Día, 1949.

------. *Recuerdos de provincia (1850), Obras, III.* Bs. As.: Editorial Luz del Día, 1949

------. *Viajes por Europa, Africa y América (1845-1847), Obras, V.* Bs.As.: Editorial Luz del Día, 1949.

Sastre, Marcos - Alberdi, J.B. - Gutiérrez, J. Ma. - Echeverría, E. *El Salón literario de 1837.* Estudio preliminar de Félix Weinberg. Bs.As.: Hachette - El Pasado Argentino, 1958.

Sierra, Justo. *Evolución política del pueblo mexicano.* México-Bs.As.: FCE., 1950 (1º edic. :1900-1902).

Ugarte, Manuel. *El destino de un continente.* Madrid: Mundo Latino, 1923.

------. *El porvenir de América Latina. La raza, la integridad territorial y moral, la organización interior.* Valencia: Sempere, 1910. Tb. Bs.As.: Indoamérica, 1953.

------. *La nación latinoamericana.* Compilación, notas, prólogo y cronología de Norberto Galasso. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1983.

------. *La Patria grande.* Bs. As.: Coyoacán, 1960. 1º edic.: Madrid, Editorial Internacional, 1922.

------. *La reconstrucción de Hispanoamérica.* Bs. As.: Coyoacán, 1961.

Valle, José Cecilio del. *Obra escogida.* Selección, prólogo y cronología de Jorge Mario García Laguardia. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Vasconcelos, José. "Discurso pronunciado por el Lic. José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública, en el acto de la inauguración del nuevo edificio de la Secretaría", *Boletín de la Secretaría de Educación Pública.* México: 5-9.

------. *Bolivarismo y monroísmo. Temas iberoamericanos.* Sgo. de Chile: Ercilla,

1934.

- . *El pensamiento latinoamericano*. México: UNAM - Cuaderno de Cultura Latinoamericana 21, 1978.
- . *El viento de Bagdad. Cuentos y ensayos*. Selecc. y pról. de Antonio Castro Leal. México: Letras de México, 1945.
- . *Filosofía estética según el método de la coordinación*. Bs.As.-México: Ercilla, 1952.
- . *Hispanoamérica frente a los nacionalismos agresivos de Europa y Norteamérica*. Conferencias pronunciadas en la Facultad de Humanidades y Cs. de la educación de la Universidad Nacional de La Plata, 1934.
- . *Indología. Una interpretación de la cultura iberoamericana*. París: Agencia Mundial de Librería, s/f.
- . *La cultura en Hispanoamérica*. La Plata; Universidad Nacional de La Plata, 1934.
- . *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Argentina y Brasil (Notas de viajes a la América del Sur)*. Bs. As.: Espasa Calpe, 1948.
- . "Los escritores no somos de hoy", AAVV, *Memoria del Congreso de Escritores Martianos*. Homenaje por el centenario del nacimiento de José Martí de 124 escritores martianos. La Habana, febrero 1953.
- . *Prometeo vencedor*. Madrid: América, s/f.
- . "Ulises criollo", Antonio Castro Leal, ed. *La novela de la Revolución Mexicana*. México: Aguilar, 1970: 545 - 805.
- Viscardo y Guzmán, Juan Pablo, "Carta a los españoles americanos", *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*. Tomo I. Selección y notas por J.L. Romero y L.A. Romero. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Zea, Leopoldo (comp.). *Pensamiento positivista latinoamericano*. Vols. 1 y 2. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980.

B) Fuentes secundarias:

B) 1. Bibliografía general

- Abellán, José Luis. *La idea de América: origen y evolución*. Madrid: Istmo, 1972.
- Agosti, Héctor P. *Nación y cultura*. Bs.As.: Centro Editor de América Latina, 1982. 1ºed. 1959.
- Alberini, Coriolano. "La idea del progreso en la filosofía argentina", *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina*. Compil. Manuel Gonzalo Casas. La Plata: Fac. Hdades. y Cs. de la Educación - Univ. Nac. de La Plata, 1966: 85-106.
- Alegría, Fernando et al. *Literatura y praxis en América Latina*. Caracas: Monte Avila editores, 1974.
- Altamirano, Carlos. "Algunas notas sobre nuestra cultura," *Punto de vista. Revista de cultura*, IV, 18 (agosto de 1983): 6-10.
- , *Intelectuales. Notas de investigación*. Bogotá: Grupo Editorial Norma - Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación, 2006.
- , "Lo imaginario como campo del análisis político y social", *Punto de vista. Revista de cultura*, XIII, 38 (oct. de 1990): 11-14.
- , *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Bs. As.: Siglo XXI, 2005.
- , director. *Términos críticos de sociología de la cultura*. Bs.As.: Paidós, 2002.
- y Beatriz Sarlo. *Conceptos de sociología literaria*. Bs.As.: CEAL, 1980.
- Ambroise-Rendu, A.C. "Du dessin de presse à la photographie (1878-1914): histoire d'une mutation technique et culturelle", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 39 (1992).
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1993.
- Ansaldi, Waldo, entrev. "Debemos reinventar América Latina, pero...¿desde qué conceptos "pensar" América?" Conversación con José Aricó. *David y Goliath Revista del CLACSO*, a. XVI, 49 (jul. 1986): 3-16.

- Ardao, Arturo. *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*. Caracas: Monte Avila Editores, 1978.
- . *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas; CONAC, 1980.
- Arocena, Felipe - de León, Eduardo, eds. *El complejo de Próspero. Ensayos sobre cultura, modernidad y modernización en América Latina*. Montevideo; Vintén Editor, 1993.
- Bacon, Francis. *Works of Francis Bacon*. New York: Garrett Press, 1968.
- Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Trad.de Pablo Betesh. Bs.As.: Nueva Visión, 1991.
- Bajtin, M. *Estética de la creación verbal*. 2º edic. México: Siglo XXI, 1985. 1ª edic. en ruso: 1979.
- . *Esthétique et théorie du roman*. Paris: Gallimard, 1978.
- Barbier, Frédéric y Catherine Bertho Lavenier. *Historia de los medios: de Diderot a Internet*. Bs. As.: Colihue, 1999.
- Bauman, Zygmunt. *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Bs. As.: Universidad de Quilmes, 1997. 1º edic. en inglés: Polity Press, 1995.
- Bénéton, Philippe. *Histoire des mots culture et civilisation*. Paris: Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1975.
- Beigel, Fernanda. *El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*. Bs. As.: Editorial Biblos, 2003.
- Benveniste, Émile. *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI, 1993. 1ª ed.: 1958.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Bs.As.: Siglo XXI, 1989. 1º ed. en inglés: 1982.
- Beverley, John. "¿Hay vida más allá de la literatura?", *ESTUDIOS. Revista de Investigaciones Literarias*, 3, 6 (jul.-dic. 1995): 23-40.
- Bhabha, Homi K. *The location of culture*. London and New York: Routledge. Trad. al español: *El lugar de la cultura*. Trad. de César Aira. Bs.As.: Manantial, 2002.
- Biagini, Hugo E. *Filosofía americana e identidad. El conflictivo caso argentino*. Bs.As.: Eudeba, 1989.

- Bonfil Batalla, Guillermo, compil. *Hacia nuevos modelos de relaciones interculturales*. México: Pensar la cultura, 1993.
- Bory, Jean-Louis, "Premiers éléments pour une esthétique du roman-feuilleton", *Musique II: Tout Feu, Tout Flamme*. Paris: Julliard 1966.
- Bourdieu, Pierre. *Campo del poder y campo intelectual*. Bs.As.: Folios.
- . *Campo intelectual y proyecto creador*, Jean Pouillon et al., *Problemas del estructuralismo*. México: Siglo XXI, 1967.
- . *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*. Paris: Seuil, 1992.
- Brunner, José J. *América latina: cultura y modernidad*. México: Grijalbo-CONACYT, 1992.
- . *Cartografías de la modernidad*. Sgo.de Chile. Dolmen ediciones, 1994.
- Buber, Martin. *Caminos de la utopía*. México: FCE, 1955. 1º edic. alem.: 1950.
- Calabrese, Elisa y otros. *Itinerarios entre la ficción y la historia. Transdiscursividad en la literatura hispanoamericana y argentina*. Bs.As.: Grupo Editor Latinoamericano, 1993.
- Candido, Antonio. *Literatura e sociedade. Estudos de teoria e história literária*. Sao Paulo: Companhia Editora Nacional, 1976.
- Casullo, Nicolás, compil. y pról. *El debate modernidad-posmodernidad*. Bs.As: Puntosur, 1991. 1º edic.: 1989.
- Chanady, Amaryll, ed. *Latin American identity and the constructions of difference*. Minneapolis-Londres: University of Minnesota Press, 1994.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa, 1992.
- Chaunu, Pierre. *La expansión europea (siglos XII al XV) y Conquista y explotación de los nuevos mundos*, vols. 26 y 26 bis de *Nueva Clío*. "La Historia y sus problemas". Barcelona: Labor, 1973.
- Corominas, Joan. *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 1954. 1ª edición.
- Cuche, Denys. *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Bs.As.: Nueva Visión, 1999. 1ª edic. franc.: Paris, Ed. La Découverte, 1996.

- Curtius, E. *L'idée de civilisation dans la conscience française*. Paris: Publications de la Conciliation Internationale, 1929.
- de Certeau, Michel. *Heterologies. Discourse on the Other*. Translated by Brian Massumi. Foreword by Wlad Godzich. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986.
- Devés Valdés, Eduardo. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Tomo I: Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*. Bs. As.: Editorial Biblos / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000.
- Dussel, Enrique. *El encubrimiento del indio: 1492. Hacia el origen del Mito de la Modernidad*. México: Editorial Cambio XXI –Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, 1994.
- Ducrot, Oswald. *El decir y lo dicho*. Bs. As.: Hachette, 1984.
- Elías, Norbert. *The Civilizing Process*. I and II. Oxford: Basil Blackwell, 1978 and 1982.
- Fernández Moreno, César, coord. e introd. *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 1972.
- Fernández Retamar, Roberto. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. México: Copilco, 1981. 1º edic.: La Habana: Casa de las Américas, 1976.
- Follari, Roberto. *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*. Bs. As.: Rei Argentina S.A. - Instituto de Estudios y Acción Social - Aique Grupo Editor S.A., 1990.
- Fontana, Josep. *Europa ante al espejo*. Barcelona: Crítica, 1994.
- Foucault, Michel. "Governmentality", *The Foucault effect. Studies in governmentality with two lectures by and an interview with Michel Foucault*, Chapter 4. Edited by Graham Burchell, Colin Gordon and Peter Miller. Chicago: The University of Chicago Press: 87-104.
- , *La arqueología del saber*. Trad. de Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI, 1987. 1º edic. franc.: 1969.
- , *Microfísica del poder*. Edic. y traducción de Julia Varela y Fernando Alvarez-Uría. Madrid: Ediciones de la Piqueta, 1979.
- , *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Trad. de

- Elsa Cecilia Frost. México: S.XXI 1986. 1º edic.:París; Gallimard, 1968.
- Fowler, Alastair. *Kinds of Literature: Introduction to the Theory of Genres and Modes*. London. Oxford University Press, 1982.
- Fowler, Roger - Hodge, Bob - Kress, Gunther - Trew, Tony. *Lenguaje y control*. México: FCE, 1991.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 1989.
- Geertz, Clifford. *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona - Bs.As.: Paidós, 1994. 1º ed.: 1983.
- . *La interpretación de las culturas*. 8ª reimpr. Barcelona: Gedisa, 1997. Trad.por Alberto Bixio. 1ª edic.en inglés: Nueva York, 1973.
- , J. Clifford y otros. *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Compilación y traducción de Carlos Reynoso. México: Gedisa, 1991.
- Gellner, Ernest. *Naciones y nacionalismo*. Versión española de Javier Setó. Madrid-Bs.As.: Alianza Editorial, 1988.
- Genette, Gérard. *Palimpsestes: Le littérature au second degré*. Paris: Edits. du Seuil, 1982.
- Guerra, François-Xavier. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Editorial MAPFRE, 1992.
- Guizot, M. *Cours d'Histoire moderne. Civilisation en France*. Paris: Pichon et Didier, 1829.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. México: F.C.E., 1988.
- Habermas, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad (Doce lecciones)*. Versión castellana de Manuel Jiménez Redondo. Madrid: Taurus, 1989. 1º edic. alem.: 1985.
- . "Modernidad: un proyecto inconcluso", *El debate modernidad – posmodernidad*. Compil. y pról. De Nicolás Casullo. 1ª ed.: 1989. Bs.As.: Puntosur, 1991: 131-144.
- Halperín Donghi, Tulio. *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas*

- latinoamericanas*. Bs.As.: Sudamericana, 1987.
- . *Historia contemporánea de América Latina*. Bs. As.: Alianza editl., 1986.
- Heidegger, Martin. "Building, dwelling, thinking", *Poetry, Language, Thought*. Nueva York: Harper & Row, 1971.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Historia de la cultura en la América Hispánica*. México: FCE, 1986. 1º ed.: 1947.
- . *Las corrientes literarias literarias en la América Hispánica*. Trad. E. Díez Canedo. México: FCE, 1949.
- Hernadi, Paul. *Teoría de los géneros*. Barcelona: Antoni Bosch ed., 1978.
- Hernández Sánchez-Barba, Mario. *Historia y literatura en Hispanoamérica (1492-1820) (La versión intelectual de una experiencia)*. Valencia: Fundación Juan March / Editorial Castalia, 1978.
- Hobsbawm, Eric. "Introduction: Inventing Traditions", E. Hobsbawm/T. Ranger, *Invention of Tradition*. Cambridge: University Press, 1983: 1-14.
- . *Nations and nationalism since 1780. Programme, myth, reality*. Barcelona: Crítica, 1991.
- Horowitz, Irving Louis, secc. *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*. Tomo II. Contenido y contexto de las ideas sociales. Bs.As.: Eudeba, 1964.
- Humboldt, Alexander von. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. México: Editorial Porrúa, 1991.
- Jameson, Fredric. *Marxism and form. Twentieth century dialectical theories of literature*. Princeton: Princeton University Press, 1974. 1º edic.: 1971.
- . *The Political Unconscious. Narrative as a socially symbolic act*. Ithaca: Cornell University Press, 1982. 1º edic.: 1981.
- Jitrik, Noé. *El balcón barroco*. México: Universidad Autónoma de México, 1988.
- . *Producción literaria y producción social*. Bs.As.: Sudamericana, 1975.
- Jongue, S. "Les premier pas du feuilleton: chronique historique, nouvelle, roman", *Europe. Revue Littéraire Mensuelle*, 542 (1974).
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine. *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Bs.As.: Hachette.
- LaCapra, Dominick. "Rethinking Intellectual History and Reading Texts," en D.

- LaCapra y S. Kaplan. *Modern European Intellectual History; reappraisals and new perspectives*. Ithaca y Londres: Cornell Univ. Press, 1982.
- Lakoff, George y Mark Johnson. *Metáforas de la vida cotidiana*. Introducción de José Antonio Millán y Susana Narosky. Madrid: Cátedra - Teorema, 1980.
- Larraín Ibáñez, Jorge. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Barcelona-Bs. As. -México - Sgo. de Chile: Editorial Andrés Bello, 1996.
- Lasky, Melvin J. *Utopía y revolución*. México: FCE, 1985.
- Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Trad. de Hugo F. Bauzá. Bs. As.: Paidós, 1991. 1º edic. en ital.: 1977.
- . *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Trad. de Marta Vasallo. Bs. As.: Paidós, 1991. 1 edic. en ital.: 1977.
- Lenk, Kurt. *El concepto de ideología. Comentario crítico y selección sistemática de textos*. Bs.As.: Amorrortu, 1971.
- Litvak, Lily. *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*. Barcelona: Puvill Editor, 1980.
- Lynch, John. *Las revoluciones hispanoamericanas (1808-1826)*. Trad.por Javier Alfaya y Bárbara McShane. Barcelona: Editorial Ariel.
- Lotman Jurij M. y Escuela de Tartu. *Semiótica de la cultura*. Introd., selecc. y notas de Jorge Lizaso. Madrid: Cátedra, 1979.
- Mc Gann, Thomas F. *Argentina, EEUU y el sistema interamericano 1880-1914*. Bs. As., 1960.
- Macherey, Pierre. *Para una teoría de la producción literaria*. Traducción de Gustavo Luis Carrera. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1974. 1ª edic. franc.: 1966.
- Martínez Estrada, Ezequiel, "Cultura de aula y cultura de ágora", *Análisis funcional de la cultura*. Bs. As., 1967.
- Mato, Daniel, coord. *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*. Caracas: UNESCO-Edit.Nueva Sociedad, 1994.
- Medvedev, Pável (Mijail Bachtin), "La ciencia de las ideologías y sus problemas más inmediatos" (1928), *Il metodo formale nella scienza della letteratura; introduzione alla poetica sociologica*. 1ª parte, Cap. 1. Bari: Dedalo Libri,

- 1978.
- Mignolo, Walter D., ed., "Afterword", *Loci of enunciation and imaginary constructions: the case of (Latin)America*, II, 16, 1 (Spring 1995): 171-214.
- , ed., "Editor's introduction", *Loci of enunciation and imaginary constructions: the case of (Latin)America*, I, 15, 4 (Winter 1994): 505-521.
- , "La razón postcolonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales", *Revista del Celehis*, 4/5 (1995): 265-290.
- , "Occidentalización, imperialismo, globalización: herencias coloniales y teorías poscoloniales", *Revista iberoamericana*. Número especial dedicado a la *Literatura colonial: Identidades y conquista en América*, vol. LXI (en.-jun. 1995), 170-171: 27-40.
- , *The darker side of the Renaissance. Literacy, territoriality and colonization*. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press, 1995.
- Mitchell, W. J. T. (ed.). *Landscape and Power*. Chicago: Chicago University Press, 1994.
- Montaigne, Michel E. de. *Ensayos completos*. 3 tomos. Bs. As.: Edics. Orbis – Hyspamérica edics., 1984.
- , *Oeuvres completes*. Edit.par Albert Thibaudet et Maurice Rat. Paris: Bibliothèque de la Pléiade, 1962.
- Mortara Garavelli, Bice. *Manual de retórica*. Madrid: Cátedra, 1991. 1ª ed. ital: 1988
- Nettlau, Max. *Esbozo de historia de las utopías*. Trad. del alemán por D. Abad de Santillán. Bs. As.: Imán, 1934.
- Olson, David y Torrance, Nancy (compils.). *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona: Gedisa editorial. Colec. Lea, 1995.
- Ortega, Julio. "Identidad y posmodernidad en América Latina", *ESTUDIOS. Revista de investigaciones Literarias*, 3, 6 (jul.dic. 1995): 9-22.
- Perelman, Chaïm. *El imperio retórico. Retórica y argumentación*. Trad. de Adolfo León Gómez Giraldo. Colombia: Grupo Editorial Norma, 1997. 1º ed. en francés: Paris: Librairie Philosophique J. Vrin, 1977.
- - Olbrechts-Tyteca, L. *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Trad. española de Julia Sevilla Muñoz. Madrid: Gredos, 1989.

- Pérez, Joseph. *Los movimientos precursores de la emancipación en Hispanoamérica*. Madrid: Editorial Alhambra, 1977.
- Perilli, Carmen., comp. *Las colonias del Nuevo Mundo. Discursos imperiales*. Tucumán: IIELA - Facultad de Filosofía y Letras- Universidad Nacional de Tucumán, 1999.
- Pike, Fredrick B. *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America*. Notre Dame - London: University of Notre Dame Press, 1971.
- Pizarro, Ana, coord. e introd. *La literatura latinoamericana como proceso*. Bs. As.: C.E.A.L., 1985.
- Portocarrero, Gonzalo. *Racismo y mestizaje*. Lima: Sur, 1993.
- Rama, Angel. *La crítica de la cultura en América Latina*. Selecc. y prólogos de Saúl Sosnowski y Fundación Internacional Angel Rama. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985.
- . "Literatura y cultura en América Latina", *Revista de crítica literaria latinoamericana*, IX, 18 (1983): 7-35.
- . "Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica", Fernando Alegría y otros, *Literatura y praxis en América Latina*. Caracas: Monte Avila, 1974.
- Rama, Carlos M. *Historia de América Latina*. Barcelona: Bruguera, 1978.
- Real Academia Española (RAE). *Diccionario de la Lengua Española*. 21ª edición. Madrid, 1992.
- . *Diccionario de la Lengua Española*. 22ª edición. Madrid, 2001. Edición digital con modificaciones: Madrid, 2004.
- Ricoeur, Paul. "Hermenéutica y crítica de las ideologías", *Teoría*, 2 (1974): 5 - 43 .
- . *Ideología y utopía*. Madrid: Gedisa.
- Roig, Arturo Andrés. *El pensamiento latinoamericano y su aventura*. 2 vols. Bs. As.: CEAL, 1994.
- . "Nacionalidades, nacionalidad continental y cultura en nuestra América", *Tareas* (Panamá), 50 (1980): 65-87.
- . "Notas para una lectura filosófica del siglo XIX", *Revista de historia de América*.

- . *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: FCE, 1981.
- Romero, José Luis. *Las ideas políticas en Argentina*. Bs.As.: Sudamericana, 1992. 11° edic. 1° ed: México: FCE, 1956.
- . *Las ideologías de la cultura nacional y otros ensayos*. Seleccionado por Luis Alberto Romero. Postfacio por Tulio Halperín Donghi. Bs.As.: CEAL, 1982.
- . *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Bs.As.: Siglo XXI, 1986. 1° ed.: 1976.
- . *Situaciones e ideologías de Latinoamérica y otros ensayos*. Bs.As.: Sudamericana, 1986.
- Sarlo, Beatriz. *La batalla de las ideas*. Bs. As.: Ariel, 2001.
- - Schwarz, Roberto. "Literatura y valor". Debate sobre a coordenação de John Kraniauskas. Auditório do Prédio da Reitoria da Universidade Federal de Santa Catarina, 19 de agosto de 1998. Transcrição de Jorge Wolff. *Leituras do ciclo*. Ana Luiza Andrade, Maria Lucia de Barros Camargo e Raúl Antelo, orgs. Chapecó, Ilha de Santa Catarina: ABRALIC (1996-1998) e Editora Grifos, 1999: 287-306.
- Scarano, Mónica E. "Reflexiones al margen", M.Scarano –M. Marinone – G. Tineo. *La reinención de la memoria. Gestos, textos, imágenes en la cultura latinoamericana*. Rosario: Editorial Beatriz Viterbo, 1997: 13-42.
- Schwarz, Roberto. *Ao vencedor as batatas: forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro*. São Paulo: Duas Cidades, 1977.
- Sègre, Cesare. *Semiótica; historia y cultura*. Barcelona: Ariel, 1981.
- Simmel, Georg. "La metrópoli y la vida intelectual", *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península, 1986.
- Stabb, Martin. *América Latina en busca de su identidad*. Caracas: Monte Avila, 1969. 1° edic. en inglés: 1969.
- Terán, Oscar. "Acerca de la idea de lo nacional", Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*. Bs. As.: Ariel – UNQ, 1999.
- . *América Latina: positivismo y nación*. México: Antología de América Latina - Editorial Katún, 1983.
- . *En busca de la ideología argentina*. Bs.As.: Catálogos, 1986.

- . "La tradición liberal", *Punto de vista. Revista de cultura*, 50 (nov. 1994): 28-31.
- . *Positivismo y nación en la Argentina*. Con una selección de textos de J.M.Ramos Mejía, A.Alvarez, C.O.Bunge y J.Ingenieros. Bs.As.: Puntosur editores, 1987.
- Tarcus, Horacio. *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*. Bs. As.: Ediciones El cielo por asalto, 2001.
- Todorov, Tzvetan. *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. Trad. de Martín Mur Ubasart. México: Siglo XXI, 1991. 1º edic. en francés: 1989.
- Verón, Eliseo. *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Trad. del francés por Emilio Lloveras. Bs. As.: Gedisa, 1987.
- . *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*. Bs.As.: Univ.de Bs.As., Oficina de publicaciones, 1995.
- y otros. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Bs.As.: Hachette, 1987.
- Vignaux, Georges. *La argumentación. Ensayo de lógica discursiva*. Prólogo de Jean Blaise Grize. Trad. de Cecilia Hidalgo y Oscar Traversa. Bs.As.: Hachette. 1ª ed.en francés: Genève - Paris, Librairie Droz, 1976.
- Volney, Constantino Francisco Chasiebeuf de (Conde de). *Las ruinas de Palmira o Meditación sobre las revoluciones de los imperios*. Barcelona: Casa Editorial de José Codina, 1868, 2º edic.
- White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Trad. de Jorge Vigil Rubio. Bs.As.: Paidós, 1992. 1ª ed.ingl.: Baltimore - London, The Johns Hopkins University Press, 1987.
- . *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Trad. de Stella Mastrángelo. México: FCE, 1992. 1º ed. Ingl: Baltimore - London, The Johns Hopkins University Press, 1973.
- . *Tropics of discourse. Essays in cultural criticism*. 2ª ed. Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press, 1986. 1ª ed: 1978.
- Williams, Raymond. *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona-Bs.As.: Paidós, 1981.

- . "The Idea of Culture", P. Davison, R. Meyerson y E. Shils, eds. *Literary Taste, Culture and Mass Culture*, vol I. Cambridge: Chadwyck-Healey Ltd., 1978.
- . *Marxismo y literatura*. Prólogo de J. M. Castellet. Trad. de Pablo di Maso. Barcelona: Ediciones 62, 1980. 1º edic. ingl.: 1977.
- Zamudio, Berta et al. "Introducción" a *Elementos de semiología y análisis del discurso*. Curso C.B.C. Bs.As.: Edics. "Cursos Universitarios", 1990: I-VII.
- Zea, Leopoldo, coord. e introd. *América Latina en sus ideas*. México: UNESCO-Siglo XXI, 1986.
- . *Discurso desde la marginación y la barbarie*. México: FCE, 1990. 1º ed.: 1988.
- , compil. *Quinientos años de historia, sentido y proyección*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia-FCE, 1991.

B) 2. *Bibliografía teórica y crítica sobre el ensayo en general y el ensayo latinoamericano en particular.*

- Actas del *Simposio El ensayo hispánico* (29-31.I.1981). Isaac Jack Lévy - Juan Loveluck edits. Columbia- Carolina del Sur: Univ. of South Carolina - Hispanic Studies Series Nº 3, 1984.
- Adorno, Theodor W. "El ensayo como forma," *Notas sobre literatura*. Trad. de Manuel Sacristán. Ed. alem.: 1958. Barcelona: Ariel, 1962: 11-36.
- Alazraki, Jaime. "Estructura oximorónica en los ensayos de Borges," *La prosa narrativa de J.L.Borges*. Madrid: Gredos, 1974. Apéndice III: 323-333.
- . "Tres formas del ensayo contemporáneo: Borges, Paz, Cortázar," *Revista Iberoamericana*, 118-119 (en.-jun. 1982): 9-20.
- Altamirano, Carlos. "Ideas para un programa de historia intelectual". *Prismas* (Universidad Nacional de Quilmes, Argentina), 3 (1999). Ponencia leída en el Congreso de LASA (Chicago, set. 1998) (mimeo).
- Alvar, Manuel. "Historia de la palabra *ensayo* en español", M. Alvar et al. *Ensayo. Reunión de Málaga de 1977*. Málaga: Servicio de Publicaciones, Diputación

- Provincial de Málaga, 1977: 11-43.
- . "La turbada historia de la palabra *Ensayo*", *Dispositio* 22-23 (1983): 145-168.
- Amarilla, Lidia N.G. de. *El ensayo literario contemporáneo*. La Plata: Ministerio de Educación - Universidad Nacional de la Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1951.
- Andrenio (Eduardo Gómez de Baquero) "La prosa periodística y el ensayo", *Nacionalismo e hispanismo y otros ensayos*. Madrid: Historia Nueva, 1928.
- Angenot, Marc. "Argumentation et Discours", *Discours social/Social Discourse*, vol.II, 3 (Fall 1989):67-109.
- . *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*. Paris; Payot, 1982.
- . "Pour une théorie du discours social: problématique d'une recherche en cours", *Littérature, Médiations du social. Recherches actuelles*, 70 (mai 1988): 82-98.
- Arciniégas, Germán. *Con América nace la nueva historia. Textos escogidos*. Selección y prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.
- . "Nuestra América es un ensayo", *Cuadernos* 73 (París, junio de 1963): 9-16. Reedit.en G. Arciniégas, *Con América nace la nueva historia. Textos escogidos*: 356-371.
- Arenas Cruz, María Elena. *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla - La Mancha - Colección Monografías, 1997.
- Aullón de Haro, Pedro. *Los géneros ensayísticos en el siglo XX*. Madrid: Taurus, 1987.
- Baroja, Pío. "Las biografías y los ensayos", *Obras completas*, vol. V. Madrid: Biblioteca Nueva, 1948.: 1108.
- Barthes, Roland. *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica. Ayudamemoria*. Bs. As.: Ediciones Bs.As., 1982. 1ª ed. franc.: 1966.
- Bense, Max. *Hegel y Kierkegaard. Una investigación de principios*. México: UNAM, 1969.
- . "Über den Essay und seine Prosa", *Merkur* 1 (1947): 414-424. Tb. *Plakatwelt*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1952, 23-37. Hay trad.al

- español: *Sobre el ensayo y su prosa*. México: UNAM, 2003.
- Bensmaïa, Réda. *The Barthes Effect: The Essay as Reflective Text*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987.
- Bréchon, Robert. "Los ensayos," *Armas y letras*, 2º ép. 4, 1 (Nva. León-México, enero-marzo 1961): 75-85. Tb. en *Les lettres nouvelles*, 7(oct. 1960).
- Carilla, Emilio, "El ensayo hispanoamericano en la época colonial", (San Miguel de Tucumán, 1994), C. Perilli, comp., *Las colonias del Nuevo Mundo. Discursos imperiales*. Tucumán: IIELA – FFyL- UNT, 1999: 131-142.
- Cerda, Martín. *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo*. Valparaíso: Ediciones Universitarias, 1982.
- Cerutti Guldberg, Horacio, ed. *El ensayo en Nuestra América. Para una reconceptualización*. México: UNAM - Colección El Ensayo Iberoamericano, 1993.
- , ed. *El ensayo iberoamericano, perspectivas*. México: UNAM - Colección El ensayo iberoamericano, 1995.
- Chevalier, Tracey, ed. *Encyclopedia of the Essay*. London: Fitzroy Dearborn, 1998.
- Clemente, José Edmundo. *El ensayo*. Bs.As.: Ediciones Culturales Argentinas, 1961.
- de Obaldía, Claire. *The essayistic spirit. Literature, Modern Criticism, and the Essay*. Oxford: Clarendon Press – Oxford, 1995.
- Earle, Peter G. "El ensayo hispanoamericano como experiencia literaria," *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*: 23-32.
- , "El ensayo hispanoamericano, del modernismo a la modernidad," *Revista Iberoamericana*, 118-119 (en.-jun.1982): 47-57.
- , "On the contemporary displacement of the Hispanic American essay", *Hispanic Review*, XLVI, 3 (1978): 329-341.
- , "Sentido de la forma en el ensayo modernista," Iván A. Schulman, *Nuevos asedios al modernismo*. Madrid: Taurus, 1987: 227-234.
- , y Robert G. Mead, Jr., *Historia del ensayo hispanoamericano*. México: Ediciones de Andrea, 1973 (puesta al día de R. G. Mead, Jr. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. México: Ediciones de Andrea, 1956.
- Fernández, Teodosio. *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos*. Madrid: Taurus,

- 1990.
- Fernández Retamar, Roberto. "Ensayo de otro mundo," *Ensayo de otro mundo*. Chile: Edit. Universitaria, 1969: 10-18.
- Forster, Merlin H., ed. *Tradition and Renewal: Essays on Twentieth Century Latin American Literature and Culture*. Chicago: University of Illinois Press, 1975.
- Foster, David W. *Lectura semiótica del ensayo: textos representativos*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1983.
- Gelpí, Juan G. "Hacia el laberinto de la solidaridad: historia, literatura y espacio urbano en el México contemporáneo", Ana Lydia Vega, Fernando Picó, Juan G. Gelpí, Mario R. Cancel. *Historia y literatura*. Puerto Rico: Editorial Postdata, Historias (Asociación Puertorriqueña de Historiadores), 1995: 61-75.
- Giordano, Alberto. *Modos del ensayo. Jorge Luis Borges-Oscar Masotta*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1991.
- Giordano, Jaime. "El ensayo como escritura inteligente: ejemplos contemporáneos," *Actas del Simposio El ensayo hispánico*. Isaac Jack Levy- Juan Loveluck edits.: 9-15.
- . "El ensayo hispanoamericano de las últimas generaciones," *Mundo*, I, 2 (México, 1987): 73-79.
- y Daniel Torres, selecc. y edic. *La identidad cultural de Hispanoamérica. Discusión actual*. Santiago de Chile: Instituto Profesional del Pacífico - Monografías del Maitén, 1986.
- Gómez, Miguel. "El género que vino de la modernidad: El ensayo", *Atenea. Revista de ciencia, arte y literatura* 471 (1º sem. 1995): 191-214.
- . *Poéticas del ensayo venezolano del siglo XX: la forma de lo diverso*. Providence, RI: Ediciones INTI, 1996.
- Gómez de Baquero, Eduardo. "El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos", *El renacimiento de la novela en el siglo XIX*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1924.
- . "La prosa periodística y el ensayo", *Nacionalismo e hispanismo y otros ensayos*. Madrid: Historia Nueva, 1928.
- Gómez-Martínez, José Luis. "Krausismo, modernismo y ensayo," Iván A. Schulman,

- ed., *Nuevos asedios al modernismo*. Madrid: Taurus, 1987: 210-226.
- . *Teoría del ensayo*. México: UNAM, Cuadernos de Cuadernos, 1992. 1º edic.: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1981.
- . "Pensamiento hispanoamericano del siglo XIX," Luis Iñigo Madrigal (coord.) *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo II: Del neoclasicismo al modernismo*. Madrid: Cátedra, 1993.
- González, J. V. y Aníbal Ponce. *El ensayo de interpretación (1910-1930). Antología*. Seleccion., prólogo y notas por Jorge B. Rivera. Bs.As.: Centro Editor de América Latina, 1980.
- Good, Graham. *The Observing Self: Rediscovering the Essay*. London: Routledge, 1988.
- Grüner, Eduardo. *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 1996.
- Hozven, Robert. "El discurso del ensayo, a propósito de *O controle do imaginario*," *Revista chilena de literatura*, 26 (nov. 1985): 55-78.
- Kaminsky, Gregorio. "El alma y las formas del ensayo," Marcelo Percia, compil. *Ensayo y subjetividad*. Bs.As.: Eudeba, 1998.
- Kovadloff, Santiago, "El ensayo en el espejo", M. Percia, compil. *Ensayo y subjetividad*. Bs.As.: Eudeba, 1998
- Lagmanovich, David. "Hacia una teoría del ensayo hispanoamericano," *Actas del Simposio El ensayo hispánico*. Isaac Jack Levy - Juan Loveluck (edits.). Toronto - Canada: Ed. Univ. de Toronto, 1970.
- Leenhardt, Jacques. "La estructura ensayística de la novela latinoamericana," D. Viñas, A. Rama y otros. *Más allá del boom: literatura y mercado*. Bs. As.: Folios, 1984.
- Lévy, Isaac Jack y Juan Loveluck, eds. *El ensayo hispánico*. Actas del simposio "The Hispanic Essay: Theoretical Formulations, Authors, Trends and Issues". University of South Carolina, enero de 1981. Columbia: University of South Carolina, 1984.
- Levy, Kurt L. y Keith Ellis, eds. *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*.

- Memoria del XIV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Toronto - Canada: Ed. Univ. de Toronto, 1970.
- Loveluck, Juan. "El ensayo hispanoamericano y su naturaleza," *Los ensayistas*, I, 1 (marzo 1976).
- Lukács, Georg. "Über Wesen und Form des Essays. Ein Brief an Leo Popper", *Die Seele und die Formen* [1911]. Neuwied und Berlín: Luchterhand Verlag, 1971, 7-31. Edic. en español: "Sobre la esencia y la forma del ensayo: una carta a Leo Popper" *El alma y las formas. Teoría de la novela. Ensayos* (1920). Traducción de Manuel Sacristán. México: Grijalbo, 1985. 1ª edic.esp.: 1971.
- Madrigal, Luis Iñigo, coord. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Cátedra, 1993. Tomo 2.
- Marichal, Juan. *La voluntad del estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Barcelona; Seix Barral, 1957. Tb. Madrid: Revista de Occidente 1971. Reimpresión actualizada y corregida: *Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Madrid: Alianza, 1984.
- Martínez, José Luis, ed., introd. y notas. *El ensayo moderno mexicano*. 2 vols. México: FCE, 1958. 2º edic. refundida y aumentada: 1971.
- Martínez Estrada, Ezequiel, "Montaigne, filósofo impremeditado y fortuito", *Heraldos de la verdad. Montaigne, Balzac, Nietzsche*. Bs. As.: Nova, 1958.
- Mead Jr., Robert G. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. México: Ed. de Andrea, 1956. Reedit. y ampl. con colaboración de Peter G. Earle. México: Ed. de Andrea, 1973.
- Mejía Sánchez, Ernesto. "Ensayo sobre el ensayo hispanoamericano," *Ensayo y crítica literaria en Iberoamérica*: 17.
- . "Prólogo," *El ensayo actual latinoamericano. Antología*. México D.F.: Edics.de Andrea, 1971.
- Mignolo, Walter D. "Coloniality at large: knowledge at the late stage of the modern/colonial world system"(Ponencia leída en el Congreso de LASA, en Chicago, set. 1998), *JILAS (Journal of Iberian and Latin American Studies) Special issue on "The Subject of Cultural Studies"*. The University of Auckland, New Zealand (1999).

- ". "Discurso ensayístico y tipología textual," *Textos, modelos y metáforas*.
Xalapa, México: Univ. Veracruzana, 1984: 209-232.
- ". "Dominios borrosos y dominios teóricos; ensayo de elucidación conceptual,"
Filología, XX (1985): 21-40.
- Murena, Héctor A. "Ser o no ser de la cultura latinoamericana", *Ensayos sobre subversión*. Bs.As.: Sur, 1962.
- Nicol, Eduardo, "Ensayo sobre el ensayo", *El problema de la filosofía hispánica*.
Madrid: Tecnos, 1961: 206-239.
- Núñez, Estuardo. "Proceso y teoría del ensayo," *Revista hispánica moderna*, a.XXXI,
1-4 (1965): 357-364.
- Ortega y Gasset, José, "Lector," *Prólogo a Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela*. Madrid: Espasa Calpe, Colección Austral, 1964.
- Ossandón B., Carlos, compil. *Ensayismo y modernidad en América Latina*. Sgo. de Chile: Edics. Lom – Arcis.
- Oviedo, José Miguel. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- Percia, Marcelo, compil. *Ensayo y subjetividad*. Bs.As.: Eudeba - Secretaría de Cultura de la Facultad de Psicología de la UBA, 1998.
- Real de Azúa, Carlos. "Introducción y advertencia", *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo. Tomo I*. Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Letras Nacionales, 1964.
- Rest, Jaime. *El cuarto en el recoveco*. Bs. As.: CEAL, 1982.
- Rey de Guido, Clara. *Contribución al estudio del ensayo en Hispanoamérica*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de Historia - Estudios, monografías y ensayos, 1985.
- Reyes, Alfonso. *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria* (1944), *O.C.*, XV.
México: F.C.E.- Letras Mexicanas, 1963. Tb. México: F.C.E.-Lengua y Estudios Literarios, 1983.
- ". "Las nuevas artes," *Los trabajos y los días*, *O.C.*, IX. México D.F.: F.C.E., 1959.
- Ripoll, Carlos. *Conciencia intelectual de América. Antología del Ensayo*

- Hispanoamericano (1836-1959)*. Nueva York: Las Americas Publishing Company, 1966.
- Rodríguez Monegal, Emir. "El ensayo y la crítica en la América Hispánica", *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*: 221 -228.
- Rodríguez Ortiz, Oscar. *Paisaje del ensayo venezolano*. Maracaibo- Venezuela: Universidad Cecilio Acosta- Colección El nombre secreto, 1999.
- Roig, Arturo Andrés. "Nacimiento y etapas del ensayo de contenido filosófico-social en Argentina", *Numen*. Revista de la Editorial José María Cajica. Puebla – México, 8 (nov. – dic. 1969).
- . "El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursivas", *El pensamiento latinoamericano en el siglo XIX*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1986.
- Rosa, Nicolás, ed. *Historia del ensayo argentino. Intervenciones, coaliciones, interferencias*. Madrid-Buenos Aires: Alianza Editorial, 2002.
- Rotker, Susana. "Estudio preliminar", *Ensayistas de Nuestra América*. Seleccionado de S. Rotker. Tomo I. *De Moreno a Sarmiento*. Bs.As.: Edit. Losada, 1994: 7-41.
- Roy, Joaquín. "Del ensayo y la crítica," *El urogallo* (set. - dic. 1975): 129-134.
- Ruiz, Jorge Eliécer. "Del ensayo," *Eco*, 198-200 (abr., mayo y jun. 1978): 803-811.
- Sacoto, Antonio. "Introducción: El ensayo como género," *El indio en el ensayo de la América española*. Ecuador: Cuenca, 1981: 11-23.
- Scarano, Mónica E. "Discurso ensayístico, cultura e ideología en el sistema literario hispanoamericano," *Revista del Celehis*, I, 1 (1991): 155-166.
- . "Entre la historia y la ficción. El ensayo en Hispanoamérica: una discursividad fronteriza," Elisa Calabrese y otros. *Itinerarios entre la ficción y la historia. Transdiscursividad en la literatura hispanoamericana y argentina*. Bs. As.: G.E.L., 1993: 11-25.
- . "El ensayo latinoamericano del siglo XIX: la producción de significaciones culturales", *Literatura latinoamericana, otras miradas, otras lecturas. IX Jornadas de investigación*. Bs.As.: Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literatura Hispanoamericana, 1994: 163-166.
- . "La cuestión del discurso ensayístico. Hacia una delimitación del corpus

- ensayístico hispanoamericano," *Escritura* (Caracas), XV, 29 (en.-jun.1990): 187-198.
- ". "Los restos de la memoria herida... Ensayo y pensamiento cultural en Nelly Richard", *Actas del I Congreso Regional del Instituto de Literatura Iberoamericana*. "Nuevas cartografías críticas: problemas actuales de la Literatura Iberoamericana". Aula Angel Rama-FHyA-UNR, Rosario. 2006, *on line*.
- ". "Pensar Latinoamérica: tradición ensayística y políticas culturales", *II Congreso Internacional CELEHIS de Literatura*. Publicación virtual en sitio en Internet y en disco compacto. Mar del Plata: CELEHIS, 2006.
- Scholes, Robert and Carl Klaus (eds.), *Elements of Literature*. 4th. Edition. London: Oxford University Press, 1991.
- Schultz de Mantovani, Fryda. *Ensayo sobre el ensayo*. Santa Fe - Argentina: Univ. Nac. del Litoral, 1967.
- Skirius, John, comp. *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México: F.C.E., 1981.
- Stabb, Martin S. *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano.1890-1960*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1967.
- Victoria, Marcos. *Teoría del ensayo*. Bs.As.: Emecé, 1975.
- Vitier, Medardo. *Del ensayo americano*. México: F.C.E., 1945.
- Weinberg, Liliana. *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México: UNAM-FCE, 2001.
- , ed. *Ensayo, simbolismo y campo cultural*. México: CONACYT, UNAM-CCyDEL, 2003.
- ". *Ezequiel Martínez Estrada y la interpretación del Martín Fierro*. México: UNAM, 1992: 45-56.
- ". *Situación del ensayo*. México: CCYDEL- UNAM, 2006.
- ". *Umbrales del ensayo*. México: UNAM-CCyDEL 2004.

2.3. Bibliografía crítica específica sobre los autores y textos analizados

- AAVV. *Homenaje a José Carlos Mariátegui, Cuadernos Americanos*, nueva época, 48, vol. 6 (nov.-dic. 1994).
- AAVV. *José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento*. Lima: Amauta, 1993.
- AAVV. *José Martí a cien años de Nuestra América*. México: UNAM- Panoramas de Nuestra América, 1993.
- AAVV. *Primer Congreso de Estudios Latinoamericanos. Homenaje a José Martí a los 100 años de Nuestra América y Versos sencillos. Actas*. La Plata 12-14.IX.1991. La Plata: Secretaría de Extensión de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Univ. Nac. La Plata, 1994.
- Academia Argentina de Letras. *Sarmiento. Centenario de su muerte*. Recopilación de textos publicados por miembros de la Institución. Prólogo de Enrique Anderson Imbert. Buenos Aires: Biblioteca de la Academia Argentina de Letras, 1988.
- Alcibíades, Mirla. "Una 'tabla de valores': Pedro Henríquez Ureña en "El proceso de la literatura" de José Carlos Mariátegui", Javier Lasarte V. (coord.), *Territorios intelectuales. Pensamiento y Cultura en América Latina*. Caracas: Editorial La Nave Va, 2001: 305-319.
- Altamirano, Carlos. "El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, 9 (1º. sem. 1994): 7-19.
- y Beatriz Sarlo. "Identidad, linaje y mérito de Sarmiento," *Punto de vista*, 3, 10 (nov. 1980).
- . "Introducción" a D. F.Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*. Bs.As.: Espasa Calpe-Colecc.Austral. Bibl.de Literatura Hispanoamericana,1993:7-38.
- . "Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*," *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Bs.As.: C.E.A.L., 1983, 13-67.
- Alvarez Alvarez, Luis. *Estrofa, imagen, fundación: la oratoria de José Martí*. La Habana:Casa de las Américas,Ensayo- Premio extraord. sobre José Martí, 1995.
- Anderle, Adám. *Los movimientos políticos en el Perú*. La Habana: Edics. Casa de las

Américas, 1985.

Ara, Guillermo. "Las ediciones del *Facundo*," *Revista Iberoamericana*, XXIII, 46 (1958): 375-394.

Ardao, Arturo. "Las ciudades utópicas de Miranda, Bolívar y Sarmiento," *De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero*. México: Siglo XXI: 145-155.

-----, "Panamericanismo y latinoamericanismo", L. Zea, coord. e introd. *América Latina en sus ideas*. México: S. XXI, 1986.

Aricó, José. *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Puntosur editores, 1988.

-----, "La producción de un marxismo americano", *Punto de vista. Revista de cultura*, VII, 25 (dic. 1985): 7-12.

-----, *Marx y América Latina*. Bs.As.: Catálogos, 1988. 1º edic.: Lima: Cedep, 1980.

-----, selecc. y prólogo. *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México: Ediciones Pasado y Presente, 1980. 2º edic. corregida y aumentada. 1º edic.: 1978.

Barrenechea, Ana María. "Función estética y significación histórica de las campañas pastoras en el *Facundo*," *Textos hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy*. Caracas: Monte Avila, 1978, 61-86.

-----, "Ideas de Sarmiento antes de la publicación del *Facundo*," *Textos hispanoamericanos*, 11-33.

-----, "La configuración del *Facundo*," *Textos hispanoamericanos*, 35-59.

-----, "Sarmiento y el binomio Bs.As./Córdoba," *Revista Iberoamericana*, 143 (1988): 449-459.

Bazán, Armando. *Mariátegui y su tiempo. Y otros ensayos* de M. Moreno Sánchez, E. Orrego Vicuña, J. Marinello, W. Frank, L. F. Alarco, E. Espinoza, R. G. Mead Jr., J.C. Mariátegui, *Obras completas*, 20. 11º edic. Lima: Amauta, 1987. 1º ed.: Lima, 1959.

Arocena, Felipe - de León, Eduardo, eds. *El complejo de Próspero. Ensayos sobre cultura, modernidad y modernización en América Latina*. Montevideo; Vintén Editor, 1993.

- Blanco, José Joaquín. *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*. México: FCE, 1977.
- Botana, Natalio R. *Domingo F. Sarmiento. Una aventura republicana*. Bs.As.: F.C.E. Los nombres del poder, 1996.
- . *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*. Bs.As.: Sudamericana, 1984.
- . "Sarmiento y el orden político." *La Nación*, 11.IX.1988: 1.
- Bunkley, Allison Williams. *Vida de Sarmiento*. Trad. por Luis Echávarri. Bs. As.: Eudeba, 1966. 1º ed. en inglés: New Jersey, Princeton University Press, 1952.
- Canal Feijóo, B. "La polémica inconclusa", *Sur*, 341 (jul.- dic. 1977): 37-44.
- Carilla, Emilio. *El Romanticismo en la América hispánica*. 2º edic. corregida y ampliada. Madrid: Gredos, 1967.
- . *Lengua y estilo en el 'Facundo'*. Conferencia. Tucumán: Univ. Nac. de Tucumán, Depto. de Extensión Universitaria, 1954.
- Carsuzán, Ma. Emma, *Sarmiento, el escritor*. Bs.As.: 1949. Reimpr. en Acad. Arg.de Letras, *Sarmiento...*, pp.101-124.
- Cerutti Guldberg, Horacio. "Utopía y América Latina," *Utopías* (Fac. F. y L., UNAM), 2 (mayo- junio 1989): 8-12. Tb.en *La utopía en América*. México: CCyDEL, 1991.
- . *La utopía en América*.
- Chang-Rodríguez, Eugenio. "El indigenismo peruano y Mariátegui", *Revista Iberoamericana*, vol. L, 127 (abr.-jun. 1984): 367-393.
- Concha, Jaime. "On the threshold of *Facundo*", Tulio Halperín Donghi, Iván Jaksic, Gwen Kirkpatrick, Francine Masiello, eds. *Sarmiento. Author of a nation*. Berkeley- Los Angeles-London: University of California Press, 1994: 145-155.
- Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Edit. Horizonte, 1994.
- . *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: CEP, 1989.
- . "Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes" (1997), Texto base para las *IV Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA) Cuzco* (agosto 1999), difundido por una red de peruanistas, en el grupo de

discusión electrónica "Estudios Culturales Latinoamericanos".

Cúneo, Dardo. "Martí y el falso dilema", AAVV, *Memoria del Congreso de Escritores Martianos*. Homenaje por el centenario del nacimiento de José Martí de 124 escritores martianos. La Habana, febrero 1953.

------. "Crónica argentina de Martí", Prólogo a José Martí, *Argentina y la Primera Conferencia Panamericana*. Ordenación y prólogo de Dardo Cúneo. Bs. As.: Ediciones Transición, 1955: 7-29.

Dessau, Adalbert. *La novela de la Revolución Mexicana*. México: FCE, 1972. 1º edic. alem.: 1967.

Díaz Quiñones, Arcadio. "Martí: la guerra desde las nubes", Arcadio Díaz Quiñones, ed. *El Caribe entre imperios (Coloquio de Princeton)*, *Op.cit. Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, 9 (edición extraordinaria) (1997): 201-232. Tb. en "Dossier", José Martí, *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*. Coord.por R. Fernández Retamar y P. P. Rodríguez...: 2129-2148.

------. *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2006. Esp.cap. 3.

Domínguez Hernández, Marlen A. *Lengua y crítica en José Martí*. La Habana: Editorial Pablo de la Torriente, 1989.

Donoso, Armando, pról. y ed. *Sarmiento en el destierro*. Bs.As.: M. Gleizer, 1927.

Esteban, Angel. "José Martí. Autopercepción intelectual de un proceso histórico. Apuntes para una biografía", *Anthropos. Revista de Documentación científica de la cultura*, 169 (nov.-dic. 1995): 8-26.

EXEGESIS (Pto. Rico), Número dedicado a José Martí, a. 8, 23-24 (1995).

Fell, Claude. *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*. México: UNAM, 1989.

------. "Vasconcelos-Mariátegui: convergencias y divergencias 1924-1930", *Cuadernos americanos*, 11-36.

Fernández Díaz, Osvaldo. *Mariátegui o la experiencia del otro*. Lima: Amauta, 1994.

Fernández Retamar, Roberto. *Algunos usos de Civilización y Barbarie y otros ensayos*. Bs.As.: Contrapunto, 1988.

- ". "José Martí en los orígenes del antimperialismo latinoamericano", Primer Congreso Latinoamericano sobre el Pensamiento Antiimperialista", *Casa de las Américas*, Año XXV, Nº151 (jul.-ag. 1985).
- ". "Martí en su (tercer) mundo", *Ensayos de otro mundo*. Chile: Editorial Universitaria, 1969.
- ". "Prólogo" de José Martí. *Política de Nuestra América*. México: Siglo XXI: 9-34.
- Ferrari, Américo. "El concepto de indio y la cuestión racial en el Perú en los *Siete ensayos* de José Carlos Mariátegui", *Revista Iberoamericana*, vol. L, 127 (abr.-jun. 1984): 367-393.
- Flores Galindo, Alberto. *La agonía de Mariátegui*. 3ª edición. Lima: Instituto de Apoyo Agrario, 1989.
- ". *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*. 4º ed. Lima: Horizonte, 1994. 1º ed.: La Habana: Casa de las Américas, 1986.
- Forgues, Roland, compil. e introd. *Mariátegui, una verdad siempre renovada*. Lima: Amauta, 1994.
- y otros (eds.). *Encuentro internacional "José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento"*. Lima: Amauta, 1993.
- Foster, David William. "Procesos metadiscursivos en 'El proceso de la literatura' de Mariátegui (*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*)", *Para una lectura semiótica del ensayo latinoamericano*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1983.
- Franco, Luis. *Sarmiento entre dos fuegos*. Bs.As: Paidós, 1968.
- Gárate, Miriam V. "Facundo en *Los sertones* y viceversa. Un ensayo de lectura cruzada", Mónica Scarano, coord. *Resonancias y disonancias de Sarmiento en las Américas*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2006.
- ". *Olhares cruzados: entre Sarmiento e Euclides da Cunha*. Tese apresentada ao Curso de Teoria Literaria do Instituto de Estudos da Linguagem da Universidade Estadual de Campinas como requisito parcial para obtenção do título de doutor em Letras na área de Teoría Literaria. Campinas: Instituto de Estudos da Linguagem, 1995 (mimeo).

- García Marruz, Fina. *El amor como energía revolucionaria en José Martí*. La Habana: Centro de Estudios Marianos-Ediciones Pontón Caribe, 2003.
- Garrels, Elizabeth. "El *Facundo* como folletín," *Revista Iberoamericana*, 143 (abr.-jun. 1988): 419-447.
- , *Mariátegui y la Argentina: un caso de lentes ajenos*. Gaithersburg-Maryland: Ediciones Hispamérica, 1982.
- Gelpí, Juan G. "Cultura, sujeto y constitución de una crítica literaria: *Nuestra América* de José Martí y *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* de Pedro Henríquez Ureña", *Revista de Estudios Hispánicos* (Puerto Rico), XXIV, 1 (1997): 69-83.
- Germaná, César. *La polémica Haya de la Torre - Mariátegui: Reforma o Revolución en el Perú*. Lima: Cuadernos de Sociedad y Política 2, 1977. 2º ed.
- Giordano, Jaime. "Notas sobre Vasconcelos y el ensayo hispanoamericano del siglo XX," *Hispanic Review*, 41 University of Pennsylvania, 1973): 541-554.
- Gómez-Martínez, José Luis. "Mariátegui y el ensayo: de la estructura de la modernidad a un discurso antrópico", *Cuadernos americanos, Homenaje a José Carlos Mariátegui (1894-1930)*, 48, 6 (nov.-dic. 1994): 79-88.
- González Echevarría. "The Case of the Speaking Statue: *Ariel* and the Magisterial Rethoric of the Latin American Essay", *The Voice of the Masters. Writing and Authority in Modern Latin American Literature*. Austin: University of Texas Press, 1988. 1º ed.: 1985: 8-32.
- , "Redescubrimiento del mundo perdido: el *Facundo* de Sarmiento," *Revista Iberoamericana*, 143 (abr.-jun.1988).
- Graña, María Cecilia. "La utopía como *analogon*: Sarmiento y el proyecto de una ciudad moderna", *Cuadernos Hispanoamericanos. Los Complementarios.*, 3 (1989).
- Guerrero, Luis Juan. *Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del FACUNDO*. Bs.As.: Imprenta López, 1945.
- Halperín Donghi, Tulio, selección, prólogo y cronología. *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980.
- , Iván Jaksic, Gwen Kirkpatrick, Francine Masiello, eds. *Sarmiento. Author of a nation*. Berkeley -Los Angeles -London: University of California Press, 1994.

- ". "Sarmiento el progreso como obligación histórica". Entrevista de Ricardo Kunis. *Clarín. Cultura y nación*, 21.IV.1988: 1-3.
- ". "Sarmiento; su lugar en la sociedad argentina post-revolucionaria", *Sur*, 341 (jul.-dic. 1977): 121-135.
- ". "*Surgir en un día*. La búsqueda de un lugar en el mundo y las ambigüedades en un desenlace victorioso," *Filología*, XXIII, 2 (1988): 3-44.
- ". *Una nación para el desierto argentino*. Bs. As.: CEAL, 1982. 1ª edición: "Prólogo" a *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-80)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980.
- Hidalgo de Paz, Ibrahim. *José Martí 1853-1895. Cronología* La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2003. 2º ed.
- Ibáñez, Alfonso. "Mariátegui, educador socialista," *Memoria. CEMOS*, 59 (oct. 1993): 47-51.
- Iduarte, Andrés. *Martí escritor*. México: Joaquín Mórtiz, 1982. 1º ed.: México, 1945.
- Jiménez, José Olivio - Antonio R. de la Campa, selección, introducción y bibliografías. *Antología crítica de la prosa modernista hispanoamericana*. Nueva York: Eliseo Torres & Sons, 1976.
- Jiménez, José Olivio, ed. *Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana*. Nueva York: Eliseo Torres & Sons, 1975.
- Jitrik, Noé. *Muerte y resurrección de Facundo*. Bs.As.: CEAL, 1968.
- ". Prólogo a *Facundo* por D. F. Sarmiento. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977. Reimpr. como "El *Facundo*: la gran riqueza de la pobreza," *La memoria compartida*. Bs.As.: CEAL, 1987: 104-145.
- ". "*Insomnes y oníricos*. Sobre la crítica" (mimeo), Bs. As., 31.VIII.1994.
- ". "Lectura de Vasconcelos", *El balcón barroco*. México: UNAM, 1988.
- Katra, William. "El *Facundo*: contexto histórico y estética derivada", *Cuadernos americanos*, XL, 3 (1981).
- ". "Sarmiento frente a la generación de 1837," *Revista Iberoamericana*, 143 (abr.-jun.1988): 525-549.
- ". "Sarmiento en los Estados Unidos", *Todo es Historia*, a. XXII, 255 (sept. 1988): 6-45.

- Kohan, Néstor. "Los combates de Mariátegui", *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Prólogo de Michael Löwy. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2000.
- Krauze, Enrique. *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. 5° edic. México: Siglo XXI, 1985. 1° edic.: 1976.
- Lacay, Celina. *Sarmiento y la formación de la ideología de la clase dominante*. Bs.As.: Contrapunto, 1976.
- Lagmanovich, David. "Los Estados Unidos vistos con los ojos de nuestra América". En José Martí, *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*. Edición crítica de Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez. Madrid; Barcelona; La Habana; Lisboa; París; México...: Colección Archivos - Casa de las Américas, 2003: 1848-1861.
- Lasarte Valcárcel, Javier, coord., *Territorios intelectuales. Pensamiento y Cultura en América Latina*. Caracas: Editorial La Nave Va, 2001.
- Leavitt, Sturgis E., "José Martí, intérprete de los Estados Unidos". En AAVV, *Memoria del Congreso de Escritores Martianos*. Homenaje por el centenario del nacimiento de José Martí de 124 escritores martianos. La Habana, febrero 1953.
- Lemperière, Annick. *Intellectuels, Etat et société au Mexique XXe. siècle. LES CLERCS DE LA NATION*. Paris: L'Harmattan. Recherches & documents. Ameriques Latines. Chapitre premier: "Le Nouveau Régime et les intellectuels (1910-1934)", 29-50.
- Lida, Raimundo. "Sarmiento y Herder," *Memoria del Segundo Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana*. California, Los Angeles, 1940.
- Lizaso, Félix. *Martí, místico del deber*. Bs.As.: Ed. Losada, 1952.
- Losada, Alejandro. *La literatura en la sociedad de América Latina. Perú y el Río de la Plata (1837-1880)*. Frankfurt: Editionen der Iberoamericana, 1983.
- Ludmer, Josefina. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Bs. As.: Edit. Sudamericana, 1988.
- , comp. *Las culturas del fin de siglo en América Latina*. Coloquio en Yale, 8 y 9 de abril de 1994. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1994.
- Luna Vegas, Ricardo. *Mariátegui, Haya de la Torre y la verdad histórica*. Lima:

Horizonte, 1983.

Manrique, Nelson. "*Mariátegui y el problema de las razas*". Trabajo leído en el Coloquio Internacional "Mariátegui entre la memoria y el futuro de América Latina". México D.F.: ENAH-CCYDEL (UNAM), setiembre de 1994. Versión Publicado en Liliana Weinberg y Ricardo Melgar Bao (eds.), *Mariátegui entre la memoria y el futuro de América Latina*. México: UNAM – Cuadernos de Cuadernos, 10, 2000: 281-303.

Mañach, Jorge. *Martí, el apóstol*. Bs.As.: Espasa-Calpe, 1952.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Sarmiento*. Bs.As.: Sudamericana, 1969. 1ª ed.: Argos, 1946.

-----". "Sarmiento y Martí," *Cuadernos Americanos*, V, 28, no. 4 (jul.-ag.1946): 197-214.

Mazade, Charles de. "De l'Américanisme et des Républiques du Sud. Quiroga et Rosas. *Civilización y barbarie* por Domingo F. Sarmiento", *Revue des Deux Mondes*, XVI (15.XI.1846): 625-659. Reedit. en *Facundo* de D.F. Sarmiento. Edic. crít. y document. de A. Palcos. La Plata: Univ. Nac. La Plata, 1958, 328-363.

McGann, Thomas F. *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*. Trad.por G.O.Tjarks. Bs.As., 1960

Mejía Sánchez, Ernesto "Estudio preliminar" a Carlos María de Bustamante, *No conviene a la libertad de la nación mexicana...* México: Colección Bibliófilos Oaxaqueños, 2ª serie, 1974.

-----". "Introducción: José Martí en *El Partido Liberal (1886-1892)*", J. Martí, *Nuevas cartas de Nueva York*. Investigación, introducción e índice de E. Mejía Sánchez. México: Siglo XXI – Colección América Nuestra, 1980

Melgar Bao, Ricardo. "La IC frente al dilema de raza y nación en América Latina", *Memoria. Centro de Estudios del Movimiento obrero y socialista*. vol III, 27 (jul.-ag.1989): 324-343.

Melis, Antonio. "José Carlos Mariátegui hacia el siglo XXI", Prólogo a *Mariátegui total*. Lima: Ediciones Amauta, 1994.

-----". "José Martí y la descentralización de la inteligencia", *Casa de las Américas*, XXXII, 185 (oct.-dic.1991): 127-131.

- . "Mariátegui, el primer marxista de América", José Aricó (sel.y pról.)
Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano. 2ª ed. corregida y
aumentada. México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1980.
- Montaldo, Graciela. "El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza, cultura en Bello y
Sarmiento", Beatriz González Stephan – Javier Lasarte-Graciela Montaldo-Ma.
Julia Daroqui (compils.). *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y
sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana-
Equinoccio-Edics.de la Universidad Simón Bolívar, 1995.
- Morales Pérez, Salvador. *José Martí: vida, tiempo, ideas*. México: Sociedad Cultural
Miguel Hidalgo, CEM,... 2003.
- Morse, Richard. *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*.
México: Siglo XXI, 1987.
- . "La cultura política iberoamericana. De Sarmiento a Mariátegui." AA.VV.,
De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero. México: Siglo XXI,
225-257.
- Núñez, Estuardo. *La experiencia europea de José Carlos Mariátegui y otros ensayos*.
Lima: Empresa Editora Amauta, 1978.
- Opatrny, Josef. "La crítica martiana del concepto del panamericanismo de James G.
Blaine", Walther L. Bernecker (ed.). *1898: su significado para Centroamérica y
el Caribe ¿Cesura, cambio, continuidad?* Frankfurt am Main: Vervuert Verlag
– Madrid: Iberoamericana, 1998: 113-129.
- Orgaz, Raúl A. "Herder y el pensamiento argentino," *Vico y Herder*. Bs.As.: Inst. de
Filosofía y Letras, 1948: 389-392.
- . "Sarmiento y el naturalismo histórico." Córdoba: Imprenta Rossi, 1940.
Reimpr. en su *Sociología argentina, Obras Completas*, Semblanza preliminar
de Arturo Capdevila. Córdoba: Alessandri, 1950, 267-332.
- Palcos, Alberto. *El Facundo: Rasgos de Sarmiento*. Bs.As.: Elevación, 1945. 2da.
edic.correg. y aumentada. 1ª ed.: Bs.As.: El Ateneo, 1934.
- . Prólogo a *Facundo* de D. F. Sarmiento. Edic. crít. y documentada de A.
Palcos. Bs.As.: Edics. Culturales Argentinas, 61, XIII- XXIV. 1ª ed.: La Plata:
Univ. Nac. de La Plata, vol. I, 1938.

- , Sarmiento. *La vida, la obra, las ideas, el genio*. Bs.As.: El Ateneo, 1938. 1ª ed.: 1929.
- Paris, Robert. "El marxismo de Mariátegui", *Aportes. Revista trimestral de ciencias sociales*, 17 (julio de 1970): 7-30. Tb.en José Aricó (selecc.y pról.), *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. 2º edición corregida y aumentada. México: Cuadernos de Pasado y Presente 60, 1980: 119-144.
- , "Para una lectura de los 7 ensayos", José Aricó (selecc.y pról.), *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México: Cuadernos de Pasado y Presente 60, 1980: 309-321.
- Pellicer, Jaime O. *El Facundo: signficante y significado. Estudio de raíces, influencias y proyecciones*. Bs.As.: Trilce, 1990.
- Pérus, Françoise. "Heterogeneidad cultural e historia en los *Siete ensayos* de José Carlos Mariátegui. (De Sarmiento a Mariátegui)", *Cuadernos Americanos, Homenaje a José Carlos Mariátegui (1894-1930)*, 48, 6 (nov.-dic. 1994): 110-118. Tb. en Liliana Weinberg y Ricardo Melgar Bao (eds.), *Mariátegui entre la memoria y el futuro de América Latina*. México:UNAM – Cuadernos de Cuadernos, 10, 2000: 17-30.
- , *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*. Xalapa: Univ. Veracruzana- Cuadernos del Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias del Instituto de Investigaciones Humanísticas, 1992. Edición aumentada. 1º ed.: La Habana: Casa de las Américas, 1976 y México: Siglo XXI, 1976.
- Picón Garfield, Evelyn - Schulman, Iván A. "*Las entrañas del vacío*". *Ensayos sobre la modernidad hispanoamericana*. México: Cuadernos americanos, 1984.
- Piglia, Ricardo. "Facundo: el comienzo," *Un escritor llamado Sarmiento, Página 12. Culturas*, 11.IX.1988: 2-3.
- , "Sarmiento the Writer", Tulio Halperín Donghi, Iván Jaksic, Gwen Kirkpatrick, Francine Masiello, eds. *Sarmiento. Author of a nation*. Berkeley-Los Angeles-London: University of California
- , "Notas sobre *Facundo*," *Punto de vista*, a. III, 8 (marzo - junio 1980): 15-18.
- Pinilla, Norberto. *La polémica del romanticismo en 1842. V. F. López. D. F. Sarmiento. S. Sanfuentes*. Bs. As.: Americalee, 1943.

- Pomer, León "Sarmiento, el caudillismo y la escritura de la historia", *Cuadernos hispanoamericanos. Los complementarios*, 3 (1976): 7-36.
- Ponce, Aníbal. *Sarmiento, constructor de la Nueva Argentina, Obras completas*, vol.5. Bs.As.: J. Héctor Matera, 1938, 1951. 1ª edic.: Madrid, 1932. Reimpr. con est. prel. de Luis F. Iglesias. Bs. As.: Solar- Hachette, 1976.
- Portuondo, J.A. *Martí, escritor revolucionario*. La Habana: Centro de Estudios Martianos - Editora Política, 1980.
- Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. 1820-1850*. Bs.As.: Sudamericana, 1996.
- Quesada y Miranda, Gonzalo de. *Martí periodista*. La Habana: Rambla y Bouza, 1929.
- Quijano, Aníbal. "Colonialidad y modernidad racionalidad", Heraclio Bonilla, compil., *Los conquistados. 1492 y la población indígena de las Américas*. Cap. 14. Sta. Fe de Bogotá: FLACSO - Sede Ecuador - Tercer Mundo Editores - Libri mundi, 1992: 437-447.
- . *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*. Lima: Sociedad & Política Ediciones, 1988.
- . "‘Raza’, ‘etnia’ y ‘nación’ en José Carlos Mariátegui: cuestiones abiertas," *Encuentro Internacional José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento*. Lima: Amauta, 1993.
- . *Reencuentro y debate. Una introducción a Mariátegui*. Lima: Centro de Investigaciones Sociales - Mosca azul editores, 1981.
- Rama, Angel. *La ciudad letrada*. Prólogo de Hugo Achugar. Montevideo: Arca, 1995.
- . "La dialéctica de la modernidad en José Martí", *Estudios martianos, Seminario José Martí*. Río Piedras-Pto-Rico, Universidad de Puerto Rico, 1971: 129-197.
- . *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Ed. Arca, 1985.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: FCE, 1989.
- . "Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo* de D.F. Sarmiento," *Revista Iberoamericana*, 143 (abr.- jun. 1988): 551-569. También edit. en J.

- Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Bs.As.: F.C.E., 1989, Primera parte, Cap. I: 19-34.
- Real de Azúa, Carlos. "Ante el imperialismo, colonialismo y neocolonialismo", L. Zea, coord. e introd. *América Latina en sus ideas*. México: Siglo XXI, 1986.
- . "Los males latinoamericanos y su clave. Etapas de una reflexión," *Punto de vista. Revista de Cultura*, IV, 18 (agosto de 1983). Tb. publicado en su *Historia visible e historia esotérica: personajes y claves del debate latino-americano*. Montevideo: Arca/Calicanto, 1945.
- . "Modernismo e ideologías". *Punto de Vista. Rev. de cultura*. Año IX. N°28. Nov.1986.
- . "Prólogo" a *Ariel*, José Enrique Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo*. Edición, y cronología de A. Rama. Caracas: Bibl. Ayacucho, 1976: IX-XXXV.
- Revista Iberoamericana*, 143. Número especial dedicado a D.F.Sarmiento (1811-1888). Dirigido por Beatriz Sarlo, vol. LIV, 143 (abril-junio 1988).
- Rodríguez, Pedro Pablo. *De las dos Américas. (Aproximaciones al pensamiento martiano)*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2002.
- , compil. y prólogo: *El periodismo como misión*. La Habana: Pablo de la Torriente Editorial - Unión de Periodistas de Cuba, 2002.
- Rodríguez Pérsico, Adriana. "Modelos de Estado: figuras utópicas y contrautópicas," *Filología*, XXIII, 2 (1988): 90-119.
- . "Sarmiento y la biografía de la barbarie," *Cuadernos Hispanoamericanos*, 456 (1988).
- . *Un huracán llamado progreso*. Bs.As.: OEA.
- Roig, Arturo Andrés. "El discurso civilizatorio en Sarmiento y Alberdi", *Revista Interamericana de Bibliografía*. XLI: *Civilización y barbarie en pensadores latinoamericanos*, 1 (1991): 35-
- . "El *Facundo* como anticipo de una teoría del discurso", *Revista Argentina de Lingüística*, 4, 1-2 (1988): 119-126.
- . "Nacimiento y etapas del ensayo de contenido filosófico-social en Argentina", *Numen. Revista de la Editorial José María Cajica* (Puebla, México), 8 (nov.-dic. 1969: 41-47.

- Roig de Leuchsenring, Emilio. "El americanismo de Martí", AAVV, *Memoria del Congreso de Escritores Martianos*. Homenaje por el centenario del nacimiento de José Martí de 124 escritores martianos. La Habana, febrero 1953.
- Rojas, Ricardo, selecc. *El pensamiento vivo de Sarmiento*. Bs.As.: Losada, 1941.
- . *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*. Bs.As.: Losada, 1945.
- Rojas Mix, Miguel. *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*. Barcelona: Lumen, 1991.
- Romero, Luis Alberto. "Sarmiento, testigo y testimonio de la sociedad de Santiago," *Revista Iberoamericana*, 143 (abr.-jun. 1988): 461-475.
- Rotker, Susana. *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*. La Habana: Casa-de las Américas, 1991.
- . *La invención de la crónica*. Bs. As.: Edics. Letra Buena, 1992.
- Sacks, Norman P. "Lastarria y Sarmiento: el chileno y el argentino achilenado," *Revista Iberoamericana*, 143 abr.-jun. 1988): 491-512.
- Sacoto, Antonio. "El indio en la obra de Sarmiento y Martí," *Cuadernos Americanos*, XXVII: 156 (en. febr.1968). Reedit. en A. Sacoto, *El indio en el ensayo de la América Española*. Ecuador: Cuenca, 1981.
- Sáinz de Medrano, Luis. "El arte de contar en Sarmiento," *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, I, 1(1978).
- Salomon, Noël. "Cosmopolitismo e internacionalismo desde 1880 hasta 1940)," L. Zea, coord. e introd. *América Latina en sus ideas*. México: Siglo XXI, 1986.
- . "El *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento. Manifiesto de la preburguesía de las ciudades del interior", *Cuadernos americanos*, año XXXIX, 5 (1981): 121-176.
- . *Realidad, ideología y literatura en el "Facundo" de D.F.Sarmiento*. Amsterdam: Rodopi, 1984.
- Sarlo, Beatriz. "El voluntarismo biográfico," *Un escritor llamado Sarmiento*, Página 12. *Culturas*, 11.IX.1988: 3-4.
- Sazbón, José. "Filosofía y revolución en los escritos de Mariátegui", *Cuestiones políticas* (Univ. de Zulia, Venezuela), 1 (1985): 13-47. Versión breve de la ponencia leída en el Coloquio internacional *Mariátegui y la revolución*

latinoamericana. Tema 2: "El marxismo de Mariátegui" (Culiacán-México: Universidad Autónoma de Sinaloa, 14-18.IV.1980) (mimeo).

Scarano, Mónica Elsa. "América desde el Sur. Notas sobre *El evangelio americano* de Francisco Bilbao," *IIº Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA)*, Univ. Nac. de Tucumán, Tucumán (10 al 15 de agosto de 1995).

----- coord.y est.prel.). "*Decirlo es verlo*". *Literatura y periodismo en José Martí*. Mar del Plata: Estanislao Balder / Universidad Nacional de Mar del Plata, 2003.

-----, "El debate en torno a la identidad latinoamericana: el ensayo como intervención", *Actas electrónicas de las Iª Jornadas Nacionales AGORA PHILOSOPHICA 2001 "El concepto de identidad: teoría y praxis"*. Mar del Plata, Facultad de Humanidades- Universidad Nacional de Mar del Plata, 2003.

-----, "El ensayo como forma de indagación en los *Siete ensayos...* de J.C. Mariátegui," *Boletín J.C. Mariátegui - Cien años 1894-1994*, a.II, 11 (junio-julio 1994). Lima: Casa Editorial Amauta, 1994.

-----, "El *Facundo* como fundación". En Mónica Scarano (coord.). *Resonancias y disonancias de Sarmiento en las Américas*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2006.

-----, *El 'mito' Sarmiento: Vigencia y polémica en el Centenario de su muerte (1888-1988)*. (Tesina de Licenciatura en Letras). Mar del Plata, 1992 (mimeo).

-----, "Función y estrategias de la escritura en Sarmiento," *Letras* (Curitiba, Brasil), 38 (1990): 220-230.

-----, "José Carlos Mariátegui: literatura y descolonización", *Actas del VI Congreso de Literatura Hispanoamericana, Revista del CELEHIS*, a. V, 8. (1996).

-----, "La cuestión del discurso ensayístico. Hacia una delimitación del discurso ensayístico hispanoamericano", *Escritura* (Caracas, Venezuela), XV, 29 (en.-jul. 1990): 187-198.

-----, "La escritura de José Vasconcelos: el diseño de un modelo cultural," *Segundas Jornadas de Investigación de la Facultad de Humanidades, UNMdP* (Mar del Plata, nov. 1989). Publicado en: *Nuevo Texto Crítico* (Univ.Stanford, EEUU), 15, 40-41 (1989): 139-149.

- "La polémica entre Sarmiento y Alberdi: un debate cultural," Hugo Biagini, Mónica E. Scarano, Ma. Elena Paulinelli. *Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento. Premio Municipal de Literatura "Luis José de Tejeda" - 1988 Ensayo*. Córdoba- Argentina: EMCOR, 1990.
- "La producción literaria de Sarmiento como metatexto cultural: el concepto de 'cultura americana'," *Inter-American Review of Bibliography*, XLI, 2 (1991): 224-232.
- "La raza cósmica de José Vasconcelos: una utopía racial", *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, 13 (1990): 123-133.
- *Las lecturas de los escritos de Sarmiento: la construcción de un mito o las alternativas del poder (1841-1988)*. Tesina de licenciatura en Letras presentada en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata, 1992 (mimeo).
- "Los escritos chilenos de Sarmiento: literatura y periodismo," *La Capital. Suplemento literario*. Mar del Plata, 25. IX. 1988.
- "Los siete ensayos... de José Carlos Mariátegui: la forma de la interpretación", *Cuadernos americanos, Homenaje a José Carlos Mariátegui (1894-1930)*, 48, vol 6 (nov.-dic. 1994): 89-102.
- "Notas sobre el ensayo como forma de indagación en los *Siete ensayos...* de José Carlos Mariátegui" (Ponencia presentada en el *Simposio Internacional en homenaje a José Carlos Mariátegui*), *Mariátegui Cien años. 1894- 14 de junio-1994*, II, 11 (julio 1994): 11 y 14.
- "Poblar de signos el desierto: alusiones y elusiones en el *Facundo*", *Revista del CELEHIS*, a. 11, 14 (2002): 207-226. Tb. publicado en *Actas (electrónicas) del I Congreso Internacional CELEHIS de Literatura*. Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2002.
- (coord. y pról.). *Resonancias y disonancias de Sarmiento en las Américas*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2007.
- "Sarmiento y la literatura americana," *Anales de literatura hispanoamericana*, 18 (1989): 29-38.
- "Sarmiento y Mariátegui: dos tradiciones intelectuales en diálogo," M.

- Scarano (ed.), *Senderos en el bosque de palabras. La literatura como espacio de interacción (Latinoamérica, siglos XIX y XX)*. Mar del Plata: Ediciones Suárez / CELEHIS-UNMDP, 2006: 31-54.
- , "Vasconcelos y Henríquez Ureña: dos versiones en el pensamiento utópico latinoamericano del '20", Panel sobre "La Utopía en América", *Actas de las V Jornadas Nacionales Agora Philosophica "Utopía: teoría y praxis"*. Mar del Plata: Facultad de Humanidades - UNMDP.
- Schulman, Iván A., "José Martí y la *Revista Ilustrada de Nueva York*", *Cuadernos Americanos*, XXVII, 4 (1968): 141-153.
- , ed. *Nuevos asedios al modernismo*. Madrid: Taurus, 1987.
- , *Símbolo y color en la obra de José Martí*. Madrid: Gredos, 1970. 1ª.ed.: 1960.
- y González, M. P. *Martí, Darío y el modernismo*. Madrid: Edit. Gredos, 1969.
- Shaw, Donald. "Concerning the structure of *Facundo*," *Ibero-Amerikanisches Archiv*, n.f., 6 (1980): 239-250.
- Shumway, Nicolás. *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Trad. de César Aira. Bs.As.: Emecé, 1993.
- Soler, Ricaurte. *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*. México: Siglo XXI, 1980.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions. The Nacional Romances of Latin America*. Berkeley – Los Angeles/ London: University of California Press, 1991.
- Sorensen, Diana. *El Facundo y la construcción de la cultura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1996.
- Goodrich, Diana. "Facundo y los riesgos de la ficción," *Revista Iberoamericana*, 143 (abr.-jun. 1988): 573-583.
- Subercaseaux, Bernardo. "José Martí: modernización y cultura en América Latina", *Cuadernos Hispanoamericanos. Invenciones y ensayos*. 552 (junio de 1996): 47-54.
- Terán, Oscar. *Discutir Mariátegui*. Puebla-México: Editorial de la Univ. Autónoma de Puebla- ICUAP, 1985.
- , *En busca de la ideología argentina*. Bs.As.: Catálogos edit., 1986.

- ". "Mariátegui: el destino sudamericano de un moderno extremista", *Punto de vista*, 51 (abril 1995): 25-28.
- ". "Mariátegui: el modernismo revolucionario", *Homenaje a José Carlos Mariátegui en el Centenario de su nacimiento (1894-1994)*, *Revista del Celehis*, a. 5, 6-7-8 (1996): 17-28.
- Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas. *Homenaje a Sarmiento. Filología*, XXIII, 2 (1988).
- Verdevoye, Paul. *D.F.Sarmiento, éducateur et publiciste (entre 1839 et 1852)*. Paris: Université de Paris-Institut des Hautes Etudes de l' Amérique Latine, 1963. Edición en castellano: *D. F. Sarmiento, educar y escribir opinando (1839-1852)*. Bs. As.: Plus Ultra, 1988.
- Viñas, David. "Ambiguo, contradictorio y concreto," *Un escritor llamado Sarmiento, Página 12. Culturas*, 6.
- ". "El viaje balzaciano: Sarmiento," *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Bs.As.: Siglo XX, 1970: 165-74. 1ª edic.: Bs.As., Jorge Alvarez, 1964.
- ". *Indios, ejército y frontera*. Bs. As.: Siglo XXI, 1983. 1ª edic. en español: 1982.
- ". "La monumentalidad de Sarmiento," *Crisis*, 62 (jul. 1988): 38-39.
- ". "Piglia y Sarmiento," *Página 12*, 28.IX.1988.
- ". "Un gran burgués, ni beato ni perverso," *Sarmiento hacia el Centenario (1888-1988)*, *Crisis*, 57 (1988): 94-98.
- Vitier, Cintio. *Vida y Obra del Apóstol José Martí*. La Habana: Centro de Estudios Martianos – Edición Especial, 2004.
- - García Marruz, Fina. *Temas martianos*. Pto. Rico: Ediciones Huracán, 1981. 1º edic.: 1969.
- Vitier, Medardo. "El *Facundo* de Sarmiento," *Del ensayo americano*, Cap. III. México: F.C.E., 1945: 163-173.
- Weinberg, Félix. *Las ideas sociales de Sarmiento*. Bs. As.: Eudeba, 1988.
- , introd. y ed. *El Salón Literario de 1837*. Bs.As.: Hachette, 1958.
- Weinberg, Liliana Irene. "Los *Siete ensayos* y el problema del ensayo", *Cuadernos*

- americanos. *Homenaje a José Carlos Mariátegui (1894-1930)*, 48, 6 (nov.-dic. 1994): 66-78.
- y Ricardo Melgar Bao, editores. *Mariátegui entre la memoria y el futuro de América Latina*. México: UNAM - Cuadernos de Cuadernos, 10, 2000
- Wiese, María. *José Carlos Mariátegui. Etapas de su vida*. Y los ensayos de B. Carrión, J. Sosa, B. Sanín Cano, M. Vitier, J. Falcón y R. Sardón, José Carlos Mariátegui, *Obras completas*, 10. 12ª ed. Lima, Amauta: 1987. 1ª edic.: 1959.
- Zalazar, Daniel. "De *Facundo* a *Conflicto* y armonías de las razas en América," *Revista Iberoamericana*, XXV, 2 (1985): 191-200.
- , "Las oposiciones dualistas en el *Facundo*," *Revista Iberoamericana*, XXXVIII, 1 (1983): 3-12.
- , "Las posiciones de Sarmiento frente al indio," *Revista Iberoamericana*, L, 127 (1984): 411-427.
- Zanetti, Susana (compil.). *Legados de José Martí en la crítica latinoamericana*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1999.
- , "Sarmiento y Martí", Mónica Scarano, coord. *Resonancias y disonancias de Sarmiento en las Américas*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2007.
- y Margarita Pontieri, "Prólogo" a *Facundo* de Domingo F. Sarmiento. Bs. As.: C.E.A.L., s.f.
- Zea, Leopoldo. *Apogeo y decadencia del positivismo*. México: El Colegio de México, F.C.E., 1977.
- , *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*. México: FCE, 1968. 1ª edic. en un solo volumen.
- et al. *José Martí a cien años de Nuestra América*. Coord. por Jesús Serna Moreno - Ma. Teresa Bosque Lastra. México: UNAM - CCYDEL, 1993.
- , compil., prólogo y cronología. *Pensamiento positivista latinoamericano*. 2 vols. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980.
- Zum Felde, Alberto. *Índice crítico de la literatura hispanoamericana: el ensayo y la crítica*. México: Ed. Guaranía, 1954.